

**MEMORIA
DE LA
EMIGRACIÓN CASTELLANA
Y
LEONESA**

RELATOS PREMIADOS

RELATOS DE ARGENTINA (Vol. I)

**MEMORIA
DE LA
EMIGRACIÓN
CASTELLANA
Y
LEONESA**

**RELATOS PREMIADOS
RELATOS DE ARGENTINA (Vol. I)**

JUAN ANDRÉS BLANCO RODRÍGUEZ
JOSÉ M.^a BRAGADO TORANZO
Editores



**ZAMORA
2009**

Editores JUAN ANDRÉS BLANCO RODRÍGUEZ
JOSÉ MARÍA BRAGADO TORANZO

© JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN. UNED, Zamora. CAJA ESPAÑA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA

I.S.B.N. Obra completa: 978-84-936871-1-3 (Obra completa)

I.S.B.N. Presente volumen: 978-84-936871-2-0 (Vol. I)

Depósito legal: S. 1.587-2009

Impreso en España. Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona, S. A.
Polígono Industrial «El Montalvo I», parcela 49
37008 Salamanca (España)

Índice

INTRODUCCIÓN	11
Juan Andrés Blanco Rodríguez	

RELATOS PREMIADOS

LA VIDA EN SU TIERRA	25
Ildefonso Delgado de Luelmo	
EXPERIENCIA SOBRE LA MIGRACIÓN. NARRACIONES	51
Antonio Casado García	
DE UN PUEBLO DE ZAMORA A LA CIUDAD DE LAS LUCES	81
Elisabeth García Bermejo	
DESDE LEÓN, CUATRO GENERACIONES DE EMIGRANTES	105
Felicitas Navarro Pérez	
MIS VIVENCIAS	135
Rogelio Carrascal Rodríguez	
DE CABOALLES A SANTA FE	145
María del Alba Álvarez Buelta	
CRUZANDO LOS PIRINEOS	161
Santiago Álvarez Marín	
EMIGRACIÓN: AÑORANZA DEL REGRESO	177
Clara Huerta Pascual	

RELATOS DE ARGENTINA

MI ABUELO: TOMÁS RODRÍGUEZ MARTÍN	197
Estela Mabel Acosta	
RELATO DE MI VIDA	205
Estanislao Alfaraz Romero	
HISTORIA REAL DE DOS EMIGRANTES BURGALÉSES (PADRE E HIJO)	213
Roberto Alonso Kopp	
OTRA HISTORIA DE VIDA DEL CENTRO BURGALÉS	229
Laurentino Álvaro	

HUELLAS PERDIDAS	231
Delia María Boto	
LA HISTORIA DE MIS PADRES	237
Leonor Ángela Cabezón Caballero	
HISTORIA DE MI VIDA	241
Ubaldo Calvo	
MEMORIA DE MI PADRE	247
Elda Teresa Castro	
NO BUSCABA FORTUNA, SALÍ EN BÚSQUEDA DE MI MARIDO.	255
Carmen Chillón de Pereira	
RECUERDOS	265
Marta Graciela Díez Morales	
NOSTALGIA POR MI TIERRA, CUNA QUE ME VIÓ NACER	279
María del Pilar Domínguez Vaquero	
PEQUEÑA HISTORIA DE DON JUAN ORTEGO ABAD (1866-1945) Y DE DOÑA ELISA AYLAGAS GIL (1866-1944)	281
José Luis Eggel	
ASÍ SE HACE HISTORIA	297
Elisabeth Teresa Fernández y Gladys Fernández	
VIVENCIAS DE UN EMIGRANTE ZAMORANO	301
Juan Fernández de la Iglesia	
LA FAMILIA FRANCO MARTÍNEZ	331
Mario Franco Acosta	
DE PADORNELO A GONZÁLEZ CATÁN	337
María Teresa García de Barrea	
MARCHARSE DE ESPAÑA, TAN SÓLO POR 96 AÑOS	349
María Elina González Issouribehere	
MUJER E INMIGRACIÓN A MEDIADOS DEL SIGLO XX	355
María Luz González Mezquita	
MI VIDA EN ARGENTINA	365
Heliodoro González Yebra	
BREVE HISTORIA DE CONSTANTINA MORENO Y JULIO HERNANDO	373
Julia Hernando Cabezón Moreno Caballero de Aguirre	

RELATO	387
María Luisa Iglesias Posse	
RECUERDOS DE NUESTRA EMIGRACIÓN	395
Lucía de los Ángeles Lacarta Martínez	
RECUERDOS DE MI VIDA	411
Josefa Marina León Nistal	
RAÍCES E IDENTIDAD	417
Mirta Noemí Llorente Montes	
VIDA Y EXPERIENCIA MIGRATORIA	435
Jesús Martín Pérez	
TRES BANDERAS	443
Celia Mateos Román	

Introducción

Juan Andrés Blanco Rodríguez

MEMORIA DE LA EMIGRACIÓN CASTELLANA Y LEONESA

“Si el agua es la fuerza de la naturaleza, la emigración es la fuerza de la historia. La historia de España es la insoslayable historia de una constante emigración”, escribe Jesús Ángel Miguel García, profesor burgalés asentado en Canadá. Como se ha repetido, las migraciones constituyen una constante, social e individual, en la larga experiencia humana. Por ello, de una manera directa o indirecta todos hemos sido, de alguna manera, emigrantes. En nuestra memoria histórica pasada y actual está muy presente la experiencia de la emigración. España, y también Castilla y León, han sido durante décadas ámbitos de emigración y en las últimas, si bien se mantiene la emigración de población joven, de recepción de inmigrantes. Tanto la España actual como nuestra región no se pueden entender sin ese conjunto de tantas experiencias de esperanzas conseguidas o frustradas, de solidaridad, mestizaje y nostalgia protagonizadas por millones de españoles y cientos de miles de castellanos y leoneses que emprendieron nuevos proyectos de vida en otros países y regiones persiguiendo un progreso material y social que no siempre alcanzaron. Experiencia que se inicia siendo “el otro”, o “los otros” en otros países o regiones y va evolucionando a medida que se produce una compleja integración de emigrantes y descendientes, sin que necesariamente suponga la supresión de la vinculación con lo que se dejó atrás al emigrar. Por ello, la memoria de la emigración, en su complejidad, proporciona una útil visión para enfrentar nuestra propia historia, ahora también conformada día a día por quienes inician y continúan su experiencia como “los otros” entre nosotros. Poco a poco se va aceptando, también por las instancias públicas, que la emi-

gración es un componente esencial de la historia de nuestra región, y aún de toda España¹.

La emigración, como proceso de salida y de entrada, da lugar a una memoria emigrante de los que se fueron, una memoria en la que se refleja (como muestran estos relatos) el gran sacrificio y en muchas ocasiones desgarro y desarraigo que supuso este viaje, para muchos finalmente de por vida, definitivo. Pero la emigración también da lugar a una memoria de los que se quedan, teñida de la añoranza por sus seres queridos que muchas veces sólo podían imaginar en la lejanía. Por ello, la emigración y la memoria de la misma han marcado la vida de tantos españoles y tantos castellanos y leoneses, siendo estas tierras un lugar de emigración intensa durante más de un siglo.

La memoria de la emigración, por tanto, lo es también de las nuevas generaciones de españoles, muchos de ellos nacidos fuera de España, hijos y nietos de quienes protagonizaron directamente el viaje migratorio, nuevas generaciones que constituyen la parte más viva y más pujante de nuestra emigración, y autores muchas veces de la plasmación de trayectorias individuales de la memoria de la emigración. La memoria de la emigración no lo es sólo de quienes iniciaron esa experiencia en primera persona, sino de sus hijos y nietos y también de los seres queridos que quedaron aquí teniendo presente siempre esa “geografía de las ausencias” que conforman los emigrantes.

Como ha reiterado el Profesor Julio Aróstegui, el siglo XX es el siglo de la memoria, pero el interés por la memoria ha continuado con el nuevo siglo. La incidencia en la recuperación de la memoria de los hechos traumáticos ha impulsado el interés por la recuperación de la memoria de otros hechos, de otras realidades; lo que conecta con tendencias de más larga vigencia, como es la inclinación a dejar constancia de la propia experiencia en memorias, historias de vida, autobiografías, etc.

El relanzamiento del asociacionismo, del interés por la vinculación con la emigración, la vigencia de las llamadas identidades transnacionales, así como el desarrollo de la vinculación familiar, cultural, institucional, potenciado todo por las nuevas comunicaciones, ha puesto a las sociedades de partida y

¹ Como expresaba recientemente la Secretaria de Estado de Inmigración y Emigración de España, Consuelo Rumí, al afirmar que “Saber que la historia de la emigración es parte indisociable de la historia de España debe ser una lección obligatoria para la ciudadanía de un país cuyo progreso se ha forjado en buena medida gracias al esfuerzo de quienes ayudaron a construirlo desde al distancia”. *Galicia en el Mundo*, 13-19 de julio de 2009, p. 16.

a sus agentes políticos y sociales, y a los propios emigrantes y descendientes ante el hecho migratorio y la recuperación de la memoria de la emigración.

Los relatos integrados en el “I Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa” son una pequeña contribución a dicha memoria, por el impulso a la memoria que supuso su propia elaboración, individual muchas veces, familiar en no pocas ocasiones. Y porque dichos relatos pasan a integrarse en ese ámbito de memoria que es el Archivo-Museo de la emigración castellana y leonesa, ya en marcha.

MEMORIA DE LA EMIGRACIÓN

Como dice en uno de estos relatos la profesora María Luz González, residente en Mar del Plata y nacida en Zamora, “aunque la historiografía haya dado respuesta satisfactoria a la pregunta sobre las causas de la emigración y actualmente se conozcan los motivos por los cuales millones de europeos abandonaron su continente, siempre resulta interesante la versión que los propios emigrantes ofrecen de las razones que los decidieron a dar un paso tan decisivo en sus vidas”². “En la valoración de estas narraciones debemos tener en cuenta que la representación del pasado no se limita al recuerdo de hechos que hemos vivido, sino que incluye acontecimientos contados, sucesos que merecen ser reconocidos y que permanecen intactos en la memoria de un grupo. Los actores sociales seleccionamos del pasado algunos aspectos, haciendo recortes del mismo que se conforman, muchas veces, de acuerdo con las necesidades del presente. Así, los actos de recuerdo individuales sobre un pasado que se considera colectivo son, al mismo tiempo, actos para construir identidades mediante los cuales nos incluimos en un grupo de pertenencia. Así entendida, la memoria personal no es una construcción totalmente individual, sino un tejido de memorias: nuestro pasado se construye también de recuerdos ajenos, de lo que otros nos han contado, de experiencias por las que no hemos pasado personalmente... Los recuerdos que los inmigrantes aportan, permiten establecer una aproximación a la visión que tuvieron de sí mismos, del medio receptor, de su interacción con el mismo, así como de la perspectiva con la que, desde el presente, construyen esa historia”.

La memoria, por tanto, puede ser un elemento de la historia que toda comunidad humana debe conocer sobre sí misma, lo más cerca de la verdad posible. La mejor forma de reconocernos y valorarnos como colectividad es conocer los avatares reales de nuestra propia historia. Con frecuencia, en la historia de muchas comunidades (estados, regiones, provincias), la historia

² “Mujer e inmigración a mediados del siglo XX”.

cuya investigación se ha apoyado y se ha publicado está plagada de lagunas: algunas explicables y aun inevitables, pero no pocas responden a un consciente desinterés por conocer y transmitir aspectos determinados de esa historia. En cierta medida es lo que ha ocurrido con la emigración en estas tierras de Castilla y León, aunque, como se ha dicho repetidamente, la emigración constituye un elemento central de la historia de esta región durante el último tercio del siglo XIX y buena parte del siglo XX. Se consideraba era un mero indicador de nuestras vergüenzas, de nuestro retraso real y comparativo en una etapa que no por larga se pretendía ignorar en menor medida.

Como ya expusimos detenidamente en la introducción al primer volumen que recoge los relatos del Premio Memoria de la Emigración Zamorana, la memoria no es la historia, pero puede contribuir al mejor conocimiento de ésta. Existe en estas tierras una todavía escasa memoria social, incluso académica, visible, de la emigración, pero una omnipresente memoria personal y familiar de la misma. Por ello, estos relatos que articulan esta memoria familiar y personal de la experiencia migratoria, constituyen un elemento relevante.

La emigración conlleva separación y vinculación. Quien emigra, también quien acomete esta empresa como definitiva, lleva consigo una identidad, unas vivencias, una cultura, una vinculación familiar y social que la emigración, en especial la definitiva, modifica, pero no erradica. Esa vinculación, lastrada, dificultada y difuminada por los avatares del cruento siglo XX, se ha mantenido durante décadas fundamentalmente a través de las cartas y contactos familiares, recreados desde aquí y desde allá, y en menor medida por los institucionales de asociaciones de emigrantes que durante tanto tiempo tuvieron escaso eco en las instituciones de los lugares de partida. Pero se mantuvo la vinculación y se recreó en las vivencias que los emigrantes transmitieron a sus hijos y nietos. De todo ello dan cuenta y corroboran los relatos que ahora prologamos con la intención de contribuir a dar a esa vinculación la dimensión que realmente tiene. Ponen de manifiesto que esta región de Castilla y León, en sentido humano y cultural, no se limita al ámbito territorial de la actual demarcación castellano-leonesa. El imaginario y la actuación de sus emigrantes han expandido ampliamente esas realidades. Y eso es una realidad y un potencial. La inserción y presencia efectiva en un mundo globalizado, inevitable hoy, depende de la fuerza de nuestra realidad cultural en sentido amplio, pero también de la dimensión de la colectividad humana que la genera y la difunde.

REDES FAMILIARES, VINCULACIÓN, DESARRAIGO E IDENTIDAD EN CONSTRUCCIÓN

Los relatos reflejan el papel central que juega la familia en la experiencia migratoria: “La familia en Argentina –escribe María Luz González– constituyó una referencia y guía imprescindible, el apoyo y el respaldo afectivo necesarios para compensar el abandono de sus familias y su patria”. La familia no sólo proporciona en muchos casos esa previa vinculación que facilita el viaje y la inserción sino que está siempre presente en el sentimiento de desarraigo o el paliativo del mismo que siente el emigrante.

Los sentimientos y percepciones en los que se mezclan vinculación, desarraigo, identidad en evolución atraviesan el conjunto de los relatos presentados en la convocatoria de este premio. Valgan como ejemplo las palabras de Manuel de Celis, durante 25 años Presidente del Centro Salamanca de Buenos Aires: “A pesar de la nostalgia, del dolor del desarraigo, la angustia por aquellos que quedaron tan lejos, supieron (los emigrantes españoles en Argentina) sobreponerse y unir en sus corazones los colores celeste y blanco, rojo y amarillo, formando aquí sus hogares, ejemplos de amor y gratitud”.

La pertenencia a una tierra deja muchos lazos originarios y contruidos. Como dice en su relato Santiago Álvarez Marín, que emigra a Cuba con apenas 6 años, “Quizás los que no hayan tenido que vivir muchos años alejados de la tierra que los vio nacer, no sepan la inmensa alegría que representa para una persona, después de tanto tiempo, volver al terruño, ver hechos realidad tantos sueños, de niño, de joven, de adulto, de persona mayor o de la tercera edad... a nadie se le debe privar del derecho de vivir en su tierra y junto a los suyos”. La condición de emigrante, a pesar de la integración, se mantiene presente. Dice Jesús Ángel Miguel García: “Sin embargo, a pesar de ese calor humano internacional con el que me rodeé durante doce años en el norte de Inglaterra, siempre me supe diferente, forastero y extranjero”... “Diferente es el emigrante que siempre se ve a sí mismo y se le ve de esa manera, diferente”... y termina su relato: “Sé que moriré emigrante”.

La condición de emigrante conlleva siempre un grado diverso de desarraigo que se manifiesta de diversas formas. Una se refleja en los testimonios de los espectadores cotidianos del mismo, en especial los hijos de los emigrantes. Como refleja con precisión Serafín García Cañón al incidir en los esfuerzos de sus padres para integrarse en su nueva patria, la durísima experiencia de la muerte de su madre, no llegando al entierro, les marca: “a partir de allí, mi madre cambió; su carácter siempre alegre, decayó, esa sensación de estado depresivo y permanente dolor la iba consumiendo...”. En esos momentos se hace brutal el sentimiento de separación de lo propio como algo innecesario. Desarraigo que supone un sentimiento que avivan recuerdos, encuentros,

circunstancias. Escribe el mencionado Serafín García respecto a sus padres: “Noté en ellos ese dejo de tristeza que se les presentaba en determinadas fechas, ante algún inconveniente de algún familiar o amigos allá en el pueblo, esa morriña, como dicen los gallegos. Por eso ese dolor, ese gran dolor que guardaban en el fondo de su alma, nunca nadie se lo pudo sacar, claro, como no les iba a sacar eso, allá dejaron todo, familia, casa, recuerdo... sus cosas”. Por ello, el encuentro con los paisanos, la recreación de sus costumbres, como se apunta en el relato de Serafín García Cañón, “para los de más edad era un volver a vivir, sin lugar a dudas”.

Hay muchas manifestaciones del dolor del desarraigo. Incluso, la distancia supone en ocasiones la separación definitiva de padres e hijos. La distancia, las dificultades de comunicación, fomentan la separación y por ello la sensación de desarraigo.

La separación, el desarraigo, tienen una incidencia visible en los sentimientos de pertenencia, de identidad. Frente a ésta la actitud del inmigrante es compleja tal como se refleja en estos relatos. El inmigrante construye su nuevo yo entre la cultura de origen y la cultura de llegada. Se genera así entre los inmigrantes y sus descendientes una identidad mestiza, pues la identidad no se pierde, se transforma. Tiene razón la Profesora María Luz González cuando afirma: “La construcción de la identidad es cultural y se produce a través de un proceso de permanente transformación... El inmigrante debe, a un mismo tiempo, asumir la pérdida y asimilar las nuevas pautas culturales, situación por demás difícil. En definitiva, su identidad será resultado del diálogo entre los códigos culturales propios y los del medio receptor”. Porque, como apunta esta misma autora, emigrante ella e historiadora, “la mayoría de quienes tenían varios años de residencia, trataban de hacer lo posible para lograr la integración en el medio local. Al mismo tiempo, mantenían fuertes vínculos con los familiares que habían permanecido en España”. Por ello la experiencia de la emigración no deja de ser traumática. Como dice esta autora citando a su tía Gloria Mezquita: “No era fácil adaptarse a las nuevas formas de hacer las cosas, aprender los nombres diferentes y aceptar las costumbres locales”.

Desarraigo, intento de integración y mantenimiento de la identidad primigenia que se va transformando poco a poco: “La pertenencia y el desarraigo forman parte de una relación dialéctica en la definición de su identidad”, escribe María Luz González: “A favor de la asimilación del inmigrante obran distintos factores como la incorporación a circuitos económicos, el involucrarse en la problemática del país que los recibe y la incidencia de una institución homogeneizadora, como es la participación en bailes y reuniones sociales en asociaciones relacionadas con las regiones españolas”. “Las personas que se van de sus lugares de origen, aún las que no tienen familia o conocidos

siempre dejan algo detrás que añorarán en diferente medida aunque crean que pueden suplirlo con otras cosas”.

La memoria que construye el inmigrante incide en la identidad de sus descendientes. Como bien dice Mariana Rivera en su relato referido a sus antecesores zamoranos, “La memoria es un soporte de nuestra identidad que sirve para organizar el pasado y relacionarlo con el presente y el futuro”³. “Crecimos bebiendo la nostalgia europea de nuestros padres, oyendo de la tierra lejana, de sus mitos y cuentos, viendo casi sus montañas y sus mares”⁴. En los relatos de hijos y nietos de emigrantes, se refleja una memoria por transmisión. Los emigrantes conforman una memoria en sus descendientes que éstos van moldeando con sus relatos y rehacen confirmando al encentrarse con la realidad que de diversas formas le han transmitido. En la familia, y en especial en los encuentros entre paisanos, se va conformando esa memoria. Escribe Mercedes Isabel Urdiales comentando esos encuentros: “Así todos los descendientes escuchábamos todos los fines de semana por horas contar anécdotas de los pueblos de León y de España, crecíamos teniendo la sensación de ver las montañas, los valles y conocer a todos los tíos y tías. Era tanta la nostalgia que ese día teníamos un submundo aparte de nuestra realidad, había momentos de alegría pero varios de tristeza y lágrimas por los lejanos”. Memoria extraña pero siempre presente. Dice la misma autora: “Para mí era rara esa sensación de sentir la sangre de familia de alguien que una nunca vio. En el momento de tenerlo al lado sentir esa transmisión de los emigrantes a su familia argentina. Sentir viva la relación, las historias. Un sentimiento de que sólo es una distancia física lo que nos aleja”. Dice en su relato la periodista Mariana Rivera, descendiente de emigrantes zamoranos, que la información que aporta “surge de la memoria de sus descendientes, mostrando el profundo sentimiento que ellos dejaron a las generaciones siguientes (nosotros, sus descendientes) sobre el terruño que los vio nacer y crecer, que un día los despidió, y que ellos nunca pudieron olvidar ni volver a ver”⁵.

³ “Historia de mis raíces: Mariano Sánchez y Eleuterio González: alfareros de la vida”.

⁴ Recogido en el relato de Mercedes Isabel Urdiales Aláez: “En recuerdo de mi padre, Don Luis Urdiales Díez”.

⁵ “Historia de mis raíces: Mariano Sánchez y Eleuterio González, alfareros de la vida”.

EXPERIENCIA MIGRATORIA Y RELATOS DE MEMORIA

El conjunto de la experiencia migratoria está bien reflejada en los relatos premiados con cuya referencia acabamos esta somera introducción. En ellos se manifiestan los elementos claves de la experiencia migratoria: los factores fundamentales que dar lugar a la misma (entre los que están de forma omnipresente las fuertes redes familiares y de vecindad), el desarraigo derivado de una emigración que generalmente es voluntaria pero empujada por las dificultades económicas, las explicables ansias de buscar mejores perspectivas para ellos y sus familiares o lo injusto del sistema de contribución a la defensa militar del Estado (problema grave en España hasta bien entrada la década de los veinte del pasado siglo), la vinculación al lugar de origen, a su familia, el desarraigo, la añoranza, la evolución en la identidad, a veces poliédrica.

En el relato de Clara Huarte Pascual, nieta de la emigrante abulense en Cuba Wenceslao Gil González, que obtuvo una mención especial del jurado, se constata que sus abuelos “Nunca dejaron de sentirse castellanos, cada uno con el amor hacia su pueblo en particular y el amor intenso a la patria grande España. En sus conversaciones con nosotros, contaban cómo en cada tertulia de las noches frescas y con el rumor del mar, en la sala de su casa, hablaban de sus prados, de los intensísimos inviernos, de la matanza para asegurar los alimentos del año, de los padres y hermanos que quedaron esperando el regreso. La emigración sirvió para hacer crecer las Américas, como le llamaban, y ayudar al progreso de la Península, pero no podemos negar que la mayoría de los emigrantes salían de su tierra con la esperanza de venir para regresar a su país y vivieron y murieron aferrados a la Añoranza del Regreso”.

La emigración de estas tierras de Castilla y León es fundamentalmente económica, pero no faltan las causas políticas, el exilio. El exilio da lugar a una memoria traumática, pues el emigrante piensa que no puede volver mientras no cambien las circunstancias. Es una emigración forzada, en este caso por el sistema político del que se huye o te expulsa. El relato de Santiago Álvarez Marín, hijo de un capitán miliciano del Quinto Regimiento de Milicias Populares, es un testimonio más de la perversión de la Guerra Civil española. Además, refleja nítidamente la nostalgia, recreada día a día, de la tierra y la familia que se dejó atrás, aún siendo muy joven, y su incidencia en la siempre peculiar relación que se establece con la nueva sociedad que lo recibe y en la que se inserta: “Han pasado muchos años, 58, desde que llegamos a Cuba, y por qué no decirlo, le hemos cogido cariño a esta tierra que nos vio pasar de niños a jóvenes, a adultos luego y a viejos después, pero en mi caso particular, nada ha podido llenar el hoyo inmenso que ha representado el no vivir en el lugar en que nació. En Cuba, por qué negarlo, he tenido y tengo grandes amigos, a muchos los quiero como a verdaderos hermanos, pero cuando pienso en

España, cuando veo un mapa de allá, cuando escucho cualquier música de la península, siento como si un inmenso imán me atrajera con toda su fuerza. A las personas que no sepan qué es para un niño la emigración, quiero decirles qué sentí, qué representó para mí, poder ir a la tierra que me vio nacer después de más de 50 años de ausencia. En primer lugar tanto había soñado con ese viaje, que nunca lo creí posible, miles y miles de veces había soñado con mis primos, con mis tíos, con la finca y la casita de la abuela en Lago, que cuando monté en el avión para el viaje, a pesar de no haber dormido nada la noche anterior, por el nerviosismo y la emoción, durante las más de 9 horas de vuelo no pude pegar los ojos, y registré en un diario, minuto a minuto todo lo que vimos, e hicimos mi madre, mi hermana y yo durante el vuelo”.

A las circunstancias y consecuencias de la Guerra Civil española se refiere también el relato de “Caboalles a Santa Fe”, de M.^a del Alba Álvarez Buelta, que refleja perfectamente la incidencia que la guerra civil tuvo en el cambio drástico que sufrió la vida de muchas personas, que encontraron en el exilio la única forma de mantenerse “vivos y juntos”, como repite este relato. La expulsión de su tierra determina una visión más comprensiva del desarraigo que la emigración forzada supone. Escribe M.^a del Alba: “Pero la vida que es una gran maestra me enseñó mucho y sobre todo me enseñó a entender que si bien el desarraigo es terriblemente triste y doloroso, también tiene una faz positiva y es que me permitió tener otra patria además de la que me vio nacer, una patria nueva, amplia y generosa que nos recibió con los brazos abiertos y donde encontramos la paz, trabajo y yo en particular, el amor. Los dos aspectos del desarraigo entrelazados constituyen mi vida.”.

En el relato “Mis vivencias”, de Rogelio Carrascal Rodríguez, zamorano de Mayalde donde nace en plena Segunda República española, se describe con descarnada naturalidad la dura realidad de tantas familias de la Zamora y la Castilla de entonces que le empujan a una emigración en la que la dureza de la vida de trabajo y los sinsabores de las pérdidas de familiares se mantienen, pero paliados por el afecto que su comportamiento fomenta en quienes lo conocen tanto en Casbas (Argentina) donde se asienta como en la Zamora a la que regresa de visita.

El relato “Desde León, cuatro generaciones de emigrantes”, transmite en toda su complejidad y crudeza los conflictos de identidad que muchas veces derivan de legislaciones y deslegitimaciones “del otro”. Un aspecto a destacar es, como dice la misma autora, la inclinación que lleva el sentimiento de desarraigo a incidir en el mismo abordando la historia del propio autor y de otros emigrantes: “Otra cosa a la que me llevó mi dolor por el desarraigo, fue a escribir. Escribía mis angustias o las que veía en las personas que estaban a mí alrededor. Conté sus historias de emigrantes, escuchadas en las conversaciones de sobremesas, y sobre todo la historia de mis padres, para que no

se pierda la memoria en mis descendientes. Para que sepan llevar con orgullo sus apellidos”. “Yo no pude volverla a ver (a la abuela). Nunca pude decirle abuela, ni escuchar algún cuento por la noche, ni escuchar sus historias del cortijo, ni cómo tembló por dentro cuando se encontró con los ojos azules del abuelo. Nunca pude ir a su casa al salir del colegio como lo hacían aquí mis amigas. Quedamos en esta tierra lejana, en este Coronel Dorrego (Argentina) de la llanura, enraizados con amores, hijos y nietos que la vida me fue dando como pago de todo lo que me quitó. Por las calles vi a otras personas que eran emigrantes, como yo lo era en Argentina, vi el dolor reflejado en sus ojos, el desarraigo dentro de su alma, ¡ellos estaban donde yo debí estar!, y yo estaba sólo de paso en mi propia tierra donde estaban ellos. ¡Qué cosas extrañas nos hace hacer la vida!, o tal vez serán los hombres que con sus políticas corruptas y su afán de poder desmedido, no tienen en cuenta el sufrimiento de las personas de su país, que deben dejarlo para poder vivir dignamente. Me pregunté también ¿de dónde soy? En Argentina me consideraron extranjera siempre, en las calles de mi patria también me trataban como extranjera por el acento adquirido. Mi corazón bombeando al ritmo de pasodobles y jotas me lo respondió: SOY ESPAÑOLA, siempre lo seré y siempre estaré dividida entre estas dos patrias, la de mi nacimiento y mis ancestros y la de mis hijos y mis nietos, la que vivo y en la que esperaré la muerte”.

Elisabeth García Bermejo es autora del relato “De un pueblo de Zamora a la ciudad de las luces” en el que refleja pormenorizadamente la lucha por la supervivencia de una familia zamorana de Belver de los Montes. Esa aspiración a una vida mejor para él y su familia lleva a Salvador García a emigrar dentro de España, a Suiza y finalmente a Francia, siempre buscando una vida con perspectivas para su familia que finalmente consigue en París, donde se radica, pero inculcando a sus hijos la vinculación con la tierra de la que salieron. Como se hacía constar en el fallo del jurado, “Refleja con una meticulosidad digna del premio los avatares de la emigración al centro de Europa, Francia-Suiza... (y) describe el tránsito de la España agraria, a la industrial”.

En no pocos relatos se repite, en formas distintas, la misma idea: “Ni soy de aquí ni soy de allá”. También ocurre, como relata Antonio Casado, emigrante soriano en Barcelona, con la emigración interior. En el lugar de llegada los denominan castellanos y catalanes en su pueblo. Es interesante una apreciación de Antonio, al afirmar que las posibles reticencias de los catalanes ante la inmigración procedente del resto del Estado, se diluye frente a la inmigración de extranjeros. Es un buen análisis de las causas y avatares de esta emigración interior.

En el relato acreedor del primer premio, se resumen perfectamente varias de las circunstancias que provocan la emigración de muchos: las penurias de la posguerra española, acrecentadas para los perseguidos por el

régimen franquista. Circunstancias que no borran el sentimiento de pertenencia a la tierra y el país donde se nace. Alfonso Delgado es autor de este relato referido a su madre, María Luisa Delgado de Luelmo, sobrina del zamorano Cándido de Luelmo Elvira, fusilado en Daimiel el 17 de agosto de 1940, y cuyo emotivo testamento se recoge en el texto. Alfonso Delgado remarca la vinculación de su madre con sus orígenes: “Estoy aquí, en este país, porque el Régimen que gobernaba el mío me obligó a venir, pero fui, soy y seré siempre Española, nacida en Muga de Sayago, Zamora, y nunca renuncié ni renunciare a mi Patria, a mi raza, a mi Religión ni a mi bandera”⁶.

En la convocatoria de los Premios “Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa”, nos guió el interés por recabar todos los testimonios posibles de los emigrantes de estas tierras castellanas y leonesas, tanto los que salieron de su país como los que lo hicieron dentro del Estado español. En esta convocatoria predominan los procedentes de emigrantes a América y descendientes, pero está reflejada la experiencia también en otros destinos. La abundancia de relatos nos ha obligado a editar los mismos en varios volúmenes, que ahora presentamos, reiterando nuestro agradecimiento a los autores, al Jurado que valoró los mismos integrado por Mar Domínguez, Begoña Galache, Carlos Pedrero y José Monteagudo, a las asociaciones de los emigrantes castellanos y leoneses sin cuyo apoyo no hubiera tenido esta convocatoria el éxito de participación que ha tenido y a los muchos que han alentado esta empresa de recuperación de la memoria de la emigración.

⁶ Relato sobre la historia de su madre, M.^a Luisa Delgado de Luelmo, de Ildefonso Delgado, “La vida en su tierra, 1.^a y 2.^a parte.

RELATOS PREMIADOS

PRIMER PREMIO

La vida en su Tierra

Ildefonso Delgado de Luelmo

Tengo en mis manos el libro de la vida de mi madre, ¡lo he leído tantas veces! y, sin embargo, siempre vuelvo a leer y releer sus páginas, como tratando de encontrar en él algo, que involuntariamente hubiera saltado sin darme cuenta. Lo hojeo de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante y siempre, me detenga en la página que me detenga, me atrapa el contenido que ella encierra. Claro...!, demás está decir que hay muchas, por no decir la mayoría, en las que el episodio que allí narra, me hace siempre rodar alguna lágrima por las mejillas, pero también contiene de las otras, de las que a uno lo hace, por lo menos, sonreír. Hay una parte en este libro, allá por la década del cincuenta del pasado siglo, donde yo entro en escena y no sé todavía si mi llegada mejoró o empeoró la situación de mi progenitora en aquel instante de su vida.

En estos momentos tengo abierta ante mí la primera hoja de ese voluminoso libro y en ella leo:

“Acta de Nacimiento N° 138-Folio 88. Nació una niña llamada María Luisa Delgado de Luelmo el 13 Abril de 1926.

En Muga de Sayago a 14 de Abril de mil novecientos veinticinco ante Don Agustín Marino Ramos Juez Municipal y Don Modesto Fernández Silva, Secretario, compareció Don Gregorio Delgado Domínguez, mayor de edad, casado, jornalero, natural Zamora, provincia de ídem y vecino de este pueblo, de 29 años de edad, domiciliado en la calle Mayor N° 23, según cédula personal corriente que tuve presente con el objeto de que se inscriba en el Registro Civil una niña y al efecto como padre del mismo declaró que dicha niña nació en casa del declarante el día de ayer a las veinticuatro horas. Que es hija legítima del declarante y de su mujer Hortensia

de Luelmo natural de Moraleja provincia de Zamora de 27 años de edad dedicada a las ocupaciones de su sexo y domiciliada en la de su marido. Que es nieta por línea paterna de Don Antonio Delgado y Bruna Domínguez el primero natural Corrales y la segunda natural de Sejas de Aliste, por línea materna de Don Esteban de Luelmo y Doña María Luisa Elvira Domínguez natural de Moraleja y que a expresada niña se le puso por nombre María Luisa.

Todo lo cual presenciaron los testigos Don Santos Pascual y Don Esteban Fontanilla mayores de edad y vecinos de este pueblo.

Leída íntegramente esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por si mismos si aun lo creían conveniente se estampó en ella el sello del Juzgado Municipal la firma del Señor Juez declarante y los testigos y de todo ello yo como secretario certifico.

Agustín Marino
Santos Pascual
Esteban Fontanilla Modesto F Silva

Gregorio Delgado



Esteban Luelmo, abuelo del M.^a Luisa, en la prisión de Daimiel. A esta ventana de la celda alude Cándido Luelmo.

A partir de ese momento, comienza mi madre a transitar los sinuosos caminos de este mundo. A poco de nacer, sus padres se trasladan desde Muga de Sayago hasta Almeida¹, a vivir en casa de sus abuelos paternos, Antonio Delgado Parriego y Bruna Domínguez de Cavo, quienes tenían una tahona en ese pueblo.

No recuerda cuánto tiempo estuvieron allí, pero sabe que de Almeida se trasladan nuevamente, y esta vez a Bermillo de Sayago, donde el abuelo materno, Esteban de Luelmo González y su abuela María Luisa Elvira Domínguez, vivían. Allí su abuelo ejercía el cargo de Jefe de 2.^a clase en la cárcel y su padre iba a ingresar a la misma como celador.

Fue en Bermillo de Sayago donde la pequeña María Luisa dio sus primeros pasos, rodeada del cariño y afecto

¹ Localidades del S.O. zamorano (N.E.)

de sus seres queridos y también por qué no decirlo, de algunos presos que cumplían su condena, pero que, por haberseles observado buena conducta, se les permitía permanecer fuera de los límites carcelarios, desempeñando tareas de reparación y limpieza en los lugares por donde la pequeña “Luisita” transitaba a diario.



Luisa con Esteban y Hortensia, abuelos de la protagonista del relato.

Todo transcurría de manera normal, hasta que un día, mientras correteaba por los patios que separaban la vivienda familiar de la cárcel, comenzó a escuchar ruidos, golpes, gritos y atinó a ocultarse detrás de una enorme vasija ubicada en un rincón, cuyo interior contenía agua.

Desde ese lugar, acurrucada y con los ojos muy cerrados, escuchaba que decían: *—¡una fuga de quinquilleros!... ¡una fuga de quinquilleros!*².

No sabía que significaba esa palabra que aún recuerda, pero presentía que algo malo estaba ocurriendo y permaneció oculta en ese rincón con sus pequeñas manos apretadas y su respiración entrecortada, mientras en las inmediaciones, todos corrían y se entrecruzaban voces que provenían de diferentes direcciones. En el lugar, ya estaba su abuela, su padre, su madre y otras personas que atendían al abuelo Esteban, a quien habían envuelto en una frazada cuando entraba al pabellón de los presos y posteriormente había sido golpeado por quienes lograron fugarse.

Cuando la intensidad de los ánimos se fue calmando, se percataron que la niña había desaparecido y nuevamente comienzan los gritos de llamada y el ajetreo general, lo que hace que María Luisa permanezca escondida en el mismo lugar sin asomar siquiera la punta de la nariz. Este acontecimiento fue el promotor de un nuevo traslado familiar y esta vez, junto a sus padres y a sus abuelos maternos, llega a Daimiel, Ciudad Real, La Mancha. Ya tenía cuatro años de edad, había dado inicio la década del 30 y concurría al Colegio de “La Divina Pastora” en la calle de La Estación.

Si en la actualidad le pregunto quién era la Divina Pastora, me responde con los ojos chispeantes y fijos, como si estuviera viendo lo que dice... y me cuenta su historia y describe el lugar: —“El altar está en un sitio donde hay

² Los quinquilleros eran vendedores ambulantes de quincallería, teniendo en aquellos años mala fama debido a pequeños hurtos (N.E.).



Carnet de funcionario de prisiones de Esteban de Luelmo, abuelo de la autora.

como una gruta inmensa y allí está La Divina Pastora, con un niño en brazos, tiene un sombrero grande y un bastón en su mano, esta sentada debajo de un árbol con todas las ovejas alrededor. Se llega hasta el lugar por la calle de La Estación; de San Pedro hacia arriba”. Cuando termina de contarme, se le nubla la vista y le cambian las facciones de su rostro y yo me pregunto: ¿seguirá estando allí La Divina Pastora? y... ¿la recordará mi madre tal cual la vio, después de setenta y tantos largos años?

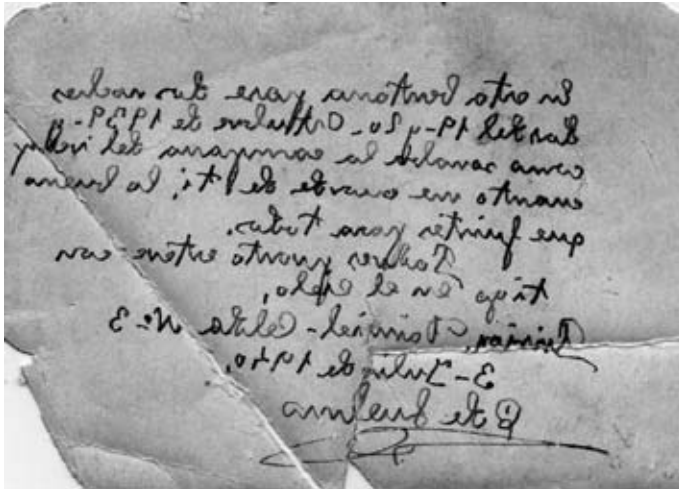
Pero estamos, decía, en la página donde mi madre comienza a ir al colegio y a quienes concurrían a esa edad se les llamaba párvulos, la etapa escolar inmediatamente anterior a la obligatoria. Junto a Manolo Astilleros Aldea y su hermana Josefina, eran los

tres más pequeños del aula y cuando a las mayores las hacían sentar en ruedo para ejercitarse en la lectura, los tres pequeñines aprovechaban esta situación para sacar de los libros que quedaban en los bancos, las “magiquitas”³ y jugar a vestirlas con diferentes trajes de variados colores, hasta que eran descubiertos por alguna de las monjas y al preguntarles: –¿qué estáis haciendo? Respondían: –*Nara güeno, nara güeno.*

Su vida en Daimiel transcurre de manera normal, como correspondía a una niña de esa edad y en esa época, siempre mimada y complacida por sus padres y abuelos y por sus tíos, Catalina y Cándido, hermano de su madre.

- ¡Oye madre!... ¿Y este perro que está contigo en la fotografía era tuyo?
- Pues no era un perro, mi niña, era una perra y se llamaba *Santoña*.
- ¿*Santoña*? ¡Vaya, qué nombre!
- Dile a tu abuela que te cuente su historia.

³ Quizá por “mariquitas”, muñecos recortables (N.E.)



Transcripción literal: “En esta bentana pase dos noches las del 19- y 20- octubre de 1939 - y como sonaba la campana del reloj cuanto me acorde de ti. lo bueno que fuistes para todos.

Padre pronto estará contigo en el cielo, Prision. Daimiel -Celda nº 3
3 -Julio de 1940.

C de Luelmo

Estábamos en el penal de Salamanca próximos a mudarnos al penal de Santoña. Poco antes de partir, mientras preparábamos nuestra mudanza, recibimos una encomienda y una carta que provenían del lugar de destino, en la encomienda venía una jaula y en su interior una pequeña perrita; en la carta, con impecable caligrafía, escrito lo que a continuación te he de contar:

“Santoña me llamo,
nacé en el Penal,
voy a Salamanca
ciudad cultural.
Dichosa me considero
y del presidio salí,
clemencia pido señores
por los que quedan allí.
Una Hortensia voy a ver,
flor que un jardinero guía
y yo espero que sea ella,
la protectora mía”.

Ya el abuelo Esteban se había retirado de la Prisión y ahora tenían una casa grande en las afueras de Daimiel, donde criaban gallinas, patos, pavos y conejos. María Luisa acompañaba hasta la Iglesia de Santa María a su abuelo, a escuchar misa y salía con él, casi todos los días, a caminar por los alrededores, disfrutando del aroma a flores que flotaba en el aire, del canto de los pájaros, de sus vivos colores y del perlado rocío que mojaba sus piernas cuando cruzaba el prado cubierto de amapolas silvestres.

–Oiga, Don Esteban. ¿No quiere comprarnos Ud. estos grillos?

–Y... ¿Cuánto cuestan?, rapazuelos!

–Sólo unos centavos, los que Ud. quiera.

Y así, con la ayuda de su abuelo, introducía los grillos en las pequeñas y cilíndricas jaulas con rejas de madera, que luego colgaban en el dintel de la ventana, sobre los maceteros de geranios y malvas, para que invadan con su agudo sonido, las soleadas tardes de primavera.

Con sus amigas Angelita y Rosita Sánchez de la Flor, compartía largas horas de juego en su niñez, formando corro y cantando:

“En mi casa hay un patio muy particular⁴,
que se llueve y se moja, como los demás.
Agachaté y vuélvete a agachar,
Las niñas bonitas se vuelven a agachar”.

O formando una ronda tomadas de la mano, dando vueltas y vueltas mientras sus dulces voces expresaban:

“¿Donde están las llaves?, matarilerilerile.
En el fondo del mar, matarilerilerón.
¿Quién va a bajar a buscarlas?, matarilerilerile.
Bajará María Luisa, matarilerilerón.
¿Con quién la hará Ud. casar?, matarilerilerile
Se casará con el príncipe, matarilerilerón. ¡Pon, pon!!

Así, entre el juego de “Los oficialitos nuevos”, las “Cuartetas”, “El avión”, “La media naranja” o el juego del “Trompo”, fueron transcurriendo los días más felices de su vida.

Ya había dejado atrás la etapa de hacer palotes en la pizarra y ahora transitaba por otra, la de la escritura y la lectura, siempre en el Colegio de La

⁴ La letra tradicional es: El patio de mi casa es particular, cuando llueve se moja como los demás, agáchate... (N.E.)

Divina Pastora, pero fue justo en ese momento de números y letras, de cuentas y oraciones, cuando su abuelo Esteban, al salir del rosario, sufre un ataque al corazón.

Es trasladado en una tartana hasta su casa donde a los pocos días deja de existir, dejándola, sin entender porque tenían que pasar estas cosas, que nunca había imaginado que podían ocurrir.

Fue un entierro de 1ª Clase, con tres curas y tres monaguillos y los ancianos del Asilo acompañándolos hasta las afueras de la ciudad llevando velas; sobre el cajón de su difunto abuelo, habían colocado la gorra y el sable que formó parte de su uniforme como Jefe de Prisiones.

Poco tiempo después, los rumores que alcanzaba a escuchar de los mayores no eran para nada de buenos augurios y lo que en ellos se decía se hace realidad en Julio de 1936, cuando contaba con solo diez años de edad. Da comienzo la Guerra Civil.

El colegio al que concurría lo cierran y las monjas se van. No obstante concurre a otro, que es de Doña Felicidad Baeza, pero también lo cierran poco tiempo después, por lo que su madre la lleva a uno, que recuerda le decían La Academia, cuyo Director era Don José Barrios y su maestra Paula Casares, a quien muy poco veía debido a que había perdido a un hermano en la guerra y estaba pasando por un mal momento.



Hortensia y Gregorio, padres de la protagonista.



En el penal de Santoña.



M.^a Luisa, pequeña M.^a Luisa y su madre.

Mientras tanto, a su padre lo han cargado en un camión y se lo han llevado, no sabe donde; según pudo escuchar a su madre comentar en voz baja con su abuela, iba al frente de batalla.

Ahora no asiste más a la escuela, han colocado en lo alto de una torre una sirena y les han dicho que si suena, deberán correr hasta el refugio y aguardar allí, hasta que escuchen otra, que anunciará que el peligro ha concluido.

Ya nada es igual, no se habla de otra cosa que no sea de la guerra y todo el mundo anda mal, se ha borrado la sonrisa de los rostros y para colmo de males, la sirena suena cada tanto y a correr, ¡todo el mundo a correr!

–Suena la sirena, madre. ¡Vamos al refugio con la niña!

–Ve tú, hija mía, y no sueltes por nada del mundo a la pequeña, yo no tengo fuerzas para llegar, me quedare rezándole al Señor.

Qué enorme angustia, por un lado el terror por la sirena que anuncia un probable bombardeo de los aviones, (cosa que nunca ocurrió) y por otro, tener que dejar a su abuela sola, sin poder hacer nada por ella.

Los días son interminables, las horas pasan lentas, qué lejos parecen esos días en que iba con sus amigas a la cuadra de las mulas, sabiendo que en los pajares había gatos pequeños, a cazarlos, poniendo una lata de sardinas vacía en el interior de una bolsa que mantenían con la boca abierta hasta que lograban su cometido.

Pero ahora, ha llegado un vecino llamando a voz en cuello:

–¡Hortensia! ¡Hortensia!

–¿Pues qué está pasando Don Manuel?, diga Ud.

–Es que han llegado noticias, que no son para nada buenas. Debo hablar con Ud. a solas.

Salió Hortensia con los ojos cubiertos de lágrimas y no hizo falta que nadie preguntara nada, ni siquiera la pequeña María Luisa. Todo lo confirmó el riguroso luto que comenzó a vestir su madre y la misa que dieron por la memoria de su padre en la Iglesia de Santa María La Mayor.

No se habían repuesto aún de la pérdida de su padre, cuando la abuela se enferma y al poco tiempo las deja, partiendo de este mundo.

Escuchaba decir que su abuela, no pudo soportar tanto dolor y en consecuencia... ¡había muerto de pena!

Sus trenzas negras, que le llegaban hasta la cintura, ya no llevaban moños de colores, su tío le había comprado una cinta de terciopelo negro y con ella se hizo moños para acompañar a su abuela María Luisa hasta el cementerio, donde descansaría al lado de su abuelo.

Pero hoy es un día distinto, se ve a la gente muy excitada, todos hablan animados y corren a la plaza. Hacia allá va también María Luisa con su madre, ¡y está todo el pueblo!

–¿Por qué estamos aquí?

–Venimos a despedir a tu tío Cándido que se va al frente, a pelear contra las tropas de Franco.

Cuando lo vio en el centro de la Plaza Mayor, entre un grupo de hombres formando fila, corrió a su lado. Tomándole las manos y llorando le decía:

–¡Tío! ¡Tío! ¡No te vayas tío, no te vayas!, ¡quédate con nosotras!

–¡No llores, mi reina!... Cuando regrese, te traeré los pendientes más hermosos del mundo para ti. Ahora Catalina, la esposa de su tío Cándido, también ha quedado sola, llorando la partida de su esposo y con el alma cargadita de pena.

Cuánta pena también tiene acumulada María Luisa con sólo doce años, qué momentos difíciles está pasando y para colmo, hay gente que les niega hasta el saludo, no sabe bien por qué, pero parece que no fueran bien vistas entre algunas personas. Además, está confundida con esta guerra, ¿quiénes son los que pelean? Porque según algunos cánticos, parece que también los niños se están peleando. Ha escuchado cantar:

Los chicos del cuarenta
precisan dos vagones,
uno para los culeros
otro pa' los biberones.



Colegio S. José, donde estudió la protagonista.

En abril ha cumplido ya los trece años y en abril también ha finalizado la guerra⁵, pero para ella y su madre comienza algo peor aún, las persiguen por considerarlas opositoras al régimen de Franco. A su tía Catalina, la han detenido y está incomunicada.

Citan a su madre todos los días a la Comandancia Militar que tiene sede en el Casino, debe presentarse a declarar el paradero de su

hermano Cándido, al que se le acusa de socialista. Son largas e interminables horas que tiene que permanecer sentada a la espera de que la atiendan.

– Díganos. ¿Dónde se encuentra su hermano, Cándido de Luelmo Elvira?

– No lo sé, señor. No hemos tenido noticias de él, desde que se fue.

– Pues bien. Deberá Ud. regresar mañana nuevamente a declarar a la misma hora de hoy, a este lugar.

Pero peor que eso era despertarse a media noche por los golpes que daban en la puerta y el grito de ¡Requisa!, ¡Requisa!, que las obligaba a levantarse y salir con lo puesto a la calle, hasta que revisaban toda la casa y cuando regresaban a su interior encontraban todo tirado por el suelo y los colchones cortados por las bayonetas, para ver si en ellos ocultaban algo.

A veces les llevaban lo poco que tenían para comer y cuando los falangistas se retiraban, lloraba desconsoladamente junto a su madre.

En la actualidad, suele despertarse por la noche acongojada, con los ojos cargados de lágrimas, porque ha estado soñando que llegaban a buscarlas, es algo que jamás pudo borrar de su mente.

En el mes de octubre de 1939, su tío Cándido es tomado prisionero



Título de propiedad de una sepultura en Daimiel a nombre de Cándido Luelmo, tío de la autora.

⁵ La Guerra Civil finalizó el 1 de abril de 1939 (N.E.)

por el régimen que está ahora en el poder y trasladado a Daimiel para ser alojado en la prisión, donde, por esas cosas del destino, su abuelo había sido jefe y su padre celador. La ajada fotografía que guarda celosamente, muestra a su abuelo Esteban en la Prisión de Daimiel, al fondo, se alcanza a ver parte de una ventana con gruesas rejas y en su parte posterior dice lo siguiente: “*En esta ventana pase dos noches, las del 19 y 20 de Octubre de 1939 y como sonaba la campana del reloj, cuánto me acorde de ti, lo bueno que fuiste para todos. Padre, pronto estaré contigo en el cielo. Prisión. Daimiel. Celda N° 3. 3 Julio de 1940 C. de Luelmo*”.



María Luisa Delgado de Luelmo, 1950.

No fue tan pronto como su tío Cándido imaginaba, iban a pasar diez meses más todavía, para poder encontrarse con su padre, como decía en la foto. Precisamente el día 17 de Agosto de 1940, según dice la carta que guarda mi madre y que su tío comenzó a escribir un día antes.

En ella dejó escrito lo siguiente:

En la Capilla. Daimiel 16 Agosto de 1940

Mi testamento:

Cándido de Luelmo Elvira, de 41 años casado natural de Zamora y unas horas antes de morir. Texto a favor de mi esposa, Catalina de Pedro de Pedro, mitad de todo lo que me haya correspondido de mi tío Manuel (q.e.p.d.) y de lo que por herencia me corresponda de otras que yo desconozca y la otra mitad a mi hermana Hortensia y si esta falleciere a mi sobrina Luisa Delgado de Luelmo y les pido a estos seres tan queridos míos, que no les guarden rencor a nadie, pues es que yo perdono a todos. Los gastos que los comprueben con facturas y con lo que quede se lo repartan como Dios manda. Hortensia, que me entierren con los restos de nuestros queridos padres (que están en el cielo), el entierro lo más humilde que puedas y me mandas que me digan por mi alma en el Cristo rezada y muy temprano y en Luelmo otra también temprano y rezada. Muero cristianamente y le doy gracias a Dios por haberme dado tiempo y ponerme bien con el y muero perdonando a todos y que me perdonen a mi.

Sin más que hasta el cielo rezar por mí. Tu esposo, hermano y tío. Daimiel, las 3 de la mañana del 17 Agosto 1940.

*Cándido de Luelmo Elvira
(Para entregar a mi hermana y mi mujer)*

En la Capilla. Daimiel 16 Agosto de 1940
 Mi testamento.
 Cándido de Luelmo Elvira, de 41 años casado natural de Zamora
 y unas horas antes de morir.
 Testo a favor de mi esposa Catalina de Pedro de Sedes, Mit.
 de todo lo que me haya correspondido de mi difunto Manuel, q.e.e.g. y de
 lo que por herencia me correspondiera de otras que lfo. de Zamora, y de
 otros misos ami Hermana, Hortensia y si esta falleciera ami, sobrina
 Luisa Delgado de Bielmo, y les pido a estos ser el tan queridos misos que
 no les guarden rencor a nadie, pues es que yo puse a todos. Los gastos
 que los acompañen con futuras y con lo que se le reparten, como Dios
 manda. Hortensia que me entienda con los restos de nuestros queridos queridos
 padres, que les, el entiendo lo mas unida que quedas, y me mandas que
 me ligan por mi alma en el Cielo reparta y mi tiempo, y en Luelmo tra
 tan bien Hermana y reparta, Misero criticadame mente y de todo gracias a Dios
 por haberme dado tiempo y ponerme bien con ella y miso perdón de
 a todos y que me perdonen ami.
 Sin mas que basta al cielo repartir por mi, tiempo y herencia
 y to. Daimiel das 2 de su mañana del 17 Agosto 1940
 Cándido de Luelmo Elvira

Para entregar a mi hermana y mi mujer.

Estremecedor testamento de Cándido Luelmo horas antes de ser fusilado.

El sacerdote que lo confesó y permaneció a su lado hasta el momento de ser llevado al paredón de fusilamiento, fue el encargado de depositar la carta en manos de su hermana Hortensia. Ya nadie hablaba, las palabras habían sido reemplazadas por el llanto y el desconsuelo era cada vez mayor, parecía que el destino se había ensañado en estas dos mujeres que ahora estaban, solas y sin saber qué hacer.

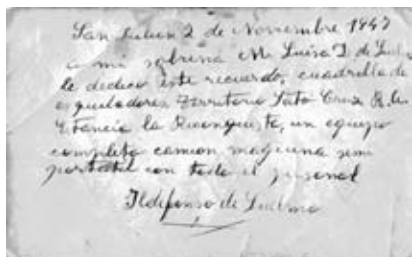


Foto dedicada de Ildefonso de Luelmo a su sobrina M.ª Luisa.

El cuerpo de su tío Cándido les fue entregado en el Cementerio para que procedan a su entierro, En el Ayuntamiento le entregaron la ropa y el Certificado de Defunción, cuya causa de muerte no condecía (*sic*)⁶ con la realidad.

Su texto expresa:

*Folio Ciento Siete –Acta de Defunción 2315372/99 Registro Civil de Daimiel– Distrito de Idem, En la ciudad de Daimiel, Provincia de Ciudad Real, a las nueve horas, __ minutos del día diez y siete agosto de mil novecientos cuarenta, ante Don Ramón ¿Abelardo? Lozano Juez Municipal y Don Ramón de la Torre López Secretario– se procede a inscribir la defunción de Don Cándido del Luelmo Elvira, nació el 16 de Agosto 1899, natural de Zamora, Provincia de Ciudad Real digo de la misma, hijo de Esteban y de Da. Luisa, domiciliado en esta ciudad, calle de Fontecha, número __, piso __, de profesión empleado y de estado casado con Catalina de Pedro de Pedro, de cuyo matrimonio no deja sucesión. Falleció en esta ciudad el día de hoy a las seis horas __ minuto (*sic*), a consecuencia de fractura del cráneo, según resulta del informe facultativo y reconocimiento practicado y su cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de esta ciudad.*

Esta inscripción se practica en virtud de orden del señor Juez Militar de esta Plaza, consignándose además que no consta si otorgó testamento, habiéndola presenciado como testigos D.ª Purificación Dopazo Sánchez y D. Manuel Martín de Bernardo, mayores de edad y vecinos de esta ciudad.

Leída esta acta, se sella con el del Juzgado y la firman el Juez, los testigos y de que certifico.

Su tía Catalina ya no estaba con ellas, había recogido lo poco que le dejaron cuando la liberaron, tras la captura de su esposo y partió con destino a su tierra de origen, Luelmo, en la provincia de Zamora.

Gracias a que su madre trabaja por temporada en el Ayuntamiento de Daimiel, transcribiendo el Padrón Rústico y Urbano, para presentar a La Casa

⁶ Coincidía (N.E.).

de La Hacienda y enseña a los labradores y algunas otras personas a leer y escribir, tienen dinero para poder salir adelante. Pero son pocas las cosas que se consiguen, hay mucha escasez de alimentos y sobre todo de primera necesidad, se lo puede conseguir en el mercado negro, pero hay que tener dinero para hacerlo, si no fuera así, no sacarían esos afiches a la calle que dicen:

“Octavo aniversario de la sabrosísima e ilustrísima Doña Patata (q.e.p.d.). Rogad al Gobierno encarecidamente, por el alma de Doña Patata que falleció durante la liberación de la pasada guerra. Su desconsolado padre, Don Arroz, ausente, hermanos, Don Pan, de luto riguroso, Don Aceite, en el extranjero, Don Garbanzo, desaparecidas, hermanas, Doña Lenteja y Doña Alubia, Religiosas Clausuradas y su Tío Fariñeta, único sobreviviente presente, amigos, compatriotas y demás deudores, ruegan y encomiendan sus almas a los Estraperlistas y dignándose asistir a los funerales que se celebran en la Fiscalía de Tasas.

La Casa Mortuoria, La Tienda.

Agencia de Pompas Fúnebres, Junta de Abastos.

La carne se da por despedida. No se reparte Racionamiento.

Lloren asimismo nuestros estómagos tan caramamente caro (8 Pesetas el Kilo)”

También cantaban haciendo alusión a este tema una cancioncilla que decía:

La Pelona está enojada
porque no le crece el pelo,
Pelona, sin pelo,
cuatro pelos que tenías
los vendiste al estraperlo,
Pelona, sin pelo.

María Luisa ha dejando atrás su adolescencia. Tanto sufrimiento la transformó en una persona mucho más madura de lo que debería ser a esa edad, tiene que superar ahora otro escollo en el camino. Su madre está muy delicada de salud y a pesar de los esfuerzos, su corazón deja de latir el 18 de Diciembre de 1945. María Luisa Delgado de Luelmo, con diecinueve años de edad, ha quedado, totalmente sola.

Sola y sin nada, por lo que, tras regularizar los papeles inherentes al entierro, decide irse a la casa de sus abuelos paternos, que todavía viven en Almeida.

No fue por Zamora hasta Almeida, fue por Salamanca, en el asiento de al lado, viaja una joven mujer que la reconoce, seguramente la ha visto alguna vez en casa de sus abuelos...

—¿Tú no eres María Luisa, la nieta de Don Antonio? — Sí, soy yo.

—¡Ah! Ya me parecía. ¿Vas al entierro de tu abuelo?

MINISTERIO DE JUSTICIA
Registro Civil

Serie AA N.º 820136
34
ta 40

CERTIFICACION EN EXTRACTO DE INSCRIPCION DE MATRIMONIO

Sección 2.ª
Tomo 52
Pag. 18

13 NOV 1933
10 NOV 1933
10 NOV 1933

Registro civil de Bernuete de Sayago
Provincia de León
D. Gregorio Delgado Zambrano
Hijo de D. Antonio y de D.ª Bruna
nacido en León de castrocho casa
de estado soltero y domiciliado en Alameda
y D.ª Hortensia Alameda de Luelmo
Hija de D. Esteban y de D.ª Bruna
nacida en Donabaja del Valle de Castroverde
de estado soltera y domiciliada en Bernuete de Sayago

CONTRAJERON MATRIMONIO canónico
en Bernuete de Sayago
hora, del día veintidós de junio
de mil novecientos veintidós

CERTIFICA: Don Juan Sánchez
D. Bernuete de Sayago a 12 de Junio de 1933
(Firma del Registrador)

Impuesto de la certificación:
Ley de Suelcos (art. 75) (en plizas)..... 2,00 pes.
Tasa (Decreto de 19-8-04, arts. 4.º y 5.º)..... 2,00 +
Tasa (art. 60, tarifa 1.ª) (I)..... +
Tasa (art. 61, tarifa 1.ª) (II)..... +
Impreso (2)..... 2,00 +
Total.....

42976/75 (4)

Madrid, S. A.—Madrid

Matrimonio de Gregorio Delgado y Hortensia de Luelmo, padres de la protagonista del relato.

No llegó a tiempo al entierro de su abuelo Antonio, el mismo se había realizado el día anterior a su llegada. Corrió para abrazarse con su abuela Bruna, pero su abuela estaba parálitica en la cama.

Todavía le golpean en la mente las palabras de su abuela:

–Hija... Vienes en mala hora, hija.

Estuvo muy poco tiempo con ella, porque a los quince días exactamente, su abuela Bruna dejó este mundo y nuevamente queda sola, otra vez sin nada ni nadie a su lado.

Otro golpe para su joven corazón, ahora sí estaba totalmente desorientada, quería regresar a Daimiel, pensaba que por lo menos allí encontraría gente que la conocía y al ser más grande la ciudad, alguna posibilidad de trabajo, Almeida era pequeña y a nadie conocía.

Fue a despedirse de los vecinos de sus abuelos, el dueño de casa había sido Jefe de la Guardia Civil en ese lugar y al verla le dijo:

–Mi hijo Amador, que es Secretario del Gobernador de Zamora, viaja mañana hasta allí ¡Irás con él!

Al día siguiente, ese hombre la dejaba en un pequeño hotel de Zamora, cuyos jóvenes dueños eran de Almeida y al darse por enterados que era nieta de quienes habían horneado el pan que comieron por mucho tiempo en su pueblo natal, le dijeron:

–Pero... ¡Tú tienes familiares aquí! –Sí, pero como era mi madre la que se escribía con ellos y nunca los vi, no sé quienes son.

–Está aquí una prima de tu madre, casada con Carlos Muñoz que tiene la fábrica de bicicletas Orbea.

El dueño del hotel se contactó (*sic*) con la familia y por la tarde llegaron hasta allí, quienes siempre nombra y recuerda con inmenso cariño, tía Esperanza y tío Carlos. ¡Qué emoción! ¡Alguien de la familia! Lo primero que escuchó fue:

–¡Tú de aquí no te mueves!, ¡te quedas con nosotros!

La llevaron a la casa de Cándido de Luelmo González, hermano de su abuelo Esteban y se quedó allí a vivir, junto a Consuelo y a Sacramento, esposa-hija respectivamente del difunto Cándido.

Cándido, había tenido una escuela y en ella ejerció la docencia, uno de sus alumnos, llamado Victoriano Velasco, era abogado y siempre frecuentaba la casa de su antiguo maestro, tenía este dos hermanos que se encontraban en Buenos Aires, Argentina y le comentó a María Luisa que sus hermanos eran muy amigos de Ildefonso, su tío, ya que habían ido juntos a la escuela en Zamora.

Ildefonso de Luelmo Elvira, era el único tío que le quedaba con vida, hermano de su madre.

Paso el tiempo y un día llegó Victoriano a casa de su tía Sacramento, a decirle que sus hermanos estuvieron con su tío Ildefonso y éste les había solicitado, que si escribían a Zamora, averiguaran qué familia le quedaba allí, ya que hacía 18 años que él no escribía y no tenía noticias de ningún familiar.

La respuesta no se hizo esperar y le contestaron diciéndole que la única que se encontraba allí, era María Luisa, la hija de su hermana Hortensia. El primer contacto con su tío, fue a través de una fotografía que éste le envió, en ella estaba Ildefonso acompañado de varias personas en un camión, cargado de bártulos. De fondo se observan unos cerros con escasa vegetación y en el reverso de la misma decía lo siguiente:

San Julián, 2 de Noviembre 1947

A mi sobrina M Luisa D. De Luelmo le dedico este recuerdo, cuadrilla de esquiadores, Territorio de Santa Cruz, R.A. estancia La Reconquista, un equipo completo camión, máquina semi-portátil con todo el personal.

Ildefonso de Luelmo

Su tío la reclama, dado que hasta los 24 años no era mayor de edad, y a partir de ese momento comienza el trámite de papeles para obtener el pasaporte y todo lo inherente a su viaje, para poder ir al encuentro, del único familiar más directo que le quedaba y para eso, debía cruzar de un lado a otro el Océano Atlántico.

No importaba cuán largo fuera el viaje, estaban muy frescas todavía las imágenes de lo vivido poco tiempo atrás y pensaba que yéndose lo más lejos posible, le haría olvidar los malos momentos que le había tocado pasar.

El 28 de octubre de 1949, con veintitrés años de edad, recibía el Pasaporte, otorgado por el Gobierno Civil en Zamora.

Sus familiares acuerdan enviarla con Ana García, esposa de Ildefonso de Luelmo Asencio, hijo de José de Luelmo González, otro hermano de su abuelo Esteban, que vivía en Villalonga, Valencia, para que la acompañe hasta Barcelona, donde debía embarcar.

No pudo concretarse su partida, al presentar la documentación, estaban faltando algunos documentos que le imposibilitaban viajar, volvió a Villalonga y estuvo viviendo con estos nuevos tíos, Ana e Ildefonso, mientras obtenía la documentación faltante.

Debe regularizar los Visados, cuyo plazo caduca cada noventa días, como así también realizar la primera renovación en su pasaporte y para ello regresa nuevamente a su provincia natal desde Valencia en varias oportunidades.

El día 3 de diciembre del año 1950, el puesto de Policía del puerto de Barcelona, en el Sector Nordeste, estampa un sello en su Pasaporte autorizando la salida, –previo haberle solicitado la entrega de su Cartilla de Racionamiento y embarca en el Vapor Santa Fe, de la Compañía Dodero.

Pocos días después, la Dirección Nacional de Migraciones de la República Argentina, estampa otro sello, con fecha 20 de diciembre del mismo año, registrando su entrada a este país, donde comenzaría una nueva etapa en su vida.

SU VIDA DEL OTRO LADO DEL ATLÁNTICO

En el puerto de Buenos Aires, la esperaba Luisa Elvira, hija de Florentino Elvira Domínguez, hermano de su abuela María Luisa, que vivía en Carlos Casares, Provincia de Buenos Aires. Llega hasta allí al día siguiente y perma-



Acta de nacimiento de M.ª Luisa Delgado, autora del relato.



Partida de Bautismo de M.ª Luisa.

nece con ellos hasta el mes de marzo de 1951, esperando que su tío Ildefonso, que se encontraba en plena temporada de esquila en la campaña, llegara de regreso a San Julián.

El día 18 de marzo del año 1951, luego de un largo e interminable viaje, llega a Puerto San Julián, por entonces Territorio de Santa Cruz, en la Patagonia, Argentina, donde continúa viviendo en la actualidad.

Cuando le he preguntado: ¿Qué sentiste, mamá, cuando llegaste a San Julián?, me respondió: –Hijo, ¡se me juntó cielo y tierra! Un pueblo tan chico, no se veía a nadie por la calle, mucho viento, mucho frío, las aceras eran un espejo de escarcha. ¡Si me habré caído! No estaba acostumbrada a caminar en la escarcha.

Las estufas eran a leña y carbón y por la noche cuando se apagaban, se escarchaba el agua dentro de la casa. Yo le preguntaba a mi tío si aquí no iban a comprar a la plaza y él me decía que aquí se hacían las compras para todo el mes y sólo la carne y el pan se repartía todos los días en un carro que iba de casa en casa.

De fruta y verdura, ¡nada!, se pasaban los meses sin verlas, los barcos venían una vez por mes desde Buenos Aires trayendo leña, carbón polaco y mercadería para las dos casas de comercio más grandes que había.

Tenía que lavar la ropa en un fuentón galvanizado que estaba afuera, bajo un tinglado, refregando la ropa sobre una tabla, ¡se me escarchaban las manos! Decía: –Dios mío, ¡Dónde he venido a parar yo!

Un día descubrí en un baúl de mi tío, lo que aquí llaman medias “hechas a garrotazos”, que son esas medias de lana cruda que no tienen talón; me las ponía en las manos y pensaba que no podían ser mitones, dado que le faltaba la parte donde se coloca el dedo, pero medias tampoco, porque les faltaba el talón. Luego me explicaron que eran así porque se colocaban de cualquier lado, yo las usaba tanto en los pies como en las manos y me abrigaba con calzoncillos largos de mi tío para poder soportar tanto frío, al que yo no estaba acostumbrada; para colmo de males, toda la ropa que tenía era ropa para el clima de allí, piensa, que antes de partir había estado en Valencia.

Y la casa, ¿cómo era con respecto a las de allá? ¡Oh! Era muy precaria, de madera y chapas de cinc, cuando soplaba el viento parecía que se iba a desarmar, no tenía ninguna instalación, ni de agua ni de sanitarios. Lo que pasa es que mi tío, siempre había estado poco tiempo en su casa, todas las tareas que desarrolló, siempre fueron en el campo, venía a su casa cuando llegaba al pueblo, estaba unos días y se volvía a ir.

Cuando yo llegué, su actividad era la esquila de animales ovinos, cuando terminaba la temporada, estando solo, se iba a Buenos Aires a pasar el invierno y no regresaba hasta la primavera, era un bohemio solterón. Siempre estuvo solo, trabajó en barcos mercantes que salían desde Buenos Aires a dis-

tintos puertos de Europa, trabajó en el frigorífico que la compañía Swift, una compañía inglesa, tenía acá en San Julián. Fue carrero, tropero, desempeñó tareas rurales y por último tenía su “Comparsa de Esquila”; se vino de España porque no quería estudiar según decía, tuvo de maestro a su tío Cándido en Zamora, al hermano de mi abuelo.

—¿Te costó adaptarte mamá?

—¿Si me costó adaptarme? ¡Vaya, si me costó adaptarme! No era fácil, cuando comenzaba la esquila, yo me quedaba sola en casa, durante cuatro o cinco meses y tenía que arreglármelas como podía. Hasta tuve que aprender a cortar leña para prender la estufa. Más de una vez volaba el palo que cortaba con el hacha por los aires y caía sobre mi cabeza.

Así fueron transcurriendo sus días en esta nueva tierra, tan distinta a la que ella dejara del otro lado del Atlántico. De a poco se fue acostumbrando a esta nueva forma de vida, a su gente, a sus costumbres, a la soledad y al clima, al duro clima patagónico; de a poco también fueron pasando los días, tan largos en verano y tan cortos en invierno y los días formaron meses y los meses sumaron años.

Ya hacía exactamente dos que estaba en San Julián y caminaba con dificultad las nueve cuadras que separaban su domicilio del Edificio de Correos y Telégrafos, cada vez que tenía que dirigirse a despachar correspondencia, porque todavía no había podido acostumbrarse a caminar sobre el voluminoso colchón de guijarros que ocupaba el ancho de las calles. Mantenía correspondencia con aquellos familiares que la habían acogido tanto en España como en Argentina y esperaba ansiosa la contestación a sus misivas, por un lado para enterarse del estado de aquellos que habían quedado tan lejos y, por otro, porque le agradaba ver llegar a ese apuesto y simpático cartero llamado Eduardo, en su bicicleta negra, con la cartera de cuero color marrón colgada de costado sobre un hombro.

A él le causaba gracia ese acento tan particular cuando ella hablaba y también sonreía pícaramente al escuchar algunas palabras, que no era común decir por aquí y de las que María Luisa ya sabía, que muchas eran tomadas con doble sentido.

Así se entabló una relación cada vez mas fluida, a tal punto, que llegó un momento en que ya no era necesario tener que recibir correspondencia para que se vieran a diario.

No sé si fue a causa de la ingenuidad, de la soledad o de la unión de ambas, pero al mes de (*sic*) 1953 María Luisa ya no podía ocultar que su vientre estaba creciendo, porque adentro, alguien estaba necesitando más lugar y a esa altura de los acontecimientos, ya estaba sabiendo que, del que estaba allí, se tendría que hacer cargo sola, porque Eduardo le había comunicado que tenía decidido trasladarse a Comodoro Rivadavia con su madre y sus hermanas.



Pasaporte de M.^a Luisa.

Menuda situación y, encima, tener que escuchar a su tío, quien consideraba una deshonra lo ocurrido y a la chusma del pueblo, que no veía con buenos ojos que una mujer pudiera tener un hijo siendo soltera; tendría que llevar la cruz sobre su espalda de por vida.

Un día 8 de marzo de 1954, cuando el tibio sol de fines de verano, ya se estaba perdiendo por el horizonte, en su domicilio, acompañada por Celestina López de Behm, una vecina amiga de la casa y por el Dr. Alberto Nieto, recibe el fruto de ese fugaz amor, del que casi no pudo darse cuenta que existió.

A los cuatro días del alumbramiento, su tío, acompañado de dos personas que estimaba, llegó al Registro Civil para inscribir el nacimiento de quien se llamaría como él, Ildelfonso y llevaría el apellido de su madre, Delgado; el espacio reservado a los datos del padre estaba sin completar, sus renglones, totalmente vacíos.

Ahora María Luisa distribuía las horas del día en lavar pañales, planchar, cocinar, dar la teta y estar pendiente a los requerimientos de su pequeño bebé, pero en compensación, sabía que ya no estaría sola cuando su tío se tuviera que ausentar y tendría alguien a quien contarle los cuentos que había aprendido de su madre y de su abuela, a cantarle villancicos y enseñarle a rezar mientras lo vestía:

“Jesusito de mi vida,
dulce niño como yo,
por eso te quiero tanto
y te doy mi corazón”.

Y cuando lo acostaba:

“Con Dios me acuesto,
con Dios me levanto,
la Virgen María
y el Espíritu Santo”.

El duro corazón de aquel sesentón, soltero y bohemio, que durante tanto tiempo había estado solo y lejos del cariño de una familia, ahora se había ablandado convirtiéndose en una mezcla de padre y abuelo al mismo tiempo; para aquel que ya había comenzado a dar sus primeros pasos y balbuceaba algunas palabras, de las cuales eligió “Tata”, para identificarlo.

Corría a su encuentro cuando llegaba a casa con los bolsillos llenos de golosinas, que no eran otra cosa que pasas de uva, huesillos, pelones, azúcar en terrones o algún caramelo y generaba las protestas de mi madre:

–¡Dele!, ¡dele, porquerías al chico para que después no coma!

Pero él hacía caso omiso a sus palabras y la escena volvía a repetirse día tras día.

Ambos éramos felices cuando salíamos en el viejo camión a realizar compras o cuando comenzaban los preparativos para salir a la campaña y llegaba a “casa el mecánico” a preparar la máquina de esquila, ajustando, lubricando piezas y probando el motor de dos tiempos que dejaba escapar un estampido fuerte y seco por su caño de escape. En segundo término, llegaba el cocinero y revisaba meticulosamente un enorme cajón donde guardaban

ollas, sartenes, espumaderas, cucharones y fuentes de tamaño gigante y hacia una larga lista con todo lo que necesitaría para darle de comer a todos los integrantes de la “Comparsa”.

Mientras tanto, con un jardinero gris, que supuestamente me protegería para no ensuciarme, yo manipulaba (*sic*) piezas con grasa y aceite, generando al final del día más protestas por parte de mi madre, mientras me introducía en el enorme fuentón de lavar ropa y refregaba el cuerpo con un esparadrapo⁷ que confeccionaba para esa ocasión.

Luego, cuando quedábamos solos con mi madre durante el período que duraban los trabajos de esquila o cuando en invierno su tío viajaba, solíamos estar largas horas, mirando por la pequeña ventana pintada de verde a través de sus pequeños vidrios y mientras tanto, me enseñaba los límites de España, diciéndome que al norte teníamos el mar Cantábrico y al sur el Mediterráneo, o que los colores de la bandera eran el amarillo y el rojo y para que me quedara claro, tomaba un papel y en él la dibujaba, flameando sobre toda la hoja.

Según la época del año, iba narrando las costumbres de su tierra y me hablaba de Santos, de Patronos, de gigantes y cabezones, de Iglesias, de procesiones y mientras la nieve caía copiosamente en San Julián, en pleno invierno, ella decía:

– Allí ya están pintando las uvas, –quiere decir que están madurando–, luego pasan los carros cargados de uva por las calles del pueblo, vienen de la viña y van a la bodega, tú le sales al cruce y le pides un racimo y te llenan el delantal que llevas puesto. Las uvas se cuelgan en los sótanos y tienes uvas para todo el invierno.

y cantaba:

“Entre San Juan y San Pedro
pintan las uvas,
para Nuestra Señora de Agosto
ya están maduras”.

Yo viajaba imaginariamente con mi madre por esos campos sembrados de vid, viendo pasar los carros cargados de uvas y hasta podía percibir el calor que allí hacia, que no se comparaba en nada, con el gélido frío de mi pueblo. Para todo tenía un refrán y siempre recordaba a los Santos. “*San Antón, es el santo de los animales. Ese día todos llevan sus animales hasta la Iglesia y a medida que van pasando frente a ella, el cura sale a la puerta y los bendice*”.

⁷ Probablemente el autor quiera decir estropajo (N.E.)

Mi abuela cantaba:

San Antón por enero
puso corbata,
como no toma vino,
no se la mancha.

Así fui aprendiendo todo lo inherente a sus costumbres, su clima, sus límites, sus fiestas, lo cual había adoptado como propias, pero a los seis años, cuando comencé la escuela primaria, la realidad era otra, no coincidían los límites, ni los colores de la bandera, ni la mayoría de las cosas, con lo que ella me había enseñado. Ya al segundo día de clase, la maestra de grado llamó a mi madre para decide:

–Mire, María Luisa, yo sé de sus buenas intenciones y de sus costumbres, pero no le enseñe al niño a presentarse de esa manera, porque acá no se acostumbra y va a provocar que los demás niños se rían. Todo lo que yo había hecho era repetir lo que mi madre me había enseñado, cuando la maestra me hizo poner de pie y preguntó: –¿Cómo te llamas? Le respondí: –*Ildefonso Delgado de Luelmo, para servir a Dios y a Usted.*

La vida transcurría de manera normal y sin contratiempos en esta pequeña familia y mi madre se ocupaba de todas las tareas inherentes al hogar, atendiendo a su tío y a mí. Por su parte, su tío se hacía cargo de los gastos que demandaba esa familia, con los ingresos que generaba a través del servicio que brindaba como contratista de esquila.

Una tarde, cuando yo estaba regresando de la escuela, vi salir de casa a un señor con un maletín en sus manos. Al entrar, mi madre dijo que era el bioquímico y que había ido a sacar muestras para un estudio, porque el “Tata” no estaba bien. Por la noche llego el médico y al día siguiente lo llevaron al Hospital, donde mi madre fue a cuidarlo y a mi, me dejaron durmiendo en casa de Celestina. Yo rezaba pidiéndole a Dios que se mejore y vuelva pronto a casa, pero Dios no me escuchó y el día 18 de Julio de ese invierno frío y gris del año 1963, me llamaron para decirme que él ya no estaba más con nosotros, que ahora estaba en el cielo.

Mi pobre madre lloraba y lloraba todo el día y yo no sabía que hacer para consolarla, fueron los días más tristes que había vivido en esos nueve años de vida. A medida que los días transcurrían, nuestra situación empeoraba, mi madre debía tomar algunas decisiones de cosas que ignoraba por completo; se aproximaba la fecha de sacar el equipo de esquila a cumplir con los compromisos pactados y ella nunca había estado al tanto de nada, a tal punto, que del dinero que había en una cuenta del Banco en la localidad, no podía hacer uso,



Acta de defunción de Cándido de Luelmo.



porque no estaba registrado a su nombre y para poder hacerlo, debía iniciar una “sucesión”.

En medio de un ir y venir de personas que llegaban, algunos como integrantes de la “Comparsa de Esquila”, y otros solicitando se les confirme la fecha en que estarían por su establecimiento ganadero efectuando el trabajo, no faltó quienes se ofrecieran voluntariamente para solucionarle todos los problemas que se pudieran presentar a María Luisa.

Fue un alivio para ella poder encontrar alguien que ocupara el lugar que su tío había dejado y así, como todos los últimos años lo hacía, salió el equipo completo, a realizar su tarea de esquila.

Pero la situación se volvió a complicar, cuando se produjo el regreso; había que liquidar los sueldos, pagar seguros, proveedores de mercaderías, combustibles, etc., y los ingresos recién se producían cuando el ganadero vendía su producto. Conclusión, en poco tiempo mi madre se quedó sin el camión, sin la máquina de esquila, con deudas y sin dinero y tuvo que salir a trabajar como empleada doméstica de casa en casa y conmigo a cuestras.

Así pasamos dos años muy duros con mi madre, pero cuando yo contaba con diez años de edad, ella forma pareja con alguien que conocía desde hacía algún tiempo y de esa pareja nació otro varón, llamado Carlos, un 18 de abril de 1965.

Ahora estábamos mejor, éramos otra vez una familia completa y encima, yo tenía la suerte de tener un hermano con quien compartir las horas del día.

Pero poco nos duró esa alegría, todo fue tan rápido, que casi no tuvimos tiempo de reaccionar, otra vez habíamos quedado solos por culpa de esa muerte repentina que se había llevado al padre de mi hermano, pero esta vez, además de estar nuevamente solos, éramos tres.

Otra vez mi madre tuvo que salir a limpiar, planchar y lavar por las casas, para ganar el sustento y mientras tanto, yo me quedaba cuidando a mi hermano, cambiándole pañales, dándole el biberón y llorando de impotencia por no poder hacer nada para cambiar tanta desgracia. Así crecimos juntos y nos mantuvimos los tres unidos hasta que a los veintiún años de edad me casé. Mi madre se fue al campo a trabajar, llevándose a mi hermano y allí continuó hasta que llegó el momento de acogerse al régimen jubilatorio.

Hoy escribo esta pequeña historia de mi madre, porque siento la necesidad de hacerlo, era una deuda que tenía conmigo mismo y a pesar de saber que habrá cosas que a ella no le gustará que las haya contado, tengo la obligación moral de sacarlas a la luz.

En la actualidad, mi madre vive en el mismo lugar al que llegó un lejano 18 de Marzo del año 1951. Con sus ochenta años a cuestas, tiene algunos problemas de salud, está sola en su casa, pero siempre rodeada del inmenso cariño de sus hijos, Carlos Hedelberto e Ildefonso, sus nueras, Margarita y Lucía del Carmen, sus seis nietos varones, Leandro Javier y Guido Nicolás, –hijos de Carlos y Margarita– Mauricio Rubén, Alberto José, Martín Miguel y Gonzalo Sebastián, –hijos de Ildefonso y Lucía– sus nietas políticas, Adriana Flavia y María Candela, –esposas de Mauricio y Alberto respectivamente– y dos bisnietas, Agustina y Josefina, hijas de Mauricio y Adriana.

Para finalizar la pequeña pero dura biografía de esta sufrida Zamorana que es mi madre, quiero hacerlo con una frase que siempre le he escuchado decir:

“Estoy aquí, en este país, porque el Régimen que gobernaba el mío me obligó a venir, pero fui, soy y seré siempre Española, nacida en Muga de Sayago, Zamora y nunca renuncié ni renunciaré a mi Patria, a mi raza, a mi Religión ni a mi bandera”.

SEGUNDO PREMIO –I–

Experiencia sobre la migración. Narraciones

Antonio Casado García

Con estas páginas trato de reflejar todo aquello que mi memoria me transmite con más soltura y que con más frescor y recuerdo. Lógico que se quedaran muchas otras vivencias que luego me volverán a la memoria. Da para mucho desde que salí con 16 años de mi pueblo de Barca (Soria) el año 1963. Reflejo en ellas la otra etapa de mi vida en otros lugares donde viví, aunque principalmente fue en la ciudad de Barcelona.

Me duele mucho el ver como han progresado tanto ciertas autonomías como Madrid, Cataluña, País Vasco y Castilla y León tan poco. Claro que, por otro lado, tanto progreso las hace muchas veces poco habitables. No es de sentido común que la comunidad de Madrid con menos de diez mil km² (menos que la provincia de Soria) tenga cerca de seis millones de habitantes y Castilla y León, con nueve provincias, no llegue a cuatro millones¹.

Si todo a este potencial humano que salimos de nuestros pueblos se nos hubiese proporcionado trabajo o mejor calidad de vida en la región, no se hubiesen producido estos desfases tan grandes de población. En unas tanto y en otros tan poco.

En la relación de estas 25 páginas he tratado de redactarlas como me ha dictado mi sentido, quizá falle en muchos casos el explicarlas bien. El progreso lo tenemos en las manos o sea que las faltas de ortografía me las ha corregi-

¹ La población de Castilla y León se cifra en 2.500.000 habitantes (N.E.).



Diversas fiestas familiares.

do el programa del ordenador. Cómo se dice ente nosotros los emigrantes: “*ni soy de aquí ni soy de allá*”. No ha sido todo un camino llano. Se ha hecho camino al andar, como dice en sus poemas Antonio Machado. El resultado final es que ha valido la pena el haber tomado el camino de emigrar a otra tierra con mayor calidad de vida, que no me daba la mía en aquel momento. No por esto dejo de querer a mi tierra castellana, a mis gentes, cultura, tradiciones que me dieron las bases para ser lo que soy, un ser humano muy feliz.

Nací en un frío invierno del mes de febrero de 1947, en la villa de Barca de la provincia de Soria. En la órbita de las postguerras, la Civil española y la II Guerra Mundial (1939-1945). Poco sabía yo de todo esto, nada de lo que podía afectarles a mis padres y el sacrificio que les representaba traer al mundo una nueva criatura. Algo de alegría sí creo que habría en ellos, ya que llegaba un varón y esto era positivo para la continuidad de las tareas del campo y así seguir con la saga del apellido Casado. Me ponen por nombre Antonio, nombre muy común en la época, coincidiendo con el nombre del patrón del pueblo.

Mi nacimiento se produce como el de muchos otros niños del pueblo, sin asistencia médica. Tan sólo la mujer más experta del pueblo en partos es reclamada para asistir a ellos. No era la primera vez que madre e hijo morían en el intento. La mortalidad infantil era notable. Para reanimar a las parturientas se hacía y se les daba “caldo de parturienta”. Actualmente se sigue haciendo y sirviendo este plato, junto con 22 degustaciones más, todas derivadas del cerdo. Los prepara maravillosamente el Restaurante Virrey cada temporada para la matanza en el bonito pueblo del Burgo de Osma (Soria).

Mi padre, Florencio, con carácter inalterable, (sólo lo alteraba mi madre). Mi madre, Marcelina, todo lo contrario, la alteraba todo. Mi madre lo llamaba, “Chiquito”. Le encajaba bien el nombre ya que es pequeño de estatura. Ella decía en broma que se casó con él porque no había otra cosa para escoger en aquel momento.

No por eso las familias dejaban de tener hijos en Barca y en otros pueblos. Era normal ver familias de 6, 8, 4 y hasta 12 hijos. Mis padres criaron a tres hermosas hembras: Pilar, Marina y Francisca (Paquita, popularmente) y un varón que fui yo. Paqui, según mi madre, ya no era deseada, pero no había métodos anticonceptivos, ya era el cuarto hijo. Con penurias y sacrificio van sacando mis padres adelante a sus hijos (mi hermana Pilar y yo); más tarde vendrían dos hembras más. Las tareas del campo eran reforzadas en verano (época de recolección), con un criado que se alojaba y comía en casa. Era un miembro más de la familia.

De esta forma se permitía sacar todo este trabajo adelante, sólo para los veranos, como los segadores que venían del sur en cuadrillas a segar los enormes campos sembrados de cereales.

Qué lástima que este potencial humano de jóvenes se fuese a dar riqueza a otro lugar. Criarlos en los pueblos con lo que cuesta a las familias y cuando comienzan a dar su fuerza y vitalidad se van a darla a otro lugar. Las tierras daban mucho trabajo, pero no daban mucha riqueza.

Mi infancia yo la recuerdo muy feliz, con sencillez en todo y ropa con “sietes” remendados por la abuela o la madre. También hacían calcetines, jerseys, bufandas, fajas, todo con agujas de lana y enormes madejas. Toda la familia llevaba alguna prenda hecha por ellas. Juguetes hechos por nosotros con botes vacíos o chapas. De ahí nos viene a los de los pueblos ser un poco “manitas”, por haber despertado la creatividad con estos juegos. Ayudábamos en tareas de construcción con los padres, en las casas, pajares, gallineros, etc., etc., a fabricar o reparar aperos de labranza o a hacer adobes.

Los carnavales estaban prohibidos, pero en el pueblo se hacían. Se celebraba con el “Perico paja”, un muñeco del tamaño de un hombre lleno de paja. Los jóvenes disfrazados, con careta y saco de paja al hombro, corríamos por las calles del pueblo en busca de las mozas para lanzarles paja sin que te conocieran.

Mi educación fue muy buena. Los párvulos los hicimos con Dña. Rosario y los adultos con su marido, Dn. Paco. Nosotros le pusimos el apodo de “*el Patillas*”, porque nos cogía de éstas para castigarnos. Maestro muy recto en todo y de mucho carácter. Durante la Guerra Civil estuvo escondido porque lo buscaban los del bando de Franco. Luego, una vez terminada ésta, pudo ejercer todo su trabajo sin dificultad. Su esposa fue acosada para que diese información de dónde se encontraba su marido escondido. Ella lo desconocía.

Mi abuelo, que gobernaba la villa de Barca como alcalde, también fue interrogado por la policía de turno para que facilitase información de los habitantes del pueblo que eran “rojos”. Mi abuelo, que se supo imponerse, decía que todos los hijos del pueblo debían ser respetados por sus ideas. Nadie fue detenido en este periodo de tiempo a pesar de que hubo unos jóvenes que en una procesión tiraron piedras a la imagen de la Virgen y salieron corriendo. Eso era muy grave en aquella época, con el poderío que tenía la Iglesia.

Las escuelas, tanto la de párvulos como la de adultos eran muy sencillas pero luminosas. Braseros y estufas de leña eran la única calefacción que nos servía para calentarnos de los fríos inviernos de Soria y también calentar la leche en polvo, que batíamos dos escolares de turno en una gran olla. Una vez calentada, repartíamos a todos los alumnos de la clase. Esta leche en polvo venía en unos grandes bidones donados por los americanos junto con latas de queso. Alimentar a la población era su fin, aunque en los pueblos agrícolas no hacía tanta falta. Esta leche no nos gustaba nada. Muchos la tiraban ya que en casa teníamos vacas y la leche era mucho más buena. Quizá esta leche en otras zonas de España hubiese hecho más falta, pero las órdenes son órdenes. Estábamos en el bando vencedor. En la pared frontal de la escuela, junto a la mesa del maestro, presidían los cuadros de Franco, José Antonio, el crucifijo y las banderas de España, la Falange y los Requetés. El *Cara al Sol*, himnos de la Legión o la Falange se cantaban casi cada día.

El cura nos visitaba para darnos las clases de religión. Lo que más nos gustaba era la Historia Sagrada y lo que menos el catecismo. Para mí fue un orgullo muy grande el haber conseguido en el colegio el título de Certificado de estudios primarios. El resultado de la educación que recibimos de este gran profesor fue ejemplar y hoy hay gente que está muy bien formada gracias a él. De aquí han salido ingenieros, profesores, jueces y gente con un alto nivel educativo.

No fue así la enseñanza de la maestra de las alumnas adultas, Dña. Benita². Dedicaba mas la jornada escolar a temas religiosos (ella era una beata). Dejaba al lado otras asignaturas más importantes, pero para la mujer de aquella época ya estaba bien con saber rezar, coser, cocinar, ya que su destino final eran las tareas de la casa y no la universidad, reservada para los hombres.

Mi padre me explicaba muchas historias vividas por él de nuestra Guerra Civil. Participó de una forma activa en el frente. Su tarea era ir con las brigadas italianas en el bando nacional con camiones de reparto de provisiones, ya que estaba en el grupo de intendencia. Con su gran memoria, la cual la mantiene a sus 97 años, se acuerda de lugares, anécdotas y palabras que oía a

² Anteriormente ha citado a Dña. Rosario como maestra (N.E.).

De ayudante de cocina en el hotel "La Torre" Calella de Palafrugell



Con los compañeros del hotel



Día de costillada, el del porrón soy yo, a mi lado Jaime y Cardona, catalanes



Con los amigos de la pensión



Costillada en el pueblo de Guardiola de Fonttravi(Barcelona) Casa de payes de los dres de Jaime, otros amigos, Narciso,Lore Enrique y hermano de Jaime. 1967

Cuidadosos documentos personales del autor, anotaciones minuciosas, recuerdos...

los italianos. Penurias que pasaron, como momentos de tener que abandonar el camión por los bombardeos del enemigo. El canje de tabaco por pescado se lo podía permitir. Mi padre no fumaba. Escaseaba el tabaco y estaba muy solicitado por este motivo. Así que él disponía de su ración para canjearla por lo que quisiese.

Los medios de comunicación eran muy escasos como la radio, con pocas emisoras que llegasen con buena nitidez de sonido y algún diario, como “*El Campo Soriano*” o el “*Hogar y Pueblo*”³. No importaba leerlo con fechas atrasadas, si te lo dejaba algún vecino del pueblo que se permitía el lujo de estar suscrito. Escaseaba mucho el papel de diario, ya que se usaba para envolver alimentos como el pescado, artículos de comercio o como papel higiénico.

Mi abuelo tenía un aparato de radio que nos permitía oír en Semana Santa el sermón de las “*Siete Palabras*”. Mi madre se encargaba de que yo, siendo un niño, fuese a escucharlos. A mí me gustaban, ya que los oradores eran muy buenos.

A casa del párroco, D. Álvaro, llegó la primera TV en blanco y negro de pocas pulgadas, llegaba mala señal y casi sin cobertura. Las imágenes eran deficientes se veían con la típica nieve en la pantalla. Para nosotros los niños, todo lo que daban nos gustaba y nos sabía a poco. Los programas que hacían eran programas infantiles, circo, musicales, actos religiosos; todo nos gustaba ya que los horarios de emisión eran muy limitados. Cuando llegaban *los comediantes* (así les decíamos nosotros), a hacer teatro en la “casa de villa” era otro acontecimiento. Tuvimos la suerte de que llegaban al pueblo grupos de actores para poder sobrevivir. En la capital no estaban las gentes para ir a los teatros. La guerra había dejado otras necesidades más importantes que atender, los teatros no eran prioritarios. En los pueblos se les daba casa y comida. A cambio, los actores daban entradas gratis a la familia. De esta forma disfrutábamos de buenas obras muy bien trabajadas por estos grandes profesionales.

El cine era otra ilusión más cuando llegaba el “Dinero”, con su moto-carro (así le llamábamos nosotros), venía cuando podía y nos proyectaba películas muy viejas y muy estropeadas. En la pantalla se reflejaban las imágenes rayadas y con cortes importantes. Cuando se iba la luz no terminaba la sesión de cine y nos decía: “*para el próximo día la otra metá*” (refiriéndose a la otra mitad de la película). O sea que nos quedábamos sin ver el final. Títulos como “*El conde de Montecristo*”, “*El Cristo de los faroles*” eran las películas de la época.

³ Son periódicos y no emisoras de radio (N.E.).

La compañía eléctrica Arpona hacia lo que podía para mantener luz en el pueblo y eso que el consumo era mínimo. Los electrodomésticos casi no existían. Los candiles, velas, faroles eran los substitutos de los cortes de luz para iluminarnos. Estos se producían continuamente. Dejaban las bombillas de 125 y sólo encendidas con el filamento sin llegar a iluminar. Nosotros como niños que éramos, repetíamos constantemente la frase: “*Arpona, ven... Arpona.. ven...*”. Repetíamos constantemente, mientras no llegaba la luz, pensando que de esta forma vendría antes.

El médico vivía en Velamazán, un pueblo limítrofe al de Barca. Si había una necesidad médica urgente, había que ir a este pueblo con bici, caballería, o caminando, a llamarlo, ya que el teléfono no existía. Si estaba en el pueblo acudía rápido. Yo sufrí casi una perforación de apendicitis y si el médico no me lleva al hospital de Soria, que estaba a 30 km. con su coche, hoy no estaría contando esto. Por más inyecciones que me ponía la boticaria del pueblo en mi tenso “trasero”, al cual no le dejaba clavar la aguja, no podía quitarme el dolor tan insoportable que tenía. La carretera helada y con nieve en aquel frío invierno. El hospital, con camas adosadas en una sala enorme separadas con cortinas, los calmantes escaseaban y los gritos de dolor se oían por toda la sala.

El tiempo iba transcurriendo en el pueblo y de niño quería pasar pronto a mozo o adulto. Había prisa por ser mayor, poder fumar y beber o ir a la mili. Se vivía la movida de los “quintos”, que era toda una ceremonia. Rondas de los mozos por las calles, con guitarras, almirez, botella de anís y sus cantes picantes estilo jota maña, eran todo una fiesta. Las gamberradas de los mozos, volcar carros, saltar cerdos del corral, coger huevos, conejos para celebrar meriendas o enterrar con paja al vigilante de la “era” si se quedaba dormido, echar ceniza por la chimenea de la casa donde hacían chocolate las mozas y ellos con lo que quitaban celebraban meriendas. Toda una colección de gamberradas que se comentaban y se llevaban con resignación ya que por un lado o por otro había en el grupo algún miembro con algún parentesco con los afectados. Era la edad de la rebeldía y, por qué no decirlo, de la alegría. Las fiestas eran muy divertidas con buenos bailes, garitas de helados, chucherías de feria y los llamados “confiteros”. El tirar cohetes, petardos, *mistos (sic)*, *bombetas* y estrellándolas en los pies de las chicas que salían corriendo, era muy divertido. Las fiestas duraban tres días, San Antonio, el patrón y San Bernabé y la *fiestecilla*. A los dos Santos se les llevaba de procesión y al regreso se hacía la subasta de rollos de pastelería. Se llegaba a pagar mucho dinero por ellos. Las campanas eran bandeadas por los mozos que lo hacían con tanta fuerza que las “*capaban*”, (el badajo no toca la campana y esta sigue girando sin sonar), mientras duraba la procesión. El maestro nos hacía ir en las procesiones, sólo a los niños, en dos filas paralelas muy rectas y en silencio total. A esta fiesta principal le secundaban otras muchas menores como la de

Dn. Beinto Miguel Jontejudo, Maestro N.º
de Barca (Soria)

Certifico:

que el joven Antonio Ca-
sado Jarcía posee el Certifi-
cado de Estudios Primarios
N.º 53616, expedido en Barca
el 15-Julio-1960.

Y para que conste
lo firmo y sello en Barca a veinte
de Diciembre de mil novecientos sesenta
y ocho.



Beinto Jontejudo

Certificado de Estudios Primarios del autor.

Sta. Águeda, que las mozas hacían “gachas” y organizaban su baile. Este día sacaban las mujeres a bailar a los mozos y para darles celos a ellos nos sacaban a nosotros los más jovencuelos primero.

San Isidro, patrón de los labradores otra vez procesión fiesta y baile. Los carnavales, a pesar de estar prohibidos, se celebraban, así como “jueves lardero” en que se comía un chorizo entero con vino. Los quintos celebraban su fiesta al llamarlos a filas, pidiendo por las casas. En la plantada del “mayo”, porque se hacía en este mes, el chopo más alto se cortaba y se transportaba hasta la plaza del pueblo donde los mozos lo pingaban⁴. Permanecía todo el

⁴ Para “pingar el mayo” los mozos hacen un hoyo en el suelo y clavan el chopo de modo que quede firme (N.E.).

mes de Mayo pingado. Se hacían reuniones de la cofradía “*De la Vera Cruz*” para establecer los servicios necesarios para la Semana Santa, las guardías, encargarse de las imágenes, de todos los actos de esta semana a los que asistían a esta reunión casi todo el pueblo. Se les daba vino en una gran taza de plata, con dos cavidades, una grande y otra pequeña que es la base o el *culo* de la copa. A los hombres se le daba el vino por arriba, que es la parte grande, y a los jóvenes por debajo, por el culo que es la parte pequeña. De aquí la frase que se dice en el pueblo, “*a los chicos de Barça les dan por el culo*” (sic).

Teníamos la gran suerte de tener una familia que residía en el pueblo cuyos miembros tocaban algún instrumento musical y formaron un conjunto “*Orquestina Morena*”. Tocaban unas canciones fantásticas que nos animaban mucho los bailes. Su vida cotidiana en el pueblo consistía en trabajar de carpinteros y reformas en general. Hacían incluso los ataúdes de los que fallecían en el pueblo.

Mi tío Damián es de las primeras remesas de emigrantes que salen del pueblo a la ciudad. Le tocó la Guerra como a la vez que a mi padre. El fue de la “*quinta del biberón*”. Los dos hermanos en la Guerra. Cuando volvió de la Guerra, de la que qué tuvo la gran suerte sobrevivir. Poco tiempo se quedó a trabajar en el campo. Había trabajo pero la ciudad prometía más y dejó el pueblo. Emigró a la ciudad de Barcelona, como tantos otros lo hicieron. Era el lugar donde había más demanda de trabajo. Los destinos más habituales de miles de jóvenes que llenaban los trenes eran Madrid, Vascongadas, Zaragoza y Alemania. En Barcelona llegaban los trenes tan llenos de emigrantes que las autoridades se vieron obligadas a trasladarlos al castillo de Montjuic y allí soltarlos poco a poco a lugares de trabajo o devolverlos a su lugar de origen, si no lo encontraban. Las chabolas comenzaron a proliferar por distintas zonas de Barcelona. Costó mucho erradicarlas, había en casi todos los barrios. Lugar de cobijo de tanta gente como venía y no había vivienda para todos, eran otros grupos de los llamados “okupas”. Cuando Franco venía de visita a la Condal⁵ no se le ensañaba nada de esto y se encarcelaban los que estaban fichados.

Mi tío Damián pronto se coloca en un lugar que todo padre quería para sus hijos: Correos, o sea, funcionario. Entra como subalterno. Se ganaba poco y no había más remedio que hacer pluriempleo. Se coloca de portero en una finca de la parte alta de Barcelona, en la calle Mariano Cubí, 29-39. Se les facilita una vivienda muy aceptable en la propia finca, en los sótanos. Aquí están las calderas de carbón que alimentan la calefacción de las viviendas. Mi tía Anita, cuyo verdadero nombre es Cipriana, es la titular de la portería mientras mi tío trabaja en correos. Criaron cuatro hijos. Mi tío como trabaja-

⁵ La ciudad Condal es Barcelona (N.E.).

dor de ciudad tiene derecho a sus vacaciones, cosa que no teníamos los de los pueblos por hacer la recolección en verano.

Cuando llegaban mis tíos Damián y Anita al pueblo yo me alegraba mucho, ya que seguro que algo me traían. Me explicaban cosas de la ciudad y yo los veía tan señoritos al lado de mis padres, que aquello fue germinando en mí la idea de dejar el pueblo cuando pudiese. La ilusión de mis padres era que el único varón continuase en la agricultura, como todas sus generaciones pasadas. Las mujeres se dedicaban más a las tareas de la casa, aunque todas ayudaban en las tareas del campo.

Mi tío era muy “cachondo”, con mucha filosofía popular y metáfora. Le preguntaban a Damián: hola, ¿cómo estás? Él respondía: bien gracias a Dios o al Diablo. Muy fuerte la contestación para la gente tan católica como había en el pueblo. No tardaron mucho mis tíos en reclamar ayuda de mi hermana Pilar para salir adelante con el trabajo de la portería. Mi tía cayó en una enfermedad que le llevó un tiempo recuperarse. Una vez recuperada mi tía, mi hermana vuelve al pueblo. Otra vez a las tareas del campo que son muchas y duras. En el período que mi hermana está en la ciudad, se hace fotos con mis primas en bonitos parques, plazas y calles de la ciudad. Llega bien vestida, trae color de señorita. Me cuenta cosas que para mí eran como un cuento.

Mientras, hacíamos los desplazamientos a los trabajos en burro o mula al campo, excavábamos los surcos, arrancábamos broza o entresacábamos remolacha en los interminables surcos de las llanas fincas. Yo tenía mucha curiosidad por todo. Mi hermana me va explicando todo lo que ha vivido en la gran ciudad. Yo le hacía más preguntas que un periodista. La jornada y el dolor de riñones por la postura se me hacían más llevaderos. Para mantener el color de la capital mi hermana se cubría la cara totalmente con un gran pañuelo y luego un gran sombrero. Sólo dejaba una pequeña abertura para los ojos. El sol aplastante de Castilla no podía llegar al rostro y ponerlo moreno como el nuestro. Era enorme el sacrificio que hacía para mantener ese color blanco de capital. En los pueblos el color rozaba el de un gitano, por eso cuando iba el del pueblo a la capital se delataba él mismo y se le veía como un “pueblerino” o “paleta”. Paco Martínez Soria⁶ reflejaba bien estas realidades.

Como mi hermana pensaba ir otra vez a la capital, no quería tener el color moreno que la delataba como pueblerina. No tardó mucho en irse otra vez a la ciudad a trabajar. Esta vez de “miñona”, como se les llamaba en Cataluña a las criadas que ejercían su trabajo en las casas de gente catalana de alto poder económico, en cuyas casas había mucha demanda para estas tareas. Las “chochas” o “miñonas” tenían su fiesta el jueves. Los bailes que abrían

⁶ Popular actor español de los años 60 (N.E.).

este día estaban llenos. Las salas “*Cibeles*”, “*El Price*”, “*La Paloma*” y otros muchos más eran las salas más frecuentadas.

Con el tiempo fue llegando al pueblo maquinaria de nueva tecnología: segadoras, atadoras, tractores y trilladoras; toda una revolución para el campo y así poder ir dejando el arado romano. Los primeros tractores fueron de las marcas Ferguson, Lanz, Ebro y Fiat, entre otras marcas. El poder económico de muchos labradores no estaba al alcance de estas maquinarias, entre ellos el de mis padres. Sólo a través de alguna cooperativa como la que llegó a formarse con el nombre de San Antonio, se podía tener acceso a estas maquinarias. Duró poco esta cooperativa por mala organización y poca experiencia, se disolvió pronto. Hay poco espíritu cooperativista en Castilla y León. Es poco emprendedor el castellano. A pesar de todo este desarrollo que iba llegando al pueblo, yo cada vez pensaba más en la ciudad.

Cuando iba a trabajar a las fincas que tenía mi padre cerca de la línea férrea Valladolid-Ariza mi ilusión principal era ver el paso de los trenes en ambas direcciones. Trenes largos, con muchos vagones, correos y rápidos con grandes máquinas de vapor que producían enormes nubes de humo que salían de sus chimeneas. Cuando divisaba el tren, el ruido lo delataba con su “*chaca, cha*”. Yo me ponía de pie y no me doblaba a coger la azada hasta que no lo perdía de vista. Cuando ya dejaba de verlo, cogía la azada y a cavar soñando despierto. Algún día me trasladaría yo en ese tren del pueblo a la ciudad. Esta línea férrea tiene estación de tren en mi pueblo, la cual se encuentra a 2 km, de la villa aproximadamente. Actualmente está abandonada y en ruinas. Sólo quedan las paredes verticales que son de buena piedra de sillería. Cuando funcionaba la línea, la estación era de postal, con su reloj, su jardín, su pozo, el cambio de agujas manual y su teléfono de manivela para comunicarse con las siguientes estaciones. El jefe de estación vivía con su familia en ella, se consideraba un vecino más del pueblo. En algunos pasos a nivel Renfe disponía de unas casas pequeñas, llamadas casillas, bien construidas, con piedra de sillería, para sus empleados. El nombre de la estación es “*Barca y Matute*”. Este último pueblo está próximo y frente a la estación, justo al otro lado del río Duero. Matute nunca pudo hacer uso de esta estación ya que hacía falta un puente sobre el Duero que nunca se hizo. De esta manera no tenían que dar la vuelta hasta el próximo pueblo Almazán, que tiene puente para pasar el río. Esta operación representaba dar una vuelta de 10 km. Cuando en línea recta está a 2 km de la estación que le pertenecía al pueblo de Matute. Barca hizo mucho uso la ella, descargando abonos, maquinaria agrícola, cargando ganado, cereales, remolacha azucarera y con los trenes correo, pasajeros que les permitía enlazar en Ariza con la línea principal de Madrid-Barcelona. O la de Castellón-Soria-Torralba. Los muchos pasos a nivel sin barrera que había produjeron algunos accidentes y algunos muy graves. Dos hermanas muy

jóvenes tuvieron un accidente cuando venían de una finca con el carro de bueyes cargado de mies para descargarlo en la “era”. Cuando pasaban por uno de ellos sin barrera y con poca visibilidad, las arrolló el tren matando a una de ellas, Irene. Victoria resultó ilesa. Los bueyes y el carro destrozados y desparrramados por la zona. Fue el tren rápido de pasajeros apodado el “Changai”, que hacía el trayecto cada día dos veces, Vigo-Barcelona ida y vuelta, uno por la mañana (a 12 h), y el de regreso a la ciudad Condal por la tarde (18 h). Traslataban a miles de emigrantes que viajaban de Galicia y de la ancha Castilla y León a Barcelona con todo tipo de paquetes, maletas de madera, pollos, conejos vivos y todo tipo de alimentos para poder sobrevivir.

Otro de los accidentes que más se producía era por patadas o coz de los animales de arrastre. Dos jóvenes murieron en el pueblo por ese motivo. Godo, que dejó esposa e hija y Serafín, soltero. Mi primo Pinto estuvo a punto de morir por este motivo. Se salvó de milagro. Solo le queda el recuerdo de una gran señal en la cara de la gran patada que recibió.

El traje de pana negro ya marcaba una cierta madurez de juventud y tenía que durar mucho tiempo, de ahí viene la frase “*dura más que un traje de pana*”. El pantalón corto con gatera por detrás, abertura en el pantalón para poder evacuar sin tener que bajarse los pantalones, marcaba aún niñez.

Ver a los hombres mayores que con destreza se liaban los cigarros con el tabaco y papel de fumar que lo guardaban en pitillera y luego en la faja que rodeaba su cintura, animaba crecer. Los paquetes de tabaco de la época eran de las marcas *Ideales*, *Celtas*, *Caldo* y *Cuarterón*. Eran los que vendían en la tienda que hacía de estanco. La “*Casa de la Bibiana*” y lugar popular de encuentro que hay en todo pueblo estaba regentada por la Sra. Bibiana, una gran mujer que, a pesar de quedarse viuda, supo llevar el negocio con valentía y sacar a sus tres hijos adelante. A nosotros, los jóvenes, nos daba por imitar a los mayores y hacíamos unos cigarros de cualquier tipo de hierba del campo. Podía ser la hoja de la patata, tomillo... la cosa era liarse y fumarse un cigarrillo.

Beber vino con gaseosa en porrón acompañado de unas sardinas arenques, aplastadas en los quicios de las puertas para quitarles las escamas era una delicia. El vino formaba parte de nuestra vida, a pesar de que no es tierra de viñedos. Grandes rebanadas de pan con vino eran la merienda de muchas tardes. La bota en el campo no faltaba. Mi padre se quitaba la sed algunas veces con vino si no había por allí alguna fuente cerca. Yo también le seguía y me metía buenos tragos de vino, nunca me lo prohibió. Esto no me ha creado ninguna adicción a la bebida.

Tras el trabajo teníamos muchas ganas de juntarnos y jugar con los amigos. Había muchos juegos que nos divertían. El *escondite*, la *chusti*, la *burra*, las *carpetas*, la *pita*, la *correa*, el *inqué*, las *cartas* o la *pelota a mano*, a mí me gustaba hacer de cura y menos jugar al fútbol. Lo pasábamos tan bien que

+ **Comunicación**

Nº 015498

MODELO ANEJO TS-1

Número 546

Ministerio de la Gobernación.

Dependencia administrativa.—P. N. A. y de las E. del T.

Procedente de Madrid

Causa: Dimitario Central

TASA número 106-B de 1970 Decreto n.º 414/1969, de 1970 Servicio Regular del Patronato Nacional Antituberculoso y de las Enfermedades del Tórax. De Madrid en abando Permiso

poner por las TASAS arriba indicadas, por este cantidad del mes de la fecha a plazo cada una, según se justifica con los datos de estas personas adscritas al presente documento.

FECHA: 1970 DIA: IX MES: IX AÑOS: 66

+ **Comunicación**

Nº 076498

MODELO ANEJO TS-1

Número 10747

Ministerio de la Gobernación.

Dependencia administrativa.—P. N. A. y de las E. del T.

Procedente de Barcelona

Causa: Dimitario Central

TASA número 106-B de 1970 Decreto n.º 414/1969, de 1970 Servicio Regular del Patronato Nacional Antituberculoso y de las Enfermedades del Tórax. De Barcelona en abando Permiso

poner por las TASAS arriba indicadas, por este cantidad del mes de la fecha a plazo cada una, según se justifica con los datos de estas personas adscritas al presente documento.

FECHA: 1970 DIA: IX MES: IX AÑOS: 66

+ **Comunicación**

Nº 076498

MODELO ANEJO TS-1

Número 10747

Ministerio de la Gobernación.

Dependencia administrativa.—P. N. A. y de las E. del T.


Procedente de Barcelona

Causa: Dimitario Central

TASA número 106-B de 1970 Decreto n.º 414/1969, de 1970 Servicio Regular del Patronato Nacional Antituberculoso y de las Enfermedades del Tórax. De Barcelona en abando Permiso

poner por las TASAS arriba indicadas, por este cantidad del mes de la fecha a plazo cada una, según se justifica con los datos de estas personas adscritas al presente documento.

FECHA: 1970 DIA: IX MES: IX AÑOS: 66



DON JAIME MIRAMELES CASTAÑER, Administrador Principal de Correos de Barcelona y Provincia.

CERTIFICADO: Que con fecha primero de Mayo último, ha tomado posesión en esta Aband. Principal, el Subalterno con carácter interino a quien se refiere el presente Credencial, en virtud de orden de la Dirección General de fecha veintinueve de abril último. Barcelona a diez de Junio de mil novecientos sesenta y seis.

[Firma]

OFICINA

MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE CORREOS
Y TELECOMUNICACIONES

CORREOS
ABAND. CENTRAL DE PROYECTO
ASOCIADO N.º

CREDENCIAL

Documento que debe presentar en el plazo improrrogable de treinta días desde su posesión.
Certificado del acto de posesión.
Certificado negativo de Puestas.
Certificado de buena conducta y profesionalidad.
Certificado médico.
Declaración jurada del interesado de su haber sido expulso de ningún Proyecto del Estado, Provincia o Municipio y
Certificado de Estudios Primarios.

En uso de las atribuciones que me están conferidas, he tenido a bien, con esta fecha, number a V. Duba, orden de la Administración principal de Barcelona,

no haber interino haber anual de 37.440 pesetas obligación propia del empleo y la observancia de los principios fundamentales en el desempeño del mismo.

La que me complazco en comunicar a V... para su conocimiento y según proceda participación en el mismo, en el plazo máximo de quince días, y cesará tan pronto se disponga por esta Dirección General.

Doce guarda a V... Madrid, 29 de abril de 1966

F. GARCÍA
SUBALTERNO INTERINO

D. D. ANTONIO GARIBAY GARCÍA.-Subalterno interino.

Diversa documentación del autor.

nos olvidábamos de llenar las pesebreras de paja para el ganado. Antes de los juegos había que procurar tener éstas llenas de paja; los conejos, gallinas, los cerdos todo con su pienso correspondiente y la vaca cerrada en el corral, tareas encomendadas a nosotros los niños. Meter leña al horno para cocer el pan que nos proporcionaba las hogazas enormes para muchos días, era otra de las tareas encomendadas a nosotros.

Mi tío Ángel, que residía en el pueblo, tenía un montón de oficios: barbero, agricultor, electricista, cartero, representante, sacristán, tocaba el órgano de la iglesia y cantaba la misa a la vez en los actos religiosos. Tocaba las campanas a los diferentes actos litúrgicos y yo, por la influencia de mi tío, hacía de monaguillo o discípulo en Semana Santa. Yo intenté con él aprender de barbero. Estuve de aprendiz remojando barbas de una semana que traían los rudos labradores. Con una iguala contratada con él, les entraba el afeitado y corte de pelo. Todo el afán de mis padres era que aprendiese un oficio. Otro afán de ellos era que yo me metiese en el seminario y una vez yo de cura colocaría alguna de mis hermanas de ayudante.

La influencia de la iglesia en nuestras vidas fue muy importante, ya que asistíamos a muchos actos religiosos incluso los entierros que era todo un ceremonial, ya que se llevaba al féretro a hombros en procesión al cementerio. Se enterraba en el suelo en fosas hechas por miembros del pueblo que por turno les tocaba hacerla. Todos pertenecían a la cofradía de la Vera Cruz. La impresión que hace ver bajar el ataúd con sogas y luego oír el ruido que hacen las paladas de tierra sobre éste, me estremecían mucho.

El trabajo de agricultor era muy duro en nuestra provincia. Su clima es muy adverso y por ello, a la menor ocasión que tuve, me fui a la ciudad. El año 1963, con 16 años, me decidí dejar el pueblo y emprender la aventura. Aquel tren que veía pasar por mi pueblo por fin lo cogía yo para viajar en él a la ciudad. Qué ilusión tan grande ir montado sobre aquella mole de hierro que se movía a tanta velocidad. Me tiré todo el viaje en la ventanilla viendo el paisaje mientras no se hacía de noche. La cara se me puso negra de la carbonilla que soltaba el tren, pero me gustaba la ventanilla, no me separaba de ella. El tren a tope de pasajeros, la gente apilada por todos lados, en los pasillos en las plataformas de salida y entrada, todos con paquetes, jaulas con animales vivos, maletas de madera. Aquí se incumplían todas las normas de seguridad. No había reserva alguna, entraba todo el que podía.

Tras el largo viaje llegamos, cansados pero contentos, a la Estación del Norte que junto con la Estación de Francia eran los destinos de todos los trenes de la Península cargados de emigrantes a la ciudad de Barcelona. Por fin en la gran ciudad. Quedé asombrado por todo. Llegar a la estación y ver aquello tan grande, tantos trenes y tanto trasiego de gente, revistas, bares, todo tan bonito... Mis ojos no podían acaparar tanto como había que ver. Cuando salgo

de la estación veo grandes edificios, calles y plazas, grandes comercios con enormes escaparates, coches, tranvías, infinidad de cosas, todo me llamaba la atención. Todo me ilusionaba. El lugar de alojamiento, de momento, sería la casa de mi tío, que tenía las habitaciones de la casa llenas de familia, ya que tenía cuatro hijos. A mí no me importaba dormir en una cama “turca”⁷, en la zona de calderas de la calefacción de la finca. Aquí sí que se acabó el frío. Dos enormes calderas quemaban el carbón que mis tíos les metían con palas y que pronto me encargué yo de alimentadas. Lo de la pala lo dominaba bien. Lo que peor me sabía era el agua del grifo; el fuerte olor a cloro, lejíja y su color de cal me quitaban las ganas de beber. Yo estaba acostumbrado al agua de las fuentes del pueblo. El agua envasada no estaba a nuestro alcance.

Con mis primos me lo pasaba muy bien ya que ellos tenían radio, tocadiscos con canciones del “*Dúo Dinámico*”, “*Los Latinos*”, “*Los tres Sudamericanos*” o los “*Shados*” y de muchos grupos más. Juguetes no faltaban. Los que desechaban los hijos de los que habitaban en estas viviendas que era de gente de alto poder adquisitivo.

En el año 1963 ya estoy en Barcelona y paso a empadronarme en esta ciudad para poder trabajar. Lo hago con domicilio en la casa de mis tíos y mi reclutamiento ya se efectuó en el distrito municipal de Barcelona. En el sorteo de reclutas para la mili me tocó la Marina. Base naval de la zona de Cartagena. ¿Cómo podía pensar yo que siendo de tierra adentro fuese a la Marina? Quizá por ser de Barca podía haber alguna relación.

Mi tío trabajaba en Correos. En el negociado de avión, en los ratos libres se sacó el título de técnico de radio. Se fabricó los suyos y reparaba todos los que podía y se ganaba unas pesetas. Cuando le quedaba tiempo ayudaba en la portería a fregar la escalera de mármol blanco con muchos escalones.

Los avales para entrar en correos fueron de mi tío y el de su amigo y compañero Santa Cruz, también de Soria. Entro en correos el año 1966 con los dos avales. Pude entrar en el período de Navidad, época que entran los llamados “*turroneros*” para reforzar la plantilla, debido a la gran avalancha de envíos que recibe Correos por estas fechas. Fue mi primer contacto con el mundo laboral en una gran empresa con muchos compañeros de todos los lugares de la geografía española. Había gente fija y otros eran eventuales. Nosotros sólo para la temporada de Navidad. Clasificando cartas, impresos, revistas, paquetes, moviendo sacas, relacionando envíos, etc. Había mucho trabajo para nosotros. Se terminó la temporada y una de dos: o me volvía al pueblo o me quedaba a buscar otro trabajo. Y así fue; me coloqué en una fábrica de aprendiz de ajustador, en un pueblo cercano a la gran urbe.

⁷ Cama plegable (N.E.).

Permiso para poder examinarse para correos en Cartagena, que hace la mili

El Presidente
del Tribunal Central de Exámenes
de Subalternos de Correos

Saluda

El Sr. ANTONIO CASADO GARCIA y le manifiesto que se le cumplió en sus deseos de examinarse en la Administración Principal de CORREOS y próximamente se remitirá a dicho Principal la orden correspondiente.

José Rodríguez Alarcón

aparece que se me ocurrió para certificar el documento de su conformidad más distinguido.

Madrid, 5 de Febrero de 1939

Avalés para entrar en Correos

INSPIRACION PRINCIPAL DE CORREOS
BARCELONA

Antonio Casado Garcia PERSONAL ESPECIAL
en 19 años de profesión *Administración* con domicilio en *Madrid, C/ de San Mateo, 10* solicita prestar servicio en la Administración Principal de Correos de Barcelona en calidad de *Colaborador Auxiliar* a trabajado en las siguientes Casas *Madrid* Barcelona a 10 de 3 de 14 (firma)

Antonio Casado Garcia

PRESENTEADO Y AVALADO POR

1. *José Antonio Casado Garcia* a profesión *Administración* con domicilio en *Calle Mesanorbaldo, 10, 29 y 30* (firma)

José Antonio Casado Garcia

Bernardino Santa Cruz Martínez a profesión *Empleado de Correos* con domicilio en *C/ Populista, Arapah, CD 10* (firma)

Bernardino Santa Cruz Martínez

Permiso de vacaciones
NÚM. 10 DE LA GOBERNACION
DIRECCION GENERAL DE CORREOS Y TELECOMUNICACION
CORREOS ADMINISTRACION PRINCIPAL DE BARCELONA

Nº 30108

Secretaría Personal AD



En virtud de las atribuciones que tengo conferidas queda Vd. autorizado para disfrutar 15 días de permiso en

El conuento del mismo, se entiendo, a partir del día actual actual hasta el 4-10-39 reincorporándose al servicio el día siguiente.

Dios guarde a Vd. muchos años
Barcelona, 19 de septiembre de 1939
El ADMINISTRADOR PRINCIPAL

[Firma]

Sr. D. Antonio Casado Garcia.-Sub.I. Cambio.

M. STERO DE LA GOBERNACION
DIRECCION GENERAL DE CORREOS Y TELECOMUNICACION
CORREOS ADMINISTRACION PRINCIPAL DE BARCELONA

Nº 1830

Secretaría Personal

Habiendo sido autorizada durante intermedio, con fecha 1 del actual, al presentar en la Secretaría de Administración Principal, se le es concedida por ende la documentación dada a esta clase de personal que como se detalla, a excepción de que según presentados, para su 2 a la Superioridad a efectos de entrar en expediente personal.



Dios guarde a V. muchos años
Barcelona 16 de Mayo de 1939
El ADMINISTRADOR PRINCIPAL

[Firma]

Sr. D. Antonio Casado Garcia. Sub.int. Etiqueta 'ext'

Experiencia sobre la migración. Narraciones

El pueblo, Cerdanyola, ya gozaba de tener una industria puntera para la época. *Uralita* era la fábrica más grande en el sector de la construcción. En la que yo entré a trabajar se llamaba *Redosa*, dedicada a fabricar enormes maquinas textiles de tejer hilo. Era la época dorada del sector, y disponía de fundición de hierro propia. Yo comencé a preparar piezas sencillas y a entender los planos de ellas. Aquí ya había gente trabajando de Soria. Hasta el contable lo era, el cual se sacó el título a ratos libres tras su jornada. Estos paisanos, algunos se alojaban cerca de la fábrica donde trabajaban. Yo pronto compartí con ellos trabajo, alojamiento y más tarde diversión. La casa donde nos alojábamos era una antigua masía llamada “*Can Peritxo*”. Estaba reformada y adaptada para alojar gente emigrante, en plan pensión. Había mucha demanda de habitaciones para la gente emigrante. De la función de casa de payés, casa destinada a las tareas agrícolas, pasó a otros menesteres. La casa tenía una gran extensión de árboles frutales, que poco a poco fueron talados para dar paso a la industria.

Alejandro paraba muchas veces con su camión en este lugar para repostar fuerzas. Él se dedicaba al transporte de bidones de petróleo y los llevaba a los distribuidores este preciado líquido de “*oro negro*”. Este combustible era necesario, ya que alimentaba la mayoría de cocinas y estufas de los hogares de la época. Estos distribuidores almacenaban los bidones en locales a pie de calle, no en estaciones de servicio. Era normal ver la gente hacer cola con la lata, esperando al camión que traía el preciado líquido. Ver bajar del camión los bidones de 200 L por una rampa hecha con dos fuertes maderos paralelos, era un espectáculo. Los manejaban con mucha soltura y velocidad. Un neumático viejo amortiguaba la caída del bidón. Ya en el suelo, era conducido a modo de volante y rodando de canto a un lugar del almacén.

Uno de estos emprendedores emigrantes es Alejandro, también de Barca, que en una de las muchas paradas que hacía en el bar y hacían comidas en “*Can Peritxo*” se entera que los dueños dejan el negocio. Él no duda un momento en negociar con ellos y hacerse cargo del lugar. No puede atenderlo de momento él, porque se dedica al transporte pero sí que lo podrán llevar sus hermanos y reúne a cuatro de ellos para sacar adelante este negocio. Cuatro jóvenes más que salen de Barca. Los dos negocios los dirige él y los lleva adelante con soltura. Pronto Alejandro no sólo es dueño del bar y de la vivienda que le corresponde, sino que compra todas las instalaciones del complejo de la casa. Más viviendas y todos los terrenos de los alrededores que son muchos. El lugar prometía, al estar en una carretera que comunicaba y comunica poblaciones tan importantes como Sabadell, Terrasa y otras poblaciones que hoy son comunicadas por una autovía.

Pronto Alejandro contrae matrimonio e incorpora la esposa al trabajo del bar y restaurante. El matrimonio vive en la planta, de arriba como nosotros

ya que hay grandes habitaciones. Todos comemos y dormimos en su casa. Yo todo lo que gano se me va en pagarles a ellos por la manutención. De aprendiz se ganaba muy poco. En la casa, en la parte superior del bar, tiene las grandes habitaciones. En una de ellas dormíamos los cinco jóvenes en cinco camas turcas, adosadas una al lado de la otra. Casi todos trabajábamos en la fábrica *Redosa*. “*Can Peritxo*” estaba tan cerca del trabajo que salíamos de casa con el primer toque de sirena que se oía. Llegábamos puntuales a marcar en el reloj de fichar. Aquí sí que sentí mucho la ausencia de mis padres por tenerlos tan lejos. Era tan difícil ir a verlos y hablar con ellos, no disponíamos de teléfono y sólo por carta nos podíamos comunicar. Cuando se apagó la luz y yo metí la cabeza entre las sabanas, éstas sí que se humedecieron con algunas lágrimas que me cayeron. Sólo yo había escogido esta situación y yo tenía que afrontarla. Mis compañeros no se podían enterar de mis lágrimas y mi debilidad, tenía que demostrar que no era débil ante ellos. Ahora sí que había roto con el verdadero “cordón” que me unió tantos años a mis padres. Yo había emprendido otro camino muy lejos de ellos, de mi gente, de mi pueblo. Aunque aquí había gente de Barca, no era lo mismo.

Mis compañeros de habitación eran dos hermanos, Ángel y Nardi de El Royo (Soria), que discutían por todo. *El Ducatti*, andaluz, llamado así por que tenía una moto de 250cc de esta marca, Miguelín, de Vinuesa (Soria), y Porfirio y yo de Barca (Soria). Aquí aprendí cómo doblar y colgar correctamente los pantalones y mantener las rayas sin arrugarse, escuchar conversaciones o discusiones de diferentes maneras de pensar. Monté en la moto de mi amigo, en la Ducatti, por primera vez en mi vida y sentí la sensación de la velocidad que da este vehículo de dos ruedas.

Pronto me entero que un compañero de la fábrica dejará su faena que tenía en un cine, “*Savoy*”, de reestreno, como pluriempleo los fines de semana cuando funcionaban estos cines. Yo no me lo pensé dos veces y acepté el trabajo, los dueños estaban de acuerdo. Trabajaba sábados y domingos en las tres sesiones de tarde y noche. Mi nuevo trabajo, hacer de ayudante de operador, controlando las máquinas de proyección, de sonido y luz en pantalla, cargar los enormes rollos de películas en las máquinas, rebobinar los rollos para proyectarlos en otro cine que explotaba un hermano del dueño en otro pueblo. La censura no sólo la hacía el departamento correspondiente de la época si no que, el operador, cuando veía alguna escena algo fuerte, la marcaba con un papel de fumar y luego cortaba ese trozo y la empalmaba otra vez la cinta y se lo llevaba a su casa el fotograma.

Hice de portero en la entrada del cine ya que, a pesar de mi juventud, mi altura (1,80) imponía a los críos que se querían colar sin pagar, metiendo todo tipo de excusas. Otras veces me tocaba hacer de acomodador, que me sacaba mis propinas y algún que otro enfado por enfocar con la linterna a

parejas que se pegaban el “lote” y escondían sus manos, colocadas en partes íntimas debajo de los abrigos. Yo sólo trataba de hacer bien mi trabajo y enfocaba posibles asientos vacíos para colocar la gente. El cine era un lugar muy habitual para pegarse el “lote”. Los coches estaban limitados a gente de alto poder económico.

Para terminar más pronto los domingos y así no llegar tan tarde a casa, la última sesión, aprovechando que había poca gente en el cine, rebobinábamos sin pasar por pantalla metros y metros de película y así terminar el rollo antes. La picaresca española. Algún que otro silbido se oía en la sala, porque notaban el corte que le hacíamos nosotros a la película. Estábamos cansados de repetir tantas veces las películas.

Yo tenía que bajar solo por una carretera que estaba poco iluminada. La casa estaba retirada del pueblo y bajaba a ella pasadas las doce de la noche. Algún susto que otro me habían dado mis amigos que volvían de divertirse de Barcelona y sabían que bajaba del cine a esa hora. Se escondía en un coche de la marca “*Topolino*” que tenían aparcado cerca de la casa y me daban un buen susto. Alejandro tenía que bajar a abrimos los enormes portones que tenían estas casas. El bar ya estaba cerrado a esas horas.

De los años 1963 a 1966 sigo por estas tierras formándome como aprendiz de ajustador. Mis sueldos dan para poco y lo que gano lo entrego al casero de la pensión. Mi amigo Felipe, más joven que yo, está con sus hermanos en un pueblo de la Costa Brava. Todos los hermanos de Felipe emigraron del pueblo y fueron colocados por otro hermano, que tenía el destino de guardia civil en el pueblo de Palafrugell (Gerona). Felipe, que trabajaba en un hotel, me comunica que, si quiero, puedo ir allí, que hay trabajo para mí.

No me lo pienso dos veces y dejo la fábrica y el aprendizaje. Las condiciones económicas eran mejores. El autocar de línea de la empresa “*Sarfa*”, me lleva a mi nuevo destino, Calella de Palafrugell un bonito pueblo de los más pintorescos de la Costa Brava.

El hotel “*La Torre*” para mí fue otra experiencia nueva. El trabajo era totalmente diferente al que había hecho hasta hora. Mi trabajo consistía en hacer de ayudante de cocina, preparar los platos del día con cientos de canelones, cientos de huevos para tortillas, vigilar ollas, poner las comidas en las bandejas de los camareros, las cuales llevarían a los comensales, estaba dedicado a las órdenes que me daban los cocineros. Nuevas vivencias en el trabajo, con compañeros de otras regiones: Cádiz, Málaga, Valencia y de otros lugares de España. Disfruté mucho de esta nueva experiencia. Lo malo de este trabajo es que el hotel era de temporada de verano y, una vez terminada ésta, se cerraba el hotel y había que buscarse otro trabajo.

Yo me fui otra vez al pueblo, pero tanto mi padre como yo, nos planteamos que así no podía seguir. O me quedaba en el pueblo como agricultor o me

iba a la ciudad a trabajar. Yo me incliné a favor la ciudad. Otra vez a coger el tren que tanto me ilusionó la primera vez que viajé en él.

Entro en Correos como subalterno eventual. Para ser fijo había que esperar a que hubiese oposiciones. Pasé al negociado de Etiqueta Verde-Aduanas. A este negociado llegaban las sacas de correspondencia del extranjero por avión o superficie. En ellas llegaba todo tipo de mercancía, sobres con divisas para los bancos, valijas diplomáticas, o sacas de correo para la VI Flota de los EE.UU. que atracaba en el puerto de Barcelona. Mercancías de poco volumen y peso de muchos países del mundo. En Aduana y Correos, realizábamos el trabajo de abrir las sacas vaciadas en una tolva, y clasificar los objetos, cartas, revistas, diarios, paquetes que podían llevar objetos con valor comercial y que la aduana les hacía pagar el correspondiente impuesto. En esta operación, de vaciado de las sacas permanecían dos funcionarios de la policía de la época cuya misión era controlar toda propaganda subversiva que pudiese entrar de los países comunistas para atacar al régimen de Franco. Revistas de prensa política o pornográficas. Todo correo sospechoso era separado por ellos, que luego, una vez terminada la apertura de sacas, se lo llevaban a su departamento para analizarlo. Aquí sí que pude ver cantidad de revistas “porno” y de otra clase que estaban prohibidas en España. Ellos sí que las podían ver y de paso nos dejaban mirarlas a nosotros.

El trabajo en Correos era muy ameno, me permitía ver cosas muy diferentes. Por la ventanilla de entrega, que yo atendía, pasaban a recoger mercancías bancos, laboratorios, editoriales, casas de discos, empresas de todos los sectores que tenían relación con el extranjero y eran muchas las que había. Era fácil cambiar de trabajo si uno se lo proponía. Sólo con pedirles a los empleados de las empresas que pasaban por ventanilla que te trajesen un impreso de solicitud de trabajo, teníamos muchas posibilidades de entrar en alguna de ellas. Se valoraban mucho el que trabajases en correos. Siempre había algún detalle que te regalaban los empleados de estas empresas. Se trataba de objetos que habían sufrido algún pequeño rasguño y no eran aptos para la venta, como libros, discos, tebeos, revistas, calcio de algún laboratorio, colonias, etc. y hasta alguna tableta de chocolate suizo que le enviaba su familia a alguna bailarina de ballet que actuaba en algún teatro del Paralelo barcelonés, el lugar de diversión y de ocio de la época.

No muy lejos del trabajo tengo mi lugar de alojamiento. Otra pensión particular. Era muy normal alquilar habitaciones en casas particulares a los jóvenes que veníamos de fuera.

La Sra. Liberada, viuda y no muy mayor, era una de ellas. Para ganarse la vida tenía habitaciones de la casa dedicadas a alojar gente conocida o con buenas referencias a los que no teníamos casa en Barcelona. Cuando uno se marchaba de esta casa se lo decía a otro y así nunca había gente extraña.

Todos éramos jóvenes que veníamos de los pueblos a la ciudad en busca de otra vida mejor. Nos alojábamos en este tipo de pensiones particulares. Casi todos los que compartíamos la casa no lo hacíamos por necesidades económicas sino que lo hacíamos por tener una vida mejor. Los siete jóvenes que compartíamos la casa éramos de diferentes zonas de España, Cataluña, Andalucía y Castilla. La “*Mastresa*”, dueña de la pensión, era para nosotros como una segunda madre. Era la que nos imponía ciertas normas, nos aconsejaba de costumbres, riesgos, etc. Una de las normas más severas era no llegar borracho a casa, ya que sería expulsado de ésta. Jóvenes en una zona tan bohemia y de ocio, al lado del “*barrio Chino*”, corríamos un cierto riesgo de volvemos un poco golfos. Ocurrió todo lo contrario. Aquí se ve que se activaba la responsabilidad a pesar de ser tan jóvenes y no estar con los padres, y nadie llegó borracho a casa, ni cogió enfermedad alguna, ni se hizo gamberro o golfo. Teníamos diversiones sanas, bailes, fiestas, costilladas. Acudíamos a los teatros con la entrada gratis al ir de “*claca*” La misión era de aplaudir las escenas cuando lo ordenaba el encargado y así animar a la gente a que lo hiciese. A falta de ducha en casa de la “*Patrona*” o “*Destreza*”, acudíamos a los locales de baños públicos que había repartidos por toda la ciudad. Por no mucho dinero tenías derecho a ducha de agua caliente incluyendo toalla, jabón y champú. Solíamos hacer sólo un baño a la semana. Sin TV en casa, los partidos de fútbol de la selección de España o combates de boxeo u otros acontecimientos que se retransmitían, había que ir a verlos a los bares próximos, que estaban llenos de gente en la misma situación que nosotros.

Del trabajo en correos estaba muy contento. Tanto mis jefes como mis compañeros eran bellísimas personas. Por fin me llegó el llamamiento a filas. La Armada Española me reclamaba a la Marina; Tenía que formar a otro marino. El día 1 de enero de 1969 cogía el tren en la *Estación de Francia*. Era la misma estación en la que llegué yo por primera vez a Barcelona. El tren iba cargado de reclutas con destino a Cartagena, a los distintos cuarteles de instrucción. Todos los llamados a filas en el primer reemplazo y destinados a esta plaza militar íbamos en ese tren. Andenes llenos de familias, novias o amigos con lágrimas en los ojos que se despedían del ser querido. Mi padre en esta ocasión dejó las faenas del campo unos días para poder venir a Barcelona a despedir a su hijo. Empezaba a ser un poco nómada, como los gitanos, de aquí para allá. Llegamos a Cartagena y somos conducidos por la policía militar al Cuartel de Instrucción de Marinería. Desprenderse de todos los enseres personales raparse el pelo, recoger el nuevo uniforme de faena y de paseo, fueron las primeras órdenes que recibimos. A los pocos días nos entregarían más uniformes de paseo azul y blanco para ir vestidos según la misión. Todo un gran petate lleno de ropa, máquinas de afeitar, aseo y limpieza de calzado.

La disciplina militar es dura. La instrucción, la gimnasia, el comer, aseos, y dormir, todo a toque de trompeta o pito y en formación de filas para todo. Yo me alojaba en la 43 Brigada. Por otras zonas del cuartel se repartían el resto de brigadas, donde dormíamos y nos cambiábamos a golpe de pito y muy rápidos. El olor a “*tigre*” era insoportable en las dependencias. Por más que se ventilasen éstas y nos aseásemos, el olor se percibía, y mucho más si te tocaba la guardia haciendo de cuartelero por la noche.

La vida en el cuartel fue muy dura; era el lugar donde recibimos la instrucción para formar parte de alguna tripulación de los barcos de la Armada, submarinos o dependencias de tierra o de bases navales. Yo, una vez juré bandera, fui destinado a forma parte de la tripulación de la fragata, “*Sarmiento de Gamboa*”, barco insignia destinado al almirante. Cartagena dispone de un enclave militar natural, muy estratégico. Dispone de arsenal, base de submarinos y astilleros navales. Mi vida de marino en la fragata fue muy interesante. Mi trabajo en el barco fue de asistente de oficiales. Lo pasamos muy bien todos los compañeros de la fragata con nuestras salidas, meriendas en el barco, comidas que nos enviaban nuestros familiares en paquetes por correo. En nuestro tiempo libre leíamos y escribíamos cartas a nuestras queridas novias. Qué ilusión nos daba el recibir cartas en el barco, ya que era el único medio de comunicación que teníamos. Dormíamos en “*cois*”, especie de hamaca que disponía de dos anillas en los extremos para colgarla en el techo, en los ganchos que había en él. El barco permaneció mucho tiempo amarrado en el muelle, próximo al Club Náutico. No navegó mucho en los 18 meses de mili que hice. Fue mi primer reemplazo, ya que se hacían 21 meses. Tan sólo estuvimos de maniobras y navegando por la zona del Levante y Baleares.

Casualmente, cuando estaba en el barco, me hizo una visita el que es mi cuñado actualmente. Alberto era mi amigo de infancia y quinto. Venían en un barco de transporte militar, en el “*Almirante Lobo*”, con un destacamento de pontoneros de Zaragoza al que pertenecía él. Marchaban a Túnez, a montar puentes destrozados por unas fuertes riadas. La casualidad de la vida quiso que nos encontrásemos los dos amigos de Barca en aquel lugar tan lejano del nuestro. Nos dio mucha alegría vernos.

En junio de 1970 me licencio de la mili. Otra alegría más. Una vez terminada la mili, como tenía ganas de llegar a casa y el tren no salía hasta el otro día, me animé con un amigo y compañero del barco a hacer auto-stop para viajar y llegar antes al pueblo. Él se queda en Valencia, en su tierra, y yo continuo a Barcelona y de allí al pueblo, a ver a mi familia. No tuve ningún problema para viajar. Vestido de marinero se paraban más los coches ya que no estaba tan visto este uniforme como el de soldado. En Zaragoza me paró un coche Seat “600” que era conducido por un militar de cierta graduación de la Academia de esta ciudad. Se dirigía a Valladolid haciendo la ruta de carretera

N.º de Semana	Pesetas de cada semana	Sueldo que tenía, trabajando el cine. Pines de semana
Sem. N.º 9	326'20 pts	
Sem. N.º 10	326'20 pts	
Sem. N.º 11	326'20 pts	
Sem. N.º 12	326'20 pts	
Sem. N.º 13	371'80 pts	
Sem. N.º 14	341'20 pts	
Sem. N.º 15	381'20 pts	
Sem. N.º 16	326'20 pts	
Sem. N.º 17	250'20 pts	
Sem. N.º 18	401'20 pts	
Sem. N.º 19	296'80 pts	
Sem. N.º 20	341'20 pts	
Sem. N.º 21	371'20 pts	
Sem. N.º 22	468'40 pts	
Sem. N.º 23	396'50 pts	
Sem. N.º 24	323'20 pts	
	270	

MESES	SIGNIFICADO	GASTOS DEL CINE
15/100	SEPTIEMBRE	6'41
20/120		
27/130	OCTUBRE	6'4
18/100		
25/100	NOVIEMBRE	6'
1/100		
8/140		7'
15/120		7'
22/120		
29/120	DICIEMBRE	
6/120		
9/120		
		23'90

N.º de Sem	PTS	SEMANADA de cobro despues de la vacaciones	PTS	ORDINARIO	EXTRAS	CARTAS	ROPA
32	278		3330				
34	418		436				
35	506'40		5650	436		1	26
36	452						
37	463'70		4350				
38	493'34		38910				
39	466'20		72				
40	489'70		49530				
41	441'20		67				
42	456'10		66'70				
43	449'50		55'30				
44	468'60		74'40				
45	462'60		74'40				
46	461'20		67				
47	488'90		75'70				
48	464'90		75'70				
49	319'86						
50	315'10		142'40				
51	461'60						
52							
53							

Fago de la pensión "Can Fer:

Salario de aprendiz de ajustador

Apuntes de ingresos y gastos del autor.

que pasa por mi pueblo. No me di cuenta de que era militar hasta que no giré la cabeza y vi el traje militar, con galones, colgado de una percha. Si llego hacer algún comentario en contra del ejército o de la vida militar, me arresta y me deja en tierra. En el pueblo estoy poco tiempo.

Pronto vuelvo otra vez a la ciudad. De nuevo entro a trabajar en correos, en el mismo negociado que antes de la mili, como subalterno. Se solía guardar el trabajo interrumpido por la mili. Estando en correos me sale una propuesta de otro trabajo. Realizar las tareas de correos en una empresa privada que me iba como anillo al dedo. Haría el trabajo por la mañana temprano y luego podía continuar con mi horario en Correos. Como el dinero hacía falta, trabajé en otra empresa que tramitaba la recogida de los libros de exportación de la mayor parte de las editoriales de Barcelona que eran enviados por correo a sus destinos. De madrugada recogíamos los libros con un camión y los dejábamos en las dependencias de correos ya clasificados y tramitados. Este trabajo tuve que dejarlo por agotador a pesar de que estaba bien pagado. Casi todo el personal de correos tenía dos o más trabajos. El llamado pluriempleo se daba mucho en esta época. Lugares como en la S.Social, Transportes Municipales, Ayuntamiento, Seat, o sus propios negocios. Llegó una ley que prohibió a los funcionarios cotizar en dos empresas. No se conocía el paro del trabajo que había en esta ciudad.

Pronto mis padres se dan cuenta de que estar los dos hermanos en Barcelona, y cada uno viviendo por su lado, no era lo más adecuado. Como estaban claras las intenciones de quedarnos en Barcelona decidieron comprar un piso. Mis padres aportarían el dinero de la entrada. Las letras de cada mes las pagaríamos nosotros con lo que ganásemos. La idea nos pareció buena. Teníamos vía libre para ir mirando un piso que nos gustase y de esta forma vivir los dos juntos. Así lo hicimos, al poco tiempo nos decidimos por uno en la calle América de Barcelona. Por fin ya podíamos estar juntos en nuestra casa. Mi otra hermana Marina no tardó mucho tiempo en hacer las maletas y venirse a la capital. Duró poco tiempo aquí, ya que se volvía al pueblo en verano para ayudar a mis padres en las tareas del campo. En las temporadas que pasaba mi hermana Marina en el pueblo, estableció relaciones con Alberto, el que me visitó en Cartagena haciendo la mili y al poco tiempo se casó con él. Mi hermana ya no volvió a la ciudad. Mi padre recibió una gran alegría, ya había alguien que le ayudaría en el campo. Mis padres querían que algún hijo se quedase en el pueblo y continuase trabajando las tierras. Alberto fue el único de mi quinta, éramos seis quintos, que se quedó en el pueblo de agricultor. Actualmente ejerce este trabajo con la agricultura moderna y está muy satisfecho con él.

Ya instalados en el piso recién comprado, disfruto de más libertad. Mi hermana que trabaja de criada en casa de una familia acomodada, me organiza

las comidas y las tareas domesticas. Si sobraba comida en la casa que trabajaba, me la traía. Mi vida cada día va mejor a pesar de las horas que tengo que hacer para poder tener algo de dinero. El trabajo me quitaba tiempo para poder estar con mi novia, la tuve tan lejos durante la mili que ahora quería verla más tiempo. Poder besarla y acariciarla y hacer planes para casarnos.

Va transcurriendo mi vida en la ciudad y me voy integrando casi en todo. La vida política, desconocida por nosotros, poco a poco se va instalando entre nosotros. En las primeras elecciones democráticas, participa como partido el recién legalizado Partido Comunista. Me toca hacer de presidente en una mesa electoral. Gobernaba, como presidente de la nación, Adolfo Suárez. Todos los componentes de la mesa, estábamos un poco perdidos y pasamos algo de miedo porque había grupos radicales que querían seguir con la dictadura y no con la nueva democracia. Al final de la jornada todo salió bien, salvo algunas pequeñas incidencias. De política me informaba un amigo al que le apasionaba. Por su edad vivió la última República y le tocó estar preso en un campo de concentración por las tropas de Franco. Era republicano acérrimo y tenía cierta amistad con Tarradellas, que estaba en el exilio. Aún no había pronunciado la famosa frase, que dijo desde el balcón de la Generalitat, como presidente de ésta: “*Ja sóc aquí*” (ya estoy aquí). Mi amigo Juan recortaba artículos de prensa de “*El Correo Catalán*”, de otros diarios y revistas. Le informaba un poco de cómo estaba la situación por aquí, que ya empezaba a pedirse libertad y la fuerza sindical, con Marcelino Camacho, empezaba a hacer frente al fuerte régimen de Franco. Mediante cartas también le informaban. Llegaba a ponerles remitentes falsos por si la policía del régimen le intervenía alguna de ellas. Mi amigo Juan se llevó una gran decepción ya que, cuando llegó su amigo o supuesto amigo, a instalarse como presidente de la Generalidad tenía tantas otras ocupaciones y nunca lo recibió ni le ayudó en nada, a pesar de que su situación económica era muy precaria.

Mi noviazgo estaba resultando un poco largo. Ya llevábamos cinco años de novios, mili por medio, y nos queríamos casar. Nos pusimos manos a la obra Lolita y yo nos lanzamos al ruedo. Dimos la primera entrada de un piso nuevo situado en la calle Escornalbou, a dos calles de la que vivíamos mi hermana y yo, no muy lejos de la zona de la Sagrada Familia y del Hospital de San Pablo, dos grandes obras de Barcelona. El piso valía ochocientas mil pesetas pero, como no las teníamos, pedimos una hipoteca hasta llegar al millón doscientas mil que valía el piso. Se pagaba un 16% de interés.

En un soleado del 26 de mayo del año 1973, contraemos matrimonio Lolita y yo. Entré con mi traje beige más chulo que un ocho, del brazo de mi madre, en la iglesia del Sagrado Corazón, zona de Pueblo Nuevo muy cerca de la casa en que vivía mi novia con sus padres y abuelos maternos. Era la casa donde nació y se crió, casa que aún mantiene alguna señal de las bombas de la

Guerra Civil. Cerca había fábricas importantes. Ella, a pesar de estar cerca la iglesia, no quiso ir caminando y fue en un gran coche blanco que alquilamos para el evento. Entró radiante del brazo de su padre, Esteban, que casaba a su niña más querida. Un bonito día para recordar siempre y tenerlo en el capítulo de cosas importantes que me han ocurrido en mi vida.

A los tres años de casados nace nuestro primer hijo, que se presenta a este mundo de madrugada. El ginecólogo se iba de vacaciones y Lolita ya estaba cumplida. Había que provocarle el parto y así lo hizo. En la madrugada del día 5 de agosto de 1976 nace nuestro primer retoño al cual le pusimos por nombre Toni. Un “*Leo*” que saca su genio y nos hace pasar muchos malos ratos de tanto que lloraba. Algún pediatra llegó a decir que nos había salido llorón. Por fin otro pediatra llegó a la conclusión más razonable. ¿Motivo por el que lloraba? No expulsaba el aire del vientre y lo tenía como un bombo. Con una simple sonda se solucionó el llanto.

Con diferencia de tres años y pocas horas, por poco no nacen el mismo día, Begoña nace el 4 de agosto de 1979. La comadrona le decía a Lolita que “si eres capaz de aguantar nacerán el mismo día”. No fue capaz. No sé si era por la experiencia de haber sido padres o qué, pero era una delicia el ver lo bien que se criaba Begoña, risueña y sonrosada; dormía como un lirón. Con el paso de los días se le despertó su sistema de defensa y comenzó su rechazo por alergia, manifestándose con tos. Hacerle las pruebas tan bebé no era aconsejable. Yo la llamaba la “*rompenoches*”. Todas me despertaba con esta maldita tos. Cuando hizo el cambio se acabó todo este gran problema.

Los primeros pasos de mis hijos en la enseñanza los cursaron en escuelas privadas con pocos niños y muy cerca de casa. Mi esposa se dedicó a ellos. Dejó el trabajo y dejamos de pensar en comprar apartamento o torre, como hacían muchos matrimonios trabajando los dos miembros de la familia. No me arrepiento de haberlo hecho así. La mejor inversión es dedicar el mayor tiempo posible a los hijos en los primeros años de su vida. Toni y Begoña cursan sus estudios en colegio privado subvencionado “*Liceo Castro de la Peña*”. Terminaron sus estudios de primaria con buena nota. Siguen los estudios en un buen instituto, con instalaciones modernas. Construido en lo que fue uno de los cuarteles militares más grandes de los muchos que tenía el ejército en Barcelona y que fueron cedidos a la ciudad para otros servicios más eficaces.

Toni termina el COU, pasando a la Facultad de Biología, terminando la licenciatura como biólogo. Su pareja actual Marta, también es bióloga, se conocieron en la Facultad.

A Begoña no le motivan los estudios y cuelga éstos en BUP. Se pone a trabajar. Le motiva más esto que estudiar, ya que desde el primer momento es cumplidora y muy responsable con él a pesar de su joven edad. Trabaja en la misma empresa que yo, donde llevo trabajando más de 36 años. La empresa

Colay es una pequeña empresa dedicada a las piedras, no para la construcción, sino para lucirlas en joyas, adornos o complementos. Es todo un mundo de colores que da la naturaleza y como se ven transformadas en distintas formas, tallas y colores. Este trabajo me salió estando yo trabajando en correos. El que fue muchos años mi buen jefe, Pedro Sistema, acudía con frecuencia al negociado de Aduana/Correos a despechar las distintas mercancías que llegaban para su empresa. Me propuso el trabajar en ella ganando más y con contrato fijo. No me lo pensé dos veces, en Correos yo estaba de interino. Abandoné la empresa pública y me pasé a la privada a pesar de los consejos que me daban mis padres de trabajar de funcionario. Hoy soy responsable de una sección de la empresa y en la cual trabajo muy agusto.

Con temprana edad siempre hemos llevado a los hijos al pueblo. Todas las vacaciones de verano, Semana Santa o puentes, íbamos al pueblo con un coche utilitario. *Seat 133*. La carretera casi toda por N-II. Nos duraba en viaje más de siete horas, no había autovía aún. Al vivir mis padres en Barca, era obligado el ir allí por verlos, porque el pueblo era un sitio ideal para estar con niños; la economía no daba para ir de vacaciones a Benidorm. En el pueblo salían gratis. Mis padres se hacían cargo de todos los gastos, comida y casa para todos. Se lo pasaban tan bien que el Toni ya se iba cuando tenía vacaciones del colegio, aprovechando el viaje con alguien que iba al pueblo. Con sus primos de Barcelona y amigos del pueblo formaban una buena cuadrilla que la han seguido manteniendo y la mantienen actualmente. Toni con 30 años y Begoña con 27 están deseando ir al pueblo cada vez que el tiempo se lo permite. Están totalmente integrados en él, así como sus parejas. Los amigos, unos casados otros solteros, dispersados por toda la geografía española, quedan por mediación de SMS de móviles en verse en el pueblo. A nosotros nos da gran satisfacción el ver lo felices que son en él. La semilla de llevarlos de pequeños ha dado sus resultados.

Mi esposa y yo lo teníamos claro. En la casa de mis padres no podíamos estar siempre. Las familias crecen, hay más hermanos y los padres van siendo mayores y no están para aguantar tanta familia en su casa. Tomamos la decisión de hacemos una casa en lo que era el antiguo corral de la familia. Lugar céntrico y ya sin uso para cuidar animales de corral. Con gran esfuerzo nuestro y algo de ayuda de nuestros padres, que pusieron su granito de arena, pudimos estrenar la casa el año de las Olimpiadas de Barcelona, el año 1992, en la Semana Santa de ese año.

Mis hijos han volado del nido familiar. Se han emancipado con sus respectivas parejas. Toni con Marta y Begoña con Santiago. Forman parejas no oficiales, ya que no han pasado por la vicaría, ni por los centros oficiales a formalizar la pareja. Son otros tiempos, dicen ellos. Unos papeles sólo, no unen la pareja. Nosotros lo aceptamos y nos adaptamos a estos nuevos tiempos.

El catalán no fue nunca ningún problema. Cada uno se ha expresado en el idioma que ha querido, castellano o catalán. En casa se habla castellano. Fuera de casa, si le hablan catalán a mi esposa, ella lo habla y así lo mantiene vivo. En el colegio aprendieron las dos lenguas, así como en los estudios del Instituto y de la Universidad en que predominaba más la lengua catalana. El habla de estas dos lenguas en Cataluña es un laberinto y no hay regla alguna para hablar una sola lengua. Cada uno se acostumbra a hablar en la lengua que domina mejor, según su uso en trabajos o familias, sean catalanas o castellanas. Yo, con mis casi 43 años por estas tierras, sólo hablo castellano y sin ningún problema. En contadas ocasiones hablo el catalán que, según mi esposa e hijos me dicen que lo hablo muy mal.

Actualmente pertenezco a la junta de la *Casa Regional de Soria*, una de las cosas que tuvieron su fuerza con la movida migratoria. La casa de Soria, a la que pertenezco como socio, goza de buena salud para pertenecer sólo a una provincia pequeña. Mantiene un buen número de socios, ya de cierta edad. Tiene una gran sede con muchos metros cuadrados en un buen lugar de la ciudad y tiene la gran suerte de tener un gran presidente, Luis Reras y su secretario, Eladio Revilla, que dedican mucho tiempo a ella. Se mantienen activos diferentes grupos, de teatro de jóvenes y mayores, rondalla, coral, dulzaina. En estos centros se hacen muchas actividades culturales, presentación de libros de la tierra, conferencias, recital de poesías, actuaciones de los grupos, exposiciones, teatro, excursiones, danzas, etc. Se recibe la prensa de la tierra, “*El Heraldo de Soria*”, “*Diario de Soria*”, “*El Mundo*” y “*Diario de Castilla*” y otros de menor tirada. La baraja española, con sus juegos, “*El Guiñote*”, “*Mus*”, “*Briesca*”⁸ ocupan gran parte del tiempo de los que van al Centro los fines de semana. Lo que nos desmoraliza un poco a los de la junta es ver que no entra savia nueva a ellas. Van pocos jóvenes y éste es el gran problema. Cuando termine nuestra generación habrá que darles otro destino a estas casas.

Si hubo algo de recelo a la emigración nacional en Cataluña por parte de los catalanes con la llegada de la emigración foránea, este recelo ha quedado diluido totalmente. La preocupación general, incluso para los que llegamos aquí, es si la adaptación de este gran colectivo étnico que ha llegado de musulmanes, africanos, chinos, sudamericanos y un largo etc., es posible. Como decía nuestro gran amigo de la Casa de Soria, D. Eloy, capellán castrense, en la última homilía celebrada en la Basílica de Ntra. Sra. del Mar, misa que se le hace a la Virgen del Pilar en su día: *nosotros*, decía el capellán, *los que emigramos, los de la diáspora somos un poco los sin patria, aquí nos dicen*

⁸ Quizá por brisca (N.E.).

castellanos y en nuestras tierras nos dicen, ya vienen los catalanes. A pesar de todo esto lo llevamos bien.

El Centro Aragonés en Barcelona organiza cada año con mucho éxito esta misa que es cantada por baturros/as y acompañados por su rondalla. Concentra a muchos cientos de personas esta misa en honor a la Virgen.

Mi vida como emigrante ha sido y lo es, muy buena en esta tierra. También estoy orgulloso en la que nació, sigo apegado a ella y a mis gentes, a pesar de me puedan ver como un forastero. Yo me declaro ciudadano del mundo, no me arrepiento nada del camino que elegí por decisión propia y que me ha ido muy bien. Fui un afortunado. Tuve la gran oportunidad de trabajar en las tierras de mis padres y preferí emigrar a otro lugar donde no me faltó trabajo nunca y muchas veces haciendo más horas que de la propia jornada.

Aquí formé mi hogar, mi familia y sigo en activo trabajando. Estoy próximo a cumplir los 60 años y gozo de buena salud. Toda la familia está muy bien en esta tierra, orgullosa y satisfecha de este lugar que nos ha dejado desarrollarlos. El resultado final es que ha valido la pena el haber tomado el camino de emigrar a otra tierra con mayor calidad de vida, que no me daba la mía en aquel momento. No por esto dejo de querer a mi tierra castellana, a mis gentes, cultura, arte y tradiciones que me dieron las bases para ser lo que soy, un ser humano muy feliz.

SEGUNDO PREMIO –II–

De un pueblo de Zamora a la ciudad de las luces

Elisabeth García Bermejo

Podría empezar contando las andanzas de Salvador luego de pequeño, cuando a la edad de nueve años se quedó sin padre (Marcelino García Fernández, fusilado el 12 de septiembre de 1936) y por ende en una situación más que crítica. En efecto, los cinco huérfanos de padre eran todos niños pequeños y su madre, Eutiquia, se quedó sin recursos, con lo cual la familia se desagregó y la madre no tuvo más remedio que separarse de sus hijos a quienes mandó a casa de familiares para que los mantuvieran a cambio de trabajo. Así, Salvador tuvo que dejar esporádicamente el hogar familiar trabajando en el campo, en el monte, con las ovejas o sirviendo; no obstante, no me adentraré más en detalle en este periodo sino que comenzaré plenamente el relato con la primera verdadera salida de su pueblo natal, Belver de los Montes, Zamora, el 16 de enero de 1943.

Las circunstancias de la guerra y de la posguerra le habían enseñado a buscarse la vida como vulgarmente se dice y tenía tan solamente 16 años cuando decidió marchar a Tábara, a casa de un primo, Ángel, para aprender el oficio de carpintero.

Los recuerdos de aquella estancia no son agradables ya que pasó muchísimo frío y muchísima hambre. En efecto, vivía con gente modesta que poco podía darle de comer y las condiciones de vida eran relativamente miserables. Tras días enteros de trabajo en el taller desde el amanecer hasta las diez de la noche, le tocaba acostarse en el sobrado en el suelo ya que el único colchón, si así se puede llamar, que tenía era un saco de centeno en el cual era imposible dormir debido a los picotazos y a la polvareda que preparaba. Si el descanso

era poco reparador, las comidas frugales de berza o patatas diarias no satisfacían tampoco su apetito de adolescente y sin embargo, constituían su única paga por el trabajo aportado.

Algo más de dos largos años estuvo en Tábara aprendiendo a arreglar carros, fabricar arados, puertas, ventanas y todo tipo de muebles. Dos largos años de miseria que correspondieron a la grave crisis que atravesaba España, años de sequía y de cosechas perdidas, años de racionamiento.

Regresaron entonces a dicho pueblo unos hombres que le informaron que había trabajo en el salto de Villalcampo, con lo cual, sin pensárselo dos veces, dejó Tábara el 25 de junio de 1945 y tras una breve estancia en Belver para ver a su madre y hermanos marchó para ese nuevo lugar.



Salvador, con ganas de ganarse por fin la vida y poderle mandar a su madre un salario decente llegó al salto de Villalcampo el 9 de julio de 1945. Nada más presentarse lo aceptaron y de inmediato se puso a trabajar.

La construcción del salto formaba parte del plan de plantas hidroeléctricas que proliferaban por todo el país con lo cual, se necesitaba mano de obra. La empresa que lo empleó, *Agromán*, subcontractada por *Iberduero*, lo puso en un principio a pico y pala durante una semana. Lo trasladaron luego a una brigada de arrastre para llevar vigas, chapas, etc. y por fin, como hizo saber que era carpintero, le dieron un puesto de encofrador que no sólo correspondía a su formación sino que también era una labor menos penosa. El trabajo se

hacía por turnos semanales: de las seis de la mañana a las dos de la tarde, de las dos a las diez de la noche y de las diez de la noche a las seis de la mañana. A él sólo le tocó el horario por turnos la primera semana, luego, al ser encofrador ya tenía un horario normal de ocho y media a seis y media de la tarde.

Durante la primera semana en que estuvo a pico y pala, cobró 52 pesetas. Más adelante, con las horas extraordinarias que efectuaba, empezó a ganar alrededor de setenta pesetas semanales, llegando incluso algunas veces a cien. Por supuesto todo el salario lo ahorra para mandárselo a su familia que, aparte del hermano mayor, residía en Belver.

La vida en el salto no era desagradable y favorecía los intercambios y las amistades. Los únicos episodios verdaderamente difíciles fueron cuando se mataron dos obreros en accidente laboral. Había en aquella obra unos mil hombres trabajando. Dormían en pabellones comunes. El de Salvador era el número 13 que constaba de setenta y dos camas literas. En cuanto a la comida una vez más, no pecaba ni de abundancia ni de calidad, en efecto, eran fréjoles a mediodía y por la noche todos los días de la semana.

Durante los ratos libres si hacía bueno jugaban a la pelota en un frontón que allí cerca se encontraba y cuando llovía jugaban a las cartas o charlaban. Los domingos y días de fiesta iban al baile a los pueblos de los alrededores como Moralina, Vellón de Sayago¹...

En el salto estuvo trabajando año y medio, hasta el 24 de diciembre de 1947 en que decidió regresar a Belver a festejar la Navidad en familia. Dicha presa fue acabada de construir sobre el año 1949.

Tenía entonces justo veinte años y llevaba ya casi cuatro años fuera del pueblo trabajando con adultos. Salvador empezó, pues, a sentir la necesidad de instalarse y quedarse junto a los suyos. Se presentó entonces una oportunidad, un primo segundo, Manolo, tenía una panadería en la que empleaba a Horacio, hermano de Salvador. Manolo se casó con una chica de Castro y optó por establecerse en dicho pueblo, fue entonces cuando la familia decidió coger el traspaso de la panadería. Para ello, tuvieron que vender una casa que habían adquirido siete años antes y sacaron un crédito de diez mil pesetas a finales de 1947.

En la panadería trabajaban, pues, Horacio y Salvador manteniendo a su madre y a sus otros dos hermanos menores. Así transcurrieron casi otros dos años practicando este nuevo oficio de panadero hasta que llegó el momento de hacer la mili que duró desde el 8 de abril de 1949 hasta el 25 de septiembre de 1950, mili que realizó en la ciudad de Salamanca. Una vez cumplida esta obligación regresó de nuevo a la panadería a Belver.

¹ La autora debe referirse a la localidad de Abelón de Sayago, Zamora (N.E.).



Aunque el oficio era duro y la situación económica no era extraordinaria, al menos estaba en su pueblo entre los suyos y amo de su propio comercio. La vida se organizaba alrededor del amasamiento, de la cocción del pan, de la compra de harina, de la clientela, y al ritmo de la vida cotidiana en el pueblo con sus días laborales y sus pocos festivos para los panaderos.



El 21 de septiembre de 1955 se casó con Dolores, la hija del confitero de Belver quien pasó de la confitería a la panadería. Allí estuvieron viviendo casi un año pero, al estar ya casado y con una hija, empezó a pensar en independizarse. Además, en esa época de fuerte éxodo rural, la población del pueblo

se redujo considerablemente y la falta de ganancia en la panadería se hizo sentir. La mayoría de los belveriscos² que emigraron a principios de los años cincuenta se instalaron en el País Vasco para buscar trabajo en la industria. El descenso demográfico del pueblo hizo que la panadería resultara pequeña para todos y Salvador tuvo que plantearse el salir una vez más de Belver. La destinación (*sic*) era bastante evidente, no sólo porque se trataba de seguir la corriente general sino también porque un tío de Dolores, Pedro Bermejo, era comisario de policía en la capital vizcaína y contaban con su influencia para que éste proporcionara trabajo. La siguiente etapa sería, pues, Bilbao.

La joven pareja le escribió entonces una carta a Pedro explicándole la situación y pidiéndole que ayudara a Salvador a encontrar trabajo. Contestó al poco tiempo diciendo que había encontrado un puesto en una panadería con lo cual Salvador se fue para Bilbao el 27 de agosto de 1956 dejando a Dolores y a la hija que tenía poco más de un mes en Belver.

Cuando llegó a casa de los familiares, resultó que el puesto en dicha panadería no existía. Al día siguiente de estar allí, la mujer de Pedro lo acompañó al sindicato para ver las propuestas de trabajo. Le dijeron que no tenían nada pero que volviera al día siguiente ya que seguramente saldría alguna plaza. Volvió pero le dieron la misma respuesta asegurándole que era excepcional el que no hubiera nada pero que volviera porque al día siguiente fijo que tendrían algo. Al tercer día se presentó de nuevo en el sindicato donde repetían incesantemente lo mismo. Era inútil insistir, el ir al sindicato era una pérdida de tiempo, por consiguiente, se puso a buscar trabajo por su propia cuenta.

Como no quería abusar de la hospitalidad de los tíos de su mujer, Salvador buscó vivienda y pronto encontró a una patrona que le alquiló una habitación a compartir con otros cuantos hombres. En cuanto al trabajo, iba de obra en obra ofreciendo sus servicios. En la primera lo cogieron para trabajar a pico y pala pero sin saber por qué, un obrero gallego que trabajaba allí le empezó a hablar mal de Salvador al patrón y al cabo de la primera jornada fue despedido. Encontró otra obra donde los que lo emplearon fueron los propios obreros sin que el patrón se percatara. Dichos obreros se comprometían a realizar cierto trabajo que delegaban a los recién llegados a los que ellos mismos pagaban lo que les apetecía. Al parecer se trataba de una práctica corriente aunque totalmente ilegal y en cuanto Salvador se dio cuenta del negocio dejó el trabajo.

No obstante, él poseía la cualificación de carpintero y el trabajar a pico y pala no le interesaba. Empezó a buscar trabajo de carpintero e integró una carpintería en Galdácano donde estuvo un mes sólo porque quedaba lejos de

² Gentilicio de los de Belver de los Montes (N.E.).

Bilbao. Finalmente, consiguió un puesto de encofrador en una obra donde le pagaban un duro por hora para once horas de trabajo diarias. Después de esta experiencia, cambió de obra y se puso a trabajar para la empresa Panera Hermanos donde el salario era algo más elevado.

Poco a poco se fue haciendo a la vida de la ciudad y durante su tiempo libre, aprovechaba para ver a los amigos de Belver que como él habían emigrado al norte del país. La aclimatación a esa nueva vida se hacía paulatinamente y en Bilbao se encontraba a gusto.

Uno de los problemas más importantes derivados de las intensas migraciones interiores de finales de los 50 y principio de los 60 fue el de la congestión poblacional en ciertas zonas como el País Vasco y consecuentemente la escasez de vivienda. Evidentemente, este problema de vivienda le afectaba también a Salvador que, sin un hogar relativamente decente, no podía hacer venir a Bilbao a su familia. Tras buscar y buscar, encontró finalmente una habitación con derecho a cocina en casa de una familia extremeña que, como muchas familias, alquilaba habitaciones para ir pagando el crédito del piso adquirido. Estaba dispuesto a instalarse en esa habitación cuando Dolores le comunicó que un hermano de su cuñada les había encontrado una portería en Madrid y que regresara a Belver.

Confiado en lo que le dijeron, Salvador pidió la cuenta en la empresa donde trabajaba y el 27 de noviembre de 1956, es decir, tres meses después de su llegada a Bilbao, se volvió para el pueblo con vistas a marcharse de inmediato para Madrid. ¡Cuál no fue la sorpresa cuando al llegar a Belver se enteró de que lo de la portería de Madrid no había sido más que inventos de su maquiavélica cuñada! ¡Aquello fue una catástrofe! Él que ya tenía una situación en Bilbao, que acababa de encontrar lo más difícil, la vivienda, que tenía ya un porvenir asentado y que le vinieran ahora con pretextos sin fundamento fue un golpe muy duro de aceptar.

Faustino, el propietario de la fábrica de harina de Belver le propuso entonces trabajo pero ¡no había dejado una situación interesante en una ciudad para venir a instalarse de nuevo al pueblo! Desesperado, volvió a integrar la panadería de su hermano sabiendo que sería algo provisional ya que cada día había menos gente y menos trabajo. En efecto, en esos años de 1957-58-59 y década de los sesenta, los habitantes del campo ya no sólo se iban a las ciudades industriales de la periferia sino que también empezaron a emigrar a Europa debido a la intensa demanda de mano de obra de los países europeos avanzados así como a causa del proceso iniciado en España de desagrarización (*sic*) y de incremento del paro como consecuencia del *Plan de Estabilización*. Así fue como Salvador se enteró por la radio y los periódicos que se buscaba a gente para ir a trabajar a Alemania.

Con el firme propósito de salir al extranjero acudió al Instituto Nacional de Emigración de Zamora para que le permitieran ir a Alemania. Los agentes del Instituto le informaron que el cupo para Alemania estaba lleno y le propusieron Suiza. A él le daba igual un país que otro, lo importante era encontrar trabajo fuera donde fuera. Así fue como firmó un contrato por seis meses para trabajar en la agricultura por tres mil pesetas al mes. Le hicieron un pasaporte exclusivo para Suiza y el 30 de mayo de 1961 volvió a dejar en el pueblo a su mujer que entretanto había dado a luz a un segundo hijo.

Otros dos compañeros de Belver, Arcadio y Eudosiso, salieron con él rumbo a Madrid donde se juntaron con todos los españoles de las demás provincias que llevaban el mismo destino. Un tren entero lleno de trabajadores los llevó hasta Barcelona. De allí pasaron la frontera de Port Bou para entrar en Francia donde cogieron otro tren hasta Ginebra. En dicha ciudad, enviaron a algunos para Basilea y a otros, entre los cuales se encontraban los tres belveriscos, para Berna donde los juntaron de nuevo a todos. En la capital suiza la policía operó la distribución de los trabajadores. A los que venían de Valladolid los destinaron a Ginebra y los demás fueron esparcidos por todo el país; incluso separaron a matrimonios. Salvador, Arcadio y Eudosiso, aunque no quedaran lejos unos de otros se encontraron solos cada uno en una finca. Aquel interminable viaje duró dos días, al cabo de los cuales los patronos estaban en la estación a esperar a su obrero correspondiente. La policía recogió todos los pasaportes para no entregarlos más que una vez el contrato cumplido.

El 1 de junio de 1961 estaba ya Salvador trabajando en la finca de una familia de agricultores suizos en el cantón de Turgovia, al norte del país en la frontera alemana sin hablar ni una palabra de alemán. El trabajo consistía en segar y recoger hierba para el ganado, recoger la fruta o atender las vacas. La jornada laboral constaba de quince horas diarias y el lema de aquella familia tan avara parecía ser el de mucho trabajar y poco comer. En efecto, las comidas se reducían al mediodía a una sopa de paquete y para la cena a un ligero aperitivo. Pasó quizás tanta hambre como en los peores años de Tábara y en unos meses adelgazó diecisiete kilos. Lo único bueno de aquella casa era la habitación donde dormía en una cama confortable.

El sentimiento de explotación era notable tanto más cuanto que, esos obreros mandados por España al extranjero, no cobraron el primer mes porque debían reembolsar el billete de tren que les había llevado hasta Suiza. El viaje de vuelta también se lo tuvieron que pagar ellos mismos. La paga la cobraban en efectivo a finales de cada mes y cada paga que recibía Salvador, paga que le mandaba por giro a Dolores. La única distracción que tenían los tres compañeros era reunirse los domingos en el pueblo que se encontraba a tres kilómetros de la finca y tomar un café en el bar. Sólo tenían una idea en

mente: que se acabara cuanto antes el periodo del contrato para poder regresar a España, porque, de estarse muriendo de hambre y trabajar como esclavos, que por lo menos fuera entre los suyos.

El día tan deseado llegó por fin. El 17 de diciembre de 1961 tomaron el tren para Francia rumbo a Zamora dejando detrás de sí una pésima experiencia repleta de malos recuerdos. El viaje de vuelta fue tan penoso como el de la ida con además poco dinero en los bolsillos y bastantes kilos menos sobre el pellejo. Cuando Dolores vio llegar a su marido casi no lo reconoció de lo delgado que venía.

Y vuelta al punto de partida: la panadería de Belver con Horacio. A los pocos meses, en 1962, al morir Eutiquia la madre, los hermanos repartieron los pocos bienes que tenían y la casa que comprendía la panadería y decidieron dársela a Horacio que era el que había mantenido el oficio de panadero sin interrupción. La colaboración en la panadería seguiría conjunta. Pero en 1965, Horacio le abonó a Salvador veinticinco mil pesetas para quedarse con el negocio y éste tuvo que pensar en marchar de nuevo del pueblo para encontrar una situación estable sobre todo, al tener ya una familia con tres hijos.

El 21 de junio de 1965, el matrimonio decidió ir a Valladolid donde se encontraba Nemesio, el hermano mayor y gracias al dinero que les había abonado Horacio, dieron una entrada para un piso con idea de buscar allí trabajo e instalar a la familia. Desgraciadamente, el paro era importante y las oportunidades de situarse muy limitadas. Tras varios días de búsqueda y de reflexión, regresaron a Belver el 24 de junio. Fue en ese momento cuando a un tío de Dolores, Vitorino, se le ocurrió proponerles que entraran en contacto con su hermano cura que vivía en París y del que había oído decir que le encontraba trabajo a la gente. ¿Por qué no se le había ocurrido antes después de ver las penalidades por las que habían pasado? Nunca se lo preguntaron. Quizás ni siquiera se pararon en esas consideraciones ya que nada más hablarles del Hermano Pérez, cogieron la pluma y se apresuraron a escribirle evocándole la situación en la que se encontraban y sus deseos de emigrar.

Como dice el refrán *con paciencia se gana el cielo*, y quizás el mejor emisario fuera el Hermano Pérez que no hizo esperar su respuesta favorable para que Salvador acudiera a París. No había tiempo que perder y emprendieron los preparativos para este nuevo viaje que esperaban fuera el definitivo después de tantas decepciones y proyectos abortados.

Salvador acudió a la Policía de Zamora para que le hicieran un pasaporte ya que el de Suiza no era válido. Le informaron entonces que debía ir primero a Pinilla a que le dieran un certificado de buena conducta. Una vez éste conseguido, volvió a Zamora y el Comisario que le atendió para el pasaporte le preguntó que dónde quería ir. Le contestó que a Burdeos a casa de unos amigos para pasar unos días de vacaciones. La pregunta que siguió fue

la cantidad de dinero de que disponía para dicho viaje. Salvador respondió que cincuenta mil pesetas a lo cual el policía replicó que no era suficiente y que se presentara al Instituto de Emigración. Tras la pésima experiencia de Suiza, la idea de pasar por dicho organismo quedaba descartada, ahora bien, subsistía el problema del pasaporte. Para solucionarlo, el único remedio era volver a solicitar a Pedro. Con esas miras se fue entonces Salvador a casa de su hermana que se había instalado en Elgoibar y de allí a Bilbao donde Pedro le ayudó a obtener un pasaporte.

El día 20 de julio de 1965 Salvador pasó la frontera franco-española. Decidió no ir de inmediato a París pensando que quizás podría probar suerte en Burdeos que quedaba más cerca de España y así, se acercó a casa de su compañero Eudasio que se había instalado en dicha ciudad. Pasó allí dos días y su amigo le aconsejó que fuera a la capital donde podría encontrar mejores oportunidades. Siguió pues sus consejos y el 23 de julio de 1965 llegó a París.

En la estación de trenes de Austerlitz, cogió un taxi al que sólo pudo mostrarle un papel con una dirección ya que no hablaba ni una sola palabra de francés. Y siguiendo el Sena desde donde percibió por primera vez la Torre Eiffel, llegó a la Misión Española en la rue de la Pompe. El Hermano Pérez lo acogió y lo albergó durante una semana dejándole tiempo a que encontrara un alojamiento y trabajo. Al cabo de siete días, se trasladó al Prima Hotel en el 167 rue de Rome.

El 1 de agosto de 1965 comenzó a trabajar en uno de los más prestigiosos restaurantes de la capital: el Fouquet's. Dicho trabajo lo encontró por mediación de Antonio, uno de los tantos españoles que iban a la *rompe*, apelación común³ que se le daba a la Misión Española y que era lugar de encuentro de todos esos españoles emigrados. Ese centro, no sólo constaba de la iglesia sino también de un colegio, un cine, un restaurante, un salón de baile, en resumidas cuentas era el lugar de convivencia para no sentirse aislado y para conservar algo de las raíces dejadas en España. Además, al pertenecer a la comunidad un familiar, Pérez, como lo llamábamos, la *rompe* siempre fue como una segunda casa.

Como Salvador todavía no hablaba francés, fue la mujer de Antonio quien lo acompañó el primer día al Fouquet's para presentarlo al director que no vio ningún inconveniente en emplearlo. Fue afectado a las cocinas donde tenía que encargarse de llevar y traer las cazuelas en carros para que las fregaran otros empleados y luego recogerlas en los armarios. Los horarios eran

³ *Rompe*, por similitud con rue de la Pompe, donde, como ha dicho la autora, se encontraba la Misión Española (N.E.).

de las cinco de la tarde a la una y media de la noche con lo cual, al no haber ya metro a esas horas, le tocaba regresar andando hasta el hotel. Como el resto del día lo tenía prácticamente libre, lo aprovechaba para barrer la iglesia de la Pompe por lo cual le pagaban 50 francos por semana y para efectuar todo tipo de chapuza que saliera, lo que los españoles de Francia llaman “bricolas”, hispanizando como tantas otras palabras el vocablo francés *bricoles*. Estos pequeños extras le permitían completar el salario del Fouquet’s que ascendía a 600 francos al mes. También le daban de comer pero, paradójicamente, a pesar de ser uno de los restaurantes más prestigiosos, la comida era pésima. Por supuesto, no se beneficiaban de lo que preparan los *chefs* para la clientela sino de lo que cocinaba el cocinero especial para el personal. Éste se componía, al menos en las cocinas, de unos cuantos españoles, entre los cuales: dos zamoranos, Ángel Palacios, del Perdigón y Tino Mangas, de Sanzoles, así como de bastantes magrebíes.

A los tres días de estar en el Fouquet’s, le convocó el jefe del personal diciéndole que no podía seguir trabajando allí ya que no tenía los papeles en regla. A eso le contestó como pudo que el propio director del restaurante le había dicho que no era un problema y que podía seguir trabajando. Le proporcionaron entonces los documentos necesarios para que el Estado le hiciera un carné de residencia y un carné de trabajo que consiguió a las pocas semanas en la Prefectura de París.

Retrospectivamente según se van evocando los hechos, todo parecía fácil y en efecto, nada más llegar a este nuevo país fue como si las cosas se encadenaran por sí solas, casi como evidencias. Eso mismo es lo que sintió Salvador en París y rápidamente dejó de hacerse preguntas, por fin había encontrado lo que buscaba. Es cierto que Francia en esa época estaba en plena expansión y reconstrucción y el sistema daba oportunidades a todo aquél que quisiera salir adelante, sólo era necesaria la motivación. Ésta no le faltaba a Salvador que veía un mercado laboral amplio, un tratamiento respetuoso para con los trabajadores y una calidad de vida insospechada hasta entonces. A partir de ese momento fue cuando pensó, satisfecho, que de allí ya no se iría.

No obstante, el aclimatarse a una ciudad tan grande y, sobre todo, desconociendo la lengua no se hizo en un principio sin ciertas dificultades como por ejemplo coger los transportes. Pérez le había dado a Salvador un mapa del metro pero sin explicarle el funcionamiento. Al principio, él iba mirando en el mapa cada estación por la que pasaba para estar pendiente de no saltarse ninguna y aunque por sí solo había comprendido que para ir a ciertos lugares debía hacer correspondencias, no se percató de inmediato que las líneas funcionaban por direcciones. La primera vez que tuvo que ir del hotel de Rome a la estación de Notre-Dame-Des-Champs a limpiarle los cristales a una señora que por allí vivía, después de haber hecho el cambio

en la estación Europe se dio cuenta que las estaciones por las que iba pasando el metro ya no correspondían con las de su mapa y fue cuando vio que había cogido la línea al revés y así comprendió el sistema de las direcciones. A partir de ese día el metro dejó de ser un misterio para él y pronto circularía por todo París en transportes comunes o a pie como si siempre hubiera vivido en la metrópoli.

Con la documentación en regla, un trabajo fijo y una habitación en un hotel, el momento había llegado de hacer venir a la mujer a París. Se planteó entonces el problema de los hijos. No era posible traerlos, no sólo por el alojamiento, sino que era necesario estar mejor instalados y que Dolores se integrara a esta nueva vida. Decidieron entonces enviar a Marianito que tenía 7 años a casa de Nemesio, el hermano mayor, en Valladolid y dejar a las dos niñas, Carmencita con 9 años y Tiqui (servidora) con 2 en casa de los abuelos maternos al cuidado de la melliza de Dolores, Pepa. En un principio, pensaban dejarme a mí en casa de mi madrina Enedina en Elgoibar pero, como lo indicaban ésta y su marido en la carta adjunta, no fue posible. Dicha misiva es un buen ejemplo de la dificultad de la situación y del desgarramiento. La única solución que quedaba fue entonces la de los abuelos. Si Nemesio aceptó de inmediato, con los abuelos, poco acostumbrados a los niños, Dolores tuvo que insistir y explicarles que no tenía otra opción.

Dolores, que nunca había salido de Belver más que para ir a Zamora o Valladolid y que en su vida había cogido el tren, armada de valor y llena de tristeza por dejar a sus hijos detrás de sí, salió el 1 de octubre de 1965 de la estación del Norte de Valladolid rumbo a un nuevo destino que le esperaba en un país desconocido.

Al llegar al día siguiente a la estación de Austerlitz, se encontró sola en el andén. Salvador que tenía que haber estado allí esperándola no estaba. Después de esperar un rato, se acercó a un taxi al que le enseñó las señas del hotel y que la condujo a destino. Dolores iba observando la ciudad por la ventanilla y estaba espantada por tanta inmensidad, tanto tumulto, tanto coche, tanta gente. Pasar de Belver a París era sentirse totalmente desfasada y a la vez maravillada y angustiada; era cambiar no sólo de espacio sino también. de tiempo como si hubiera dado un salto de casi la Edad Media al siglo XX. Pasar de un pueblo de Zamora a la ciudad de las luces, de una casa sin agua corriente a la modernidad de la capital. Sus ideas y sensaciones se mezclaban en su mente, todo aquello que le ocurría le parecía irreal.

Cuando se presentó en el hotel, el primero sorprendido fue Salvador que pensaba que llegaría a las once de la noche y no de la mañana, razón por la cual no había ido a buscarla a la estación.

Elgoibar . 13. Sepbre . 1904 15/ Burgos, Avil nº 1
Querida Beata y sobrinos. En primer lugar
gracias por las cartas que hoy de Salamanca por las cuales
me escribisteis sobre todo y las intenciones de irte y dejar
nos comunicas a nosotros y a mi una cosa de persona muy
mucha. En verdad es que yo mismo me voy a Zamora
para tener a mi familia y a mi familia y a mi familia y a mi familia
si es posible que se pueda solucionar algo pronto. Pero en fin
que queremos ir a Zamora en primer lugar y a mi familia
nuestros cosas. Comprendo que habreis pensado el que
yo me quedara en la tierra por no tener mucho trabajo
y como yo a mi trabajo y mi trabajo no es así por que he
tenido bastante otra vez que ahora se vive de otra manera
mas deprimido con mi trabajo y menos tiempo y a mi familia
si se tiene un sitio como yo tengo, pero ahora voy a ir
a una academia y no para un curso, sin que pierdas peso
de que me traigan a Zamora, pero aunque me traigan
me sacrifico de los gastos que tengo en una persona que
de la vez que a mi es que con la Beata y a mi familia

no puedo ir a Zamora a la Beata y a mi familia por que una vez
asi aqui me entretiene todo el dia, porque aqui por
gitar a la calle de tiempo de sero dominica. En las otras
de que yo salta a todas las cosas por la mañana y a la
tarde y a mi familia y a mi familia y a mi familia y a mi familia
ti. Yo voy que la Beata y a mi familia y a mi familia y a mi familia
quedan con la Beata y a mi familia y a mi familia y a mi familia
de la noche pueden quedarse sin ninguna cosa.
Yo me quedo al corriente de lo que voy a lo que
vamos, nosotros como siempre es de Zamora y a mi familia
fuerzas, y para ser de Zamora y a mi familia y a mi familia y a mi familia
nuestro querido sobrinos si tener el pasaporte o lo que sea
yo aqui con el pasaporte y para ir a Zamora y a mi familia y a mi familia
Haci que hasta la Beata y a mi familia y a mi familia y a mi familia
deben con el pasaporte y a mi familia y a mi familia y a mi familia
que yo me voy a Zamora y a mi familia y a mi familia y a mi familia
con el pasaporte y a mi familia y a mi familia y a mi familia

Tuvieron que buscar otro hotel porque en aquel no admitían a las parejas y a los pocos días encontraron una habitación individual, una “chambra”⁴, como se dice popularmente, en la rue Alfred Bruneau en París 16. Al ser el barrio más burgués de la capital, las ricas familias que allí residían empleaban sobre todo a emigrantes españoles con lo cual, la mayoría de éstos también vivían en dicho barrio, ya sea en casa de los patrones, ya sea en “chambras” o en porterías. Además, la proximidad de la Pompe era también una razón que incitaba a instalarse en esa zona.

La habitación que consiguieron, era, como lo he dicho, una de esas típicas “chambras” en la última planta de los inmuebles de estilo Haussmanniano⁵ que pertenecía a los patrones que habitaban unas plantas más abajo y que proporcionaban la vivienda a cambio del trabajo. Así fue como Dolores nada más llegar se volvió “bonne a tout faire”, es decir, criada en casa de esos burgueses a cambio de la habitación. Más adelante, pasó de “bonne a tout faire”

⁴ Entre los emigrantes se entendía por “chambra” las pequeñas habitaciones, en los grandes edificios parisinos, p. ej. bajo cubierta (N.E.).

⁵ Del boulevard Haussmann, arquitecto que remodeló París en el II Imperio (N.E.).

a “femme de ménage”⁶ en diferentes casas donde limpiaba por horas como en casa de Madame Crol. Tenía verdaderos deseos de integrarse y se inscribió en la Pompe a clases nocturnas de francés. Aprendió también rápidamente a situarse, ella que llegaba directamente de Belver, aunque al principio más de una vez lo pasó muy mal. En efecto, Pérez se contentaba con darle las direcciones de las patronas y la dejaba que se desarrollara sola. Cuando la primera vez le dijo que se había perdido y que había estado dando vueltas durante más de una hora hasta encontrar la casa, le contestó que así era de la manera que aprendía; y en efecto, aprendió.

En la Pompe habían hecho amistad con una chica de Zaragoza que iba mucho por allí, Pili, y que trabajaba en casa de Monsieur y Madame Balladur. Éstos necesitaban a una segunda persona para que ayudara en los oficios de la casa y cuando Pili le propuso a Dolores el puesto lo aceptó ya que proporcionaban la habitación por hora y media de trabajo al día. Esa “chambra” era la que le correspondía a Pili pero como ella dormía en el mismo piso que sus patronas, no la utilizaba. De ese modo, el 7 de diciembre de 1965, Dolores y Salvador se instalaron en la Avenue Bugeaud en casa de los Balladur sin percatarse en todo el tiempo que estuvieron allí que el patrón, Edouard Balladur era el Consejero Principal del futuro presidente, Georges Pompidou y él mismo futuro Primer Ministro.

Mientras Salvador iba a trabajar a la Pompe, a limpiar los cristales o a hacer “bricolos” antes de acudir al Fouquet’s, Dolores hacía el “ménage”, es decir, la limpieza, en casa de Balladur y otras casas del barrio donde trabajaba por horas. Recuerda uno de los primeros días de estar allí en que tuvo que limpiar la cafetera y como no sabía abrirla, fue el propio Señor Balladur quien le mostró el mecanismo. Guardan buen recuerdo de esa familia que siempre los trató con mucha consideración. Pero para Dolores era muy difícil estar tan lejos de sus hijos y a menudo lloraba cuando se acordaba de ellos. Su única obsesión fue entonces el traerlos cuanto antes y todos los días le insistía a su marido para ver cuándo se les podría ir a buscar. Salvador quería esperar un poco más e instalarse mejor porque la habitación donde estaban no era muy grande pero Dolores prefería vivir un poco estrechamente pero todos juntos. Por fin acabó por convencerlo y el 17 de diciembre de 1965 Salvador se fue para España a recuperar a los dos mayores ya que yo sólo tenía dos años y medio y no hubieran podido ocuparse de mí e ir a trabajar.

⁶ De chica para todo, a empleada de la limpieza (N.E.).



¡Qué fabuloso regalo de Navidad cuando Dolores acogió a Carmencita y Marianito el 24 de diciembre de 1965! ¡Por fin, estaban ya casi todos reunidos en aquella pequeña pero tan acogedora habitación!

Al empezar las clases en enero tras las vacaciones navideñas, Carmencita y Marianito integraron la escuela francesa en el mismo barrio. Si al principio no se enteraban de nada aparte de las matemáticas donde sacaban resultados excelentes por tener un nivel muchísimo más avanzado que el de los demás niños de su edad, no tardaron en integrarse y al cabo de un mes hablaban perfectamente francés. Después de clase, jugaban con los hijos de Balladur que tenían la misma edad que ellos. Al principio también todo les parecía raro, ver esas tiendas tan fabulosas, las golosinas en las panaderías y tantas cosas que no podían imaginar en Belver.

La vida seguía su curso entre el trabajo y la escuela de los niños. Dolores trabajaba en varias casas y estuvo yendo algún tiempo a casa de la famosa, pero una vez más sin saber de quién se trataba, Albina Bagnoux que le dio unos cuantos pares de zapatos magníficos con los cuales pudo presumir cuando regresó a Belver dejando a todos espantados por su elegancia.

Pero antes de eso, el 6 de mayo de 1966, se llevaron un susto tremendo ya que Marianito, al salir de casa, no vio un coche que pasaba por la calle a gran velocidad y lo pilló. Pegó un brinco de varios metros y cayó en el capó del Jaguar. Estuvo más de un mes escayolado en el hospital pero quedó a salvo.

Por otra parte, Marcelino, el hermano pequeño de Salvador, que había emigrado al País Vasco, al ver que su hermano estaba satisfecho de la vida en Francia quiso probar suerte y quiso venir también a París. Salvador aceptó ayudarlo y después de haberle encontrado un trabajo y una habitación, lo mandó venir en junio de 1966. Julia su mujer acudió en septiembre de ese mismo año.

Cuando llegó el verano y las vacaciones de agosto, regresaron todos a Belver y recuerdo el momento en que pasaron la puerta de la casa de mis abuelos. Mi tía Pepa me empezó a decir que fuera a darle un beso a Mamá pero yo me escondía con miedo detrás de ella porque no sabía de quién me estaba hablando; los había olvidado por completo.

En septiembre de 1966, aunque la situación seguía siendo la misma, es decir, el mismo trabajo y la misma vivienda, decidieron traerme con ellos. Acababa de cumplir tres años y ya podían meterme en la escuela para cuando ellos estuvieran trabajando. Así fue como regresamos juntos, los cinco, a París a la habitación de Balladur. Durante los ratos que no iba a clase, mi madre me llevaba con ella a trabajar a las diferentes casas o como mi padre no entraba al restaurante hasta las cinco también me quedaba con él una vez que otra.

Pili, llevaba ya cierto tiempo diciendo que estaba harta de trabajar en casa de Balladur y quería marcharse. Dolores, le rogaba que aguantara un poco más hasta que encontraran dónde alojarse porque marchándose ella, se quedaban sin la habitación. No hubo ruegos que valieran, en octubre de 1966, con el invierno a las puertas, Pili dimitió y nos encontramos en la calle. Al ser reemplazada por otra persona, esa señora necesitaba la habitación, con lo cual nos tuvimos que salir y sospechamos que Balladur nunca supo que nos íbamos sin tener otro sitio donde alojamos. De haberlo sabido, pensamos que



Marianito (7 años) Carmencita (9 años) Tiquí (2 años)

no nos hubiera dejado en la calle, pero nadie se atrevió a exponerle nuestra situación.

Mis padres encontraron un hotel en la Porte de Champerret, cosa que no fue fácil ya que éramos cinco personas. Ese hotel nos aceptó pero sólo para dormir, y el resto del día andábamos por la calle como vagabundos. Pili que fue la culpable de esa situación nos cerró su puerta, en cuanto a mis tíos, Julia y Marcelino, después de estar en París gracias a mis padres, también pusieron la disculpa de que no tenían sitio en su habitación para acogernos durante el día. Nos tocaba pues ir a la “Rompe” (*sic*) a que Pérez nos diera un vaso de leche caliente para soportar el frío y tener algún cobijo esperando la hora de poder entrar en el hotel. En ese plan anduvimos durante tres días. No había forma de encontrar vivienda, con tres hijos, nadie quería alquilarnos nada. Salvador llegó incluso al extremo de pensar regresar a España donde, por lo menos tenía un piso en Valladolid pero eso no solucionaría el problema del trabajo.

Finalmente, Pérez le expuso nuestra situación a una señora muy rica que iba por la Pompe, Madame Cardone, quien decidió dejarnos gratuitamente un apartamento que poseía en el Boulevard Flandrin. Se puede decir que esa señora nos salvó la vida y menos mal que existen personas de esas que a veces cruzan tu camino y te echan una mano. El apartamento era pequeño ya que sólo tenía una habitación y una cocina pero ¡qué a gusto se estaba allí con una buena calefacción! Madame Cardone no sólo nos prestaba su apartamento sino que además nos traía a menudo juguetes y tebeos de Tintín, ¡qué más podíamos pedir! Fueron casi tres meses muy agradables y allí pasamos las Navidades. Carmencita y Marianito iban a la escuela, mis padres a trabajar y yo me solía quedar con una vecina española, Goyita que me aficionó al dibujo. Recuerdo que bajábamos también a jugar al Square Lamartine que quedaba cerca de allí y donde se cogía agua de una fuente como en los pueblos.

Pero aquella situación era provisional, había que encontrar un alojamiento a toda costa. Mis padres no estaban enterados de las ayudas sociales, pensaban que había que ser francés con lo cual nunca se informaron en ese sentido, la única fuente de información que tenían era Pérez. Sin embargo, una vez más, por su mediación, les hablaron de un piso en Levallois-Perret al límite de París 17. Era grande y estaba muy bien pero el propietario pedía 550 francos por mes cuando Salvador ganaba 600. No obstante, no se lo pensaron dos veces y les pegaron la estafa del siglo. En efecto, el propietario exigió en efectivo diez mil francos de fianza y no les firmó el más mínimo papel. En aquella época, con esa cantidad hubieran tenido para comprarse un apartamento. Todos los ahorros que habían acumulado en dos años fueron entregados sin negociación posible. Marcelino le dijo a mi padre que él no hubiera dado ese dinero ni loco, mejor volver a España, en cuanto a Pérez, el

único que hubiera podido negociar algo con el propietario dijo que ese dinero le iba a venir bien a este último para irse de vacaciones.

El 30 de enero de 1967 nos instalábamos en ese piso sin un céntimo en los bolsillos. Menos mal que del restaurante Salvador traía las sobras de comida que nos permitía alimentarnos y como su salario pasaba íntegramente en el alquiler, optaron por alquilar dos habitaciones a huéspedes que nos mandaba Pérez. Eran españoles que acababan de llegar a París a buscar trabajo y en espera de instalarse, se alojaban en nuestra casa. Salvador, Dolores y Marianito dormían en el salón y Carmencita y yo en un pequeño cuarto. Hubo momentos en que teníamos hasta cinco hombres y por allí desfilaron en casi tres años todo tipo de energúmenos con cada cual su historia y vivencias. Con varios de ellos conservamos la amistad durante años como fue el caso de Roberto. Recuerdo a este hombre porque dibujaba muy bien y tenía una imaginación desbordante; con él construimos un nacimiento excepcional con todo tipo de detalles. A Dolores le tocó lavar a mano muchas sábanas ya que no podía permitirse el lujo de comprar una máquina de lavar y el trabajo era tanto más penoso cuanto que a veces llegamos a ser once o doce personas en casa.

Al estar ya algo lejos de la Pompe, dejamos de ir con tanta frecuencia, aunque los domingos los solíamos pasar allí. Siempre íbamos andando como para la mayoría de nuestros desplazamientos. En aquellos primeros años, nos recorrimos todo París a pie visitando todos los monumentos y lugares famosos. Mis padres tenían ese afán de visitar, algo bastante excepcional entre los emigrantes ya que sabemos de muchos que han regresado a España sin siquiera haber subido a la Torre Eiffel. Aunque estuvieran en Francia para trabajar, no era el único objetivo. En definitiva, su meta era vivir en mejores condiciones que hasta entonces y eso pasaba no sólo por una vivienda aceptable sino también por un enriquecimiento cultural. A Dolores le hubiera gustado seguir con las clases de francés pero al habernos alejado de la Pompe ya no era posible, sin contar que además, volvió a quedar embarazada. Esto fue una difícil prueba adicional ya que tuvo que acudir varias veces a los médicos sin entender lo que le decían y sin poderse expresar.

En noviembre de 1967 nació el cuarto hijo, Toñín. Como Salvador trabajaba de noche en el restaurante, a Dolores le tocó ir sola y como pudo hasta la clínica. Yo tenía cuatro años y no podía quedarme sola en casa, así, Carmencita, tuvo que ir a hablar con la directora de mi escuela para que me pudiera quedar en la cantina toda aquella semana. La situación económica no era excelente por entonces y Dolores con los cuatro hijos no podía trabajar tanto como antes sin embargo, supieron organizarse y acoger a todos, incluso a aquellos que les habían dado la espalda en momentos críticos. A Goyita, que sufrió una operación, la acogieron en casa durante su convalecencia cuando



seguían allí los huéspedes. Por si éramos pocos, Benito, el hermano de Dolores también quiso emigrar a París y como era recién llegado también lo tuvieron en casa viviendo cierto tiempo hasta que se instaló. Más que una casa parecía aquello un molino.

Al cabo de dos años, el jefe de cocina le propuso a Salvador el puesto de lavaplatos que estaba mejor remunerado. Le contestó que no le interesaba y que le diera la cuenta. El jefe le preguntó entonces si dimitía por haberle hecho esa proposición y Salvador lo tranquilizó diciéndole que se iba porque había encontrado otro trabajo. En efecto, el 7 de octubre de 1968 integró la Iglesia Americana en el 65 quai d'Orsay en París 7, hasta que se jubiló el

30 de mayo de 1992. Empezaron entonces para él los mejores años de su vida. Nunca soñó con tener un trabajo tan excelente; para él era el mejor puesto que existía en toda Francia. Lo contrataron bajo la cualificación de carpintero aunque luego hacía un poco de todo: pintar paredes, cambiar bombillas, poner cristales, en resumidas cuentas todo lo que concernía la manutención (sic)⁷.

La Iglesia Americana, era como la Pompe, un lugar de referencia para los americanos que llegaban a París pero por allí pasaba todo tipo de gente y de nacionalidades. Constaba el centro, aparte de la iglesia, de un teatro, un gimnasio, escuelas de párvulos, de Montessori o de Lenen School, acogía a grupos como alcohólicos anónimos, o el club de la edad de oro, etc. O sea que era a la vez centro cultural, religioso y de convivencia. Salvador se integró enseguida a la estructura y conocía a todas las personas que pasaban por allí con frecuencia. Su principal ocupación se volvió la charla. Nadie lo controlaba, tenía los horarios que le apetecían y trabajaba a su ritmo. Ocupaba un taller con buena calefacción en el sótano donde tenía su herramienta y donde se pasaba largas horas leyendo el periódico (gracias al cual entre otras cosas mejoró mucho el francés) o charlando con su mejor compañero, un ruso aristócrata que había huido de la revolución de 1917, Robert, que también era empleado de la Iglesia y que hacía como que trabajaba. De todos modos, no había nunca mucho que hacer aparte ir a llevar el correo todos los días a la

⁷ Por mantenimiento (N.E.).

oficina de correos que finalmente era una buena ocasión de ir a dar un paseo y seguir conversando con los comerciantes del barrio. ¡Por fin podía echarse a la buena vida!

La Iglesia Americana, aparte de darle un sueldo a mi padre, parecía una caverna de Alí Baba. En efecto, al estar situada en un barrio rico, mucha gente llevaba ropa y todo tipo de objetos que ya no quería y que las más de las veces acababan en la basura y raro era el día que Salvador no traía algo: juguetes, vajilla, bolígrafos, objetos decorativos. La mayoría de los días, en cuanto llegaba a casa lo primero que le preguntábamos era qué había traído. La cantidad de kilos de hojas de papel que pudo traer es incalculable, hojas de todos los colores que personalmente me permitieron desarrollar mi creatividad. Y lo que más nos gustaba era cuando por Navidad, el Pastor invitaba a todos los empleados con sus familias a una cena en su maravilloso piso. Cantaban villancicos en inglés, nos daban regalos y pasábamos una noche muy agradable.

Además, en su trabajo, Salvador conoció a verdaderas amistades entre sus compañeros como la secretaria Georgette o Monsieur Robert, en la foto que inserto.

Cuando Salvador se jubiló en 1992, la Iglesia organizó una ceremonia para rendirle homenaje por los servicios prestados pero sobre todo, a quien quiso valorar el Pastor en su discurso fue al emigrante identificándolo con todos esos europeos que un día emigraron a Estados Unidos para buscar una vida mejor y mostrando que Salvador había hecho lo mismo armándose de valor. Para el Pastor eso era realmente digno de señalar porque no toda la gente tiene esa capacidad. Aquel día fue muy emocionante para todos.

Pero volvamos al curso del relato, es decir, a finales de los 60. Pasaron varios años sin regresar a Belver porque Toñín era pequeño y el viaje largo y cansado, en aquellos tiempos nos tirábamos 24 horas de viaje en trenes con asientos de madera, con trasbordos en estaciones donde pasábamos horas y horas para después coger trenes en España que iban a paso tortuga y en los cuales venía además el revisor pidiendo un suplemento por exceso de velocidad. De ese modo, los acontecimientos del 68 los vivimos en París, sin metro y con huelgas en todos los sectores. Al año siguiente tampoco fuimos de vacaciones porque Salvador se accidentó. Recuerdo que el 31 de julio de 1969 estábamos en casa con mi madre y un policía se presentó avisándonos que mi padre había tenido un accidente en el trabajo y lo habían llevado al hospital. Se encontraba subido en una especie de andamio de mala muerte en el gimnasio de la Iglesia para pintar el techo y con su peso, la viga no resistió y se cayó desde 4 metros de altura. Estuvo inmovilizado todo el verano en el hospital Laennec que quedaba bastante lejos de casa. Mi madre iba a verlo

todos los días después del trabajo y mi hermana se quedaba con nosotros pasando los días enteros en el parque que acabamos odiando.

Thomas E. Duggan
pastor
Richard N. Sommers
associate pastor
Fred Gramann
director of music
Bob Bishop
director of
community outreach



the
American Church in Paris

65, quai d'Orsay 75007 Paris - tél. (1) 47050799

le 14 mai, 1992

M. Jose Garcia
c/o The American Church in Paris
65, Quai d'Orsay
75007 Paris

Cher M. Garcia,

Au nom des fidèles de l'Eglise Américaine, du conseil d'administration, des pasteurs présents et passés aussi bien que de leurs collègues professionnels, nous vous saluons et vous remercions de votre service à notre église qui a duré plus que vingt ans.

On voit les traces de vos efforts partout, dans le bon entretien de nos immeubles, dans les murs que vous avez peints et restaurés plusieurs fois, dans la menuiserie que vous avez faite.

Vous avez toujours accompli vos tâches avec le sourire et vous avez supporté avec bonne humeur les pasteurs et leur familles qui ne parlent pas toujours un français impeccable.

Vous êtes venu en France pour obtenir une vie meilleure pour votre famille. Tous nos ancêtres américains ont fait la même chose. Nous sentons un lien commun dans la poursuite de ce rêve, un rêve que vous avez si bien réalisé.

Nous vous souhaitons une excellente santé et bonne chance pour vous et votre famille pour votre retraite. Nous avons beaucoup apprécié votre collaboration durant toutes ces années.

Veillez agréer, cher M. Garcia, l'expression de nos sentiments les meilleurs.


Thomas Duggan
pasteur


John Chambers
modérateur

Sólo fue en 1970 cuando mis padres se enteraron que existían subsidios para familias numerosas, incluso de extranjeros, y ayuda para pagar el alquiler de la casa. Empezamos pues a cobrar el subsidio familiar y eso nos permitió separarnos de los huéspedes, quedando toda la casa para nosotros. Hubieran podido optar como la mayoría de los españoles por vivir en "chambras" con el agua en el pasillo y el váter común o en una portería todos amontonados pero decidieron darnos un alojamiento correcto aunque tuvieran que pagarlo.

Y con eso de que teníamos piso grande, como lo dije antes, era la casa del trueque, los domingos siempre teníamos invitados. La mayoría eran zamoranos ya que los emigrantes suelen juntarse con los suyos, los paisanos, aunque también venían españoles de otras provincias con los cuales se habían desarrollado lazos de amistad. Entre los zamoranos, cabe citar a Ángel Palacios y Tino Mangas, de El Perdigón y Sanzoles, respectivamente, de los que ya hablé, Taurino, de Pajares de la Lampreana, Gratignano, de Cañizo, Fidel Martín, de El Perdigón, Melquiades



M. Robert y Salvador.

y Andrea de Villárdiga, Gregorio y Donato Flechilla, de Pobladura y Justo y Eufrasio, de Villalpando. Éstos formaron parte de la primera oleada de emigración en los años 1950 que se concentró en el famoso barrio de La Plaine Saint Denis o la Calle Cristino García. La verdad es que zamoranos siempre ha habido muy pocos en París, predominando gallegos y andaluces, así, en cuanto mis padres conocían a algún zamorano, automáticamente entablaban una amistad más intensa que con otros españoles, aunque, repito, también tenían otras amistades. Esa era la vida social que combinábamos con las visitas de la capital o las idas a la Pompe. Más adelante, integramos las asociaciones de emigrantes españoles y empezamos a participar en las actividades educativas y culturales. Salvador fue incluso algún tiempo tesorero de la asociación de nuestro barrio. Mi hermano menor y yo asistíamos a las clases de lengua y cultura españolas los miércoles y sábados por la tarde ya que el resto de la semana íbamos a la escuela francesa, y obtuvimos así el “Graduado Escolar”, aunque a decir verdad, esas clases de español eran más un momento de recreo que de estudio.

Los años difíciles quedaban ya atrás. Mis padres habían realizado vanas inversiones en Valladolid. En 1979 instalaron el teléfono y compraron el primer piso en París. Mis hermanos mayores empezaron a viajar por el mundo entero e integraron la universidad francesa después de haber realizado toda su escolaridad en el colegio español, el “Liceo” como lo llamábamos. En efecto, al llegar a Francia, mis padres los metieron inmediatamente en la escuela francesa para que aprendieran francés rápidamente y se integraran pero, el Hermano Pérez les aconsejó que los metieran en el colegio español que estaba ubicado en la Pompe y eso hicieron. Coincidió además que nada más mudarnos a Levallois, trasladaron el Liceo a Neuilly y como lo teníamos a un cuarto de hora andando de casa, allí siguieron. De modo que, cuando terminaron la



escolaridad, habían sido los alumnos que más tiempo habían estado en el Liceo ya que se quedaron desde párvulos hasta C.O.U. (los demás alumnos, o abandonaban los estudios o regresaban a España). Después de selectividad, mi hermana entró en la Sorbona a estudiar Filología española y francesa (hoy es catedrática) y mi hermano estudió Historia y Filología española (hoy es catedrático e historiador en el equivalente del CESIC).

En cuanto a mí, como cuando llegamos a Levallois sólo tenía cuatro años y no había estructura para mí en el colegio español, entré en la escuela francesa pero integré el Liceo en 1.º de B.U.P. después de haber obtenido el

Graduado Escolar gracias a las clases de la Asociación.

Puedo decir que guardo un excelente recuerdo de esos años en el Liceo español ya que el ambiente era totalmente diferente del de la escuela francesa. Estábamos entre “nosotros”, éramos todos (aparte alguna excepción de hijos de diplomáticos) hijos de emigrantes y vivíamos las mismas cosas, nos comprendíamos, no había discriminación. Sin embargo, esto cambió el último año de estar allí (en C.O.U.) ya que, aparentemente, con el descenso de emigración y el retorno de muchos españoles, ya no había suficientes alumnos, con lo cual, sospecho que hubo alguna campaña publicitaria para atraer a alumnos de España. Así, aquel año, se nos llenó la clase de hijas de papá que no se mezclaron mucho con los que llevábamos allí años. Aparte de las clases, a menudo organizábamos guateques en el comedor los sábados por la tarde y por Navidad presentábamos un espectáculo ¡Me lo pasaba bomba! Hicimos también varios viajes: Grecia, Venecia... Quisiera decir unas palabras sobre los pobres profesores de francés para quienes el trabajo no era fácil ya que, eran enviados por España donde habían aprendido el idioma pero, como lo hablábamos muchísimo mejor que ellos, la clases eran una verdadera juega.

Después del Liceo la inmensa mayoría de mis compañeros regresaron a España para seguir allí los estudios y de esa manera, perdí de vista a muchos amigos. Mi padre, para quien Francia era el paraíso sobre la tierra, no veía bien que los españoles marcharan a España ya que estaba convencido que el nivel de estudios francés era mucho mejor que el español y que a la hora de encontrar trabajo había muchas más oportunidades en Francia. Así, a ninguno

se nos pasó por la imaginación el volver a España. Integré, pues, también la universidad francesa donde estudié filología española, francesa y traductología⁸. Hoy día también soy catedrática. En cuanto a mi hermano menor, estudió comercio y actualmente es funcionario en el ministerio de la cultura. No obstante, a pesar de nuestra perfecta integración en la sociedad francesa (mi hermano mayor está incluso casado con una francesa de pura cepa y todos los nietos de Salvador y Dolores llevan ya nombres franceses) no por ello hemos olvidado nuestra cultura y nuestras raíces y nos gusta volver con frecuencia a España y particularmente a Belver. Además, por medio de nuestros oficios de enseñanza de la lengua y civilización españolas, estamos en contacto permanente con nuestra segunda cultura a cuya expansión contribuimos.

EPÍLOGO

Hoy día mis padres, gracias a un gusto pronunciado por los viajes y por la sed de conocimientos tienen recorrido medio mundo (Egipto, Israel, la Unión Soviética, Cuba, Chile, México y prácticamente toda Europa). ¡Quién iba a decirle a Dolores aquel día que tomó el tren por primera vez en Valladolid, a los 37 años, iba a recorrer el mundo en avión!

Contrariamente a la inmensa mayoría de los emigrantes que salen de su país para ganar dinero y retomar a su tierra, la meta de mis padres no fue nunca esa. Lo que buscaron desde un principio fue mejorar sus condiciones de vida y adaptarse a ese nuevo lugar y no estar malviviendo en “chambras” para un eventual e improbable regreso en el momento de la jubilación. Gracias a ese espíritu y a la buena gestión que tenían, nunca faltamos de nada y pudimos llevar una vida totalmente normal y equilibrada.

Cuando salieron por primera vez de Belver, primero Salvador, y luego Dolores, tenían un único objetivo: ganarse la vida modestamente y tener un techo bajo el cual cobijarse. Dicho objetivo no sólo lo han conseguido sino que lo han multiplicado sobrepasando así los sueños más imposibles que hubieran podido tener en su infancia. Sé que aparte del aspecto material, lo que más les enorgullece son los grandes estudios que hemos realizado, pero si por esas carreras nos admiran, yo los admiro más aún por el recorrido que han efectuado y el ver dónde han llegado y quisiera agradecer el Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa por haberme dado la oportunidad de rendirles este homenaje.

⁸ La autora debe referirse a la titulación que en España recibe el nombre de Traducción e Interpretación (N.E.).

TERCER PREMIO –I–

Desde León, cuatro generaciones de emigrantes

Felicitas Navarro Pérez

HISTORIAS DE MI HISTORIA

Aunque nací en la ciudad de Barcelona, el comienzo de mi historia se inicia en León, más precisamente en la hermosa Villafranca del Bierzo, donde opulentas casas blasonadas ostentaban sus escudos ancestrales, ubicándose en forma alineada y prolija a un lado y a otro de sus calles empedradas. Se iniciaban todas en la iglesia. No eran muchas, pero al verlas se tenía la sensación de que allí habitaba la nobleza, por lo menos buena parte del año.

En 1904, por esas cosas del destino, llegó mi abuelo. Se encontraba trabajando en las cercanías con su padre en las obras de construcción del puente nuevo y la carretera. Ambos eran maestros de obras, los habían contratado en Alicante por sus buenas referencias en trabajos de construcción. Era joven y quiso conocer las fiestas patronales que tenían tanta fama en ese tiempo. Sus ojos azules se encontraron con los castaños de Felicitas, que desprendían chispitas de miel, una joven de apenas 15 años. El amor brotó de inmediato entre los dos, enmarañando planes y destinos preparados por otros, que se estrellaron haciéndose añicos. Cuando doña Eloísa abrió con prestanda la gran caja que había llegado desde Cuba, conteniendo los famosos habanos a los que por encargo les habían hecho poner en su anillo las iniciales entrelazadas: F C y donde un poco más abajo resaltaba en negro: 6 de marzo de 1905, no se imaginaba lo que estaba por ocurrir.

Ella se sentía feliz, faltaban meses apenas para la boda de su hija con nada menos que el hijo del dueño de uno de los más importantes astilleros de

Vigo. Pero el amor pudo más y ganó todas las batallas que fueron feroces y en las que se produjeron heridas nunca reparadas. Doña Eloísa luchó con todas las armas que podía tener en sus manos. Hasta que el día que recibió la visita de Paco y su padre para pedir oficialmente la mano de Felicitas y que se anulase el compromiso previo, le dijo como última estocada: Le daré la mano de mi hija, pero sepa que no tendrá ninguna dote de mi parte, no recibirá herencia del cortijo ni de las tierras y es más ¡se la daré desnuda!... –¡Pues es así es como me gustan las mujeres!, dijo mi abuelo con tono pícaro. Al decirlas no se imaginaron nunca que estas frases quedarían hasta hoy en la memoria de todos sus descendientes.

Felicitas Carballo Álvarez se casó muy discretamente con Francisco Navarro López ante el altar de la Iglesia del Bierzo. Sus testigos: fueron José (el padre de mi abuelo) y Eloisa (la disgustada madre de mi abuela), que se vistió de negro de pies a cabeza porque hizo saber que su hija había muerto para ella desde esos momentos. El feliz matrimonio viajó en un carruaje alquilado a Ponferrada instalándose en uno de los mejores hoteles de su tiempo.

Ya era noche cuando llegaron, pero una tienda les abrió sus puertas para que la novia comprase su camisón de bodas, varias mudas de ropa interior y ropa moderna de abrigo para el invierno que se aproximaba, botas y cómodos zapatos. Su vestido de lanilla verde con su chal marfil, junto a todas las prendas restantes que usó el día que salió de su casa para casarse, fueron puestas en una caja con una nota de puño y letra de mi abuelo con la dirección de su suegra. Cuando doña Elisa la abrió, sin sospechar su interior, encontró la ropa de su hija con una nota: “*desnuda es como me la he llevado*”.

Paco madrugaba mucho para ir hasta su trabajo que ya estaba finalizando y la nueva señora Navarro paseaba por las calles de la ciudad mirando tiendas, o admirando las hermosas iglesias de la Virgen de la Encina y Santo Tomás de las Ollas. Oyendo misa y comulgando. Se sentía en paz con Dios y con el mundo, pero no trataba de pensar en su madre, ni en su hermana para no perder esa felicidad que le brotaba en la piel como en su propio nombre. No había pasado un mes desde que se casaron cuando Paco, caminando por el castillo templario que está en la cima de la antigua ciudad le dijo que un importante trabajo había surgido en las cercanías de la ciudad de Trabazos, en Zamora. Era la construcción de puente internacional que uniría España con Portugal.

–¿Te adaptarás a esa ciudad nueva? Está muy lejos del Bierzo. –¿Dónde puedo estar mejor que a tu lado? Contesto ciñéndolo del cuello. Así quedaron abrazados mirando como se ponía el sol en el valle tiñéndolo de rojo.

Para colocar la ropa de ambos compraron, en una tienda de Ponferrada, un hermoso baúl, que viajó desde ese momento por toda España y dos veces a Argentina. Un baúl que acompañó mi infancia y aún está guardando mi historia. En Trabazos alquilaron una casa bastante grande y compraron los muebles

correspondientes. Allí estrenaron la primera de las cinco camas matrimoniales que tuvieron en su vida.

A los dos años el cielo les dio el primer hijo. Fue varón y su nombre José como el padre de Paco. Al año llegaba una niña: Magdalena, el nombre de la madre de Paco. En 1909 viajaron a Altea, donde vivían las hermanas y hermano de mi abuelo y su padre que se encontraba muy enfermo. Allí nació su tercera hija: Felicitas, aunque le hubiese correspondido el nombre de Eloísa. Pero la herida había sido muy profunda, tan profunda que ninguno de los 17 hijos llevó nombres de la familia materna.

Otro trabajo los trasladó al año siguiente a Ponferrada. Otra vez estaban cerca¹ del Bierzo.

Felicitas sentía el olor de su infancia y una renovada ilusión se adentró en ella. Pero no se atrevió a ir a la casa de su madre ni tampoco a recorrer el pueblo. Su segundo varón nació allí y llevó el nombre de su padre. En 1913 se trasladaron a Periana, en Málaga. Allí Felicitas sufrió su primera gran pérdida cuando a causa del sarampión muere su hijo Paco. Días después en un parto adelantado nace una niña que llaman Milagros por la forma que pudo superar las complicaciones. Un nuevo embarazo y otro varón al que nuevamente le ponen el nombre de Paco. Felicitas recordaba al otro que había muerto y no podía aceptarlo. Solo la paciencia y constancia de su esposo poniéndoselo en el pecho cuando ya no podía más de hambre, logró que fuese conociéndolo y admitiéndolo con lágrimas en los ojos, al ver como ese hijo se aferraba a su pezón como lo hacía a la vida misma. Ese Paco fue mi padre, nacido en Periana un 14 de noviembre de 1914.

Pasaba el tiempo y nacían hijos, otros morían. Era la selección de la especie. No había antibióticos ni vacunas. Felicitas fue haciéndose fuerte con las pérdidas, aprendiendo que la vida da pero quita o tal vez quita pero da. Viviendo en Periana fue que recibieron un domingo la visita de doña Eloísa con su hija Bárbara y el novio de ésta, que era joyero. Felicitas quedó impactada sin poder reaccionar, pero su hermana Bárbara ya hecha toda una mujer la abrazó con amor. ¡Habían trascurrido tantos años! –Venimos a hablar de negocios con tu marido, dijo Eloísa muy fríamente dándole dos besos en las mejillas. Cuando Paco llegó a la sala ya habían tomado asiento. El joyero se puso de pie y lo saludó extendiendo la mano, Bárbara le dio un beso, pero doña Eloísa se quedó en su lugar sin hacer ningún gesto de cortesía.

Hemos venido solamente por negocios, dijo en forma autoritaria. Pensamos irnos los tres a vivir a Cuba y quisiera que me compraras la casa de Villafranca y el cortijo. Tiene varios toros buenos y de mucho valor. Te lo

¹ La ciudad de Ponferrada, León, es la capital de la comarca de El Bierzo (N.E.).

dejaría todo muy barato, sé que tienes dinero y te sería muy fácil comprarlo. –¡Pues mire usted lo que son las cosas!... no me apetece comprar ni la casa ni el cortijo, y menos sabiendo que es suyo. El joyero se movió nervioso en la silla. Notaba el mal humor del dueño de casa. –¡Es que te estoy ofreciendo un muy buen negocio!, ¿no te das cuenta? Quisiera que mis tierras se quedaran en la familia.

–Creo que la que no se da cuenta es usted, se vistió de negro el día de nuestro casamiento, nunca se interesó por ningún nieto ¿y ahora viene a decirme que le gustaría que sus tierras quedaran en su familia?... ¿de qué familia me habla? ¿No creo entenderla?

Felicitas sabía que su esposo tenía toda la razón, pero frente a ella estaba su madre y su corazón de hija, aunque lacerado por la indiferencia, ya la había perdonado hacía tiempo. Doña Eloísa se puso de pié pero aún sabiendo que perdía otra batalla frente a ese hombre le dijo a su hija: –¡Es tu casa y son tus tierras!... ¿Tu opinión no vale para este hombre? –Mi marido sabe lo que debe hacerse, yo apoyo su decisión.

Dos años después se trasladó toda la familia al pueblo de Altea, a orillas del Mediterráneo, donde estaba toda la familia de mi abuelo y donde nacerían el resto de los hijos. Felicitas lloraba en silencio añorando su verde Bierzo, sus senderos de bosques con sus flores de brezos, sus encinas, salgueiras y madroños, y más aún, a su primer hijo que habitaba en una tierra lejana y salvaje, llena de indios y desiertos, de peligros y olvido. El día que Paco le dijo su idea de viajar para verlo, a ella se le iluminaron los ojos marrones. –¡Ve por Dios... ve y mira como vive! Sus cartas tardan mucho en llegar y cada vez son más cortas. Sé que no puede volver porque se ha convertido en un desertor, pero está vivo y eso es lo que cuenta. Mi abuelo marchó en 1925 hacia Argentina con mi padre y que tenía sólo 12 años de edad. Mi abuela quedó en Altea esperando el regreso. Tres de sus hombres habían marchado a esa tierra y solo pedía al cielo poder volver a verlos.

José se había quedado viviendo en el pueblo de Coronel Dorrego, en plena pampa. Allí trabajaba en la cosecha de trigo, en la esquila de ovejas, en todo trabajo que se le presentara. Era fuerte como un roble. Se hizo amigo por igual de gauchos, indios, españoles e italianos. Mi abuela colocaba la ropa de su marido y su hijo en ese baúl comprado en Ponferrada, hecho con maderas de su Bierzo, pensando en todo lo que había recorrido y contenido hasta ese momento. Ahora debería viajar a una tierra desconocida. Colocó también flores de lavanda y cáscaras de naranjas secas por si alguna mariposa de polilla se atrevía a querer invadirlo y sobre todo para que cuando abrieran su tapa la recordaran por su perfume.

Luego de 45 días de viaje en el vapor “Infanta de Barbón”, desembarcaron en el puerto de Buenos Aires el 23 de diciembre de 1925. El documento

que se adjunta, expedido por el ministerio del Interior, da fe de la llegada de mi padre:

**REPUBLICA ARGENTINA
MINISTERIO DEL INTERIOR
DIRECCION NACIONAL DE MIGRACIONES**

**CERTIFICADO
VALIDO PARA
MIGRACIONES**

CERTIFICADO Nº **J47555**

Buenos Aires 26 de Octubre de 1923.

El (1) 23 de Octubre 1923 se encuentra registrada la
llegada al país, en el (2) aviso "La Santa Isabel de Borbon"
del (3) Francisco Novaro Español
edad (4) 28 años (5) soltero, inscripto en 3.ª clase
bajo el Nº 10.5 y clasificado como Emigrante

El presente certificado se extiende a pedido de Francisco
Novaro (6) N.º 33.669
expedido por Cons. de R. P. A. y al solo efecto de ser presento
para trámites de sublección

Observaciones:

F. N.
A. T.
Delgado

Amalia

AMALIA DEL PUERTO ALZUGARAY
DIVISION REGISTROS Y CERTIFICACIONES
DIREC. NAC. MIGRACIONES

Solicitud Nº J4755

(1) Fecha de llegada
(2) Tipo y nombre del medio de transporte
(3) Nombre y apellido del pasajero y nacionalidad
(4) Edad o fecha de nacimiento
(5) Estado civil

Para llegar al pueblo donde estaba mi tío José, tuvieron que tomar un tren que los llevaría al centro de la provincia, una llanura fértil que los indios llamaban *pampa*. Mientras esperaban en la estación de Retiro de Buenos Aires, mi abuelo le confirmó a su hijo mayor la llegada, enviándole un telegrama. Mi padre sentado sobre el baúl vigilaba atento el equipaje.

Cuando llegaron al pueblo, José estaba de pie en el andén. Mi abuelo bajó rápidamente y lo abrazó en un largo silencio. Mi padre esperaba nervioso el turno del recuento. Por fin se abrazaron los hermanos. —¡Qué grande estás!, dijo José mirándolo de pies a cabeza, y Paco sintió que le crecían alas... era lo mejor que podía decirle aquel hermano que tanto quería y que para verlo habían atravesado un océano.



La fotografía, de 1916, muestra a mi abuela Felicitas rodeada por sus hijos: José y Paca en su lado derecho; Magdalena y Milagros en el izquierdo y el padre de la autora tomado de su mano.

Pero cuando mi abuelo comprobó el lugar donde vivía, en las compañías que estaba, al ver que el dinero de su trabajo se lo jugaba entero a las cartas en una taberna (llamada boliche), pretendió poner riendas y enderezar su vida. Le propuso ir a trabajar en la construcción de unas bodegas en la ciudad de Cinco Saltos, al sur del país. —¡Estás muy equivocado padre, soy un hombre y haré la vida que quiera! Has sido tú el que me envió aquí y yo he elegido este lugar para quedarme. Viajaron los dos Pacos al sur. Allí mi abuelo dejó su obra: bodegas, acequias, diques. Cuatro años ininterrumpidos de esfuerzo y tesón, el envió de dinero para que nada faltase a la familia de España.

Mi padre concurría a la escuela pública y era el encargado de hacerle la cena a su padre, pues las demás comidas las hacían en la casa de sus amigos y compatriotas Ferrer. Mi abuelo no se quedó tranquilo, entrevistó y envió cartas de personas influyentes a la embajada de España en Buenos Aires para lograr el perdón para que su hijo José² pudiese volver a su patria. Todo fue en

² José, según relata la autora, desertó del ejército en la Guerra de Marruecos (N.E.).

vano. Volvieron solos los dos Pacos después de 4 años. Por razones tan inexplicables como extrañas, volvieron en el mismo vapor que los había traído.

José los despidió en el puerto de Buenos Aires, era un joven apuesto, su hermano un adolescente que lo admiraba y su padre un hombre que estaba dejando una parte de su alma en ese muelle. A su regreso tres hijos más nacieron en Altea del matrimonio Navarro-Carballo, de los cuales ninguno lograría conocer a su hermano mayor.

La vida fue transcurriendo y los sucesos dándose. Mi tía Magdalena se casó con un hombre que la llevó a Argentina, más exactamente a Coronel Dorrego donde se encontró con su hermano José que ya estaba casado. Más años... y la llegada de la Guerra Civil. Mi padre se fue de voluntario a luchar por sus ideales republicanos. Al término de la guerra es llevado a un campo de concentración, luego de un año y por el milagro de conocer al Jefe del Campo de Unamuno, lo liberan (pero esa es otra historia aparte). Mi abuelo fue puesto por su edad, en una cárcel en Alicante de donde salió en 1942 para morir seis meses después.

La pos-guerra y el sufrimiento de una familia tildada de “roja” en ese pequeño pueblo mediterráneo, fue increíble. Mi padre era acosado continuamente y detenido por cualquier suceso, del que lo suponían sospechoso, hasta que se aclaraba que no tenía nada que ver y volvían a dejarlo en libertad. Su trabajo, ya que no podía desarrollar su oficio, consistía en llevar el pescado que le daban los pescadores en el puer-



José despidió a los Pacos en el puerto de Buenos Aires.



1947. La fotografía muestra a mi abuela cuando visita Barcelona para el casamiento de mis padres. Junto a ella, mi tío Manolo; a su lado mi madre con mi padre.



1966. El padre de la autora, en el centro, compartiendo la mesa con su madre, sus hermanos y sobrinos.

to, cruzar la sierra de Bernia para llegar al pueblo de Gandía donde lo cambiaba por arroz o aceite. Con él iba siempre mi tía Paca, pues la tía Milagros era muy débil, y los demás hermanos demasiados pequeños.

Dejándole a su madre hasta su última moneda y cansado de tanta injusticia, decide irse a un lugar grande donde necesitaran de sus brazos fuertes y de sus conocimientos en la construcción para la reconstrucción de su país. Como estaba enamorado de mi madre y ella vivía en Barcelona, se decidió por esa ciudad.

Allí se casan en 1947 y a los dos años llego yo al mundo. A un mundo lleno de amor donde era el centro de ese universo. Abuelas, abuelo materno, tías y tíos y yo la única niña. Trabajaba en el Monte Pío como picapedrero, era muy querido por compañeros y encargados de personal. Pero la empresa, al pedir sus papeles al pueblo de Altea, comprueba que en estos había un sello con la palabra “rojo”. Mi padre pierde así su trabajo y le niegan la oportunidad de trabajar en lo suyo y en su país. A su cargo tenía la familia de Altea, que lo tenía como único sustento, y a nosotras. Mi madre cosía para afuera, pero así y todo las cosas iban de mal en peor. Se dedicó al estraperlo, compraba en los barcos: leche condensada, café, cigarrillos, azúcar y lo revendía por las calles. Era un trabajo riesgoso (*sic*) que cada vez se tornaba más y más peligroso. Así fue que mis padres se decidieron a ir a Argentina. Allí estaban José y Magdalena, los hermanos mayores de mi padre, allí podrían trabajar y hacer *la América*, como se decía, y volver con dinero para vivir felices por siempre como en los finales de los cuentos.

Mi abuela Felicitas lloraba en silencio, le suplicaba a mi padre: –¡Hijo mío, tú también me abandonas! José y Magdalena se han ido y no los he vuelto a ver, no conozco a sus hijos, sólo veo sus caras por fotografías. Tú harás lo mismo. –No madre, yo volveré se lo juro. –No jures... sólo déjame a tu hija y así sabré que volverás. No puedes llevarte también la única nieta que conozco. Pero nos fuimos, y allí quedó mi abuela castellana, la que nunca pudo incorporar el idioma valenciano, la que hablaba el castellano castizo con mucha dulzura.

Subimos al barco un 11 de febrero de 1952 del puerto de Barcelona donde solo había lágrimas y promesas de volver. Con nosotros viajaba mi tío Manolo (Manuel), que también tenía la esperanza de “*hacer la América*” y volver. En el barco, los camarotes eran para varias personas, es por eso que los hombres dormían separados de las mujeres. Si tenían niños pequeños estaban con sus madres, los varones hasta 10 años. Pero si tenían más edad dormían con sus padres en los camarotes de hombres.

Yo contraí sarampión y la mayoría del viaje estuve en la enfermería junto con mi madre que me cuidaba día y noche.

Al llegar al puerto de Buenos Aires, para pasar por la tramitación de inmigración, me llevaba mi padre en los brazos cubriéndome las piernas con una manta. Esto fue lo que le aconsejaron los médicos de abordaje, de otro modo nos pondrían en cuarentena. Gracias a Dios todo salió bien y pudimos encontrarnos con mi tío Jaime (marido de mi tía Magdalena), que era el que nos había tramitado la “Carta de llamada”, sin la cual una familia republicana no podía entrar en este país por decreto del entonces presidente Juan Domingo Perón.

Cuando recuperamos todo el equipaje, el viejo baúl (que había vuelto a cruzar el Atlántico por tercera vez), maletas, cajas de madera con la vajilla, colchones, arrollados, etc., nos dirigimos en un camión alquilado por mi tío hasta la estación de trenes llamada Retiro. Allí, tras varias horas de espera, tomamos el tren que nos llevaría a nuestro destino final: el pueblo de Coronel Dorrego.

Luego de un agotador viaje, ya que febrero en Argentina es uno de los meses de mayor temperatura del verano, el tren se detuvo en la misma estación que se habían encontrado mi tío y mi padre muchos años antes. Allí se volvieron a abrazar. Mi tío Manolo que no conocía a su hermano José le abrió los brazos... ¡Tenía tantas ganas de abrazar aquel hermano del que tanto hablaba su madre!... Pero José no sentía igual, para él solo era un joven desconocido y le estiró la mano como saludo.



Año 1966. Mi padre viaja con mi hermano para ver a su madre.
Foto en la cubierta del barco.



Año 1966. El padre y la abuela de la autora; reencuentro después de 14 años.

Mi padre enviaba mensualmente una suma de dinero para su madre y sus hermanos, el cambio del peso argentino de aquel entonces favorecía mucho a los que lo recibían. Recuerdo que cada vez que volvía del correo desde donde enviaba el giro, sus ojos tenían un brillo distinto. Ponía en una caja de zapatos el recibo con gran emoción y la guardaba sobre el ropero como un tesoro secreto. Pensaría lo mucho que lo necesitaban y con cuantas ansias esperarían ese dinero.

En esta ciudad, nació mi hermano que como era sabido le pusieron el clásico nombre de familia: Paco (Francisco) y aquí vivimos, siempre pensando, imaginando y planeando volver. Las cartas y fotografías que iban y venían nos conectaban a través del

Atlántico. En el patio de la casa que hizo mi padre para vivir nosotros, moldeó dos grandes macetas de cemento. En una grabó la palabra “Altea” y en la otra “me voy”. Aún están en pie, indicando la imperiosa necesidad de ese emigrante de volver a su tierra.

Mi hermano, como era argentino, siempre se llevó bien con sus compañeros de colegio. En cambio yo puedo decir que fui discriminada muchas veces. Mis propios compañeros y muchos de mis maestros tomaban mi nombre como motivo de burla, mis dos apellidos, otro. Aquí se ponía solo el del padre. Cuando se celebraban las fechas de la independencia de este país con España, o de alguna batalla entre los dos países, todas las miradas se dirigían a mí. ¡Cuántas veces me hubiese querido desvanecer en el aire! Pero luego venía el 12 de octubre con Colón y eso me elevaba un poco la autoestima, ya que, gracias a ese marinero, mi patria en ese día era mejor mirada. También estaba el idioma, pues mis padres hablaban en casa el valenciano o el catalán, haciendo que muchas veces mi mente me traicionara y dijera alguna palabra nuestra frente a la clase o en los juegos. La pronunciación: aquí la c no tiene diferencia con la s, y la “ll” se pronuncia como “y”. Todo era motivo de guasa, en las tiendas veía con dolor cómo se burlaban de mi madre, y cómo ella los enfrentaba con altura haciéndoles ver, a veces, su propia ignorancia.

Nos agrupábamos los emigrantes españoles en fiestas, en reuniones, en eventos. En una Asociación Española de Socorros Mutuos que habían fundado

un grupo de emigrantes españoles muchos años antes. Allí estábamos: gallegos, asturianos, vascos, valencianos, leoneses, andaluces. Allí estaba nuestra bandera que nos unía, allí no habían burlas por palabras mal pronunciadas ni por dobles apellidos ni por nombres extraños. Fue en esa Asociación Española que fui designada como Presidenta de los Festejos de su Centenario y luego cuando me jubilé como maestra, trabajé durante dos años como voluntaria de la Consejería Laboral y de Asuntos Sociales de España en Argentina, para colaborar con los españoles en las tramitaciones de diversas ayudas.

Pasaban los años, mi padre trabajaba, nosotros estudiábamos, recibí mi título de maestra y conocí el amor. Mi hermano se recibió de Ingeniero y quedamos anclados aquí, en estas tierras, que no nos abrieron los brazos como tan fácilmente se dice, nos permitieron, sí, trabajar y estudiar. Pero todo con esfuerzo y con tesón, con honestidad y humildad, con los valores que nos fue transmitido por sangre y por enseñanza en nuestra familia.

Para poder ejercer de maestra, tuve que obligatoriamente renunciar a mi nacionalidad española, pues en el Reglamento Docente de la Provincia de Buenos Aires dice textualmente: *“Podrán ejercer el cargo de maestras todas aquellas personas que posean el título y sean argentinas o nacionalizadas”*.

Como necesitaba el trabajo tuve que aceptar esa condición, y así con todo el dolor de mi alma dije las palabras de renuncia, que no sentía mi corazón y estampé mi firma temblándome la mano. Mi profesión de maestra me brindó muchas satisfacciones. Pude dar y recibir mucho amor, respeto, valores humanos. Cuando enseñé historia Argentina y sus fechas patrias de independencia lo hice con justicia. Mostrando siempre las dos partes de la historia. Cuando llegaba algún alumno de otra nacionalidad como: chilena, paraguaya y hasta coreana, siempre supe hacerlos sentir como en su patria. No lo estaban... por supuesto, pero eran niños... solamente niños que necesitaban más afectos que los demás por haber perdido los suyos. Siempre me veía reflejada en ellos.

Casi a punto de jubilarme y en el pozo de una profunda depresión, mi psiquiatra comienza a “escarbar” mi vida y me dijo que un paso fundamental en mi vida era recuperar mi nacionalidad. La ley española lo permitía si había sido para ejercer una profesión. Así es que acompañada por mi querida amiga vasca, Arantxa, las dos tramitamos juntas el recupero (sic) de nuestra nacionalidad. Sé que los papeles no son llevados al cielo, solo nuestras acciones, todo queda aquí, pero esta distinción que me hizo el Municipio de Coronel Dorrego agradeciéndome el aporte que hice a la cultura Argentina, me pagó de algún modo los sufrimientos vividos.

Otra cosa a la que me llevó mi dolor por el desarraigo, fue a escribir. Escribía mis angustias o las que veía en las personas que estaban a mi alrededor. Conté sus historias de emigrantes, escuchadas en las conversaciones de sobremesas, y sobre todo la historia de mis padres, para que no se pierda la



1956, de izquierda a derecha: mis tías Milagros y Paca, mi abuela, mi tío Jesús y mi tía Elvira en el pueblo de Altea.

memoria en mis descendientes. Para que sepan llevar con orgullo sus apellidos. De algunas obras presentadas obtuve importantes premios. Adjunto algunos diplomas recibidos.

Mi padre tuvo la dicha de volver a ver a mi abuela con vida. Fue con mi hermano. Contaban que hablaba de su Bierzo, de su tierra verde, de su

perfume, ella también estaba en tierra extraña aunque nadie la entendía. Yo no pude volverla a ver. Nunca pude decirle abuela, ni escuchar algún cuento por la noche, ni escuchar sus historias del cortijo, ni cómo tembló por dentro cuando se encontró con los ojos azules del abuelo. Nunca pude ir a su casa al salir del colegio como lo hacían aquí mis amigas.

Quedamos en esta tierra lejana, en este Coronel Dorrego de la llanura, enraizados con amores, hijos y nietos que la vida me fue dando como pago de todo lo que me quitó.



Casamiento de la autora el 14 de agosto de 1968.

Mi padre dejó su obra en pie, fue uno de los mejores constructores de la ciudad y de la zona. Construyó muchas casas, varios edificios públicos. Decían que cobraba caro, pero aún así le daban las obras por su prolijidad, por su integridad y por su responsabilidad en hacerlas. Sus peones de albañil eran otros emigrantes españoles que iba reclutando y enseñándoles el oficio para ayudarlos. Era el que mejor pagaba a sus hombres. Era reconocido por todos como “hombre de palabra”, como un ejemplo de trabajo y honradez.

Esta tierra recibió en su vientre a mis tíos José y a Magdalena, dos zamoranos que transmitieron su sangre a 8 hijos y que hoy se bifurcan en nietos y bisnietos y que viven en distintas latitudes de este

país. También mis padres hace dos años que descansan en esta tierra a la que solo vinieron “por un tiempo”.

Estoy casada desde hace 38 años con Anastasio Madariaga Rodríguez, nieto de vascos, leoneses y holandeses. Tengo 3 hijos y 5 nietos. Estoy orgullosa de ellos, son excelentes personas que tienen valores morales íntegros. Mi hija Vanesa (casada, de 37 años) es Profesora de Ciegos y de Deficientes Mentales. Hace su trabajo con mucho amor. Tiene dos niñas y un niño. Viven en esta misma ciudad. Mi segundo hijo Sergio (casado, de 36 años), vive en la ciudad de Monterrey, en México. Tiene una hija. Es emigrante como yo, sufre en carne propia el desarraigo. Él se fue de su tierra también por un gran amor como mi abuela Felicitas. Mi hijo más pequeño: Federico (casado, de 30 años), estudia en la Universidad Nacional del Sur en Bahía Blanca y tiene una niña de meses.

Mi hermano Paco vive en Cipolletti, provincia de Río Negro, Argentina. Tiene 3 hijos: Manuel, soltero de 20 años, estudia Periodismo en la Universidad de La Plata, provincia de Buenos Aires. Francisco: soltero de 19 años, estudia Ingeniería en la Universidad de La Plata, provincia de Buenos Aires. Úrsula: soltera de 16 años estudia en la escuela secundaria y vive con sus padres en Cipolletti.

Con esto quiero decirles que la sangre de mi abuela leonesa continúa corriendo por las venas de incontables descendientes en varias partes de América. Después de 51 años de ausencia pude volver a España y lloré en su tumba que está en ese hermoso pueblo blanco que es Altea, junto al amor de toda su vida, mi abuelo Paco. Abracé a mis tías y tíos que permanecieron siempre unidos a nosotros por invisibles cordones de amor. Conocí a mis primos. Caminé por Barcelona y entré a la iglesia de San Miguel del Puerto, donde se casaron mis padres y fui bautizada. ¡Bailé sardanas en Monserrat! Por las calles vi a otras personas que eran emigrantes, como yo lo era en Argentina, vi el dolor reflejado en sus ojos, el desarraigo dentro de su alma, ¡ellos estaban donde yo debí estar!, y yo estaba solo de paso en mi propia tierra donde estaban ellos.

¡Qué cosas extrañas nos hace hacer la vida!, o tal vez serán los hombres que con sus políticas corruptas y su afán de poder desmedido, no tienen en cuenta el sufrimiento de las personas de su país, que deben dejarlo para poder vivir dignamente. Me pregunté también ¿de dónde soy? En Argentina me consideraron extranjera siempre, en las calles de mi patria también me trataban como extranjera por el acento adquirido. Mi corazón bombeando al ritmo de pasodobles y jotas, me lo respondió: “Soy española”, siempre lo seré y siempre estaré dividida entre estas dos patrias, la de mi nacimiento y mis ancestros y la de mis hijos y mis nietos, la que vivo y en la que esperaré la muerte.



Fiestas familiares, noviembre 1994 y 95.

HIJOS DE FELICITAS CARBALLO ÁLVAREZ Y DE FRANCISCO NAVARRO LÓPEZ

Nombre	Fecha naco	Lugar de nacto.	Lugar de f.	Fecha f.
José (Pepe)	26/05/1906	TRABAZOS (Zamora)	Cnel. Dorrego	14/02/1982
Magdalena	17/10/1907	TRABAZOS (Zamora)	Cnel. Dorrego	26/07/1999
Felicitas Elvira	04/04/1909	AL TEA (Alicante)	Periana	02/05/1915
Francisco	15/12/1910	PONFERRADA (León)	Periana	12/08/1913
Francisca (Paca)	27/03/1912	PONFERRADA (León)	Altea	25/03/2003
Milagros	24/09/1913	PERIANA (Málaga)	Altea	5/08/2005
Francisco (Paco)	14/11/1914	PERIANA (Málaga)	Col. Dorrego	02/11/2003
Felicitas	03/07/1917	PERIANA (Málaga)	Altea	24/04/1930
Elvira	23/02/1919	PERIANA (Málaga)	Altea	15/12/2003
Manuel	11/02/1921	PIZARRA (Málaga)	Altea	10/05/1923
Julio	28/12/1921	PIZARRA (Málaga)	Pizarra	23/03/1922
Lolita	08/02/1923	ALTEA (Alicante)	Altea	16/09/1924
Manuel (Manolo)	04/02/1924	ALTEA (Alicante)		
Maruja	04/02/1924	ALTEA (Alicante)	Altea	13/05/1924
Jesús	05/09/1930	ALTEA (Alicante)		
Jaime	24/03/1930	ALTEA (Alicante)	Altea	04/07/1930
Jaime	18/11/1932	ALTEA (Alicante)		

Pero aún me queda una cuenta pendiente: conocer ese pueblecito en la montaña por el que pasa la vieja Ruta Compostelana, que se llama Ambas Mestas, donde nació mi abuela, y Villafranca del Bierzo donde pasó su

infancia y un poco de su adolescencia, donde conoció a mi abuelo, donde sus manos se rozaron por primera vez. Quiero caminar por sus calles y pararme frente a la casa blasonada por el escudo de los Carballo. Donde comenzó mi historia, donde ganó el amor simplemente porque era el verdadero.



Pasaporte de Francisco y Úrsula, padres de la autora.

MI TÍO JOSÉ

José Navarro Carballo, nacido en Trabazos, el 26 de mayo de 1906 fue el primer hijo del matrimonio de mis abuelos. Antes de ser llamado al Servicio Militar, mi abuelo lo envió a Argentina. Se decía que los jóvenes eran enviados a la Legión Extranjera en el África de donde no volvían con vida³. En este país se radicó para siempre en el pueblo de Coronel Dorrego, en la provincia de Buenos Aires.

Se casó con una joven llamada Antonia cuyos padres eran de Altea. Con ella tuvo cuatro hijos, dos varones (Paco y José) y dos mujeres (Felisa e Irma). Cuando llegamos, su vida era muy pobre, alquilaba un cuarto de conventillo

³ La autora se refiere a los años 20 en la llamada Guerra de Marruecos (N.E.).

donde vivía con toda la familia. Mi padre hizo lo imposible para lograr que su hermano mayor dejara el trabajo de estación (cosecha, esquila, siembra), que solo le permitía ganar dinero en forma temporaria, para que trabajase en lo que sabía y había aprendido de su padre: la construcción. Logró su objetivo y la situación económica de José mejoró rápidamente. Compró un terreno y comenzó a levantar las paredes de su casa ayudado por mi padre y sus hijos varones que hacían de peones de albañil los fines de semana y días feriados. Durante la semana los tres hermanos (José, Paco y Manuel), trabajaban en las obras ayudados por los sobrinos que se sacaban su jugoso jornal. Eran tiempos de bonanza, créditos hipotecarios para las viviendas eran otorgados a los habitantes de toda la Argentina y el trabajo abundaba.

Mi padre hizo muchas averiguaciones ante el Consulado de España para poder ver una manera de que su hermano pudiese volver a ver a su madre. Le fue negado varias veces por considerarlo aún desertor. Cuando por fin la ley pudo permitirlo, ya era tarde tanto para él como para mi abuela. La vida le fue dando nietos, que a su vez ya tienen hijos. Los terrones de estas pampas lo cubren en una tumba donde descansa junto a su Antonia.

Un trozo de historia de mi tío Pepe (José)

Corría el mes de octubre, la mañana era cálida y el cielo muy azul. Buen augurio para las esperanzas de José. Abrió la puerta de la cocina y salió al patio. Mil pájaros parecían cantar para él. A lo lejos mugía un ternero pidiendo por su madre. Más cerca ladraban dos perros. Todos estos sonidos daban la música clásica al pueblo rural y tranquilo. Él que a diario los escuchaba, hoy los sentía muy distintos. Decidió, como lo venía haciendo desde una semana atrás salir a esperar al cartero. Caminaba con paso inseguro y temeroso. Su corazón latía fuerte. Había momentos en que sus piernas parecían no poder sostenerlo. Pero recorría los metros de su acera una y otra vez. ¿Llegaría hoy la respuesta? El cartero apareció en la esquina alegremente y le entregó el aviso de retorno. José miró rápidamente la firma. ¡¡¡Era ella!!! ¡¡¡Había firmado ella!!! Isabel vivía, aún vivía. La vida volvió de golpe; sintió dolor, alegría, angustia. Todo junto anudado en la garganta. Aturdido guardó el papel en su bolsillo, murmuró algo al cartero y por fin entró en su casa. –Estoy cansado, comentó al pasar por la cocina y se fue a su cuarto. Al recostarse tocó su bolsillo para saber si solo había sido su imaginación, pero no, allí estaba el papel. Lo sentía latir entre su ropa. Isabel vivía y había recibido su carta, su tan tardía carta. Cerró los ojos, se dio cuenta que lloraba. ¿Cuándo había sido la última vez que había llorado? No se acordaba. Imágenes mezcladas fueron llenando su mente y todo se hizo claro.

A pleno sol todo brillaba en la plaza mayor frente a la iglesia. Las alegres guirnaldas con banderitas coloridas que el viento jugaba parecían chispas de luz. Era el Día de San José... su santo. Unos diez hombres con instrumentos de música tocaban pasodobles. El cielo era azul y él era tan feliz. Su corazón saltaba dentro del pecho, sus ojos tan azules como el cielo la buscaban entre la gente, mientras conversaba con otros muchachos de su edad. De pronto todo se borró en su entorno. ¡Sólo estaba Isabel!... Su Isabel bajaba los escalones de la Iglesia con un vestido rosa pálido. Le tomó fuertemente el brazo a Pedro y casi lo empujó para que caminara. Su amigo al instante se dio cuenta y se prestó para la complicidad amorosa. Caminaron hacia la iglesia. Isabel conversaba con su hermana pero sus ojos estaban en los de José. Se miraron por minutos que parecían eternos. La plaza giraba a su alrededor. Estaban solos entre tanta gente ¡¡Cómo se amaban!! Al cruzarse, sólo la tímida sonrisa en la boca de Isabel le demostró que no estaba equivocado. Y de su mano cayó el pañuelo, tirado a propósito, con gracia pero como al descuido. José lo tomó y guardó nervioso en su bolsillo.

Lo tenía todo. Juventud, fortaleza, salud, familia, amigos. ¡¡¡Y ahora el amor de Isabel!!! Todo era música, color, alegría. No en vano había pasado tantas veces por la puerta de la farmacia y tanto le había insistido a su madre en ser él el que fuera a la botica a comprar algún medicamento para sus hermanos.

El barco se alejaba del puerto. Aún sentía los brazos de su padre abrazándolo rápido pero tan fuerte que hasta dolía. En cambio el abrazo de su madre en el pueblo no le dolió. Ella lloraba en silencio. Su piel fina que olía a lavanda estaba mojada y muy pálida. Sus palabras dulces y castellanas aún estaban en sus oídos. Tal vez su intuición de madre le decía que no volvería a ver más a ese, su primer hijo. Pero en eso no había que pensar. Delante estaba la aventura. Se dirigía a la tierra de los indios. A la tierra de los gauchos. A las Pampas Argentinas. Su padre no había querido que hiciera el servicio militar en España, pues los jóvenes no volvían de la Legión Extranjera en el África. Así que decidió mandarlo a América para salvar la vida de su primogénito.

A José esto le parecía aún más interesante. Y el recuerdo de Isabel en su lejano pueblo de Requena junto a su amor se fue quedando dentro del pecho y solo a floraba en las noches de soledad en que miraba el cielo y veía otras estrellas que ella no vería nunca. Llegó a las pampas y abrió la tierra, sembró, hombreó bolsas, fue marinero y pescador. Después hizo su oficio: fue albañil. Encontró otro amor, era distinto. Fue pasión, tanta soledad... Llegaron hijos, después los nietos. Pasó la vida y el pañuelo de Isabel nunca supo en que rincón de sus recuerdos se perdió.

El tiempo pasa pero los recuerdos quedan, a veces tan adentro que cuestan salir, pero que cuando salen no se pueden callar. Era el otoño en la vida

de José y el recuerdo de su primer amor un día afloró de su alma. Pensaba en ella. ¿Sería casada...? ¿Viviría?... ¿Se acordaría de José aún?...

Noche tras noche aparecían: la plaza, los músicos, ella con su vestido rosa pálido, su sonrisa tímida y su pañuelo cayendo en cámara lenta al piso. No podía hablar de esto con sus hijas y mucho menos con su esposa. Pero un día, en casa de su hermano comentando recuerdos compartidos en su infancia apareció el nombre de Isabel. Y lo que guardó tantos años sin hablar salió solo, como sale la lava del volcán cuando estalla. Fue su sobrina soñadora la que lo incitó a escribir. No era pecado... solo saber si vivía... si lo recordaba aún... si se había casado... Se mezcló todo, se arremolinó como una tormenta: “Isabel, mi querida Isabel. ¿Vivirás?, ¿qué heridas te habrá dejado mi partida?... ¿qué heridas te habrá dejado la Guerra?⁴... ¿Aún estarás en el mismo lugar?... Y yo aquí tan lejos y tan olvidado.”

Escribió la carta sobre la mesa de luz, como un ladrón robando en el tiempo y en el espacio de su familia. Y en el sobre puso la misma dirección que conocía desde hacía 70 largos años. –Con aviso de retorno– dijo en el correo, y se puso a esperar.

Isabel contestó y él volvió a escribir. En cada palabra recordaba otros momentos. Esperaba el cartero temblando de emoción y de alegría. Era aún joven, su corazón latía igual que entonces. Solo el espejo y el dolor de sus piernas al caminar le decían que habían pasado muchos años. La casa de su hermano y su sobrina era el lugar para saborear esas letras en secreto. Se contaron cosas: ella no se había casado nunca, no sintió otro amor que el suyo, lo esperó muchos años, aún después de la Guerra. No se atrevió nunca a ir hasta el pueblo donde sabía que estaba su familia para averiguar sobre él. Muchas veces se sintió cobarde pero luego se quedó en soledad con sus recuerdos. Ahora vivía con una sobrina farmacéutica, en la misma botica que heredó de sus padres. Él tenía una gran familia con esposa, hijos, hijas y nietos. Los dos ahora estaban unidos por cartas de papel que esperaban con ansias de uno y otro lado del Atlántico. Todo estaba bien, la vida continuaba y sonreía.

Pero las tormentas llegan a veces sin previo aviso. Y de ese modo llegó a los oídos de Antonia la noticia de que José se escribía con una antigua novia de España. Primero le costó creerlo, pero luego al pensar en los raros días en que José madrugaba, en sus paseos matinales por la acera, se dio cuenta que no eran rarezas de la edad como ella ingenuamente había pensado.

Esperó el almuerzo y ante dos de sus hijos pidió la verdad. José no habló, no pudo, solo asistió con la cabeza. No pudo explicarle con palabras que su corazón aún se sentía joven, que latía y que amaba a todos: a ella que le había

⁴ Se refiere a la Guerra Civil española, 1936-1939 (N.E.).

dado su juventud y sus hijos, a sus hijos que eran su vida y a sus nietos que eran su sol. Y que el amor de Isabel era otra cosa... una parte de su vida sin completar, un amor puro, ingenuo y lejano. Había llanto en los ojos de Antonia, asombro en el de sus hijos. Las palabras cargadas de reproches fueron mucho peso para el alma cansada de José.

Así decidió no escribir más, tampoco esperó al cartero. Dos cartas más llegaron de Isabel, dos cartas que nunca fueron abiertas pero que fueron recibidas por Antonia y dejadas en la mesa en forma silenciosa y luego pasaron al armario, a la cómoda, al placard, sin que nadie osara romperlas ni abrirlas. Después hubo silencio, dolor y distancia. Su hija menor guarda las cartas atadas con una cinta rosa. No se atrevió nunca a leerlas, las últimas aún están cerradas.

(Este cuento lo escribí en homenaje a mi tío José, fue una circunstancia real en su vida y en la cuál participé alentándolo para que escribiera a Isabel).

MI TÍA MAGDALENA

Mi tía Magdalena nació en Trabazos, Zamora, el 17 de octubre de 1907. Se fue acostumbrando a peregrinar por distintas regiones, donde su padre era contratado, pero siendo la mayor siempre tenía el privilegio de irse los veranos a casa de sus tías paternas donde era mimada en demasía.

Cuando la familia completa se instaló en Altea, Magdalena ya era una joven muy bonita a la cual muchos mozos la pretendían. Ella solo tenía ojos para Antonio, pero el noviazgo quedó truncado casi en sus comienzos cuando él se fue a Valencia a estudiar de médico. Meses después llegó Jaime Montaner, había nacido en Altea pero se había ido junto con sus padres y hermanos a Argentina siendo pequeño.

Ahora volvía con la intención de casarse y llevarse a su mujer a la lejana tierra donde, según él, estaban más que bien en lo económico, ya que todos los hombres de la familia ejercían la profesión de carpinteros, muy bien pagada en ese país. Se enamoró de Magdalena, que primeramente no le prestó atención porque seguía pensando en Antonio. Pero el destino ya lo había decidido así y se casaron en la iglesia de Altea con una rimbombante fiesta.

En el centro de la imagen, mi tía Magdalena comiendo en casa de mis padres.



Mi tía Magdalena comiendo en casa de mis padres.



Paco y José, los dos hijos mayores de Magdalena, tía de la autora.

Meses después partirían para Argentina a establecerse.

La despedida fue muy triste, las hermanas se abrazaban una y otra vez, recordándose cosas, mis abuelos miraban la escena en la estación. Pensaban que tal vez el cielo así lo había querido y que José no se sentiría tan solo cuando su hermana llegara, pues el destino también era el pueblo de Coronel Dorrego. Su vida aquí fue muy dura. La bonanza económica prometida no era tal y tuvo que enfrentar muchas necesidades con sacrificio. Magdalena tuvo cinco hijos, tres varones (Paco, José y Jaime) y dos hijas (Felisa y Carmen). Se mantuvo en ellos los nombres familiares, solo que por capricho del Jefe

del Registro Civil, no aceptó el nombre de Felicitas, cambiándolo por Felisa. Carmencita, su hija menor que tenía unos meses más que yo, murió víctima de la epidemia de poliomielitis. Recuerdo aún lo bonita que era y lo mucho que jugábamos las dos.

MI TÍO MANOLO (MANUEL)



La fotografía muestra a mi tío Manolo en la cubierta de un buque pesquero, al fondo se pueden ver las montañas de la Isla de Tierra del Fuego (1956).

Mi tío Manolo tenía 23 años cuando llegó al país, un 28 de febrero de 1952, junto con nosotros. Luego de estar dos años trabajando en la construcción con mi padre en este pueblo, decidió que le seguía gustando el mar, ya que en España había trabajado de

marinero. Decidió ir a la ciudad de Necochea y se embarcó en un pesquero. Luego fue al puerto de Mar del Plata, donde hizo muchos viajes al sur del Atlántico a la pesca del calamar, langostinos y atunes. De allí pasó a Buenos Aires donde comenzó a realizar viajes largos en buques cargueros. Conoció muchos puertos del mundo, desde donde estaba nos mandaba postales. Conoció por primera vez el edificio más alto del mundo cuando llegó su carta desde Nueva York con una postal del Empire State. Solía llegar de sorpresa para las navidades, lleno de regalos de los países más extraños. En esos viajes pudo visitar dos veces a su madre que siempre estaba con los brazos abiertos para recibir a los hijos que tenía esparcidos por el mundo.

En 1984 se jubiló y decidió irse a España a vivir con sus hermanas, ya que Milagros estaba soltera, Paca y Elvira viudas. En la actualidad se encuentra viviendo en una residencia para la Tercera Edad en Altea. En mi viaje pude estar con él, disfrutar de momentos y de recuerdos.

SENTIRES DE UNA EMIGRANTE (Poesías de mi autoría)

Viejo baúl

Viejo baúl, recuerdos de mis días
siempre guardando lo ignoto y lo prohibido
en el verano frescuras de naranjas
y naftalinas de los inviernos idos.

Viejo baúl, nacido allá en El Bierzo
que el mar cruzaste tres veces sin sentirlo
en las bodegas de barcos humeantes
durmiendo acaso con infernales ruidos.

Mi infancia en tus entrañas tuvo el juego,
cuando aprovechando que mi madre había salido
mi hermano y yo levantábamos tu tapa
en busca de tesoros escondidos.

Allí estaba el cobertor azul.. tornasolado,
sábanas bordadas de blanco hilo,
una muñeca del siglo diecinueve,
de Manila... en porcelana... dos chinitos.

El rosario de plata de tía Milagros
el regalo que me dio cuando vinimos,
el libro de la primera comunión de mi madre,
una mantilla, un mantón y un abanico.

Aún te tengo baúl de mis recuerdos
aún estás lleno de tesoros escondidos
mi traje de novia... el de mis danzas....
que mis nietas revuelven con sigilo.

Pero el lugar que habitas no me gusta
me he propuesto que vivirás conmigo
teniendo de honor lugar en esta casa
para recordar momentos conocidos.

Rasparé por eso tus herrumbres
y pondré en tus maderas nuevo brillo
serás joven otra vez... ¡te lo prometo!
y hasta que muera estaremos juntos.

¿De quién serás después?.. nadie lo sabe
yo quisiera que de algunos de mis hijos
para que cuenten la historia de tu vida
y que en ti guarden sus recuerdos más queridos.

Felicitas Navarro Pérez



Familia Montaner-Navarro (tíos y primos de la autora).



Diversos diplomas de la autora.

Por un amor

Abuela... por un amor que creíste verdadero
dejaste tu casa materna... tu verde Bierzo...
¿Te arrepentiste alguna vez de tal arrojó?
¿o bendijiste mil veces haberlo hecho?

Por un amor mi hijo marchó a México
Dejó su casa, sus padres, sus amigos.
Se llevó el mate, la bombilla, su bandera
y entre tres patrias se siente repartido.

La de su madre, la Iberia milenaria...
la propia, con sus pampas... sus mil trigos.
La de su hija, que tiene olor a gloria
porque por algo allí encontró el destino.

¿Quiere la vida repetir historias?
¿Quiere mi Dios repetir dolor sentido?
¿O quiere acaso decimos sin palabras
que en la tierra no hay fronteras sino nidos?

Felicitas Navarro Pérez

Duda

¡Explícame Señor... soy toda duda!
y no solo no entiendo lo infinito,
sino quiero que hoy me respondas
la magnitud de momentos muy sencillos.
¿Por qué si el astro sol es siempre el mismo
brilla distinto en cada una de sus tierras?
¿Será porque los cantares de las gentes
se elevan hasta el cielo y modifican?

¿Por qué cada patria tiene sus olores
que te embriagan y te atrapan de por vida?
– si todo este planeta es uno solo
¿Por qué se quiere volver a la de una?

¿Por qué el emigrar es tal desgarró
en el alma de todas esas gentes
aunque los brazos fuertes de otras patrias
se abran para ellos indulgentes?

¿Por qué quiero ver las casas blancas
salpicadas con mil rejas morunas
que duermen al latir mediterráneo
cuando golpea sobre esa vieja orilla?
¿por qué si no están en mis pupilas
– ya que cuando me fui era muy niña
¿Por qué esta en mi sangre toda...
esa cal... esas tejas... esa música...?
¿Por qué cuando escucho sus sonares
en sus coplas, sus flamencos y sus jotas
se me mueve sin quererlo hasta el alma
y esa música y yo, somos solo una?

¿Será Señor porque escuchaba
el dolor en la garganta de mis padres
que se acentuaba con nostalgia día a día,
y con el tiempo se fue formando cáscara
pero el alma siempre quedó herida?

Tal vez Señor en tu sapiencia
Has querido que amemos otras patrias,
que sembremos con amor nuestras semillas,
que se mezclen las gentes y sus hablas,
que se ayuden y se amen sin fronteras
¡como humanos! sin colores y sin razas
y así solo mirando al infinito....
entender que a toda la tierra hay que amarla.

Felicitas Navarro Pérez

“La madre de mi padre”

Cuando camino en la arena
que el mar baña con su espuma,
miro el lejano horizonte
donde cielo y agua juntan.
y recuerdo otros paseos
de cuando era una niña
buscando mil caracolas
que quedaban en la orilla.
Recuerdo la mano áspera
que sostenía la mía
para que no me escapara
y que escuchara sus cuitas.
–“Del otro lado del mar
(decía siempre mi padre)
está el pueblo de Altea,
allí está viviendo mi madre
y allí debemos volver...
se lo prometí la tarde
que me despedí de ella
y nunca más pudo alzarte”.
¡Abuela, querida abuela
nunca yo pude llamarte!
¡Nunca al salir de la escuela
pude ir a visitarte!
¡Nunca en blanco camisón
cuentos pudiste contarme!
Pasaron ya muchos años y
hoy paseo de tarde
por esas mismas arenas...
Dios ha querido premiarme,
pues a cambio de esa abuela
que ya no pudo mimarme
llevo en mis manos palomas
¡palomitas palpitantes!
Son las manos de mis nietas
que también quieren escape,
pero que yo las retengo
tan solo para contarles:



–“Del otro lado del mar
la abuela vino una tarde
y dejó allí a su abuela,
a la madre de su padre”.
Desde algún lugar del cielo
mi abuela estará mirándome,
está su sangre en mis nietas,
y las mira desde mi padre!
¡Qué cosas tiene la vida!
¡Qué dolor el emigrante!
¡Cuántas cosas que dejó:
amores... patria... sus padres...!
Pero el Señor es tan justo q
ue cuando haces balance
es tanto lo que ahora tienes
como lo que antes dejaste..

Felicitas Navarro Pérez



Noviembre de 2005 en Monterrey. Mi nieta Mariana,
mi nuera Zabdy, mi hijo Sergio, mi esposo y yo.

Es a cambio de esa abuela
que ya no pudo mimarme
llevo en mis manos palomas
¡palomitas palpitantes!
Son las manos de mis nietas
que también quieren escape,
pero que yo las retengo
tan solo para contarles:
Y del otro lado del mar
La abuela vino una tarde
y dejó allí a su abuela,
a la madre de su padre”.
Desde algún lugar del cielo
mi abuela estará mirándome,
está su sangre en mis nietas,
¡las mira desde mi padre!
¡Qué cosas tiene la vida!
¡Qué dolor el emigrante!
¡Cuántas cosas que dejó:
amores... patria... sus padres...!
Pero el Señor es tan justo
que cuando haces balance
es tanto lo que ahora tienes
como lo que antes dejaste.

Felicitas Navarro Pérez



Diversas fotos familiares en los años 2001 a 2006:



TERCER PREMIO –II–

Mis vivencias

Rogelio Carrascal Rodríguez

Me llamo Rogelio Carrascal Rodríguez, nací en Mayalde, partido de Fuentesauco, en Zamora, el día tres de agosto de 1935. Mi madre se llamaba Bernardina Rodríguez y mi padre Enrique Carrascal. Parte de esta historia me la contaron ellos: cuando yo tenía tan solo un año y medio de vida tuve un accidente en un brazo. Mi hermana, que contaba con cinco años, por salvarme de las llamas, se lleva por delante una olla de agua hirviendo con la que al caerme me quemó. Aquí empezó mi sufrimiento, dado que la herida no se curaba y estaba en carne viva siempre. Mi padre se dedicaba al cuidado de caballos y burros de la gente del pueblo, cansado ya de este trabajo decide irse a cuidar cabras a La Deza (*sic*)¹ de San Miguel, partido de Toro. Nos fuimos todos con él y vivíamos en la misma choza que los animales, en el medio se prendía la lumbre y se hacía fuego para tener calor, mi hermana, encargada de cuidarme, veía que mi brazo no sanaba. Entonces mi madre me empieza a llevar a curar al pueblo que quedaba como a dos mil metros. Como no lo podía hacer a diario mi recuperación era muy lenta. Preocupada, me lleva a un pueblo que se llamaba Pelea Gonzalo² donde un médico, después de verme varias veces, dice que hay que cortar el brazo. Mi madre se queda a vivir allí, para evitar que esto sucediera, después de mucho tiempo empiezo a curarme.

¹ Creemos que se trata de la “Dehesa de S. Miguel” (N.E)

² Peleagonzalo, al este de Zamora muy cercano a Toro (N.E.)



Foto de mi padre, mis tíos y yo.

Pasado el año y medio en el pueblo, regresamos a la choza a cuidar las cabras nuevamente. Ahí conocí a Celestino Fernández y a Rafael Fernández de los cuales me hice muy amigo, con ellos empecé a vivir mis primeras aventuras, me parecía que era muy feliz, acompañado de mis padres y hermana, además tenía a mis amigos. Un día recibí una buena noticia: tendría otra hermana. A los pocos meses nacería la pequeña, la mayor se llamaba Delfina y la menor Isabel.

Aunque era un niño, los ruidos que se escuchaban de noche y de día me tenían preocupado, preguntándole a mi padre me responde que eran bombas que mataban a la gente, por eso nosotros permaneceríamos en la montaña para protegernos, porque en una oportunidad lo habían querido matar.³ No entendía mucho la situación, pero sabía que algo malo era, no iba a ser nada fácil la vida para mí. Mis padres empiezan a reñir a diario por cualquier motivo, el trato con nosotros ya no era el mismo, aunque tratábamos en el día de jugar con los cabritos, mientras los cuidábamos nos olvidábamos de la situación, en las noches cuando volvíamos todo eran gritos e insultos, haciéndose intolerable.

³ El autor se refiere a la Guerra Civil (1936-39). En las inmediaciones de Toro no hubo ningún hecho de bombardeos (N.E.).

ble la convivencia, mi madre decide irse con nosotros a Mayalde y abandona a mi padre, en el pueblo nos esperaba la abuela.

Serafina se llamaba, quién con todas las vecinas nos dan la bienvenida con abrazos y besos, cansados de tanto viajar, pues veníamos en un carro tirado por bueyes, lo único que queríamos era descansar. Todo parecía que funcionaba bien, nos pasábamos el día jugando con mis primos y las niñas vecinas. Ya tenía edad de ir a la escuela, mi hermana ya sabía leer y escribir y era la que me enseñaba, mi padre venía de vez en cuando y amenazaba con no darnos más de comer, mi madre trabajaba de revienta (*sic*)⁴, pero con eso no alcanzaba. Con la ayuda de mi abuela y de los vecinos lográbamos sobrevivir. Con la llegada de la primavera pensábamos que todo cambiaría, podíamos salir a cazar algún lagarto, pajarito o liebre, pero no era tan fácil. Pasábamos horas queriendo traer algo para comer y llegábamos con las manos vacías.

El mes de mayo de 1941 iba a ser la etapa más negra de mi vida, con mis hermanas nos fuimos a un prado a jugar. De pronto vimos unas frutas que colgaban de los árboles, había muchas y qué ricas se veían, así que mis hermanas se ponen a comer. Yo me alejo y elijo otras. Cansados de comer de estas frutas nos volvemos para mi casa. Cuando llegamos, a mis hermanas les empieza a doler el estómago, yo me asusté mucho y fui a buscar a mi madre y llamé a las vecinas. Cuando llegamos ya todo el barrio estaba a los gritos, (*sic*) pues mis hermanas habían comido las frutas envenenadas y se estaban muriendo. Sin médico, sin farmacia ni nada, con remedios caseros no se curarían, van a buscar a mi padre que cuando llega lo único que dice son maldiciones y le echa la culpa a mi madre, diciendo que ella les había hecho algo a las niñas. Delfina e Isabel, murieron irremediadamente.

A los pocos días mi madre me dice que nos vamos a vivir a lo (*sic*) de la abuela Serafina, y que nunca más veré a la abuela Rosalía. Así ocurre. Aunque mis noches estaban llenas de pesadillas, me despertaba llorando por mis hermanas y mi tristeza era infinita, así que para alegrarme un poco me festejan el cumpleaños, siendo el primero en seis años. Después de esto pensaban que me alegraría, yo seguía triste, lo que no sabían era que el señor Alberca, vecino de mi abuela Rosalía, cuando me encontraba me llevaba a la fuerza a verla, lugar en donde me esperaban todos mis tíos y no me dejaban volver, hasta que me lograba escapar y volvía corriendo a mi casa, esperándome mi madre muy enojada, aunque me golpeaba yo no decía dónde había estado. Como desaparecía todo el día, me culpa de andar en la calle, decide mandarme a la escuela, habla con el maestro y al otro día me lleva a la escuela, dejándome llorando como un marrano. El maestro me daba caramelos para conformarme,

⁴ Sometida a un trabajo excesivo (N.E.)



Mi foto de casamiento.

no entendía nada y como era tan tímido tampoco preguntaba. Esto me costaba que el maestro me castigara con una varita de mimbre por las orejas hasta que aprendía, lo mas difícil fue aprenderme su nombre, “José María Sánchez”, aunque lo intentaba no podía aprender nada, no me gustaba. Los pocos lápices y el cuaderno me lo había prestado mi primo, carecía de libros y no me importaba, mi amigo Raimundo trataba de ayudarme en lo que podía, pero yo era un burro.

Nuestra situación se tornaba cada vez más difícil, y comíamos gracias a los amigos de mi madre cuando íbamos de visita. Los meses pasaban y llegaron las vaca-

ciones, oportunidad que con mis amigos aprovechamos para salir a cazar, nos divertíamos y de paso traíamos algo para comer. Mi abuela me impide seguir yendo, porque tengo que ayudarle con el huerto, mis vacaciones se pasan trabajando, pero había para comer. Cantaba muy bien y lo hacía mientras cosechábamos en el huerto, también hacía un cocido de garbanzos y chorizos como nadie.

Ya iba a cumplir ocho años y tenía que tomar la comunión, todos los niños con ropa nueva y yo con mis pantalones remendados y mis zapatillas pintadas, pero muy contento porque iba a servir a Dios. Comienzan las clases y con ellas los problemas: en la escuela, de todo lo que ocurría de malo me echaban la culpa y terminaba castigado por el maestro, así que no iba a clase y me escapaba con mi amigo al monte a cazar, pero mi madre nos descubre y me da una paliza. Esto acarrea que volvamos a mudarnos a otro pueblo, ella se emplea en una casa de sirvienta, yo vivía ahí y me daban de comer las sobras, que los patrones dejaban, mi vida era de perros, así que vuelvo con mi abuela, la cual me manda a cuidar cabras.

Con tan solo nueve años, pasaba el día en la montaña, con hambre, frío y la mayoría del tiempo mojado. Para no entumecerme corría permanentemente,

pero tenía un compañero, mi amigo Lorenzo que me ayudaba a buscar distintos lugares para que pastaran las cabras. La cosa era que teníamos que mirar muy bien para que no nos pillara el guarda, si eso ocurría nos cobraba multa y los dueños de los animales se enojaban y nos quitaban su cuidado. ¡Cuántas noches escondido en la montaña con el aullar de los lobos y el temor que éstos nos producían!

A la mañana bajábamos a las aguadas, (*sic*)⁵ juntándonos todos los cuidadores y compartiendo la leche del ordeño y el pan que alguno tenía, pues era nuestra única comida, los días pasaban y se acercaba la Navidad, todos los niños esperaban sus regalos, seguro que yo no tendría ninguno, pero como ya estaba acostumbrado, no me entristecía.

La gran sorpresa me llevaría para reyes: me regalaron una chiva con dos chivitos. Qué feliz me sentía. Los llamé “*Estrella*” y “*Mellizos*”, mi vida transcurre entre las cabras y el prado. Un día, al llegar a mi casa, mi madre me dice que se va, pero que de vez en cuando volverá a verme. Pasan los meses y mi abuela me espera una noche para decirme que mi madre había sufrido un accidente, cayendo por una escalera y que estaba muy lastimada. Mi abuela se hace cargo y después de mucho tiempo de reposo, mi madre se mejora. Yo estaba pronto a cumplir quince años y tenía que trabajar en otra cosa.

El día de San Pedro, se realizaba una feria espectacular donde se reunía toda la comarca, aprovechando mi madre para ofrecerme a algún señor que necesitara un muchacho. Así ocurre, me contrata el señor Agustín, me sube a su auto y me lleva a su casa, que quedaba en un pueblo vecino; vivía con su mamá que era una viejita muy buena. Éste tenía un encargado que se llamaba Miguel López, el cual tenía esposa y varios hijos, me alojé en su casa y al otro día salimos un rebaño de cinco mil ovejas para Sanabria. Con la ayuda de los perros y el fuego tratábamos de controlar a los lobos, de noche no se dormía por el temor y para tener siempre el fuego avivado, siempre rodeados de ellos y esperando para atacar, pero una noche, delante de mis ojos, vi como una jauría entraba al corral y atacaba a la majada, yo con mucho miedo no puede hacer nada y la matanza fue terrible, cinco días tardamos en llegar, cinco días de terror y de mucha angustia.

Por eso no me olvido de las plantaciones de castañas y nueces, ya que por muchos meses de estar en la montaña, eran nuestro alimento, cuando bajamos al pueblo, don Agustín me dice que tiene que esperar que llegue mi madre para pagarme, la espera duró tres días y cuando llega le paga cinco duros.

⁵ Creemos que se refiere a la “vaguadas”, zonas más hondas de los valles por donde discurren las cauces naturales (N.E.)

Ahora me contrata para cuidar bueyes y me lleva a un lugar que se llama Fresno del Castillo, partido de Ledesma, provincia de Salamanca, donde me espera doña Josefa y su hijo Manuel, e inmediatamente me hago cargo del cuidado de los bueyes y el traslado del agua en un burro, que caminaba cuando quería y la mayoría del tiempo yo cargaba con los cantaros del agua. Pasan los meses, siempre diciéndole a don Manuel que me lleve a ver a ver a mi madre, después de mucho tiempo llegan noticias de ella, estaba muy enferma y reclamaba mi presencia, cuando me llevan mi madre ya había muerto, qué pena tan honda: se fue y no me despedí.

Mis tíos, como era menor, me llevan con mi padre, al cual yo no quería, pero era mi única familia, trabajé con él en San Miguel, cuidando cerdos, bueyes, segando el trigo sembrado, no paraba ni de día ni de noche, de mi sueldo no se hablaba así que trabajaba sin cobrar, lo único bueno era que el domingo bajábamos al pueblo a los bailes, lugar donde me hice de grandes amigos, Mario, Teresa, Dolores y Pepe, los hermanos Villar, don Francisco, doña Vicenta, don Rafael y don Celestino.

Pasa el tiempo y un día, mi padre me dice que tiene una buena noticia para darle (*sic*): mis tíos de Buenos Aires querían que nos vayamos, (*sic*) así estábamos todos juntos, era lo mejor que nos podía pasar, después de trabajar duro un año, juntamos nuestra (*sic*) y en el puerto de Vigo tomamos el barco rumbo a la Argentina, llegando después de muchos días al puerto de Buenos Aires, mi padre, mis dos tíos y yo, con diecisiete pesos en el bolsillo y un atado de ropa.

Sin saber a donde ir, un señor nos dice que él nos puede ayudar, nos lleva al Hotel del Inmigrante, acá les van a dar cama y comida hasta que su pariente venga a buscarlos, estuvimos cinco días alojados allí, por las tardes salíamos a caminar, sin saber que la persona que todos los días encontrábamos fuera del hotel era mi tío, hasta que un día se anima y le pregunta a mi padre como se llamaba, donde (*sic*) le dijo su nombre lo abrazó y se puso a llorar. Qué encuentro tan emocionante.

Recogemos nuestras pertenencias y tomamos un taxi hasta puente Alsina, lugar de donde salía el tren para el interior, pero como faltaban muchas horas para salir, nos fuimos a caminar un rato, sin saber que la policía nos encontraría, y como le resultábamos extraños nos quería llevar preso, (*sic*). Después de mucho pedir y contarle nuestra situación nos manda a la estación con la promesa de no volvernos a ver, ésta fue mi primera noche en la Argentina. A la mañana siguiente tomamos el tren que nos dejaría en Casbas, partido de Guamini, provincia de Buenos Aires.

Mi tío Benjamín, que así se llamaba el relojero que nos trajo a vivir aquí, mi tío José, Santiago, mi padre y yo, nos quedamos en una casa alquilada, nuestras pobres pertenencias y dos brazos para trabajar. El comienzo

fue muy duro, nadie nos conocía, y no teníamos trabajo, sólo algunas changas⁶ que nos ofrecían por pocas monedas, pero siempre hay alguien que te ayuda, a nosotros nos daba una mano el carnicero, don Nemesio Montes de Oca, y también se encargaba de recomendarnos con la gente (*sic*). Y yo me preguntaba: ¿Éste era el lugar donde se juntaba la plata con la pala? Eso era lo que se decía en España, pero no era verdad.



Foto con mis primos de España.

La gente se aprovechaba de nosotros, nos contrataban y después decían no tener dinero y no nos pagaban, como hizo el señor Arsenio Arias: me llevó al campo y cuando terminé el trabajo no me quiso pagar, pues decía que no podía, con la amenaza de una denuncia me tuvo que pagar lo que la ley marcaba, al fin consigo emplearme en la fábrica de quesos del señor Jorge Bhulman, desde la seis de la mañana hasta la noche, después de un tiempo y ya muy cansado porque eran muchas horas dejo este empleo y me voy de pintar (*sic*) con el señor Cordebera, que cuando más vino tomaba mejor pintaba. Como con eso no me alcanzaba, salí a vender verduras con dos canastas por el pueblo, mi padre había instalado un taller de compostura de calzado, un día caminando por la calle con mis canastas me llama un señor y me pregunta si no quería ser albañil, por supuesto que sí, aunque no sabía nada, seguro iba a aprender, se llamaba Félix Biancardi y su socio José Garrote, me emplean y así empieza mi profesión de albañil.

Junto con dos empelados más, que se llamaban Julián Reguero y Bonifacio Reoyo, me ponen a hacer pastones con una azada, había que darle duro a la pala y los baldes todo el día, pero me gustaba, y la paga era de diecisiete pesos por quincena, no mucho pero me enseñaban esta profesión.

Pasaron tres años, la gente ya me conocía y tenía mucho trabajo, siempre con don Biancardi como patrón, ya ganaba veintidós pesos por quincena. Nos sale para hacer una casa en el campo de los mellizos Irunzum, había que

⁶ Ocupación transitoria (N.E.)

levantarla sobre un médano de arena, al que lo bajamos a pala, tanto trabajo nos llevó terminarla dos años y medio, de vuelta en el pueblo, me voy a trabajar con don Peliche Butrino a un pueblo vecino, llamado Bonifacio, tres meses estuvimos allí, ya pasamos a Guamini, a repararle la casa al doctor Palladito, después al doctor Baraldi para terminar en el hotel Roca Nova.

Volviendo a Casbas cambio de profesión, y me contrata el señor Jorge San Juan, en la gomería⁷, esto no me gustaba para nada, había que aguantar hasta que apareciera alguna otra cosa. Después de siete meses, el señor Adolfo Barrera me propone irme con él de ayudante de albañil, ganando un sueldo de setenta pesos por quincena, estando en plena tarea empiezo a sentirme muy mal, me llevan al doctor y me dice que me tengo que operar, era apendicitis, me trasladan a Guamini, porque en Casbas no había hospital, sólo sala de primeros auxilios.

El doctor Dardo Rocha se asustó bastante, al fin me operan y esa noche no me la olvido mientras viva, estaba yo despertando de la anestesia cuando me encuentro con un oficial de policía en la cama de al lado que lo habían apuñalado en Casbas junto a un sargento, así que todo eran gritos y corridas.

Después de diez días de internación, vuelvo a mi casa para alegría de mis tíos y mi padre. Pasó Navidad y Año Nuevo, me recupero, vuelvo al trabajo, ya era capataz, aunque dirigía a la gente también trabajaba muy duro, yendo al campo a hacer arreglos hasta de molinas (*sic*). Con todos mis ahorros me compro herramientas y empiezo a trabajar por cuenta propia, pasó el tiempo y me compro dos terrenos para empezar a edificar mi casa.

Ya tenía cinco mil ladrillos y una bomba, así que empecé a construir una vivienda para nosotros, lo hacía sólo los fines de semana, porque el resto lo dedicaba a mis clientes. Sindo tan prolijo, la gente me buscaba todo el tiempo y terminaban siendo mis amigos.

Pasa un tornado destruyendo casas y galpones, oportunidad que aprovecho y me voy a lo de Caride a levantar todo el desastre, pasando varios años de construcción, por lo cual mi casa quedó parada. Un día de descanso, aparece una señorita en mi casa a pedirme un presupuesto para que le construya su vivienda y me deja el plano, yéndose al campo donde vivía con su mamá. Después de varios días, regresa y me dice estar de acuerdo con el precio y como condición en cien días tenía que estar terminada, me fui con un peón y a un ritmo vertiginoso, se empezó la obra.

Con el correr del tiempo, la vida me daría la alegría más grande de mi vida, ya que en ese año, 1976, empecé a conversar con la señorita dueña de casa, se llamaba Mariana Loschbaun, mi único y gran amor, me pongo de

⁷ Lugar de venta o reparación de neumáticos (N.E.)



Comisión directiva de la Sociedad Española y Centro Castellano y Leonés de Casbas, mi grupo de amigos actuales.

novio y pasamos a formar una sociedad. En este tiempo mi padre y mis tíos se enferman, se me empieza a complicar la vida, los días no me alcanzaban, trabajaba ya muy preocupado.

Ya que Mariana y su mamá querían venirse al pueblo y la casa había que terminarla, con el tiempo contado, porque me lo pasaba viajando a Bahía Blanca, mi tío estaba internado allí, a los pocos meses se muere.

El siete de diciembre de 1977 decidimos casarnos. Con Mariana pasé los mejores años de mi vida, un matrimonio perfecto, vivíamos el uno para el otro, hasta que mi padre se enferma y luego muere. No muy lejos Mariana tiene un problema en una pierna y la operan, parecería que estaba todo bien, pero después de dos años la intervienen nuevamente, descubren que es cáncer. Empieza el tratamiento en Bahía Blanca, no conforme con eso también la llevaba a Olavaria, quería salvarle la vida a cualquier precio. En ese ínterin fallece mi tío Santiago, el único de la familia que me quedaba, la tristeza me invadía: estaba perdiendo de a uno (*sic*) las personas que más quería.

Veía cómo la mujer de mi vida se me iba, y no podía hacer nada, así fue como el diecisiete de octubre de 1994 muere y me quedo solo. Fue y es tan difícil vivir sin ella, así que me volqué de lleno al trabajo tratando de olvidar, cosa que no es tan fácil, pero le doy gracias a Dios porque tengo salud y con el correr del tiempo, me acostumbré a esta soledad.

En el año 2000 me jubilé con una mínima, pero seguí haciendo alguna changa, hasta que en el 2002 Mario Álvarez, presidente de la Sociedad Española, me propone ser un integrante de la comisión, cosa que me alegró mucho. Empecé a ir todos los días, llegan a la secretaría los formularios del *inmerso*,⁸ repreguntan si no quiero ir a España, pero primero teníamos que hacer contacto con mi familia, así que consiguieron que hablara por teléfono con ellos, después de cincuenta años de no tener noticias. Empezaron a preparar toda la documentación, y con gran alegría me otorgan el viaje, el sueño de mi vida se vería realizado, aprovechamos y festejamos con la comisión, mi viaje y los cincuenta años en la Argentina.

El dieciséis de mayo, llegué al aeropuerto de Ezeiza con mucho temor y a la vez una alegría enorme. Nunca había viajado en avión, pero no era el único, como yo había muchos, después de volar catorce horas, llegamos a Barajas, aeropuerto de Madrid. De allí nos trasladamos a Benidorm, con mucha ansiedad recorría las calles, estaba en mi patria. Fueron quince días donde no paramos de pasear y conocer, después llego a Zamora, vuelvo a mi pueblo querido, me dirijo a la iglesia para que me indiquen dónde vivía mi familia y me encuentro con un amigo de la infancia. Donde me vio me reconoció inmediatamente, me lleva a la casa de mis primos, el recibimiento fue maravilloso, al fin podía recorrer las calles, visitar a los amigos, me parecía todo un sueño.

Pasaron los días, entre agasajos y bienvenidas, hasta el alcalde del pueblo, hizo una fiesta en mi honor, estuve en la Diputación donde me recibieron Fernando Maillo, Juan Andrés Blanco y José Luis Bermúdez, pusieron todo su tiempo a mi disposición, y realmente me hicieron sentir su amigo. Después de cincuenta y cinco días, tenía que partir, ¡qué pena tan honda, tan triste la despedida!, pero tengo la esperanza de regresar algún día, ahora me comunico con ellos por teléfono y gracias al Centro Castellano y Leonés, lo hago por Internet y las distancias se acortan.

La verdad es que he sido feliz a mi manera o como me dejaron. No me quejo porque salud no me falta y mi vida continúa, viviendo solo, pero con muchísimos amigos y ganas de vivir. Esta es mi historia desde 1935 hasta el 10-11-2006 y la escribe Rogelio Carrascal Rodríguez.

⁸ Debe referirse al “Instituto de Servicios Sociales”, Inerser, Organismo al servicio de las personas mayores (N.E.).

TERCER PREMIO –III–

De Caboalles a Santa Fe

María del Alba Álvarez Buelta

Corría el mes de agosto en España y el 24 es el día que en mi pueblo, Caboalles, se festeja el día del patrono del lugar, San Bartolo. Desde las primeras luces, el pueblo se inunda con visitantes de los pueblos vecinos, de gaitas, cantos, y durante todo el día concursos, juegos y bailes en sus calles. La fiesta central es en el campo de baile, y en el parque de diversiones. Al final de la tarde se realiza el concurso de bailes típicos del pueblo, mas precisamente el “Baile del País”. Ese año ganó la pareja formada por Adela Buelta García de Bimeda, provincia de Asturias¹ y Felipe Álvarez Andrés de Robles, provincia de León. Así se conocieron, se enamoraron, más tarde unieron sus vidas y nací yo, María del Alba.

Nací entonces en Caboalles de Abajo, provincia de León, un 12 de febrero de 1927, con una gran nevada que cubría todo el pueblo. Según me contaron, ese año era el segundo día de Carnaval, será por eso que dentro de mí siempre existieron la alegría, la música y las ganas de vivir, aun en los peores momentos que nos tocó pasar.

Mi querido pueblo está en el Valle de Laciana entre montañas de la cadena Cantábrica que lo separan de la provincia de Asturias. Es una zona de minas de carbón que constituyen su principal fuente de trabajo y sustento. Todo alrededor es una conjunción de montañas arboladas y verdes prados donde solíamos ir a merendar en los días de verano.

¹ Hoy Principado de Asturias (Comunidad Autónoma) (N.E.).

Todavía me parece escuchar el murmullo del arroyo que atraviesa los prados y el pueblo. Cierro los ojos y pasan ante mi los días felices de mi niñez, mis amigas, los juegos con la nieve, los días escolares, el olor de las castañas asadas, la luminosidad del cielo, en fin, momentos maravillosos que la guerra tronchó abruptamente.

Mi madre nació en Bimeda, provincia de Asturias. La familia de su madre Trinidad era de León, pero se había casado con Manuel Buelta, un asturiano que la llevó a vivir a su pueblo y tuvieron 5 hijos. En el último parto falleció mi abuela y la criatura. La familia se disgregó: mamá quedó huérfana, junto con sus hermanos, con solo 2 años de edad. De mi madre y su hermano menor, Manuel, se hizo cargo una hermana de mi abuela materna: la tía Benigna como siempre se la llamó. Los tres mayores, Sofía, Amparo y José, estuvieron a cargo de un hermano de mi abuela, el tío Eduardo, que residía en Argentina, en Bragado, provincia de Buenos Aires y allí marcharon. Sin saberlo, ya la familia se movía a Argentina, donde con el tiempo y la guerra se completaría el exilio de todos.

Mi madre y su hermano fueron criados y muy bien instruidos por la tía Benigna, era muy culta y se dedicó mucho a ellos. Estudiaron hasta el equivalente de Bachiller. Después Manuel viajó a Argentina para evitar el servicio militar, que en esos tiempos era obligatorio y sobre todo muy peligroso. Mamá entonces quedó sola y continuó estudiando y cuidando de la tía que ya tenía sus años y comenzaba a atacarle el reuma.

La familia de mi madre era descendiente de la Casa de las Rozas que pertenecía a la nobleza, era bisnieta de la Marquesa de Inicio y Condesa de Rebolledo. Es por esto mensualmente recibía una pequeña renta vitalicia que correspondía a cada uno de los herederos de dicha marquesa.

Mi madre fue toda una mujer: trabajadora incansable, agradecida, inteligente, preparada, alegre, comprensiva y de mucho sentido común. Con el calvario que vivimos durante la guerra y nuestra emigración, nunca demostró la tristeza que sentía ni la pena que le causó dejar su hogar; la sonrisa nunca se borró de sus labios y siempre afrontó con valentía y entereza todas las dificultades que sufrimos.

Mi niñez transcurrió así, muy feliz, rodeada del cariño de mis padres y de la tía que me adoraba. Solamente extrañaba a veces los juegos de chicos, pues como hija única no tenía con quien compartirlos.

Pero nada es eterno. Y un día fatídico, el 18 de julio de 1936, estalló la guerra. El General Francisco Franco, se sublevó en contra del gobierno de la República y con su ejército, avanzó sobre España. Algunas provincias lo ayudaron, otras no. Nuestra región estaba a favor de la República.

Mi padre tenía sólidas ideas democráticas y progresistas aprendidas en Argentina, aunque no militaba en política, era republicano; y sus ideas eran

Caboalles



Mi madre



Mi madre y la tía Benigna



Mi padre



Mi madre



Mis dos años en el patio de la casa



Mi padre



El almacén y la casa con el balcón



Mi madre en el almacén

conocidas en el pueblo. Mamá no pensaba igual, pues descendía de una familia tradicional y más conservadora, pero llegado el momento, estuvo siempre con él.

Las tropas de Franco avanzaban y se acercaban peligrosamente a la región, así que seguimos el consejo de un antiguo vecino, que nos apreciaba mucho, y nos recomendó que dejáramos el pueblo de inmediato, pues corría peligro la vida de mi padre. Fue un día después de almorzar en que nos decidimos a partir, pero con ilusión que la guerra terminaría pronto y podríamos volver a casa pronto.

A la tía y a mí nos trasladó una camioneta de milicianos hasta Cangas (Asturias), donde nos ubicaron en un hotel indicado por mamá. Allí esperaríamos a mis padres. Ellos llegaron al día siguiente de mañana después de haber cruzado la montaña de noche y a pie para no ser vistos. Mamá llegó con las zapatillas destrozadas y supongo que su corazón también. Salimos de casa con lo puesto y nunca más volvimos a vivir en ella. Atrás quedaba una vida feliz, tranquila, alegre para mí, llena de sueños y esperanza de progreso para mis padres. Frente a nosotros se abría el abismo de un futuro incierto, lo mismo que para mi querida España. Lo que parecía ser una pequeña sublevación se transformó en una terrible y cruenta guerra civil que duró tres interminables años.

Durante esa noche los milicianos, con el consentimiento de papá, sacaron de nuestro negocio toda la mercadería que pudieron. Pero mucho quedaba todavía y al día siguiente cuando entraron las tropas de Franco, arrasaron con todo y destruyeron lo que no podían llevarse, tanto del negocio como de nuestra casa. Cuentan los vecinos que rodaban por la calle nuestros muebles, ropa, papeles, fotos y sobre todo los libros, libros que mi tía había heredado de un primo sacerdote quien poseía una biblioteca completísima, hasta contaba de un volumen de la primera edición de la Gramática Castellana de Nebrija, que era toda una reliquia.

En una pocas horas habíamos perdido todo: negocio, casa y pueblo, pero estábamos con vida y los cuatro juntos, mi padre, mi madre, la tía y yo, y con la firme esperanza de que en corto tiempo, volveríamos. Lo que no nos imaginábamos era que la guerra iba a durar tanto, que el ganador sería Franco y que no volveríamos más.

De aquí en más, seguimos escapando siempre, huyendo delante de las tropas de Franco pero siempre juntos. Padecimos angustias, miedos, hambre, frío. Pero siempre me aferraba a mi muñeca preferida y a una sombrilla verde que fueron lo único que saqué de casa y llevé conmigo todo el tiempo. Suponía que la muñeca me acompañaba y la sombrilla me protegía.

En esas condiciones recorrimos Asturias y Cantabria, hasta llegar a Bilbao, donde mi madre recurrió a una prima suya que nos auxilió facilitándonos dinero y una casita de fin de semana para que viviéramos en un pueblo de la montaña, Urioste. Queda en la parte alta de Portugalete, donde está el famoso Puente Colgante. Me parece estar viéndolo, tan alto, tan grande...

Estábamos al principio de la ría que atraviesa toda la zona industrial de fábricas y altos hornos siderúrgicos. Era por esto que esta zona era defendida y también tan bombardeada.

Desde donde vivíamos teníamos una vista magnífica que me deslumbraba: la entrada de la ría se abría a la inmensidad del mar y continuaba con el azul del cielo. De ese cielo profundo e interminable y desde donde al poco tiempo veríamos llegar los aviones que nos atacarían casi continuamente. Fue una época durísima. Nos daban una libreta de racionamiento con la cual podíamos comprar unos escasos alimentos pero cada vez en menos cantidad, todo se terminaba.

Desde mis 8 años, no alcanzaba a comprender bien la gravedad de la situación que estábamos viviendo con mi familia y con mi inocencia disfrutaba con los chicos del pueblo. Con ellos y sobre todo con una amiga refugiada de San Sebastián, recorríamos todos los campos vecinos juntando algo para comer. Comimos primero las zanahorias que quedaban, cuando estas se terminaron, fueron los nabos y las algarrobas, y finalmente los caracoles que salían después de la lluvia; pero esos yo no los comía, no me atrevía, y entonces los cambiaba en el almacén del pueblo por un poco de pan, negro por supuesto, porque blanco ya no había.

Tareas que eran interrumpidas por las sirenas que anunciaban la llegada de los aviones. Era tal el miedo que tenía a los aviones, que antes de que ellas sonaran oía el zumbido de los aviones desde muy lejos. Aparecían repentinamente sobre las olas del mar, siempre venían del mismo lugar, volando muy bajo, sabiendo que los republicanos no tenían defensas. Ametrallaban todo lo que se moviera, ganado y personas. Yo corría y me protegía guareciéndome bajo los árboles, me parecían más seguros que quedarme dentro de la casa. Las balas pasaban a mi alrededor silbando y moviendo las hojas que tocaban pero yo estaba segura que me protegían. Los aviones iban y venían, muy bajos, fueron días terribles. En esos momentos sentía latir el corazón tan fuerte, me parecía que iba a salir de mi cuerpo, no tenía miedo por mí sino por lo que le pudiera pasar a mis padres que se quedaban en la casa con la tía que ya no podía caminar hasta el refugio. Nunca la dejaron sola.

El día que destruyeron Guernica, los aviones volaron sobre nosotros durante todo el día, iban y venían continuamente zumbando a muerte.

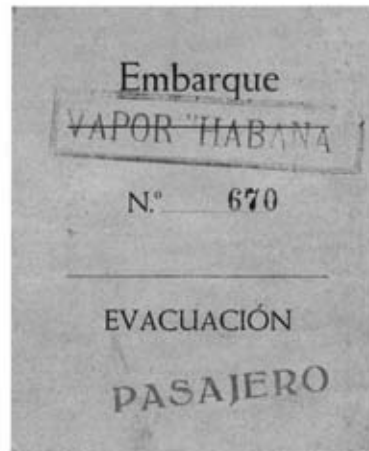
Mientras convivíamos con la metralla, mamá recorría los caseríos de la zona buscando quien le vendiera algo de comida y papá iba a los molinos que molían el maíz donde le cambiaban harina por cigarrillos que él había alcanzado a sacar de nuestro negocio.

Mi padre comenzó entonces con los trámites para poder salir de España y viajar a Argentina como única alternativa. Él se había naturalizado cuando estuvo en Argentina, lo que nos permitía intentar salir, de contrario hubiera

La partida



Pasaporte Argentino de papá



sido imposible. Solo salían mujeres, niños y extranjeros. Pero muchas cosas debían ocurrir prácticamente juntas: que la embajada nos permitiera salir como familia, que la tía sea recibida por alguien que garantizara que no iba a ser una carga para el Estado, y el dinero de los pasajes. Toda nuestra esperanza era entonces el tío Eduardo que años atrás se había hecho cargo de los

hermanos de mamá al morir su madre y ahora le tocaba recibirnos a nosotros. Los trámites duraron meses interminables porque el trabajo en la embajada era muy irregular. Papá iba caminando a Bilbao, dos horas a pie de ida y otras dos de vuelta, muchas veces para nada. Los últimos días a las metrallas se sumaron las bombas. Todos corrían varias veces al día a los túneles del tren que servían de refugio, como no podíamos llevar ya a la tía de ese modo, mis padres resolvieron que los túneles fueran nuestro nuevo hogar. Allí fuimos y compartimos esa situación límite con otros refugiados y pobladores de la zona. Gracias a Dios fueron pocos días. Alcanzamos a embarcar en el último barco que salió de Bilbao. Era un buque inglés de la Cruz Roja Internacional; iba atestado de pasajeros, todos de pie y nadie pudo sentarse en todo el trayecto. El viaje duró unas pocas horas ya que cruzamos el Golfo de Vizcaya para llegar a La Rochelle, el primer puerto francés.

Salimos de noche en el “Vapor Habana”, a lo lejos los obuses iluminaban el cielo que íbamos dejando destruyendo todo y por delante de nosotros en una noche muy negra se abría un futuro nuevo, incierto y con lo puesto.

Al poco tiempo de navegar, un destructor alemán, el Graf Spee, nos cortó el paso con intenciones de llevarnos a un puerto de Franco, pero enseguida aparecieron dos buques de guerra ingleses que custodiaban nuestra embarcación. Intercambiaron señales de luces durante un tiempo que nos pareció interminable, se estaba decidiendo nuestro futuro. Al final los alemanes se retiraron. Fue el mismo destructor que años más tarde, al final de la Segunda Guerra Mundial, hundieron los aliados en el Río de la Plata frente a las costas Argentinas.

Por fin llegamos a Francia, con toda la tristeza de dejar la querida España, pero que alivio no escuchar sirenas, bombas ni ver el humo de los incendios, ni destrucción y penas. Estábamos entrando en una era de paz, aunque fuera en un país extranjero.

En el puerto francés nos trasladaron a un barco mayor hasta que concluyeran los trámites aduaneros, que demoraron bastante porque había muchos españoles tratando de entrar y permanecer en Francia. A los refugiados, los alojaban en campos donde les suministraban alimentos pero no les permitían salir. Mi padre para evitar eso, consiguió que nos alojáramos en una pensión y sin tener ni un céntimo, a la espera del dinero que enviaría el tío Eduardo desde Argentina, que nos permitiría embarcar hacia el tan soñado futuro americano.

Mientras duró la espera íbamos a comer al barco; las mesas las tendían sobre toda la cubierta, nos ubicaban por turnos porque éramos muchos y no cabíamos. Cuál no sería mi alegría cuando el primer día vi, al lado de cada plato, un pan flauta larguísimo y blanco; pan que hacía más de un año que no comía. Y además de ese pan servían un plato de lentejas que a mí no me

gustaban, pero las comí como el mejor manjar para disimular y no sólo eso, sino que al terminarlo, di la vuelta rápidamente y me senté en otra mesa para poder disfrutar y saborear un nuevo pan. Pero cuál no sería mi sorpresa al levantar la vista y ver que frente a mí estaba mi padre mirándome asombrado y estupefacto; pero ante mis señas siguió paseando haciéndose el distraído. Nunca olvidaré el olor y el sabor de ese pan... y el de las lentejas.

Lentamente el panorama se iba aclarando, los trámites por fin fueron concluidos.

Papá con su francés aprendido en el Colegio “Sierra Pambley”² se defendió muy bien y logró instalarnos en un hotel, donde esperaríamos la llegada del giro de Buenos Aires. Gracias a Dios en el hotel no nos pidieron ningún anticipo, pues en ese momento no disponíamos ni de un duro. ya que de España no se podía sacar dinero ni alhajas.

Muchos años después, me confesó mi madre, que durante esa espera interminable, estaba tan nerviosa que le era imposible dormir, entonces se paseaba por la habitación mientras dormíamos y descalza para que no se escucháramos sus pisadas.

Pero todo llega, y una mañana luminosa se oyó en el patio una voz preguntando por Monsieur Álvarez, era el ordenanza del banco que requería la presencia de papa: el tan ansiado giro había llegado. Las penas iban disminuyendo y un futuro nuevo se abría ante nosotros.

Después de proveernos de alguna ropa presentable y de comprarme una cestita de fresas, emprendimos el recorrido terrestre en tren hasta el puerto donde embarcaríamos hacia la Argentina.

En trenes modernísimos que nunca había visto, atravesamos toda Francia, desde La Rochelle en el sur, hasta Cherburgo en el norte. En esa travesía de trenes hicimos varios trasbordos y en cada uno debíamos encontrar una silla de ruedas, única forma de trasladar a la tía. Llegamos entrada la noche. Al entrar al puerto quedé maravillada, todo me parecía de cristal, podía divisar los barcos que entraban y salían con sus luces titilantes como inmensas luciérnagas. Por fin atracó nuestro barco y en él nos ubicamos, muy ansiosos y a la vez con temor a lo desconocido. ¿Qué nos esperaba después de cruzar tanta agua?

Los días se fueron sucediendo. Dejamos atrás Francia, España y Portugal. La familia seguía unida y confiando en que el futuro sería bueno. A los tres días de dejar Lisboa una triste noche, la querida tía Benigna, falleció. Tenía ya 80 años y habían sido demasiadas las emociones y angustias vividas en esos últimos tiempos, para su cansado corazón y su cuerpo castigado por el reuma.

² Fundación dedicada a actividades educativas, nacida en 1887, guiada por la Institución Libre de Enseñanza (N.E.).

Argentina



Mis padres y yo. Paraná.



Factura de la compra del piano.



Mi casamiento en Santa Fe, 1950.



¡Qué pena para todos nosotros! sobre todo para mamá, tener que resignarse a dejar en el mar a quien la había criado, después de tanto luchar con ella y por ella. Fue uno de los momentos más tristes de mi vida. La familia había perdido uno de sus miembros, tan querido por todos. Allí quedó, como si quisiera aferrarse a la historia que terminábamos de vivir.

Desde mi inocencia e inquietud, recorría y descubría todos los rincones del barco. Un día al final de un largo pasillo, encontré un salón de estar muy amplio y en el centro había un hermoso piano de cola. Recuerdo perfectamente el impacto que tuve al verlo, tan grande, tan perfecto, tan imponente, esos sonidos cuando mis dedos tocaban torpemente las teclas. Y allí nació en mí la ilusión de poder tocarlo algún día. Ilusión que nunca perdí, que se hizo realidad y que fue una parte importantísima de mi vida incluso hasta estos días.

El barco siguió su marcha; Río de Janeiro, sus playas, el Pan de Azúcar, y el inigualable Corcovado con el Cristo con sus brazos abiertos. Fuimos dejando Brasil, y en unos días entramos en inmenso Río de la Plata, que a mí me pareció un mar de café con leche. Luego de algunas horas de navegarlo, por fin vimos las luces brillantes de la que sería nuestra segunda patria, la querida Argentina.

En el Hotel de Inmigrantes nos esperaban los sobrinos de mamá, a quienes no conocíamos; llegaron hasta nosotros a través de un altavoz reclamando a “Adela Buelta”. Qué impacto escuchar el nombre de mamá en esas circunstancias. Era la noche del 29 de Junio de 1937, el día de San Pedro y San Pablo. El sueño de dejar atrás la guerra se había cumplido. Empezaba para nosotros una nueva vida muy distinta a la que dejábamos, pero llena de esperanzas y sobre todo, dispuestos a gozar de la paz tan deseada.

Llegamos entonces a Bragado y mamá pudo al fin tener la alegría de conocer a sus otros hermanos: Sofía, Amparo y José que habían emigrado al morir su madre. Todos sintieron enormemente la pérdida de la tía Benigna, y una vez más, la familia se resignaba ante una pérdida.

Después de las primeras alegrías del conocimiento mutuo, se comenzó a proponer y considerar distintos proyectos para nuestro futuro, a los que renunciamos pues mi madre prefería instalarnos donde se encontraba el otro hermano y con el que se había criado con la tía, Manuel. Él vivía en Paraná, Entre Ríos, y hasta allí marchamos todos, previo agradecimiento al tío Eduardo por lo que había hecho por nosotros, nos había sacado del infierno de la guerra.

En esa nueva ciudad formamos nuestro nuevo hogar, junto al tío Manuel. Tenía un puesto de frutas y verduras en el Mercado de Abasto y mi padre comenzó a trabajar como contador. Vivíamos únicamente con lo indispensable, llevando una vida humilde y austera.

En ese tiempo volvió a surgir en mí el sueño de la música y mamá con mucho sacrificio me envió a estudiar piano con una excelente profesora. A los 4 meses ya tocaba mis primeras piecitas. Qué alegría tuvieron mis padres el día que me escucharon por primera vez. Al poco tiempo, con mucho sacrificio y estricta administración del sueldo de papá, pude tener mi piano (y que todavía poseo). Un sueño que se hacía realidad y que se compraría en interminables plazos. Con qué gusto y alegría estudiaba, no podía creer cuando veía

mis dedos pulsar las teclas y escuchaba esos sonidos que me llegaban hasta el alma. Recuerdo a mi madre contemplándome en las tardes mientras estudiaba y con una sonrisa de satisfacción en sus labios, mientras tejía prendas al crochet, que luego vendía para comprarme los libros que yo necesitaba.

Cuántas cosas cambiaron. Qué distinta la vida que llevábamos a la que habíamos dejado en la querida España. Sin embargo, nunca vi a mi madre triste ni desesperanzada, siempre se mantuvo firme y sonriente, con la frente alta y solucionando de alguna forma los problemas que surgían; pero como ella siempre decía: *“Estamos vivos y juntos, y eso es lo que importa”*. Ahora, con el paso del tiempo y a mis 80 años, comprendo todo lo que querían significar esas palabras, y cuántos sufrimientos le habría costado a ella mantenerse siempre erguida y tan positiva.

Mi niñez en Paraná transcurrió entonces tranquila y feliz, tuve nuevas amigas y una nueva escuela. En esa época hice mi Primera Comuni3n y comprendí una vez más cuánto tenía que agradecer a Dios por habernos llevado a un puerto seguro y donde se nos abrían las puertas con cariño en un país que se convertiría en nuestra nueva patria y a la que tanto tenemos que agradecer.

En esa época el padre de una amiga mía le ofreció a papá el cargo de contador en una zapatería, que abriría en la ciudad de Santa Fe.

Entonces fue así como la familia una vez más dejaba atrás una etapa para emprender otra nueva y nos trasladamos a la que ya sería el lugar permanente donde transcurrían nuestros destinos hasta hoy.

Quizá el nombre de la ciudad, “Santa Fe”, donde llegábamos nos inspiró confianza, y nuestra vida, con los altibajos de siempre, se debió llenar de fe. Tiempo después, se cerró la zapatería, y mis padres decidieron abrir las puertas de un negocio propio gracias a un préstamo del hermano de mamá en la calle San Martín: la zapatería “Primor”. Nuevamente la familia ayudándose en la necesidad, y nosotros frente a un nuevo proyecto, un nuevo desafío, pero al fin, algo propio.

Mientras continuaba siempre con las clases de piano, ingresé en la Escuela Normal para ser docente. Mi madre siempre me inculcó que la única fortuna de la cual se es realmente dueño y nadie puede quitarte es El Saber. *“Lo que tú tengas dentro de tí”*. Por eso procuré cumplir con su deseo y tratar de que mi vida interior fuera plena, y el destino me lo corroboró ampliamente.

Junto con los estudios, mi adolescencia alternaba con la concurrencia a los centros españoles donde íbamos con toda la familia, éramos siempre recibidos con los brazos abiertos y mis padres disfrutaban mucho de esa convivencia con sus compatriotas. Íbamos a la Sociedad Española de Socorros Mutuos y también al Centro Asturiano. En las fiestas actuaba con un conjunto de teatro y bailes típicos que me gustaba mucho verlos y que se llamaba “La Panoya”.



Su Majestad el Rey
(y. D. y.)
y en Su nombre
El Embajador de España,
tiene el honor de invitar a

Doña María del Alba Álvarez Vuelta

a la recepción que Sus Majestades las Reinas ofrecerán a la
Colectividad Española con ocasión de Su Visita a Rosario (República Argentina),
que tendrá lugar el día 17 de noviembre de 2004 a las 13.30 horas,
en el Centro Cultural del Complejo Parque de España
(el Sarmiento y el río Paraná).

CENTRO ASTURIANO DE SANTA FE

Sra. Alba García Puente

SE Acreditación
12 de Diciembre de 2003

[Firma]

PREMIO AL MÉRITO

Concedido a
Doña Alba García Puente

Por su colaboración a la obra y su constante apoyo al grupo y a la institución

Presentado por
Grupo Folclórico Asturiano "La Panoya" del Centro Asturiano
29 de Noviembre de 1997

[Firma]

Centro Asturiano
95
Años
de Santa Fe
1908 - 2003

"No vale más el que sabe mucho,
sino el que hace mucho
con lo poco que sabe"
Hugo Orlitz

A la Sra. *M^{ta}* del Alba de García Puente
en reconocimiento a su constante
apoyo a la Institución.

Santa Fe, Noviembre 2003

[Firma] *[Firma]*

SECRETARÍA PRESIDENCIA

SOCIEDAD ESPAÑOLA
de
SOCORROS MUTUOS
de
SANTA FE

SANTA FE, Julio 11 de 1964

Señorita
María del Alba Álvarez

Tenemos el agrado de comunicarle que en sesión del
día 07 del corriente, celebrada por la Comisión Ejecutiva,
de este Ud. aceptado en el carácter de socio activo de esta
Institución, quedando inscripto bajo Matrícula N.º 249.-
Confianza en su buena voluntad para que la Sociedad
lleve a cabo felizmente sus fines, saludamos a Ud. atentamente.

[Firma] *[Firma]*

SECRETARÍA

De Caballes a Santa Fe

Un buen día me invitaron a participar en este grupo como pianista y fue entonces, a los 16 años, que conocí al que sería el amor de mi vida, Juan Carlos; un violinista de música clásica que dirigía la parte musical del conjunto, pero que también tocaba maravillosamente la gaita. Juntos trabajamos fervorosamente en las tradiciones musicales del conjunto. Más tarde empecé a ser su acompañante en sus conciertos y luego su acompañante en la vida también.

Nos casamos en el año 1950, yo ya era maestra y profesora de piano y pianista, siempre llevé dentro de mí el amor por la música. Eso fue quizá lo que nos unió toda la vida y nos permitió ser tan felices, compartíamos el amor y también el trabajo.

Después de terminar mis estudios empecé a trabajar como docente haciendo reemplazos en la Escuela Sarmiento, y en mi casa dando clases particulares de piano. Me presenté y gané un concurso que se realizó en el Liceo Municipal de la ciudad de Santa Fe y trabajé allí de profesora de piano durante 32 años hasta que me jubilé. Mi esposo, que también fue profesor de violín, llegó a ser el Director de dicho Liceo y el primer violín de la Sinfónica de Santa Fe. Todo esto lo alternábamos preparando de vez en cuando alguna ópera o zarzuela, y tocando en las festividades de colectividad, pero él la gaita y yo la pandereta.

Así continuó nuestra vida familiar, con los altibajos propios de cada uno. Mis padres con su negocio, Juan Carlos con su exitosa carrera de violinista, los chicos con sus estudios, y yo entre mi trabajo de profesora de piano, esposa y madre. Tuvimos dos hijos que son excelentes y a través de los años no nos dieron más que felicidad: Carlos Felipe y Juan José. Más tarde, llegaron los nietos. Hoy tengo 5: María Laura, María Jimena, Carlos Ignacio, Lucía y Julia. A las dos más pequeñas Juan Carlos no tuvo la dicha de conocerlas.

De esta forma transcurrió nuestra vida feliz y plena, alternando nuestro trabajo con la formación de los hijos. Nuestra convivencia y cariño siempre se vieron fortalecidos por el amor a la música, que nos unió aquellos años que vivimos juntos.

Pero nada es eterno, y en menos de 10 años perdí a mis padres y a mi gran compañero, mi único amor. Hace 24 años que no está con nosotros, pero permanece inalterable en todos los momentos de mi vida y la música de su violín no se borrará jamás de mi memoria ni de mi corazón. Además me dejó un tesoro incalculable que son los hijos y en este momento constituyen mi sostén física y moralmente. Son odontólogos los dos, pero también dentro de ellos vibra el amor por la música que vivieron en casa y sus dedos, además de manejar el torno, tocan las cuerdas de la guitarra y los palillos del tambor para las jotas.

Siempre estuve cerca y traté de colaborar con diferentes instituciones sociales. Tuve diversos cargos en la Sociedad Española de Socorros Mutuos, actualmente integro la comisión del Centro Asturiano como vicepresidenta y con la llegada de la Comunidad Castellana “Mi Tierra”, soy socia de la misma y comparto sus eventos. También participo y fui presidenta del Rotary Club, una entidad de servicio.

A pesar de mis años, que ya me pesan, no dejo de ir a los ensayos y actuaciones del grupo folklórico que tanto me gustaba ver cuando era muy joven

“La Panoya”. Hoy soy su asesora, canto con ellos y hago sonar lo mas fuerte que puedo la pandereta en la fiestas; los guío, oriento y les marco el ritmo. Mis padres ya no están, mi marido tampoco, pero las tradiciones del terruño sí. Por eso es que no puedo dejar de emocionarme al ver bailar a mis nietas pequeñas la Jota y sobre todo el “Baile del país”, baile con el que se conocieron y enamoraron sus bisabuelos, Adela de Bimeda y Felipe de Robles, aquel día de San Bartolo hace tantos años, tanta guerra, tantos sufrimientos y tantas pérdidas.

Cuántos recuerdos vienen a mi mente de mi querido pueblo y mi infancia. Cómo me acuerdo cuando en el año 1982, después de recibirse nuestros hijos, pensamos en cumplir un viejo y anhelado sueño nuestro: poder regresar a España. Mi marido era hijo de asturianos y lo deseaba tanto como yo.

Nadie que no lo haya vivido puede imaginarse lo que es volver a su tierra natal, verla desde el avión, contemplando los cuadrados de los prados de distintos colores, mezclándose con los grupos de casitas que formaban las ciudades.

Primero fue Madrid, luego León y mas tarde Villablino, el Colegio Sierra Pambley donde había estudiado mi padre. Pensar que esa era mi querida y hermosa tierra, el lugar donde nací, y que tan bruscamente tuvimos que abandonar. Habían pasado 45 años, toda una vida. A medida que el autobús avanzaba y nos acercábamos a mi pueblo, mi corazón palpitaba cada vez más fuerte. Sentía que volvía a ser la niña que jugaba por los prados y con la nieve, y me veía con mis queridas amigas asando las castañas en la estufa de la escuela. Justamente mi escuela fue lo primero que vi, estaba allí, igual, me parece un poco más pequeña, pero con niños que ojalá que nunca tengan guerra. Seguimos avanzando y pude divisar un sendero que descendía sobre la carretera y por el que yo me escapaba para jugar con las otras niñas. Más adelante ya no pude más y mis ojos se llenaron de lágrimas. Frente a mí estaba la soñada y recordada casa donde nací, donde estaba el negocio de mis padres, con su verja oscura, sus escaleras laterales y el balcón desde donde la tía Benigna y yo veíamos pasar los vecinos y la vida. Nada había cambiado, todo estaba igual, quizá con más casitas blancas y una Iglesia nueva, pero yo lo veía igual.

Reviví mi niñez y esta vez acompañada por el hombre que compartió conmigo mi vida, mis recuerdos y la alegría del reencuentro. Fue algo inolvidable. Pude unir el pasado y el presente, mi infancia y mi madurez, pude volver a mis recuerdos a mi pueblo, a mi casa, y a mis antiguas amigas que ya estaban mayores como yo.

Volví varias veces a España, pues la vida me premió permitiéndome hacerlo siempre con la colaboración de mis hijos, pues ellos saben lo que

significa para mí el poder regresar a mi pueblo para la fiesta de San Bartolo, y siempre tratan de que ello sea posible.

A medida de que pasan los años vuelven a mí con más insistencia y claridad los días de mi niñez, las montañas y los prados verdes, los sones de las gaitas, el canto de las mujeres que iban a lavar al río, en fin, todo lo inolvidable que constituía mi niñez.

Pero la vida que es una gran maestra me enseñó mucho y sobre todo me enseñó a entender que, si bien el desarraigo es terriblemente triste y doloroso, también tiene una faz positiva y es que me permitió tener otra patria además de la que me vio nacer, una patria nueva, amplia y generosa que nos recibió con los brazos abiertos y donde encontramos la paz, trabajo y yo en particular, el amor. Los dos aspectos del desarraigo entrelazados constituyen mi vida.

Muchas gracias Argentina por lo que me diste, pero yo también te dejo mucho: mis mejores años, mis hijos, hombres de bien que contribuirán a tu grandeza, y mis queridos nietos que constituirán el futuro. Atrás quedó España que siempre permanecerá en mi corazón; y ante mí Argentina, la otra Patria que nos recibió con los brazos abiertos y la generosidad de una madre amantísima.

En momentos de reflexión y nostalgia, con mis manos ya un poco reumáticas como las de la tía Benigna, toco el piano que me compraron mis padres en Paraná con tanto esfuerzo y repaso en soledad pero rodeada de retratos, algún concierto de los que tocaba con mi marido, el pasodoble Suspiros de España y el Baile del País, que bailaban mis padres en la fiesta de San Bartolo, cuando se conocieron el 24 de agosto de 1925.

MENCIÓN ESPECIAL –I–

Cruzando los Pirineos

Santiago Álvarez Marín

¡España querida! ¿Cómo pude vivir más de cincuenta años sin verte? ¿Por qué siendo el mundo tan bello, muchos niños tienen que sufrir los horrores de la guerra y de la emigración, no pudiendo jugar y crecer en paz, con su familia, como ellos merecen?

Durante la Guerra Civil española y en los años posteriores a la misma, se vieron obligadas a emigrar del país más de un millón de personas; muchas de ellas eran niños. Muchos de aquellos niños sufrieron enormemente durante el resto de sus vidas, al punto, que hoy se conocen casos en los cuales varios de ellos no pudieron jamás encontrar a sus progenitores.

Yo soy uno de aquellos niños, que sin saber por qué, tuve que abandonar prácticamente toda mi familia, separarme de mi padre, (que representaba para mí, algo así como un ídolo personal), de mis abuelos, tíos, primos, tuve que dejar de ver la calle donde di mis primeros pasos, donde aprendí a jugar, dejar de disfrutar de las uvas, los higos, los melocotones, las peras y manzanas tan ricas de la finca “*Su Pacio*” de mi abuelita Cipriana, de correr y saltar por sus prados a mis anchas. Yo soy uno de aquellos niños que compartió con su madre y su hermana mayor una página muy dolorosa e inolvidable de nuestra historia: “La Emigración hacia Francia, cruzando Los Pirineos”.

Mis padres contrajeron matrimonio en uno de esos movimientos de las tropas de la República, en que acamparon no muy lejos de Madrid. Entonces mi madre fue allí con mi abuela e hicieron una boda de campaña, mi padre vestido de militar, mi madre vestida de novia, aunque con ropa negra, rodeados por la tropa de la compañía que comandaba mi padre en aquel entonces,

mi madre con cara seria, mi padre todo risueño. Él... español, nacido en un pequeño pueblito, Lago de Carucedo, provincia de León, a sólo 20 kilómetros de la ciudad de Ponferrada, hijo de Francisco y de Cipriana, ambos oriundos de aquel mismo lugar, donde tuvieron cinco hijos: Santiago, Jesús, Manuel, Josefita y Arsenio. Ella... también de familia pobre; hija de Consuelo, de Madrid, y de Julián, de Albacete; matrimonio que tuvo cuatro hijas todas nacidas en Madrid, Isabel, Pepa, Blanca Luisa, mi madre, y Rogelia.

Dada la precaria situación económica de mis abuelos maternos, desde muy joven mi progenitora fue para un taller donde aprendió corte y costura. Allí se quedó trabajando este oficio, el cual llegó a dominar a la perfección, la acompañó para toda la vida, y gracias a él, nos vestimos muchas veces el esposo, los hijos y más tarde nietos y biznietos. Mi hermana mayor y yo nacimos en el mismo edificio donde nacieron mi madre y todas sus hermanas, en el edificio con el número 4 de la calle Carranza, en Madrid. Aunque vivimos mucho tiempo en Ponferrada, y nos pasábamos muchos días en la casa de la abuela en Lago, donde corríamos y jugábamos a nuestras anchas en su finca “*Su Pacio*”, allí si nos sentimos felices.

Mi hermana nació el 3 de septiembre, del mismo año en que nació el actual Rey de España, Don Juan Carlos de Borbón, 1938, con la pequeña diferencia de que a mi madre la condujeron a dar a luz en un vehículo *sui-generis*: un camión cargado de explosivos, y la mamá del futuro rey, aunque no conocemos los pormenores, es casi seguro que no haya corrido la misma suerte.

Yo nací en el 1941, cuando ya hacía casi dos años había concluido la guerra, cuando se inauguró un nuevo gobierno en España, con la mayoría falangista.

Mi padre ingresó en el 5^{to}. Regimiento¹ el 19 de julio de 1936, ese mismo día fue ascendido a cabo. El 4 de agosto del mismo año fue ascendido a sargento de Infantería, siendo destinado al frente de Toledo, en el cual el 19 de septiembre es ascendido a teniente de Infantería, siendo destinado a Pozuelo de Alarcón y a Somosierra, lugar este último en el que recibe el ascenso a capitán de Infantería.

En enero de 1937, siendo capitán jefe de Compañía del 110 Batallón de la 28 Brigada Mixta, es destinado a Cuenca para el 4^o Cuerpo de Ejército y de allí a la Sierra, al mando del coronel Jurado. En 1938 fue trasladado al frente de Teruel, al 19 Cuerpo de Ejército, al mando del coronel Vida, en la misma Brigada pero en el 111 Batallón. Allí lo sorprende el final de la Guerra, cayen-

¹ Cuerpo que se crea nada más comenzar la Guerra Civil, de afiliados al Partido Comunista de España (N.E.).

do preso en el campo de concentración de Uriel (*sic*)². Posteriormente estuvo preso en Carabanchel, Porlier, San Marcos y Salesas.

Como ustedes podrán apreciar, por haber terminado la guerra con los grados de capitán, siendo Jefe de un Batallón, del Quinto Regimiento, al triunfar el franquismo, su vida, como la de los soldados del Ejército republicano comenzó a peligrar grandemente, mucho más la de los que ocuparon cargos de oficiales.

Fueron objeto de todo tipo de persecuciones, un gran número de ellos, víctimas de delaciones, fueron fusilados o encarcelados y como la cantidad de prisioneros llegó a ser tan numerosa, se crearon campos de concentración. Mi padre se había escapado ya en dos ocasiones de uno de estos lugares, sin lugar a duda que su vida, como la de todos los oficiales republicanos, comenzó a peligrar. Así las cosas, decidió huir de aquel régimen a través de los Montes Pirineos hacia Francia y acordó con mi madre que luego pasara ella con los muchachos (mi hermana mayor y yo).

Al cabo de un tiempo nos enteramos de todas las peripecias de papá, en el cruce de aquella frontera natural, de todo lo que hizo para que su mujer e hijos no vivieran tan dramáticos momentos como los vividos por él.

Cuando ya mi padre se instaló en París, llegó el aviso y la explicación de todo lo que tendría que hacer mi madre para pasar aquella gran prueba y reunir de nuevo la familia.

Pudiera a cualquiera parecerle cosa fácil, pero situémonos en el caso de una mujer, sola, sin conocer a ninguno de los que trabajarían como guías, sin conocer aquel inmenso camino a recorrer, sin experiencia alguna de esta u otra travesía de igual índole, y para colmo de males, realizándola en el mes de enero, cuando el frío en estos lugares te cala hasta los huesos, y aún más, con la responsabilidad de llevar consigo nada menos que a sus dos pequeños hijos.

Allá en Francia, la esperaba ansioso su media naranja, sabiendo mejor que nadie, por haberlos pasado antes, los peligros a que debían enfrentarse.

Muy conocidos eran para mis padres los casos de muchos que fueron apresados por la Guardia Civil española en estos intentos, y lo cruel que había sido el franquismo con todos los que trataron de abandonar España clandestinamente cruzando la frontera con Francia y lógicamente ante tanta crueldad y exponiendo tanto como sus propias raíces, es obvio suponer la inmensa angustia y preocupación que embargaba tanto a mi madre como a mi padre.

Mi madre, experta costurera, nos confeccionó para mi hermana y para mí unos gruesos abrigos y nos compró unas boticas altas que abrigan bastante.

² El autor se refiere a Utiel, Valencia, donde sí existió un campo de concentración al acabar la Guerra Civil (N.E.).

El viaje lo haríamos con dos guías vascos, a los que al entregarnos en la frontera con Francia, mi madre les daría el dinero acordado.

Llegó el día de decirle adiós a mi tan querido Lago de Carucedo³, el pueblito de mi padre y de mi abuelita paterna, pueblo que no volví a ver hasta más de cincuenta años después, cuando allí ya no están ellos, ya no esta la finca de la abuela, cuando todo es distinto... ¡dicen que la laguna ya no tiene sanguijuelas!

Durante toda mi vida he recordado con inmenso cariño aquel pueblito, que toma su nombre por una hermosa laguna que posee y por su cercanía al pueblo de Carucedo y he soñado con él infinidad de veces, pasaban años, pasaban años... y con el paso del tiempo me convertí primero en joven, luego en adulto y ahora en viejo, y ahora, ya con el pelo todo blanco, cuando apenas me quedaban esperanzas de volver a verlo, llegué hasta él para cumplir una promesa que me había hecho yo mismo, desde el día en que lo abandoné, ¡besar de rodillas su suelo!, a lo que se agregaron un par de lágrimas que no pude contener.

Acompañados por nuestra abuela materna salimos hacia la estación de trenes del Norte, allí abordaríamos un tren que nos llevaría hasta San Sebastián, lugar en el que nos esperaban los guías. Al fin llegó el día de la partida, el día de decirle adiós a mi querido Madrid para siempre, a aquellas calles donde di mis primeros pasos, sobre todo la de Carranza, por cuyo paseo central jugamos infinidad de veces. Llegó el día de decirle adiós a la complaciente y cariñosa abuelita Consuelo, mi abuelita querida, mi compradora de churros y de porras, mi compañera de compras en el mercado un día de los inocentes⁴, mi lista y pícara abuelita, llena toda de bondad y cariño, llegó el día en que sin saberlo la besé y la vi por última vez.

Ahora iba a comenzar para mi madre y sus dos hijos aquella gran aventura, ¿nos cogería presos la Guardia Civil? ¿Podríamos pasar aquella barrera natural tan inmensa una mujer y dos niños? ¿Nos alcanzarían nuestras fuerzas físicas? ¿Podríamos volver a reunirnos con nuestro padre?

Estas y muchas otras interrogantes torturaban no sólo a mi madre, sino también a mi hermana mayor y a mí. Había llegado la hora de la verdad, allá en casa, en la calle Carranza nº 4 en Madrid, todo era coser y cantar, allí no estaba delante ninguna cordillera montañosa, no había ríos casi helados que pasar, no patrullaba persiguiendo fugitivos la Guardia Civil, no te acompañaba el tremendo frío ni te acosaba casi constantemente el hambre, en fin como dice el refrán “fuera del agua se nada muy bien”.

³ El pueblo se llama Carucedo, León, donde se halla el lago del mismo nombre (N.E.).

⁴ Día de los Santos Inocentes, 28 de diciembre (N.E.)

Mi madre mi hermana y yo nos despedimos de mi abuela y nos instalamos en un coche de segunda. El viaje no lo recuerdo muy bien, seguro me dormí, pero según he oído contar duró unas seis u ocho horas, llegamos al amanecer a San Sebastián. No sé dónde fue exactamente que nos empatamos con nuestros abre caminos, creo que tuvimos que coger un coche hasta un lugar de las afueras, donde nos esperaban. Lo que sí recuerdo que al comenzar a caer la noche iniciamos la caminata y cuando ya el manto de la oscuridad lo cubría casi todo, se divisaron lejos aún, unas moles enormes y oscuras, o a mí me parecieron enormes, eran “los Pirineos”.

Los Pirineos se extienden a lo largo de toda la frontera meridional de Francia desde el Mediterráneo hasta el golfo de Vizcaya. Sus elevadas cumbres forman una barrera natural. El pico de Vignemale, de 3.298 m de altitud, es la cumbre más elevada de los Pirineos franceses. El Aneto (en Huesca) con 3.404 m es el más alto de los Pirineos españoles. Los verticales precipicios de sedimentos calizos se alzan sobre un espléndido valle de la cordillera de los Pirineos, donde se creó el Parque Nacional de Ordesa. La región que forma una barrera natural entre España y Francia, es muy conocida por sus numerosos desfiladeros, así como por su gran variedad de fauna y flora. Esta pintoresca región montañosa es conocida por sus excelentes centros de esquí y de reposo, que ofrecen las propiedades curativas de numerosos manantiales termales.

No sé cuantas horas habríamos andado, pero si sé que el cansancio de mi madre, de mi hermana y el mío y yo diría que hasta el de los dos vascos, se hacía ya sentir muy hondo, por eso los mismos guías propusieron a mi madre descansar en una casa que hacía las veces de posada. Mi madre se sentó en una piedra grande que estaba a unos 20 ó 30 metros de la casa y nos sentó a mi hermana y a mí en sus piernas, hasta que los vascos fueran a parlamentar con los dueños.

La gente que se dedicaba a estos menesteres, entendámonos, cruzar personal por la frontera de forma clandestina, se hacen una señal que consiste en tirar una pequeña piedrecita por una ventana, nosotros presenciábamos toda esta operación desde el palco de las piernas de mi madre, con tremenda tensión, en la cara de nuestra progenitora se podía adivinar la angustia, la enorme preocupación que la embargaba.

Como ya he dicho esta caminata se realizaba en el mes de enero, uno de los más fríos del invierno español, quizás, por la edad de mi hermana y de la mía éramos los que menos frío sentíamos, íbamos forrados, gorros en la cabeza, las solapas de los abrigos levantadas, las bufandas bien enrolladas en el cuello y parte de la cara, nos cubrían hasta los oídos, pero a pesar de todo eso, mi madre, lógicamente, temía que aquel intenso frío nos calara hasta los huesos y nos trajera malas consecuencias. Mi hermana y yo no pronunciábamos

ni una sola palabra, pero comprendíamos lo grave de la situación y sentíamos una gran pena por la angustia que sufría nuestra madre, pero a esa edad no se nos ocurrió nada para consolarla, sólo permanecer a su lado, abrazados a ella en silencio.

Al fin, salió a la puerta un hombre, conversaron los tres, luego ambos guías se acercaron, mire, le dijeron a mi madre: *“los dueños de la casa me plantean que ya tienen muchas personas hospedadas y que no nos pueden albergar”*. *“Oiga, respondió mi madre, pero estos niños se me van a morir de tanto frío, díganle por Dios que comprendan mi situación”*.

Los vascos, al parecer, sensibilizados con nuestra situación, volvieron a acercarse a la casa y repitieron la señal, no tardó en aparecer el mismo hombre con el cual habían parlamentado en la primera ocasión, esta vez la plática entre ellos se demoró más, pero cuando regresaron, le plantearon lo mismo a mi madre, nada, a seguir caminando con aquel frío horrible y tratar de llegar a otra casa a ver si nos podían albergar.

A mi madre se le cayó el cielo arriba: *“pero oigan, ustedes le explicaron que yo ando con dos niños, no, ahora voy yo a hablar con ese hombre, no puede ser que haya una persona tan malvada”*, y diciendo esto fue hasta la puerta, esta vez no hubo señal, sino golpes de su puño directamente en la puerta, mi hermana y yo esta vez éramos espectadores de primera fila, en segundos, ante aquella inusual forma de llamar, apareció el mismo hombre, mi madre comenzó a rogarle una y otra vez que nos permitiera pasar la noche allí, pero nada, no se ablandaba y de pronto, cuando ya todas las esperanzas parecían perdidas, apareció “El Ángel de la Guardia”, (*sic*) una muchacha joven, quien al oír la discusión, se apresuró a preguntar: *¿cómo se llama usted señora?* Y al responderle mi madre, aquella muchacha se le abrazó llorando y diciéndole cuanto mi padre le había rogado que nos atendieran si pasábamos por la casa, pidiéndole mil excusas y dándole cuantas satisfacciones se le ocurrían.

¡Todo resuelto!, en un santiamén estábamos sentados al lado de la hoguera, sobre la cual colocó aquel ángel disfrazado de mujer una sartén enorme, en la que empezó a echar huevos y chorizos, como para que comiera un pelotón, ¡el olor era a gloria!, que tremendo atracón y para cerrar o para acabar de calentar bien los motores, un buen vaso de vino tinto, mi madre quiso poner objeción por lo corta de nuestra edad, pero la joven le dijo, *“no se preocupe, el vino les hará bien”* y mi madre le hizo caso. Hasta la tumba me llevaré el recuerdo de aquella joven, de aquella hoguera, de aquella sartén llena de huevos y chorizos y de aquel vaso de vino.

Descansamos el resto de esa noche y el día siguiente, y al atardecer, ya casi caída la noche, nos despedimos de aquella casa que albergó y salvó la vida primero a mi padre y luego a nosotros. Comenzaba la segunda jorna-



Foto de la boda de nuestros padres.



Foto de mi padre con la Plana Mayor del batallón.

da, con ella debíamos llegar a la frontera, claro, si la Guardia Civil no nos descubría.

La segunda jornada tuvo también serias emociones, hubo que atravesar dos ríos con aguas casi heladas, además ninguno de nosotros tres, madre hija e hijo, no sabíamos ni la “a” en cuanto a nadar se refiere. Esto hacía más peligroso el cruce, pues a pesar de que los guías buscaban los pasos menos

profundos, ante cualquier eventualidad, no podríamos responder como otra persona que, al menos, fuera principiante en la natación.

El primer río que cruzamos era el menos profundo, de corriente muy rápida, de fondo pedregoso, éste por su escasa profundidad lo cruzamos todos a la vez, mi hermana y yo encima de los hombros de los vascos, mi madre a pie, pero agarrada de las manos por nuestros guías.

Al río más caudaloso, el Bidasoa, llegamos cuando ya se había perdido completamente la tarde y comenzaba la oscuridad de la noche a querer esconderlo todo. Éste es uno de los principales ríos del País Vasco, sirve también como marcación o límite de las fronteras, es más bien corto, de caudal regular, fluye a través de la vertiente Cantábrica, con sus aguas riega el municipio español de Vera de Bidasoa, perteneciente a la Comunidad Foral de Navarra. Posee pasos por los cuales se puede cruzar caminando, su fondo es casi todo pedregoso, sus aguas frías, la espuma de sus aguas al chocar contra los peñascos o piedras le dan un tono de alegría al paisaje. La cuenca del Bidasoa es de 671 km², su corriente es rápida, como si tuviera siempre prisa por llegar al municipio de Fuenterrabía, que le sirve de desembocadura al mar Cantábrico.

Aquí la táctica usada para el cruce fue otra; un guía subió a mi hermana encima de sus hombros para cruzarla primero, cuánto sufrimos mi madre y yo al verla perderse en la noche, río adentro, con aquel hombre, del cual no conocíamos ni siquiera su nombre. Pasó un tiempo que a mi madre y a mi nos pareció un siglo, todo era silencio y oscuridad, al fin apareció de nuevo el hombre sin mi hermana, la cual, había dejado escondida en la otra orilla.

Ahora el hombre que cruzó a Blanqui, me subió a horcajadas en sus hombros y el otro hizo lo mismo con mamá, así empezamos nosotros el cruce, poco a poco el agua se iba haciendo más profunda, los vascos avanzaban con cautela, pero de pronto el guía que iba con mi madre, casi al lado nuestro tropezó, se tambaleó, pensé que era el fin para mi pobre madre y aquel hombre, quise gritar ¡Cuidado mamá!, pero como nos habían hablado tanto de la importancia del silencio, mi corazón me hizo callar; ¿qué sería ahora de nosotros tan lejos de nuestro padre y sin madre?, el hombre dio dos o tres pasos como si fuera a caerse, al otro paso parecía haber recobrado un poco el equilibrio, al fin, pudo enderezarse y continuar la marcha, ¡qué alivio!

Al poco rato ya las aguas llegaban al pecho de nuestros botes humanos, por lo tanto mojaban también nuestras piernas, ¡qué largos parecen en la vida estos momentos angustiosos! Apareció la otra orilla, aquellos guías, los pobres, estaban calados hasta los huesos. Allí, en la orilla opuesta, en un montecito de bambú, nos reunimos con mi hermana, ¡qué felicidad! Otra vez éramos tres.



Salida al campo en Ponferrada.

Proseguimos la marcha, ahora casi no podíamos vernos ni las manos, todo era oscuridad, según los guías, que hablaban menos que una piedra, no faltaba mucho ya para llegar a territorio francés. ¡De pronto se oyeron unas voces!, ¡unos gritos que retumbaron en todo aquel silencio como si hubieran disparado un cañonazo!, los guías nos abandonaron y nos recomendaron escondernos, así era el trato, mi madre se escondió con nosotros en un repliegue del terreno.

La imagen que guardo de aquello, es como si una gallina tapara con las alas a sus pollos ante la presencia de un gavilán. Pasó un pequeño tiempo, ahora se volvió a escuchar sólo una voz, pero más cerca de nosotros, fuera quién fuera era evidente que nos había visto, increíble con aquella oscuridad, pero la voz venía hacia nosotros, estábamos perdidos, tanto nadar para morir en la orilla, yo le pregunté a mi madre con la boca puesta en su oído: *¿y ahora qué nos pasa?* Ella, apretándome más fuerte contra su pecho, me contestó: *“nos llevarán para un hotel”*. Y a pesar de mis cortos siete años pensé: *“pa su madre que clase de hotel nos espera”*.

Volvió a oírse la voz, esta vez tan cerca de nosotros que entendimos a la perfección lo que dijo una voz de hombre, al parecer joven: *“Por favor, soy español, voy para Francia, estoy perdido, ayúdenme, auxilio por favor”*.

Nosotros no nos movimos, un rayo había recorrido nuestros espinazos, éramos un puerco espín esperando el último ataque con todas las púas, o nuestros pelos de punta, ¿qué hacer? Callar y tratar de salvar la vida.

En un segundo apareció uno de los vascos, habló con el hombre, nosotros oímos todo:

—¿De dónde eres?

—De Villarrobledo, baja la voz, coño.

—¿Cuándo te tiraste a pasar?

—Hace tres días.

—¿Tú solo?,

—Yo solo.

—¿Cómo pensabas llegar sin conocer el camino?

—Me habían dado orientaciones, traigo mapas, pero al parecer he perdido el rumbo y ando con un hambre que no veo.

—Bueno hombre ¿tienes dinero?

—Sí, aún me quedan cerca de tres mil pesetas.

—Está bien, todo lo que te queda te lo cobraremos por terminarte de pasar, nosotros vamos con una mujer y dos niños, ¿estás de acuerdo?

—De acuerdo.

Y así aquella pequeña expedición, ahora con un nuevo integrante continuó su camino.

Este nuevo elemento del grupo, al parecer por el estado de nervios en que se encontraba, al contrario de nosotros, no paraba de hablar, como si con esto fuera a llegar antes a la frontera, o como si con esto su interior abandonara un poco el miedo que lo embargaba, tanto fue así, que uno de los vascos le llamó la atención, amenazándolo con dejarlo solo nuevamente si no se callaba, la medicina recetada fue totalmente curativa, desde aquel momento el muchacho pareció enmudecer.

Debe destacarse, según siempre he oído contar de mi madre, la actitud de mi hermana Blanqui, la cual a la sazón contaría con unos nueve años, y también la mía que cuando aquello tendría poco más de siete años, que en ningún momento de la travesía, de aquella descomunal caminata, realizamos ni la más mínima protesta, es más, no dimos jamás la más mínima prueba de



Aquí estaba nuestra casa en Ponferrada.

cansancio. Era que en realidad, aquellos dos niños comprendíamos, a pesar de nuestra corta edad, todo lo que estaba en juego en aquella empresa.

Al fin, ya cerca del amanecer llegamos a la frontera, los vascos llamaron a mi madre y al muchacho que se nos había unido y les indicaron el camino a seguir hasta el puesto fronterizo y en qué lugar nos debíamos presentar a la policía francesa del pueblecito de Sare, no era mucho el tramo a recorrer, sin embargo el nuevo caminante pidió a los guías que nos acompañasen hasta el mismo puesto fronterizo.

Ellos le explicaron que ya tan cerca de Francia no patrullaba la Guardia Civil, mi madre, ansiosa ya por acabar aquel calvario, lo increpó y acto seguido se les dio el dinero convenido a los guías, los que se perdieron isofarto (*sic*)⁵ y nosotros nos encaminamos hacia aquel pequeño poblado fronterizo, donde nos presentamos a las autoridades del lugar.

Esa noche descansamos, con una calefacción que nos hizo mucho bien, pues nos quitó el frío que traíamos. Al otro día, por la mañana, mi madre hizo los trámites de rigor y le comunicaron que ese mismo día podría hacer el viaje a París, todo era alegría, entonces cruzamos la calle y casi enfrente de la estación de policía compramos unas barras de pan, ¡pero qué pan!, tengo que reconocer, después que mucho ha llovido desde aquello, que no he vuelto a probar otro igual, en un dos por tres nos comimos aquellas barras de pan y luego dimos un pequeño paseito por el pueblo hasta que llegase la hora de partir en tren, en busca de mi tan querido “Torito del Lago de León”⁶, de mi campeón y maestro de boxeo, de mi ídolo personal.

El encuentro con mi padre, pueden imaginarse como fue, sobre todo para mí, que siempre estuve tan apegado a él. Recuerdo que, cuando pequeño, no había día que no viniera del trabajo sin algo para nosotros. En una ocasión me hizo un avión de madera, que fue mi juguete predilecto por mucho tiempo, a pesar de no volar, su figura, el porte de sus alas, la perfección de su alerón de cola, bueno todo de él me seducía enormemente.

Él me había puesto unos guantes de boxeo rojos, Evereslast, que guardaba de recuerdo, en un gesto verdaderamente increíble, porque aquella reliquia no había quien se la tocara, era su más preciado recuerdo del ring. Aún en casa se guardan con todo amor sus fotos y recortes de periódicos de los años en que junto a Hilario Martínez y otros peninsulares más, había conquistado el cariño de los espectadores, en la Arena Colón, y en otros cuadriláteros de la Capital cubana, también una foto dedicada por “Chocolate”, en la que se lee:

⁵ Por “*ipso facto*”, al momento, enseguida (N.E.)

⁶ Nombre deportivo, al parecer, del padre del autor, en honor a su lugar de nacimiento (N.E.).

“a mi hermano Santiago”. Guardamos también recortes de periódicos y fotos de Alejandro Lugo, el que hizo precisamente su última pelea con papá.

En París, estuvimos casi un año, en el cual, mi padre no pudo encontrar trabajo y vivimos por mi madre, que cosía muy bien la ropa fina de mujer, gracias a esto no faltó el pan, la ropa, ni los menesteres escolares a ninguno de sus dos hijos. Nosotros, como se nos pegaba pronto el idioma, éramos los que hacíamos los mandados de la comida y auxiliábamos a nuestros padres también a entenderse en la calle, en las tiendas, en fin éramos los intérpretes de la familia.

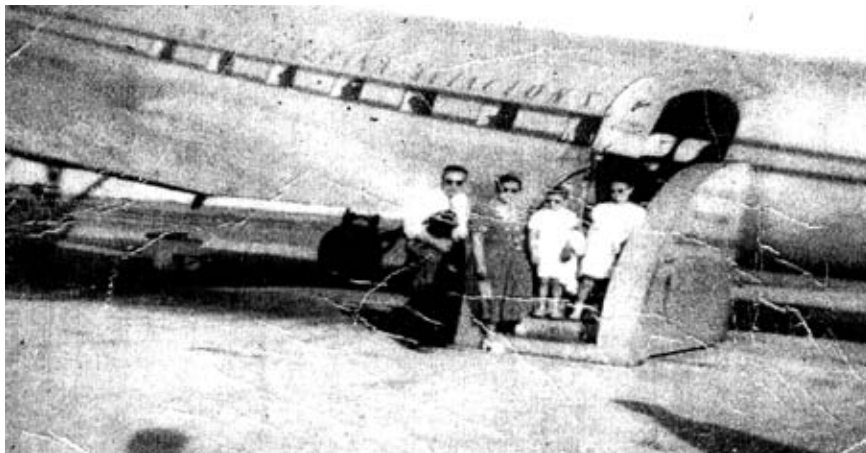
De París se guardan también algunas fotos, sobre todo las del día en que visitamos aquella maravilla de torre. Para esta fecha, ya me habían comprado, o no recuerdo bien si me la compraron aquel mismo día, una lanchita de cuerda que navegó por los estanques de los jardines que rodean la Torre Eiffel, majestuosa y flamante, para nosotros aquel día fue todo felicidad.

En Francia supimos ya lo que era vivir fuera de nuestro país, sentirse extraño, notar la ausencia irreparable de tanta gente querida, de los lugares amados, donde ya no podías estar, que te hablaran en una lengua que no era la tuya, que no entendieras a nadie, que los niños en la escuela, un poco que te rechazaran, en fin, de no estar en tu casa.

Al parecer, por lo mal que nos fue en Francia mi padre decidió venir para Cuba, Aquí tenía un hermano. Ya él, durante sus años de boxeador había estado en la isla, así que, una vez que pudimos reunir un dinerito y creo que con una ayuda que nos dio el gobierno francés, sacamos los pasajes y en un cuatrimotor de Cubana de Aviación hicimos el viaje, recuerdo una caída brusca del avión, me parece que a esto le llaman los pilotos un bache de aire, en la cual vomitaron, hasta una pareja de perros que nos acompañaron en el viaje, recuerdo también que papá me pidió que realizara para los viajeros unos pases de capote y de muleta, como si estuviese toreando un toro en miniatura.

Aterrizamos primero en Camagüey, un 28 de Julio de 1949, no sé por qué, pero fue así, al parecer este era el itinerario planificado de vuelo, en nuestro primer encuentro con Cuba. Su clima nos encantó a todos, aquella brisa que iba y venía, que entre calor y calor nos soplaba, como para refrescarnos, era una verdadera delicia, la cual no había sentido antes.

Allí nos hicimos una foto al pie de la escalerilla del avión. Luego de un poco más de tiempo, aterrizamos en La Habana, no podía imaginarme yo lo que me esperaba por mis cachetes colorados y mis zetas al hablar, tampoco sabía lo jodedores que eran los cubanos, de que forma se burlaban y trataban de tomar el pelo a cuanto *gallego* les caía cerca, sí, porque para los cubanos, lo mismo da que hayas nacido en Madrid, en Andalucía o en Valencia, todos los hijos de la península Ibérica, somos *gallegos*.



Llegada a Camagüey. Cuba.

En el caso de mi hermana y del mío, era la primera vez que visitábamos un país fuera del continente europeo, aquí había toda una serie de razas, costumbres, dicharachos que no conocíamos, es más, por mi corta edad, ni imaginaba siquiera que pudiesen existir en otras partes del mundo, prueba de ello es lo que relato a continuación:

En Naranjito, casi recién llegado a Cuba, pasé uno de los sustos más grandes de mi vida. Un día, en que jugaba con los niños del barrio, en una correría, de pronto tropecé con una persona. Cuando levanté la vista, había parado delante de mí un negro prieto como el carbón, era el primero que veía en mi vida, me quedé estupefacto, creo que perdí hasta la respiración. Aquella mole negra me habló, yo no sé ni lo que dijo, sólo recuerdo que cuando pude reaccionar, salí a toda velocidad hacia la casa, llegué sudado, al parecer pálido, mi madre me lo notó enseguida, ¿Santi, qué te pasó?, cuando les conté se mearon todos de la risa.

Y en nuestro caso, aunque hemos lamentado miles de veces la ausencia de nuestra amada tierra, la ausencia de muchos que hoy nos miran casi como extraños, que no hemos ido más a fiesta un domingo en el airó (*sic*) del pueblo, que no hemos ido jamás en burro con mi madre, o con la tía Josefita a las Médulas, para ver a la tía Emérita; al menos debemos reconocer que pudimos disfrutar de la tutela de nuestros queridos padres.

En Cuba desarrollé los estudios de la escuela primaria, secundaria, tecnológicos y de nivel superior. En Cuba me casé, actualmente tengo cuatro hijos y dos nietos, los que son hoy en día, sin duda alguna, nuestra principal razón de vivir.

Han pasado muchos años, 58, desde que llegamos a Cuba, y porqué no decirlo, le hemos cogido cariño a esta tierra que nos vio pasar de niños a jóvenes, a adultos luego y a viejos después, pero en mi caso particular, nada ha podido llenar el hoyo inmenso que ha representado el no vivir en el lugar en que nací.

En Cuba, porqué negarlo, he tenido y tengo grandes amigos, a muchos los quiero como a verdaderos hermanos, pero cuando pienso en España, cuando veo un mapa de allá, cuando escucho cualquier música de la Península, siento como si un inmenso imán me atrajera con toda su fuerza.

A las personas que no sepan qué es para un niño la emigración, quiero decirles qué sentí, qué representó para mí, poder ir a la tierra que me vio nacer después de más de 50 años de ausencia.

En primer lugar tanto había soñado con ese viaje, que nunca lo creí posible, miles y miles de veces había soñado con mis primos, con mis tíos, con la finca y la casita de la abuela en Lago⁷, que cuando monté en el avión para el viaje, a pesar de no haber dormido nada la noche anterior, por el nerviosismo y la emoción, durante las más de 9 horas de vuelo no pude pegar los ojos, y registré en un diario, minuto a minuto todo lo que vimos, e hicimos mi madre, mi hermana y yo durante el vuelo. Ese diario está firmado por toda la tripulación del avión a la ida y a la vuelta, además recoge un viaje en tren desde Madrid hasta Santander, pueblo por pueblo.

Quiero que sepan que cuando llegué a aquel pueblito tan querido, allí frente a la casita de la abuela, sentí como si el corazón se me estrujara, no lo podía creer aunque lo estaba viviendo, y a pesar de tener casi 60 años de edad, no pude evitar las lágrimas.

Estaba en el lugar que más quise cuando niño, en el lugar donde encendí sin querer el pajar de la abuela tratando de asar unas castañas, donde por mi culpa todos los vecinos tuvieron que correr a sofocar las llamas que amenazaban con quemar las casas colindantes, no podía creerlo, estaba en aquella callecita tan querida, que camino abajo nos conducía hacia la laguna, donde me le (*sic*) escapé una vez a mi tía Josefita y casi me ahogo, por suerte, pude hacer unas fotos, porque aunque lo viví, me daba la impresión que era mentira, que era un espejismo o un sueño.

Y llegué lógicamente la hora tan esperada de entrar, pero antes de hacerlo, llamé a mi tía Josefita, le tendí cariñosamente mi brazo por encima de sus hombros, y le dije:

–“*Fíjate bien tía, te voy a decir cómo está esa casita por dentro, ¿está bien?*”

⁷ El autor denomina Lago a Carucedo, León (N.E.).

Me miró toda asombrada, yo dejé de ver aquel lugar cuando contaba con solo seis años, y le describí todo el interior de la casa, habitación por habitación, todo, exactamente todo lo que había en el piso superior, y para concluir, le expliqué dónde quedaba la escalera que conducía para el sótano, dónde abajo, estaba la cuadra y dónde la bodega. Ella le dijo a mi madre:

–*Blanca, no lo puedo creer, ¿cómo es posible esto?*

–Su esposo José Manuel, que era el que más visitaba el lugar, dijo:

–*¡Coño, Santi, vaya memoria la tuya! ¿Qué edad tenías cuando saliste de Lago?*

–Mi madre le dijo: *pues tendría seis años, José Manuel.*

Cuando entramos todo estaba exactamente como le había explicado.

Aquello no fue producto de la memoria de un niño prodigio, eso sólo lo hace posible el amor, el cariño de los niños, que como dijera Martí: “*Son la esperanza del mundo, son los que saben amar*”. Aquello, que a los mayores presentes pareció increíble, fue el fruto de toda una vida soñando con aquel rinconcito del mundo, tan querido para mi hermana y para mí, quizás, la divulgación de esta y muchas otras historias de españoles contribuyan a difundir por el mundo lo que pasó una parte de nuestra niñez durante aquellos años, quizás la nueva generación de españoles vean más de cerca estas consecuencias que, o no recoge la historia, o no han sido contadas con toda crudeza.

Pero... las guerras no se han acabado en el mundo, al contrario, surgen por doquier, siempre pienso en como habrá cantidad de familias, cantidad de niños que tendrán que sufrir de emigración, que tendrán que abandonar, sin quererlo, su tierra, la que los vio nacer, que tendrán que separarse de sus seres queridos y quizás jamás volver a verlos.

Hoy, cuando el flagelo de la guerra sigue azotando al mundo, cuando cientos de niños pierden a sus padres, a sus casas, cuando vemos cometer a diario crímenes horribles, queridos conciudadanos españoles, debemos levantar nuestras voces y exigir un derecho que debe ser sagrado para todos los niños del mundo: vivir en paz junto a sus padres, a sus familiares y poder disfrutar de las mil maravillas con que soñamos todos a esta edad.

Por todo lo anterior, considero una gran iniciativa de la sociedad Castellana y Leonesa este concurso, mediante el cual daremos a conocer lo inmensamente amargo que ha sido para miles y miles de niños españoles, verse forzados a abandonar la patria amada, el terruño querido de padres y de abuelos, la tierra natal, de la que dijera nuestro Apóstol: *Todo hijo digno no debe renegar jamás de su tierra.*

Reciban, pues, los organizadores del evento, así como todos los participantes en el mismo, mi más sincera felicitación por anticipado y las gracias por haberme dado la oportunidad de contar estas verdades, que ya hoy son compartidas y que quizás no se pierdan al desaparecer cada uno de nosotros.

MENCIÓN ESPECIAL –II–

Emigración: añoranza del regreso

Clara Huerta Pascual

La aventura migratoria de mi familia castellano-leonesa, la iniciaron por su cuenta, y con diferentes motivaciones, cada uno de los que después serían mis abuelos maternos.

MI ABUELO

Germán Pascual Beneítez, nació en Carbellino, Zamora, zona plana de pastos y mucho frío, hoy pasa por ser un alfar de singular interés por su producción de vasijas de cerámica, el 28 de mayo de 1870. No tenía estudios, ni siquiera la enseñanza primaria, algo común en esa época. Su familia estaba compuesta por sus padres, Andrea y Cesáreo y sus hermanos Patricio, que emigró a la Argentina y Aquilino y Consuelo, que vivieron toda su vida en Carbellino.

La vida de mi abuelo, Germán, y sus hermanos transcurría entre los fríos prados y lo poco que la tierra les entrega para vivir, por lo que la niñez fue en medio de la pobreza. Su casa no brindaba comodidades, el invierno hacía sus estragos, no había posibilidades de estudio y las perspectivas de mejorar no se veían en Carbellino.

El ansia de mejorar, hace que dos de los hermanos varones decidan buscar nuevas formas de vida, siendo la emigración la fuente más cercana. Patricio se decide por Argentina, país que en aquel tiempo, junto con otros países de América, era un puerto de destino, para los jóvenes castellanos.



Toda su vida se desarrolla allí. En Argentina se casa y tiene dos hijos, uno de los cuales, Consuelo (nombrada igual que la tía) fue a vivir a España junto a su tía, que la crió, pues Consuelo no tuvo hijos. Ya adulta Consuelo (hija de Patricio) se casaría con Vicente Piorno y tendría 4 hijos. Tres viven en Madrid, lugar donde su madre muere víctima de un accidente automovilístico y uno en Canarias.

Otra es la decisión de mi abuelo, así, un día del siglo XIX, exactamente en 1891, con 21 años de edad decide salir de su país y establecerse en otro, que le brindara posibilidades de una mejor vida. Cuba, de la que se hablaba mucho en el terruño, de su generoso clima y sus fértiles tierras, brindaba una visión favorable para sus anhelos de prosperar, hacer fortuna, regresar con los suyos, y proporcionarles una vida con menos limitaciones.

No conozco mucho de los preparativos de un viaje lleno de incertidumbres, escasos medios económicos y mucho de decisión por un futuro mejor económicamente. Sé que salió del puerto de Gijón. Llegó a la Habana en el barco Alfonso XIII, pasó las vicisitudes y peripecias comunes a todos los emigrantes, con la cuarentena en Tricornia, y la angustia por encontrar quién le sirviera de garante, lo que al fin logró con unos paisanos, pues en Cuba no tenía familiares que le sirvieran de apoyo, debiendo abrirse paso con su voluntad, tesón y sacrificio

Comenzó entonces el peregrinar para encontrar trabajo y un lugar donde vivir, residiendo en sus primeros años (al principio solo, más tarde en compañía de mi abuela Wenceslaa) en las calles Paula 56, Obispo 65 Luz, Oficios

76, Damas, en lo que hoy se denomina “El Centro Histórico” y donde, por una coincidencia agradable, se encuentra enclavada la Colonia Zamorana de Cuba.

No llega a Cuba siendo adolescente, por lo que no fue el estudio una de sus metas, sino el encontrar labores que desempeñar. Hizo trabajos de carpintería, electricista, plomero, dando mantenimiento en comercios de la ciudad, siendo la zona en que vivía propicia para ello, pues era un sector comercial, siendo importantes en aquella época la calle de Muralla donde se asentaban comerciantes de origen europeos, principalmente polacos, que vendían a bajos precios y la calle Obispo, que mantiene actualmente muchas tiendas dedicadas al comercio de ropa y zapatos, útiles de cocina, equipos para el hogar. En los alrededores de su vivienda radicó también la Embajada española por muchos años.

El destino teje su maraña, y casi once años después de su salida de Carbellino, se realiza el viaje a Cuba de una linda bailarina avilense (*sic*)¹ que pasaría a formar parte de su vida para siempre.

MI ABUELA

Wenceslao Gil González, fue natural de Fonteneros (*sic*)², Ávila, donde nació el 28 de septiembre de 1884. Sus padres, fueron Trefona y Celestino y tuvieron dos hijas, Wenceslao y Martina, que nunca abandonó el terruño. Sus padres eran de origen humilde, labriegos, con lo necesario para vivir, sin lujos ni mayores comodidades, pero con lo mínimo para criar a sus hijos y darle una pobre educación. Su vida en Ávila no es difícil, hizo sus estudios primarios. El arte es su motivación y logra convertirse en una bailarina que comparte tablas con otras muchachas de su edad e ideas afines.

No es, por tanto, la búsqueda de nuevas fronteras, o la mejoría económica lo que incita a Wenceslao a venir a Cuba, sino su profesión, que le proporciona además de la satisfacción del baile, los aplausos y el triunfo, la vía para conocer otros pueblos y el disfrute del conocimiento nuevas culturas y modos de vidas y sobre todo nueva gente, con un regreso previsto al término del contrato.

Se embarcó en una cabalgata de jóvenes bailarinas españolas, que llegaron primero a Nueva York, con contrato firmado, y donde tuvieron mucho

¹ Por abulense, de la provincia castellana-leonesa de Ávila (N.E.).

² Por Fontiveros (N.E.)



éxito, propiciando un nuevo contrato con destino Cuba. Transcurría el año 1902, cuando desembarcó en los muelles de La Habana.

No pasó las peripecias de los emigrantes, pues no lo era, ni pensó en ese instante serlo, sino que pudo contemplar sin zozobras, temores, incertidumbres, ni dudas el entorno de una tierra que ya con anterioridad, fue descrita por su descubridor como *la tierra más hermosa que ojos humanos hubieran visto*. Le impactó ver el sol radiante, la vista de la ciudad cuando entró el barco en la bahía y el deslumbrante cielo azul, lo que hizo que constantemente lo mencionara en sus conversaciones y formara un recuerdo imborrable en su memoria.

Mi abuela sigue en los teatros y salones de la época, bailando con la compañía, pero al terminar el contrato decide quedarse en Cuba. El amor había flechado su corazón, el destino había decidido su suerte, al conocer a quien después sería su esposo, Germán Pascual.

Por tanto, este pequeño trabajo, homenaje a dos oriundos de Castilla y León que en los principios del siglo veinte se conocen en esta tierra prolongación por sus raíces, costumbres, cultura de aquella, que tan lejos los vieran nacer, se propone ahora dar a conocer de esa vida en común.

LA FAMILIA PASCUAL-GIL

Se casan y de su matrimonio nacen tres hijos, Luis, Ascensión y Emilia. Los hijos pequeños acompañan a su madre a las tablas, pues aún por un largo tiempo Wenceslao bailó en teatros capitalinos, dedicándose después del nacimiento de la más pequeña, Emilita, a los quehaceres del hogar, Germán, por su parte, seguía trabajando los oficios de carpintero, plomero, electricista, hasta sastre fue en sus momentos. En su vejez llegó a vender periódicos, la economía no era abundante pero daba para vivir honradamente.

Logra el matrimonio encauzar la educación de los pequeños, Luis es enfermizo, por lo que se dedica a ayudar a la madre en la casa, Ascensión, con educación primaria, se convierte en una obrera textil, trabajando durante mucho tiempo en una fábrica de medias en Dragones y San Nicolás y Emilia, la más pequeña, logra tener estudios superiores, graduándose de doctora en pedagogía, obteniendo una plaza en Viñales, provincia de Pinar del Río, donde se casa, volviendo a la Habéilla en 1948. Las hijas se casaron, Ascensión, mi madre, con un asturiano, tuvo dos hijos Clara y Valentín; Emilia con un nieto de asturiano tuvo dos hijas, Sofía y María Elena, y Luis no se casó falleció joven.

Al morir mi padre, el asturiano, a la temprana edad de 38 años, mi madre va con sus pequeños para Asturias, a la casa de los padres de su marido en 1942, regresando ella primero y nosotros en 1948, pues el clima no fue propicio y comenzamos a padecer de asma. Mi madre compra un terreno en el hoy municipio Arroyo Naranjo, fabricando una casa donde todavía hoy vivimos.

Al regresar mi tía Emilia de Viñales, mi madre la embulla a que haga lo mismo, por lo que mi tía construye una casa a dos cuadras de la nuestra, yendo a vivir allí con su marido y mis abuelos. En esa casa mueren mis abuelos, Germán en 1955, con 85 años, manteniéndose activo, haciendo trabajos de plomería, carpintería o cualquier otro trabajo menor en las casas de los vecinos y vendiendo periódicos, siempre tratando de mantener una economía mínima. Nunca fue comerciante. Mi abuela muere en 1968, con 84 años.



Mi mamá, Ascensión, murió rodeada del cariño de la familia en 1992 y Emilia, el 11 de junio del 2006, con 93 años. El amor por la tierra que los vio nacer, no decayó con la distancia, la nostalgia por su tierra estaba siempre presente y se hizo cotidiano esperar la llegada de los barcos con paisanos, pues si eran de Carbellino, Roelos o Fontaneros (*sic*)³, les brindaban alojamiento hasta que se “encaminaran”, llegando a tener la casa Pascual Gil, el sobrenombre de la Embajada. Al acoger a sus paisanos, que también venían con la esperanza de progresar, “hacer las Américas” y regresar a su tierra, hacían gala de un sentimiento firme cariño a España y de dar un granito de arena en la ayuda a sus paisanos.

Nunca dejaron de sentirse castellanos, cada uno con el amor hacia su pueblo en particular y el amor intenso a la patria grande España. En sus conversaciones con nosotros, contaban como en cada tertulia de las noches frescas y con el rumor del mar, en la sala de su casa, hablaban de sus prados, de los intensísimos inviernos, de la matanza para asegurar los alimentos del año, de los padres y hermanos que quedaron esperando el regreso.

Mis abuelos, eran joviales, simpáticos, generosos, alegres, siempre dispuestos a una acción noble con sus coterráneos, ya que sus descendientes,

³ Así como Carbellino de Sayago y Roelos son localidades zamoranas desconozco totalmente “Fontaneros”, lo más cercano puede ser Faramontanos de Tábara (N.E.).



conocieran todo lo relacionado con las costumbres, cultura, forma de vida, de sus tierras de origen, a que su casa fuera una prolongación de los pueblos que los vieron nacer, que no se perdiera el vínculo aunque la lejanía fuera mucha y la añoranza mayor. Nunca volvieron, no lograron cumplir su mayor deseo, el retorno, primero definitivo y más tarde, cuando ya las raíces en Cuba eran muy fuertes, por la familia creada, la visita temporal, el reencuentro con la familia, los amigos, los campos, la iglesia donde los bautizaron, el cementerio donde reposaban los restos de los padres, a los que nunca volvieron a ver y



hasta el frío, que no por inclemente, es en algunos momentos añorado en un país cálido que no conoce la nieve donde jugaban de pequeños, las navidades, con sus nueces y avellanas, sus castañas y sus manzanas, las matanzas y los embutidos. Algo de consuelo en ese constante añorar que, al menos, mi madre Ascensión y mi tío Luis viajaron a Carbellino, así conocieron a los abuelos y los tíos. Tuvieron que regresar pues el asma de mi tío no resistió el crudo invierno.

Los abuelos mantuvieron siempre correspondencia con sus familiares, tanto en Ávila como en Carbellino. Le inculcaron a sus hijos y éstos a los nietos la importancia del amor familiar, sin importar la distancia. Llegaron cartas con noticias tristes, como la muerte de dos hermanos en la Guerra Civil

en 1936 y también noticias alegres, como la boda de sus hermanos o el bautizo de algún sobrino.

Hoy los descendientes de esos emigrantes, impulsados por sus recuerdos, mantenemos muy vivos los sentimientos de cariño y admiración por el terruño, y las relaciones familiares con los descendientes de los que allí siempre vivieron y cuidan del patrimonio Pascual Beneítez. En nuestra casa, tenemos un rinconcito mural con fotos, banderas, artesanías, que nos recuerdan a nosotros y muestran a nuestros amigos y visitantes, cosas de la tierra de nuestros antepasados.

Mi abuelo Germán no conoció de la existencia de la Colonia Zamorana, sin embargo fue socio del Centro Castellano, mantenedor de las costumbres, reforzador de los lazos entre los emigrantes, educador de los hijos, velador de la salud, a quien los emigrantes castellanos tuvieron mucho que agradecer. Mi abuela no fue socia pues las mujeres en aquella época, normalmente iban a las actividades como acompañantes del esposo y no como socias.

Mi hermano Valentín, mi sobrino Luis Giraldo y yo conocimos un afortunado día la existencia de la Colonia Zamorana y solicitamos ser sus socios. A partir de ese momento hemos encontrado un pedacito de aquellas noches de recuento de mis abuelos, con sus peñas dando a conocer casi en vivo las costumbres más arraigadas en Zamora, como la Semana Santa, las procesiones de mayo, la cata de vinos, los bailes (hasta un cuerpo de baile con descendientes de zamoranos) las conferencias sobre aspectos de la cultura e historia de Zamora, de Castilla y León y de España) los concursos infantiles, las exposiciones de artesanía. Ir a las actividades, visitar sus salones nos llena de regocijo y amor, es un homenaje nuestro a nuestros antecesores.

La emigración sirvió para hacer crecer las Américas, como le llamaban, y ayudar al progreso de la Península, pero no podemos negar que la mayoría de los emigrantes salían de su tierra con la esperanza de venir para regresar a su país y vivieron y murieron aferrados a la Añoranza del Regreso. Hoy, muchos zamoranos, han logrado al final de su vida, hacer realidad el recuerdo de su pueblo, de visitar familiares que no conocían, de ver los cambios en la vida española, gracias al Plan Añoranza que desde 1995, propicia la Diputación de Zamora, en coordinación con la Colonia Zamorana de Cuba. Hemos visto regresar llenos de júbilo a emigrantes con noventa años o cercanos a esa edad que cuentan el milagro que les permitió, antes de morir, ver otra vez a su patria, conocerla de nuevo, pues los cambios son significativos, reencontrar familiares y en la mayoría de los casos encontrarlos por primera vez, afianzar lazos, estrechar vínculos. Es un ejemplo a imitar por otras provincias castellanas-leonesas. Y esperamos que se extienda a los descendientes que mantienen vivo el recuerdo de sus antecesores y añoran, en su nombre el retorno temporal.



Hemos hecho este humilde trabajo, como una forma de rendir un sentido homenaje no sólo a mis abuelos castellanos, también a mi padre asturiano y a todos, castellanos-leoneses o no, que un día abandonaron familia, tierra, costumbres, amigos y hasta creencias con la idea de amasar fortuna y aminorar la crisis económica que en aquellos momentos vivía España y que la vida los transformó en los forjadores de una raza valiente, honesta, culta, alegre, dicharachera, cariñosa, trabajadora, que hoy forma la población cubana y que se siente deudora de sus ancestros.

AGRADECIMIENTOS

Al Centro Castellano, a la Colonia Zamorana, y a todas las Sociedades Españolas, que a finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, unieron a los emigrantes, dándoles el apoyo necesario y la convivencia en común con sus costumbres y añoranzas.

A los emigrantes, que a partir de los años cincuenta, en que la emigración disminuye hasta casi desaparecer, y las Sociedades comienzan a decaer, que mantuvieron vivos los recuerdos y firmes en sus directivas no las dejaron morir.

A las Diputaciones y la Junta de Castilla y León, que respaldan a las nuevas generaciones, que en Cuba, agrupadas en las Sociedades Regionales y en la Agrupación de Sociedades Castellanas y Leonesas, reviven las costumbres y las apoyan en sus necesidades culturales, espirituales y materiales.

A los que en Zamora y otras provincias castellanas, recuperan los recuerdos de la migración, estudian sus orígenes y desarrollo y los exponen para el conocimiento de la realidad de ese fenómeno, que cambia de lugar, forma y condiciones y causas, pero no desaparece.

Al Premio “Memoria de la Emigración Castellana-Leonesa”, instituido por la Junta de Castilla y León, el Centro de la UNED de Zamora y la Asociación Etnográfica Bajo Duero, que nos da la oportunidad de narrar la vida de nuestros ascendientes y de esa forma revivir con ellos sus vicisitudes, triunfos, tristezas y alegrías.

Gracias.



Provincia de Zamora.
El Gobernador Civil.

Acreditada ante las autoridades y representantes diplomáticos y consular de España en el extranjero, para que se le expida el pasaporte correspondiente, como alibido de *D. Domingo Pascual Lastra*, natural de *Zamora*, provincia de *Zamora*, y de *Ferusa*, su estado *soltero*, profesión *per. f. o.* y residente en *Zamora*.

El interesado se propuso ir a *Madrid* con objeto de *estudiar* y el que *se le expide el pasaporte* y en el momento de *esta* *expedición* *se le expide el pasaporte* *que deberá ser visado por el Consulado* *de Madrid* *para ser utilizado* *en el extranjero* *de acuerdo con las consideraciones y facilidades que pudieran ser necesarias.*

En Zamora, a *20* de *Diciembre* de *1933*.
El Gobernador Civil.
[Firma]

SEÑAS PERSONALES

Estatura: <i>1,65</i>	Cabello: <i>negro</i>
Ojos: <i>negros</i>	Cara: <i>redonda</i>
Boza: <i>delgada</i>	Nariz: <i>recta</i>
	Borde: <i>regular</i>

Impresiones digitales: *[Fotografía]*

Firma autógrafa: *[Firma]*

Atención del extranjero: *[Fotografía]*

Emigración: aforanza del regreso

4. REDUCIDA

Nº 9465



El Consul. General de España:
Certifica: que en el registro de matrícula de ciudadanos españoles que existe en este Consulado hay una partida señalada con el No. *16673*, que dice:

Don *Domingo Pascual Lastra*, natural de *Zamora* Provincia de *Zamora* nacido *25* de *Mayo* de *1907* hijo de *Domingo* y de *Ferusa* su estado *soltero* profesión *per. f. o.* y residente en *Zamora*.

Y a fin de que el interesado pueda acreditar su nacionalidad, le expido el presente en la *Habana*, *20* de *DIC* *1933* De *19*

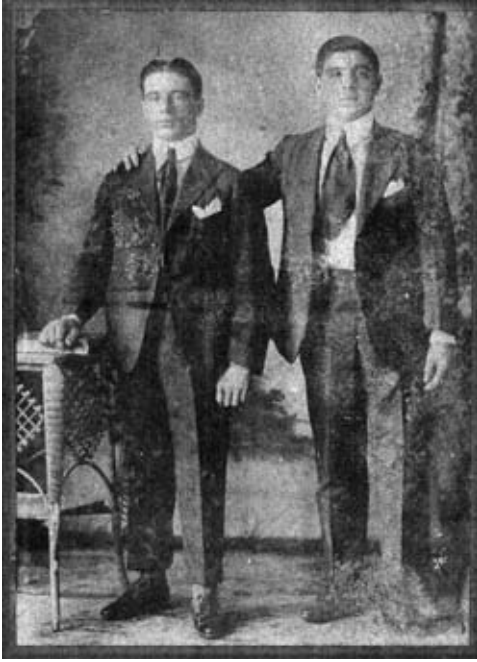
EL CONSUL GENERAL
P. O. EL VICECONSUL
[Firma]
CONSULADO GENERAL DE ESPAÑA
HABANA

1933 POR EL VICECONSUL DE LA FECHA



Emigración: añoranza del regreso







Emigración: añoranza del regreso



Emigración: añoranza del regreso



RELATOS DE ARGENTINA

Mi abuelo: Tomás Rodríguez Martín

Estela Mabel Acosta

INTRODUCCIÓN

Escribir la historia de mi abuelo, a quien no llegué a conocer, significa para mí encontrarme con un pedazo de mi historia personal y familiar, que comenzó, justamente, con mis abuelos españoles, en otro país, en otro paisaje, en los albores de un siglo signado por tremendas guerras, conflictos y situaciones de pobreza que destrozaron muchas familias en todo el mundo.

Soñé tantas veces con ese abuelo cuyo rostro sólo conocí a través de alguna vieja fotografía color sepia e imaginé, tantas otras, cómo hubiera sido mi relación con él, qué cosas hubiéramos hablado, qué historias me hubiera contado de su vida que, según mi madre, fue realmente difícil para él. ¡Tantas cosas!...

¡Es tan... raro, tan feo, no tener recuerdos propios de las personas de las cuales uno lleva su sangre! Sin embargo, uno aprende a amarlos a través del recuerdo de los que sí compartieron su vida. Y yo aprendí a querer a mi abuelo con la misma intensidad con que estoy segura, lo hubiera querido si lo hubiera conocido, si hubiera tenido la oportunidad de compartir parte de su vida. Por ello, escribir su historia, me llevó a “conocerlo” un poco más, a amarlo mucho más. Su vida fue sencilla, con más dolores que alegrías, pero siento que fue el comienzo de mi propia vida. En estas pocas páginas, tal vez no muy bien escritas, mi abuelo, Tomás Rodríguez Martín, vuelve a vivir para encontrarse conmigo.

SU HISTORIA COMENZÓ EN SANDO

Tomás Rodríguez Martín nació en Sando, provincia de Salamanca, España, el día 28 de agosto de mil novecientos cuatro. Sus padres fueron, José Rodríguez y María Dolores Martín. Era nieto por línea paterna de Julián Rodríguez y de Isabel Carreño y, por línea materna, de Felipe Martín y de Tomasa de Tapia. Vivió en aquel pueblo salmantino, junto a su familia hasta los cuatro años de edad. Mi madre, María Dolores Rodríguez, su hija mayor, me contó que él siempre recordaba de su niñez en Sando, un río. Solía volver a su memoria con frecuencia esa imagen del río donde iba a jugar con sus hermanos y vecinos y el rostro de una de sus abuelas bañado en lágrimas (que con el tiempo supo que era porque ellos se venían para la Argentina).

Sus padres se dedicaban a trabajar la tierra y poseían algunos animales (vacas y ovejas). No vivían mal, pero tomaron la decisión de venirse a la Argentina cuando una enfermedad, que no puedo precisar cuál fue, se llevó a varios de sus hermanitos. Mi madre me contó que su abuela siempre hablaba de la “peste”, refiriéndose a esa enfermedad, que yo pienso que tal vez, haya sido la “fiebre amarilla”, por la época en que se manifestó.

La familia no pudo soportar tanta tristeza y desolación y decidió venirse para la Argentina, junto con otras familias de Sando y de Cubo de Don Sancho que, según tengo entendido, son dos poblaciones cercanas. Vendieron todas sus pertenencias y compraron un campo de setenta y cinco hectáreas, cercanas al pueblo de José María Blanco (hoy Tres



Tomás Rodríguez y Rosa Feito Arias en el año 1928.

Lomas), perteneciente al partido de Pellegrini, en el oeste de la provincia de Buenos Aires. Al otro lado del océano quedaron un puñado de recuerdos, muchos dolores, una Europa con un clima socio-político enrarecido y un paisaje de manos con pañuelos en alto, grabado en las pupilas dilatadas por las lágrimas.

ARGENTINA, LA NUEVA PATRIA

La familia, formada por los padres, José y María Dolores, y los tres hijos que les había quedado, Manuel Francisco, Tomás y Josefa, se instalaron en el casco urbano del pueblo José María Blanco, donde compraron varios terrenos y se hicieron un ranchito. El padre trabajó de albañil, durante algún tiempo y luego, compró un campito cercano al mismo pueblo, en el oeste medanoso¹ de la provincia de Buenos Aires.

Tampoco, aquí, la vida era fácil para la familia. Trabajar el campo era una dura tarea y todo se tenía que hacer a fuerza de sacrificios y privaciones. Los hijos eran pequeños y el matrimonio debió trabajar solo la mayor parte del tiempo, pero aún así, fueron prosperando económicamente. Tanto es así que, si bien en aquellos tiempos no había escuelas primarias en la zona, sus tres hijos pudieron ir, como lo hacían los hijos de las familias más acomodadas de la época, a la escuela privada de un maestro que se había instalado en el pueblo.

Mi abuelo Tomás, fue un alumno brillante, aprendía con rapidez y se destacaba de entre el resto de los alumnos. Hizo hasta el quinto grado, que era lo máximo que se podía hacer en los primeros años del siglo XX (1912-1916), pero tenía el suficiente conocimiento como para llevar el control de la actividad de la familia junto con su hermano mayor.

No obstante, sobre los catorce o quince años, mi abuelo ya empezaba a mostrar su faceta rebelde y empezaba a enfrentarse con sus padres por cosas cotidianas. En el año 1919, su padre enferma y fallece al poco tiempo, teniendo, entonces, que ponerse a trabajar de lleno el campo junto a su hermano Francisco, diez años mayor que él. Las diferencias de carácter y de puntos de vista fueron generando conflictos entre los dos hermanos y debilitaban la armonía de la familia.

Mi abuelo era muy trabajador y muy inteligente, pero para el gusto de su madre y su hermano mayor era muy salidor (*sic*) y derrochaba fácilmente el dinero, que con tanto sacrificio ganaba. Tenía un grupo de amigos, también nacidos en Sando, que congeniaban perfectamente con él y solían salir de juerga muy seguido, cosa que no era habitual en su familia.

La vida transcurrió, entre discusiones y trabajo constante, hasta que mi abuelo conoce en el pueblo a Rosa Feito Arias, una asturiana jovencita que había llegado sola a la Argentina en 1924, cuando contaba con sólo quince años de edad. Ella vivía en la casa de un tío y trabajaba como mucama en la casa de unos paisanos suyos.

¹ Arenoso (N.E.)

Al enterarse la madre de mi abuelo de su noviazgo con Rosa las relaciones se ponen aún más tirantes, dado que éste despreciaba la “esposa ideal” que su familia le había presentado, en la esperanza de que se casara y “sentara cabeza” de una vez. Por otro lado, Rosa no era de su misma condición social, ya que provenía de una pobrísima familia de una aldea de España (La Llamera, Somiedo), y había venido a “Hacerse la América”.

Mi abuelo, una vez más, queda enfrentado a su familia y entonces decide pedir la parte de la herencia que le correspondía. Fue la gota que derramó el vaso. Su familia le dio todo lo que le correspondía, pero literalmente lo echó de su seno. Su madre le reprochó que todo lo hacía para contradecirlos a ellos y casarse con Rosa: *si te casas con Rosa, no seré más tu madre*, le sentenció, la última vez que habló con él, esperando que recapacitara. Y su respuesta fue lapidaria: *Yo no me casaré con Rosa nunca, pero para mí usted no es más mi madre*. Y lo cumplió, no se casó nunca con mi abuela Rosa, vivieron juntos hasta que falleció ella, pero nunca se casaron. Pero tampoco volvió a ver a su madre y a su hermano. Sí a su hermana menor, Josefa.

LA FAMILIA PROPIA

Separado de su familia paterna, mi abuelo decide fundar la propia. Con el dinero y algunos animales (vacas, ovejas y un caballo), que obtuviera como parte de la herencia que le otorgaran su madre y sus hermanos, alquila unas pocas hectáreas de campo pertenecientes a la familia Marconi, terratenientes de aquella época, (1928), que explotaban a los “chacareros chicos” que, querían trabajar las tierras en busca de un mejor pasar. Allí levanta un rancho con sus propias manos y se va a vivir con Rosa Feito Arias, quien trabajó a la par suyo para sustentar la nueva familia. En ese lugar, estuvieron casi cuatro años, hasta 1932. Dos años antes, el 21 de febrero de 1930, nació el primero de doce hijos: mi madre, María Dolores Rodríguez.

Fueron años muy duros: la “crisis del 29” que asoló los Estados Unidos y como consecuencia, al resto del mundo, afectó de manera particular al campo argentino y, de manera muy especial, a los pequeños arrendatarios de tierras.

Mi abuelo, abrumado por la pobreza y la desazón, comenzó a emborracharse como nunca lo había hecho. Se dio cuenta que su madre y su hermano mayor habían tenido razón cuando le decían que estaba equivocado al irse a trabajar por su cuenta, en campo ajeno, pero era demasiado tozudo como para aceptar su error.

En uno de esos días en que venía al pueblo a hacer las compras, se encontró con uno de sus amigos inmigrantes, un mallorquín de apellido Lladó

que tenía una chacra² en lo que, luego fuera la “Colonia Moreno”, cerca de la localidad de Ingeniero Thompson (las colonias se crearon a partir del gobierno del general Juan Domingo Perón, quien expropió muchas hectáreas de campo a varios terratenientes de la provincia de Buenos Aires y se las vendió a los arrendatarios de dichas tierras con facilidades para pagarlas), cuya principal producción era la cría de cerdos. Enterado de las vicisitudes que estaba padeciendo mi abuelo, le ofreció venirse a trabajar con él, en una especie de sociedad de hecho, ya que sabía que era una persona honesta y con gran capacidad para el trabajo de campo.

Creyendo que su situación mejoraría, mi abuelo vendió sus animales y algunas herramientas de trabajo y se fue con su familia al campo de los Lladó. Allí vivió y trabajó durante catorce largos años, pero no como socio del dueño de campo, como pensara que sería, sino como peón. Un peón que ayudó a enriquecerse al patrón, a costa de su esfuerzo y su cada vez más creciente pobreza. Los hijos se iban sumando a un promedio de casi uno por año o año y medio, lo que lo obligó a trabajar por poco más que la comida para ellos. En ese ínterin fallecen, por distintas razones, dos hijos pequeños, uno a los cuatro años de edad, de escarlatina (epidemia que azotó la zona en el año 1932) y otro bebé de pocos meses.

También mi abuela trabajaba en las tareas rurales ayudándole y cocinando para los trabajadores que venían en tiempo de cosecha y que, por aquel entonces, eran numerosos, dado que no existían máquinas que reemplazaran el trabajo del hombre, como ocurre hoy día.

Cuando mi madre tenía ocho años (1938) la situación de la familia era muy difícil y entonces la madre de mi abuelo, quien para ese entonces había comprendido que también había sido injusta con mi abuela Rosa, fue a visitarla y le ofreció criar a mi madre que era la mayor con el objeto de ayudarlos, ya que mi abuelo persistía en su terquedad de no perdonar y no quería nada de su familia. Mi abuela, exenta de todo odio y maldad aceptó la propuesta y mi madre fue a vivir con su abuela paterna. Allí aprendió a rezar y a realizar las cosas de la casa. Mi abuelo nunca mencionó una palabra sobre la decisión de su esposa, pero siguió firme en su postura de no perdonar jamás a su madre. Cuando ella venía a la casa, él no volvía hasta que se hubiera ido.

En 1946, la familia Lladó se va del pueblo y le vende el campo a un familiar suyo que era vecino de chacra, Don Antonio Gelabert, otro inmigrante mallorquín y “chanchero”, como se les decía aquí a los que criaban cerdos a gran escala.

² Granja o alquería (N.E.).

Mi abuelo siguió trabajando con la familia Gelabert, realizando la misma tarea. Su inclinación hacia la bebida fue creciendo a la par de sus hijos, quienes, siendo aún niños, empezaron a trabajar en el campo por el mismo sueldo del padre. La única cosa buena para la familia fue la abundancia de alimentos que tenía, pero nada más. Los hijos no iban a la escuela, andaban mal vestidos y, la mayoría de las veces, descalzos.

Fallecida su abuela, quien mientras estuvo enferma fue cuidada por mi abuela Rosa, (¡vaya paradoja! ¡Rosa, la despreciada, era el alma buena y caritativa que la atendía en sus últimos días!), mi madre, que era la mayor, fue “colocada” en la casa de una acomodada familia del pueblo de Salliqueló, cercano a la localidad de Ingeniero Thompson, como empleada doméstica, apenas tenía diez años. A mi abuelo la muerte de su madre le produjo una profunda depresión, aunque siempre negó que le hubiera afectado. La madre murió llamándolo y pidiéndole perdón, pero él ni fue a verla ni la perdonó. El mataba sus penas en el alcohol.

En el año 1952, mi abuela Rosa tenía cuarenta y dos años y estaba nuevamente embarazada. El médico le había dicho a mi abuelo que ella no podía tener más hijos ya que su vida corría peligro. El veintidós de mayo de ese año dio a luz un bebé que apenas vivió minutos y mi abuela falleció, casi al mismo tiempo, infartada por el esfuerzo. Estaba sola en el hospital del pueblo de Tres Lomas (antes José María Blanco) mi madre que ya tenía veintidós años se encontraba trabajando a pocas cuadras de allí y mi abuelo, en el campo con los demás hijos. Una enfermera le contó luego a mi madre que sólo alcanzó a murmurar: *Adiós, hijos de mi alma...*

LA VIDA SIN ROSA

La muerte de mi abuela Rosa desorientó totalmente a mi abuelo. El alcohol lo convirtió en una piltrafa humana. Se sentía culpable y, a la vez, abandonado a su suerte. La hija más pequeña tenía tres añitos y no podía entender qué había pasado con su mamá. Entonces mi abuelo llamó a mi madre para que se hiciera cargo de la casa y de los hermanos más pequeños. Ella aceptó por sus hermanos, precisamente, porque en realidad nunca estuvo de acuerdo con la vida que él le había dado a su familia y, además, odiaba que tomara: *Sí, padre, yo voy a ir a casa, pero las cosas serán como yo diga. Recuerde que yo no soy mamá. Las cosas tienen que cambiar.* Entonces, María Dolores, su hija mayor tomó las riendas de la casa. Los chicos más chicos, empezaron a ir a la escuela y los más grandes iban a aprender con una maestra particular que vivía en una chacra vecina. Mamá criaba pollos a medias con el hijo del patrón y, con lo obtenido por su venta les compró ropa y alpargatas (zapatillas). También coci-

naba para los trabajadores que venían en tiempo de cosecha, pero a diferencia de su madre cobraba por hacerla.

El abuelo no podía entender que una hija suya enfrentara a los patrones y les cobrara por todo lo que tenía que hacer. Eso lo enfurecía y en varias ocasiones en que venía borracho del pueblo la enfrentaba, pero mi madre le respondía duramente, hasta se preparaba por si la agredía físicamente. Mi abuelo, cada vez, se deprimía más y más se entregaba a la bebida. Así pasó todo un año, después de la muerte de mi abuela Rosa y mi madre que ya estaba de novia con mi padre, (entonces en el servicio militar obligatorio), había decidido que así no podían seguir, por lo que pensó en dejar la casa paterna y llevarse a sus hermanos más pequeños y a sus hermanas mujeres, que ya eran señoritas.

Pero la vida tomó otra decisión antes de que mi madre hablara con su padre. En la madrugada del 3 de julio de 1953 mi abuelo se acuesta a dormir en una fonda del pueblo de Ingeniero Thompson, cercano a la chacra donde vivían, totalmente borracho. Nunca más se despertó. El médico de la localidad de José María Blanco certificó que había muerto de embolia cerebral. Todos dijeron que murió de tristeza. Cuenta mi madre que esa fría noche del 3 de julio de



Tomás Rodríguez y Rosa Feito Arias en el año 1950.

mil novecientos cincuenta y tres ella y sus hermanos estaban durmiendo en la chacra y en un momento escucharon ladrar los perros. ¡Ahí viene papá!, dijo uno de los chicos. Y ella les sugirió que se quedaran en silencio sin hacer ruido porque, dado la hora que era, seguro que venía “bebido”. Lo escucharon bajarse del sulky, escucharon el ruido de su bombacha al caminar y lo escucharon entrar en la cocina. Luego el silencio. *Bueno, viene bien*, (dijeron), *ya se fue a dormir*. Al poco rato, alguien les golpeaba la puerta, llamándolos para darles la mala noticia de su muerte. Mamá miró a sus hermanos, que no podían comprender cómo podía haber pasado eso si ellos lo habían escuchado llegar un rato antes y les dijo: *Lo que escuchamos, era el alma de papá que vino a despedirse de nosotros*.

LOS OJOS DE MI ABUELO

Dije al principio que no conocí a mi abuelo materno, pero siempre me dio mucha alegría saber que he heredado el color verde grisáceo de sus ojos y el movimiento constante de sus manos. Mi madre no deja de sorprenderse cada vez que, aún hoy con cincuenta y dos años cumplidos, cuando me siento a la mesa empiezo a cambiar constantemente los cubiertos de lugar. Dice que el abuelo hacía exactamente lo mismo que yo, no podía dejar sus manos quietas. Soy feliz pensando que tal vez esta inquietud que mueve mis dedos sobre el teclado de la computadora, escribiendo su historia, sea la misma que un día sintió mi abuelo y que, por distintas razones, no pudo expresar como él realmente sentía.

Mi abuelo: Tomás Rodríguez Martín

29

Acta número Veinte y nueve

En San Martín de los Andes, provincia de Buenos Aires, a veinte y nueve de agosto de 1953

de mil novecientos cincuenta y tres. Acta en San Martín de los Andes, provincia de Buenos Aires, del Registro Civil, Don Tomás Rodríguez de veinte y nueve años, estado soltero nacionalidad argentina domiciliado en la campaña de este pueblo

DECLARA: Que el día diez de agosto de 1953 a las veinte y cinco horas se produjo el fallecimiento del esposo de la campesina de este pueblo


FALLECIO por causas de corazón Don Tomás Rodríguez de veinte y nueve años de Caraballa corazón según certificado médico del doctor Edno Abel Oliver

que se archiva bajo el número de esta acta: este se produjo en la campesina de este pueblo profesión y por causas de corazón domiciliado en la campesina de este pueblo nacionalidad argentina intercedido

Alf. de San Martín Rodríguez y de María Dolores Martín

Testes: Don Tomás Galburt de veinte y nueve años estado casado nacionalidad argentina domiciliado en este pueblo y Don Julio Martínez de veinte y nueve años estado casado nacionalidad argentina domiciliado en este pueblo quienes manifiestan haber visto el cadáver. Leída esta acta, la firman conmigo y los testigos nombrados

Manuel Francisco Rodríguez
Juan de la Cruz



Acta de defunción de Tomás Rodríguez, 1953.

Relato de mi vida

Estanislao Alfaraz Romero

Soy Estanislao Alfaraz Romero. Nací en un pueblo como muchos en España, con calles de tierra, donde no había muchas casas pero sí familias grandes de 8, 10, 12 hijos la mayoría. Mi pueblo se llama Zamayón y está entre Salamanca y Zamora.

De mis primeros años tengo aún recuerdos felices vividos junto a mis hermanos, mi familia, y algunos vecinos; recuerdos que se empañaron cuando yo tenía apenas 7 años al estallar la guerra en España, mundialmente conocida como La Guerra Civil española, lo que generó un cambio total e irreversible en la manera de vivir de mi familia y de España.

En aquel tiempo no había comunicación y todas las noticias las recibía el Ayuntamiento. En ese tiempo mi hermana trabajaba en Madrid y no pudimos tener noticias de ella hasta terminada la guerra. Al regresar, fue terrible escuchar sus relatos de cómo tuvieron que hacer para poder sobrevivir. Un día el alguacil dio la noticia de que los varones debían presentarse, ya que serían reclutados para hacer el servicio militar. Esta noticia tomó por sorpresa a muchísimas familias ya que sucedió de repente y nadie se lo esperaba. Uno de mis hermanos debió irse de la casa para hacer el servicio militar en Salamanca y esa situación fue muy triste para mi familia ya que existía la posibilidad de que fuera derivado a cualquier otro lugar y nosotros no podríamos enterarnos.¹ Cada día que pasaba era peor, todos querían tener noticias y no se podía ya que el único medio era por carta y aún así era muy complicado. Había un coche de línea que venía de Salamanca y pasaba por ocho pueblos incluyendo

¹ Evidentemente, no era el servicio militar, sino la leva obligatoria para la guerra (N.E.)

el nuestro. Era muy triste ver familias esperando noticias de sus hijos sabiendo que no podían ayudarlas ya que esas noticias eran difíciles de conseguir y tras eso todo era demasiado confuso.

Y con la guerra vino la miseria. A mí, como a muchos chicos, me tocó salir a trabajar ya que en mi casa éramos ocho hermanos en total, yo era el cuarto; a los dos mayores los atrapó la guerra y mi otro hermano que tenía 15 años ya se encontraba trabajando. Después vino el racionamiento: consumíamos pan de maíz y de centeno y no podías consumir más de lo que decía en una cartilla con unos cupones. Era muy difícil para mí que era apenas un niño pasar por todo eso.

A mí me tocó aprender los trabajos duros del campo con sólo 10 años. Al cumplir 15 años cambié de trabajo; estuve 4 años con un tratante muy famoso que se llamaba Julián. Le decían el... (*sic*). Con él conocí muchas ciudades y pueblos. El primer viaje fue a la provincia de Valladolid; en aquel tiempo se hacía caminando o en burro, pero como era mi primer viaje lo hice a caballo. Tardamos tres días y llevábamos treinta vacas, hicimos noche en el campo ya que era otoño. Un día no paraba de llover y paramos en un pueblo que se llama Siete Iglesias² porque Julián tenía amigos allí. Nunca me voy a olvidar que llegamos justo para la fiesta del pueblo ya que por primera vez pude ver una corrida de toros. Esa noche recuerdo que había muchos toreros y aficionados y lo que más me sorprendió es que en dos oportunidades que el toro agarró al torero, se apagaron las luces y el toro se asustó y lo dejó, y cuando se volvió a prender el torero siguió como si nada hubiese sucedido.

Al otro día seguimos viaje ya que teníamos que llegar a la ciudad de Tardecillas³. Pasamos la noche cerca de allí. Al día siguiente cruzamos el río Duero por un puente; allí sobre el río se hacía el mercado y tuvimos tanta suerte que en tres horas habíamos vendido todo lo que traíamos. Luego Julián tomó el tren en un campo cerca de Tardecillas de vuelta al pueblo y yo lo hice a caballo ya que cuando Julián se ausentaba yo le ayudaba a su padre con el trabajo del campo.

Mi segundo viaje fue a Zamora; esa vez fuimos con cinco parejas de vacas y bueyes, ahí me acompañó un muchacho que conocía bien el camino ya que había que cruzar por entre montes hasta llegar a un pueblo que se llama Mayalde. A partir de allí ya hay camino hasta Zamora pasando por otro pueblo que se llama Villa Nueva⁴ donde hay 3 leguas de viñedos y justo era tiempo de vendimia y yo nunca había visto tantos carros, cestos y gente tra-

² Localidad cercana a Tordesillas, provincia de Valladolid (N.E.).

³ Sin duda, se refiere a Tordesillas (N.E.).

⁴ Villanueva de Campeán, prov. de Zamora (N.E.).

bajando en la cosecha de uvas. Llegamos a Zamora y nos quedamos antes de pasar el río en un barrio que se llama Penilla⁵ ya que allí tenían arrendado un corral con comederos, porque todos los 12 de cada mes se llevaba a cabo una feria en la que se vendían toda clase de animales. Así que el 12 por la mañana temprano cruzamos el río Duero por el puente de hierro y cruzamos toda la ciudad hasta la plaza de toros. Al terminar la feria que duró 2 días nos quedaron 4 animales y yo me quedé ahí para cuidarlos hasta que Julián y el otro muchacho volvieran del mercado de Salamanca que se llevaba a cabo todos los días 15. De ahí fuimos por varios caminos, ya que los 28 había mercado. Y así seguí por más de 4 años recorriendo caminos con Julián que se convirtió en un hermano mayor para mí y además en su casa yo era como un integrante más de la familia. Fue muy duro para mí el momento en que cumplí 19 años, ya que significaba que debería irme a realizar el servicio militar. Ese verano me dediqué a trabajar con una familia donde yo era el mayoral e hicimos una cuadrilla de 4 segadores y 2 niñas que eran de mi edad. Al terminar, los dueños se sintieron muy a gusto con nuestro trabajo y nos hicieron una despedida muy linda. Yo me sentía muy orgulloso ya que mi padre siempre se había dedicado a ese oficio y todos lo respetaban tanto. Tengo recuerdos de chico de cuando mi padre me llevaba a un campo cerca de Ledesma para que fuera a buscarle la comida con un burrito y unas aguaderas.

Y llegó el momento más importante que es hacer el servicio militar. Antes se realiza un sorteo donde se decide el destino del postulante. A mí me tocó África en el Regimiento Regulares N° 4. Al partir todos los de la provincia nos incorporamos en Salamanca y los destinados a Marruecos llegamos en tren a Algeciras. Nos subieron en un barco que se llamaba la Paloma y luego de 6 horas llegamos al otro lado y de ahí nos llevaron a un cuartel donde comenzó el sufrimiento. Primero nos cortaron el pelo y nos ducharon con agua helada, después nos dieron el uniforme que nos lo pusimos lo mejor que pudimos y nos metieron en los camiones del ejército para llegar hasta el cuartel del Regimiento Regulares N° 4 en el que permanecemos por casi tres años. Al otro día nos formaron en fila para decirnos lo que nos esperaba en los próximos tres meses de instrucción y entrenamiento que fueron muy duros ya que el calor del lugar era sofocante y más intenso aún cuando el aire venía del desierto que estaba muy cerca del lugar. En dos ocasiones suspendieron los ejercicios al aire libre a causa del calor. En el cuartel todas las mañanas nos daban una pastilla que era en contra de algunas enfermedades del lugar ya que cuando llovía se formaban grandes charcos en los que nacían mosquitos que causaban el paludismo. De todos modos algunos compañeros fueron hos-

⁵ Barrio de Pinilla, Zamora. (N.E)

pitalizados al verse afectados por la enfermedad en el caso de otros resultaron muertos; por eso a los militares españoles de alto grado no los obligaban a estar más de 3 años. Lo que en realidad me sorprendió fue que en el ejército de moros que pertenecía al regimiento en el que estaba, la mayoría había estado en la guerra de España y para ellos Franco era como un Dios y a nosotros nos odiaban, pero la realidad era que veneraban tanto a Franco porque a cambio obtenían una muy buena paga y mejor uniforme. Ellos en su idioma se burlaban de las atrocidades que cometieron durante la guerra ya que habían sido entrenados por el mismo Franco cuando estuvo en Marruecos.

Al terminar el entrenamiento juramos la bandera que eso para cualquier soldado es un momento muy emotivo. Así empezaron nuestros destinos y a cada uno le destinaron su compañía a mi me tocó la segunda y mi capitán se llamaba Miguel Estaban Gascón; con él teníamos una muy buena relación ya que él para mí era como un padre. Un día me llamó a su oficina y me preguntó si quería algún destino en particular. Yo le contesté que quería ser camarero en el Hotel de Jefes y Oficiales, su respuesta fue sí y me derivó a la oficina del comandante que era el que mandaba en el hotel, éste fue muy amable conmigo. Como ya estaban por ser dados de baja, me quedé a practicar y tuve suerte ya que se quedaron por 2 meses y pude aprender mucho más algo que yo sabía y con mucho empeño pude terminar mi periodo militar ahí. Tengo buenos recuerdos de ese periodo en el servicio militar ya que podía comer bien, estaba bien pago, (*sic*). Nosotros éramos 6 camareros y teníamos una relación excelente. Además el hotel era muy moderno y confortable y los Jefes y Oficiales concurrían con sus familias a fiestas, a tomar algo, o a jugar a las cartas. Y así llegó el día más esperado por todo soldado: el día de ser libre. Sin embargo, también da tristeza porque tienes que despedirte de tantos buenos amigos, de los oficiales y del capitán que siempre nos recordaba que era como el padre de todos los que pertenecíamos a su compañía. Así comenzamos el viaje de vuelta por los mismos caminos que habíamos ido y en los mismos camiones; pero con mucha más fuerza. Ya en nuestra tierra subimos a un tren que nos llevó hasta Granada, Andalucía, y allí esperamos tres horas para subir a otro tren que nos llevaría a Madrid; el oficial que nos acompañó durante el viaje nos abrazó fuerte, nos felicitó y nos deseó lo mejor en nuestra nueva vida. Me quedé tres días en Madrid para visitar a mi hermana y a un primo que era el que yo más quería; él era policía y siempre que no estaba de servicio recorríamos lo más bonito de la ciudad en tranvía ya que él no tenía que pagarlo. Al llegar a Salamanca fui a visitar a muchos tíos y primos y por último fui hasta Zamayón en un coche de línea que recorría varios pueblos. Aquella llegada fue muy emocionante: besos y abrazos de mis padres y hermanos, parientes, amigos y del pueblo entero porque éramos como una gran familia.

Cuando pude tranquilizarme llegó el momento de pensar en el futuro ya que como todo joven tenía ilusiones, sueños. Pensé en Argentina porque tenía cinco tíos ahí que habían llegado de España, porque ya en 1893 mi abuelo se había marchado a Argentina para trabajar en el ferrocarril que en ese momento estaba bajo dominio alemán y se había llevado a mis tíos y había uno que siempre escribía y le propuse mi inquietud por irme. Él me contestó que viajara, que él desde allá tenía que pagar el pasaje y firmar un contrato de trabajo por tres años y yo desde España tenía que conseguir todos los papeles para mi viaje como inmigrante los cuales no eran pocos y cuando me exigieron un permiso del ejército me contestaron que hasta que no cumpliera 25 años, según las leyes, estaba bajo bandera así que inicié los tramites y trabajando en lo que sabía hacer trataba de ahorrar algo para el viaje; que no era nada fácil por aquellos tiempos. Pero de todos modos me di el gusto de ver una corrida de toros con picadores que nunca había visto; fue muy emocionante porque cortaron orejas. Para mí todo eso es muy especial ya que esa afición la llevo en la sangre, ya que me crié en un ámbito similar entre vacas bravas. Por nombrar alguna (ganadería), recuerdo “Casablanca” donde se criaban los mejores toros de España y cada vez que podía ir a ver la tienta⁶ y la yerra de los becerros que se hacía en una plaza grande y era un día de mucha fiesta. Lo más triste para mí y para muchos españoles, de eso estoy seguro, fue la muerte de “Manolete”⁷, que fue y siempre será el mejor a pesar de que ahora hay muy buenos toreros. Lo sé porque, por suerte, puedo verlo por televisión gracias al canal español que transmite algunas corridas. Hay jóvenes que son muy valientes y no tan jóvenes también.

Volviendo a mi viaje lo más triste fue la despedida y, como no es muy grato recuerdo, sepan disculpar. Voy pasar a contar cómo fue mi llegada hasta el barco: a esa instancia ya tenía todos mis papeles en regla, tuve que ir por el consulado argentino en Madrid para verificar y terminar el trámite. De allí tomé el tren a Barcelona donde me quedé 2 días aprovechando que tenía tres muchachos amigos que eran de mi pueblo natal y trabajaban ahí, así fue que pude conocer esa hermosa ciudad. El 8 de diciembre, justo el día de la Virgen, a las 11 de la mañana llegó el barco que venía de Italia y era de compañía italiana, así que por lo tanto la mayoría de los pasajeros eran de origen italiano. El barco se llamaba “Agustus” y era grandísimo. Viajábamos 4.000 personas y para aquellos tiempos era muy moderno y comfortable; contaba

⁶ Tienta: Prueba que se hace para apreciar la bravura de las becerras (N.E.).

⁷ Manuel Rodríguez Sánchez “Manolete”, ídolo del mundo taurino en la posguerra española, muere en la plaza de Linares, Jaén, el 29 de agosto de 1947. Su muerte conmocionó a la España del momento (N.E.).

con piscina, cine, iglesia con sacerdote, enfermería con doctor y enfermera, salón de baile con bar y una gran orquesta que tocaba todas las noches y era muy divertido. En él también viajaban jóvenes italianas casadas por poder y eso hacía más animado el baile porque eran muy alegres y bonitas. Bueno, después de subir los pasajeros en Barcelona, se puso en marcha y tocamos el primer puerto que no estoy muy seguro era Dacar en el que no paró por mucho tiempo como en otros puertos. Después de algunos días llegamos al Ecuador donde terminó el invierno y comenzó el verano eso resultó muy impactante ya que el barco estuvo parado por unas horas y el sol quedó bien en línea recta hacia abajo y como hacia calor la piscina comenzó a tener éxito. Después entramos en aguas americanas y llegamos a Brasil donde pasamos 6 horas, allí nos pudimos bajar y conocer algo y personalmente me gustó mucho lo que pude llegar a conocer y aún recuerdo como si lo tuviera aquí el aroma del buen café que vendían por la calle y también los plátanos. De ahí seguimos hasta Montevideo que también pudimos conocer. Luego llegamos al gran puerto de Buenos Aires el 24 de diciembre a las 12:00 de la noche. Había pasado 14 días en ese barco y ya con los pasajeros era como si nos conociéramos de toda la vida y, cuando el barco se detuvo sano y salvo, lo celebramos con aplausos, besos y abrazos. Fue muy emocionante, además, el hecho de ver una cantidad impresionante de gente con carteles y fotos gritando nombres, para poder identificarnos. Nos hacían bajar despacio por la escalera del barco hasta pisar tierra, igual era difícil ver que a algunos nadie los esperaba y eran llevados a la casa del inmigrante. A mí me esperaba un primo con una foto gritando mi nombre. De allí fuimos en el tren subterráneo con un calor agobiante hasta la casa de sus padres. Al llegar nos refrescamos y después de saludar a todos comenzaron los festejos, en aquel tiempo en la Argentina eran tiempos de abundancia así que no faltó nada esa noche, de todos modos para mí fue triste porque extrañaba España en esa noche aunque fuese con menos manjares de comida y buena bebida.

Pasé esa Nochebuena y Navidad en Buenos Aires y después tenía que seguir hasta la ciudad de Punta Alta ya que ahí vivía el tío que me reclamó y me hizo los trámites argentinos y él no había podido viajar porque era una persona muy mayor y de Buenos Aires a Punta Alta hay 600 km aproximadamente.

Viajé en colectivo hasta Punta Alta y después de 10 horas de viaje cansado y con calor me encontraba llegando a mi destino. Llegué de noche a la casa de mis tíos, después de saludarlos nos fuimos a dormir. Al otro día conocí a un primo que me propuso viajar en el tren para conocer el resto de la familia ya que por suerte todos los varones de mi familia por parte de mi madre apellidada Romero eran ferroviarios y por ende vivían en las estaciones o cerca de las mismas, así que fue fácil encontrarlos. Lo que más me impresionó era

ver tanta cantidad de gente trabajando ya que era tiempo de cosecha y me llamaron mucho la atención las cosechadoras y carretas tiradas por caballos unidos de a tres en fila y un solo hombre las manejaba sentado desde un asiento preparado para eso y todos los granos eran depositados en sacos que aquí se llamaban bolsas y los colocaban en pilas grandes y muy bien formadas hasta que después fueran trasladadas por vagones hasta su lugar de destino. Otra cosa que me gustó mucho eran las construcciones de las estaciones y como funcionaba todo, tan organizado y era impresionante la cantidad de gente que había trabajando en diferentes actividades y después de pasar mi primer día de año con los tíos y primos volví a Punta Alta ya que hay una base naval que es una de las más grandes de América y en donde trabajaban 6.000 civiles y todos los inmigrantes jóvenes nos anotamos ahí ya que era el mejor trabajo y el mejor pago en aquel entonces.

Pero como en todas las leyes de inmigración había preferencias y aquí se llevaban a cabo de esta forma primero había que ser argentino segundo ser casado con una mujer argentina y tercero ser nacionalizado argentino. Yo hice todos los trámites y tuve que esperar 2 meses y a pesar de que mis tíos no me dejaban faltar nada yo quería trabajar y fue entonces que me enteré que habían instalado una fábrica de armas deportivas y estaban tomando gente y sin decir nada a mis tíos fui a preguntar. Me dijeron que fuera al otro día para conocer cómo era el trabajo y fui y me gustó. Estuve una semana y conocí a un andaluz que después de mucho esperar lo llamaron para trabajar en la base y él manejaba una máquina que cortaba las piezas, algunas en frío y otras en caliente, lo más complicado era aprender a medir el espesor con calibre y micrómetro y ese andaluz me enseñó el funcionamiento y pude entrar a trabajar después de tres meses de prueba y después pasé a efectivo con muy buen salario y estuve 5 años y en ese tiempo empezaron los problemas políticos y militares e hicieron cerrar la fábrica y cada día se complicaban más los problemas y el conflicto político-militar se agravaba en las ciudades de Bahía Blanca y Punta Alta.

Yo me había casado y tenía dos hijos y con lo que había pasado y visto en la guerra de España decidí buscar trabajo en el campo y conseguí cuidar una huerta con muy buenas tierras a la costa de un río y como yo había aprendido el trabajo de chico no fue difícil y por lo menos no existía tanto peligro ya que las cosas fueron cada día peor en ese tiempo de dictadura.

Pasaron los años y llegó el año 1992 y pude realizar el sueño de cualquier inmigrante: volver a su patria, a mi querida España. En este viaje tardé menos horas que días en el viaje anterior cuando vine en barco. Para mi sorpresa después de tantos años todo había cambiado, por suerte para bien. Lo que más me impactó fue ver a los jubilados felices y muy bien atendidos por las obras sociales. Visité a mi familia que para mi tranquilidad estaban todos bien,

mis hermanos, sobrinos y amigos me recibieron muy bien con mucho cariño que para mí fue lo más importante. Lo pasé muy divertido realmente ya que viajé en mayo y coincidió con los festejos de varios pueblos cercanos a las que yo siempre concurría y en cada uno son dos días de fiesta. Comencé con San Miguel que es en mayo; luego San Antonio, que es el 13 de junio y el mismo mes, el 24, San Juan; el 26; Santo Pelayo, el 29 San Pedro y la última San Roque. Lo disfruté aún más porque en algunos pueblos aún realizaban corridas de vacas el segundo día de la fiesta. Esto atrae mucha gente a pesar de que en los pueblos ya no quedan jóvenes en las fiestas de su pueblo. Fue muy grato para mí poder encontrarme con viejos amigos que yo a ellos ya no los conocía, pero ellos a mí me recordaban porque de joven yo siempre concurría a esos festejos. Con mi hermano mayor fuimos a ver una corrida de que por primera vez pude presenciar lo cual me gustó mucho ya que actuó una joven francesa que lo hizo verdaderamente muy bien.

Después de estar tres meses en España y conocer todo aquello que yo no pude conocer ya que era impresionante cómo habían progresado las ciudades en todo concepto y eso me puso muy contento. Luego debí volver a Argentina, extrañando profundamente a España que llevaré siempre en mi corazón y de la cual vivo pendiente hasta estos días. Solo me queda expresar mis deseos de que no haya más guerras ni conflictos, ya que ese método no llevó nunca ni llevara a ningún lado, solo trae destrucción, hambre, pobreza, tristeza y despierta lo más oscuro de los hombres en su afán de conseguir un poco más de poder. Y yo lo digo desde este punto de vista ya que lamentablemente ya lo he vivido y he podido comprobar con gran alegría y un profundo orgullo cómo España ha logrado salir adelante y de cierta forma reponerse de las consecuencias del gobierno de facto (*sic*).

Historia real de dos emigrantes burgaleses (padre e hijo)

Roberto Alonso Kopp

Don Alejandro Apolonio Alonso Miranda, natural de Cubo de Bureba, de 31 años arraigado en Montejo de San Miguel, Valle de Tobalina, provincia de Burgos. Un pueblito chiquito que está a 3 km de Frías –su primera capital, hasta 1728– y a otros 3 km de su actual capital, Quintana Martín Galíndez. Se sintió muy apenado por la temprana ausencia de su señora esposa D. Josefa Gobantes García, quién falleció el 22 de mayo del año 1907 (Actas de defunción y de nacimiento adjuntas). Se sintió tentado por el ofrecimiento de un individuo que apareció de la noche a la mañana en el pueblo –aprovechando la falta de trabajo que sufría la gente en ésa época– les decía que pertenecía a una empresa francesa y buscaba gente para trabajar en América del Sur; la ciudad se llamaba Mar del Plata y estaba ubicada a 404 km de Buenos Aires en la República Argentina. El trabajo trataba en la construcción de escolleras sobre la costanera¹ de dicha ciudad y además se construiría una rambla por ser una ciudad balnearia muy importante. Dicho y hecho, como D. Alejandro estaba tan bajoneado por las circunstancias mencionadas, aceptó el contrato de este señor y el día 24 de octubre del mismo año, buscando otro destino y suerte adversa a la obtenía hasta ese momento, decide embarcarse en el puerto de Bilbao hacia el puerto de Buenos Aires (Argentina) con la Empresa Edmundo y Compañía en el vapor “Sao Paulo”, junto a su hijo de 3 años, Julián Alonso Gobantes.

El pasaje le costó 220 pesetas más el pasaje que abonaba su hijito, y 2 pesetas de comisión, en total pagó 332 pesetas. (También se acompaña foto-copia de su pasaje N2 F 116 para dar veracidad a este relato) y deja en

¹ Avenida o calle que se extiende a lo largo de una costa o de un río (N.E.).



Acta de nacimiento de Julián Alonso Gobantes.

Montejo a cargo de un familiar, al bebé José de 9 meses —que al nacer el 4 de febrero de ese mismo año 1910 (Partida de nacimiento adjunta) se decía que fue el motivo principal del fallecimiento de su esposa, ya que había quedado muy debilitada enfermado de pulmonía, y dos hijos más adolescentes Magdalena de 9 años y Jesús de 8 años, con la promesa de enviar

dinero a fin de que puedan viajar oportunamente a la Argentina para reencontrarse con él. Este viaje debido a una marejada persistente se demoró 10 días más de lo previsto y arribó al puerto de Buenos Aires el día 24 de noviembre de ese año 1910.

Posteriormente se traslada a la ciudad de Mar del Plata donde se establece en una pensión situada en la calle España esquina Rivadavia y conoce a una mucama² que trabajaba allí. Era una señorita española natural de Pontevedra: Amalia Portela Pazas su nombre, muy guapa de estatura alta, que no sabía leer ni escribir, pero tenía un gran corazón y sí sabía cuidar niños y enamorarse, y sucedió lo previsto: mirada va, mirada viene, le propuso si podía cuidar a su hijito y le respondió que sí, además no tardaron un instante en enamorarse recíprocamente y, sin perder casi nada de tiempo, a los 30 días de cuidar al nene pasa a ser la madrastra, pues contraen matrimonio y forman una linda pareja.

Previamente a la semana de su arribo a Mar del Plata ya había iniciado con mucha ilusión y voluntad, el contacto con la empresa Sociedad Francesa de Construcciones y Obras Públicas donde lo emplearon para la construcción de la Rambla denominada Bristol, la que fuera inaugurada el 19 de enero del año 1913. En ese mismo año el diario anunciaba que el estado había aprobado las obras para que los vecinos tuvieran servicios sanitarios de agua corriente, por ende necesitarían más empleados, entonces lo consulta con su esposa y hace las averiguaciones pertinentes y resuelve pasarse a Obras Sanitarias de la Nación, con mayor sueldo del que percibía en la empresa francesa. Aquí

² Criada, encargada del servicio doméstico y la limpieza (N.E.).

su tarea era brava: tenía que abrir zanjas con la pala y el pico e instalar red de cañerías con agua corriente para la ciudad; un trabajo agotador pero valió la pena y el sacrificio, pues pasa un par de años y con el fruto de su trabajo compró un terreno en la calle Deán Funes, 2766 y construye su casita de madera. Ya en su nuevo hogar vino la cigüeña con Josefa en el pico (le puso ese nombre en honor a su ex esposa) y posteriormente llegaron Juan, Serafín y Alejandro.

Mientras tanto Julián, que concurría al colegio primario ya con 8 años, pasaba al 2º grado (se adjunta Certificado) y después siguió aumentando la familia con Leopoldo y Chola. A la vez D. Alejandro, con su familia numerosa tampoco olvidaba a sus hijos que habían quedado en Montejo de San Miguel y después de un intento frustrado, ya que le robaron el primer envío de dinero que hizo a España por inexperiencia, se entera por intermedio de un amigo del viaje de un señor conocido y aprovechó la ocasión por cuanto éste señor, muy amable por cierto, se ofreció a llevarle personalmente otra remesa, y pudo con mucho esfuerzo conseguir que sus otros hijos también arribaran a Mar del Plata.

Ahora sí estaban todos y había que multiplicarse para mantenerlos; y ¿qué hizo Don Alejandro? Alquiló un terreno a la orilla del arroyo “Las Chacras” Funes y Alvarado que estaba a 3 cuadras de su casa –muy similar al Río Ebro que vivió en su infancia– y se le prendió la lamparita, utilizando la colaboración de su gran compañera Amalia, como así también de sus hijos, y teniendo la experiencia y los recuerdos de su pueblo de España, elaboró un criadero de cerdos que llegó a ser el más famoso en la zona y recibía gente de todos los alrededores y de ciudades cercanas, a efectuar la compra de lechones, huevos, gallinas, en fin todo lo relacionado con productos de granja y principalmente cuando festejaban cumpleaños, casamientos o las fiestas de navidad y año nuevo.

Por otra parte también se recuerda la cocina de su casa que ya era de material donde tenía el cielo raso cubierto de jamones, chorizos, codeguines y morcillas burgalesas colgadas. Jamás faltó comida por más familia numerosa que fuera y el mérito mayor para destacar es que siempre siguió trabajando en Obras Sanitarias y además se dedicaba a distribuir barriles de vino de un almacén al por mayor llamado *Aldararo* que estaba situada en la calle España y Riadavia (*sic*)³. Hasta que un día le ocurrió un accidente donde se le vino encima un barril que le fracturó cuatro costillas. Debido al mismo, tuvo que renunciar en Obras Sanitarias pues le impedía hacer fuerza; y ¿qué hizo este buen hombre con el dinero que le dio su patrón reconociendo el fatal acci-

³ Quizá por Rivadavia (N.E.).

dente? Compró un *mateo* con dos caballos para aprovechar el turismo y le ayudaba Juliancito haciendo turnos en la estación del ferrocarril, esperando el arribo del tren para concretar de 2 a 3 viajes por día. Se cobraba \$ 1 por viaje desde la estación del ferrocarril hasta la rambla “Bristol” y por la noche hacía de sereno y jardinero en la Plaza Rocha, rodeada por las calles Dorrego, 25 de Mayo, 20 de Septiembre y San Martín y la entrecortaban la Av. Luro y 14 de julio, en total tenía 4 manzanas.



Acta de nacimiento de José.

Este fue el último trabajo que realizó. Murió en el año 1953 cuando tenía 75 años, afectado por cáncer al hígado, dejando una gran enseñanza a sus herederos. Qué sabio fue este burgalés. Para que se pueda cruzar el arroyo (evitando un rodeo de 12 cuadras) fabricó un puente de madera tipo escalera, que tenía 30 metros de largo por 1 metro de ancho. Se recuerda que un día apareció un hombre ahogado que lo quiso cruzar con su bicicleta al hombro, pero se comprobó que también tenía una borrachera impresionante y ese había sido el motivo de su imprudencia que le provocó la pérdida de su vida. Actualmente dicho arroyo está entubado y por arriba en ese lugar pasa la calle Diagonal Zubiaurre, y donde estaba el criadero de cerdos se construyó un edificio de 12 pisos.

Volviendo a su hijo Julián –para colaborar con su padre– consiguió un trabajo en la quinta con frutales de la sra. Leonor Puentes de Carrera. Debido a su bien comportamiento esta señora, que lo quería muchísimo como si fuera



Billete para familia de emigrantes, Bilbao-Buenos Aires.

su propio hijo que ella no pudo tener, le compró un terreno en la calle Ranson 3980 justo a la vuelta de la casa de su padre, pero como era adolescente tenía 12 años (hay foto) lo escrituró a nombre de ella misma y luego cuando cumplió 22 años, se lo transfirió a Julián, haciéndose cargo también de los gastos de escrituración.

A la vez, como era un chico muy inteligente le aconsejó que estudiara algún instrumento musical que le costearía los estudios y así fue. Se decidió por aprender a tocar el bandoneón, un instrumento bastante difícil, no obstante ello fue un muy buen alumno; tal fue así, que lo aprendió a tocar muy bien a las órdenes del profesor

Vicente Casarimi que tenía el estudio en la calle Dean Funes esquina Belgrano y a los 22 años integraba la Orquesta Sabugal (sexteto) –seis músicos y el cantor– con algunos compañeros de estudio, la que actuó en varios festivales, casamientos, bailes y clubes durante los años 1929/1930 con muchísimo éxito (hay fotos). En uno de esos bailes justamente en un pueblito que está a 46 km de Mar del Plata llamado Coronel Vidal, conoce a una señorita que tenía 16 años, nacida el 6 de noviembre de 1913 en la ciudad de Santa Rosa (La Pampa), en el sur de la República Argentina, llamada Rosa Kopp, hija de D. Jacobo Kopp y de D. Emilia Rapp, naturales de Rusia.

La conquista se produce después de tocarle una serenata en la estancia “La Micaela” donde residía, en el cuartel 42 del Partido de Mar Chiquita coronel Vidal. Y llega el bichito del amor, por este lindo encuentro, Julián se comporta como un caballero y le pide permiso a su futuro suegro D. Jacobo, para poder visitarla a su hija en la estancia, a lo que accede de inmediato. Posteriormente y para poder ver a su novia en forma continuada, Julián



Don Alejandro con su esposa Amalia (en su casa de Funes 2766-MDP).



Don Alejandro con su esposa y varios de sus hijos, yerno y dos nietos (los hijos de Josefa).

compra una moto con sidecar marca Harley Davisson (hay foto), así por lo menos una vez al mes se ponía en contacto con ella. Algunas veces cuando llovía se tenía que quedar una semana en la estancia hasta que se secara el camino, pues como era de tierra el barro lo ponía intransitable.

Un día, Rosita –era tanto el cariño que le tenía– que le sorprende con un regalito en el día de su cumpleaños, entregándole una funda de terciopelo negro bordada a mano por ella misma con su nombre, para que se la ponga en sus rodillas cuando tocara el bandoneón. A partir de ése día nunca dejó de usarla, y además lo hacía como cábala para la buena suerte (todavía existe –se acompaña foto). Como este noviazgo tenía fines serios, Julián quería conseguir un trabajo estable, y logra entrar en la panadería “El Progreso” que estaba en la calle Mitre y Begrano de los hermanos Fullahondo. Repartía el pan en un carro (se adjunta foto) y costaba \$ 0,30 centavos el kilo de pan.

Ya tenía casi 26 años, entonces decide contraer enlace con Rosita, su amada novia de 20 años, ocurriendo este acontecimiento el día 18 de mayor de 1933 en la iglesia de

Coronel Vidal (está el certificado). Aprovechando que tenía su terreno que le regaló la señora Leonor, construye una pieza de cocina en el mismo (Rawson 3980), con el retrete separado y en el año 1934 el día 2 de marzo, nace su primer hijo varón, Ernesto, después vino Jorge Raúl el 28 de junio de 1935 y por último el 17 de Octubre de 1937 Roberto. (También hay comprobantes de sus partidas de nacimiento). Como se agrandó la familia, le hizo un dormitorio más a la casa y un vestíbulo donde su esposa Rosa se dedicaba a bordar y coser con su máquina marca *Cabiró*.

Posteriormente el señor Urriza, dueño de las panaderías del puerto, una estaba en el centro de la ciudad, calle Santiago del Estero esquina Belgrano y la otra sucursal estaba en la calle Tucumán 2398, enterado de la capacidad y experiencia que tenía Julián, lo visita en su casa para ofrecerle trabajo en su establecimiento, con un sueldo muy superior al que percibía hasta ese momento en la panadería El Progreso. No lo pensó mucho y se fue a trabajar a la panadería del puerto que estaba en el centro de la ciudad, su tarea era hacer pan y facturas, desde las 3 de la mañana hasta las 8 hs y desde las 8hs a las 13 hs. Efectuaba el reparto en el furgón de la empresa, trabajaba diez horas diarias. En el año 1943 esta panadería cambia de dueño y la compra la familia Olivera, muy buena gente y se hace cargo solamente del local del centro con todo el personal existente. (Hay foto, furgón con personal).

El trabajo siguió normal con un poco más de movimiento debido al empuje que le daba el nuevo dueño hasta fines del año 1949, cuando el señor Olivera manejando la furgoneta, estaba haciendo el reparto llevando a su hijito de 11 años, con tan mala suerte que cuando dobla una esquina, se le abre la puerta, se cae el niño y vuela el furgón encima del mismo provocándole la muerte en forma instantánea.

Este accidente, deja a la familia Olivera, con un dolor tan grande, tan grande, que al poco tiempo deciden cerrar definitivamente la panadería. Por tal razón, Julián se pone en la búsqueda de un nuevo trabajo y da justo en la fábrica de fideos “Fagnani Hnos.”, que necesitaban un corredor y repartidor. Les presenta su currículum y lo toman enseguida. Era un firma muy importante en



Julián cuando sólo tenía 12 años.



Julián con el bandoneón, sus compañeros de estudios y el profesor Casarini (tiene la funda que le bordó Rosita).



esta ciudad y en esa época y además conocida mundialmente por el famoso y exquisito fideo “Don Vicente”. Le pusieron ese nombre en honor al padre de la familia Fagnani, quien fuera el inventor de la fórmula inigualable de este producto, que durante muchísimos años lo han querido imitar pero jamás lo pudieron igualar, por eso se exportaba a muchos lugares del mundo. En la actualidad, a esta empresa la compró Molinos Río de la Plata S.A. La que sigue fabricando el fideo “Don Vicente” pero la verdad es que no es el mismo de antes.



Certificado de matrimonio de Julián Alonso y Rosa Kopp, padres del autor.

Ya al poco tiempo de estar en su nuevo trabajo, Julián demostraba que era muy capaz para realizar la tarea que le habían asignado. Tal fue así que la



Actas de nacimiento de los hermanos Alonso Kopp.

familia Fagnani en pleno estaban muy conformes con él y lo demostraban en forma permanente. Cuando hacían alguna fiestita en la quinta que poseían en el barrio “La Florida” (queda finalizando la ruta 2 en la entrada a la ciudad del Mar del Plata), se lo llevaban a D. Julián para que les haga los asados. Eso era una demostración de afecto que le tenían y que D. Julián se había ganado con su actitud y su forma de ser, siempre responsable y cumplidor en todo sentido de la palabra.

Siguió trabajando con tesón hasta cumplir los 60 años y en el año 1967 iniciaba los trámites para acogerse al beneficio jubilatorio que bien merecido lo tenía, y en mayo de 1970 le llega el aviso del retiro y se jubila. Por este motivo los señores Fagnani Hnos. lo agasajaron con una fiesta de despedida donde le entregan una medalla de oro, en mérito a su correcto desempeño (ver foto). Igualmente el mayor de los señores Fagnani, llamado también Vicente, idéntico a su padre, siempre lo venía a buscar para que le siga haciendo los clásicos asaditos en la Florida. Y además en cada aniversario esta empresa acostumbraba a festejar junto a su personal y clientes y jamás



Julián con la Orquesta “Sabugal” (sexteto), tenía 22 años, 1929-30.



Año 1927. Julián tenía 20 años, con su moto “Harley Davidson” con sidecar.



Año 1934, Julián tenía 27 años, con el carro de la panadería “El Progreso” se vendía el pan a \$ 0,30 centavos el kg.

dejaron de invitarlo a D. Julián y su familia como si estuviera en actividad, a pesar de estar jubilado.



Julián en la Rambla Bristol (en la que su padre participó en la construcción) tenía 23 años; la chaqueta la usaba para repartir el pan de la panadería "el Progreso", 17-2-1931.

Los compañeros de tarea, en muestra de cariño, también le organizaron otra fiesta de despedida el día 7 de julio de 1970 donde le entregaron, para que tenga de recuerdo, un llavero de oro (ver foto). Por otra parte, ya tenía preparada su huerta en el terreno que oportunamente había adquirido en la calle Funes 2766 –cerquita de su casa– para entretenerse y no tener tiempo de aburrirse. Esto demostraba que había seguido muy bien el ejemplo y la enseñanza que le dejó su padre Alejandro.

Asimismo se incluye como testimonio importante, dos postales que fueron enviadas por la familia Benito Fernández Guinea a D. Julián y a su hijo Roberto, el 29 de julio de 1977 y el 21 de septiembre de 1978 respectivamente. Eran muy amigos que acostumbraban a visitar a la familia casi todos los años, ya que fueron nativos de Montejo de San Miguel y que hoy ya no están entre nosotros.

Otro agradable momento fue el día 18 de mayo de 1983 cuando Julián con su esposa Rosita, cumplían 50 años de casados (Bodas de Oro-ver fotos) y su hijo Roberto les hizo una linda fiestita para festejarlo con toda la familia. Quedaron encantados y se los veía muy felices junto a sus hijos, nietos y bisnietos. Esta fiesta se siguió repitiendo años tras año, hasta que llegaron a cumplir 62 años de casados.



Acta de defunción de Josefa Gobantes, 1907.



Funda de terciopelo negro bordada a mano por Rosita, regalo de cumpleaños para Julián.



Julián tenía 37 años. Con el furgón de la panadería Del Puerto y el personal de la misma, junto a la familia Olivera (nuevos dueños).

Otro detalle para destacar: D. Julián, después de cumplir en el año 1997 noventa años, fue operado de cataratas, superando perfectamente ésta operación dejando de lado los horribles anteojos que usaba, para poder así volver a leer los periódicos como era su costumbre. (Se acompañan fotos de cuando cumplió 90, 93, 94 y 95 años). Y en el año 1995 el día 30 de junio, con 82 años de edad, fallece su fiel compañera, afectada con demencia senil, sintiéndolo muchísimo ya que eran muy compañeros. (Se adjunta certificado de defunción). No obstante siguió adelante, demostrando ser útil como de costumbre, se encargaba de hacer los mandados diariamente y además les hacía la comida al hijo mayor Ernesto y a su nieto Guillermo que vivían juntos en Rawson 3980, pero de vez en cuando seguía disfrutando de su huerta.

Así pasaron los años, hasta que un día tropieza y cae sobre un escalón en el comedor de su casa, con tan mala suerte que se quiebra el fémur de la pierna izquierda. Fuerte como una roca, supera la operación pero la prótesis que le colocaron quedó desplazada

3 cm. Lo que le significaba que había que operarlo nuevamente, ya no estaba muy contento por esta situación, y a los 30 días de este accidente, justo el 12 de mayo de 2003, cuando le faltaban solamente 10 días para cumplir 96 años, a las 13,40 h deja de existir en el Hospital Privado de Comunidad de Mar del Plata. Se fue otro burgalés de pura cepa, dejando un ejemplo imborrable en su familia y con la seguridad que será muy bien recordado en la vecindad, como así también por todos los compañeros y patrones que tuvo durante las tareas que realizó en su vida. Ni él ni su padre Alejandro pudieron regresar a su país y mantuvieron con mucho orgullo, solamente su nacionalidad española.



Familia Pagnani en pleno. Le entregaron a Julián la medalla de Oro (se retiró para jubilarse).



Julián y Rosa festejando 50 años de casados junto a sus hijos Ernesto y Roberto. Bodas de Oro y la familia.



Sus compañeros también le entregaron un llavero de oro.



Doña Rosa y Julián en sus bodas de Oro. Se ven muy felices. 18 de mayo de 1983.



Calle del Mercado y Castillo de Frías (Burgos). Años 1977 y 78.





Julián cumplió 90 años, junto a sus hijos Ernesto, Rober y Jorge Raúl, con la familia de los tres, 22-5-1997. ¡Feliz cumpleaños!



Don Julián brindando con sus hijos Roberto y Ernesto.



Soplando la vela de 93 años, con su nuera Marta y el hijo mayor, Ernesto.



Julián cumplió 94 años. Lo festeja con familiares.



Julián cumplió 95 años. Junto a la familia de sus hijos Ernesto y Roberto.

CERTIFICADO DE DEFUNCION

CONFESION: Que bajo el acta número 10. POLICIA Nº 10. 1995 del libro de defunciones de la oficina de Mar del Plata, sección 1ª, se encuentra inscrita la defunción de Juan Alonso, nacido el día 12 de mayo de 1907, hijo de Juan Alonso y de Rosa Kopp, estado civil casado, con hijos Alonso, Julián, María y de Rosa María Kopp.

DECLARACION: Que concuerda con el tenor del acta representada. A pedido de Juan Alonso, Jefe de familia, en el tenor de la presente.

Jefe de familia
Juan Alonso

CERTIFICADO DE DEFUNCION

CERTIFICADO Que bajo el acta número 5. POLICIA Nº 10. 2003 del libro de defunciones de la oficina de Mar del Plata - Sección 1ª, se encuentra inscrita la defunción de Julián Alonso, nacido el día 12 de mayo de 1907, a la hora 13,40. Hijo de nacionalidad Española, del sexo masculino, de 95 años de edad, de estado civil VIUDO, Profesión Jubilado. Declarado en Mar del Plata, a consecuencia de FATO cardiorespiratorio no traumático, según Alejandro Alonso y de Josefa Gobantes.

DECLARACION: Que concuerda con el tenor del acta representada. A pedido de parte interesada, YO, Juan Alonso, Jefe de familia, en el tenor de la presente.

Jefe de familia
Juan Alonso

Certificados de defunción de Rosa Kopp y Julián Alonso, padres del autor.



CONSULADO GENERAL DE ESPAÑA EN BUENOS AIRES
Consulado General de España



CERTIFICADO DE NACIONALIDAD No 4355/97 VALIDO HASTA 31-12-2002

EL CONSUL GENERAL DE ESPAÑA
CERTIFICA:

Que en el Registro de Matrícula de Españoles que existe en este Consulado General hay una partida que dice:

Número de matrícula: 9706943

Don Julián Alonso Gobantes
Nacido en Montejó San Miguel (Burgos)
el Veintidos de Mayo de 1907
Estado Civil SOLTERO
residente en Rawson 3880
Mar del Plata (Buenos Aires)
titular de la libreta de pasaporte no expedida en
con fecha de de.
Expedido en BUENOS AIRES, a Veinte de Noviembre de 1997
a fin de que el interesado pueda acreditar su nacionalidad.

P/ EL CONSUL GENERAL DE ESPAÑA




Esteban J. Salamanca
Cónsul

Historia real de dos emigrantes burgaleses (padre e hijo)



Julián, 74 años, en pose casi idéntica a la su nieto Fabián Roberto de 5 años. Año 1981.



Año 1929-30, Julián con su amigo Cándido. Tuvo que vender la moto Harley Davidson (era muy peligros circular por la ruta) y se compró este automóvil Chevrolet-1927 para circular con más tranquilidad, llevando a su novia Rosa y la familia.



Julián con su hijo Roberto, 2-11-2002. "Cotillón". La última foto (en el casamiento del nieto Fabián Roberto), finalizando esta historia, don Julián dejó: 3 hijos, 9 nietos, 11 bisnietos y 1 tataranieto.

MONTEJO DE SAN MIGUEL

Con muchas cosas ofensas
estando de lindos estados,
en un pueblo el lugar
de donde viene sus raíces.

Por allá al comerlo
en la guerra antigua allá,
Lá, también tiene que verte
junto a su gran maracalá.

Está a 3 Km. de Pílas
y de Quintana María Galiada, entre otros,
se llevará gran sorpresa
como si fuerá el mundo al revés.

Tiene un "CHERQUILITO"
para la escuela católica,
puede ir a la escuela
a si lo prefieren, de mañana.

No existen las balceres
y se vive con tranquilidad,
pueden todos economizar
demos de felicidad.

No se trata de un regalo
le estoy indicando de él,
del pueblo que yo conozco
Montejo de San Miguel.



ROBERTO ALONSO NUÑEZ

Mar del Plata (Rep. Argentina), 10 de agosto de 2002

Este poema fue enviado oportunamente por el autor, al Sr. alcalde de Montejo de San Miguel, don Miguel Ángel Martínez Madrid.

Otra historia de vida del centro burgalés

Laurentino Álvaro

Corría la década del 30 del siglo XX. Un burgalés, padre de seis hijos, panadero de oficio, falleció tempranamente en Buenos Aires.

El panorama tan triste y duro en el que se encontró esta familia en Buenos Aires conmovió a un grupo de burgaleses entre los que se encontraba Don Laurentino Álvaro, natural de Covarrubias. Fue entonces cuando ellos decidieron y se comprometieron a hacerse cargo de la comida y la educación de todos los hijos menores de edad que habían quedado huérfanos de padre.

Pasaron los años y este puñado de burgaleses cumplió su palabra y sostuvieron a la familia hasta que el menor de los niños huérfanos pudo comenzar a trabajar avanzada su adolescencia.

El menor de esos niños se llamó Lorenzo Miguel y resultó ser dirigente sindical en la Argentina con mucha influencia durante el gobierno de Isabel Martínez de Perón.



Casildo Herreras, Isabel Martínez de Perón y Lorenzo Miguel en plena actuación política durante el año 1975.

Huellas perdidas

Delia María Boto

Mi nombre es Delia María Boto y mi abuelo fue José Boto. Lo que a continuación voy a narrar me fue transmitido por mis tíos y mi padre, a quienes a su vez se los contó su padre o fue vivido por ellos. Es un relato fiel a lo vivido por mi abuelo desde que llegó a la Argentina allá por el año 1908.

José Boto nacido en Zamora, pasó su infancia y su adolescencia en un pequeño pueblo del interior de la provincia llamado Valdeperdices. Vivió



José Boto (abuelo de la autora)

junto a sus padres y hermana, aprendió a leer y escribir y ayudaba a su padre en las tareas rurales, pero en pleno auge de la emigración española hacia nuestro país, él pensó en viajar y a pesar de tener 15 años, no fue impedimento para hacerlo. Fue a trabajar a los viñedos para juntar pesetas, luego de eso venía la tarea más difícil: convencer a sus padres para que lo dejaran partir. Con muchas promesas de su parte y consejos por la otra, se embarcó en Vigo el 14 de octubre de 1908 en el buque francés *Amiral Troude*, luego de una travesía de casi un mes llegó al puerto de Buenos Aires el 8 de noviembre de dicho año.

Ya estaba en la tierra prometida, él y muchos más; los primeros días fueron difíciles, no conocía nada y debía

Estancia "El Tordillo"

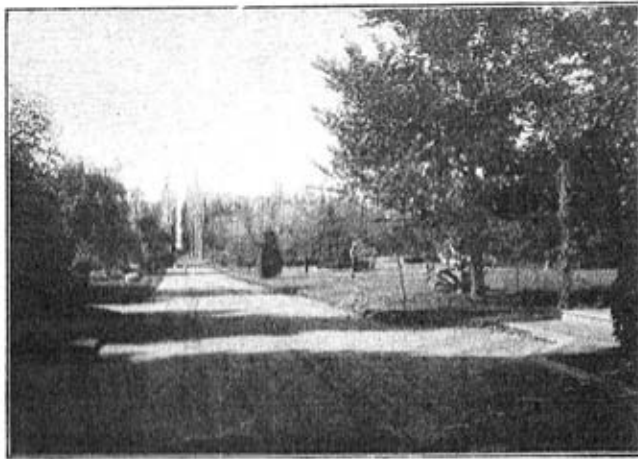


Estancia "EL TORDILLO": población y jardín cuyo aspecto altamente pintoresco atraen la concurrencia de los espíritus amantes de la belleza.

"El Tordillo"

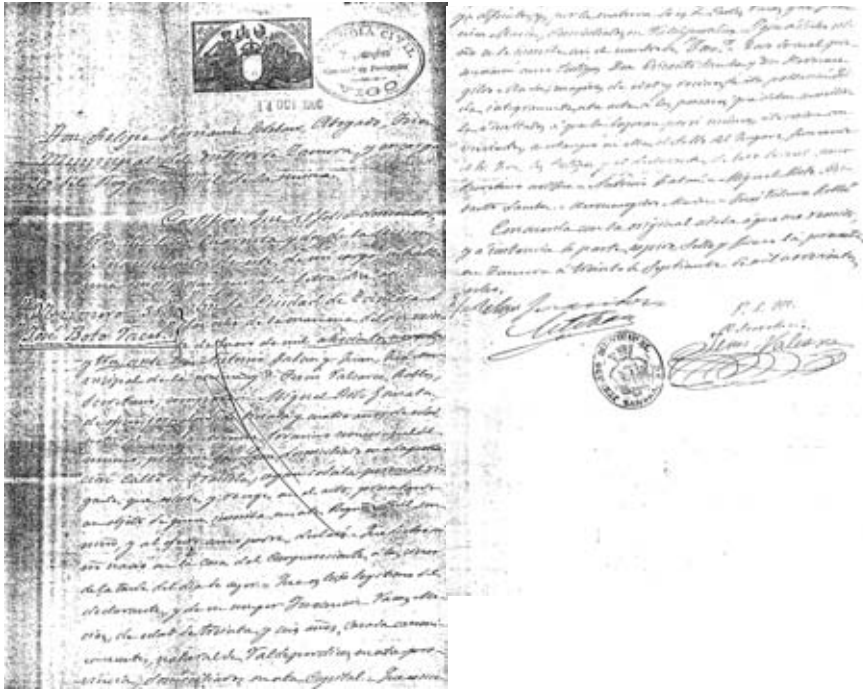
de la Señora
Concepción S. M.
de Casares

En "El Tordillo", la mayor estancia del Partido de Bolívar, su enorme extensión; 13.000 hectáreas, se halla situada a cuatro leguas de la estación Písovno, P. O. D., las tierras son muy buenas para agricultura y ganadería. Todas las vacunas que aparecen los campos de "El Tordillo", son para invernada y proceden de la cría de otros establecimientos de la misma finca.



Magnífico aspecto que presenta la alameda y parque de la estancia.

buscar trabajo. Se instala en una pensión donde habitaban muchísimos inmigrantes españoles y también italianos y salió a pelearle a la vida, desafiando a la gran ciudad.



Partida de nacimiento de José. Fecha y lugar de nacimiento: Zamora 18 de enero de 1893. Padre: Miguel Boto González. Madre: Inocencia Vacaz Macías.

Primero trabajó barriendo veredas de bares, puestos de mercado de venta de frutas y verduras, haciendo mandados y otros pequeños trabajos que apenas le alcanzaban para subsistir.

Conoció a otros zamoranos con los que mantuvo un continuo contacto y fue por intermedio de uno de ellos que comenzó a trabajar como operario en la “Compañía Primitiva de Gas”, ubicada en el barrio porteño de Pompeya, así pudo cambiar de pensión e irse a otra de mejor atención. Trabajó allí unos meses hasta que se le presenta otra oportunidad ¿dónde?, en una fábrica impresora de cajones de fruta ubicada en el barrio de Parque Patricios, y nuevamente se mudó de pensión y de barrio; fue a vivir a la calle los Patos al 3.100, estaba contento con su nueva vida, tenía amigos paisanos y argentinos, se carteaba con sus padres dando los detalles de su vida, pero parecía que eso no le bastaba y consiguió otro trabajo, en “Ferrocarriles del Sur”; pero esta vez no cambió de pensión, tenía una vida social, se mantenía en contacto con zamoranos que vivían en Buenos Aires y algunos trabajaban con él.

Pasaron dos años de trabajo en los ferrocarriles, hasta que en 1920 subyugado por la vida bohemia y aventurera comenzó a trabajar en una agru-



Permiso paterno del abuelo Miguel a favor de José Boto, abuelo de la autora, 1908.

pación de teatro y circo llamada “Compañía de los Podestá”. Allí permaneció hasta 1927, se hizo de muchos amigos, le gustaba esa vida de trotamundo, (sic) ir de aquí para allá sin presiones, sin compromisos ni problemas.

Las cartas hacia España continuaban yendo y a su vez él recibía la respuesta de sus padres, hasta que en 1927 le llegó la noticia de la muerte de su padre, Miguel Boto.

Fue entonces que decidió que ya no quería seguir en esa vida errante. Abandona la gran ciudad, junta sus cosas, se despidió de sus amigos y tomó un tren en la estación de Constitución. ¿A dónde? Hacia el campo, hacia la pampa y a 400 Km de Buenos Aires y en un pequeño pueblo, ubicado

en el partido de Bolívar llamado Pirovano, que en ese momento sólo contaba con una población inferior a los 500 habitantes. Por segunda vez desde que llegó de España debe comenzar otra vez.

Este pequeño pueblo está rodeado de estancias y establecimiento dedicados a la cría de ganado, tiene pocos habitantes, es gente sencilla que vive del campo (aún en la actualidad continúa así).

Allí en esa estación de trenes sintió ver un parecido a Valdeperdices? O tal vez nostalgias?, supo qué quería en el campo.

Comienza así su nueva vida, con un nuevo empleo y lo hace en una estancia llamada “El Tordillo”, donde hacía toda clase de tareas. En 1928 se casa con mi abuela, María González Salazar; en ese mismo año la vida lo golpea cuando recibe la noticia de la muerte de su madre, Inocencia Vacaz Macías: sólo su hermana quedaba en su tierra natal.

En 1929 nace su primer hijo y José, fiel a su espíritu inquieto, se recorrió trabajando todas las estancias de los alrededores: “San Sebastián”, “Repetto”, “Don Roque”, “El Caracol”, “San Joaquín”, “Bezzozzi”, etc.

Su vida se tornó una rutina, vivía en el pueblo, se levantaba al amanecer y hacía una larga caminata al trabajo y al atardecer desandaba el camino. Nunca supimos la razón por la cual no montaba un caballo.

En varias oportunidades en época de cosecha se traslada con toda su familia, y como una de sus preocupaciones era la educación de sus hijos, éstos iban todos los días a caballo al colegio del pueblo, pero esta rutina se

quebraba los domingos cuando volvían al pueblo a escuchar misa junto a sus cinco hijos varones. Dos de ellos integraban la banda de música de la iglesia, mientras que los otros tres eran monaguillos; los niños acompañaban al padre Luis Castells a oficiar misa en las estancias, entonces José aprovechaba el día para visitar a los amigos. Citaré algunos de ellos: Feliciano Almirante (zamorano), Torcuato Sevilla (gallego) y Bartolomé Martí (canario). Al caer la tarde volvía a reunirse la familia y cada uno tenía algo para contar. Al día siguiente trabajo y escuela los esperaba.

Mi abuelo era conocido como “el gallego”, pero él nunca se molestó en aclarar que no era de Galicia, ya que ese mote lo caracterizaba y era difícil de hacer entender la diferencia.

EL PUEBLO DE PIROVANO



Vista del frente del Templo Gótico de Pirovano.



Frente del edificio de la Sociedad Española de S. M. de Pirovano.

Mi abuelo era de buen carácter, tenía mucha paciencia con sus hijos, hasta que, claro, tuvo un buen motivo para enojarse y esto aconteció en el caluroso verano del 45. La familia había vuelto al pueblo luego de la cosecha del trigo, él dedicaba su tiempo libre a la realización de huertas donde el principal cultivo era el tomate, materia prima de conservas y dulces caseros. Un día descubrió que dicha hortaliza estaban agujereados¹, pensó que los pájaros eran los culpables de dicho maltrato. José fabricó un espantapájaros que no dio resultado: los tomates continuaban en mal estado. Entonces resolvió hacer investigación: en la siesta se subió a una higuera y esperó paciente. Al rato llegaron “los pájaros” que resultaron ser mi tío y mi padre, el primero con diez años y el segundo de sólo ocho años, ellos traían gomeras con las cuales hacían tiro al blanco a los tomates, ¡por fin sabía quiénes eran los autores de la “masacre de los tomates”! Ese día conocieron el rigor del padre y el castigo consistió en desmalezar, regar y un especial trato hacia los tomates durante todo el verano. Cuando el castigo terminó, comenzaron las clases en la escuela. Ese verano fue provechoso para José porque sus hijos se hicieron cargo de la huerta y él pudo dedicarse al oficio de alpargatero, estas zapatillas las vendía a sus vecinos y allegados, pero también en un pueblo distante a 20 Km de Pirovano.

Nunca manifestó en voz alta su deseo de volver a España, quizás porque no tenía solvencia económica o porque su hermana también había muerto víctima de la epidemia de gripe, como así también su sobrina. José estuvo de acuerdo con esa vida que le otorgo trabajo y un familia compuesta por nueve hijos: Juan, Gregorio, Julio, Mario, Heriberto, Nélica, Mercedes, Elsa y Carmen; fue buen padre, buen cristiano y buen amigo. Falleció muy joven a los 59 años, en 1952. Se enfermó su corazón, el trabajo, el frío y las largas caminatas deterioraron su espíritu y su físico. Descansa en su Pirovano lugar donde pasó la mitad de su corta vida.

Este es mi recuerdo y mi homenaje para con él.

Mi nombre es Delia María Boto, su nieta mayor que nació en 1955 y mi abuelo, José Boto.

¹ Concordancia “ad sensum” que respetamos (N.E.).

La historia de mis padres

Leonor Ángela Cabezón Caballero

Guzmán, lugar de la provincia de Burgos, tierra bendecida, donde nació el padre de Santo Domingo de Guzmán. Corría el año 1923 y aquel hermoso pueblito, suspendido en su cotarro que lucía su alta torre para deleite de sus vecinos, y los de los alrededores, ya les quedaba chico.

Primero mi padre, Saturnino Cabezón, el quinto de seis hermanos, acompañado de su mejor amigo, Atilano Portillo, emprendieron la gran aventura. ¡A Buenos Aires! En aquel entonces sonaba a felicidad, a sueños... Más atractivo aún por tener un hermano mayor, que vivía en esta ciudad y tenía una pensión en la calle Córdoba al 700. Apenas llegados, lo primero que piensan es en trabajar. ¿Qué habían hecho siempre? Agricultores. Se anotan para ir a levantar la cosecha. Tenían solamente que llevar un colchón. Y allí fueron. Fallida experiencia, ya que eran muchos los peones y tenían que dormir después de un arduo día de trabajo, todos juntos en un gran galpón, donde para mitigar el frío quemaban ramas verdes, y no se podía respirar por el humo. Total terminaban afuera.

Volvieron. Mi padre se emplea de lavacopas en una lechería, comercios tipo bar donde daban desayunos, comidas rápidas; trabajaban durante todo el día. Hoy han desaparecido. Muy habilidoso de lavacopas terminó siendo cocinero en poco tiempo.

Pero en el pueblo había quedado su noviecita de toda la vida, mi madre, Ángela Caballero. Bonita, decidida y valiente se va a Bilbao a preparar su partida. Informe de buena conducta del ayuntamiento de Guzmán, certificado de salud y pasaporte. Hace la travesía en el buque "Lípari" en tercera clase, en un camarote con siete compañeras más. Ella llena de esperanza, la mayoría lamentos ¡Cielo y Agua! ¡Cielo y Agua! Pero luego de varios días de viaje arriba al puerto de Buenos Aires.

Una de las que compartían el camarote, mujer mayor, decía haber estado en esta ciudad antes y contaba que era peligroso para las jóvenes, que no escucharan a nadie y que llevaran la cabeza cubierta. ¡Pobrecita mía! El barco tenía llegada por la tarde pero llegó en la mañana. En el puerto no había nadie esperándola. Preguntando lo menos posible y con su clásica valija de cartón se dirigió a la calle Córdoba, donde por fin estaba mi padre. Feliz encuentro, esa misma tarde la fue a buscar un tío y la llevó a la casa de un hijo suyo con el que vivía.

Su primo era casado, su mujer argentina y tenía tres hijos. Rápidamente se convirtió en la mejor colaboradora y contó con el cariño de los niños principalmente. Con mi padre se veían domingo por medio y con el tío siempre presente. Cuanto antes se casan y también ellos alquilan una pensión en la calle Guido 1720, que mi madre manejaba y mi padre tenía un corretaje de venta de corbatas para hombre. En ese lugar nazco yo y al año nace un hermano que a los cuatro meses muere de bronconeumonía.

Lo que primero se compra mi madre es la máquina de coser “Singer”, y con una valijita de madera fue a tomar algunas clases de corte y confección (valijita que me sigue acompañando). Es así que dejan la pensión, y con un matrimonio amigo alquilan un departamento. Mi padre le lleva trabajo para terminar en casa. Ese es el comienzo. Mi padre vende de mañana y teje por la tarde en una máquina rectilínea a mano las corbatas tejidas que estaban de última moda. Sus clientes eran las mejores casas de artículos para hombre, donde se hace muy apreciado, cosa que compruebo en algunos encuentros con gente como Rother’s, Gath y Chaves, Touriño, Metrópolis.

Pero también surgen cosas curiosas: en su paso por Buenos Aires, Aristóteles Onasis le pide para vender corbatas, que las ofrecía por la calle y luego de vendidas se las pagaba. Nunca lo olvidó y yo presencié varias veces, en Mar del Plata, la visita en la playa del Sr. Demetrio Eliades, testaferro de Onasis en Argentina, ofrecerle lo que necesitara. Nunca gracias a Dios lo necesitó, pero para mi padre fue un motivo de orgullo para siempre.

Feliz con lo que hacía, rápidamente se convierte en un empresario creativo y emprendedor. Su fábrica textil tiene conexiones internacionales comprando maquinaria y exportando. Le inquietan los adelantos en esa especialidad y visita las exposiciones de Brasil, Inglaterra, Alemania, España (Cataluña).

De producir corbatas, pasa a prendas elásticas, protección deportiva, indumentaria escolar y ropa deportiva. En esa empresa han transcurrido muchos años de trabajo, apremios, ilusiones, un camino que Dios quiera no tenga fin. Allí se suma, una vez recibido mi esposo, hijo de burgaleses de Santa María de Rivaredonda y Arauzo de Miel, luego siguen mis tres hijos, una contadora, una licenciada y un ingeniero textil.

Vuelvo a la vida de mis padres que transcurre con mucho tesón y trabajo hasta que a los treinta y cuatro años mi madre comienza con un proceso difícil de insuficiencia cardíaca. Esta circunstancia convierte a aquella muchacha alegre y cantarina en una persona cada vez más temerosa y con severos problemas de salud. Yo tenía entonces 11 años y desde allí me convertí en una personita con algunas responsabilidades, cada vez más, ya que tratamos que fuera lo más feliz posible.

Es así que con autorización médica en el año 1948 hacemos un viaje a España, en el barco Juan de Garay, argentino. Llevamos el coche con nosotros. Íbamos juntos tres familias amigas del Centro Burgalés, el Sr. Mariano Ibáñez, su señora y dos hijos; y el Sr. Juan Manuel Berzosa, su esposa y dos hijas pequeñas. Ellos también volvían por primera vez a su tierra, el Sr. Ibáñez era de Canicosa de la Sierra (Burgos) y el Sr. Berzosa de Hontoria del Pinar (prov. de Burgos). Los once disfrutamos de todas las comodidades y entretenimientos que ofrecía el barco. Lisboa fue nuestro destino y una vez en el puerto nos dirigimos a la frontera. Esa noche no pudimos pasar la Aduana, ya era tarde. Sabiendo que del otro lado nos esperaba un ser querido a cada familia, al no haber hospedaje, nos dispusimos a pasar la noche en el coche. Difícil para nosotros por mi madre.

Pero a la mañana siguiente allí estaban. ¡Qué alegría! Un hermano de mi padre Alejandro. El suegro de Mariano Ibáñez y un hermano de Juan Manuel Berzosa. Luego de los abrazos y alegrías, allí nos separamos. Nos encontramos varias veces en las fiestas de San Pedro y San Pablo en Burgos, en Covalada; vinieron al pueblo de mis padres, y fuimos a Hontoria otra vez. También paseamos juntos por Galicia. En tanto nosotros nos dirigimos a Soria, pasando por Talavera de la Reina e hicimos noche en Madrid donde festejaban las verbenas de San Isidro, y de allí a Soria.

Mi madre con el cariño de todos y la orientación del médico se repuso. Es así que emprendemos el destino real de nuestro viaje. ¡Guzmán! No queda muy distante. Cerca del mediodía llegamos a la casa paterna. Un poco antes mis padres aprovechando un riachito¹ que cruzaba el camino se peinaron y compusieron. Y allí rodeados de mis tíos y primos, sentados en el cuarto, recibimos el saludo de todo el pueblo. Para mí todos los nombres eran conocidos ya que mis padres no dejaban de mencionarlos en ninguna comida o rato de descanso. Para ellos era volver a ser chicos, a ser jóvenes y realmente lo eran, eran jóvenes pero ¡habían vivido tanto!

La vida del pueblo a mi me encantó, posguerra, íbamos a buscar el agua a la fuente. Mi tía cocinaba unos platos muy ricos en aquella cocina tan elemen-

¹ Riachuelo (N.E.).

tal, donde armaban el fuego con sarmientos y, con el alcohol que tenían, enseñada crujían, los cazos, las cazuelas de barro le daban un sabor especial.

Me encantaba la loza, el porrón, todo era para mí un motivo de alegría. Luego cuando tuve que poner alguna cosa, siempre tuvo gran influencia aquello que había conocido antes. Llevar la comida al campo, en el burro. El día de lavado, por la mañana, salíamos en grupo con mi prima y sus amigas hasta el río en su parte más correntosa, se lavaba y luego se tendía sobre los espinos. Mientras tomábamos chocolate y cantando se pasaba el rato volviendo con la ropa lista. Muchas tardes íbamos a bailar al pianillo, los días importantes con altoparlante.

Visitamos a toda la familia. En Aranda de Duero (Burgos), en Bilbao, donde conocí a mi abuela, me parecía tan viejita, tenía 82 años, pero una energía, la llevamos al pueblo. Los días de fiesta bailaba como una muchacha.

¡Hermoso viaje! Cargado de amor, alegrías y remembranzas.

Cuando mi padre enviuda decide vivir siempre en verano² y al llegar el mes de abril partía para España volviendo sobre diciembre a las fiestas navideñas. A todos nos daba mucha alegría por verlos y por qué no, a las maletas llenas de regalos también.

Inquieto funda una empresa textil en Castilla que produce los mismos artículos que la de Buenos Aires.

Estos viajes los hizo, con su segunda esposa, excelente compañera, también de Guzmán, muy cariñosa con él y con toda la familia; vive aún en Soria. Siempre que es posible la visita alguno de nosotros.

Viajó desde los 56 años hasta los 89 sin faltar un solo año. Con domicilio cercano al Centro Buralés, era asiduo concurrente a la partida de cartas de todas las tardes. Muy buen jugador siempre. En los últimos días lo único que le entretenía era jugar una partida con nosotros. Fue presidente un período en el Centro Buralés, y ayudó todo lo que pudo para cambiar de sede primero, y luego en lo que fuera necesario.

He querido en este largo relato ser fiel a aquellos inmigrantes que fueron un ejemplo para la sociedad, pero sobre todo para sus familias. Mi hija es hoy presidenta del Centro Buralés y mis once nietos han pisado casi todos la querida tierra burgalesa.

Maravilloso ejemplo para comenzar a vivir.

² Se refiere, por el sentido, en España (N.E.).

Historia de mi vida

Ubaldo Calvo

Me llamo Ubaldo Calvo, nací en Faramontanos de Tábara, Zamora, el 12 de octubre de 1933. Mi padre se llamaba Juan Calvo y mi madre, Cecilia Llagues, de cuyo matrimonio nacimos 5 hijos; yo soy el mayor y me siguen, Catalina, Juana, Avelino e Isidoro.

Mi padre se iba muy temprano a trabajar a la finca del Duque de Sotomayor, y como no volvía hasta la noche, me tenía que hacer cargo de ayudar a mi madre en todo lo que podía, a pesar de ello tenía tiempo de ir a la escuela y jugar con mis hermanos.

Parte de mi infancia fue muy feliz, pues tenía una familia a la que amaba y no teníamos mayores dificultades económicas. Con el correr de los años, al llegar a cumplir mis 12, empecé a trabajar con mi papá, íbamos a una quinta donde mi padre trabajaba la tierra con un arado tirado por una yunta de bueyes, mientras yo cortaba el pasto con una hoz y recogía los frutos del huerto, trabajábamos todo el día y a la noche regresábamos al pueblo donde estaba nuestra casa.

Durante cinco años hicimos el mismo trabajo. Un día, nos proponen ir mi padre y mi hermana a trabajar a la provincia de Guipúzcoa, a un pueblo llamado Villarreal, consiguiendo empleo en una fábrica. Los primeros tres meses vivimos en una pensión, luego alquilamos una casa, a la cual se vino a vivir toda la familia. Gracias a este trabajo vivíamos bastante bien.

La idea de mi padre era ir a la Argentina, pues cuando su padre murió, su madre y su hermano se fueron para ese país, dejándolo al cuidado de sus abuelos. Desde los seis años trabajó para ayudarlos, pero siempre pensando que algún día iba a reencontrarse con su mamá y hermano.



Mi padre, mi tío y mi hijo mayor.

Trabajamos muy duro para poder ahorrar dinero, durante años juntamos todo lo que pudimos, para comprar los pasajes, de nosotros tres: mi hermana Catalina, mi padre y yo.

Nos llevó mucho tiempo juntar los papeles para realizar los trámites del embarque, previo sacada de pasajes. Contaba yo con diecinueve años y una larga vida de mucho esfuerzo, y llegó el día de partir: la despedida fue muy triste, dejaba lo que más amaba en ese momento y no sabía cuándo los volvería a ver. Con el corazón partido dejamos el pueblo y nos dirigimos al puerto de Bilbao, nos embarcamos pero no dejé de mirar mi

tierra hasta que fue un punto en el horizonte.

Después de muchos días de viaje, no sé cuántos, llegamos a Buenos Aires. Aquí nos esperaba un tío de mi padre, que vivía en un pueblecito llamado Tronge, en la provincia distante a setecientos km de la Capital Federal.

Tomamos un tren, después de dos días de viaje atravesando una enorme llanura apareció a lo lejos el pueblecito, nos esperaba mi abuela que se había casado nuevamente.

Éstos tenían una casa de comidas, lugar donde mi hermana comienza a trabajar, nosotros lo hicimos en una planta acopiadora de cereales, ya que mi tío era el encargado, pero el dinero no alcanzaba, había que mandar a España, así que decidimos ir al campo los fines de semana, a manejar tractores, pues la paga era buena, y así con los dos trabajos podíamos mantener a la familia que estaba tan lejos, el tiempo transcurría y nos estábamos acostumbrando a esta nueva tierra.

Después de un tiempo mi padre cae enfermo, así que la entrada era menor, deciden hacerle un tratamiento que no da resultado y le amputan una pierna, en esas condiciones mi abuela decide llevarlo a vivir con ella, para cuidarlo ya que no podía valerse por sí mismo, haciéndome cargo de todos los gastos incluyendo la familia que estaba lejos.

Salgo a buscar más trabajo, y me encuentro con el pedido de un empleado en el ferrocarril General Belgrano, me presento, me toman a prueba, y

después de una semana me hacen efectivo el sueldo. Era muy bueno y tendría que dejar de trabajar en el campo, pero me alcanzaría con un solo sueldo, eso pensaba.

Los sábados y domingos que tenía franco me iba a un pueblo cercano llamado Treinta de Agosto, parando en un hotel, en el que al cabo del tiempo me hice muy amigo del dueño.

Para juntar más dinero y poder traer a mi madre y mis hermanos, comencé a ayudarlo en las tareas del hotel retribuyéndome con un sueldo. Gracias a este buen señor después de algún tiempo pude comprar la pierna ortopédica para mi padre: lo operaron, se la colocaron sin ningún problema y pudo volver a andar.

En dicho hotel vivía un señor mayor de nacionalidad vasca (*sic*)¹ que tenía mucha fortuna, pero como único familiar tenía un sobrino que no vivía allí, aunque lo visitaba a menudo, entablando una hermosa amistad con el sobrino, la que llevó a que nos quisiéramos como hermanos. El tío le regala un campo, en éste había una parcela que ellos llamaban quinta, con una casita muy hermosa, mi amigo veía todo el sacrificio que yo hacía viniendo de Tronge a caballo todos los días para ver a mi papá. Decide regalarme la parcela con la casita, fue tan grande la alegría, por fin tendría dónde vivir. Vendo parte de estas tierras y mando el dinero a España para que mi madre y mis hermanos vinieran a la Argentina.

Mientras tanto, mi hermana Catalina y mi padre se mudan conmigo, vamos a buscar a mi familia a Buenos Aires, mi felicidad era completa, ya estábamos todos juntos.

Con el tiempo mi padre se compra dos caballos y un carro, que usaba para ir al campo a comprar cueros y lana, mis hermanos le ayudaban, cuando tenían la cantidad suficiente se la vendían a un acopiador teniendo muy buenas ganancias

Pasaron tres años, y pude hacer que me dieran el traslado del ferrocarril de Tronge al de Treinta de Agosto, ya no tenía que viajar, empecé a frecuentar los bailes que se organizaban en el pueblo, y ahí fue que conocí a una mujer, nos hicimos de novio y después de cuatro años nos casamos, en ese tiempo nos hicimos nuestra casita, dejándole la quinta a mi familia.

Tuvimos tres hijos: Juan Carlos, el mayor; Cristina, la del medio y Carina, la más chica, los cuales me dieron siete hermosos nietos, y la mayor un bisnieto.

Actualmente me encuentro jubilado del ferrocarril siendo ínfima la suma que me abonan, pero un día llegaron a mi casa dos personas que decían ser

¹ Debe entenderse de origen vasco (N.E.).



Mi casamiento.

del Centro Castellano y Leonés y La Sociedad Española de Casbas. Buscaban españoles que estuvieran en una mala situación económica, fueron casa por casa, nos reunieron y ahí nos explicaron que teníamos derechos, que nosotros ignorábamos, nos tomaron todos los datos, y a los pocos días estábamos dándoles todo lo que nos pedían para tramitar nuestra inscripción consular, documentarnos y así poder acceder a la pensión asistencial previa que hasta que me pensionaron Castilla y León me mandó una ayuda, estas dos personas a las que les estaré eternamente agradecido son: Mónica Sambray, presidente del Centro Castellano y Leonés y Mario Álvarez, presidente de La Sociedad Española de Casbas, gracias a su buena predisposición, hoy me encuentro pensionado por España².

He pasado muchas cosas malas y buenas en mi vida, por eso es

² Respetamos la redacción de todo el párrafo, cuyo sentido se comprende (N.E.).

que rescato y agradezco a los que desinteresadamente me ayudaron y lo siguen haciendo, como el viaje que voy a hacer a Zamora, gracias al Centro Castellano y Leonés de Casbas, que va a hacer posible que mi sueño se haga realidad, volver a mi tierra antes de morir.

Hoy con setenta y tres años que tengo, puedo decir que hay que luchar en la vida y no bajar los brazos, que todo llega, no perder las ilusiones ni tampoco la esperanza. Yo sabía que algún día volvería a España, para recorrer los lugares de mi infancia y de mi juventud. El mes de noviembre del año dos mil seis quedará para siempre en mi recuerdo y el de mi familia, pues viajo solo y allí no queda ningún familiar vivo, pero estarán los compañeros del colegio y algún vecino que de mí se acordará.

Esta es mi breve y sencilla historia, donde todo lo que tengo lo logré con mucha esperanza y fe.

Memoria de mi padre

Elda Teresa Castro

Mi padre permanece en su pueblo natal hasta los 19 años, porque su padre lo envía a América, tierra de futuro y promisión y en donde ya se encontraba su hermano Nicanor.

El principal motivo fue también que los varones debían hacer el servicio militar varios años en África del Norte y la experiencia era bastante mala. Es así que parte desde el puerto de Vigo en el vapor “Higland Laddie”.

Con tal sólo 19 años llega al país el 21 de enero de 1921 con otros cientos de inmigrantes.

Llegado a Buenos Aires, se dirige al norte de la Provincia de Santa Fe y de ella, a un pueblo llamado Ceres, donde ya se encontraba Nicanor, buscando contención y protección en su hermano. Debía empezar una nueva vida lejos de su terruño, confiando en su fortaleza física y buscando un nuevo horizonte. Los comienzos fueron difíciles, como lo fue para todos los inmigrantes. Trabajar de sol a sol para subsistir y comenzar a echar los cimientos para una vida mejor. Pero con innumerables obstáculos. Consigue trabajo en la cuadrilla (*sic*) del ferrocarril que estaba en expansión, por contrato. En el verano, mientras esperaba que le renovaran otro contrato, levantaba cosechas en distintos puntos de la provincia, sobre todo en el Sur, donde las tierras eran muy fértiles.



Algunos veranos fabricaba helados y, en un carro tirado por un caballo, recorría las fiestas Ceresinas vendiendo ese producto. Con tesón, constancia, firme voluntad y mucho sacrificio, logró adaptarse y afianzarse en esta tierra argentina.

Pasaron los años y, con otro inmigrante italiano, forman una sociedad para abrir un hotel italiano, restaurante “Colón”. Santini (el socio) era el cocinero y mi padre atendía las mesas. Tenía un carácter especial para la atención al público. Era educado, servicial y tolerante. Además cocinaba muy bien. Después emprende un negocio y cuenta con vivienda.

Contando con 35 años de edad, piensa que es tiempo de formar una familia y se casa con Magdalena Vitobaldi, de 22 años, hija de inmigrante italiano, natural de Áscoli, comunicación con ellos por medio de cartas que por supuesto pasaban por la censura, como es natural en todos los países con conflictos bélicos.



Documentos del matrimonio y muerte de los padres del autor.

En febrero de 1937, nace de la unión de Eustaquio con Magdalena, Elda Teresa, su hija que es quien relata esta historia. En el año 1940 en el mes de agosto nace Alberto Antonio y en junio de 1943, Marcelino Luis.

Siempre fue un gran lector. Diariamente leía “La Prensa”, el periódico que lo conectaba y actualizaba en todo lo que ocurría en el país y por radio

escuchaba “La hora selecta española” con música y comentarios de su tierra. También mantenía correspondencia con México-Distrito Federal con familiares emigrados, como también en Chile, tanto en Santiago como en Cura Cautín. Tenía además paisanos y familiares en Buenos Aires a los que visitaba cuando se enteraba que llegaba otro inmigrante de su tierra natal el que le informaba de la situación de España.

Corría el año 1901. El día 2 de junio, en Candanedo de Fenar, ayuntamiento de La Robla (León), en el hogar de D. Antonio Castro y Teresa García nace mi padre cuyo nombre de pila es Eustaquio. Fue el tercer hijo varón, sus hermanos mayores: José y Nicanor. A los 4 años queda huérfano de madre. Esa ausencia materna lo marcó muy fuerte, al sentirse privado del amor y la protección de su madre en plena niñez.

Su padre vuelve a casarse y con la llegada de Matilde, Juan, Gabriel y Socorro, se cierra el círculo familiar. Contaba que fue a la escuela sólo hasta los 8 años. De niño debía llevar a pastar al prado a los animales. En la adolescencia y por un tiempo corto trabajó en la mina de carbón. Allí en la capital comienza los trámites para traer a su hermana Socorro y su esposo, Epifanio González.

Ya estaba en Argentina su hermano Juan que también formó su familia. En junio de 1952 se cumple su sueño acariciado de toda su vida.... Volver a su querida tierra española... Lo hace junto a un viejo amigo, Francisco Catela Da Silva, de origen portugués. Ambos se embarcan: Francisco para Lisboa y mi padre para Vigo. Vive durante seis meses con familiares, hermanos y sobrinos. Ya su padre había fallecido.

Durante el viaje llevó al día su diario relatando los puertos que tocaban Montevideo (Uruguay) donde descienden por algunas horas, recorriendo la playa desde Pocitos hasta Carrasco, conoce la casa de Gobierno, la Avenida Agraciada y el monumento a Artigas. Es una ciudad moderna y el mercado es libre. El viaje sigue magnífico hacia un nuevo destino: al puerto de Santos con mar muy movido, en el Golfo de Santa Catarina desembarca por algunas horas. Por cable carril¹ llega al Monasterio de Monserrat, prende vela y ora unos momentos. El panorama desde allí es muy bonito. Manda postales de cada lugar. Al día siguiente llegan a Río de Janeiro. Los rascacielos hermosos... visita la Avda. Río Branco y la Rua Getulio Vargas... la gente de poco lujo. Compra café. Embarca a la tarde, con tiempo bueno. Llegan a la línea de Ecuador, con fiesta incluida (es una costumbre generalizada) con baile de disfraces. El trato con la gente es excelente. Después de varios días llegan a

¹ Tren cremallera o funicular (N.E.).

Las Canarias. Desembarcan en Las Palmas, ciudad que le gusta. Es limpia, el comercio internacional, bancos comerciales.



Elda Teresa, que es quien relata esta historia. Foto de familia con Alberto y Marcelino Luis.



La familia Castro-Vitovaldi.

Sigue su camino rumbo a Lisboa con un tiempo fresco y el mar agitado. Allí se despide de su amigo y sigue hacia el puerto de Vigo, bastante impresionado y con una emoción indescribible, ya que se acercaba el momento de abrazarse con sus familiares y seguramente con muchas lágrimas en los ojos.

Pasa con sus afectos más preciados (*sic*) varios meses que le servirán para guardar tiempo en su memoria por todo el que le restaba de vida, y emprende su regreso el 16 de septiembre de 1952. Después de almorzar y sacar fotografías, en compañía de su hermano José, Gabriel, su sobrina Elena y otro familiar, en auto parten hacia León. Pasan allí hasta las 22 hs. Se abrazan una y otra vez.

En Vigo pasa unos días hasta que el 22 está todo preparado para embarcar. El día se presenta lluvioso.

Dio por terminada su estadía en España donde dijo adiós y pensando en un retorno si fuera posible. Mi padre ya tiene 51 años. Embarca en el buque Corrientes, de la flota Argentina de Navegación de Ultramar “Dodero” con destino a Lisboa. Allí lo espera su amigo Francisco. Cruzando el océano rumbo a América, cerca de las costas de Brasil, se unen las rutas, y es así que hay días que se ven hasta ocho barcos rumbo a Europa.

Con un mar muy sereno, llega al de puerto de Buenos Aires el día 8 octubre, bien temprano. Lo esperan sus hijos. Con él trajo un puñado de su querida



Regreso de Eustaquio. Documento consular.

tierra. Inicia los trámites para traer a su hermana Matilde, viuda, con dos hijos. Logra su objetivo y tiempo después están en Argentina, fijando residencia en la ciudad de Rufino.

Tal vez, tratando de superar el desarraigo, es que buscó tener una parte de su familia, que dejó allá por 1921. En 1959, buscando nuevos rumbos, sus hijos se trasladan a Santa Fe, capital, donde fijan domicilio para seguir estudiando. Alberto en la Universidad y Marcelino para ser parte de una gran empresa. Es así que en 1970 nuestros padres se radicarán definitivamente en esta ciudad y la familia vuelve a estar unida.

Siempre nos habló y recordó a su tierra, de hermosos valles y prados verdes... montañas... mucha nieve en los inviernos largos y rigurosos. Como estudió con los frailes, era devoto de la Virgen del Camino.² Nos hablaba también de la Plaza de Guzmán el Bueno.³

² Patrona de la ciudad de León (N.E.).

³ Héroe leonés que defendió la plaza de Tarifa frente a los musulmanes, perdiendo a su propio hijo (N.E.).



Matilde con sus dos hijos: Elena y Federico.



“...con amigos y gente de su tierra natal disfrutaba de los bailes típicos asturianos...”.



Mi padre con su hermano Juan.



Con sus sobrinos en 1952-España.

Viviendo en la ciudad de Santa Fe, jamás dejó de participar de las celebraciones de la Virgen de Covadonga⁴, en lo que hace muchos años atrás se denominó la “Quinta Asturiana”, donde además de encontrarse con amigos y gente de su tierra natal disfrutaba de los bailes típicos asturianos, tal cual lo podemos observar en la foto.

En cuanto a la gastronomía, agregaba ajo y condimento a las comidas, como laurel, romero, azafrán, pimentón, etc. Gustaba de los mariscos, del jamón serrano, de la tortilla y en general de todas las legumbres. Cuando se conseguía, traía avellanas, nueces y castañas que las cocía en las brasas.

Mi padre cierra sus ojos el día 9 de diciembre de 1977, a los 76 años, rodeado de sus seres queridos. Hoy, octubre de 2006, sus hijos permanecemos unidos. Mi padre estuvo siempre agradecido a esta tierra que lo cobijó. Nos transmitió muchos valores, como el amor a la tierra, la cultura del trabajo, del ahorro, el respeto en la familia.

Su regla de oro era: *no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti.*

Fue un ser excepcional. Vivió de acuerdo a lo que demostró y enseñó no sólo a sus hijos, sino a todo aquel que tuvo la oportunidad de conocerlo.

Ser honrado, decente era para él una manera inequívoca de estar en el mundo.

⁴ Patrona de Asturias (N.E.).

No buscaba fortuna, salí en búsqueda de mi marido

Carmen Chillón de Pereira

Soy Carmen Chillón de Pereira, nací el 30 de julio de 1935 en el pueblito más bonito del mundo, Fermoselle, que está ubicado en la provincia de Zamora, de mi querida España. Su nombre proviene del vocablo Formoselle (*sic*) donde además de tener a la Virgen de la Asunción como patrona, se venera de un modo especial a la Virgen de la Bandera. Otra fiesta importante es la de San Agustín con encierros al estilo Pamplona.



Documentación de Carmen Chillón, autora del relato.

Su topografía es ondulada, con sus carreteras serpenteando viñedos y por qué no ese cielo diáfano de la región castellana. Por uno de sus lados la acaricia el río Tormes con su bravura de lidia y que sirve de frontera con la provincia de Salamanca, por el otro costado el río Duero que nos limita con el país hermano de Portugal. Allí pasé mis primeros 25 años de niñez y juventud.

Estudié en Aranjuez: soy profesora de Industrias Rurales y el destino quiso que emigrara a Argentina, pero yo no partí buscando fortuna, tenía mi

trabajo, al que quería. Buscaba a la persona que me haría feliz por el resto de mi vida: mi marido Raúl Pereira.



Pueblo de Fermoselle en época de invierno.



Foto de mi casamiento en Fermoselle.

No buscaba fortuna, salí en búsqueda de mi marido



Foto de casamiento de mi esposo en Argentina.



Foto con mis hijos.

Fuimos novios desde los doce años y él sí tuvo que dejar nuestro terruño para hacerse un porvenir. Llegó a este país en el año 1958 y nos casamos por poder en el año 1960, hoy esta figura jurídica ya está abolida.

Por esas épocas la vida no era tan fácil, tuvimos que estar un tiempo separados aun estando ya casados, ya que no teníamos medios económicos para poder solventar un pasaje y así lograr estar juntos. Hoy seguimos recordando nuestros paseos por la Ronda en donde iniciamos nuestro amor y que seguimos aumentando cada día. Esta foto les muestra el día de mi boda, caminando

por las calles de Fermoselle hasta llegar a la Iglesia parroquial, acompañada de mi hermano Amancio, los padrinos e invitados. La foto donde está mi esposo fue sacada en la pensión perteneciente a una familia con la que él vivía, quienes le prepararon una reunión con la familia y amigos que estaban acá.

Después de mucho sacrificio partí de mi querida España el 31 de diciembre de 1960, en el barco Eugenio C. y nos reunimos (*sic*) con mi esposo en la Argentina el día 17 de enero de 1961. Después de una mini luna de miel en la ciudad de Mar del Plata, nos radicamos en una ciudad de la Provincia de Buenos Aires, llamada Olavarría. Mi marido trabajaba como empleado en una frutería y yo debía ver qué podía hacer. Y así es que por intermedio de un gran hombre (un escultor salmantino radicado acá) me puse en contacto



Foto con mi esposo y mis nietas en Olavarría.



Foto realizando acciones rurales.

con el presidente de una entidad denominada Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (I.N.T.A.), cuya actividad era afín a mi profesión. Inicé los trámites para poder ingresar en dicha actividad, pedí las hojas de servicios a España, presenté mi título y demás requisitos y, si me daban un empleo, que por cierto era muy bueno, era un adelanto muy importante; pero también se pedía un requisito necesario y era que tenía que nacionalizarme argentina, entonces no tuve más remedio que desistir pues dije: nací española y moriré española, y así todo eso terminó.

La vida continuó en otro sentido, trabajé junto a mi marido con quien nos instalamos primero en sociedad con un argentino que nos ayudó con el capital y ya después nos independizamos. Tuvimos dos hijos, un niño y una niña, los dos hoy arquitectos, están casados y tenemos cuatro nietas.

En los primeros años que mi esposo trabajaba como empleado alquilábamos una pieza y cocina en la casa de una familia que para nosotros fueron como verdaderos padres y abuelos para nuestros hijos, eso no se podrá olvidar nunca.

Mis hijos han querido ir a España a trabajar (pues tienen la doble nacionalidad), pero nosotros en parte no queremos, aunque no se lo prohibimos, pues ya pasamos el desarraigo y no queremos que la historia se repita.

Aunque nuestras vidas han tenido que desarrollarse acá durante 47 años, eso no dejó que pasara a segundo plano todo lo español. Así se lo transmitimos a nuestros hijos y nietas, por eso en la casa existen y se escucha música española, se hacen comidas españolas y todo el día se comentan cosas de España. Mi marido y yo les hemos contado tanto y tanto que ellos aman a España como nosotros.

Les quiero comentar algo: aquí se festeja mucho los 15 años de las niñas. Mi nieta la mayor cumple quince años el año que viene y, claro, los padres tienen que ir pensando. Al preguntarle qué quería si un viaje para conocer Disney World, que es la ilusión de toda joven, o quería la fiesta de 15 años, cuál no fue nuestra sorpresa al escuchar que ella quisiera ir a España para conocer el lugar donde habían nacido los abuelos.

En esta foto me pueden ver con el gobernador Juanito en uno de los pueblos de Zamora (no recuerdo el nombre) al finalizar las cátedras¹ en el día de la clausura.

Yo en este momento cobro la jubilación S.O.V.I. por los años que trabajé en España como instructora rural, ya que antes de emigrar a la Argentina cumplí los distintos destinos que me imponían desde Madrid. Así, estuve en los lugares más atrasados de España y otros pueblos de las distintas provincias, como también participé del momento en que la Granja de Zamora albergó a las nenas de más de 5 años que se salvaron de la tragedia de Ribadelago, sin olvidarme tampoco que, cuando me vine, mi mamá me despedía y fue una despedida final, pues ya no la volví a ver más.

La foto donde estamos vestidas con traje de carbajalina y con el traje de Sayago yo, fue tomada en la Feria del Campo que se realizó en Madrid del

¹ La autora debe referirse a las llamadas Cátedras de Sección Femenina, organización de Falange, que daba cursos de todo tipo en las zonas rurales (N.E.).



Foto con mis compañeras de Granja.



Iglesia San José (sobre la calle principal Vicente López, ciudad de Olavarría). En esta foto se ve parte del colegio donde van mis nietas y parte de la Intendencia.

20 de Mayo al 20 de Junio del año 1956, yo fui representando a Zamora en su stand.

Termino de recibir las bases para el concurso y veo es muy importante plasmar mi vivencia en la emigración; créanme esto es mas difícil que mis recuerdos vividos en España, pero intentaré expresar mi vida en estos 46 años que he pasado acá.

Hemos vivido siempre en Olavarría, una ciudad de unos cien mil habitantes, es una ciudad más bien de casas de uno y dos pisos con pocos edificios altos.

Desde que yo vine cambió mucho, tenía sus calles empedradas, hoy están todas con asfalto y se han construido muchos barrios, tuvo un gran crecimiento. Su campiña, como casi toda la provincia, es llana. La ciudad cuenta con un hospital zonal, con los mejores aparatos y profesionales, además existen 3 clínicas privadas. Contamos con un museo

importante. En este momento 2 salones de cine, un teatro municipal, donde se organizan eventos culturales y representaciones con artistas de la capital.

Para practicar deportes cuenta con varios clubes siendo el más importante el club Estudiantes, donde se practican todos los deportes. Existe un circuito para carreras de automovilismo, y de acá son los que fueran campeones a nivel nacional (Los hermanos Emiliozzi).

La ciudad cumplió este año 139 años. Sus principales fuentes de riqueza son la agricultura y ganadería. También en Olavarría está la fábrica de cemento más importante del país (“Loma Negra”), como también cuenta con canteras de granito. La cruza un arroyo que parece insignificante, El Tapelqué, pero que en el año 1980 nos hizo dar un gran revés en nuestras vidas: se desbordó e inundó toda la ciudad, se llevó completamente todo. En nuestro caso teníamos un almacén con sus depósitos y mucha mercadería: azúcar, yerba mate, jabón, etc., todo lo que se vende en un almacén y todo se lo llevó el agua.

Nosotros desde siempre tuvimos créditos en los bancos, pues siempre cumplimos con ellos, pero al encontrarnos con este desastre hubo que pagar

todo lo que el agua se había llevado, pero no bajamos los brazos, vendimos algo de lo que teníamos (un departamento en la ciudad de Mar del Plata, que es un lugar de veraneo y es donde estaban estudiando nuestros hijos y también dos camionetas que usábamos para trabajar) y así pudimos solucionar parte de los problemas y seguir afrontando los estudios de nuestros hijos. No fue nada fácil salir, ya que el país también empeoró su economía y nos fue muy difícil, hasta que pudimos cumplir con las deudas, lo pasamos muy mal.

Mi recuerdo de Fermoselle está como el día que lo dejé, esas calles estrechas que yo desde acá las veo como anchas avenidas, las casas antiguas y sin comodidades para el aseo, pues hacía muy poco que Fermoselle tenía agua corriente, pero nada importaba todo lo recuerdo con amor y cariño. Tendría tanto que contarles de mi querido pueblo. El convento donde está la Virgen de la Bandera amada por todos los fermosellanos. El castillo de Doña Urraca, quien en ese momento tenía dos salones de baile y en uno de ellos se proyectaban películas. ¡Y cómo no recordar la Plaza Mayor con su ayuntamiento, y en él la campana torera (cómo me gustaría escuchar su tañido) que movía a todos los del pueblo en las fiestas de San Agustín! Las calles empinadas y esa campiña que no se puede olvidar. En primavera las flores de los almendros vistas desde el castillo y que alcanzaban al río Duero, y esos viñedos que eran la mayor fuente de riqueza en aquellos años. Tampoco olvido los días pasados en el Tormes donde después de bajar por verdadero caracol que es la carretera llegábamos al río para lavar la ropa y bañarnos en sus aguas ya que en Fermoselle no teníamos piscina. La única laguna era la de las Eras, dedicada para dar de beber a las mulas y burros que se usaban para labrar la tierra. La verdad, Fermoselle parecía un vergel, todo estaba cultivado, hasta el pedacito más pequeño de terreno. Yo lo sigo viendo así.



Foto del Ayuntamiento de Fermoselle.



Foto de la Virgen del Pilar con el manto bordado.

Durante todos estos años hemos trabajado mucho, pues nos levantábamos con mi marido a las 6 de la mañana y cuando terminaba el día de trabajo siempre eran las 22 ó 23 de la noche. Pero siempre tuve tiempo para ocuparme de cosas relacionadas con España, por ejemplo durante dos años colaboré en un programa de radio para difundir cosas de España. Me gustaba mucho preparar los programas recordando a mi querida patria y pasar música española durante el programa.

En otra ocasión, un español trajo una réplica de nuestra Virgen del Pilar y la Sociedad Española mandó a hacer un templete para ponerla y me pidieron que le bordara un manto. Llegaba de mi trabajo y me quedaba hasta las 4 de la madrugada para cumplir y poder terminarlo para el 12 de Octubre.

Ahora ya todo eso no lo puedo hacer pues la vista no me da, pero igual sigo colaborando en todo lo que puedo. En este momento soy revisora de cuentas de la comisión de la Sociedad Española (ad honorem).

EDIFICIO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA EN OLAVARRÍA

La Sociedad Española de Socorros Mutuos de Olavarría fue fundada el día 6 de diciembre de 1884. Los socios fundadores de la misma según consta en lo libros de actas del archivo fueron: Ángel Moya, Manuel Carranza, Pelegrino Moya, Pedro Galdurralde, Manuel Medorio, Raymundo Sabando, José Urstarazo, Juan Villa Hoz, Manuel Fontela, Manuel Ramírez, Luis Madariaga, Jesús Duran, Norberto Guitarte, Eduardo Pardo, Martín Urteaga, Francisco Pachano y otros.

Primera Comisión Directiva:	Actual Comisión Directiva:
Presidente: Pedro Castro	Presidente: José Castaño
V. Presidente: Eduardo Pardo	V. Presidente: Roberto Puentes
Secretario: Jesús Durán	Secretario: Antonio López
	Pro. Secretario: Karina Domínguez
Tesorero: Manuel Carraza	Tesorero: Gustavo Parra
	Pro. Tesorero: Héctor Salomón
Vocales: Norberto Guitarte, Martín Urteaga y otros	Vocales: Rafael Ruiz, Norma Durán, Héctor Cunioli, Rosana Pereira, Raúl Pereira

La sociedad brinda servicio médico, descuentos en farmacias, construyó nichos para sus socios y hace algunos eventos sociales para juntarnos todos los españoles residentes en esta ciudad.

Y poco más puedo hacer a mis 71 años: disfrutar de mi marido, hijos y nietas, además veo los programas de televisión española (TVE), sobre todo los informativos para estar al tanto de todo lo sucedido en España. Y por supuesto mi marido no se pierde ningún partido del Barcelona, fanático



Edificio de la Sociedad Española de Olavarría.

desde niño, y que cada vez que mete un gol aplaude y yo aunque esté en otro lugar de la casa ya me entero que fue un gol del Barsa (*sic*).

La vida fuera de España no ha sido fácil: por un lado se añora mucho todo lo que se deja (que es mucho) y por otro el adaptarse al lugar donde uno llega, y les confieso que en mi caso creo que no lo conseguí, pues sigo apegada a mis recuerdos. Estoy muy agradecida a mucha gente que nos dio cariño, fue para nosotros como de la familia, pero también están lo otros que no nos quieren y se nota, pues eres el “gallego” el “inmigrante”, estos no te aceptan y te miran de modo muy especial. Nosotros acá somos inmigrantes y creo que si fuéramos a España seríamos extranjeros entonces ¿de dónde somos?

Yo saqué de nuestra vida como emigrante una experiencia que aconsejo a todos: no se muevan de su país, por mal que estén siempre será mejor, es más lo que se pierde que lo que se gana. Trabajando en cualquier parte se vive, pero ya que por unas causas unos y por otras otros salimos de nuestro país yo quisiera decirle a todos mis paisanos de España (que en este momento reciben a tantos inmigrantes) que por favor antes de tratar mal a cualquier emigrante piensen que por el mundo estamos muchos españoles y por amor a nosotros se comporten bien con ellos.

Y bueno nada más, yo me siento una embajadora “en el anonimato” de España, pues siempre he procurado que mi comportamiento fuese correcto y lleno de amor a mi patria, así siento que la he servido desde mi lugar en la emigración.

No crean que no quiero a este país pues lo considero como mi segunda patria; es la de nuestros hijos y nietas y yo la quiero, de no ser así sería una desagradecida.

Recuerdos...

Marta Graciela Díez Morales

Mi nombre es Marta Graciela Díez Morales, nací en el décimo lugar de los hijos de Emilio Díez Fontano y Manuela Morales García y estoy recordando...

Por su boca muerta, como si estuviera con nosotros anclado y desde mi pecho brotan como si fueran tuyas, las anécdotas que les cuento hoy: mi padre era tal cual lo cuentan las historias de la meseta central de León y Castilla, austero, severo, inflexible, pero con una cortesía tan exquisita que llegaba a suavizar la dureza de su carácter.



Nacido en Ríoseco de Tapia (León) un día 13 de mayo del año 1895, su nombre, Emilio, sus apellidos, Díez Fontana. Por esas cosas de la vida, contando con apenas 16 años, embarca en el buque “Malte” que procede de Vigo y llega a la República Argentina el día de Navidad, el 25 de diciembre del año 1911.

Entre otras cosas que recuerdo, es el “Hotel de los Inmigrantes en Buenos Aires”, nos contaba. Cuando él llegó a la Argentina recién había sido creado, era un lugar que albergaba a los inmigrantes cuando desembarcaban, había unos galpones¹ grandes que estaban destinados para que los inmigrantes esperaran, mientras revisaban su equipaje.

¹ Naves, pabellones (N.E.).



Foto-cédula de Emilio, padre de la autora.

Para desembarcar, necesitaban traer un certificado médico, un certificado laboral, certificado de buena conducta, aparte del pasaporte; en una oficina se registraba al inmigrante en planillas donde había que asentar el nombre y apellido completo, profesión, origen y procedencia. Una vez completado este requisito, se podía salir del complejo o alojarse en el Hotel del Inmigrante. Aquí, cada huésped tenía una tarjeta numerada que tenía que usar para salir y entrar. Desde el momento que ingresaban se les brindaba comida y hospedaje durante cinco días, en la planta alta de este mismo edificio funcionaba un Hospital con una Sala de Guardia y Farmacia en la planta baja. Aquí se ofrecían servicios gratuitos de correo y traducción, colocación laboral y cursos de capacitación. Mi padre, si bien conoció este lugar, no estuvo albergado en él. Su espíritu aventurero lo llevó a viajar hacia este país que le dio muchas satisfacciones como también tristezas, viajó para aquí no por que estuviera pasando miseria, ya que según recuerdo por sus charlas, su padre, Tomás Díez, era alcalde del lugar, tenían él y sus hermanos un buen pasar. Su madre, María Fontano, se dedicaba a la crianza de los hijos, ayudaba con el ordeño de las cabritas a la vez que enseñaba las primeras letras y números a los niños.

Sus hermanos fueron: María, que fue monja de la Congregación de Carmelitas; Victoria, quien siendo muy joven viajó hacia la Argentina con quien luego fuera su esposo Victoriano Rodríguez oriundo de Villarodrigo;

Francisco, Ramiro y Bautista se radicaban en Ríoseco de Tapia- Espinosa de la Rivera, provincia de León. Seguidamente les señalo en un pequeño planillo de aquel lugar los respectivos hogares.² La casa donde vivió mi padre siendo pequeño se encontraba ubicada en el lugar marcado con el número 40. Allí, luego que mi padre viajara para la Argentina, quedó su hermana Francisca, con los padres. En el lugar marcado con el número 14 vivía Ramiro y en el número 48 se afincaba Bautista.

No sé si tendré coraje para seguir escribiendo, pues no soy muy ducha en esta tarea y, aunque tengo recuerdos, anécdotas, vivencias, fotos, escritos, no sé si tendré la suficiente valentía para continuar, ya que no es fácil recordar toda lo pasado por mi padre, si bien él nos contaba las historias vividas, mejor dicho que es lo que habitualmente hacía, en ese su país, siendo pequeño. Me es muy difícil escribir algo sin su presencia aprobatoria.

Nos contaba que para la Navidad, por las calles sólo se podía andar aprisa y el menor tiempo posible, pues el frío de la helada obligaba a resguardarse junto al fuego. Recuerdo que el día de Navidad, que aquí en nuestro país

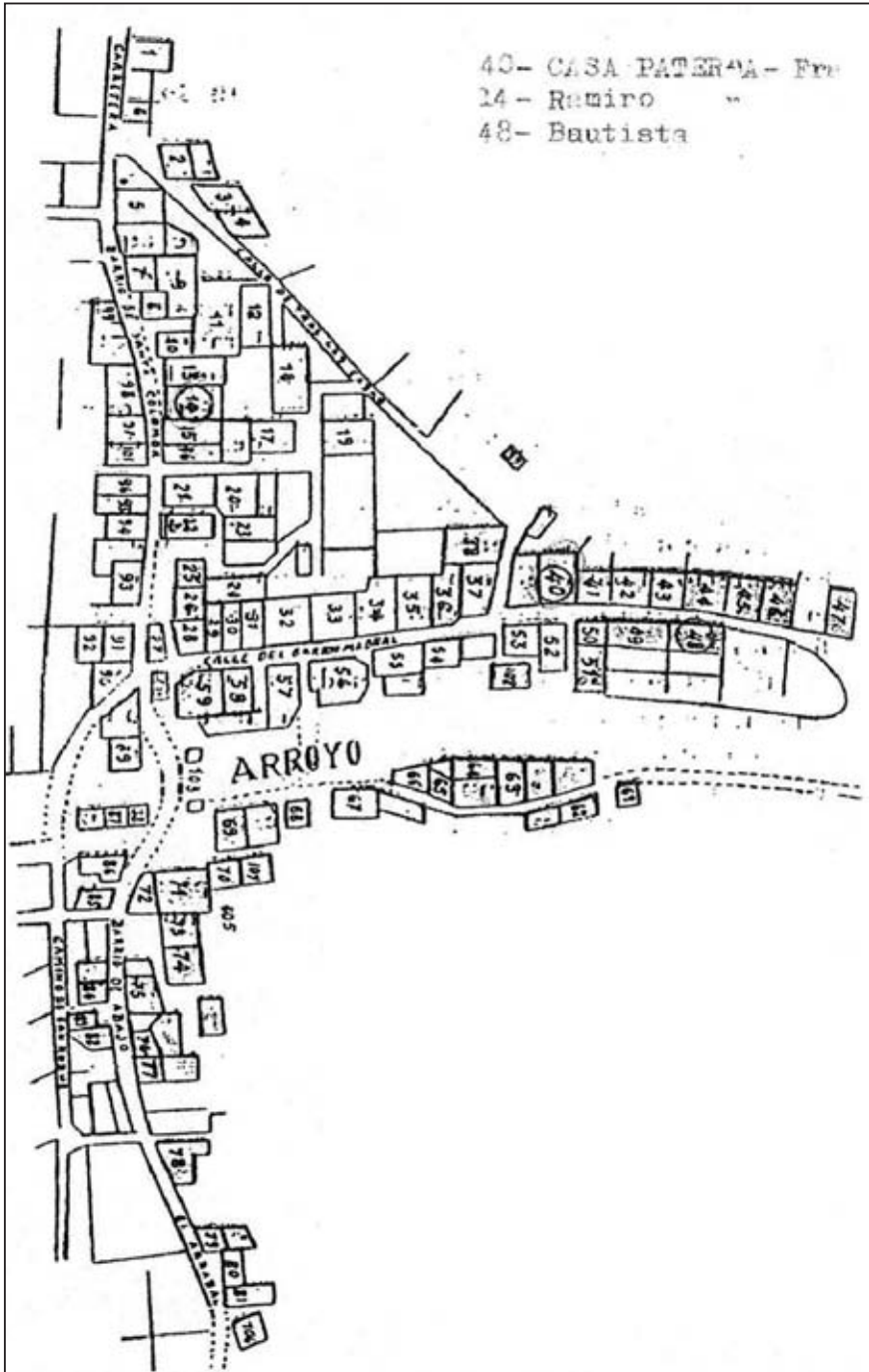


Nuestra Señora.



Vista de la aldea en Río Seco de Tapia.

² Ver referencias gráficas al final del relato (N.E.).



hace tanto calor, él nos relataba que allí en su pueblo, los prados se hallaban completamente cubiertos de una escarcha blanca, asemejándose a la nieve, los árboles se elevaban desnudos sin su follaje verde, que en la primavera y verano los hacía tan hermosos, toda la naturaleza estaba quieta como defendiéndose de las inclemencias del crudo invierno. Yo pensaba, ¡qué bellas deben de haber sido sus Navidades en España! ¡Qué regocijo para el alma! Pero claro, yo pensaba en sus Navidades, pero con todo el confort que yo tenía en ese momento, que tal vez no eran los mismos que el tenía en su casa, porque no hubo miseria, pero tampoco le sobraba.



Mi padre en Argentina.

Otra de las anécdotas que llega a mi memoria: hoy es la festividad de Nuestra Señora, el día 15 de Agosto; recuerdo que en nuestra casa era un día de fiesta. Nosotros pequeños, en ese entonces no preguntábamos mucho, era un día de fiesta y como tal nosotros lo disfrutábamos y tengo muy gratos recuerdos. Cuando ese día estábamos en el pueblo de El Perdido, donde vivimos muchos años y era domingo, íbamos a misa, ya que si tocaba día de semana no, porque aquí no se acostumbraba a realizar esta festividad y tampoco en el pueblo había cura párroco todos los días. Nos contaba que el día de Nuestra Señora, se encontraban los familiares, que venían muchas personas de otros lugares, hasta del extranjero, se reunían en una plaza, las calles se cubrían con ofrendas, era un día de regocijo y de mucha alegría. Las personas que vivían



Tíos Francisca y Ramiro. Primo Rafael.



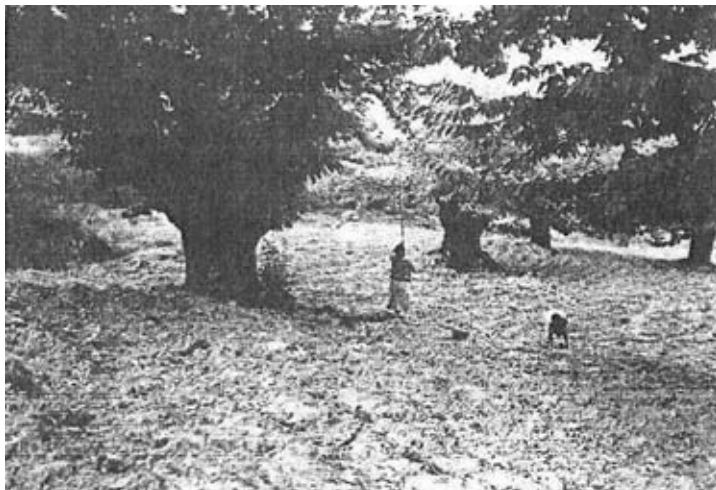
Tía Victoria.

en otro lado, sentían ese día más viva y honda la añoranza por su lugar. El aspecto de fiesta era pleno durante el día 15 y el 16 se tornaba triste, la tarde iba invadiéndose (*sic*) por la noche.

Volviendo a la Navidad, mi padre decía qué rico turrón era uno que hacían las madres con castañas. A las castañas les quitaban la piel, para eso las sumergían en agua caliente, luego las secaban y las tostaban en el fuego. Batían las claras a nieve y las mezclaban a las castañas. En una cacerola preferentemente de cobre, ponían un poco de azúcar con miel, apenas hervía, le agregaban el preparado de castañas tostadas y algo cortadas, cuando esta preparación tomaba punto de bolita retiraban del fuego y colocaban la preparación en un molde untado con alguna materia grasa. Realmente es muy sabroso. Yo lo he preparado con almendras, agregándole fruta brillantada en poca cantidad y esencia de vainilla como saborizante. Las castañas se consumían normalmente como único menú en los pueblos montañosos a la hora de la cena y, asadas, era una de las modalidades.

La historia del Mangosto³ (*sic*) se remonta a la época de los romanos como una tradición pagana. El Mangosto, decía mi padre, era un fuego que se hacía en el piso, cerca de las plantaciones de castañas. En

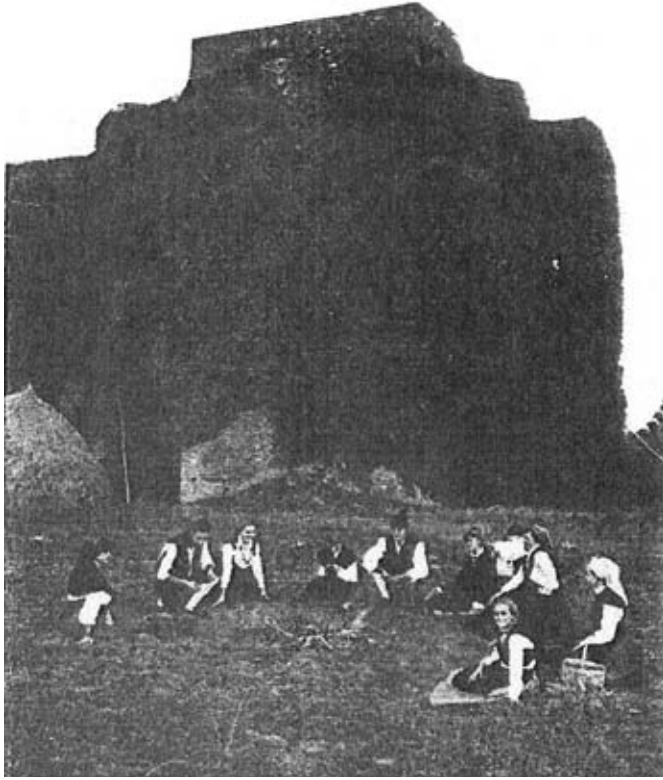
³ El magosto es una fiesta de origen celta común en todo el N.O. de España. Es la fiesta de entrada del invierno que coincide con la recolección de la castaña. En torno a este fruto y su preparación culinaria se enciende fuego, se baila y, sobre todo, se cuentan historias fantásticas (N.E.).



Cosecha de castañas.

muchos pueblos se realizaba a la luz de un candil, en las noches húmedas, algo frías y por lo general ventosas. Encima de las llamas colocaban una trébede y sobre ella una simple lata agujereada en su base que contenía las castañas a las cuales les hacían un pequeño tajito para que al calentarse no reventaran. Cada tanto, las daban vuelta para que se asaran lo más parejo posible. Cuando las familias se reunían en los Mangostos, los mayores contaban historias, leyendas y cuentos de nunca acabar. Como la digestión de las castañas es muy lenta, se le ayudaba con un vinillo fresco de la bota, la máxima era “cada dos bullós trago de Dios”.

De los platos salados recuerdo una “sopa de ajo” que mi madre preparaba sobre todo en invierno, de la siguiente manera: colocaba en una cacerola un poco de aceite, le colocaba ajo trozado. Antes de que se dorara retiraba el ajo, agregaba una cucharada de pimentón dulce y agua caliente, le ponía un poco de sal y la dejaba cerca del calor, aparte doraba cubitos de pan común en un poco de aceite, y luego lo comíamos así calentita. No sé si es un gran manjar, pero lo comíamos y particularmente me gustaba.



Reunión del Mangosto.

Otra receta que nos contaba y que alguna vez probé, fueron los “cangrejos a la vizcaína”. Para nosotros aquí es un plato muy costoso, pues los cangrejos no abundan y cuestan mucho. Lo preparaban de la siguiente manera: primero los lavaban en abundante agua fría, les extraían el intestino, que lo tienen situado en la mitad de la cola, tirando muy suavemente. Si estaban vivos, primero los sumergían en agua caliente salada. Los cocinaban en agua caliente salada, los escurrían y le sacaban la parte comestible, y luego rehogaban un poco de cebolla en una olla (si era de barro mejor) con aceite, ponían ajos enteros, ajíes, incorporaban las hierbas saborizantes que tuvieran, sal, y le agregaban chorritos de agua hirviendo de a poco. También le agregaban unas dos yemas de huevo duro, cocinaban esta salsa hasta que espesaba un poco, disponían los cangrejos por encima, moviendo cada tanto la olla, se comían calentitos, sobre todo en los meses de invierno. En realidad debo pedir dis-

culpas por los errores que cometa en esta escritura, si realmente me animo a continuar.



Mi abuela materna con mi mamá.

Espinosa de la Ribera es un pueblito ubicado, justamente como su nombre lo indica, en la ribera del Órbigo, bañada por las aguas del Río Luna, en la Provincia de León. La vida de pueblo tiene matices muy diferentes, los afectos mismos se sienten de otro modo, se hacen más profundos y por lo tanto más singulares. Mi padre tenía muy presente el recuerdo del prado, del río, de la casa, de la solemne procesión en Semana Santa, la paz que gozaban en la aldea, con sus callecitas angostas y las viviendas levantadas de piedra, el trabajo de la tierra con la hoz y la guadaña, su afán por cuidar el rebaño. Durante los años que llevó ausente de su Patria, cuántas veces habrá resonado en sus oídos y en su memoria el nombre de Espinosa da la Ribera, de Rioseco de Tapia, prov. de León, de su España querida, donde por razones económicas nunca más pudo volver.

La Semana Santa en León es una muestra indiscutida del fervor religioso, se reúne mucha gente portando sobre sus hombros las esculturas, caminando a lo largo de varias cuadras. La Semana Santa es una tradición ancestral que se ha conservado y ha sido declarada de Interés Turístico Internacional en León. Según mi padre era la “fiesta del alma, él iba a la procesión con sus padres y hermanos. Por aquel entonces había menos población y menos comodidades.

Algo que mi padre siempre recordaba y yo creo que añoraba, era que todos vivían con sus ventanas y puertas abiertas, todos sabían lo que tenía el vecino de al lado, todo estaba a la vista de todos.

También recuerdo que nos contaba que para los leoneses, el pasado y el futuro les tiene completamente sin cuidado, por supuesto en las cosas familiares, domésticas, se preocupaban eso sí, por el porvenir, sin ser avaros, ni codiciosos procuraban ir aumentando su caudal y tener a resguardo las pesetas necesarias para hacer frente a enfermedades y dotar a los hijos del patrimonio familiar; según mi abuela materna que era nacida en Asturias decía que los leoneses “eran unos cazurros”, pero, por supuesto, estos “piropos” eran con buena onda.



Emilio con mi hermana Elsa. Mi madre con mi hermano Rodolfo.

Solía escucharlo decir, (*sic*) los meses de julio y agosto ¡qué mesecitos! Después comprendí que eran los meses de la cosecha: iban todos a los prados, sin reparar en edades y casi, casi en sexo⁴. Desde el más ricachón hasta el

⁴ Evidentemente “sin reparar en edades y casi ni en el sexo”. Es decir, todos los brazos se hacían necesarios para la recolección (N.E.).

jornalero, los prados eran la bendición de Dios. Apenas terminaban de segar, daban vuelta la hierba, aplanándola, arrastrándola, distribuyendo las forcaditas en el carro, donde se cargan para depositarlas en el pajar. No tenían un minuto de reposo durante la recolección. Las cosechas eran muy duras, ¡ni hablar de las del monte! Este trabajo sí que era increíble, admirable: durante los días de desmonte, tanto hombres como mujeres, no se acostaban antes de las doce de la noche, ni se levantaban después de las cinco de la mañana, por suerte contaban con la ayuda de un grupo de asturianos que llegaban aquí, donde a cambio del trabajo desayunaban, almorzaban, merendaban y cenaban, sobre todo podían beber, y si les sobraba algún dinero, se permitían asistir a alguna taberna donde el patrón les permitía beber una copa. Con esta colaboración lograban terminar la siega del monte, que era muy penosa y amarga.



Cédula Argentina de mi padre.

Estas faenas tan trabajosas y continuadas, no eran interrumpidas por la lluvia, las cosechas se recogían en inmejorables condiciones, pero en cambio los trabajadores se quejaban de la prolongada sequía que ponía en peligro otros cultivos como el de las patatas. Pero mi padre decía, que no todo era trabajo y desesperanza, en este su pueblo, también había diversión, días de fiesta como el de Nuestra Señora.

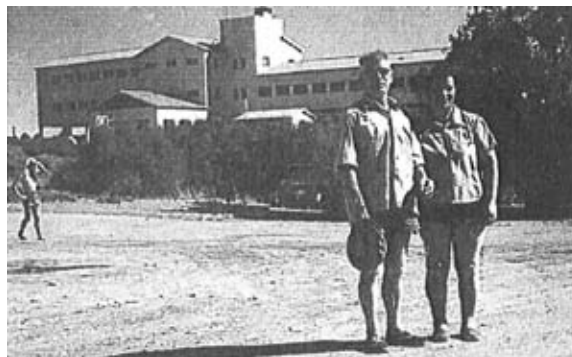
Otra de las cosas que nos contaba era lo que le gustaba ver cómo trabajaban los molinos harineros que molían el trigo valiéndose del agua del río.

Yo creo que un tío suyo poseía uno de estos molinos, no recuerdo muy bien. Particularmente recuerdo a mi padre en la casa que teníamos aquí en Coronel Dorrego, leyendo la Biblia, se pasaba horas hojeando sus finas páginas.

Alguna vez escuché a mi padre hablar de Las Médulas, con el tiempo, por supuesto leyendo mucho supe que son unas montañas, según cuenta la historia, vaciadas por los romanos, trabajaban miles de esclavos en busca de oro que estas montañas atesoraban, se calcula que los romanos llegaron a obtener millones de kilos de oro, estas minas fueron las principales abastecedoras del imperio romano. Declaradas por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad, hoy, a tantos años de su emigración, recorriendo varias páginas de Internet, encuentro esta hermosa toma de Las Médulas añoradas por mi padre en sus jóvenes años ¿Por qué no compartirlas con ustedes?



Francisca García. Una prima.



Mi padres en una playa argentina.

Jos. Pardo vino a visitarnos (un gran señor)
nos invito a ir a su pueblo pero como está lejos
no se arregló ir está allí ya le llevara una fotografía
que sacamos juntos el mi hijo y yo
Hace 21 años que dejatis de escribir y desde entonces
han pasado muchos cosas pero en fin animaron
a venir por aquí aber si nos conocemos personal
mente aunque solo sea algunos de la familia
moratinos somos entre hijos y nietos lo catorce
asique un obrero muy grande para todos de
todos y tambien tenis más primos que yo les
combinique nuestra noticia

M^e Sagrado Moratino

El Espinosa de la Hiberna. León
(España)

espero con mis señas

Carta de mi prima.

Nostalgia por mi Tierra, cuna que me vio nacer

María del Pilar Domínguez Vaquero

Ya hicieron 56 años, cuando un 15 de Mayo de 1950, mis padres mi hermana y yo emprendimos un viaje rumbo a la Argentina en busca de un mejor futuro.

Mi papá, Alberto Domínguez, oriundo de Cerezal de Aliste con 41 años de edad, mi mamá, Luzdivina Vaquero, de Gema del Vino¹, mi hermana María Luz y yo, nacidas en Zamora. Nunca he borrado de mi mente el día que zarpamos del puerto de Cádiz en el vapor Cabo de Hornos, viendo con lágrimas en nuestros ojos como dejábamos atrás nuestra Patria y familia a la cual ignorábamos si la volveríamos a ver.

Llegamos a la Argentina el 3 de Junio de 1950 a las 7 de la mañana. Difícil explicar con palabras la emoción de ver las luces del puerto de Buenos Aires, país nuevo que nos recibía en su seno, ignorando lo que el destino nos tendría reservado a mis padres a mi hermana con 10 años y a mí con 14.

Vivíamos soñando el poder volver algún día a nuestra querida España, pero los años fueron pasando y cada día que pasaba, lo veíamos más inalcanzable. Yo era socia del Centro de Castilla y León donde actualmente nos reunimos con otros zamoranos de cuya institución era y sigue siendo Presi-



¹ Cerezal de Aliste y Gema del Vino son poblaciones zamoranas (N.E.).

dente Don José Pérez Pinar, el cual ya hacía tiempo venía solicitando a las autoridades de la Diputación de Zamora que se le pudiera dar la oportunidad a los zamoranos residentes en Mar del Plata de volver a su patria, invitados por la Diputación de Zamora a los que hicieran 50 años o más que hubieran venido de España y nunca hubieran vuelto, como ya estaba ocurriendo en Bs. Aires. Don José Pérez Pinar como Presidente del Centro de Castilla y León de Mar del Plata, a través de su buena e incansable voluntad y esmero, logró que emigrantes zamoranos, salmantinos, burgaleses y leoneses, pudieran volver a su patria, con el importantísimo apoyo de las autoridades de la Diputación de Zamora.

Y así fue como un día “maravilloso” del mes de Agosto de 1998 el Sr. Don José Pérez Pinar Presidente del Centro Castilla y León de la Ciudad de Mar del Plata (en la cual resido actualmente) me hizo el regalo más hermoso e inesperado junto a las autoridades de la Diputación de Zamora hacer realidad mi sueño inalcanzable de volver a mi querida España.

Demás está describir mis emociones vividas y difíciles de narrar por ser un sueño hecho realidad, el volver a ver mi colegio El Amor de Dios, mi iglesia San Ildefonso donde hice la primera comunión, estar en mi casa donde nací, calle Las Damas, Viriato, donde jugábamos en el carnero, infinidad de recuerdos... Así de este mismo modo, mi hermana M^a. Luz en Octubre del año 2004 pudo vivir mi misma experiencia agradeciéndole también al Sr. Don José Pérez Pinar, Presidente del Centro de Castilla y León, como así también a las autoridades de la Diputación de Zamora, de cuya Institución es Presidente Don Fernando Martínez Maíllo, al cual por este medio envió mis saludos como así también a Don José Luis Bermúdez, Don Juan Andrés Blanco Rodríguez y Don Jesús Sendín Blanco quienes nos han honrado con su presencia, gratos representantes de nuestra lejana Patria.

Que Dios los aliente para seguir dando tanta alegría a zamoranos que como a mí, lograron hacer realidad mi sueño.

Pequeña historia de don Juan Ortego Abad (1866-1945) y de doña Elisa Aylagas Gil (1866-1944)

José Luis Eggel

INTRODUCCIÓN

*...Y aunque la vida murió
nos dexó harto consuelo
su memoria.
(Manrique: Coplas)*

El presente trabajo es la pequeña aunque interesante historia de una familia castellana, que arribó a la llamada Pampa Gringa Argentina en las postrimerías del S. XIX, donde arraigó y mezcló su sangre, finalmente, con los hijos y descendientes de las etnias inmigratorias que por ese tiempo empezaban a construir la Argentina moderna.

1. EL GRAN ESCENARIO

Hasta el dictado de la gran constitución liberal de 1853, actualmente vigente, con sus reformas, el país del Río de la Plata conformaba un enorme espacio casi vacío. Conquistada la región por españoles a partir del S. XVI, se logró conformar un amplio territorio, al suroeste del Brasil, bordeado por su flanco del poniente por la gran cordillera de los Andes, rematando el final del país en la Patagonia, Tierra del Fuego y el cabo de Hornos.

Las guerras napoleónicas de enorme repercusión en Europa y particularmente España, repercutieron a partir de la 1ª década del 1800 en toda la América hispana, iniciándose el proceso emancipador argentino (1810), que provocaría enfrentamientos armados con la antigua metrópoli. Reconocida,

luego la Independencia, viene el período de las guerras civiles, llamado también de la “anarquía”, que finalizó con la vigencia de la citada constitución.

El país de economía pastoril, sin minerales explotados, con una riqueza limitada casi exclusivamente al saladero de cueros y carnes, casi despoblado, con una sola ciudad de alguna importancia (Buenos Aires), capitales de provincias mayoritariamente desiertas y pobrísimas, decide iniciar lo que se dio en llamar “El gran proceso colonizador argentino”, destinado a atraer al país muchedumbre de inmigrantes europeos para constituir colonias agrícolas y desarrollar a la joven Nación del Plata.

2. LA PROVINCIA DE SANTA FE

Cuando se funda la primera Colonia Agrícola (Esperanza, 1856), la ciudad capital, Santa Fe, tenía unos 11.000 habitantes, y la Provincia, recostada sobre el gran río Paraná, constituía una casi perfecta llanura, con algunas formaciones boscosas sobre el norte y noroeste, de 133.000 km². Solamente unos poblados costeros la poblaban, estando prácticamente en manos de pueblos originarios y aborígenes unos dos tercios del territorio, controlado mediante líneas de destacamentos militares (fortines), en las llamadas líneas de frontera.

La citada colonización agrícola, en un período de unos cuarenta años (1856-1895), produjo la fundación de más de 360 colonias agrícolas en el territorio santafesino, que incorporó por ese tiempo 3.488.565 hectáreas a la explotación agrícola.

He aquí, entonces, cuando al cabo de estos tiempos irrumpe nuestra familia castellana.

3. LOS DATOS BIOGRÁFICOS

Don Juan Ortego Abad, hijo de Ramón Ortego y Cecilia Abad, nació en Fuentecantales, provincia de Soria, España, el 24 de noviembre de 1866 y que fallece el 13 de julio de 1945 en San Jerónimo Norte, provincia de Santa Fe, Argentina. Se casa con Doña Elisa Aylagas Gil, hija de Valentín Aylagas y Teresa Gil, nacida en Vieso, provincia de Soria, (España) el 2 de diciembre de 1866 y fallecida el 18 de septiembre de 1944 también en San Jerónimo Norte. No hemos podido averiguar si se casaron en España o luego de emigrar.

Un documento en poder de la familia nos aclara sobre su situación militar y su oficio de maestro. Así –transcribiendo casi literalmente el documento– con la firma de José Caldera se le concede el permiso con arreglo a lo pre-

venido en el arto 163 del Reglamento de reservas del 22 de Enero de 1883 a Juan Ortego Abad de oficio Maestro, de la 2da. Compañía del Batallón de Depósitos de Soria, donde lo pasan a recluta en Depósito y se expide el presente en Soria el día 15 de Marzo de 1886.



J. Te Ortega *Quince 16 869*

PERMISO PARA EMBARQUE

SEÑAS

Edad	22 años
Estatura	
Pelo	
Ojos	
Nariz	
Barba	
Cara	
Color	

Particulares

D. María Aylagas Gil
natural de *Viso*, provincia de *Soria*, cuyas señas personales se expresan al margen, justificó no tener impedimento legal para embarcarse con destino a la América del Sur.

Coruña 16 de Octubre de 1889

J. Te Ortega

Vá sin enmienda

4. LLEGADA A LA ARGENTINA

Corría el año 1890 y nuestro Juan Ortego llega con su esposa Doña Elisa Aylagas Gil, quien a los 22 años parte desde la Coruña el día 26 de Octubre de 1889, cuyo permiso de embarque número 10.862 figura al pie, llegando el día 2 de Enero de 1890 a Buenos Aires, República Argentina. Aunque poseemos solamente el documento original –permiso de embarque– de la esposa doña Elisa, presumimos que el matrimonio viajó junto.

5. LA EDUCACIÓN EN ESOS TIEMPOS. EL MAESTRO CASTELLANO

La incorporación de millares de inmigrantes extranjeros para constituir el nuevo país moderno, creó el problema de lograr la alfabetización y el aprendizaje de la hermosa lengua cervantina, como único y eficazísimo medio de comunicación e integración. La mayoría de los recién llegados colonos agrícolas venía de Francia, Suiza, Italia y, por supuesto, aunque en las décadas postreras, los que llegaron de España.



Familia Juan Ortego y Elisa Aylagas. Segunda arriba, mi abuela Eloisa

El gran precursor y difusor de la educación pública universal y obligatoria en la Argentina fue el ilustre (e ilustrado) presidente Sarmiento (1865-1872). Sin embargo, con todo respeto, y aunque no caben las comparaciones, siempre odiosas, debemos destacar en el campo de la educación y enseñanza del castellano al gobernador de Santa Fe, Dr. Don José Gálvez (1889-1893). Es que Sarmiento, en su tiempo, trajo maestras norteamericanas, que hablaban: ¡inglés!, solamente. Si bien su mérito en materia educacional fue grandioso, lo fue por otros motivos.

Gálvez, al contrario, gobernando una provincia con chicos que traían sus lenguas francesa, alemana, italiana, de abocó a traer maestros *castellanos* para enseñarles la española. He aquí su gran obra civilizadora y cultural. Muchos fueron los maestros españoles contratados en la década de 1890 para las colo-



nias santafesinas. Aquí están hoy en día multitud de sus descendientes. Los frutos más benéficos fueron el legado de las primeras letras que recibieron nuestros antepasados.

Corría 1891 y el matrimonio Ortego se establece en la Colonia Santa María Centro, departamento Las Colonias, provincia de Santa Fe, donde fue designado maestro de la Escuela Primaria Mixta. Conservó este puesto hasta el año 1894, cuando elevó su renuncia al Gobernador de la Provincia de Santa Fe, Don Luciano Leiva y se trasladó con su familia a la vecina y más importante colonia San Jerónimo Norte. Ellos constituyeron una de las contadísimas familias, tal vez la única, de nacionalidad española residente en el siglo pasado en esta colonia.

Ignoramos las causas del abandono de su profesión de maestro, quizá el sueldo no alcanzaba para la subsistencia de la familia.

Don Juan dentro de sus actividades, ya en San Jerónimo Norte, era consultado permanentemente por los colonos suizos residentes ahí, puesto que como hablaban con dificultad el castellano, por manejarse desde su origen con el dialecto valesano traído de Suiza, no se sabían desenvolver muy bien con el idioma oficial; cuando tenían dudas de firmar algún papel o debían realizar un negocio importante donde intervenían abogados o escribanos, o cuando había que hacer peticiones por nota al Gobierno de la provincia, ellos lo llamaban

a él para que los asesorara. Realmente no era tarea fácil para ambas partes, porque mi bisabuelo no entendía el dialecto y ellos poco entendían el castellano. Pero las cosas marcharon. La Colonia de su nueva residencia se fundó en 1858 con suizos provenientes del Cantón de Valais, de habla alemana y especialmente en el campo santafesino donde se instalaron, se hablaba este dialecto, y les resultaba difícil el acceso al castellano.

6. LOS HIJOS Y DESCENDIENTES

Los hijos de este matrimonio fueron:

- Cecilia Ortego Aylagas, nacida el 22 de octubre de 1890, de quien se desconocen más datos ya que se casó de muy joven y luego fallece.
- Eloísa Adela Ortego Aylagas (mi abuela) nació el 25 de junio de 1892 y fallece el 8 de diciembre de 1983, quien se casa con José Lager el 16 de agosto de 1912 y forma su familia con los siguientes hijos: Alfonso, Calixto Alejandro, Marcelo, Manuel, Florentino José, Ladra Carolina, Sara Emilia (mi madre), Mercedes Nidia y José Bernardo.
- Manuel Ortego Aylagas, nació el 1 de junio de 1894 y se casa con María Binner, 2 hijos.
- Juan Ortego Aylagas, nació el 15 de septiembre de 1896, soltero
- Valentín Ortego Aylagas, nació el 30 de septiembre de 1898, y se casa con Albertina Bieler, 5 hijos.
- Teresa Ortego Aylagas, nació el de mayo de 1901, y se casa con Francisco Castaño, 3 hijos.
- Francisco Ramón, nació el 14 de octubre de 1902 y fallece de bebé
- Josefina Ortego Aylagas, nació el 23 de febrero de 1904, y se casa con José Juarroz de Juan, 4 hijos.
- Ramón Ortego Aylagas, nació el 26 de julio de 1905, y se casa con Regina Zapata, 3 hijos.
- Elisa Ortego Aylagas, nació el 12 de enero de 1907 y falleció de bebé.
- Anoris Ortego Aylagas, nació el 20 de agosto de 1908 y fallece de bebé.

7. SU ACTIVIDAD PÚBLICA E INSTITUCIONAL

Don Juan y doña Elisa, luego de vivir en el campo en Santa María Centro, como lo narramos, e instalarse definitivamente en San Jerónimo Norte ya

comienza a destacarse como un activo e inteligente funcionario municipal. Inició su labor en este ámbito el 17 de junio del año 1900, fecha en que fue designado vocal de la Comisión de Fomento, que era el órgano municipal o ayuntamiento de la Colonia.

Ya en la sesión del 24 del mismo mes mostró ser un hombre de empuje: sometió a la consideración de sus pares un proyecto que abarcara dos ordenanzas, cada una de ellas subdividida en varios artículos. Como ejemplo les menciono la primera de ellas, ordenada a asegurar la transitabilidad de los caminos rurales, donde, entre otras medidas prácticas, prescribía la obligatoriedad de los colonos de impedir la proliferación de los árboles, paraísos casi en su totalidad, dentro del marco de los caminos que bordeaban sus chacras o destroncarlos donde ya los hubiera invadido.

El 19 de agosto del mismo año dejó la vocalía para asumir la tesorería, cargo que desempeñó hasta el año 1904, cuando presentó su renuncia ante el Gobierno provincial, y al no obtener respuesta, solicitó al Presidente de la Comisión de Fomento la celebración de una sesión especial, en la que, tras hacer formal entrega de la tesorería, se consideró separado del cuerpo municipal.

Pero mi bisabuelo era un municipal nato, por lo que esa, en cierto modo, violenta desvinculación sólo fue de duración efímera. Las actas de sesiones registrarán efectivamente la posterior frecuente y activa participación de Don Juan en el quehacer municipal.

8. UNA EXCURSIÓN FAMILIAR A ESPAÑA. ANÉCDOTAS

Don Juan Ortego y Doña Elisa Aylagas, en el año 1907 deciden vender las propiedades en San Jerónimo Norte para ir con su familia a España, donde permanecieron durante casi dos años. La misión de estos padres, era que sus hijos conocieran a sus parientes, y el lugar donde ellos habían nacido. La hija mayor contaba con 17 años y mi abuela Eloísa con 15. Me quedaron en la memoria anécdotas del viaje, que oí de labios de mi anciana abuela Eloísa, cuando yo era chico. Me decía que ella era muy bella y los marineros con sus largos catalejos la observaban desde distintos puntos del barco, admirando a esa bella niña. También me contó el susto que se dieron todos los embarcados cuando el barco chocó contra un arrecife coralino y se les rompió parte del casco. Automáticamente comenzaron a sonar las sirenas, hasta que apareció otro y los trasbordaron, mientras se reparaban las averías. Me imagino el susto de la tripulación pero, bueno, cuando se es joven no teme a nada.

También me contó que cuando su padre partió de Fuentecantales hacia la Argentina, en la casa que habitaban había, sobre la chimenea, un nido de

cigüeñas y, cuando regresó en este viaje, aún seguían ahí. La misma historia se repite cuando mi tío Florentino viajó en la década de 1980: en esa misma casa seguían las cigüeñas. Otra se refería al río que pasaba por la casa con sus aguas transparentes, pudiendo ellos observar los peces. Luego de toda esa gran experiencia, regresan a San Jerónimo Norte y vuelven a comprar las propiedades antes vendidas.

Ese fue el único viaje de visita a la tierra paterna.

9. CONTINUACIÓN DE SU DESEMPEÑO POLÍTICO

Continúo contando la vida política de mi bisabuelo. No es el caso de ir mencionando sus intervenciones en las múltiples resoluciones tomadas en ese lapso por la Comisión de Fomento, por lo que nuevamente me limito a la mención de un solo hecho concreto: Don Juan integraba la Comisión de Fomento, cuando en el año 1918 este cuerpo acordó la autorización de la escrituración del cementerio local a nombre de la Iglesia; pero, curiosamente, en los años 1926 y 1928, siendo Presidente adoptó una actitud distinta a la anterior cuando, en posesión de la presidencia de la institución municipal, bregó tenazmente por la secularización de dicho cementerio. Fracaso empero en su propósito debido a la no menor tenacidad mostrada por el cura párroco P. Pablo Stratmann en defensa de la antigua práctica de los cementerios parroquiales, por una parte, y por la falta de apoyo popular, por la otra.

En una nota dirigida al pueblo de San Jerónimo Don Juan decía: Esta Comisión de Fomento, tiene conocimiento que hay personas que censuran sus actos al sancionar la Ordenanza que ha de regir al Cementerio Comunal, creyendo que se quita una prerrogativa a la Iglesia; y no es así: A la Iglesia, no se le quita ningún derecho en sus ritos religiosos. Se le quita únicamente la administración por el motivo de que el Sr. Cura Párroco no es autoridad para cumplir los preceptos y leyes. que rigen los cementerios, y nuestro fin es dar a cada uno lo que en derecho le corresponde; normalizando así una función comunal que corresponde de derecho a las Comisiones de Fomento. Luego se hace un listado de antecedentes de catorce artículos, diciendo el último: *Ahora bien: Si el Sr. Cura Párroco, no acata las decisiones de esta Comisión y se negara a asistir a las personas fallecidas en el sepelio, por el motivo de que la Comisión de Fomento administra el Cementerio, él será responsable de la falta de cumplimiento en su misión de sacerdote. La Comisión de Fomento no quita las prerrogativas que le son propias, dentro de los dogmas de la Religión Católica. San Jerónimo Norte, Junio 4 de 1926. Firman Secretario Enrique Wienhausen Presidente Juan Ortego.*

Ahí uno puede ver la idea de reformista que mi bisabuelo tenía para la época. El consideraba que el cementerio no debía pertenecer a la Iglesia, sino a la Comisión de Fomento, y lo que correspondería a la Iglesia era todo lo referente a los oficios religiosos de la sepultura y demás rituales fúnebres.

10. CONTACTOS FAMILIARES CON ESPAÑA

Transcurría el año 1914 y él seguía manteniendo relaciones epistolares con su padre Don Ramón Ortego, quien ya anciano, vivía en Fuentecantales. También se carteaba con su único hermano Don Domingo Ortego, casado con Juana Aylagas. Acá viene un dramático e insólito acontecimiento familiar. Uno de los hijos de Domingo y Juana, llamado Victoriano, siendo niño presenció un asesinato en el pueblo. La madre, desesperada, para evitar que al salir de testigo del horrendo hecho tomen venganza contra el joven, decide enviarlo a la Argentina. De esa forma el joven marchó hacia acá junto con su tía Clara de Aylagas sin jamás volver a España. Victoriano arriba a San Jerónimo Norte, a la casa de su tío, nuestro Juan, y es recibido por su prima Cecilia, quien lo saluda exclamando: “—Ahí llega el galleguillo...”. Domingo, en cartas a su hermano Juan, le mandaba saludos a su hijo Victoriano, de quien se separó para siempre.

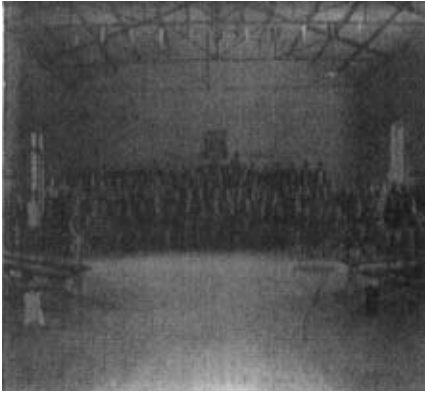
Victoriano Ortego, (quien aún vive contando con 100 años de edad), había nacido el 19 de agosto de 1906. Se casó aquí con Mercedes Funes, teniendo dos hijos: Mercedes Ortego de Fernández y Hugo Ortego. Se desempeñó como viajante de la firma de camiones, tractores e implementos agrícolas de la Internacional Harvester Co.

Los demás hermanos de Victoriano, eran: Justina Ortego casada con Pío Carro; Victoria Ortego, casada con Luis Poza; Paz Ortego, casada con Vicente Poza; Ángel Ortego, soltero, muerto en la Guerra Civil; Andrés Ortego, casado con Anacleta García; Severino Ortego, casado con Toribia García.

Mientras tanto, en España, Domingo Ortego, padre de Victoriano, viudo, se vuelve a casar en 2das. nupcias con María García y tienen dos hijos: María Ortego, casada con Felipe Aylagas y Agustina Ortego, casada con Justo Carro. Estos Ortego y sus descendientes permanecen en España.

11. SU DESEMPEÑO CULTURAL Y EN EL ÁMBITO SOCIAL. ACTIVIDAD INDUSTRIAL

Pero la capacidad de acción de mi bisabuelo, Don Juan, no se agotó en el plano del gobierno comunal. El Libro de Actas de la Sociedad Cosmopolita de



Socorros Mutuos de San Jerónimo Norte testimonia que él ha tenido mucho que ver en todo lo concerniente al origen de esa institución

No pocas asociaciones cosmopolitas han surgido en la década de 1890 en las colonias del centro santafesino. Ya el 25 de noviembre de 1880 refería El Colono del Oeste, de Esperanza, que en las colonias de Cavour, Humboldt y en las demás circunvecinas se agita la idea de formar una Sociedad de Socorros Mutuos Cosmopolita. Desde luego, no constituía algo novedoso en esa época hablar de agrupaciones de esa índole, puesto que ya existían en las colonias entidades organizadas por los inmigrantes de un mismo país de origen, como eran las sociedades suizas, alemanas e italianas.

Los fundadores de las asociaciones cosmopolitas, en cambio, procuraban la creación de sociedades del mismo tipo, pero de naturaleza cosmopolita. Este término de origen griego compuesto de dos palabras: kosmos, mundo y polités, habitante, significa, en definitiva que pretendían “dar participación a todos los habitantes del pueblo de las diferentes nacionalidades”.

Por lo que refiere a la colonia San Jerónimo, es necesario tener a la vista la circunstancia de que la

abrumadora mayoría de sus habitantes eran de origen suizo, por lo que era natural que surgiera allí la Sociedad Filantrópica Suiza Helvetia. También se había creado en el año 1879 la Societta Unione e Fratellanza. Existía además el Club Católico. Con todo, no obstante la existencia de estas tres importantes instituciones, se logró sobre el final del siglo dar vida a una agrupación

cosmopolita, en lo que, como ya les mencioné la recia personalidad de Don Juan Ortego jugó un papel preponderante y decisivo. Respecto a la fecha de la fundación de la sociedad, no cabe duda de que el suceso tuvo lugar el 26 de agosto de 1899, según figura en el acta N° 1 del libro de la Sociedad.

Esta nueva sociedad o asociación tenía una característica distintiva, cual era la asistencia médica a los socios enfermos, “de acuerdo con la facultad conferida por los estatutos sociales”.

La 1.^a Comisión Directiva estaba integrada de la siguiente manera:

Presidente: Juan Ortego

Secretario: Armando Berizzo

Vocales: Juan Wellig, Alejandro Imhoff, José Grossen y Andrés Pujol.

Esto es, un español, un italiano, tres suizos y un argentino, indudablemente un grupo cosmopolita. La Sociedad contó también con una apreciable biblioteca.

Don Juan Ortego fue reelegido en la asamblea general del 12 de agosto de 1900, pero al poco tiempo se distanció de los demás miembros de la comisión lo que lo llevó a presentar su renuncia que fue aceptada sobre tablas por unanimidad de sus pares en la sesión del día 29 de septiembre.

Durante dos años se abstuvo de concurrir a las reuniones de la sociedad, hasta que la asamblea del 24 de agosto de 1902 tomó a confiarle la presidencia, función que se reiteró sucesivamente: Don Juan fue Presidente de la



Primera comisión directiva.
Sentado en el centro, Juan Ortego.



Juan Ortego flanqueado por dos miembros de la comisión directiva de la Sociedad Cosmopolita representando las tres etnias que convivieron en San Jerónimo Norte: un criollo, un español y un suizo.



Foto de nietos de Don Juan Ortego en el día del Centenario de la Sociedad Cosmopolita haciendo entrega de una placa en bronce en memoria de su abuelo. (Sara Lagerger Ortego, mi madre).

Sociedad de S.M. Cosmopolita durante los siguientes períodos: 1899-1900; 1902-1903; 1907-1913; 1916-1918; 1921-1928; 1932-1941-.

Una de las cosas para tener en cuenta de la capacidad de mi bisabuelo Don Juan era, que cuando levantaron el edificio de la institución, midió los ladrillos y sacó los metros cuadrados de edificación, para luego comprar con mayor exactitud los ladrillos necesarios. Otra de las causas de su renuncia en un período fue la circunstancia de que uno de los integrantes de la comisión directiva, malgastaba los fondos en visitas médicas innecesarias, por lo que se presentaron discusiones que a él le desagradaban.

Don Juan ha sido un excelente tirador de tiro con Máuser y sus prácticas las realizaba en el Tiro Federal Argentino (ex Tiro Suizo) y era socio activo de dicha institución.



En segunda fila, sentado en el centro, Juan y demás socios en una fiesta del Tiro Federal.

Don Juan Ortego y su familia estando en San Jerónimo Norte, dejando de lado el accionar político-social que llevaba, se dedicó a la Industria Jabonera, prácticamente única en la Provincia, en la cual su hijo Juan era el encargado de la recolección de sebo, o bien

la gente de campo, luego de realizar las típicas carneadas, le traía el sebo a la fábrica a cambio de jabón.

Los principales elementos para la fabricación del jabón eran: sebo, sosa, silicio, colorante, coco, etc.

Por su parte, desde Buenos Aires, su yerno Don José Juarroz de Juan era el que se encargaba de mandarle con el tren que llegaba a la colonia Las Tunas, distante a unos cinco kilómetros de San Jerónimo, todos los productos químicos. Este Juarroz, leonés, casado con su hija Josefina Ortego (Pepa), fue un prominente empresario textil en Buenos Aires, dueño de dos fábricas, una de casimires marca Lyon y otra de tejidos.

Una vez fabricado el jabón, se hacía el reparto por todos los pueblos de la colonia. El producto, gracias a la buena calidad de fabricación, era muy aceptado y reconocido. Esta fábrica funcionó hasta el año 1945 cuando fallece mi bisabuelo Don Juan. Lamentablemente, ninguno de sus hijos y yernos tuvo aptitudes suficientes para prolongar esta empresa familiar.



12. PRIMEROS 75° AÑOS DE LA FUNDACIÓN DE LA COLONIA

Cuando la localidad de San Jerónimo Norte cumplió sus primeros 75 años de vida, el día 15 de Agosto de 1933, Don Juan Ortego tuvo el gran

desafío de dirigirse al pueblo todo, dando un discurso que fue el comentario de la época. El pueblo, formado mayoritariamente por colonos suizos valesanos, no dudó en encargarle a este viejo maestro español que redactara el discurso de celebración. Don Juan un gran soñador del futuro de la Colonia, en los tramos finales de su discurso con palabras emocionantes se dirigía a los jóvenes y niños, recomendándoles: *... que para cuando celebréis, el primer Centenario, de la existencia de nuestra Colonia, a los jóvenes, porque entonces seréis hombres de edad y a los niños ya seréis hombres y nuestro pueblo posiblemente ciudad. Entonces levantaréis aquí un monumento recordatorio, grabando en él, la historia de sus cien años, en su parte agro pecuaria, sus industrias y comercios y principalmente en su parte cultural, para que las generaciones venideras, contemplen nuestra obra y la imiten, para grandeza de San Jerónimo Norte.*



Vista parcial del acto del 75 aniversario.

Además siempre recuerdo las palabras de mi madre Sara, contando que su abuelo Don Juan Ortego les decía: nunca habléis mal del médico, del cura y de los bomberos, porque a todos los necesitamos y no sabéis cuando. ¡Qué hermosa expresión!

Quiero, con esta breve historia de vida de mi bisabuelo Don Juan Ortego Abad y de su compañera, Doña Elisa Aylagas Gil, quien siempre supo acompañarlo en las buenas y en las malas, al igual que todos sus hijos, dejar en claro la gran persona que fue, como padre ejemplar, que con sus virtudes cívicas colaboró en el crecimiento del pueblo de diversas maneras y fue un gran industrial de la época. Realmente es un ejemplo de vida, un gran luchador que no bajó los brazos, a pesar de los contratiempos que pudo haber tenido. Doy

Al Pueblo de S. Jerónimo

Esta C. de Fomento, tiene conocimiento que hay personas que censuran sus actos al sancionar la Ordenanza que ha de regir al Cementerio Comunal, creyendo que se quita una prerrogativa á la Iglesia; y no es así: A la Iglesia, no se le quita ningún derecho en sus ritos religiosos. Se le quita únicamente la administración; por el motivo, que el Sr. Cura Párroco, no es autoridad para cumplir los preceptos y Leyes que rigen los Cementerios, y nuestro fin, es dar á cada uno lo que es derecho le corresponde; normalizando así una falencia Comunal que corresponde de derecho á las Comisiones de Fomento.

Hemos procedido cerca del Sr. Cura Párroco con la mayor deferencia; hasta transmitir nuestros derechos. Veámoslo:

ANTECEDENTES:

- 1.º — El Obispo, viene gestionando cerca de varios gobiernos que se lea sueldos, para que se dedoten al Cementerio de la Iglesia, siguiendo principio intransigente, no pudiendo conseguirlo, porque, los bienes públicos no se pierden.
- 2.º — En Febrero último, el Superior Gobierno, dió un decreto, que devolvió los derechos en estas gestiones, siendo en definitiva, los C. de Fomento, los llamados actuar en todos los casos que á instancia de las Comunas se refieren.
- 3.º — Ahora esta Comisión al citado Obispo, elevamos al Sr. Cura Párroco, una nota el 1.º de Abril último, manifestándole que esta C. de F. se consideraba con derecho á continuar á dar el título definitivo á la Iglesia de la sucesión N.º XX que ocupa el templo, y en caso al Obispo, tomarse la C. de F. su administración, para satisfacer aspiraciones públicas. A esta nota no se contestó.
- 4.º — Visitado al Sr. Cura Párroco, para saber que resultado se había tenido sobre la precedente comunicación sustruimos que el Obispo no le había comunicado ningún resultado. Se habló con el Sr. Párrco referente al Cementerio y Obispano á ver como se iba administrando, manifestándonos igualmente, que dependía del II. Obispo; pues era un inferior que debía cumplir sus órdenes.
- 5.º — Nos aproximamos al Obispo, exponiéndole al Sr. Secretario, el caso de la C. de F. de acatar á la Iglesia la sucesión N.º XX y en cuanto al Cementerio lo iba á administrar la Comuna, para regularizar ciertas formas que esta prerrogativa de las autoridades Comunales. Constatando que para lo primero, podían nombrar como personas parteras al Sr. Cura Párroco, y en cuanto al Cementerio, al Obispo; no se opone á la administración por parte de la Comuna.
- 6.º — Vuelto á la localidad, exponamos al Sr. Párroco la conversación tenida con el Sr. Secretario. Constatándose, que eran diferentes las ideas que él tenía.
- 7.º — En vista que ningún resultado se conseguía respecto, la C. de F. sancionó el 16 de Mayo la Ordenanza que es del conocimiento público.
- 8.º — Para conciliar en lo posible, la opinión contraria del Sr. Cura Párroco, á que se administrara el Cementerio por la Comuna, se le hizo las proposiciones siguientes: 1.º Que esta C. de Fomento no quitaba al Cementerio su carácter de Católico; en atención, á que la generalidad de sus habitantes pertenecía á esta creencia Religiosa. 2.º Que esta C. de Fomento hacía á mucha honra, que el Sr. Cura Párroco, cooperase y colaborase con esta C. de F. en los asuntos que al Cementerio se refieren. 3.º Que una vez hecha resolución de Curia, esta Comisión, reconocerá las Ventas hechas por las administraciones anteriores, de terrenos para puntones alicios y sepulturas y otorgará á sus poseedores el título á perpetuidad sin otra remuneración.
- 9.º — Estas bases fueron entregadas al Sr. Cura Párroco el día 31 de Mayo, para llevarlas constar en nota al día siguiente 1.º de Junio, día que entraba en vigencia la Ordenanza asistencial. Pero contestó que tendría que volver á consultar con el Sr. Obispo.
- 10.º — El día 1.º de Junio, la C. de F. se reunió en sesión y en Presidente hizo presente, lo manifestado por el Sr. Cura Párroco; dejando en suspenso, la aceptación de las anteriores proposiciones.
- 11.º — En este mismo día, sucede un fallecimiento y el jefe del R. Civil pasa á Secretario de la Comisión el escrito pertinente y para que la C. de F. considerara el permiso de inhumación; lo que así se hizo. Los dichos lo presentaron al Sr. Párroco, para los fines de asistencia Religiosa; rogándole á reconocer nuestros permisos.
- 12.º — Ante este hecho de sorpresa para esta Comisión, pues lo comunicamos al Sr. Cura de conformidad á lo devuelto de varias conferencias tenidas á este respecto, nos aproximamos al Sr. Párroco requiriendo el motivo de que así, manifestando, que tenía órden terminante del Obispo de no reconocer nuestros actos, ni entregar las llaves del Cementerio.
- 13.º — A esta actitud inesperada, la C. de F. recurrió á las Autoridades Superiores, consultando la entrega del Cementerio por los medios legales. Tales son los hechos.
- 14.º — Ahora bien: Si el Sr. Cura Párroco, no acata las decisiones de esta C. y se negara á asistir á las personas fallecidas en el sepelio, por el motivo de que la C. de F. administra el Cementerio, él será el responsable de la falta de cumplimiento á su misión de sacerdote. La C. de F. no quita las prerrogativas que le son propios, dentro de los dogmas de la Religión Católica.

San Jerónimo Norte, Junio 4 de 1926.

ENRIQUE WIENHAUSEN.
SECRETARIO.

JUAN ORTEGO.
PRESIDENTE.

Panfleto de la comisión de fomento de San Jerónimo Norte.

gracias por mi querido e ilustre antepasado, el fundador de una gran familia argentina, que hunde sus raíces en la cuna del idioma español: Castilla. De ahí saco el ejemplo día a día, a pesar de no haberlo conocido.



Membrete de la industria jabonera.

FUENTES UTILIZADAS

Para este trabajo utilicé el Registro Oficial de la Provincia de Santa Fe, año 1894, p. 165. Asimismo consulté los Archivos de la Comuna de San Jerónimo Norte (Comisión de Fomento), Libro 2.º, p. 104 y siguientes. Las renunciaciones figuran en el mismo libro, pp. 114 y 128. Los datos genealógicos de la familia se obtuvieron mediante entrevistas familiares a sus descendientes de San Jerónimo Norte y de la ciudad de Santa Fe. Las cartas y demás documentos (fotos, pasaportes, etc.), los tenía la abuela del autor doña Eloísa Ortego de Lager. En las actas de la Sociedad Cosmopolita de San Jerónimo Norte, figura su desempeño en la institución. De mi madre obtuve recuerdos e historias orales. También de mi abuela nombrada, en su ancianidad.

Así se hace historia

Elisabeth Teresa Fernández y Gladys Fernández

Era un día gris y lluvioso de esos días de julio, las olas de ese inmenso mar de agua dulce se abatía sobre la proa atestada de inmigrantes, uno de esos era mi abuelo Manuel. Los unía la esperanza, lo habían dejado todo: familia, terruño, el sol calido y las comidas típicas; un inmenso mar los separaba de sus hogares, con una confusa mezcla y gestos para hacerse entender. Abandonaron el puerto, hasta que la cubierta quedó vacía. Cada uno se encaminó de acuerdo a su lugar de origen, acercándose a los funcionarios de Inmigraciones que les indicarían qué hacer. A Manuel nadie lo esperaba, tan solo traía un baúl (que existe) y su oficio de carpintero. Llegó hasta Tres Arroyos y conoció a otro paisano, el Sr. Alonso Madero y llegaron a Coronel Dorrego. Nacionalidad español, leonés (Castilla la Vieja), pueblo Monlijos (*sic*) del Camino¹. Fue de los primeros vecinos que adquirieron lotes, adquirió casi hasta la esquina de la calle 22 y Constitución.

Todo trabajo de carpintería hacía, hasta que se inclinó a hacer ataúdes, e hizo un carro para llevarlos al cementerio primitivo, que estaba adonde hoy se encuentran los silos. La gente no sabe que eso existió. Se traslada a Buenos Aires y se conecta con las fábricas y ya ahí comienza con la cochería Londres. Empezó a vender lotes, para poder pagar el empedrado, vendió el terreno al lado de donde el vivía y el comprador fue el Sr. Juan Minnard y él hace la edificación del Club Social.

¹ Monlijos del Camino no ha sido hallado, quizá la autora se refiere a Montejos del Camino, localidad muy cercana a la ciudad de León, pertenece al ayuntamiento de Valverde de la Virgen (N.E.).



Manuel Fernández, (1861–1935), protagonista de esta historia

La fundación de la Cochería Londres, se realiza en el año 1903 y ya estaba casado, con la hija mayor de Lorenzo Argonz y María Sorozábal, que se llamaba Fermina Susana Argonz (que era una descendiente vasca, muy hermosa, era mi abuela y madrina, hay foto de ella en el Museo, que yo nunca la había visto). De este matrimonio nacieron diez hijos que son: Escolástico, Inés, Ricarda, Gregoria, Dominga, Manuel, Carmen, Justo, Secundino y Rómulo Fernández.

En el año 1905 se funda almacén “La Unión” en la esquina, donde actualmente vive la Sra. Chochola

Sillero de Inés. La firma estaba formada de la siguiente manera: Fernández, Pozos y Castro. Al tiempo se retira Manuel Fernández y hace otra sociedad “Pozos y Castro”; y en 1924 se conforma de la siguiente manera: Mariano Fernández y Ramón Castro siempre estando la cochería, pero él no integra más ninguna firma.

Todos trabajaban en la Cochería, las mujeres en la casa grande y cada cual con su tarea. Aparte tenía la “Quinta Las Mostazas”, con venta de nafta, creo que fue el primer surtidor sobre la ruta. Ahí se vendían gasolinas, alpargatas, galletas, vino de bordalesa y además comestibles. A la tarde después de las tareas, se juntaban a jugar a las cartas los vecinos como Claverie, Miajas, Chapital, los Duch y algunos más; no había luz eléctrica, se alumbraban con faroles. Actualmente la propiedad es de Cátalo, pero tuvo otros dueños, incluso el DI. Mosovich. Es un lugar muy hermoso, nosotros nos criamos ahí,

y después vinimos a Dorrego y vivíamos en la Av. Roca, al lado de Teté y Clotilde Pozzi.

Se trabajaba, ya que era todo a tracción y había seis padrillos², tenían caballerizas, que se limpiaban continuamente, todos los días a la seis de la mañana. Salían con una chata grande, hecha por la familia Valdivia. El recorrido que hacían era de aquí a las “Mostazas” ida y vuelta, otros días pasando por el Matadero.

Los entierros de lujo o categoría eran de cuatro caballos y los más simples de dos. Recuerdo que la calle el Indio era todo tierra, todavía me parece ver a mi padre en el pescante. No era nada cuando los días eran buenos, pero cuando venían los días de lluvia, tenían sus capotes y botas de goma y la gorra que usaban tenían su funda. Nosotros, si queríamos una moneda, que era mucho pedir, nos sacaban unos caballetes al patio y ponían todos los aperos, que eran de cuero, pero mucho bronce; con lo que nos pagaban íbamos al cine. Con el tiempo se motorizó todo.

Mi abuelo falleció el 15 de Mayo de 1935, a los 74 años, de una neoplasia³ (*sic*) de estómago-Dialdes (*sic*). Queda mi abuela con sus 63 años, con diez hijos. Y la firma pasa a ser Fermina Argonz, Vda. de Fernández e Hijos. A los pocos años se retira y sus hijos le compran una casa, que vivió la familia Sierra, situada en calle Echeverría.

Fallece el 10 de Diciembre de 1947 a la edad de 74 años. La firma pasa a ser Fernández Hnos. Pasa el tiempo y empiezan a pedir sus partes, que corresponden a cada uno, y quedaron dos: Escolástico y Manuel Fernández, hasta que en 1960 la compra Francisco Lavios.

Dejo sentado con mucho cariño, cómo se formó la historia de esta familia. Sólo quedamos nietas y nietos. Esta es una manera de recordarlos, tanto a los bisabuelos como los abuelos, que aportaron a la formación de este pueblo.

² Caballo semental (N.E.)

³ Quizá por neoplasia, tumor de estómago (N.E.).

Vivencias de un emigrante zamorano

Juan Fernández de la Iglesia

Transcurrían los primeros meses del año 1923 con mis padres en el pueblo de Castillo de Alba (Zamora). Mis padres habían salido de una situación judicial, en la que habían perdido gran parte de sus bienes, por cuya causa se les empezaba a hacer difícil criar y educar a sus hijos como ellos lo deseaban. Ante esta situación, mi madre, que era una castellana de carácter y muy trabajadora, viendo la mala situación en que habían quedado, le insistió a mi padre a inmigrar a América. En principio eran los Estados Unidos el destino; pero, cuando en Vigo comenzaron los trámites, a mi padre el Consulado no le daba la visa (*sic*) por no haber hecho el servicio militar, pues mi abuelo había pagado al soldado,¹ por lo tanto, dada su edad, aún está (*sic*) bajo bandera.

La ida a Estados Unidos era sin llevarme a mí, pues a ese país era muy caro el viaje y tenía muchos requisitos. Por lo tanto, decidió mi madre volver a buscarme a mí, que quedaba con una tía hermana de mi padre que estaba en otro pueblo. Cambiaron de destino y decidieron viajar a Argentina y también traerme a mí. Volvieron de Vigo, ya la familia completa, o sea mis padres una hermana menor y yo, el día 19 de junio.

Salimos de Vigo y era el año 1923, después de 25 días llegamos al Puerto de Buenos Aires (RA), desembarcamos el 14 de julio. Por la fecha yo les digo a algunos amigos en broma que los franceses tomaron la Bastilla y yo tomé Buenos Aires. El viaje para un chico de 5 años, naturalmente, no tenía mayor trascendencia, pero en mi caso fue al que le quedó muy grabado, pues a un

¹ El editor supone que el autor se refiere a la redención del servicio militar mediante dinero, vigente en el momento (N.E.).

oficial del barco, que era el Ghotá Alemán le había resultado ser simpático y todos los días me venía a buscar para estar con él y almorzaba con los oficiales. Zonas difíciles pasamos al llegar al Golfo de Santa Catalina en las costas de Brasil. Ahí se desencadenó un temporal muy fuerte que dejó al barco sin motores y a la deriva durante 4 días, era tal el desorden que me produjo un estado de amnesia que me hizo olvidar todo lo vivido antes. Sí recuerdo lo descrito antes y además recuerdo que cuando ya se estaba normalizando la situación, aunque no dejaban salir a nadie a la cubierta, el oficial me vino a buscar y salimos, pero al momento vino una ola grande que nos dejó mojados totalmente, así que me llevó a la sala de máquinas para secarnos, allí me quedó grabada la imagen del fuego que usaban para las calderas.

Ese día 14 de julio de 1923 comenzaba una nueva vida para toda una familia, primero nos llevaron a las Oficinas de Inmigración donde nos identificaron y nos tomaron el destino a donde nos dirigíamos. Completados estos datos pasamos al Hotel de Inmigrantes, donde estuvimos, creo haberle escuchado a mi madre, unos 5 ó 6 días hasta organizar cómo llegar a destino.

Mi padre tenía un primo hermano en un pueblo llamado Espigas y allí nos dirigimos en ferrocarril, mi padre no le había comunicado nuestra llegada. Está en el Centro de la Pera de B. Aires, a unos 300 km de la capital. Desde el Hotel de Inmigrantes nos acompaña una persona hasta el tren un día a la mañana, así que llegaríamos cerca de las 2 de la tarde un día frío y lluvioso. Cuando bajamos, nos encontramos que al salir de la estación había una gran tienda (que nosotros llamamos Almacén de Ramos Generales) y lo demás era un pueblo muy rico. Mis padres, con lo poco que traían, se acercaron a dicha tienda y la preguntaron a las personas que había en ese momento si conocían al Sr. Tomás Fernández. Todos dijeron que sí, pero que su casa estaba en el campo donde trabajaba, en la hacienda de una familia muy adinerada de la capital.

Una de las personas se ofreció para llevarnos, de modo que en pocos minutos apareció con un transporte con dos caballos, se trató de una chata² de 4 ruedas sin barandas, llamada chata rusa. En ese momento llovía mucho, nos hicieron subir y nos taparon con una lona impermeable para que no nos mojáramos. De aquí es más no sabíamos a donde nos llevaban. Después de una hora de caminar llegamos a la casa del campo donde trabajaba el tío Tomás. Nos recibía la esposa pues el tío estaba en cama afectado de gripe, una enfermedad muy común en invierno.

² Carreta (N.E.)

Como la esposa del tío no nos conocía y tampoco mis padres le habían informado que vendrían de España, no nos hizo bajar hasta que no le dijo al esposo que allí llegaba un tal José Fernández, primo suyo y que quería verlo y hablar con él. Muy sorprendido el tío Tomás le dijo a la esposa, “no puede ser, porque el tío Ángel que era mi abuelo, que tenía mucho dinero en España” y le parecía imposible que un hijo de él estuviera ahí con su familia, “pero hacerlo pasar y veremos”. Así que bajó mi padre de la chata y ¡oh gran sorpresa! cuando se encontraron de frente, el tío no lo podría creer pero era cierto, así que ordenó que nos bajáramos y allí nos prepararon lo necesario para estar hasta que mis padres se orientaron de lo que podían hacer para ganarse el pan de cada día y enviarnos a mí y a mi hermana María que es tres años menor.

Instalados allí mis padres, trataban de organizar como comenzar de nuevo sus vidas, y para mí era una cosa de lo normal, me encontré con que tenía aquí dos primos con quien jugar y pasarlo bien entretenido viendo las vacas, ovejas y cerdos, que había muchos. También en la casa había un granero con mucho maíz que una de las paredes era de alambre tejido, que tenía una pequeña rotura por donde entraban palomas de monte que había muchas en un pequeño monte que rodeaba la casa. Para mi primo Tomás eso era normal, para mí era algo importante, porque esperaba que hubieran entrado muchas, y yo corriendo me metía por la puerta y agarraba varias. Era un hermoso premio para mí, las metía en una jaula grande que tenían vacía y les daba de comer y agua. Pero eso no le gustaba al primo Tomasito, así que cuando yo no lo veía las soltaba. Por esta causa se armaba cada pelea y yo le daba unos buenos golpes. Esta situación la ponía muy mal e incómoda a mi madre.

Como pasaban los días y mi padre no conseguía dónde trabajar, decidieron llegarse hasta la ciudad de Bahía Blanca, que está a unos 380 km más al sur. En esta ciudad tenían dos direcciones de primos que aquí vivían uno de mi madre y otro de mi padre.

Conversado el problema con el tío Tomás, en pocos días más tomamos el tren para Bahía Blanca, después de más de cinco horas de viaje llegamos. Durante el viaje decidieron ir a la casa de los primos de mi madre que estaban más cerca de la estación del ferrocarril, o sea a unas ocho cuadras y a tres de la Plaza Central. Aquí, como en el caso anterior, también llegamos de sorpresa. Este primo de mi madre tenía dos hijos y trabajaba con un carro grande haciendo transportes de mercaderías, el hijo varón era unos 8 años mayor que yo así que aquí no tenía problemas, además como era en la ciudad, había poco espacio para andar. Estuvimos pocos días pues mi padre se puso en comunicación con un primo suyo que tenía la casa en una zona rural a las afueras de la ciudad donde había una pequeña colonia de españoles que, como

él, se dedicaban ha la producción de leche con un tambo³ como se lo llama aquí. Además criaban gallinas y cerdos para su consumo y para vender.

El primo tenía un carro con el que vendía su producción de leche en los domicilios de la ciudad (un reparto de leche como se lo *(sic)* llamaba aquí, hace muchos años que no hay más). El lugar se llamaba Villa Italia y así se sigue llamando, pero ligado a la ciudad pues la edificaron unas 15 cuadras más adelante. Ahí nos consiguió una casa para la familia bastante amplia y un gran patio, así que mi madre comenzó a criar pollos para el consumo. Como cerca de allí se había iniciado la construcción de un hospital grande, mi padre se presentó a pedir empleo y lo consiguió, claro era un trabajo al que el no estaba acostumbrado, pues era bastante rudo, pero no había otro remedio que aceptarlo para poder criar a los hijos. Era difícil la situación pues se encontraron con un país con costumbres distintas, pero también mi madre trataba de hacer algunos trabajos para ayudar, puesto que el salario que le pagaban a mi padre era poco.

Como en esa Villa Rural no había escuela primaria, un maestro español que había emigrado por razones políticas estaba dando clase a los presos en la cárcel que hay en esta ciudad y enterado que en ese lugar había bastantes chicos que no podían estudiar, decidió pedir a las Autoridades de la Educación autorización para poder crear una escuela a lo que accedieron, de modo que con un pequeño carruaje que aquí se lo llama Sulky comenzó a recorrer la zona anotando chicos para la escuela y le faltaba uno para completar el número que le exigían. Se enteró que había llegado una familia de España con un chico, así que se presentó en casa y le dijo a mi madre que venía para anotarme como alumno pues necesitaba un alumno más, para poder poner en funciones la escuela, pues tenían que ser 28 y sólo tenía 27, esta cantidad entre primer y segundo grado.

Esto sucedía en los últimos días de Septiembre y yo todavía no había cumplido los 6 años, a lo que mi madre le dijo: “pero es que el niño es muy pequeño”. En realidad tenía razón pues en esos años para ingresar a la enseñanza primaria tenía que tener 8 años o más de 7 y medio años. El maestro le dijo: “no importa, Usted me da la partida de nacimiento y yo la arreglo porque si no, no puedo abrir el Colegio”. Naturalmente, mi madre accedió ante tal pedido. Así las cosas el día 6 de Marzo de 1924 empezaron las clases en una casa nueva a unas 10 cuadras o sea 1.000 mts, que había sido construida por un constructor italiano, con 2 salones en la planta baja y casa de familia en la planta alta a unos 350 metros del arroyo que cruza la ciudad.

³ Establecimiento ganadero destinado al ordeño de vacas y a la venta de su leche (N.E.).

Estaba en unos terrenos muy bajos, y cuando llovía mucho se inundaban, así que le hizo un relleno de tierra como de 1, 5 m. para que el agua no entrara en la edificación. Como digo más arriba, el día 6 de Marzo comenzamos a estudiar pero hubo una sorpresa muy importante. Como los pupitres para sentarnos a estudiar no habían llegado, el maestro para que no perdiéramos días de estudio consiguió unos fardos de pasto (atados) para asiento y de mesa para escribir puso unos tablones grandes que habían sido usados para la construcción.

Así estuvimos unos 15 días hasta que llegaron los pupitres nuevos y nosotros lógicamente muy contentos con el estreno. Hasta aquí la situación no había cambiado mucho, pues dada mi edad y como el idioma era el mismo, me adapté de inmediato a las costumbres de los demás chicos, pero había 3 que eran italianos y los pobres lo pasaban bastante mal, especialmente el más chico que tenía casi 2 años más que yo y no se adaptaba a nosotros. Casi llegando a fin de año ya se estaba integrando especialmente conmigo, pues éramos los dos más chicos de la clase. También para estas fechas la familia del maestro pasó a ocupar la parte alta del edificio, se componía del matrimonio un hijo e hija, el varón al año siguiente comenzó a estudiar con nosotros. Una de las curiosidades que me acuerdo era que cada 6 meses venía un inspector y a mi el maestro me retiraba de la clase y me enviaba a su casa arriba, por temor a que el inspector se diera cuenta de que no tenía la edad escolar requerida. Lo recuerdo como si fuera ahora, pues yo siempre traté de verlo, era un señor moreno con cara de indio. Además lo vi después en los grados más adelante. Como en esta escuela no había más que 1º y 2º grado, al pasar a 3º el maestro habló con mi madre y le dijo que tenía que ir a otra escuela que estaba como a unas 15 cuadras de allí, pero que él me iba a anotar junto con otros chicos más. Al año siguiente ya éramos 5 los que fuimos a la otra escuela en la que se dictaba hasta el 6º grado final de la primaria, el maestro nos anotó en la mejor escuela que había entonces en ese otro barrio

A partir de aquí todos los días nos reuníamos en el lugar que fijamos para encontrarnos e ir juntos. Fueron 4 años bastante difíciles porque en la mayor parte del trayecto no había luz en la calle y a partir de mayo y hasta el mes de agosto teníamos que andar de noche casi hasta llegar a la escuela.

Como yo era estudioso pasé con muy buenas notas todos los años. Pero en las vacaciones siempre traté de hacer algo para ayudar a mis padres a llevar mejor la familia pues había nacido aquí otra hermana, así que la menor es argentina. Para esto ya mis padres habían comprado una modesta casa que había construido otro español, que la vendía pues se mudaba a otra ciudad. Era muy simple, pero tenía un terreno bastante grande, así que se hizo un corral para criar cerdos y un gallinero que lo atendía mi mamá. Por lo tanto, a partir de aquí todos los inviernos se hacía la carnada. Se faenaban 2 cerdos para el

consumo y se hacían morcillas y chorizos al estilo español que aquí son muy estirados inclusive.

Terminado el 6º grado con notas buenas, lo suficiente como para poder ingresar al Colegio Secundario donde después de 5 años aprobados se podía ingresar a la Universidad. Como yo sólo tenía la partida de nacimiento como documento, tuve que pedir una partida nueva a España que fuera legalizada ante el Ministerio de Relaciones Exteriores, y al controlarlo lógicamente venía con la edad real muy diferente a la que tenía el otro documento. Como la edad que debía tener de acuerdo a la ley era de 15 años para ingresar a la Escuela de Comercio de nivel Secundario, que estaba a unas 4 cuadras en el centro de la ciudad (cada cuadra son 100 m.) y después de cumplimentar apellido (*sic*) Cornejo con cierto origen indio y nacido en la provincia de San Juan.

Ya en presencia de él me lleve la gran sorpresa, me dijo: “Ud. no se puede inscribir porque no tiene la edad que fija la ley que menciona en párrafos anteriores pues Ud tiene 13 años y debería tener 15 para poder inscribirse”. Muy enojado yo y presentándole la libreta de notas correspondiente que tenía y que me habilitaba para poder anotarme, le dije que eso era una barbaridad a lo que me contestó: “será lo que Ud. dice pero es la ley, así que, por favor, retírese”.

Para mi eso fue una gran decisión y me produjo una gran tristeza por dos razones: la primera por no poder cumplir con mis deseos y la segunda porque mi mamá, cuando le pedí si podía seguir estudiando, me dijo que si yo quería seguir estudiando ella estaba dispuesta ha hacer todos los sacrificios necesarios para que yo pudiera estudiar. A partir de esta situación se abrió un nuevo panorama en mi vida. Porque a pesar de que mi papá había entrado a trabajar en el ferrocarril que venía de la ciudad de Rosario a unos 850 Km de distancia y era de una empresa francesa, todo esto transcurría en el año 1930 y había muchos desocupados (parados como dicen Uds.) y los sueldos eran muy bajos, solo le pagaban 60 pesos por mes y una familia tipo como la que éramos nosotros necesitaba por lo menos \$110 para sobrevivir.

Ante este panorama no quedaba otra alternativa que salir a trabajar y, como digo al principio, en el lugar donde vivíamos había varios centros de producción lechera, así que empecé a trabajar en uno cuyo dueño se llamaba Antonio González, que también era español. El sueldo no era mucho pero ayudaba porque además del sueldo comía con ellos. De este modo fueron pasando los años y antes de yo cumplir los 18 años mi padre se accidentó y se quebró una pierna de manera que no pudo volver a trabajar y lo jubilaron. En ese mismo año el hijo del primo de mi mamá que fue en la casa que estuvimos cuando llegamos aquí, como digo al principio de esta nota, me consiguió un trabajo en un negocio de bazar en el centro de la ciudad frente a la Plaza Central que era de un español de la región vasca.

Entré a ganar un sueldo bastante mejor, el doble que el que ganaba mi padre. Para mí fue una gran alegría pues de esta manera se me abrían las puertas para cumplir con la idea a la que nunca había renunciado poder estudiar Contabilidad pues el comercio era mi meta.

A mi papá los médicos le diagnosticaron que no podía volver a trabajar de tal modo que de acuerdo a la ley lo indemnizaron con la suma de 1.550.— pesos. Para movilizarme, había comprado una bicicleta y era el medio con el que iba al trabajo, y también en el empleo llevaba los envíos de las compras que se enviaban a domicilio en el comercio que trabajaba.

En una de las calles que yo pasaba todos los días pusieron un cartel que decía “vendemos esta casa”, por medio de un sistema de remate. A mí me gustó pues el precio de venta estaba al alcance del dinero que había recibido mi padre por la indemnización. En el cartel decía el nombre del profesional que haría el remate y, naturalmente, la base en que salía la venta. Como este señor escribano era asiduo concurrente al comercio en el que yo trabajaba, decidí entrevistarle y exponerle mis deseos de comprar esa casa y además las causas y el problema que tenía al haberse accidentado mi papá, nos era necesario estar más cerca de los sitios de atención médica. Como se trataba de una persona muy atenta y comprensiva me dijo, después de conversar un momento, que fuera al remate, pues haría todo lo posible para que yo fuera el comprador, claro está, a nombre de mis padres. Para esto yo no les había dicho nada a ellos para no ilusionarlos en vano. Como vi la posibilidad de comprarla, le dije a mi mamá cómo había tratado el asunto y dónde estaba la casa, además que teníamos que tratar de mudarnos más al centro de la ciudad. De este modo estuvimos conversándolo varios días y a mi mamá le pareció bien, después de haber ido conmigo a ver la casa y también le gustó por lo tanto quedamos de acuerdo en comprarla.

Tres días antes del remate hablé de nuevo con el escribano que la remataba y me recomendó que fuera e hiciera rápido una oferta superior a la base y que después siguiera haciendo ofertas pequeñas, pues la gente iba a ser una persona que era menor de edad y difícilmente sería un competidor serio, de esta forma siguió la disputa de manera tal que llegué con la oferta al valor que habíamos y bajó el martillo adjudicándome la compra, fue una gentileza de la que quedé agradecido toda mi vida.

Como la casa estaba alquilada tuvimos que esperar un corto tiempo hasta que las personas que la ocupaban la dejaron. Las personas comprendieron nuestra situación y la dejaron rápido y a los 3 meses más o menos la pudimos ocupar, no sin antes agrandarle en parte pues nosotros éramos 5 y nos resultaba chica, con el material de la otra casa que desarmamos seguimos construyendo hasta hacerla cómoda.

Con solo 18 años para mí esto resultó un gran alcance en los planes a futuro, y de inmediato resolví inscribirme en una Escuela de Enseñanza a Distancia, se llamaba Escuelas Profesionales Argentinas, de la capital, así que estudié 3 años en un curso de tenedor de libros (Hoy es Técnico Contable). Estudié 2 horas diarias después de llegar del trabajo hasta aprobar el curso.

En el nuevo barrio hay un club, a los pocos días me llamaron para conversar conmigo y para pedirme que me hiciera cargo de la secretaría de la Biblioteca que se inauguraría en el nuevo local que ocuparía el club dentro de pocos días. Como yo iba a estudiar le acepté solo si la podía atender los sábados a la tarde y parte del domingo que tenía libres y en eso quedamos de acuerdo. Cuando ocupamos el local me encontré con un salón de Biblioteca nueva muy bueno pero con 15.020 ejemplares solamente, de modo que de inmediato comencé la tarea de tratar de llenar los estantes de libros, culturales y para estudio de los chicos que iban a la Escuela. Tomé la guía telefónica y comencé a buscar las direcciones de las editoriales que todas estaban en la capital. Anotadas las direcciones, tomo la máquina de escribir y le mandé cartas a todas, explicándole que se trataba de un barrio pobre y necesitaba la colaboración de ellos para así cumplir con mis deseos de acercar la cultura a la mayor cantidad de personas.

Mis aspiraciones, por suerte, se cumplieron con creces, pues a los siete meses ya tenía más del 50% de los estantes cubiertos de libros debidamente clasificados. Esta tarea la cumplió el secretario rentado que tenía el club siempre bajo mi orden y supervisión.

Esta parte se estaba cumpliendo a satisfacción pero, a medida que pasaba el tiempo, empezó a madurar en mi cabeza la idea de hacer actos culturales. Para esto ya habían pasado más de 2 años, así que ya había yo cumplido los 21 años y en el club se había elegido un nuevo Presidente, que era de origen judío-alemán. Como era más afín con mis ideas, rápidamente desarrollamos una gran amistad, también se interesaba más que el anterior por los temas culturales que yo le comentaba. Uno de esos tantos días que conversamos de temas generales, le propuse la realización de actos culturales, puesto que la sede del club tenía un muy buen salón que se adaptaba perfectamente para estos actos.

En principio estuvo algo en duda pues parecía que en el barrio no había mucho ambiente para este tipo de eventos, no obstante yo le contesté, con el optimismo y empuje de joven que tenía, “si no probamos nunca no vamos a saber si la gente se interesa o no”. Después de un momento de meditación me dijo: “Bueno sí, pero ¿con qué tema empezamos?”, a lo que le contesté: “de eso me encargo yo. El primer tema será cómo se debe educar a los hijos que van a la escuela y para ese tema ya sé de la persona que tengo plena seguridad que nos va a hacer quedar bien”. Le expliqué que se trataba del maestro

que había tenido en primer y segundo grado, el maestro Fuentes Urías, que cito al comienzo de la nota, puesto que era uno de los mejores oradores y pedagogos de la región y muy solicitado. Hechas las explicaciones del caso, me contestó: “acepto, pero todo queda a tu cargo y bajo tu responsabilidad.” A partir de la aceptación, de inmediato me puse en marcha y a los pocos días me entrevisté con mi maestro, le propuse hacer un acto en el Club Villa Mitre y de inmediato me aceptó, así que le pedí una fecha que debía ser por lo menos unos 40 ó 45 días a partir de ahora, para tener tiempo suficiente para hacer carteles anunciando el acto, la fecha dentro de ese plazo la acordé con el presidente.

Fijada la fecha, comenzamos a hacer la propaganda del mencionado acto. Grande fue la sorpresa porque había muchos escépticos, pero el tiempo se encargó de convencerlos que no estaban en lo cierto sus dudas. A medida que pasaban los días eran más las madres con chicos que me paraban para preguntarme de qué se trataba y en pocas palabras les contestaba: “es sobre la educación, algo muy importante que aquí nunca se había hecho, así que las espero para que se enteren de palabra del orador de cómo actuar”. Fueron pasando los días y en la fecha fijada estaba todo organizado y en orden, pero la sorpresa mayor fue al ver que la capacidad del local había sido totalmente cubierta y hubo gente parada en los pasillos.

Hasta aquí todo muy bien, pero mi temor estaba en cuanto al comportamiento de los asistentes durante el acto. A la hora fijada me presenté en el palco para presentar al orador y ante un silencio total comenzó la conferencia. Fue tan educativa e ilustrativa que durante una hora y media el público le prestó gran atención y reinó un silencio total. A esta altura de los acontecimientos consideramos que ya se había cumplido el objetivo con cruces, así que le hice seña al orador que tratara de finalizar la razón a aplaudir parándose todos y aplaudiendo durante 5 minutos. Ante el gran éxito obtenido realizamos un segundo acto, éste referente a la medicina para lo cual me contacté con un médico con el cual me unía una buena amistad y le planteé los mismos deseos que al maestro, de inmediato me aceptó, así que unos 3 meses después hicimos el acto que tubo el mismo éxito que el año anterior, en total culturales con el mismo éxito todos.

Al margen de toda esta actividad mi estudio de Contabilidad marchó muy bien de modo que después de 3 años aprobé y me fue otorgado el diploma de Tenedor de Libros el día 15 de Diciembre de 1938. A partir de aquí tuve más libertad para actuar en el club. Se formó una comisión de cultura que también organizaba actos de otro orden, formándose además un conjunto teatral que hacia funciones periódicamente. Así fue pasando el tiempo, pero como yo pretendía ganar mejor sueldo, se lo hice saber a mi patrón. Este me hizo saber que no era posible acceder a mi pedido, por lo tanto me propuse buscar dónde

ganar más. Fue así que conseguí trabajo en otra empresa mayor, así que me cambié de empleador, pero siempre en el mismo ramo o sea bazar. Este nuevo patrón era inglés y así se llamaba el comercio, “Almacén y Bazar Inglés” que estaba a una cuadra del anterior.

Después del primer año este señor inglés me prometió nombrarme habilitado, cuyo punto me daría una participación en la ganancia que arrojara el balance (además del sueldo). En este comercio había varios empleados en las mismas condiciones, de tal modo yo pasaría a ser uno más. Pasó el segundo año pero no me cumplió lo prometido a pesar de tener un balance muy positivo. Fueron pasando los meses sin que nada de lo prometido se cumpliera, en ese ínterin apareció una Empresa Comercial de la Ciudad de Buenos Aires, publicando un aviso, que necesitaban empleados para instalar una sucursal en esta ciudad. Daban la dirección donde había que entrevistar a la persona que representaba a la empresa. Como yo pensaba que de acuerdo a mi preparación comercial debía ganar más, me presenté para anotarme como posible empleado preguntando cuál sería la remuneración en caso de tomarme. Era bastante mayor que la que estaba percibiendo. Me tomaron de donde estaba y había estado empleado mis datos personales, así que solo tenía que esperar si les interesaba y me llamaban. A los 15 días recibí la información que habían aceptado mi solicitud y que me presentara en la dirección donde se instalaría la nueva sucursal cuyo nombre sería Pedro Bignoli e Hijos S.A.

Ante esta nueva situación, hablé con el gerente donde trabajaba y lo impuse (*sic*) de la noticia de que dejaba de trabajar dentro de los 30 días a partir ese día. Cuando el gerente se lo informó a “Inglés”, como nosotros le decíamos, se enojó mucho y me dijo que no me podía ir, porque debía pedir el retiro con más tiempo de anticipación como marcaba la ley y yo le conteste que no sé si lo marca la ley, pero que sí lo que se promete se debe cumplir; Ud. me prometió habilitarme y no cumplió, pues por este motivo es que resolví tomar el empleo en otra empresa, a la que le di mi palabra y aunque ETD me ofrezca lo prometido o más sueldo no hay marcha atrás, así que hasta el día que le informé trabajo, a partir de ahí haga lo que quiera pero yo me voy.

A los 3 ó 4 días me llamó a su escritorio y me comunicó que me podía retirar el día dispuesto por mí, porque había sido un buen empleado y me deseaba mucha suerte. Para la inauguración de la sucursal vinieron dos de los dueños y el gerente general que era un español natural de Cataluña, además era el que tenía la manija⁴ de todo, pues había sacado del pago a la empresa, que sin él unos años antes había estado al borde de la quiebra.

⁴ Mango de un instrumento o utensilio. Usado en sentido figurado (N.E.)

Así fueron pasando los años. Empecé de novio con la que hasta ahora es mi mujer. Nos conocimos en un baile y allí comenzó nuestra relación y a los 3 años nos casamos, es también de madre zamorana y padre salmantino. Ya casados, nos fuimos a vivir a un apartamento al centro de la ciudad a 2 cuadras del trabajo. De esta unión nacieron 2 niñas: la mayor, llamada Marta Alicia y, la menor, Graciela Beatriz (las dos tienen la nacionalidad española). Pero también aquí empezaba la gran responsabilidad de todo buen padre que es darle la mejor y mayor educación. A medida que fue pasando el tiempo se fueron produciendo muchos acontecimientos. Se cambiaron varios gerentes pues los que venían de la capital no se acostumbraban a una ciudad más chica y con otro ritmo de vida, a raíz de esto nombraron un gerente de esta ciudad, que ejercía la Subgerencia. El gerente General que había venido a ver la sucursal, para informarse de la situación, me citó a la oficina ofreciéndome el puesto de Sub-gerente que en cierto modo ya me lo había insinuado en un viaje que yo había hecho a la capital a la Casa Central, de este modo los dos máximos responsables eran de esta ciudad. De acuerdo a lo expresado por este señor, creía que yo era la persona indicada para el puesto, pues mi condición de perito contable y habiéndome criado aquí, era muy conocedor del movimiento comercial. Acepté el nombramiento convencido de estar apto para ejercerlo con la mayor eficacia. Esto fue en el año 1949 y a partir de aquí comencé a pensar en construirme la casa propia, porque mi situación salarial había mejorado mucho y me daba para hacerla. Lo primero fue comprar el lote de terreno y después comenzar los trámites para conseguir un préstamo del Banco Hipotecario que se demoró bastante. El lote estaba en el sector céntrico a unas 10 cuadras del centro.

Para esto ya habían pasado 3 años más y mi hija la mayor comenzó a ir a la escuela y 3 años más tarde también la otra. Como a mí me interesaba que tuvieran la mayor cultura posible, las anoté con una profesora de piano. Siempre de acuerdo con ellas les fue muy bien tanto en el curso escolar como en el piano. Tan estudiosas fueron que se diplomaron en piano como profesoras y en la escuela se recibieron de maestras. Habiendo comprado el lote y recibido el crédito del Banco, se contrató un constructor y se comenzó a hacer la casa de modo que para el año 1954 ya estaba construida y lista para habitar de modo que nos mudamos al nuevo hogar.

Ahora había que pensar en pagar todos los meses la correspondiente cuota del crédito. Hasta aquí todo bien, pero con el transcurso del tiempo en el empleo la situación de las relaciones con el gerente se fueron deteriorando, por una cuestión de celos, ya que las empleadas ante cualquier duda me consultaban siempre a mí porque creían tener una mejor orientación. Así la situación, el gerente se quejó a la dirección de la empresa sin que nadie lo supiera. Transcurría el año 1956 y de improviso aparecieron los directores

en la sucursal. Me llamaron a reunión en una de las oficinas y comenzaron a hacerme muchas preguntas sobre la marcha de la sucursal y la relación del personal, al que le informe que a mi juicio era bueno.

Así terminó la entrevista y a los 2 días después, me informaron que debido a quejas del gerente iban a prescindir de mis servicios, a lo cual yo no me opuse, pues ya tenía la idea de empezar a trabajar por mi cuenta creando una “Pime” de comercialización de artículos del ramo en el que me había desenvuelto siempre. Así que en el mes de Noviembre del año citado más arriba me pagaron la indemnización cesando en mis funciones. De inmediato me entregué a la formación de mi nueva actividad por cuenta propia;

Sin demorar nada, ya se venían las fiestas de fin de año, viajé a Buenos Aires, Capital y Gran Buenos Aires, que era donde estaban las Industrias de los artículos que yo quería comerciar. Lo que yo quería comunicar, resolví hacerlo como distribuidor mayorista, de ese modo lo traté con las Industriales que visité. Había algunos representantes de estas industrias que me conocían y me dieron una buena mano al informar de mi seriedad y corrección en mi trayectoria. Uno de ellos era español y el otro alemán que fueron los que más me ayudaron. Efectué las compras y rápidamente empezó a llegar la mercadería, en ese pequeño tiempo hice construir un depósito en mi propiedad, que además de la vivienda quedaba mucho terreno libre de tal modo que el depósito se fue ampliando a medida que la actividad crecía. Como se pueden imaginar. Todo comienzo es duro, tenía que visitar comercios de venta al público y hacerlos como clientes.

No obstante estas dificultades debo decir que me fue muy bien, puesto que al cabo de un año ya tenía más de cincuenta clientes fijos para abastecer y la venta iba muy bien, así continuó durante dos o tres años más hasta que llegué a tener más de 100 clientes para atender, como era una empresa familiar, mi esposa y las hijas fueron también unas piezas clave en el éxito pues su colaboración fue extraordinaria.

Las hijas terminaron el secundario recibiendo de maestras, pero me dijeron que iban a seguir sus estudios en la universidad esto me dio una gran alegría y más fuerzas para solventar los gastos que seguramente iban a incrementar. La mayor se inscribió en la universidad que funciona en esta ciudad en la carrera de Geografía. Para darle mejor posibilidades de estudio le compré una enciclopedia de geografía de 15 volúmenes de España. Y la menor decidió estudiar Medicina. Como esa materia no se dictaba aquí, a los 18 años se fue a inscribir a la Universidad de Buenos Aires que es la más importante del país, esto sí me resultó bastante costoso y preocupante, pues fue un periodo de situaciones políticas muy complicadas y aún peor para la juventud, pero yo tenía plena confianza en ella y sabía que no me iba a defraudar.

Así fue como la mayor se recibió de profesora en Geografía y la menor de Medicina, cursando después la especialidad de Cardióloga en Pediatría. En cuanto a la mayor, siguió la suerte de su padre: pasó a ser una emigrante, pues se fue a Brasil hace 32 años y allí está, trabajó en una escuela en secundaria pero como profesora de Lengua Española y en este momento ya se encuentra jubilada.

Volviendo a la parte comercial, en las visitas que hacía a mis clientes uno de ellos me propuso fundar una empresa financiera, en principio le contesté que lo iba a estudiar pues yo ya tenía bastante trabajo. Esta persona que era muy buen cliente, me seguía insistiendo en la formación de la empresa a lo que le dije si no tenía otra persona conocida para iniciarla y me dijo que la persona indicada era yo, por mis conocimientos contables y comerciales y que era el que a él le inspiraba más confianza. Ante estos argumentos me convenció y después de planear la formación de la empresa, comenzamos a buscar socios para formar una Sociedad de Responsabilidad Limitada. Resolvimos invitar a comerciantes, conocidos y muy solventes de parte de él y míos en el término de 2 meses y se había conseguido la cantidad que habíamos convenido para fundarla con el capital estimado. A partir de aquí empezó otra gran responsabilidad, así que citamos para un día determinado en mi casa a la que concurren todos, algunos los conocí en el momento. Procedí a exponer los lineamientos (*sic*) y objetivos de la empresa en forma detallada como así también su pro y sus contra, así que después de unas 2 horas todos aceptaron las condiciones. Ya resuelta la fundación, para lo cual deberían tener la documentación correspondiente y aceptar todas las condiciones que ese fijaban en dicha acta y firmarla, pues después con este acta se debía hacer la escritura correspondiente ante un escribano de mi confianza, y se trataba de un español llamado Canceren y de origen catalán. Así a los 3 días después los cité con el acta ya redactada la que después de leída fue aprobada. Al día siguiente me entreviste con el escribano con el acta y todos los datos correspondientes para que me hiciera la escritura. Éste leyó el acta y controló todos los antecedentes y me prometió hacer la escritura lo antes posible.

De inmediato nos abarcamos (*sic*) a conseguir un local y se encontró uno en el sector donde este cliente que fue el gestor, así que lo alquilamos y procedimos a iniciar las actividades; nos reunimos para buscar el nombre con el que debíamos actuar y se decidió por mayoría ponerle “Custodia SR.” y así comenzamos la actividad el día 1 de marzo de 1961.

Pero antes de iniciar la actividad se hizo una reunión para nombrar quién ocuparía el puesto de gerente y el socio Pedro Sragnette que así se llamaba dijo el gerente tiene que ser el Sr. Fernández pues es el único de nosotros que tiene los estudios y conocimientos necesarios para dirigir la empresa. Acepté con la condición de tener plena libertad para administrarla y así se decidió.

Comenzamos con 2 empleados y yo que sólo iba 1 hora diaria para controlar el accionar de los empleados y cómo marchaba la actividad de la empresa. El primer año fue de hacerla conocer y así afianzarse en la plaza, esto fue muy bien pues cada vez teníamos más público, de tal modo que llegamos a tener 18 empleados. Como en la ciudad se habían creado varias financieras, se creó una cámara que las agrupara y que también entrarían en esta cámara 3 financieras de la ciudad de Punta Alta, que está a 27 km de B. Blanca. Hecha la reunión para llegar las autoridades, a mí me nombraron secretario de la misma. Como estas compañías de crédito eran tipo bancario el gobierno dictó un decreto obligándolas a inscribirse en el Banco Central y así hubo que hacerlo porque la que no cumpliera con los requisitos exigidos sería cerrada así que quedaron unas 7 en Bahía y 3 en Punta Alta.

Estuve ejerciendo la gerencia durante 10 años o sea hasta el año 1971, la empresa había crecido mucho y era una de las que tenía el mejor concepto de la ciudad y la región. En esta fecha le comuniqué a los socios que mi misión estaba ya cumplida y que se debía nombrar otro gerente pues yo me retiraría, así fue. En el mes de marzo del año citado anteriormente dejé la gerencia después de que en reunión de socios se decidió nombrar a otro gerente. Esta persona tuvo mayoría para ser nombrada, a pesar de mi oposición pues consideraba que no reunía las condiciones para ejercer el puesto por falta de conocimientos. Habiendo dejado de ejercer el puesto de gerente, organicé las cosas de mi negocio, pues estaba preparando el viaje a Zamora para visitar y conocer el lugar donde había nacido.

Terminados todos los trámites en el mes de mayo embarcamos con mi esposa y el auto que también llevé en el buque San Roque de la flota española de ultramar. Una vez embarcado, como yo no había tenido relaciones con la colectividad española, me llevé una gran sorpresa, pues creo que sólo yo era castellano de los viajeros, el resto eran gallegos cuya colectividad era y es muy numerosa el Bs. Aires Capital. Ahí comprobé la razón que tenía mi madre del concepto que tenía de los gallegos.

Veinte días después de un viaje muy bueno en cuanto al tiempo y además hicimos amistad con un matrimonio de Gral. Alvear de la Praia de Mendoza, con quien pasábamos todos los días pues tanto yo como mi esposa poco y nada podíamos hablar con los gallegos que solo hablaban de su pueblo y de Bs. Aires que era lo que conocían. Desembarcamos en Vigo y, cumplido el trámite, tuve que hacer el seguro contra todo riesgo para el coche, y partimos al centro de Vigo a tomar hotel, allí me encontré con un sacerdote que viajaba a San Sebastián a visitar los familiares. En la conversación me dijo que tenía un familiar en Bahía Blanca, pero que él estaba en Perú y pasó por Bahía a visitar al hermano y ahora a España que hacía como 15 años que no los veía. Esperaba que mis parientes estarían esperándome aquí en Vigo pero no han

venido, así que me tendré que ir en tren, aunque es un viaje bastante largo e incómodo.

Entonces yo le dije que iba para Avilés a la casa de una prima de mi esposa y si le quedaba mejor yo lo llevaría con el mayor gusto. Me aceptó. Si los familiares no venían al siguiente día saldríamos rumbo a Avilés. Como los familiares no llegaron cargamos todas las maletas en el auto y salimos visitando todos los lugares de Galicia que nos parecían dignos de ver. Así llegamos a Santiago de Compostela. Justo en el momento que iban a comenzar una misa, como era el año Compostelano pusieron en movimiento el “Botafumeiro”, para nosotros eso fue algo sensacional: ver semejante aparato esparciendo humo, nos parecía mentira lo que estábamos viendo. Terminada la misa comenzamos a recorrer la ciudad que es chica, así que pronto seguimos viaje rumbo al destino fijado. Llegamos a la tarde ya avanzada la hora no sin haber cruzado en la carretera con algunos carros tirados por bueyes y unas ruedas que a mi esposa y a mi nos llamaron poderosamente la atención: el contraste de esos carros milenarios, a la par de un auto como el nuestro nos parecía mentira pues en Argentina no los vimos en ninguna parte a pesar de haber viajado bastante. Dejé al sacerdote en la estación del ferrocarril despidiéndonos, hasta que varios días después trataríamos de vernos en San Sebastián, cosa que no fue posible pues los familiares nos informaron que había ido a visitar a la casa de una hermana y a partir de aquí perdimos todo contacto.

De inmediato buscamos la dirección de la prima de mi esposa que rápidamente la encontramos, y allí empezó la alegría del encuentro de dos primas hermanas, una nacida en España y otra en Argentina. Fue muy emocionante, así que estuvimos unos 7 días con ellos y visitamos muchos lugares importantes de la región incluyendo la Virgen de Covadonga, un hermoso lugar y muy importante para los asturianos. El esposo de esta prima tenía una industria de agua lavandina⁵ y tenía relación con dos ingenieros, que según me dijo tenían interés en conversar conmigo así que un día me los presentó. Me hacían preguntas de todo tipo sobre Argentina, a las que contesté, como ha sido siempre mi costumbre, pues Argentina la conozco tal vez mejor que muchos argentinos. Para su mejor información, les dije, les voy a hacer un mapa del país con sus divisiones políticas, con sus regiones, ríos y la flora y la fauna correspondiente por regiones. En un rato dicho mapa estaba confeccionado, fue algo que les llamó mucho la atención pues no podían creer que un español supiera tanto de Argentina a lo que el primo de dijo: “no, pero él está allí desde los 5 años, es como si fuera argentino pero no olvidó a España”.

⁵ Lejía, líquido para blanquear la ropa después de lavada (N.E.).

A los dos días de esta reunión continuamos viaje rumbo a San Sebastián, ciudad donde residía un tío de mi esposa, así que después de recorrer los altos Picos de Europa y pasar frente a Bilbao y otras ciudades antes, llegamos a San Sebastián. Una vez encontrada la casa, se repitieron los mismos actos de emoción que los anteriores. Omitía decir que estuvimos en Santander ciudad que me gustó mucho, sus buenas playas y el trato de su gente después de recorrerla y ver su centro, partimos hasta San Sebastián. Aquí estuvimos con la familia 4 días. Había 4 hijos de la prima ya grandes, así que visitamos los sitios más importantes de la ciudad e hicimos una excursión hasta la frontera con Francia en Irún, visitamos una marisquería algo muy novedoso para nosotros.

Cumplida la visita, partimos para Castilla en dirección a Burgos, salimos bien temprano así que antes de las 12 habíamos llegado a esta ciudad. Cuando llegamos a la meseta castellana para nosotros fue una alegría ver los campos llanos llenos de trigales con el agregado de las flores de amapolas, cosa que no hay en Argentina, nos quedamos 1 día más en Burgos. Visitamos la hermosa Catedral que tiene e hicimos un recorrido por toda la ciudad pues siempre yo me movía de acuerdo a los folletos de turismo.

Al día siguiente salimos para Madrid, donde también tenía primos mi esposa, pero aquí paramos en un hotel, y en primer lugar visitamos todos los puntos más importantes que son muchos y muy lindos. Hicimos una visita especial al Museo del Prado, pues a mi me interesaba mucho. Estuvimos entre siete y ocho días pues desde allí hicimos varias excursiones: una fue hasta el Valle de los Caídos, donde vimos la gigantesca Cruz de los Caídos y también visitamos El Escorial. Terminada la visita enfilamos el coche de vuelta a Madrid.

Otro día, salimos para visitar Toledo, otra hermosa ciudad de España, allí nos quedamos 2 días pues es todo historia. Hasta vi. algo que no sabía que existía, era el barrio de los judíos.

Terminada la visita a la mañana salimos en dirección a Ciudad Real, allí visitamos la réplica de los Palacios Reales y la ciudad que era chica, así que el día siguiente temprano salimos de vuelta a Madrid. Al día siguiente decidimos visitar a los familiares de mi esposa, la dirección nos la dieron los de San Sebastián así que llegamos de sorpresa, aunque sabían que estábamos en España porque los que nos dieron la dirección se lo habían dicho por teléfono. Nos quedamos dos días más para conversar con ellos y festejar por el encuentro, así nos despedimos y al día siguiente temprano salimos para Valladolid, ciudad a la que llegamos temprano y después de tomar el hotel salimos a caminar por la parte céntrica y hallamos la Exposición de los 500 años de la batalla de Lepanto, que se exhibía en un salón muy lindo, con todos los datos históricos de esta batalla, que a partir de allí cambiaría mucho el rumbo de la Historia mundial ya que con la derrota del Imperio turco, España pudo

pensar y hacer el viaje que en definitiva sería el descubrimiento del Nuevo Continente⁶. Estuvimos 2 días visitando los sitios históricos y los más importantes de la ciudad.

Una vez completada la visita salimos para Zamora que llegamos rápido pues están cerca, así que tomamos hotel y nos quedamos 2 días para visitar esta ciudad que aunque es pequeña tenía varias cosas para ver, por ejemplo su catedral con los tapices colgados y cuyos dibujos mostraban la Guerra de Troya, y el salón del Vía Crucis en carruajes hechos por artesanos zamoranos y con sus figuras de cera⁷ que parecían naturales realmente una hermosura.

De aquí nos fuimos a Fuentesauco a la casa de una tía de mi esposa, que sí sabían que iríamos, aunque no el día, así que de sorpresa en sorpresa, allí nos encontramos con bastantes familiares la tía hermana de la madre y varios primos. El pueblo es chico pero pasamos unos días muy lindos y de aquí nos fuimos a la casa de otra tía de mi esposa pero en Salamanca, ésta, de parte del padre. También lo pasamos bien unos 2 días, todos querían que nos quedáramos más pero era imposible pues el tiempo corría y yo tenía un plan de viaje a cumplir.

Cumplida esta visita ahí si había llegado la hora de visitar el pueblo donde yo había nacido, así que salimos para la ciudad de Zamora donde pasamos la noche y al día siguiente, al pueblo. Fue grande mi emoción cuando llegué y paré el coche frente a la iglesia y un portal grande que había a la derecha, por supuesto que yo no tenía ni la menor idea de quien había sido ese portal así que la emoción fue mayor aún. Aquí paramos en lo del primo al que me había dirigido pues es hermano del único primo y familiar que tengo aquí en Argentina de parte de mi padre y está porque yo lo llamé a pedido de mi padre allá por el año 1950 pues yo no sabía de quién se trataba y que cuando nosotros dejamos el pueblo tenía 1 año y ½. El pueblo es muy chico y sólo había otro primo más, lo único que visité fue el castillo que le da el nombre al pueblo y está medio destruido pues fue construido entre los años 600 y 800 de nuestra era⁸ y fue asiento de los Templarios. Muchos años después mi padre me había mencionado el castillo lo que no me dijo nunca de su historia después hace 6 años mi yerno me la sacó por internet y tengo la foto en colores

⁶ La batalla de Lepanto fue en 1571, y el descubrimiento de América fue en 1492. (N. E.)

⁷ Sin duda, se trata del Museo de Semana Santa, donde se recogen los “pasos” de la Semana Santa, esculturas de madera generalmente policromadas y barnizadas, de ahí su apariencia de figuras de cera, colocadas en plataformas artísticas para su exposición y desfile en las procesiones (N.E.).

⁸ Hay autores que sitúan la construcción del castillo (de Castillo de Alba) en el s. XII y una profunda reforma en el s. XV (N.E.).

y su historia. Naturalmente que esto además de ser una gran emoción es la enorme satisfacción de pisar el suelo donde di los primeros pasos y conocer la nación y la provincia que llevo muy dentro de mi corazón.

Pasamos cuatro ó cinco días allí y después salimos a Madrid donde pernoctamos y después en dirección a Andalucía o sea a la ciudad de Córdoba. Salimos temprano y llegamos bien en el día, a pesar de ir despacio y disfrutando del paisaje, aquí también íbamos a la casa de una prima, a dar una nueva sorpresa. Llamamos y salió una señora que resultó ser efectivamente la prima, así que cuando se presentó, se fundieron en un largo abrazo. Aquí no nos querían dejar ir pero nosotros decidimos tomar hotel cerca y encontramos todos los días que estuviéramos en la ciudad. Yo quedé impresionado de esta linda ciudad, así que visitamos todos los lugares históricos y lo que más me sedujo fue la Mezquita, algo que tenía deseos de ver pues sólo las conocía por las fotografías, que es muy distinto. Lo hicimos en una excursión con un excelente guía que explicó el funcionamiento de la Mezquita y sus particularidades en 4 idiomas, fue el mejor guía que tuvimos en todo el viaje⁹. Ya cumplidos nuestros deseos, nos despedimos de la familia y continuamos viaje hacia Sevilla, ciudad en la que estaríamos 6 días para visitar todos los monumentos y lugares de interés turístico especialmente La Giralda y la Torre del Oro, concurrimos a varias funciones en los famosos “tablaos” y lo que más me impresionó fue la visita a las cuevas del Sacromonte¹⁰ donde estuvimos viendo canciones de puro arte flamenco.

Habiéndose cumplido el plan de visitas, salimos en dirección a la ciudad de Málaga. Aquí decidimos quedarnos algunos días más para descansar y concurrir a la playa, y también visitar la ciudad en la que había muchos turistas ingleses, que cuando pasaban por la entrada a la playa aprovechaban a beber coñac, que servían directamente de un pequeño barril, cosa que también nosotros hicimos. Además aquí visitamos una plaza de toros donde nos mostraron todos los pormenores de la organización de una corrida. La ciudad la recorrimos en un coche tirado por un caballo, que allí había muchos. Nos tocó un conductor muy agradable y nos mostró todos los sitios más importantes, como digo antes, estuvimos varios días y nos tocó buen tiempo así que aprovechamos mucho la playa que es muy buena.

Cumplida ya la estancia aquí, partimos temprano para Granada pues allí también nos esperaban muchas cosas para visitar. Al pagar en el hotel le dije que íbamos a Granada y me indicó la carretera que teníamos que tomar y que

⁹ La mezquita de Córdoba es la actual catedral (N.E.)

¹⁰ Las Cuevas de Sacromonte están en Granada. El autor se equivoca de localización (N.E.).

no dejáramos de visitar de pasada las cuevas de Nerja que las estaban preparando para la visita de los turistas, y efectivamente, como llevábamos mucha atención, apareció el cartel a la izquierda de la carretera que indicaba a las cuevas, así que entramos y allí nos encontramos con otro matrimonio, solamente, lo saludamos y el señor al escuchar nuestra pronunciación, nos dijo: ¡ay qué sorpresa, ustedes son argentinos!, efectivamente le contestamos, entablamos una breve conversación y nos preguntó de dónde éramos. Se echó a reír por la gran casualidad, pues él conocía la ciudad, porque había trabajado en una empresa de la Pampa, su capital Santa Rosa y venían a Bahía a abastecerse de mercadería, me dijo el nombre de la casa y yo la conocía. Él era español que se había vuelto a España ya hacia varios años. Decidimos ambas parejas entrar a las cuevas, para nosotros una gran novedad y quedamos encantados.

Fue un tiempo de 45 minutos más o menos así que nos despedimos y rápido para Granada, una vez allí buscamos hotel y nos alojamos en pleno centro de la ciudad. Los hoteles yo los elegía con anticipación de la lista que me dieron en la Oficina de Turismo en Vigo. Así que perdíamos poco tiempo en buscar. Toda la ciudad es hermosa, pero la Alhambra es incomparable, ese patio de los Leones y el pasaje del pasillo por debajo de los chorros de agua fue muy emocionante. La recorrimos toda sin dejar un solo detalle sin ver, en esa época se podía dejar el coche prácticamente enfrente. Una vez que terminamos de visitar todo que fueron 2 días de estadío, partimos en dirección a Valencia por la carretera del interior. Marchamos relativamente despacio disfrutando de los hermosos paisajes que hay en tarde esa región, al pasar por Guadix nos llamó la atención ver casas construidas como cuevas en la montaña muy cerca de la carretera. La primera ciudad grande que encontramos fue Murcia, allí almorzamos y de allí a Alicante siguiendo por la costa pasamos por Benidorm que nos gusto mucho, así que pensamos que cuando volviéramos lo visitaríamos por estar unos días allí.

Seguimos siempre por la costa hasta Valencia, que llegamos a eso de las 6 de la tarde. Nos acercamos al puerto y vimos un cartel anunciando la salida de un barco a Palma de Mallorca, averiguamos la hora y sería a eso de las 20 y 30 así que decidimos conocer la isla, cosa que nos gustó mucho. Tomamos los pasajes y el coche se entraba (*sic*) en la bodega del barco y allí lo puse de acuerdo con las instrucciones que me dieron. Viajamos toda la noche y al amanecer ya estábamos frente al Puerto de Palma de Mallorca. Amarrado el barco desembarcamos y como siempre a buscar hotel, rápido lo conseguimos, con aparcamiento para el coche.

Una vez acomodado todo en el hotel pedimos la lista de los puntos más importantes a visitar entre los que se destacaban las cuevas del Drach y la localidad de Manacor donde se había instalado una fábrica de perlas de mucha calidad para hacer collares y pulseras. Ese día decidimos pasarlo en la plaza

que era una belleza pues a pocos metros se hallaba un frondoso pinar en el que te podías poner a la sombra o sea naturaleza pura. Esto, de acuerdo a lo que yo he visto por televisión, ha desaparecido pues han construido una gran cantera (*sic*) donde amarran yates de gran valor de magnates árabes del petróleo.

Al día siguiente salimos en el coche en dirección a la cueva, nos encontramos por lo menos con 6 buses de excursiones, sacamos las entradas y allá estuvimos como 4 horas para que nos tocara la hora de entrar, dentro había una especie de teatro que cabían unas 30 personas, para ver el espectáculo que en momentos más se desarrollaría. Fue sensacional, de pronto se apagaron las luces y comenzaron a acercarse 3 lanchas, pues al fondo había agua que entraba en la salida que la cueva tiene con el mar. Fue un concierto musical excelente y de gran labor cultural, algo que jamás hubiéramos pensado ver ni escuchar y menos en un lugar como ese. Salido de esta función almorzamos y emprendimos el regreso. La carretera pasaba a unos 100 metros de Manacor así que entramos a visitar la fábrica; pudimos ver todo con tranquilidad y además mi esposa, como toda mujer, se surtió de joyas para ella y para las hijas. Con las últimas horas de los días estábamos llegando a la ciudad de vuelta, así que después de cenar a descansar después de un día bastante agitado. Nos quedamos 2 días más para conocer bien la ciudad y disfrutar de sus playas.

Tomamos el viaje de retorno en un barco que salía para Barcelona; allí nos esperaba una tía de mi esposa que moraba en el barrio de Santa Coloma de Gramanet, al que llegamos el día siguiente. Una vez desembarcados, traté de conseguir cómo llegar a la dirección de teníamos, pues no era fácil en una ciudad muy grande y desconocida, cuesta trabajo encontrar el destino, pero lo logramos sin mayores inconvenientes. Allí, naturalmente, se repitieron las escenas ya narradas en los encuentros anteriores, se trataba como todas ellas de familiares que habían dejado Salamanca en busca de nuevos horizontes y en verdad lo habían logrado. La familia se componía de su tía la prima del esposo y tres hijos. Aquí nos quedamos unos 10 días de modo que pudimos visitar todos los lugares más importantes y antiguos, de la capital catalana. Recorrimos el puerto, las Ramblas, Monjuich, la Catedral vieja y la que todavía no había terminado Gaudí. También anduvimos por las playas y un domingo fuimos a conocer el aeropuerto, lo pasamos muy bien.

Como el plan era visitar Italia, después Suiza y Francia, cuando consigo haber visitado todo lo más importante salimos rumbo a Italia por la Costa Azul de Francia que es muy linda. Cuando habíamos hecho la mitad del recorrido se desencadenó una gran tormenta, llovía tanto que resolvimos tomar el primer hotel que viéramos. Así llegamos a Arlés y allí vimos un hotel a la derecha de la carretera así que paré frente al mismo, me bajé llamando y salió una señora que será la dueña en principio, pensé cómo hacerme entender pues yo no sé hablar francés, sí italiano por eso pretendía llegar a Italia antes de la

noche, pero me resultó fácil que nos comprendiéramos, así que nos quedamos a dormir ahí. A la mañana siguiente temprano partimos para Italia, entramos por Mentón, donde están las oficinas de inmigración, antes habíamos ya pasado la frontera. Hicimos todos los trámites de turistas y comenzamos a recorrer Italia, por la costa del Adriático. Cruzamos la ciudad de Génova cerca del puerto, me pareció fea, pero mi meta era Roma. En la costa de Génova hay un pueblo que cerca se llama Camogli allí teníamos la dirección para visitar un primo de la madre del yerno de mi hija mayor. Esta persona sabía hablar español porque durante la última guerra quedó en un barco de carga varado en Bahía Blanca, así que aprendió el idioma con los primos de aquí. Estuvo como 2 años, pues los barcos que eran 2, fueron incautados por Argentina y ellos se volvieron pues tenían toda la familia allí, la visita fue corta los correspondientes saludos y la entrega de la nota que le mandaban mis consuegros.

Habríamos andado unos 20 minutos donde un cartel indicaba la “autopista del Sol”, que es la que pasa por Roma, nos metimos en la autopista y en pocas horas llegamos al destino, pues en la “autoestrada”, como ellos la llaman, se puede ir a más velocidad. Los carteles indicadores ya anunciaban la cercanía de Roma así que cuando el cartel anunciaba la bajada la tomamos y rápido llegamos a las puertas de la Ciudad Eterna. Íbamos a baja velocidad y de repente nos encontramos que estábamos frente a una vieja muralla y después de esa muralla empezaba una gran Vía Apia donde están casi todos, las embajadas, consulados y también toda clase de hoteles. Frente a un hotel había una plaza de aparcamiento, así que entró y salió un italiano a los gritos. Salté el muro, me acerque y le dije que me estacionaba hasta contratar el hotel y después me iría enseguida le expliqué que era un turista de Argentina y dio 30 minutos de permiso; ahí lo dejé, crucé la avenida y tomé el hotel que había visto. El coche lo llevé a un aparcamiento que el hotelero me indicó después de descargar todas las maletas. Cerca del hotel había una oficina de turismo, así que retiré todos los folletos que indicaban los sitios más importantes. Ese día a la tarde visitamos una iglesia que recomendaban, y así en forma ordenada fuimos visitando El Vaticano. Aparqué el coche en la misma plaza, pasamos y nos acompañó un guía a ver la Capilla Sixtina y los lugares que se era permitido visitar. Nos llevó toda una mañana. A la tarde caminamos por la ciudad, la Plaza de España y la fuente de Trevi, realmente muy lindo todo; al día siguiente fuimos a visitar las Catacumbas. En este lugar te ponen un guía que habla tu mismo idioma, estábamos nosotros dos solos y, después de una espera de 30 minutos, el guía resolvió salir y en ese momento aparecieron 5 personas más: eran chilenos, bien antipáticos por cierto, pues apenas nos dijeron buen día y no nos dirigieron la palabra en todo el recorrido.

A la tarde nuevamente a recorrer la ciudad, ahora a visitar el Foro Romano y después del Coliseo, al Foro Romano bajé yo solo y recorrí un

rato medio largo leyendo lo que informaban los letreros que prácticamente estaban en pequeños monolitos. Mi esposa había quedado sentada en un lugar de la avenida que pasa más arriba. Cuando llegué, me dijo: *vos no sabes las excursiones que pasaron*, así que enseguida nos encaminamos al Coliseo que, aunque algo destruido, uno se imagina lo que en su época fue eso de acuerdo a lo que dice la historia. Salido de ahí muy cerca está lo que fue el Palacio Real (*sic*), muy lindo y en sus plazoletas hay importantes esculturas especialmente la del Moisés. Como ya se estaba haciendo tarde de vuelta al hotel a cenar y a descansar para seguir al día siguiente.

A la mañana después de desayunar nos dedicamos a visitar iglesias, que Roma tiene muchas, a ver buena parte de la ciudad, partes que figuraban en los folletos turísticos. Para nosotros todo era novedad pues es historia antigua de la humanidad. Este día por la noche tomamos una excursión a las Fuentes de Tívoli que se encuentran fuera de la ciudad, son hermosas un espectáculo alucinante ver en el agua por el desnivel que existe y todo iluminado con un juego de luces sinceramente extraordinario.

De vuelta al hotel a descansar pues al día siguiente salíamos para Florencia, esta fue la ciudad de Italia que más me gustó a mí. Se trata de una ciudad chica pero es todo arte y cultura. Empezamos visitando la Playa de Onomo¹¹ donde se encuentra la Catedral, el Baptisterio y el Campanario, unas construcciones alucinantes y totalmente conservadas, pero lo que más me impresionó a mí fueron las galerías de arte que las recorrí todas, llenas de estatuas bellísimas y con la leyenda de lo que representaban. Como yo sabía leer y hablar italiano, le iba reproduciendo a mi esposa lo que significaban, fueron 5 días muy buenos porque no sólo la ciudad es agradable sino también su gente muy atenta y educada, aquí no conseguimos hotel, nos hospedamos en una casa de familia autorizada y en verdad lo pasamos muy bien; yo conversaba un rato con la dueña de casa todos los días, sobre todo me preguntaba cosas de la Argentina.

De aquí viajamos a la ciudad de Piza¹² con la idea de ver la torre inclinada. Allí tomamos hotel y nos dedicamos a visitar todo lo más interesante de la ciudad, indudablemente la mayor atracción es la torre, yo subí hasta el último piso, de allí se observa toda la ciudad y gran parte del río Arno que también pasa por Florencia.

Aquí estuvimos 2 días y después emprendimos la marcha hacia el sur para visitar Nápoles y sus alrededores. Tomamos la autopista y rápido llegamos, al bajar de la autopista la entrada es algo complicada, así que pregunté

¹¹ Se debe tratar de la Piazza del Duomo. Posible error de transcripción (N.E.)

¹² Pisa (N.E.)

a un señor cuál era la mejor parte para entrar y me contestó en dialecto. No entendí nada, así le dije en italiano, se echó a reír y me lo explicó en el idioma del país y así sí me enteré bien como entrar.

Como siempre lo primero es tomar el hotel, paré frente a uno que tenía en la lista, y quien me atendió me dijo si había dejado el coche solo y abierto, le dije que quedó mi esposa, me aclaró que me podían robar, yo pensé: “lindo recibimiento”. Me mandó un empleado a cuidar el coche mientras hacía el trámite, una vez terminado también nos acompañó hasta el aparcamiento, volvimos al hotel a ocupar la habitación y salimos un rato hasta la hora de la una a recorrer la ciudad, fue poco porque ya era tarde. La visita a Nápoles fue por el deseo a hacer una excursión a la “gruta azul” que está en la Isla de Capri, además poder comprobar lo que siempre sentí aquí de la diferencia que había entre el Norte y el Sur en Italia. La ciudad, si bien no es fea, no me gustó mucho, además es evidente la gran diferencia cultural entre el Norte y el Sur; y más lo noté al haber venido de una ciudad como Florencia y encontrarme con una ciudad peligrosa y muy sucia, algo que yo no podía comprender.

Ese mismo día de llegada tomé el viaje de excursión a la gruta azul, así que al día siguiente zarpamos en el vaporeto como ellos llaman al transporte; fui bien temprano y viajábamos un grupo como de 30 turistas más las personas del lugar que utilizan ese medio pues para en varios puertos pequeños. No bien habíamos zarpado, se produjo una fuerte discusión entre varios de los tripulantes que asustó a varios turistas australianos, yo les hice señas de que no se asustaran; a pesar de que mucho no les entendía porque hablaban en dialecto, sí sabía que se estaban insultando. Después de unos 10 minutos se calmó la situación y llegamos al destino con un tiempo excelente. Se organizó la visita a la gruta que se hacía en lancha, con sólo 4 personas cada una y duraba la estancia dentro de ésta unos 10 minutos, escuchando una muy linda música. Fue una experiencia sensacional, además como la marca estaba baja, se podía ir más adentro con un agua totalmente transparente. A nosotros nos tocó una pareja de australianos, así que sólo podía hablar con mi esposa y el que guiaba el bote que además daba las explicaciones del viaje que sólo las entendía yo pues las daba en su lengua. Después de 2 horas más o menos se terminó la visita y nos llevaron al puerto de la isla. Serían las 12 del día más o menos, así que pasamos a un restaurant que está en el centro de la isla y donde se ve el mar de ambos lados o sea que está en un lugar muy estratégico y atractivo para los turistas. De allí regresamos de nuevo a Nápoles y ya se había pasado el día, así que después de cenar, a descansar del trájín del día.

Al día siguiente nos levantamos temprano y salimos con el coche para recorrer toda la costa del Golfo, pudimos ver la parte del volcán el Vesubio y la población que está ahí cerca; durante el viaje vimos algunos barrios feos que no vimos en el resto de Italia pero todo es muy pintoresco. En lo referen-

te a la topografía, pasamos el día recorriendo parte de esa región volviendo al atardecer y finalizando la visita a Nápoles. Al día siguiente ya salimos en dirección al norte y como destino Venecia, la bella ciudad de los canales, tomé la autopista y rápidamente reanudamos al viaje. A las 16 horas más o menos estábamos dejando la autopista y tomando la carretera que llega hasta las afueras de la ciudad de Venecia, es un pedazo corto de ruta, así que llegamos con tiempo para hacer los trámites necesarios. Preguntamos para aparcar el coche y nos indicaron ahí cerca un local de 8 pisos exclusivo para aparcamiento, allí fuimos, y sólo quedaba lugar en el octavo piso, pero igual lo dejé allí así que hice los trámites y me indicaron que lo llevara y lo dejara con las llaves de contacto colocadas cosa que realicé de inmediato.

Una vez abajo junto con mi esposa tomamos el medio para pasar a la ciudad, en la parte céntrica entre los canales y tomamos el hotel para esto y se había hecho la noche así que a cenar y prepararse para el día siguiente. Así empezamos la visita a la plaza principal que concentra toda la actividad de ciudad, visitamos allí la Catedral, los Museos, de las de gobierno (*sic*) y todo lo más importante de esta ciudad. Era una cantidad de gente enorme, nos llevó todo el día.

Al día siguiente decidimos hacer un paseo por los canales, así que tomamos un pasaje en una góndola y recorrimos todo el itinerario que ellos tienen autorizado. Al día siguiente en el hotel, como figura como “Argentina” se me acercó una persona del hotel y estuvimos hablando un buen rato, yo le dije que había sido subgerente de una empresa de origen italiano y que habíamos vendido productos de la cristalería Murano que está en una isla próxima. Terminada la conversación al rato viene otra persona también relacionada con el hotel y me invitó a conocer la cristalería. Lógicamente acepté, así que ese día a la tarde salimos en una lancha muy veloz para esa isla; fue también mi esposa, me mostraron todo el proceso de fabricación y los nuevos modelos que fabricaban, todos muy lindos además se trata de una cristalería muy antigua y famosa, compramos algunos artículos pequeños, como para presentes y dimos la vuelta. Venecia es única así que quedamos maravillados. Al día siguiente salimos para Suiza así que dimos marcha en dirección al túnel del Monte Blanco, rápido llegamos al peaje de entrada así que pagamos y a pasar a Francia y seguir al límite con Suiza. A la salida del túnel, ya estábamos en Francia así que a hacer los trámites y grande fue mi sorpresa que la señora que me atendió hablaba el castellano tan bien como yo, así que me resultó muy agradable la llegada. Cumplido esto, iniciamos la marcha hacia Suiza, las distancias son cortas pero hay muchos cruces de carreteras, así que en uno de esos vi una persona y le dije a mi esposa: mira ese debe ser italiano por su aspecto voy a preguntarle por dónde debo ir y efectivamente era, me atendió

y me explicó por la carretera que debía ir y que estaba cerca, fue así de modo que rápido llegamos.

Tomamos un hotel y allí también vino una persona que nos atendió en nuestro idioma, eso facilita la situación y es más rápido en Suiza en todos los hoteles hay quien habla español y en muchos negocios también. Como todavía era de día, fuimos a ver la sede de las Naciones Unidas que quedara muy cerca del hotel, un edificio muy grande y moderno, continuamos andando y llegamos a la costa del Lago Lemán, observando un largo rato la enorme columna de agua que hacen salir y que llama mucho la atención seguimos recorriendo las calles en dirección al hotel pues ya llegaba la hora de la cena y a descansar. Al día siguiente salimos dispuestos a visitar negocios de relojes, que es el fuerte de Suiza. Conocimos hasta los relojes más insólitos pero también los más modernos. Omega había sacado a la venta el modelo que los astronautas habían utilizado para llegar a la Luna, lo compré para traerlo de regalo a mi yerno. Al siguiente día tomamos una excursión que es muy típica allí se hace con turistas de acuerdo a su idioma así que para nosotros fue muy agradable, aquí se produjo algo notable una pareja de recién casados perdió la excursión por llegar tarde; el guía preguntó si había alguno que hablara italiano y pudiera hacerle de interprete como nadie contestó, lo hice yo e hice de intérprete todo el recorrido. Anduvimos todo el día y nos llevaron a los lugares más importantes para conocer, fue una muy buena experiencia, pues se trata de una de las naciones más ordenadas y con una administración admirable.

Yo pensaba para completar la vuelta salir para París pero mi esposa prefirió el regreso a España y después tomar una excursión a París desde allí, porque quería comunicarse con sus hijas y prefería hacerlo desde España. De este modo, después de 4 días en Suiza, salimos para España. Fuimos más bien a una velocidad media con el fin de poder ver mejor todos los lugares que pasábamos, no paramos nada más que para almorzar en un restaurante de la ruta. Hicimos noche antes de llegar a la frontera en Carbonee y al día siguiente salimos temprano, así que a eso de las 12 llegamos a Mataró y allí paramos para almorzar en un hermoso restaurant que había en la costa, cumplida esta parte salimos para el domicilio de la prima de mi esposa en Santa Coloma. En dos horas más, allí estábamos, creían que no volvíamos pues dijeron que hacía ya muchos días que nos habíamos ido.

Después de descansar 2 días, tomamos la excursión a París en una empresa de Barcelona, por 15 días, así que de allí salimos unas 30 personas en un bus. Casi todos catalanes, solo nosotros y una puertorriqueña, y un aragonés casado con una catalana. Después del ritual de costumbre, arrancamos en dirección de Francia, cruzada la frontera la guía comenzó a informar del viaje y lo hacía en catalán. Entonces yo me levanté del asiento y le dije: “oiga, señorita yo tomé la excursión en España y por lo tanto le ruego se dirija a

nosotros en español como corresponde, yo no me opondré a que Ud. converse como quiera con alguno de los pasajeros pero las explicaciones e informaciones deber ser en español”. Se levantó un pasajero catalán el que le recordó a la guía cuál era su obligación, a partir de ahí todo bien y normal. Al anocheecer llegamos al hotel que la empresa había contratado. Durante los días que estuvimos en París se cumplió el programa, visitando lo más importante de la ciudad, Campos Elíseos, Arco del Triunfo, Museo de Louvre y otros, también fuimos a los teatros y el Molin Rouge. Lo que más nos importó fueron los actos en desnudo a lo que (*sic*) nosotros no habíamos visto nunca, en el día que nos dieron libre hicimos un paseo en el Metro y uno en lancha por el Sena y la visita a la Torre Eiffel.

Ya cumplida la visita a París, iniciamos el regreso de vuelta pero pasamos por la ciudad de Lyon donde estuvimos 1 día y después a Barcelona. De vuelta en casa de la prima de mi esposa nos quedamos 2 días y después la despedida de rigor muy emotiva por cierto y salimos por la costa hacia Valencia, llegamos rápido, nos quedamos a almorzar pues yo quería probar la paella en su lugar de origen, la verdad que no me defraudó, resultó exquisita. De aquí partimos para Benidorm, la playa que habíamos elegido para descansar, estuvimos 8 días muy buenos pues tiene un clima de lo mejor: todos los días iguales, allí había muchos turistas alemanes y de Madrid.

Ya pensando en el regreso dejamos Benidorm en dirección a Madrid, llegamos rápido; con intención de hacer dos visitas que nos habían quedado pendientes. Una a la casa de Campo y otra al Palacio Real. La de la Casa de Campo interesante, pero la que fue magnífica fue la del Palacio Real, el guía muy agradable nos fue explicando todo con lujo de detalles, cuando entramos a una habitación mediana, yo iba adelante, vi una enorme lámpara que ocupaba toda la sala y exclamé, la “Santa María”. El guía se me acercó y me preguntó: ¿de dónde es Ud.? Le dije: de Argentina, a lo que me contestó: efectivamente es la réplica de la Carabela del primer viaje de Colón a América o sea del descubrimiento.

Finalizada la visita, de vuelta al hotel a prepararse para salir al día siguiente. Fuimos de vuelta a Zamora 2 días por ver por última vez la tierra que me vio nacer, conversar algo con los familiares míos y a seguir viaje hacia Cádiz que era el punto donde nos embarcaríamos hacia Argentina. Salimos de El Castillo en dirección a Salamanca y tomamos la carretera que pasa por Cáceres y Badajoz con intención de conocer esa región, dimos una pequeña vuelta por las dos ciudades con intención de ver sus centros y luego seguimos en dirección a Sevilla, aquí pasamos la noche y al día siguiente en a Cádiz. Espacio para ver mejor el paisaje fuimos por la costa donde están las salineras, algo que tampoco habíamos visto, conocíamos sí la sal de Cádiz

que llegaba importada a Argentina y se usaba para hacer los chorizos y salar los jamones.

A pesar de que paramos varias veces, como es cerca, llegamos temprano, en ese entonces no pude conseguir aparcamiento para el coche, así que lo dejé en una plaza y tomamos un hotel que desde la ventana del cuarto se veía. Al día siguiente fuimos a visitar una bodega a Jerez de la Frontera que está muy cerca de Cádiz, fuimos por la carretera que se paga peaje y donde se cruza por un puente levadizo en 2 mitades por un buen rodeo estuvimos en la bodega, si no me equivoco, de Osborne, la recorrimos con el guía un andaluz muy dicharachero, había muchos toneles grandes que estaban firmados por muchos personalidades conocidas e importantes que la habían visitado. A nosotros nos llamó la atención la firma de Gardel y cuando volvimos ya era bastante tarde de modo que a cenar y esperar un día malo, aunque la ansiedad crecía pues se acercaba la hora del regreso.

Al día siguiente hicimos todos los trámites de salida de España y recibí una sorpresa, pues me informaron que el barco tenía que pasar por Vigo pues había casi más de la mitad del pasaje que eran gallegos y hicieron trámites para que no los hicieron viajar hasta Cádiz. De modo que el viaje duró 2 días más y, después de hacer escalas en Río de Janeiro, Santos y Montevideo, por fin llegamos a Buenos Aires el día 17 de Octubre que desembarcamos, me esperaba la hija que como digo más arriba estaba estudiando medicina en la Capital, así que cuando me entregaron el coche, partimos para el departamento que ella alquilaba. Se había terminado la fiesta, así que a recorrer las fábricas que me abastecían de mercadería, tarea que me demandó 4 días, pues tenía que comprar toda la existencia que se había vendido en los dos meses antes de viajar. Todos se sorprendieron pues les había llamado la atención de no tener más pedidos míos. Terminado este trabajo salí para Bahía Blanca y aquí me esperaba la otra hija y el yerno que se habían quedado a cargo de la casa y el negocio; aunque no atendían la venta, pues ellos trabajaban en un Colegio regentado por religiosos, empleo que les había conseguido yo por intermedio de una amistad, mi hija como profesora de Geografía y mi yerno como Ingeniero Químico.

Al día siguiente de mi llegada comencé a recorrer los clientes y también me llegué a las oficinas de la financiera, que yo había dejado la Gerencia que había dejado para viajar. Tenía que informarme de cómo andaban las finanzas, puesto que desde Barcelona cuando hablé por teléfono, mi yerno me había dicho que estaba intervenida por el Bco. Central, gran sorpresa para mí pues aún estaban los interventores, pedí hablar con ellos y me negaron la entrevista, dos días después dieron por terminada la gestión.

Yo continué con mi negocio particular y también informándome de los acontecimientos de la otra empresa, estaba esperando que citaran a una

reunión con mi presencia, pero como ellos seguían como si no hubiera pasado nada, fui yo el que pidió la reunión. Allí salió a relucir el carácter de rectitud castellana y cobraron todos, no se salvó ninguno, algunos alcanzaron a llorar, pues por fin se dieron cuenta del peligro que corría la empresa. Después de discutir más de 2 horas, les dije: *¿quién me acompaña el 4 de noviembre el Bco. Central? Hay que salvar la Empresa.* Después de varios minutos de silencio uno dijo: *yo te acompaño.* Así las cosas el día 4 de Noviembre viajamos al Bco. Central, me presenté como gerente y pedí una entrevista con el gerente general de Entidades Financieras. Se acercó el Dr. Vaira, que así se llamaba, después de saludarnos me dijo que volviéramos después de las 16 horas, hora que el banco cerraba pero que nos presentáramos y nos dejarían entrar; así fue, así que nos dirigimos a la oficina que nos indicaron y allí estaba esperándonos este señor con la cara de pocos amigos. Comenzó la entrevista en forma bastante agresiva en toda atención, cuando me tocó hablar a mi le pregunté si durante el tiempo que yo fui gerente había habido algún problema contestándome que no y entonces *¿por qué me acusa de falta de controles, si yo no he estado en el país en el periodo que se produjeron las anomalías, y me dice si yo sabía que cómo estaba?* Después de unas 2 horas de debate, llamó dos más que se quedaron con nosotros y él se retiró por unos minutos y cuando volvió con unos papeles en la mano, me preguntó si estábamos dispuestos a cumplir con todos los requisitos que en dicho escrito nos exigían, a lo que le contesté que yo no me había hecho 680 kms para hacer una simple visita sino para tratar de arreglar el entuerto que unos inútiles habían hecho, así que me entregó la nota y nos retiramos aunque con ciertas dudas en cuanto a si la solución fuera favorable. Mi acompañante no articuló palabra y tenía un susto bárbaro. Como yo tenía mucho apuro, salimos enseguida, con el auto a Bahía Blanca. Al día siguiente en una breve reunión entregué las imposiciones del Banco y les dije: *a cumplir esto a rajatabla, de lo contrario que se abstuvieran (sic) a las consecuencias.* Todo se cumplió correctamente y al año y medio el Banco resolvió levantar la intervención y a mi me mandaron la nota declarándome libre de culpa y carga, a la empresa libre para actuar y al resto libres con cierta vigilancia y a los responsables gerente y secretario anteriores inhabilitados por 5 años para actuar en ninguna empresa.

En esto yo había salvado el buen concepto que gozaba en la ciudad que es lo que quería, de tal modo que puse en venta las acciones, me las compraron y me desligué totalmente aunque con cierto dolor pues era algo que yo había fundado y hecho crecer para que dos inútiles tiraran todo por la borda en menos de un año.

Para esto mi negocio particular marchaba bien y normalmente, pero mi yerno había encontrado empleo en una empresa de Ingeniería de tratamiento de agua en Brasil y había resultado incorporarse. Era en el año 1973 así que para

allá emigraron y mi esposa y yo nos quedamos solos aquí en Bahía Blanca pues la otra se recibió de médica y se quedó en la Capital.

Hacía unos 3 años se había fundado aquí una sociedad de la colectividad española llamada Casa de España, me asocié y ahí comencé a tener un mayor contacto, con los españoles de esta ciudad, tanto es así que fui integrante de la comisión durante 4 años en los que también el Presidente era otro zamorano. La entidad creció mucho en los primeros años pues se hizo una muy buena sede social y también se adquirieron otros inmuebles. A pesar del acercamiento, debo confesar que nunca estuve muy cómodo pues yo me había criado en otro país y con amistades que tenían costumbres diversas, no obstante sigo como socio y concurro a cuanta fiesta realizan y también a todas las asambleas. Por lo tanto, ni los últimos años fue cuando estuve allegado a la colectividad, pero que nunca renegué de mi origen sino que lo defendí con uñas y dientes cuando alguien se le ocurrió hablar mal sin fundamento de nuestro país.

Así fueron pasando los años con mi negocio en marcha y, como siempre, anduvo bien hasta que en 1981 me jubilé, esperando pasar el resto de mi vida lo mejor posible pero en este país siempre estamos llenos de sobresaltos por la inestabilidad política y también influye en cuanto a tu situación económica. Si bien no era desesperante, sí algo restringida en los últimos tiempos, así que solicité una pensión a la vejez que otorga el gobierno español y me fue concedida en los primeros meses de este año. Recuerdo, ya tengo 88 años y estoy muy agradecido a España pues gracias a ese aparte de pasar mis últimos años gozando de una vida digna, algo que como yo todos tenemos derecho.

Hasta aquí y en forma un tanto sintética las memorias de un zamorano que cree haber honrado primero a España y después siempre sintiéndose orgulloso de su provincia, además les digo que desde que me mandan las listas para visitar no he dejado de hacerlo nunca. Por lo tanto reciban el más afectuoso cariño y el respetuoso saludo de este Zamorano que nunca los olvidaría.

La presentación del documento nacional de identidad, expedido por el Registro Nacional de las Personas, será obligatoria en todas las circunstancias en que sea necesario probar la identidad de las personas comprendidas en esta Ley, sin que pueda ser suplido por ningún otro documento de identidad, cualquiera fuere su naturaleza y origen.

Art. 13 - Decreto-Ley 17.671.

PARA MENORES DE 14 AÑOS

ESTE DOCUMENTO DEBE SER ACTUALIZADO DENTRO DE LOS SIETE MESES DE CUMPLIR LOS OCHO AÑOS Y RENOVADO AL CUMPLIR LOS DIECISEIS AÑOS.

DOCUMENTO NACIONAL DE IDENTIDAD DE:
FERNANDEZ
 Apellidos, (si es mujer el de soltera)
de la IGLESIA
 Nombres
Juan

Clase **1211** Nº **93.610.661**
 Sexo VARON MUJER
 (tachar lo que no corresponda)
 Nació/a el **7** de **Octubre**
 de 19**17** en **Zamora**

Part. o Depto. _____
 Prov. _____
 Nación **España**
 Doc. del denunciante _____
 Nº de documento _____
 Firma del denunciante o identificado
[Firma]

Y8001000

Nacionalidad **Española**
 Nac. adquirida _____
 Pasaporte o Doc. y Nº **CIRPA**
11.311.136
 Categoría de ingreso TEMP. PERM.
 (tachar lo que no corresponda)
 Entró al país el **14, 7, 23**
 Fecha de vencimiento _____
 Fecha radicación **14, 7, 23**
 Expediente Nº _____
 Resolución Nº **Min. 57.4418/RV**
 Este documento sin actualización será válido
 hasta el _____ de _____
 de 19 _____

- 2 -

CAMBIOS DE DOMICILIO

Calle **Berutti**
 Nº **1149**
 Ciudad o Pueblo **B. Blanca**
 Part. o Depto. **M. B. C.**
 Provincia **B. C.**
 Of. Ident. **2896**
 Fecha **14-7-23**
 sello
 Calle _____ Nº _____
 Ciudad o Pueblo _____
 Part. o Depto. _____
 Provincia _____
 Of. Ident. _____
 Fecha _____
 sello _____
 Firma _____

- 11 -

Vivencias de un emigrante zamorano

Diversa documentación del autor.

La familia Franco Martínez

Mario Franco Acosta

El ser descendiente de maragatos es onda de orgullo que al saber de toda peripecia y dentro de la aventura humana, iberos, astures, vascos, moros y romanos ¡qué crisol! siendo para la historia exponentes que fermentan siempre en ella, “los hijos del pueblo”. Maestros en la necesidad del ganado, buenos agricultores, mineros y comerciantes, recorrieron toda España en sus carros de transportes, entregando valores de persona a persona, mudanza de muebles, entrega de mercaderías. ¡Qué auxiliares de la vida sociales toda Iberia! (*sic*).

Llega el tiempo de la locomotora y tienen que desaparecer de escena en este tipo de comunicación. Volver a sus lares y buscar soluciones, ya en el campo la industrialización en la que se destacan en la fabricación de frazadas¹, o en la fabricación de mantecadas que tanta fama trajo a esta región. Muchos jóvenes con espíritu aventurero y ansias de raza hacen que se dirijan a América.

Desde la fundación de Asunción con Espinosa, la fundación de Bs. Aires por Garay, la creación del Estado de San José en el Uruguay, la fundación de Carmen de Patagones por orden de Carlos III y a la vez esta población crea la ciudad de Viedma en la orilla opuesta del Río Negro como pueblo de entrada a la Patagonia argentina (*sic*). De sus hijos conquistadores fundadores, comerciantes y marinos, pero siempre con una conducta y una nobleza de raza desarrollaron sus vidas hasta la revolución de mayo. Patagones y Viedma siguen los únicos fieles a su rey, hasta 1814 por la caída de Montevideo, ceden al gobierno de Bs. Aires.

Ya en la plenitud de pueblo nuevo sus hijos defienden su nueva patria. En 1827, un 7 de marzo una fuerza de tres naves de guerra pretenden ocupar sus

¹ Mantas para la cama y el ganado (N.E.).

ciudades y con ello apropiarse de la Patagonia. Piden ayuda a Bs. Aires que no llega, por lo tanto, a defender la tierra. Matan al jefe invasor, hunden una fragata y se apoderan de otra venciendo a los invasores (trofeo seis banderas brasileñas). Es en Carmen de Patagones, donde nace el maragato más trascendente en las costas del mar Atlántico. Funda puertos, factorías y navega en lo mares australes salvando a náufragos de diferentes nacionalidades y es condecorado y felicitado por varias naciones.



Francisco Franco Martínez y su familia, su esposa Luisa y sus hijos Mario, Amalia y Delia.

Este gigante, llamado Luis Piedrabuena, naufraga en el sur y con lo que resta de su barco construye en diez meses una chalupa, con lo que vuelve a Carmen de Patagones un año después cuando ya lo creían desaparecido. Esto le vale ser nombrado por el presidente Julio Roca, Director Nacional de Prefectura Marítima Broche, éste para el más grande marino argentino que fue otro hijo del pueblo. Llegamos después de este relato maragato, a los cuatro hijos del pueblo maragato que fueron mi padre y sus tres hermanos. A vivir en forma acomodada económicamente las ansias de aventura los hace venir a Bs. Aires.

Antonio llega en 1907, lo recoge un comerciante y lo lleva a Nuevo Pompeya (arrabal de la ciudad) y lo pone a trabajar en el tacho donde se cocinan viejos caballos transformando todo en grasa para la fabricación de jabón. Su aplicación al trabajo y su afinidad con él también lo transforman en gaucho criollo. Manejando su carro de ruedas altas y los caballos nadadores, en la inundación de 1911, lo transforman en héroe salvando a 300 personas. La municipalidad de Bs. Aires lo gratifica con una plaqueta en reconocimiento. Su andar social lo hace caudillo en su zona, se casa, tiene dos hijos en una isla en la que podía entrar con sus caballos, tanto es la estima que al nacer su hijo debe hacer un asado corrido que dura tres días y tres noches, tanto es el cariño de sus vecinos. Desgraciadamente la felicidad no es eterna, pues fallece en 1933 de peritonitis siendo un hombre sano que nunca había estado enfermo.



Antonio Franco Martínez.

Benjamín, segundo hermano en llegar a esta ciudad por medio de una compañía mexicana de petróleo comienza a repartir kerosén en toda la ciudad de Bs. Aires, pues la mayoría de los negocios gastronómicos necesitaban para sus cocinas y maquinarias de este elemento y así lo hizo durante 30 años. Ayuda a sus hermanos.

Francisco, mi padre, el tercer hermano en llegar. Su aventura la ve en la gastronomía, se instala con un café en Callao y Santa Fe (céntrico lugar) y después de su éxito de iniciado, vende éste y se instala en el barrio Parque Patricios, a 20 cuadras del centro. La experiencia hace un éxito en el barrio y al tiempo reforma en bar “automático”. Este tipo de negocios de origen alemán muy de moda en Bs. Aires, llega a tener 25 empleados, todos españoles y algunos llegan a tener 25 años trabajando con él. Sigue modernizando sus negocios pues había adquirido otro en la zona de Palermo, hasta que por su edad debió venderlos.

Emilio llega en 1922 en ese entonces se desarrolla en Bs. Aires un nuevo tipo de transporte, el colectivo. Con su primo del Val², Francisco de

² El autor debe referirse a Val de San Lorenzo, municipio maragato (N.E.).



Benjamín Franco y sus sobrinos.

La Fuente, compran un automóvil y lo carrozan como colectivo, creando una línea dentro de la ciudad entre Retiro y Pompeya.

Esta actividad la realiza durante algunos años. Su esposa de Pontevedra le da dos hijos, vive su hija, dos nietos y tres bisnietos.

Deseo de volver al terruño. La guerra altera la paz entre la colectivi-

dad española trayendo la Guerra Civil el enfrentamiento entre ellos. Las confiterías de más renombre en la Avenida de Mayo, La Iberia y el bar Español debieron varias veces reformar sus negocios por haber sido destrozados por los parroquianos de diferentes tendencias políticas españolas.

Viene la paz, pero al haber fallecido la madre de ellos en el Val³ hace renunciar el volver.

En Parque Patricios una casa tabacalera crea un cigarrillo rubio, cuyo beneficio y margen ayuda al gobierno republicano español, los chicos como contagio de fe republicana argentina, juntábamos el plomo de lo cigarrillos y haciendo grandes bolas de plomo que llevábamos a dirigentes y estos les daban el curso que correspondía. Qué increíble es la guerra. Con sus pasiones todo lo envuelve y lo destruye, familiares, amigos, sociedad.

En 1924 su amor por España y la solidaridad entre estos con nacionales los hace unir y resuelven asociarse fundando el Centro Maragato de Bs. Aires, que reúne a sus paisanos y familiares, magnifico esfuerzo que realizan construyendo, físicamente, espaciosa instalaciones, que a las sucesivas comisiones directivas tanto esfuerzo les costó durante 80 años para cristalizar esta realidad de los hijos del pueblo, llevando a un nivel de prosperidad y servicio social para sus socios y en bien de la República Argentina.

Esta oportunidad de rememorar estas vidas honra a los descendientes y nos da la oportunidad de hacemos saber en las Cortes españolas que hicieron y como vivieron jóvenes con ilusión y ganas de futuro, como también lo hicieron miles que dieron a la América española, técnicos, empresarios,

³ Véase nota anterior (N.E.)

comerciantes, profesionales y trabajadores que dieron vida a esta república tan bendita en dones de abundancia y que esta generación esta empeñada en llevar adelante (para nosotros, para nuestra posteridad y para todo hombre de buena voluntad que quiera habitar suelo argentino).



Emilio Franco Martínez y su esposa, con sus hermanos y su tía Catalina en Montevideo.

Tengo el gusto de ofrecer un facón perteneciente a Antonio Franco que no sólo como arma sino, como herramienta de trabajo necesitaba el hijo del pueblo para abrirse camino en la nueva patria.

De Padornelo a González Catán

María Teresa García de Barrea

Mi nombre es María Teresa, argentina, casada, tres hijos y dos nietos y soy, orgullosamente, hija de un inmigrante español llamado Francisco que, como tantos otros, cambió su destino dejando su tierra en busca de nuevos horizontes. Trataré en este relato de reflejar su historia con los pasajes que han quedado en mi memoria y en la de mi mamá y mis tres hermanas.

Don Francisco García Rodríguez nació en España, en un pueblo llamado Padornelo, de la provincia de Zamora, un 19 de octubre de 1905. Emigró a la República Argentina entre 1907 y 1908, con dos años de edad y murió en 1979 a los setenta y tres años, sin poder regresar a su tierra de origen.

Su padre, mi abuelo, Don Agustín García Huerga, natural de Fuenterrabía, provincia de Guipúzcoa, hizo su carrera militar en el Colegio de Carabineros Jóvenes de San Lorenzo del Escorial y cumplía sus funciones como sargento en la zona de Lubián¹, haciendo patrullajes. Así conoció a mi abuela Doña María Teresa Rodríguez Castaño, natural de Padornelo, labradora. Su tarea consistía en levantarse a las seis de la mañana y llevar a pastar a las ovejas detrás de los montes. Su único alimento era dos trozos de pan que ella misma amasaba y untaba en grasa de cerdo, para luego regresar a las seis de la tarde. Tuvieron seis hijos, Primitivo, Pedro, María de los Remedios, Dolores, Francisco (mi padre) y Modesto. Este último, argentino.

Esta historia de emigración comienza cuando mi abuelo Agustín, por razones que desconozco, es retirado de su carrera militar el día 31 de agosto de 1907, con el haber pasivo de 30 pesetas, según dicen sus memorias. Agobiado por la falta de trabajo y la necesidad urgente de recursos para alimentar a su

¹ Provincia de Zamora, Sanabria, cercano a Padornelo (N.E.).



familia, comenzó a escuchar con esperanza anuncios de prosperidad en otras tierras. Fue así entonces que junto a su hijo mayor, Primitivo, decidió embarcarse hacia la América (*sic*). Quedaron a la espera de noticias mi abuela María con el

resto de los niños y con la consigna de que al estar dadas las condiciones, ella partiría a su encuentro.

Desembarcaron en Argentina, en el puerto de Buenos Aires y de allí partieron a Rosario, provincia de Santa Fe, donde les esperaban trabajo y albergue. Trabajaban sin descanso en el puerto y vivían en una habitación de pensión. Mientras tanto María, en Padornelo, luchaba a diario con el hambre y las necesidades al mismo tiempo que se enteraba de que estaba esperando otro niño. Largos fueron los días de espera, hasta que por fin un día, entre finales de 1907 y principios de 1908 y sin mediar aviso por parte de Agustín, María decidió viajar a la Argentina. Para eso vendió todo lo que pudo de sus bienes: animales, muebles y demás enseres. De los cerdos hizo chorizos (embutidos), que colocó dentro de un colchón que enrolló y ató, en una palangana puso cubiertos y platos y no se olvidó de su máquina de coser. Así con sus cuatro hijos y uno por venir, se embarcó rumbo a América.

Largo y tedioso fue el viaje que cruzó el Atlántico. El barco sólo disponía de un depósito, donde viajaban hacinados junto con la carga. Llegaron a Buenos Aires y se instalaron en el Hotel de Inmigrantes, donde comieron. Al día siguiente partieron camino a Rosario. Mientras tanto, en esa ciudad, Agustín no se imaginaba la suerte por la que estaban pasando su esposa e hijos. Cuando María y los niños llegaron a la dirección indicada, Agustín y Primitivo se encontraban trabajando en el puerto. Tremenda fue la sorpresa de mi abuelo al regresar y encontrar a toda su familia. Muchas lágrimas de alegría y abrazos interminables y un “Ay, María” que se repetía una y otra vez entre lo increíble y lo real. La familia se había reunido nuevamente.

Así comienza la historia de mi padre, Francisco, en este maravilloso país. Un futuro prometedor le esperaba, mucho trabajo y un largo camino por recorrer. Cuando llegó a la Argentina tenía apenas dos años. En los primeros tiempos la familia consiguió un lugar al que llamaban fonda, donde se dedicaban a cocinar. Allí iban a comer los trabajadores del puerto. Más tarde adquirieron otro lugar donde no sólo tenían restaurante, también había habitaciones.

Francisco creció en ese ambiente, dedicando su niñez al trabajo, los juegos y los libros. Cada miembro de la familia tenía su tarea asignada, eso sí, si se portaban mal, a pelar una bolsa completa de papas. Mucha gente concurría al lugar, había que tener comida lista en cantidades, las habitaciones aseadas y las setenta camas preparadas. Pocas eran las horas de descanso pero había prosperidad.

A medida que iban creciendo tenía más responsabilidades en el negocio: Modesto se encargaba de los alimentos, Lola servía las mesas, Remedios se ocupaba de las habitaciones y Francisco, de la caja.

Seguramente muchas historias pasaron por ese restaurante. Recuerdo que contaba que una vez su hermana Lola que servía las mesas, enojada con un cliente por su impertinencia, le vació el plato íntegro de comida en la cabeza. Otro día y en otras circunstancias, ella tuvo una fuerte discusión con una de las personas que allí asistía, su hermano Pedro que en esos momentos se estaba bañando, al escuchar lo que pasaba salió completamente desnudo en su defensa (el lugar estaba lleno de gente). En el hotel el trabajo era arduo y requería de mucha constancia y laboriosidad, la abuela trabajaba hasta la media noche y a las cuatro de la mañana ya estaba en pie.

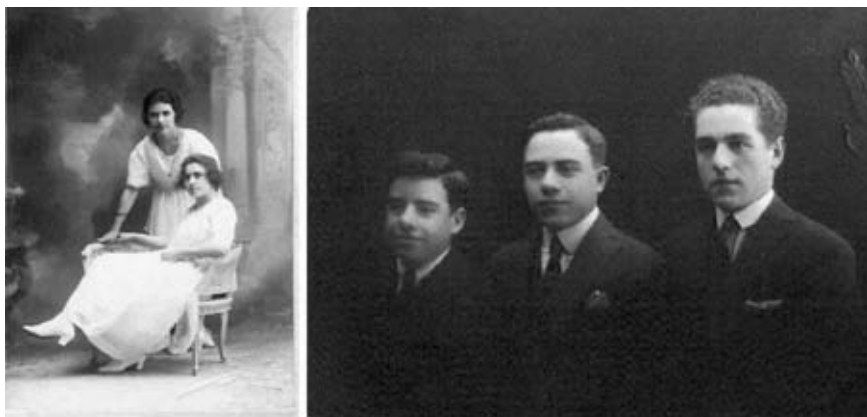
En muchas oportunidades, cuando Francisco y su hermano menor Modesto, regresaban de los boliches² por las madrugadas, la encontraban pegada a la batea,³ lavando las sábanas de la hotelería. El abuelo Agustín, atendía el mostrador donde mantenía interminables charlas con sus paisanos españoles entre copas y recuerdos.

La vida quiso que Francisco fuera padre muy joven de una relación que poco duró. Cuentan que cuando la madre del niño dio a luz, falleció. El bebé quedó solo, sin nadie que lo reclamase y una enfermera que trabajaba en el hospital decidió quedarse con él. Tarde fue cuando Francisco se enteró y fue en busca de su hijo. En el hospital nada sabían y sólo se llevó de ahí el nombre de la enfermera que ya no trabajaba más en ese lugar. Muchos fueron los días de búsqueda, que se convirtieron en meses, que se convirtieron en años. Pero

² Establecimiento público de poca importancia en que se sirven comidas y bebidas (N.E.)

³ Artesa para lavar (N.E.)

al tercer año algo pasó. Su hermana Lola, que era la única que sabía del tema, prometió ayuda. Francisco era demasiado joven y no se atrevió a enfrentar con la realidad al abuelo Agustín que era una persona muy severa.



Así salían en la misteriosa tarea de encontrar a alguien con un solo dato, el nombre de la enfermera. Recorrían los barrios preguntando por la persona. Muchas veces volvían con las manos vacías y otras con algún dato valedero e importante. Un día, después de mucho caminar, se sentaron en el banco de una plaza a descansar mientras observaban a unos chiquitos que allí jugaban. Pero Lola quedó impactada sólo con uno por su gran parecido, al que se acercó y le preguntó el nombre. *Jorge*, respondió el niño con su carita sucia. Luego Lola miró a su hermano y muy segura le dijo, ese es tu hijo. El dato se confirmó al preguntarle a Jorgito el nombre de su mamá, que era exactamente el mismo que le habían proporcionado en aquel hospital.

Francisco, que por ese entonces tendría unos 20 años, por fin había encontrado a su hijo y llegaron a un acuerdo con la mujer que lo estaba criando. Ella seguiría encargándose del niño y él se haría cargo de su sostén económico y lo visitaría asiduamente. Lo dicho se cumplió. A mi padre le gustaba mucho estudiar y era un gran lector. Hizo sus estudios primarios y secundarios. Llegó a recibirse de contador público.

Pasaron los años y los destinos de la familia comenzaron a separarse. El hermano mayor, Primitivo, se fue a vivir a los Estados Unidos después de haber tenido un gran desacuerdo con su padre y del que no se volvió a tener noticias. El último contacto fue una postal recibida desde Brooklyn-New York de aproximadamente 1916.

Pedro, el segundo, estudió abogacía, se casó y se fue a vivir a Buenos Aires. No tuvo hijos. Remedios formó su familia con Isidro, dueño de una papelería. Tuvo un hijo que se recibió de ingeniero y que llegó a ser decano de la Facultad en Rosario. Modesto, el menor de los hermanos, se casó con Clotilde, se trasladó al barrio de Saavedra en Buenos Aires, donde vivió por muchos años. Tuvo un hijo llamado Hugo. Su amada hermana Lola también formó su familia y al poco tiempo de ser madre, muere en sus brazos víctima de la tuberculosis. El niño llamado Héctor es llevado por su padre a vivir a la provincia de Salta, al noroeste argentino.

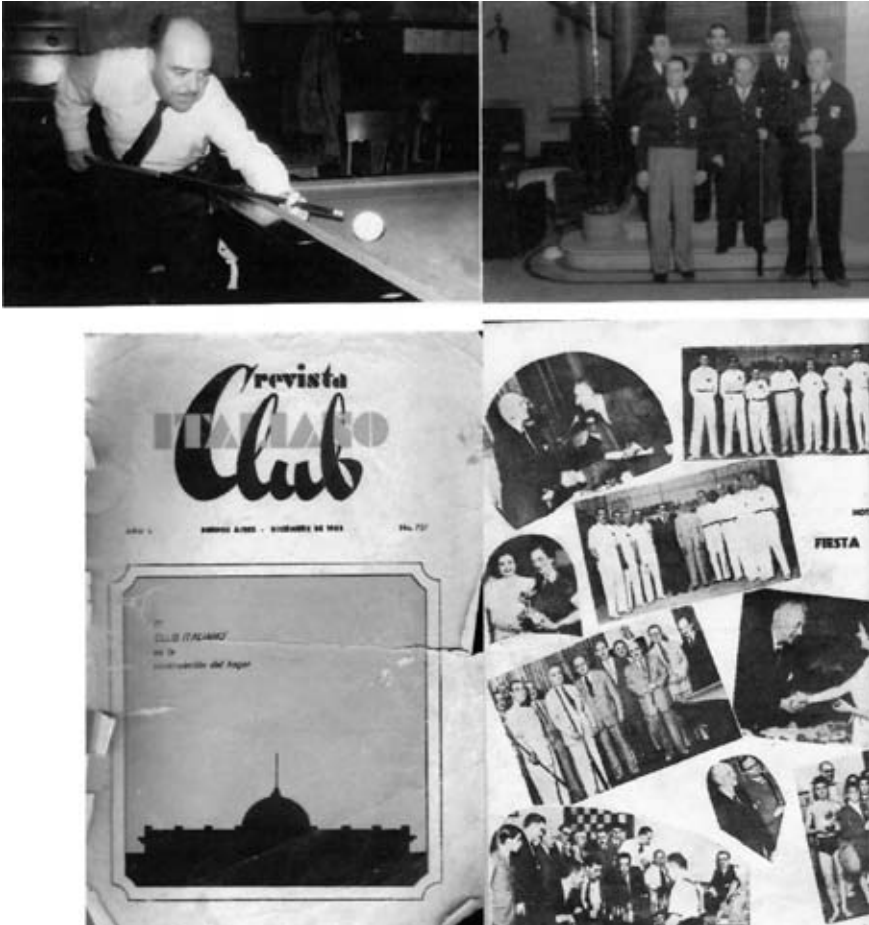
Al fallecer el abuelo Agustín se vende el restaurante y finaliza así la etapa de la empresa familiar. La abuela María adquiere una casa grande en la calle Gaboto en Rosario, donde vive con su hijo Francisco. Mi padre comienza a dedicarse a una serie de emprendimientos. Primero instaló una cervecería que le redituaba (*sic*) según la temporada y finalmente quiebra. Tuvo también una fábrica de medias de muselina que luego vendió. Fue director de un hospital en Rosario.

Desde 1937 a 1941 trabajó para la municipalidad de Rosario y luego comenzó a dedicarse a la exportación e importación de maderas Argentina-Paraguay. Con esta actividad comercial empieza un período de crecimiento económico del que disfruta plenamente. Además se había convertido en un hombre de gran cultura, finos modales, buen vestir y un excelente discurso. Concurría a reuniones y fiestas de los más importantes círculos sociales de Rosario. Era considerado una excelente persona. Desde joven era asiduo a charlas con amigos, en cafés de características un tanto bohemias y a los encuentros en los clubes para jugar al Casín, hobby que lo apasiona tanto que comienza a intervenir en campeonatos representando al club Español de Rosario e invitado en oportunidades por el Club Italiano de Buenos Aires. Obtuvo infinidad de medallas y copas. Llegó a ser con gran orgullo campeón argentino.

Participó activamente en la política, llegando a ser primer orador en el comité radical de Rosario. Luego desistió de esta actividad al ver actitudes que no consideraba éticas y correctas ya que era una persona muy honesta, pero se quedó con un gran recuerdo que siempre contaba: en una oportunidad había logrado intercambiar palabras con el presidente de los argentinos Dr. Hipólito Irigoyen.

En 1946 contrajo matrimonio con María Esther, once años mayor que él, viuda y con dos hijos ya grandes, a pesar de la oposición de toda su familia. Se traslada a la provincia de Misiones donde instala la empresa “Haurón Maderas” de la cual es dueño. La casa tenía un gran portón donde entraban los camiones que cargaban las maderas. Hacía constantes viajes desde allí hacia Rosario y Buenos Aires donde también tenía las oficinas. Él se encargaba per-

sonalmente de ir a los obrajes a seleccionar las maderas. Las mismas viajaban enjangadas (*sic*)⁴ por el Río Paraná.



María Esther era una buena mujer que padecía una grave enfermedad por lo que necesitaba constantes cuidados. Para eso contrataba gente que la ayudara. Entre ellas, una casi niña de 17 años, natural de Paraguay llamada Gregoria que años más tarde se convertiría en el amor de Francisco.

⁴ Enjangar: palabra de origen brasileño. Significa “atar los troncos de madera para formar balsas” (N.E.).

En 1950 se agrava la enfermedad de María Esther por lo que deben mudarse al barrio de Caballito en Buenos Aires, donde años más tarde fallece.

Francisco encuentra el amor de su vida en Gregoria. Ella era empleada en su casa, de origen paraguayo y veinticuatro años menor que él, con su frescura y candidez trajo luz a su vida. El 16 de Junio de 1955 se convierte en protagonista involuntario de un hecho trascendente de la historia argentina. En horas del mediodía aviones de la Fuerza Aérea argentina sobrevuelan la plaza de Mayo de la Capital Federal, bombardeando y dejando a su paso destrucción y un tendal⁵ de muertos y heridos, en lo se llamó la revolución del 55, en oposición al entonces presidente de la nación Juan Domingo Perón. Francisco se encontraba allí dialogando con un amigo. Al terminar la conversación decide tomar el subterráneo por lo que comienza a bajar las escaleras, hecho por el cual salva milagrosamente su vida, teniendo sólo heridas leves.



En ese mismo año su hermana Remedios se dispone a hacer un viaje a Europa y organizan junto a su esposo, Isidro, un itinerario en el que por supuesto se encuentra España y el pueblo donde nacieron. Francisco también quería hacer ese viaje. En ese momento estaban dadas las condiciones económicas para realizarlo. Pero lo que en realidad él quería era llevar a su mamá. Soñaba recorrer con ella el lugar del que un día habían partido. Grande fue la desilusión ante la negativa de la abuela María. Ella, a pesar de la añoranza que siempre estuvo presente a lo largo de su vida, no quería revivir las causas de aquel momento de la partida, ni tampoco ver cómo los que allí quedaron habían envejecido o fallecido. Todo lo que amaba estaba aquí en esta tierra.

⁵ Tendal: conjunto de cosas extendidas, generalmente para que se sequen (N.E.).

Así este sueño quedó postergado, con la esperanza de que algún día se hiciera realidad.

Remedios sí logró realizarlo y visitó a su tía Petronila y a su prima Paquita en Lubián. Todo estaba como en sus recuerdos. Petronila era hermana del abuelo Agustín y directora de un colegio, tenía varios hijos. De regreso le trajo a Gregoria un abanico y una mantilla que atesora con gran cariño hasta la actualidad.

En 1958 mis padres se instalan en Rosario, provincia de Santa Fe, en la casa de la abuela María, quien los recibe con gran felicidad. No tardó mucho en hacerse una hermosa amistad entre estas dos maravillosas mujeres. Gregoria estaba fascinada con la energía de aquella mujer de hermosos ojos azules que contaba historias de un lugar lejano, de la travesía realizada y de las vivencias en esta nueva tierra. En 1959 se produce mi nacimiento que agrega más alegría a la feliz pareja y a la abuela. Me ponen por nombre María Teresa en honor a ella. En 1960 fallece la abuela María, dejando un gran pesar en todos los que la amábamos. Se había ido una grande. Todavía hoy repetimos algún dicho de ella como “lo poco agrada, lo mucho enfada”. Gregoria cuenta y se maravilla de la energía de la gente española, que solía ver en las reuniones familiares y de amigos, su alegría, su manera de hablar, sus bailes, sus comidas.

La vida debe continuar y en ese mismo año nos mudamos a un departamento que mi padre logra adquirir, ubicado en Barrio Norte de la Capital Federal. En 1961 nace Virginia, la segunda de las hijas. Una pequeña dulce, laboriosa y de gran bondad. Virtudes que la acompañan hasta la actualidad. Los negocios en la maderera suman altibajos por lo que debió hipotecar el departamento para salvar una transacción desfavorable.

En 1963 nace la tercera hija, a la que llaman Clelia que sumó alegría a la familia. Inquieta, curiosa, emprendedora y atenta a lo que sus seres queridos puedan necesitar.

En 1964 debemos mudarnos debido a la imposibilidad de levantar la hipoteca, a un lugar llamado Claypole de la provincia de Buenos Aires. En 1965 nace la más pequeña de las hijas. Su nombre es Ana María. Con su gran sentido de la ética, su honestidad y el ser una persona tan confiable hace que todos los que la amamos sepamos que podemos contar con ella incondicionalmente. Cuatro niñas que crecieron escuchando la historia del origen de la familia entre castañuelas, coplas y tango.

Mi padre tenía una gran personalidad, siempre era el centro de las reuniones y al que todos escuchaban con gran atención. Siempre estaba de buen humor, dispuesto a conversar y a escuchar. Una de las cosas que más admiraba de él era su lucidez para resolver e improvisar situaciones y, pasara lo que pasara, siempre seguía adelante. La vida le había dado tres hermosas

virtudes: paciencia, sabiduría y templanza. ¡Cuántos recuerdos, qué rico cocinaba mi padre pulpo a la gallega, caracoles, las pastas con salsas deliciosas, calamares en su tinta! ¡Cómo elegía los quesos y los vinos! Tenía un mueble que, al abrirlo, se encendía una luz y allí se veían las distintas copas y vasos para cada bebida.

También recuerdo la música que sonaba en mi niñez: había un disco de Sarita Montiel que seguramente se habrá perdido en alguna mudanza:

Pisa Morena, pisa con garbo
Que un relicario, que un relicario
Me voy a hacer
Con el trocito de mi capote
Que haya pisao, que haya pisao
Tan lindo pie...

Otra:

Cómpreme usted señorito
No vale más que un real
Cómpreme usted señorito
Cómpreme usted señorito
Pa lucirlo en el ojal...

Mi padre y mi madre tarareaban canciones que aprendieron de la abuela María:

Donde vas con mantón de Manila, donde vas con vestido...
Hay Maruzina, hay Maruzina que va...

Veíamos películas de Lolita Torres, Pedrito Rico y Joselito. Si por algún motivo nos poníamos a llorar, nos decían: ya está tocando la gaita y si hacíamos alguna travesura, se escuchaba en tono español: ¡como será tu padre, tu madre y toda tu parentela!

Los brindis no faltaban y toda ocasión era buena. Siempre se brindaba al son de estas palabras:

¡Salud y pesetas y niñas con buenas camisetas! (¿camisetas?).

En esos tiempos Francisco hacía viajes a Paraguay por negocios de la maderera y a veces aprovechaba e iba a visitar a la familia de mi madre. Ella era de un pueblito llamado Galeano Cuhé. Allí vivían su mamá Salustiana, su padrastra (su papá murió en la guerra del Chaco Boreal en 1935) y diez hermanos. Él era esperado con todos los honores de un personaje. Enviaban gente con caballos para recibirlo y trasladarse. Era considerado un señor. De a poco fue trayendo a toda esa familia a la Argentina, desde la abuela Salustiana



hasta el menor de los hermanos. En la actualidad, todos se encuentran residiendo aquí en Argentina, donde formaron sus familias.

En 1967 se disuelve su empresa maderera y forma otra, An-Gar S.R.L., en sociedad con su primogénito Jorge que para entonces ya estaba casado y tenía dos hijas.

En 1970 Francisco toma la decisión de mudarse con toda su familia a Asunción del Paraguay para coordinar mejor los negocios entre ese país y Argentina. Jorge trabajaría desde Rosario, lugar donde residía. Yo, para ese tiempo, contaba con

diez años de edad y recuerdo cuánto extrañé mi tierra. Todo era diferente para mí, las costumbres, el clima, la forma de hablar, los gestos, las comidas y hasta los aromas. En el colegio el himno era otro, la historia era otra. Un gran sentimiento de añoranza me invadía a pesar de que Paraguay es un bello país. Sus caminos huelen a coco, hermosos son sus paisajes donde contrastan el verde de su vegetación y la tierra colorada. Allí vivimos varios meses, hasta que una mala noticia llegó: la empresa maderera estaba en quiebra, hecho por el cual debemos volver a Argentina. Nos instalamos en un departamento en el barrio de Caballito en la Capital Federal, donde se sucedieron tres años llenos de incertidumbre económica. El dinero se terminaba y a pesar de que mi padre intentó encontrar trabajo, no lo consiguió.

Ya tenía edad de jubilarse. Cuando la situación era insostenible, apareció un amigo de la juventud, de la época de las reuniones, de los cafés, de los torneos de billar del club Español. Un amigo con el que no dejó de tener contacto en todos esos años. Era de Rosario, que solidarizándose con la situación por la que estaba pasando, decide ayudarlo económicamente. Por ese motivo nos trasladamos a Rosario, donde mi padre alquiló una casita en un barrio de esa ciudad, donde vivimos aproximadamente un año.

Francisco había iniciado los trámites para la jubilación que lamentablemente se demoraron mucho. En 1974, ante la imposibilidad de pagar el alquiler, había que encontrar otra solución. Pero, como decía la abuela María *“Dios aprieta pero no ahorca”*, apareció la opción de ir a vivir a la casa de una hermana de mi mamá, en la provincia de Buenos Aires. Allí nos dieron una habitación, así que compartíamos la casa dos familias. Permanecemos ahí hasta que duró la armonía y en 1975 nos trasladamos a la casa de otro hermano de Gregoria que amablemente y ante la situación, nos ofreció.

Por suerte en este año tuvimos un respiro: mi padre obtuvo su jubilación y con el retroactivo se pudo comprar una casa pequeña en la localidad de González Catán en la provincia de Buenos Aires, a treinta kilómetros de la

Capital Federal. La casa contaba con dos pequeñas habitaciones y un baño externo, donde vivíamos bastante incómodos. El barrio era tranquilo y recién comenzaba a construirse. Después de nuestra casa sólo había calles con los lotes vacíos a lo largo de un kilómetro. La jubilación que recibía era insuficiente pero estábamos juntos y en nuestra propia casa. Mientras tanto mis hermanas y yo terminábamos nuestros estudios secundarios. La vida le deparó momentos hermosos, pero también otros muy difíciles, sin embargo jamás se quebró. Lejos quedaron sus días de esplendor, lejos la tierra que lo vio nacer. Falleció en 1979, en su casa de González Catán, al lado de la mujer que amó y sus cuatro hijas adolescentes.

Y así, Don Francisco García Rodríguez, el que nació en España, en un pueblito llamado Padornelo de la provincia de Zamora, se fue en paz, llevándose un montón de experiencias vividas y quizás muchos sueños por cumplir, dejándonos como enseñanza su ejemplo y la fuerza de su raza y de su estirpe.

Hoy tres generaciones de sus descendientes lo aman y recuerdan como un símbolo de orgullo de nuestras raíces que trascenderá mientras perdure su historia en la memoria y en el tiempo. Actualmente hijas y nietos estamos tramitando la ciudadanía española ejerciendo un derecho que nos pertenece. ¿Quién sabe si algún día la historia vuelva a repetirse?

Agradezco profundamente al Centro UNED de Zamora, al Archivo de Cultura Popular de la Asociación Etnográfica Bajo Duero y a la Junta de Castilla y León por permitirme relatar esta historia y que otros puedan leerla.

Al Centro Zamorano de Buenos Aires, porque gracias a su web pude conocer esta convocatoria.

Agradezco a toda mi familia porque todos han colaborado con esto y especialmente agradezco a aquellos que ya no están, que son los protagonistas de esta historia y que con su valentía, coraje, fuerza y ganas de vivir han trabajado para construir este bendito país que supo albergar a todo hombre de buena voluntad que haya querido habitar en él.

Marcharse de España, tan sólo por 96 años...

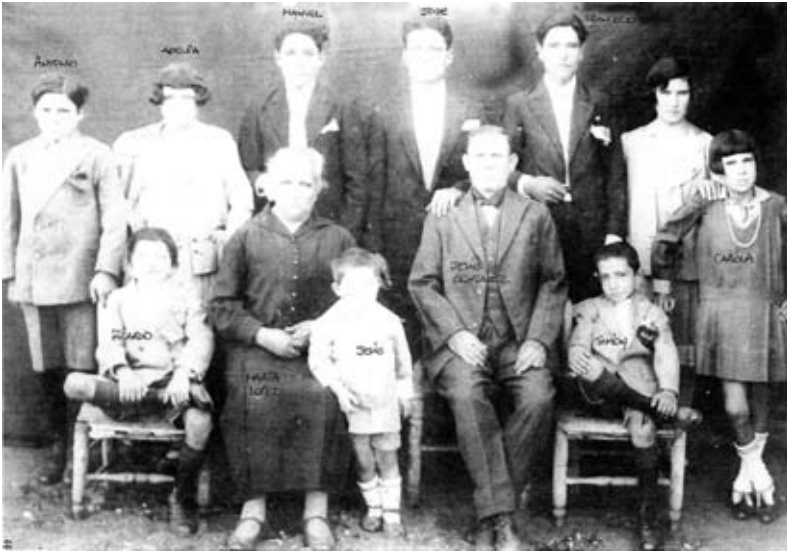
María Elina González Issouribehere

En 1908, vinieron de Alamedilla (perteneciente en ese entonces a la Región de Extremadura) mis bisabuelos paternos, Jesús González Pasareyra y María López Calvo, trayendo consigo a sus dos hijos: Isabel y José (mi abuelo).

En Alamedilla (hoy perteneciente a la Provincia de Salamanca, en la Comunidad Autónoma de Castilla y León), Jesús –que era analfabeto– trabajaba vendiendo hacienda (cabras y vacas) y María –una mujer muy instruida para su época– comercializaba calzado (alpargatas, más precisamente) de Portugal a España, favorecida por la escasa distancia que separa estos dos países vecinos.

El bisabuelo tenía 22 años, salió de “su” España no por aventurero, sino en busca de una vida tranquila, lejos de la guerra, del hambre y la tristeza que acarreaba esta situación, ya que él había estado durante cuatro largos años sirviendo al país. Deseaba que sus hijos no pasaran lo mismo que él y que no les faltara el pan...

Durante el largo viaje hacia América, la mayor de los dos hijos, Isabel, falleció en el barco (aunque no sabemos exactamente a causa de qué). Tenía 6 años. Fue una travesía triste por las circunstancias vividas, pero esperanzadora por las ilusiones de la nueva vida... Al llegar a la Argentina viajaron a Henderson (una ciudad situada al Oeste en la Provincia de Buenos Aires, Argentina) donde ya vivía un hermano de mi bisabuela, que había emigrado años antes, llamado Francisco López Calvo. Se radicaron en el campo “del Moro”, así se llamaba el paraje. Como era una zona con mucha agua y sin caminos construidos, la familia González López se trasladó a Urdampilleta (ubicada en el Centro Oeste de la Provincia de Buenos Aires) a 3 km del pueblo.



Familia González López.

El bisabuelo Jesús tenía 22 años, era una persona muy seria, retraída y de carácter muy fuerte, probablemente como consecuencia de lo vivido en la milicia y el desarraigo obligado, algo violento, con muchos tics nerviosos, según contaba mi abuelo José, no obstante era muy trabajador y solidario: a todos aquellos compatriotas, fueran familia o no, que llegaban de España, les cobijaba en su chacra,¹ proporcionándoles una parcela para trabajar y ayudándolos económicamente. La bisabuela María que tenía 24 años al llegar, sabía leer y escribir, pasaba largas horas leyendo cuanta revista o libro llegaba a sus manos. De buen temple y carácter tranquilo para sobrellevar el fuerte carácter de su esposo; era la mayor de 7 hermanos, y tuvo que criarlos a todos ya que su mamá murió cuando ella tenía tan solo 14 años.

Dejando atrás aquel viaje transatlántico, ya instalados en su “nuevo” país, alquilaron 360 has, donde vivieron toda la vida. Se dedicaron –igual que en Alamedilla– a la ganadería y la agricultura, que era muy primitiva y según decía mi abuelo se sembraba el cereal “al boleó” (con la mano), se abrían surcos con la azada y después, con arados tirados por bueyes, los obreros iban sembrando; con horquillas se hacían parvas de pasto y paja. Gracias al tem-

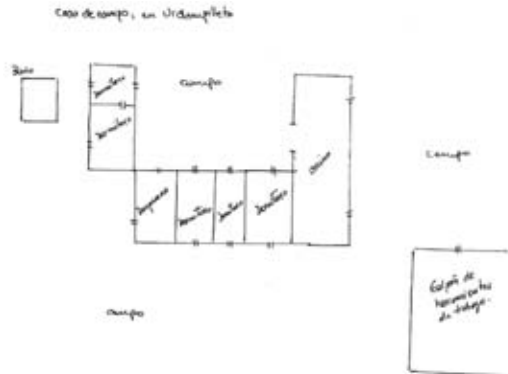
¹ Granja, explotación ganadera (N.E.).

peramento del bisabuelo los obreros lo respetaban mucho y se ordenaban (ya que peleaban a menudo).Tuvieron 9 hijos más, todos argentinos.

Cuando el abuelo José tenía 12 ó 14 años vino su abuelo de España, o sea mi tatarabuelo, llamado también José González, a traer a un hijo de 10 años, Manuel Antonio, que dejó al cuidado de Jesús y se regresó a Europa. Así entonces quedaron en Argentina, los dos hermanos González Pasareyra –Jesús y Manuel–, y el Calvo –María y Francisco–.

Mi abuelo creció lejos de su tierra natal, aprendió a leer y escribir, sabía mucho de matemáticas. Aunque nunca olvidó ese pequeño lugar rodeado de encinas y montañas, que, a pesar de estar situado lejos de las capitales, habla dos idiomas diferentes como el español y portugués. En los cuentos que me narra durante la infancia (los mismos que su mamá le contaba a él mientras ella hacía las tareas de la casa para que se durmiera...) pintaba cada rincón de Alamedilla, ubicando cualquier hada o príncipe en alguna piedra entre España y Portugal. Siempre recordaba los pasteles españoles que cocinaba su mamá y los ponía en un fuentón enlazado en celeste (*sic*) o la despensa (almacén) que poseían en la próspera chacra y que estaba bien provista de alimentos, además de “adornada” al mejor estilo español con los chorizos y jamones colgados, (¿serían tan ricos como el de Guijuelo?). Más tarde compraron máquinas y caballos, viajaban en carro y en sulky², hasta que en 1924 mi bisabuelo compró un auto, un Chevrolet de cortinas, que por cierto nunca aprendió a manejar.

La casa que albergó a esta familia española era así:



² Pequeño y ligero carruaje americano, típicamente de carrera (N.E.).



Foto de casamiento. José González López, Marta Virtudes Cordero Herrero, 14 de junio de 1934.

He tratado brevemente de contar la historia de mis bisabuelos y abuelo, a través de los ojos de José y de mi papá Alberto, una reseña que matiza la tristeza y nostalgia sentidas por los protagonistas por abandonar su tierra, y la alegría de haber encontrado a tantos miles de kilómetros una luz de esperanza en la “nueva” tierra en la cual sembraron todas las tradiciones salmantinas que trajeron en la maleta y que aún hoy conservamos. El “por qué” del título de la historia tiene su origen en que luego de 96 años, fui a conocer ese pueblo, el de “mis raíces”. Llevé a mis bisabuelos y abuelo en una foto (y en mi corazón, claro) para que me guiaran por las calles adoquinadas, y así poder armar el rompecabezas con los recuerdos de ellos expresados través de tantos relatos y lo que iba viendo cuando llegué... los años pasaron, sí, pero fue fácil encontrar ciertos detalles del paisaje que aún siguen vigentes, y también afirmar la que la calidez de los habitantes era cierta.



Alamedilla, julio 2006.

La tristeza del recuerdo y la añoranza por regresar de mi abuelo, aunque fuera una vez, estoy segura se apaciguó por un momento, en el instante mismo que recorrimos los cuatro juntos Alamedilla, disfrutando del mismo sol que los vio trabajar a Jesús y María, o jugar a José, y respirando el mismo aire que les otorgó la valentía y el coraje necesarios para dejar todo alguna vez y buscar un destino mejor... Ellos lograron su objetivo en el país que me vio nacer, Argentina, aunque nunca olvidaron “su” España querida...



Encinar de Alamedilla, Salamanca, España.

Mujer e inmigración a mediados del siglo XX

María Luz González Mezquita

Este trabajo pretende ser un emotivo homenaje a mi tía, Gloria Mezquita, una luchadora permanente que supo sobreponerse a las dificultades de una vida dura con fuertes desafíos. Lo consiguió, según todos reconocen, porque tenía una especial fuerza de carácter y por la impronta que reciben las mujeres nacidas en la meseta bañada por el Duero.

Como otras mujeres, por alguna o por varias razones, emigró a la Argentina cuando tenía veinticuatro años. Desde hace algún tiempo, ha vuelto a vivir en Benavente, “su tierra” zamorana. Con ella he hablado en muchas oportunidades en Argentina y en España y he compartido momentos de su vida.

Aunque la historiografía haya dado respuesta satisfactoria a la pregunta sobre las causas de la emigración y actualmente se conozcan los motivos por los cuales millones de europeos abandonaron su continente, siempre resulta interesante la versión que los propios emigrantes ofrecen de las razones que los decidieron a dar un paso tan decisivo en sus vidas. La escasez de tierras, las dificultades económicas, las guerras, el largo servicio militar, los estímulos recibidos desde Argentina por parte del gobierno y mediante el sistema de cadenas migratorias, y el escaso horizonte que el Viejo Continente ofrecía, aparecen como constantes motivaciones frente a las posibilidades que prometía el Nuevo.

Argentina fue desde mediados del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX, un lugar de arribo para miles de inmigrantes de variado origen. Entre los grandes contingentes de italianos y españoles, destaca una numerosa colectividad castellano-leonesa que no ha recibido hasta hace pocos años, atención suficiente. Los inmigrantes que arribaron a Argentina provenían de una zona que no ha sido especialmente favorecida por la geografía y que se ha convertido a lo largo del tiempo en expulsora de sus habitantes.

Gloria nació en Frieria de Valverde (en la época era una consigna identificarla como parte de la *Provincia de Zamora, partido de Alcañices, obispado de Astorga*), una población dedicada a las actividades agropecuarias a pocos kilómetros de Benavente, que actualmente tiene unos 300 vecinos. Allí residen hoy nuestras familias integradas a la actividad comarcal. *Conocíamos a mucha gente de los pueblos de los alrededores porque venían a bailar a Fiera: Pubblica, Santa Cristina, Burganes, Villaveza, Tábara, Faramontanos y Navianos*. Se trata de familias numerosas dedicadas a las tareas habituales en la zona: cría de ganado lanar, agricultura, comercio. *Muchas veces fui a segar en verano y con las vacas y el arado. También en invierno, hacíamos “droga” con una planta de jara y la vendían para hacer perfumes. Se arrancaba y se cocía en la dehesa del duque de Sotomayor.*

Para reconstruir la historia de vida de Gloria, he conversado con ella muchas veces y he cruzado algunas ideas con miembros de mi familia y de la suya, si las consideramos en sentido estricto. Aunque haya pasado mucho tiempo (cincuenta años), todavía afloran distintas anécdotas, o las mismas, quizá ya por todos conocidas, de sus tiempos jóvenes en España y Argentina.

De su personalidad se debe rescatar su carácter frontal, el apego al trabajo y su espíritu de sacrificio, su posibilidad para enfrentar nuevos desafíos y su facilidad para establecer relaciones interpersonales entre las que se debe destacar su predisposición a la solidaridad que practicó también con los familiares que dejó en Zamora. Estas y otras virtudes se reafirman ante la presencia de la sociedad nacional que –según testimonios– no las practicaba en la misma medida que los grupos inmigrantes, que intentaban conservar sus principios, sus usos y costumbres.

Sería imposible para mí olvidar sus historias del pueblo, los personajes famosos de la comarca o las participaciones en romerías, fiestas patronales y bailes de verano. Al mismo tiempo, estos recuerdos se integran con los que pertenecen a la vida que desarrolló en Mar del Plata: su amor por la playa en los veranos repletos de turistas, los largos paseos por la costa, los asados en la laguna de los Padres o en el camino a Miramar y los viajes a Comandante Nicanor Otamendi.

En este punto, algo que parece no afectamos, se convierte en un valioso repertorio de anécdotas y relatos que nos transportan a otra época en la que se desarrollaron sus años de juventud que, en parte, hemos compartido.

Es interesante escuchar su versión de los hechos que produce una rara sensación en la que se mezcla la nostalgia por el pueblo y el cariño por la patria nueva. Siempre recuerda que *la vida de los inmigrantes es muy dura, pero también hay satisfacciones, se conoce gente nueva, uno no sabe bien con qué se va a encontrar, siempre hay sorpresas.*

En la valoración de estas narraciones debemos tener en cuenta que la representación del pasado no se limita al recuerdo de hechos que hemos vivido, sino que incluye acontecimientos contados, sucesos que merecen ser recordados y que permanecen intactos en la memoria de un grupo. Los actores sociales seleccionamos del pasado algunos aspectos, haciendo recortes del mismo que se conforma, muchas veces, de acuerdo con las necesidades del presente. Así, los actos de recuerdo individuales sobre un pasado que se considera colectivo son, al mismo tiempo, actos para construir identidades mediante los cuales nos incluimos en un grupo de pertenencia.

Así entendida, la memoria personal no es una construcción totalmente individual, sino un tejido de memorias: nuestro pasado se construye también de recuerdos ajenos, de lo que otros nos han contado, de experiencias por las que no hemos pasado personalmente. No creo ser objetiva en la transmisión de estos recuerdos pues soy consciente de que, al mirar al pasado para comprenderlo, haré una selección para construir una interpretación de la realidad a través de categorías y códigos, muchas veces, compartidos con la misma protagonista.

Los recuerdos que los inmigrantes aportan, permiten establecer una aproximación a la visión que tuvieron de sí mismos, del medio receptor, de su interacción con el mismo, así como de la perspectiva con la que, desde el presente, construyen esta historia. Al mismo tiempo, podemos reflexionar sobre los procesos que llevaron a la construcción de su identidad.

El viaje España-América se presentaba como una oportunidad para mejorar una situación material que carecía de expectativas de futuro y se planteaba como una alternativa de trabajo que permitiría un pronto regreso en mejores condiciones económicas. Los años posteriores a la Guerra Civil no eran alentadores desde el punto de vista de una joven con aspiraciones. Faltaban recursos y no abundaban las oportunidades en un medio dominado por actividades agropecuarias o con algunas actividades comerciales, sobre todo, itinerantes. *Mientras duró la guerra las mujeres tenían que hacer todos los trabajos, incluso los más duros pues los hombres no estaban en el pueblo o pasaban largos años haciendo el servicio militar.* Cuando decidió viajar lo hizo *por supuesto, para mejorar tal como le habían contado que sucedía en América.*

Resulta evidente que parte de la juventud de Gloria había transcurrido condicionada entre las actividades derivadas del cultivo de las parcelas familiares y los trabajos derivados del cuidado del ganado en el pueblo. América se presentaba como una alternativa no sólo económica, sino como un cambio en el tipo de tareas desempeñadas, como un paso del mundo rural al ámbito urbano.

Los comienzos de esta historia presentan, como en otros casos, alternativas difíciles. Las imágenes de la salida de España y del posterior viaje y llegada a Argentina, están teñidas de valoraciones relacionadas con el dolor por el desarraigo y el choque de culturas distintas, si bien similares en apariencia. Gloria salió de España en 1951 con su prima Celerina. El viaje fue difícil debido a problemas derivados de la larga travesía. La escala en las islas Canarias permitió el acceso a paisajes y gentes diferentes que abrían un mundo nuevo y lleno de incertidumbres. *El barco de carga que me traje era de la empresa Dodero y tardaba 16 días en hacer el trayecto.*

Estas circunstancias marcaron la vida de sus protagonistas y se la observa en casi todos los inmigrantes que recuerdan en detalle el nombre de los barcos y la nacionalidad de la empresa a que éstos pertenecían, la fecha de partida y la de arribo al puerto de Buenos Aires, y las condiciones precarias del viaje. La llegada a la capital argentina supuso un fuerte impacto y permitió el primer contacto con quienes habían sido las referencias locales. Encontró a numerosos primos argentinos de la familia Martín vinculados a las recién llegadas por la línea materna. Un problema preocupante fue cómo conseguir trabajo pues, en contra de las noticias que las habían impulsado a venir, las oportunidades laborales escaseaban y la economía argentina no era tan floreciente como creían.

En una primera etapa, fue necesario aceptar la generosidad de algunos parientes y luego obtener trabajo a partir de las relaciones que se establecían con la ayuda de familiares y recientes amigos. El tiempo pasaba y las deudas eran acuciantes ya que *...los pasajes se habían pagado con un préstamo y era necesario devolverlo.*

A su llegada a Mar del Plata, vivió en la casa de uno de sus primos, Valentín, que la había “reclamado”. Esta familia estaba formada por su primo, su mujer y dos hijas. En realidad, los Martín eran ocho hermanos, hijos de una hermana de la madre de Gloria, nacida en Frieria de Valverde, casada con un joven de San Pedro, también de la misma zona¹. En Argentina se hicieron estancieros y formaron un grupo familiar numeroso con notable éxito económico. Celerina, por su parte, fue a vivir con su hermana, Emiliana, casada con Carmelo, que había llegado a Mar del Plata algunos años antes. “La llamada” era una modalidad que se utilizaba eficazmente. Teniendo un familiar en el lugar de destino, en este caso primos, no sólo se posibilitaban las gestiones sino que se conocían de antemano las oportunidades y características del medio. La familia en Argentina constituyó una referencia y guía imprescindible.

¹ Lugares de la provincia de Zamora, relativamente cercanos a Benavente, siendo, probablemente, el denominado San Pedro el que lleva el sobrenombre de Ceque (N.E.).

dible, el apoyo y el respaldo afectivo necesarios para compensar el abandono de sus familias y su patria.

Para poder vivir en Argentina era necesario que los parientes residentes se hicieran responsables de quienes querían cruzar el Atlántico. El permiso para entrar se conseguía con una invitación o carta de llamada para *demostrar que se tenía un oficio, que no había problemas de salud, que no se era mendicante y que nunca se había tenido problemas con la justicia.*

La adaptación a un espacio geográfico muy diferente, a nuevas necesidades edilicias,² de comidas, costumbres y vestido y a nuevas actividades económicas, demandó considerables esfuerzos a la recién llegada. Los testimonios dan cuenta de las dificultades enfrentadas a poco de llegar a Mar del Plata: una ciudad marítima de actividades turísticas ubicada en la costa sur de la provincia de Buenos Aires que actualmente ha triplicado su población y tiene unos 700.000 habitantes estables. Encontró un clima ventoso y húmedo, muy diferente por cierto del que tenía la población de la seca meseta castellana de la que provenía.

Si bien su buena predisposición y carácter abierto la ayudaron, no debemos suponer que la integración con los criollos fuera rápida, las diferencias culturales existían y durante algún tiempo sufrió las dificultades propias de la adaptación al medio.

Comenzó colaborando con las tareas domésticas de la casa que la recibió y pronto se estableció un vínculo afectivo con los integrantes de la familia que la acompañaría para siempre. A juzgar por los pasos que dio, suponemos que, con el tiempo, logró una integración significativa pues escribió alentando a su hermano Víctor, por entonces residente en Barcelona, para que viajara a la ciudad. Pasado un año ya había conseguido convencerlo y llegaba para ingresar en el sector laboral terciario como empleado de un importante negocio dedicado a la venta de alimentos que era propiedad de un leonés: la *Estrella Argentina*.

Su hermana, Herminia, llegó un año después con su familia y con *Juana que se había casado por poderes con Víctor*. Según *Herminia Gloria fue la primera y se quedó a trabajar con un primo: Valentín. Luego le llenaron la cabeza con América a Víctor y luego él nos convenció a nosotros*. Se repetía la representación de una tierra prometida, que constituía una esperanza alentada por los previos inmigrantes de la misma familia que promovían el viaje para “hacer la América”.

² La autora se refiere a las necesidades de servicios públicos, obras públicas y edificaciones (N.E.).

Pasado algún tiempo, Gloria agregó, a su colaboración en los trabajos en la casa, un empleo como operaria de una fábrica de pescado que se llamaba la *Marplatense*. Esta oportunidad era resultado del notable desarrollo de la industria pesquera marplatense destinada a la elaboración de pescado y conservas. Allí considera que hizo muchos sacrificios porque se entraba a trabajar en horas de la madrugada, tenía que salir de noche de su casa, esperar el medio de transporte público en un lugar solitario y peligroso donde no pocas veces tuvo que recibir alguna ayuda para evitar los asedios de virtuales atacantes. Sin embargo, reconoce que, a pesar de todo, *tuve suerte pues por mis habilidades me ubicaron en un sector de máquinas que era más favorecido que el de trabajo manual de fileteado de pescado.*

Otro sector que proveía muchas plazas de empleo en la ciudad era el hotelero. En el verano debido a la numerosa afluencia turística que había comenzado a partir del primer tercio del siglo, el movimiento de población tendía a incluir sectores sociales medios. Superada la etapa de turismo elitista, proliferaron los hoteles de diferentes categorías que ofrecían tarifas más accesibles que los de primera. Tanto Gloria, como su hermano desarrollaron estas actividades que en su caso fueron en el *Hotel Balear*.

En la década de los 60 consiguió alquilar una pequeña librería con venta de diarios y revistas ingresando a un gremio local de vendedores de diarios y revistas. Sus actividades siempre se desarrollaron en el ámbito privado y no tuvo necesidad de obtener carta de ciudadanía, situación similar a la de quienes no aspiraban a un trabajo en la jurisdicción oficial.

Años más tarde, se casó con Pablo García, oriundo de Bercianos, también del Valle de Valverde. Compraron una librería en la calle Independencia y 9 de julio en una zona de importante desarrollo comercial y turístico. El emprendimiento era familiar y los esfuerzos compartidos.

En la misma actividad, cada uno con su negocio, se desempeñaron las familias de Herminia y Víctor. *En esos años se podía comprar a pagar en cuotas, a varios años y así compraban todos. Pero hicimos mucho sacrificio y trabajamos mucho. Muchas veces fui a pasar los fines de semana con mis tíos.*

Siempre me sentí bien recibida tanto por parte de ellos como de sus vecinos inmediatos que eran italianos –Talina y don Genaro– y formaron con la familia de Gloria valiosas redes de relaciones solidarias y afectivas.

La formación de estas redes forma parte de las estrategias que los nuevos habitantes de la ciudad implementaban para establecer contactos formales e informales para consolidar su posición a nivel local, partiendo de las vivencias que compartían por ser extranjeros.

Las experiencias de Gloria en su relación con el medio, fueron parecidas a las de otros inmigrantes, tal como surge de las historias contadas por compatriotas que compartieron tardes de sidra y de interminables partidos de naipes

jugando a la “brisca”. Recuerdo con especial agrado su predisposición para cocinar platos que eran siempre abundantes y ofrecidos con generosidad: paelas, tortillas, sopas de ajo, “cascarones” (*sic*), manifestaciones de una cocina con fuerte impronta castellana que siempre mantuvo a lo largo del tiempo.

Cada uno de los amigos que encontró en Mar del Plata, imprimieron a sus experiencias rasgos distintivos que los hacen particularmente interesantes, y que reflejan sus personalidades y sus pautas culturales que permitieron una mayor o menor adaptación a las nuevas realidades conservando tradiciones y recreando esas tradiciones en el medio que les tocó en suerte.

La mayoría de quienes ya tenían varios años de residencia, trataban de hacer lo posible para lograr la integración en el medio local. Al mismo tiempo, mantenían fuertes vínculos con los familiares que habían permanecido en España.

La experiencia de la migración fue traumática. *No era fácil adaptarse a las nuevas formas de hacer las cosas, aprender los nombres diferentes y aceptar las costumbres locales.*

La construcción de la identidad es cultural y se produce a través de un proceso de permanente transformación. Este caso, sirve como ejemplo para analizar la manera en que tiene lugar las modificaciones que llevan a la asimilación en un contexto sociocultural necesariamente diferente de aquél en que ha formado su personalidad quien en un momento de su vida tomó la decisión de desarrollarla en otro medio, cuyos valores y sistemas de conocimiento le resultan, en un principio, diferentes.

El inmigrante debe, a un mismo tiempo, asumir la pérdida y asimilar las nuevas pautas culturales, situación por demás difícil. En definitiva, su identidad será resultado del diálogo entre los códigos culturales propios y los del medio receptor.

Gloria mantuvo la fidelidad a sus raíces pero fue una ferviente admiradora de la cultura local. Por otra parte, debe considerarse su facilidad para adaptarse a los cambios en general. En poco tiempo aprendió a manejar su propio automóvil y llegó a familiarizarse en escasos meses con un Jeep Ika que le permitía circular por la ciudad y acceder con facilidad a los campos aledaños donde tenía amigos y parientes a los que visitaba con asiduidad.

A favor de la asimilación del inmigrante obran distintos factores como la incorporación a los circuitos económicos, el involucrarse en la problemática del país que los recibe y la incidencia de una institución homogeneizadora, como lo es la participación en bailes y reuniones sociales en asociaciones relacionadas con las regiones españolas: asturiana, gallega y en especial, el Centro Región Leonesa que hoy es el Centro de Castilla y León.

El problema de la identidad estaba presente en todo momento y ocasionó diferentes situaciones. En el medio se produjeron reacciones diversas frente

a los recién llegados. Mientras algunos daban muestras de buena disposición, otros mostraban alguna agresión cuando los calificaban de “gallegos” sin hacer referencia a su origen geográfico y con alguna reminiscencia de xenofobia.

Tratar de lograr una adaptación no significó abandonar las costumbres ni olvidar las raíces. A este último aspecto, contribuyeron en no menor medida, las relaciones entabladas con españoles de diferentes regiones peninsulares con quienes podían compartir recuerdos y vivencias comunes del “terruño”.

En la primera etapa fue importante la relación con otros inmigrantes, algunos de la misma zona en Zamora, con quienes podían preservar sus costumbres y su historia y compartir las nuevas experiencias tanto como el recuerdo de las pasadas.

El contacto con el medio local, trajo con el tiempo, entrañables amigos argentinos que fueron aumentando en función de relaciones personales y hasta comerciales. La identidad como inmigrantes se construyó en relación con el medio, manteniendo costumbres personales traídas de más allá del Atlántico, en comparación con las costumbres locales para poder definirse frente a los demás.

A esto contribuían los que los definían, por ser extranjeros, como iguales o diferentes, los “otros”. Con su historia y su memoria, los inmigrantes se paraban frente a los “otros” para legitimar su imagen y su presencia en los espacios americanos.

La historia de los inmigrantes contribuye a la construcción de la Historia argentina contemporánea. Hoy todo es más fácil en el mundo de las comunicaciones pero cuando llegaron, perdieron la posibilidad de tener noticias del “pueblo” ya que sólo tenían las cartas, los telegramas, algún excepcional llamado telefónico, las noticias en el “parte” o alguna película y el NO-DO. La pertenencia y el desarraigo forman parte de una relación dialéctica en la definición de su identidad. Una vivencia que hoy se describe como el síndrome “Aquiles”, pone de manifiesto el sentimiento de sufrir una disyuntiva entre el “allá” y el “acá”. Con mucho esfuerzo, integraron en diferente grado los dos ámbitos y se convirtieron en verdaderos “anfibiaos culturales” transmitiendo una forma de ver la vida a sus descendientes a través de comidas, música y tradiciones.

Este proceso atravesó etapas de diferente grado de intensidad para lograr una auténtica transformación. Al comienzo sentían con mayor intensidad la pertenencia a una cultura previa y asistían a espectáculos españoles tales como las Romerías de España o a espectáculos protagonizados por artistas españoles como Miguel de Molina, entre otros. En la presentación de este cantante en la década de los sesenta en Mar del Plata, se produjo una auténtica

ca avalancha de público que ocasionó no pocos peligros. Luego asistieron de manera casi sistemática a las presentaciones que con frecuencia anual ofrecía el ballet español de Ángel Pericet. Pero, al mismo tiempo, empezaron a disfrutar del folklore argentino o del tango. Otro ejemplo de esta dualidad en su identidad se manifestaba en el fanatismo con que podían seguir los partidos de fútbol tanto si jugaba la selección española como si lo hacía la argentina.

La muestra más evidente de lo que significa ser emigrante se puede comprobar en procesos de la actualidad porque conocemos muchas personas que forman parte de procesos migratorios en todo el mundo, en su mayor parte, e irónicamente hacia Europa. Un caso son los argentinos que van a España para mejorar su situación económica. Las personas que se van de sus lugares de origen, aún las que no tienen familia o conocidos siempre dejan algo detrás que añorarán en diferente medida aunque crean que pueden suplirlo con otras cosas.

Gloria se adaptó a las costumbres de su nuevo país pero tuvo que pasar, como otros compatriotas, una serie de etapas, yo más bien diría “pruebas”, que marcarían para siempre su vida y su personalidad, dejando cicatrices que, al menos por las actitudes que me tocó observar, nunca se cerrarían en forma definitiva. Gloria y su familia viajaron a Europa en barco a principios de los setenta en un viaje turístico al que llevaron su automóvil NSU Prinz comprado en Argentina con el que recorrieron toda España. Las experiencias de su itinerario incentivarono sus deseos de volver a la patria de origen ante las mejoras que se evidenciaban en el campo económico español.

En el año 1974 volvió con su marido y sus dos hijos para radicarse en Benavente. Sufrieron las consecuencias por las medidas tomadas por el ministro Celestino Rodríguez conocidas a nivel local como el “rodrigazo” que redujeron el valor de las propiedades a cifras casi simbólicas en Argentina. En 1975 Gloria volvió a Argentina y repitió experiencia en 1989. En la actualidad recuerda su país de recepción como un lugar añorado y querido. Siempre mantiene la expectativa de volver a pasar por Argentina. Durante muchos años fueron frecuentes sus preguntas por los amigos que dejaba en Mar del Plata. Mantiene vínculos afectivos con su familia al otro lado del Atlántico y está dispuesta a recibir a todos los que pasen por Benavente con una actitud abierta y receptiva fruto, tal vez, de las experiencias vividas.

Mi vida en Argentina

Heliodoro González Yebra

Perdonen lo irregular de mi escritura, me falla el pulso, lo tenía muy bueno para manejar las gubias y formones. Como les demuestro, podía escribirles a máquina, pero quise que fuera el trabajo de ese emigrante que dejó España hace 54 años, para buscar mejor forma de vida, aunque yo en el pueblo vivía bien, ya tenía taller y buena clientela. El problema surgió a causa que me enamoré de una muchacha pobre de capital pero rica en virtudes, y mis padres no la aceptaban, me hacían la vida imposible.

Mi novia tenía un tío en Argentina y le pedimos si nos reclamaba, lo que hizo de buen grado. Al ver su voluntad, le pedimos si nos pagaba el pasaje yo traería la herramienta para poderme establecer a lo que accedió. Nos sacó los pasajes para un barco argentino que se dedicaba a transportar personal, nos compró los pasajes para salir de España el 8 de marzo para tener tiempo de comprar las herramientas. Salimos para Bilbao el día 1º. El barco iba a Bilbao para abastecerse de las provisiones para el viaje que iba a hacer sin escalas, cuando llegó el aviso que se demoraba la salida, ya no estábamos para recibirla: estaba en reparación en Alemania y no sabían cuándo podía viajar. Ante esta situación, yo me conseguí empleo en una carpintería, en definitiva embarcamos el 28, ya habíamos recibido aviso de otros atrasos.

Mi señora estaba embarazada. Al llegar al camarote eligió la litera de abajo, las camareras le dijeron: “Usted que es joven, arriba”. Les mostró su situación y se armó un gran revuelo: iba a nacer un bebé a bordo. Se enteró el capitán y que después de 7 meses no se podía viajar, por lo que nos quería hacer bajar del barco, le planteamos que el problema lo había tenido el barco por los atrasos y que estaba el equipaje en bodega que se nos complicaba demasiado, en esta situación en el revuelo, se enteraron los médicos: uno español se borró, un argentino se hacía cargo y también las enfermeras. Mi

señora tuvo un viaje normal para su estado. Cuatro días antes de llegar a Argentina, nació mi hijo con un parto complicado que el doctor resolvió porque su esposa había tenido un parto parecido. Al llegar a Buenos Aires una prima que había estado trabajando conmigo nos fue a buscar, quería que me quedara el Buenos Aires, ya tenía taller y yo le venía bien por más del oficio, el problema que ningún emigrante se podía quedar a menos de 700 km de Buenos Aires, un primo nos había ido a buscar, estuvimos 5 días en la Capital, las enfermeras la visitaban a mi señora para cuidar de su estado. Mi señora se animó a viajar en tren 700 km a Bahía Blanca.

Tuvimos un problema: que no había vivienda para alquilar, si había desocupadas no las alquilaban, no podían desalojar al inquilino, aunque el dueño la necesitara o no pagara, Dos primas tenían la casa en el mismo solar, una nos dio el dormitorio y la otra cocina y comedor compartido con ella.

A los 7 días empecé a trabajar en una carpintería, justo enfrente había solares disponibles me hice con uno, aprendí de albañil y me empecé a construir la vivienda el sábado por la tarde y los domingos. Yo colocaba ladrillos y mi señora me hacía de peón con los materiales. Las navidades ya las pasamos en nuestra casa. Me enteré que el Banco Industrial daba créditos para comprar máquinas y la garantía era la misma máquina prendada, a continuación de la vivienda empecé a hacer local para taller, solicité el crédito y me lo acordaron, el problema que la corriente estaba a 100 metros, la solicité, no me daban pelota, tenía un primo que era sargento de bomberos y le planteé la situación que el problema se solucionaba con un político, que él conocía a un diputado pero para pedirle algo había que llevarle un presente, no se podía ir con las manos vacías.

Se me ocurrió que el mejor presente era un busto de la señora de Perón, Evita, que era la adoración de todos los argentinos del partido, lo hice se lo entregué y a los 8 días podía instalar las máquinas que quisiera. Me fui del trabajo y me puse por mi cuenta, compré una máquina, la más necesaria, y tenía herramienta, y dientes me fue fácil conseguir.

Mi hijo que nació en el barco lo quise hacer ciudadano español y no lo ha conseguido por problemas que no conseguí la partida de nacimiento que exigen, la que tiene esta muy deteriorada y la original esté en el libro del barco. El barco no existe y el libro nadie sabe de él, ese es el problema, tiene documentos de identidad y de la universidad, es ingeniero electricista en Palencia, también ha trabajado para telefónica.


Como el capital que hice en España no me sirvió para nada yo no tenía nada, no me dieron ni la herramienta, doy poco valor a lo material, más a lo social: Soy fundador de un “Banco Cooperation”, hicimos edificio nuevo y yo era el presidente del consejo y pasé por todos los cargos durante 30 años. También fundé la Sociedad de Fomento de la villa balnearia donde tengo la

casa de fin de semana, esto es Monte Hermoso. Fui Presidente durante 25 años hasta que conseguí todos los servicios que prestaba el ayuntamiento, todo haciendo algún trabajito tallado para las autoridades ya me retiré de toda actividad social. Me falta el oído y la memoria, tengo dos hijos el ingeniero y el médico y los dos salieron como yo pretendía, no quisimos tener más familia, no como los Mibra (*sic*) que fueron 7 hermanos.

Los habré aburrido con mi relato, les pido mil disculpas por la molestia de atenderlas, como verán mi vida ha sido bastante complicada pero llena de satisfacciones. Un saludo muy cordial un fuerte abrazo y que Dios quiera les pueda saludar personalmente.

**EXPOSICION
DE PIEZAS DE ARTESANIA**

1 Escudo heráldico de Mons. Esorio	cedro
2 Reforma y ampliación del trono de la Catedral de Bahía Blanca	cedro
3 Tenebrero, sitialos y sillones de las autoridades de la Catedral de Bahía Blanca	cedro
4 Mesita idalgúica	cedro
5 Escudo Municipalidad de Coronel Dorrego	cedro
6 Escudo FOECYT	raulí
7 7 bis Mío Cid	cedro
8 Mesa estilo propio	raulí - negal morera - sabugero
9 Sillón Renacimiento	cedro
10 Sillón plateresco	raulí
11 Ciervo en Bruma	raulí
12 Mesa comedor barroca	cedro
13 Dormitorio colonial barroco	raulí
14 Alto en el camino. Escudo vitrina Club Villa Mitre	cedro
15-15 bis Bargueño plateresco	cedro
16 Cofre para bandera	cedro
17-17 bis Paneles del Fortón del Colegio Pedro Goyena de Bahía Blanca	cedro
18 Pasa platos barroco	cedro
19 Tarde de sol y arena	cedro
20 Escudo de la Municipalidad de Bahía Blanca (Pieza adquirida por un miembro de la Embajada suiza para su colección privada)	cedro



La Fabelosa magia de la Fantasia... hecha madera...
Tal nos lo demuestra el extraordinario TALLISTA
"H. GONZALEZ YEBRA"
ALBERDI 1758

WU

En 1989 presento sus obras en el Centro Cultural del Banco Cooper sur y varias filiales de la ciudad de Bahía Blanca.

Señores: poeta no soy,
pero me voy a inspirar,
con el silbido del viento
y con el ruido del mar.

No sé de rimas y estrofas,
yo nací para otra cosa,
mi misión es vigilar
Que los barcos no vayan a encallar.

Los jefes de la Marina,
después de mucho analizar,
aquí me decidieron colocar
era el lugar ideal para ayudar a los barcos a
navegar.

Por mi altura, podía mirar
la belleza de la Pampa
y la inmensidad del mar.

Tengo una hermana en París,
de la que me siento muy orgulloso,
y también soy muy feliz
de estar aquí en Monte Hermoso.

Ella se abrazó a un río,
a mí me gusta el mar,
y quisiera que mis huesos
aquí fueran a quedar.

Nací hace 91 años,
mucho tiempo ha pasado
y me he deteriorado,
por lo que necesitaba que fuera reparado.

Ya me dolían los huesos
y la piel tenía marchita,
por eso hicieron
que me viera un especialista.

Después de examinarme con la mayor atención,
aconsejó una urgente reparación;
el gobernador se enteró
y a Monte Hermoso un subsidio le dio.

El día 17 de Marzo de 1997,
me lleno de emoción,
hoy se produce
mi reinauguración.

Hoy me siento muy feliz
por recibir la visita
del señor gobernador
Y toda su comitiva.

El intendente Marcelo,
que puso todo su empeño,
para que hoy me viera
como si fuera nuevo.

Al pueblo de Monte Hermoso,
que vi nacer y crecer,
les pido por favor,
no me dejen envejecer.

A los turistas oía murmurar
si me podían visitar,
hoy ya les puedo decir
que los puedo recibir.

A muchos barcos
evite encallar
hoy por su tecnología
solo los veo pasar.

De aquí es un placer ver
lo hermoso que es el amanecer,
cuando el sol empieza a asomar,
yo me voy a descansar.

Mucho más podía contar
de toda mi larga historia,
pero como tengo muchos años
ya me falla la memoria.

Yo, el faro

La hice para el gobernador, el faro esta a 200 m de mi casa, es de estructura metálica de ahí el deterioro y la hermana fue hecho en Francia por la misma empresa que la torre Eiffel.

Distinción a neonatólogo

Se trata del Dr. Ángel González Yebrá, instructor de residentes de Neonatología del Hospital Penna, quien a fines del año pasado obtuvo el primer premio de un concurso organizado por el *Pediatrx Medical Group, inc.*, el grupo médico más importante de EE.UU. en el campo de la medicina perinatal.

El certamen, organizado a través de su página web y en el cual participaron neonatólogos de distintas partes del mundo, consistió en una serie de casos que debían ser diagnosticados correctamente. Al finalizar el Dr. González Yebrá fue premiado como el "Diagnosticador del año". El segundo lugar fue logrado por un norteamericano y el tercero por un israelí.

La especialidad

Ángel González Yebrá integró el plantel de profesionales de nuestro hospital desde el año 1985 en que ingresó a la residencia de pediatría, previo paso por la Universidad de La Plata. Más tarde ingresó al servicio de Neonatología como médico de guardia, en donde también realizó la especialidad y se constituyó en el primer instructor de la residencia cuando esta se abrió en 1990.

Con el tiempo realizó una pasantía en el Children's Hospital de la ciudad de Albany, en el estado de New York, EE.UU. y hoy está nuevamente al frente de la instrucción de residentes.

- Cuéntenos sobre su especialidad...

La neonatología es la atención del recién nacido, que abarca generalmente hasta el primer mes de vida, pero que puede extenderse hasta los 3 meses en chicos que nacen prematuros con menos de 30 semanas de gestación, que de hecho son nuestra mayor demanda.

Es una especialidad dura ya que se registra un alto grado de decesos y complicaciones de los pacientes a causa de su fragilidad. Pero a su vez es un área muy gratificante cuando las cosas salen bien, que son la mayoría de las veces, ya que entregar a los padres un hijo recuperado de su enfermedad sabiendo que tiene toda su vida por delante es una satisfacción inmensa.

- ¿Por qué eligió esta especialidad?

Al finalizar la residencia de pediatría opté por la neonatología porque siempre me gustó la medicina intensiva y los recién nacidos,

especialmente prematuros. Son pacientes muy críticos y delicados que requieren terapia intensiva. Su especial fragilidad hace que el poder asistirlos sea un desafío y cuando los resultados son positivos una gran satisfacción.

- ¿Cómo es la relación médico-padres?

Nuestra particularidad, en relación con otras especialidades en cuanto a la relación con los pacientes y sus familiares, es que los recién nacidos no tienen posibilidad de expresarse. Por lo tanto los padres deben confiar plenamente en el médico y los médicos deben realizar una alianza terapéutica con los padres. La confianza es la base de esta relación.

El premio

El *Pediatrx Medical Group* es un grupo médico integrado por los neonatólogos más prestigiosos de los EE.UU. Su principal función es la de promover la investigación y el estudio en el campo de la medicina perinatal.

Dicho grupo posee un sitio de internet (www.natalu.com-a-university-without-walls), al cual están suscriptos más de 3000 médicos neonatólogos de todo el mundo. A través del mismo se organizó un concurso denominado "Natal-U Diagnostician of the year award". Este consistió en la presentación mensual de un caso clínico a través de una fotografía o una placa radiográfica sobre la cual los médicos que concursaban en todo el mundo tenían que brindar el diagnóstico correcto de la patología. El concurso duró 1 año, de modo que 12 casos distintos fueron presentados, y su ganador fue el Dr. González Yebrá.

En tal sentido el profesional bahiense considera que la distinción no es sólo un logro personal, sino que también es fruto del hospital. "Mi formación fue básicamente en el servicio de Pediatría y Neonatología del Penna, más allá de alguna experiencia en Buenos Aires y más tarde en EE.UU. Pero es aquí donde me he desarrollado como neonatólogo", y agrega: "Yo no soy una excepción en el nivel



del Penna, de hecho trabajo para que la formación de los residentes de neonatología continúe mejorando".

- ¿Qué función cumple el portal?

En el portal de este grupo en internet se comparten casos clínicos, se analizan y discuten controversias y progresos de la especialidad. La participación es abierta y amplia, vía e-mail. Ofrece oportunidades únicas, ya que uno puede comunicarse e intercambiar ideas con, por ejemplo el Dr. Resse Clark que es uno de los neonatólogos más eminentes del mundo y presidente, a la vez, del grupo. Una persona que para nosotros era inaccesible.

El año pasado decidieron realizar este concurso de diagnóstico a nivel internacional en el cual comencé a participar a partir del segundo caso.

- ¿En qué consistió el mismo?

Consistió en determinar con exactitud el diagnóstico de los casos que se presentaban, y hacerlo a la brevedad. En la página se publicaban las fotos o radiografías del paciente y algunos datos de su historia clínica y uno debía dar el diagnóstico, los diagnósticos diferenciales, como estudiar al paciente y como tratarlo. Los médicos teníamos 2 semanas para contestar a través de e-mail y luego desde la misma página se publicaba la resolución del caso y las respuestas recibidas. La puntuación preestablecida era de 10 puntos para el que contestara en primer lugar, y por supuesto correctamente, 9 para el segundo y así sucesivamente. O sea, que uno debía contestar bien y además contra reloj, porque mientras más rápido contestaba más chances obtenía de alcanzar un puntaje mayor.

De los médicos que iniciaron el concurso, muchos desistieron luego de 6 o 7 casos por haber respondido en forma incorrecta o demasiado tarde.

- ¿Y el premio en que consistió?

El premio consistió en un diploma y un estímulo económico. Pero lo más gratificante, sin duda, es el reconocimiento de dicha institución, y el saber que un médico desde Villa Mitre puede participar en un concurso internacional y estar a la altura de otros neonatólogos del mundo, incluyendo aquellos de los países más desarrollados.

Neonatología (Viene de pág. 4)

- ¿Cuáles son las causas de dicha infección?

Las causas son muy difíciles de determinar pues se trata de infecciones multicausales: desde la falta de insumos al nacimiento, pasando por lugares pequeños, por la ruptura de las barreras sanitarias (ruptura de piel o la utilización de catéteres). Pero recordemos que se trata de chiquitos con bajas defensas desde su nacimiento; no se trata de bebés cuyo estado de salud es óptimo.

- Para finalizar, ¿Cuáles son los problemas más comunes que deben enfrentar los profesionales del servicio?

Los problemas más comunes por los

cuales se internan a los recién nacidos son la ictericia, los trastornos de la alimentación y las dificultades respiratorias. Los problemas de alimentación se producen generalmente en los prematuros ya que tienen dificultades para alimentarse. Se trata de aquellos bebés de bajo peso, de menos de 2,5 kg, y que tienen problemas para asimilar los nutrientes de la leche.

Moisés

En el Hospital Penna nacen ocho niños por día (promedio). La Asociación Cooperadora solicita a quienes dispongan de moisés usados -que ya no utilicen- vean la posibilidad de donarlos. Cooperadora -Tel 459-3626- puede retirarlos en domicilio.

Cuando cumplió 20 años, lo hace ciudadano español.

Vida cotidiana

vida@lanueva.com.ar

Liga de Amas de casa. Hoy se inician los inglés e italiano y los talleres de cestería chi confección, crochet, encuadernación, estar pintura decorativa, pátinas, reciclado, música madera, cocina y apoyo escolar. Informes en 681. piso 3, oficina 53, teléfono 453-8818.

DR. ANGEL ANTONIO GONZÁLEZ YEBRA

Premio internacional para un neonatólogo del Hospital Penna

El médico, nacido hace 43 años en Bahía Blanca, fue distinguido por el Pediatrics Medical Group de los Estados Unidos, como "el diagnosticador del año", por sus trabajos en un concurso desarrollado por medio de Internet.

Tras muchos años de combinar su trabajo diario en el servicio de Neonatología del Hospital Penna con el estudio, el doctor Angel Antonio González Yebra ganó un concurso organizado por el Pediatrics Medical Group, el equipo más importante de los Estados Unidos en el campo de la medicina perinatal.

El profesional fue elegido "el diagnosticador del año" en un certamen que consistía en recibir, a través de Internet, la fotografía o radiografía de un niño más algunos datos del mismo.

En contrapartida, los participantes debían enviar un informe detallando la patología que sufría, los diagnósticos diferenciales, el tratamiento indicado, el modo como lo estudiaría y las posibilidades de prevención de la enfermedad.

El profesional bahiense debió analizar 12 casos, uno por mes y a lo largo de un año, por lo general correspondientes a enfermedades poco comunes.

Nacido hace 43 años, González Yebra se recibió de médico en la Universidad Nacional de La Plata. En 1985, ingresó al Hospital Penna para cursar la residencia de Pediatría y, posteriormente, se incorporó en la guardia del servicio de Neonatología.

En 1990, al crearse la residencia en esta especialidad, comenzó a desempeñarse como instructor de residentes, cargo que continúa ocupando.

A través de una beca, tuvo la oportunidad de rotar por los servicios de un hospital regional universitario de Albany, capital del Estado de Nueva York.



SEBASTIAN CORTES-LNP ARCHIVO LNP
TODO por los bebés. El Dr. González Yebra advierte que los resultados también dependen de los recursos materiales.



En la actualidad, distribuye su tiempo entre su familia, compuesta por su esposa y dos hijos, el hospital y su consultorio.

En relación al concurso, el profesional explicó que fue muy democrático, porque permitió el acceso de todos los neonatólogos que quisieron participar. También, porque se evaluaron los conocimientos y el desempeño ante un caso determinado, independientemente de los recursos con los que trabaja a diario cada profesional.

"Fago mi es un orgullo haberlo ganado, porque esto demuestra que los médicos argentinos, aunque contemos con menos recursos, no estamos lejos de los profesionales del primer mundo en conocimientos", consideró.

Para el doctor González Yebra, la excelencia en medicina se construye en forma cotidiana, con el interés personal y el es-

tuado diario de los últimos adelantos.

"Desde hace algunos años, tenemos una posibilidad invaluable dada por Internet. A través de la red, podemos hacer preguntas a eminencias a las que antes sólo podíamos llegar a ver en un congreso", señaló.

Por los más desvalidos. González Yebra prefiere las especialidades clínicas a las quirúrgicas porque demandan más razonamiento que prácticas y, en esa línea, eligió la Neonatología.

"Con la idea de ser útil, pensé en destinar mis servicios a los bebés, esos pacientes tan desvalidos que sólo quedan en manos del doctor, porque mientras permanecen internados —argumento— muchas veces ni siquiera tienen a su madre al lado.

"Además, resulta una especialidad muy intensa porque cada de-

dicción del médico es crucial. Si es correcta, todo irá bien, de lo contrario, el niño tendrá pocas chances de salir adelante".

Por último, el profesional enfatizó uno de sus más preciados anhelos:

"Quisiera disponer de más recursos para poder atender mejor a los chicos. Uno debe prepararse mucho, pero los resultados también dependen de las posibilidades materiales, que son escasas. Además —aseveró— me gustaría que todos recibiesen los mismos cuidados y las mismas chances cuando hacen y después.

"En algunos casos, los médicos hacemos todo el esfuerzo para que los pequeños superen un problema muy grave, pero sabemos que están condenados a vivir en condiciones inferiores. Hay una gran cantidad que necesita un sostén en ese momento crítico y, también, en los años venideros".

Mi vida en Argentina

Es ciudadano español

MIRANDO EL MAR

Te has vestido de caracoles;

el sueño de tu vida

hoy en tus paredes

muestras orgullosa.

Las conchas

que en las orillas

fueron quedando,

él, con su ilusión permanente,

creó figuras,

casi reales,

de un mundo marino,

disfrazando tu fachada,

que en múltiples colores

reflejas las olas de el mar.

Sos una casa, pero

más que eso,

el trabajo ingenuo

de un hombre

que te decoró

con arcilla en mano,

para que seas algo especial;

sos más que un hogar,

ahora los que recorren estas playas

te miran y pronuncian al pasar:

¡La casa de caracoles!,

¡La casa mirando el mar!.

*Ser fieles a los demás es bien visto y aplaudido,
ser fieles a nuestro sueño es un privilegio.*

Breve historia de Constantina Moreno y Julio Hernando

Julia Hernando Cabezón Moreno Caballero de Aguirre

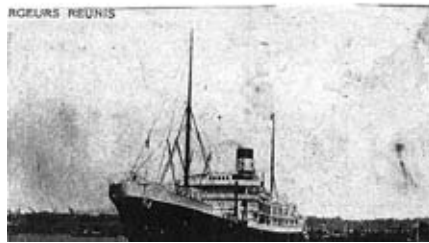
En aquella época, España sueña y sus hijos soñaban en abrirse otros caminos: América. En el caso de nuestras familias: Argentina. Constantina, madre de Norberto, mi esposo, tenía un hermano acá con una familia constituida que le daba seguridad.

Es así que deja Santa María de Rivaredonda y atraviesa el océano. Su familia la recibe con cariño y le procura trabajo. Su figura fina y simpática, ya que más adelante así la conocí, la ubican en una casa de la aristocracia, Moreno Hueyo, de dama de compañía de la señora mayor. Igual que su hermano concurren al Centro Buralés, y allí conoce al que iba a ser su esposo. Julio Hernando de Arauzo de Miel. Al casarse compra una máquina de coser, y toma lecciones de corte. Los primeros años hace tareas de modista.

Esto fue por poco tiempo, cuando llega su único hijo, Norberto, se dedica a cuidarlo y al hogar. Toda la vida fue asidua concurrente del Centro Buralés. Excelente jugadora de cartas y de bolos recibió varios premios. Abuela querida por mis cuatro hijos, que al viajar nosotros los mimaba y cuidaba con todo



Ángela Caballero a los 50 años.



Buque "Lipari".



“Cartera” de identidad de Ángela Caballero Cabezón, expedida en Bilbao el 25 de mayo de 1925

amor. Llegó así a los ochenta y siete años dejando en todos los que la conocieron un recuerdo hermoso y profundo.

Julio Hernando, padre de mi esposo, fue un caso conmovedor: viene a Argentina con 12 años y una hermana tres años mayor. Una tía había venido con su esposo e hijos y a todos les pareció la mejor meta. La tía lo coloca de mandadero en un almacén de ultramarinos. Ese niño aún dormía en el sótano y cerrado para que no se escapara. Duró poco en este lugar y enseguida comienza su aventura a trabajar en grandes hoteles, llega camarero de uno de los mejores hoteles de Mar del Plata. Hasta que con un amigo burgalés también, ponen un negocio tipo bar, trabajan mucho. Después de poco tiempo abren un restaurant

en la calle Belgrano que aún existe, llamado “La Aduana” por estar cerca del puerto.

Se casa con Constantina y se van a vivir al barrio de San Telmo donde nace Norberto, su único hijo; pasan luego a un departamento en Belgrano sobre el negocio, para terminar en la calle Santiago del Estero, a cien metros de la españolísima Avenida de Mayo. Viajan varias veces a España parando siempre en la casa natal. Siendo aún joven deja el restaurant y se dedica a tareas más descansadas. Inmobiliarias, hipotecas, todas nacían en la mesa del café de Avenida de Mayo. No lo recuerdo jugador de pelota, si en la mesa de cartas. Amigo de las bromas y anécdotas le encantaba pasar horas con sus amigos burgaleses. Querido por todos. Murió joven, a los 65 años.

MIS PADRES INMIGRANTES POR NILDA FLORENCIA MORENO

La hambruna de comienzos del siglo XX hace que muchos habitantes del continente europeo vinieran a esta América del Sur, con hambre e incultura, al

no alcanzarles la cosecha para alimentarse y no tener otro medio para subsistir. Escribí incultura: en ese momento el gobierno que dirigía el país no era nada democrático y les interesaba que el ciudadano no fuera culto.

Mi madre, Bernardina Gómez, concurrió a una escuela nocturna en América para poder escribir y leer. Las posibilidades que no tuvo en su tierra las tuvo aquí. Sirvió en una casa de la aristocracia argentina, en ese entonces su patrón era ministro del General Roca. Nombrada dama de compañía de la señorita, visitó su tierra y recorrió la Argentina.

Honorato Moreno, mi padre, único varón de una familia castellana empujado por aires de guerra llega a estas costas. Juventud y decisión lo empujaron a hacer lo que le ofrecían desde empleado de una imprenta, donde por un accidente casi pierde la mano, hasta que la vida lo lleva al comercio, con participación de la familia. Lo construye en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires: Belgrano Pazos. Era el clásico negocio con escaño y que daban de comer las exquisiteces con influencia española que cocinaban mi madre y mi tía. Recuerdo que en aquel momento hacían hasta helados.

En la misma cuadra sobre Belgrano estaba una de las emisoras más importantes, la radio en aquel entonces era el único medio de comunicación, después del escrito. Las mesas siempre colmadas atendían a los artistas de moda y muchos españoles que hacían (*sic*)



Certificado de vacunación (para poder emigrar)



Certificado de "penales", requisito para poder emigrar

de ir a comer una peña de encuentro. Muchos de ellos luego fueron los amigos de mi padre.



Recién llegado Presidente

El desarraigo provocó juntarse, hacer una gran familia, así nacen los centros llevando los nombres de las distintas regiones de España. Honorato Moreno, mi padre y Anselmo González, parientes y socios comerciales, compran terrenos en la calle Lacarra (Floresta) donde fundan la sede del Centro Buralés. Tenacidad y capacidad hace que ese grupo de burgaleses devolvieran el dinero que costó el terreno. Su visión era tan integral formando comisiones, llegando a sus presidencias. Esta pareja, mis padres, forjaron juntos una familia colmada de cariño y bienestar.

NILDA FLORENCIA MORENO

Yo llego al Centro Buralés sobre el año 1936 ó 38. Los sábados por la tarde de la mano de mi padre llegábamos en un autobús que nos dejaba a 150 metros del club. Él con su clásica valijita y la paleta y yo loca de alegría me soltaba de su mano y disfrutaba de los juegos. Era un lugar tranquilo donde había muchos chicos de mi edad; los juegos: arenero, tobogán, hamacas, argollas... Era un lugar tranquilo donde todos éramos buenos, no recuerdo a ninguno que tuviera gestos de agresión. Estaban los Orance, los Santa Cruz, el Negro Isasi, los Fernández. De las chicas, las (*sic*) que más tengo presentes es a Paquita García y a Felisa Ibáñez que hoy seguimos siendo amigas, nuestras hijas lo son también y nuestras nietas.

El lugar era ¡fascinante!, una entrada amplísima ya que luego se convirtió en esta-



cionamiento, llegábamos a los juegos, a la izquierda las canchas de bolos de hombres y mujeres. Una pérgola central que daba sombra a mesas de mármol y hierro, sillas también de hierro. A la izquierda un gran salón donde jugaban a las cartas los hombres. También aquí se armaba un escenario donde fuimos desfilando los “artistas”, que nos hizo muy bien ya que nos dio confianza en nosotros mismos y conocimos grandes obras del teatro español.



Recibiendo premios



Dos grandes canchas de pelota y una para chicos, un espacio donde se podía hacer básquet, esto daba a otra calle y luego venían los baños y el bufet, atendido por el inolvidable Juancito, un extranjero que nos mimaba a todos. Sus sandwiches de pan francés, manteca y jamón crudo, los submarinos, la bilz y la naranja Crush. Hasta que aparece la Coca-Cola. Y terminaba una casa que si bien era de madera, cómoda, donde estaba la Secretaría,



Las Delicias. El negocio de mis padres y mis tíos Belgrano y Pozos



Breve historia de Constantina Moreno y Julio Hernando

un lugar para que las señoras jugaran casi siempre a la lotería, que interveníamos todos, otro lugar para el equipo de música. Los socios fueron haciéndose cada vez más, los vecinos de descendencia¹ española se acercaban con cariño.

Tuvimos en pelota a paleta parejas campeonas como Carlos Salvador y Julio de la Mata. Comenzó a venir mucha gente, hicieron bailes importantes con orquestas famosas: Oscar Alemán, Osvaldo Fresedo, Feliciano Brunelli. Los carnavales eran muy divertidos.

Al tiempo nos sentimos alejados de las sedes de las otras colectividades y con sacrificio y decisión nos trasladamos a la sede central. Nos sentíamos cómodos que las vacaciones siempre se programaban con otras familias, así es que comenzamos en Miramar, luego Córdoba, un viaje a España, para recalar hasta que nuestros hijos fueron creciendo en Mar del Plata.

Muchas temporadas disfrutamos de la playa Bristol. Hoy ya van menos, pero para todos se ha convertido en un maravilloso recuerdo.

Estoy segura que los que vivieron como yo los años de la niñez, la adolescencia y la juventud, sin peligros haciendo un culto de la amistad respetuosa no lo deben haber olvidado nunca.

¹ Debe leerse ascendencia española (N.E.).



Miramar

Leonora Babujón, Noemi, Aurora y Betty
Martíniz y Ercueta Díaz



Angela Batallero con Aurora Díaz
y Ercueta Martínez



Constantina Moreno con Aurora Díaz
Bon amigas de Olmedillo

De aquellos años nacimos varios matrimonios felices entre los que me cuento, Norberto y yo.

Soy nieta de estos cuatro burgaleses que mi madre se ha encargado de mostrarlos en este trabajo.

Ellos dejaron su tierra a principios del siglo XX y llegaron a la Argentina buscando prosperidad. Debieron sufrir el desgarró, la pérdida y el desarraigo que depara la emigración y toda su vida mantuvieron celosamente guardadas las impresiones y las huellas que marcaron sus almas, al dejar a sus padres despidiéndolos en el puerto o en la puerta de su casa familiar con la convicción de que esa despedida era definitiva. Desde pequeña me sobrecogía escucharlos contar esas vivencias, pero a su vez eso generó en mí un profundo respeto por mis cuatro emigrantes y por todos los emigrantes. Este sentimien-

to me ha impulsado a servir en el Centro Burgalés de Buenos Aires y volcar mi amor y consideración hacia todos los que como mis mayores eligieron la Argentina como "patria", tomando la licencia de Unamuno.

Breve historia de Constantina Moreno y Julio Hernando



- 1 Amelia Fernandez argentina
- 2 Negra Isasi
- 3 Margarita Gomez
- 4 Constantina Moreno española
- 5 Francisca Garcia
- 6 Angela Caballero



- 1 Angela Caballero
- 2 Francisca Garcia
- 3 Nelly Ruiz
- 4 Coca Bergosa
- 5 Julia
- 6 Dominga Ruiz
- 7
- 8 Constantina Moreno
- 9

España 1948



- 1 Laurentino Alvaro
- 2 Angela Caballero
- 3 Saturnino Babujón
- 4 Felisa Ibañez
- 5 Mariano Ibañez
- 6 Leon Babujón
- 7 Coca Bergosa
- 8 Juan Manuel Bergosa



Compete de despedida en cuatro mesas a España



Reunión de los burgaleses en la confitería "Alvaro"

Como contrapartida de todas las pérdidas que ellos sufrieron, siempre digo que mis abuelos me hicieron un gran regalo: "me regalaron España". Esa tierra que siento absolutamente como propia.

Julia Hernando Cabezón Moreno Caballero de Aguirre, nieta de estos cuatro queridos burgaleses y Presidente del Centro Buralés de Buenos Aires.

Coroloba (La Cumbre)



*Los De Grado, los Baquerín
y los Cabezón*

Mar del Plata



Filia Cabezón y Filia Alvaro

*Francisca Gerás (Riquita)
filia Baquerín, filia Berzosa*

Covaleda



Santiago de Chile. reunión con nuestros amigos Puras de



Primeras reuniones en la nueva sede



Saturno Gal,
Miguel Marín,
Dr. Iglesias,
Ruperto Salgado,
Saverio Molteni



Basilio Martínez,
Armando Campa,
Serafín Rey,
Narciso Álvarez



Mario Bagan,
César Barja,
César Bayona,
Victoria Bulega,
Francisco Bustos,
Constantina Mera,
Basilio Romero,
Luis Gargán,
Anjelita López



Enca Moreno y Goye
Leonor Berregón
Coca Bergasa
Rea Huelmo
Ami → en suerte
coca



Paras conocidos
en un momento en
el Club Español



Las que saludan a la marquesa son Angela, Julia y Ana María Hernandez





Don Casimiro García saluda a Norberto Hernando



Relato

María Luisa Iglesias Posse

Mi nombre es María Luisa Iglesias Posse, tengo 70 años, soy española, salmantina, nacida en la propia ciudad de Salamanca, que lleva el mismo nombre de la provincia; pero a su vez soy argentina, mi segunda patria, que me cobijó y lo sigue haciendo desde un día 20 de febrero del año 1951 en que arribé a sus costas. En la actualidad vivo en Arroyo Seco, provincia de Santa Fe. Vengo de un país que por política se desangró y, por motivos relacionados con esos momentos, nos vimos obligados a emigrar, como tantos otros paisanos, a diferentes países. Nosotros elegimos Argentina, esta hermosa nación que siempre tuvo abiertas sus puertas a toda persona de buena voluntad que quisiera habitarla, decisión de la cual nunca nos arrepentiremos.

Lo digo en plural porque en esos momentos era sólo una niña de 15 años, que desde tiempo anterior ya había abandonado sus juegos y su educación escolar para cuidar de sus hermanos menores. Nuestra familia era muy numerosa y, a pesar de ser mi padre comerciante (tenía una fábrica de zapatos artesanal y en el dintel del umbral de entrada figuraban las palabras Flia (*sic*) Iglesias. También era músico de la banda del ejército), nuestro pasar económico (*sic*) había dejado de ser el acostumbrado en años anteriores. Sabíamos el motivo, efectos de una triste y sangrienta guerra civil, era muy niña para saber el por qué.

La nuestra era una familia “no tipo” como se dice (*sic*), estaba compuesta por mi padre, mi madre y once hermanos, resultantes de diecinueve partos. Hoy, al contrario, hay que pedir en España que tengan más hijos para que los pueblitos típicos no desaparezcan de este país, actualmente tan evolucionado, rico y bien manejado, logrando el pasar económico que está disfrutando su población. Soy la cuarta hija entre varones y mujeres, habiendo sólo desaparecido físicamente mi padre, mi madre y nuestro hermano mayor en nuestro país de adopción.



Esta foto muestra a toda la familia de la autora . Es la última que sacamos en España antes de que el primer grupo partiera a la Argentina.



Documento oficial que acredita la pertenencia a familia numerosa.

Salimos de nuestra patria con congoja en el alma, no sabíamos a dónde íbamos, ni qué íbamos a encontrar, salvo las referencias creíbles de algún familiar que nos pedía viniéramos a este país de trabajo (*sic*). Dejamos nuestros amigos, quedaron por siempre en nuestra mente los recuerdos de los lugares que quizás no volveríamos nunca a recorrer. El viaje se realizó en dos etapas

que, debida la situación económica de ese momento, motivó que los primeros fueran mi padre y siete hermanos, incluida yo, para comenzar a trabajar y ahorrar el dinero necesario para enviar a nuestra madre que esperaba allá, tan lejos, con nuestros otros cuatro hermanos. Lo hicimos en un barco que hacía su último viaje, el conocido y recordado “Campana” yendo desde Barcelona a

Francia en ómnibus, puerto de salida (*sic*)¹. El viaje fue la experiencia nunca imaginada: durante quince días en donde los varones “vivían” en un sector del buque y las mujeres en otro con la responsabilidad de un padre no acostumbrado a estar con sus hijos tanto tiempo juntos y controlarlos por lo jóvenes que éramos.

Al año, aproximadamente, se produjo lo tan soñado durante ese largo tiempo: pudimos “traer” al resto de la familia en un barco más moderno, con más comodidades para comenzar lejos del terruño, pero todos juntos una nueva vida, reitero, llena de recuerdos. Recuerdos que tratábamos de mantener latentes en los primeros tiempos con amigos españoles y, ya también, con algunos argentinos generalmente de sangre española. Íbamos al Centro Navarro de Rosario como lugar de esparcimiento y diversión, donde también festejábamos el San Fermín, con sus imitadas corridas de toros, sus alegres bailes, su añis con churros colocados en palos de escoba, de donde los sacábamos para saborearlos.

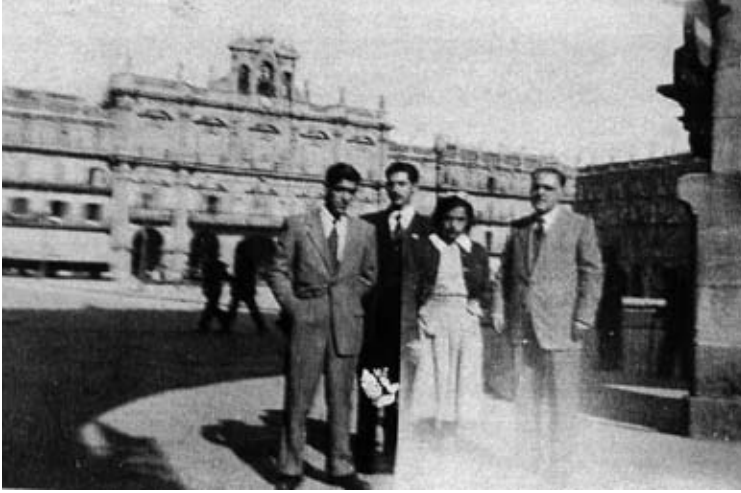
Aquí en este país a los tres años de radicación (*sic*), conocí a la persona argentina de quien primero fui novia, luego esposa y actualmente, con felicidad compartiendo todavía la “tercera edad”, con deseos de llegar a la cuarta mientras la vida, la salud y Dios lo permita. Los años pasaron, tenemos tres hijos y cuatro nietos. Los hijos ya son ciudadanos españoles; de los nietos sólo falta uno por concretar la doble nacionalidad ya en trámite. En la actualidad tenemos un hermano viviendo desde el año 1980 en Brasil, trabajando en una plataforma asentada en el mar que extrae petróleo de las vetas que existen en el mismo, todavía no volvió a su lugar de nacimiento, conservando siempre



“En la plaza de Colón de Salamanca con uno de mis hermanos y una prima. Mi padre nos hacía fotografiar antes de viajar para no olvidar”.

¹ El puerto de salida es Marsella (N.E.).

su ciudadanía española. De todos mis hermanos sólo a dos falta realizar el viaje para volver a visitar su tierra nuevamente; uno es el antes mencionado, seguramente la encontrarán muy cambiada para bien, pero sin olvidar nunca los recuerdos.



“En la Plaza Mayor de Salamanca. Mis hermanos mayores y mi padre”.



“Mi abuela paterna con algunos hermanos míos enfrente de la casa que habitamos en Salamanca”.

Sólo un inmigrante puede decir cómo se siente un desarraigo. Nuestro padre que se enamoró de Argentina, su mate de bombilla, su asado, sus paisajes, recorridos todos ellos, Dios se lo llevó sin poder realizar su sueño: el de que algún día pudiera volver a caminar por las calles de su Salamanca.

Después de haber quedado nuestra madre sin su compañero de la vida, nosotros, sus hijos, haciendo la “vaquita criolla”², le posibilitamos ese último encuentro con su única hermana, ya viuda y con la sorpresa de presenciar su segunda boda. Además de pasar unos meses con el resto de sus familiares en su patria. Pensaba ir con mi esposo a España, por medio del Consulado español, adonde nos tocara en el sorteo y luego pasar por Salamanca. De los que como yo, (*sic*) que después de 51 años no habíamos tenido esa suerte, y realmente teniendo fecha en abril del 2002 para el viaje. Los hechos ocurridos en Argentina³ y el cambio de \$1 = U\$S 1 anulados, recién lo pudimos concretar por medio del Centro de Salamanca,



“En las afueras de Salamanca con mi padre y mis hermanos”



“Al llegar el barco a Brasil, mi padre nos hizo fotografiar junto con un señor con un cacho (*sic*) (*racimo*) de bananas”.

² Ahorrando dinero, viviendo con austeridad (N.E.).

³ Hace referencia al proceso de reordenación del sistema financiero conocido popularmente como “corralito”. El 6 de enero de 2002 el gobierno de Eduardo Duhalde deroga la convertibilidad del dólar, perifica los créditos e inmoviliza el ahorro de millones de argentinos (N.E.).

ubicado en Buenos Aires, también por sorteo; a los 52 años de ausencia el 8 de setiembre de 2003, saliendo también beneficiada mi hermana menor María Dolores. Relatar y contar, lo vivido en esos 15 días de curiosidad, placer y conocimiento de cosas y forma de vida distinta llevaría muchas hojas de un libro.

La menor de mis hermanas es la única que emigró (*sic*) y está residiendo con su grupo familiar completo (esposo, hijos y nieto) en Almería desde hace tres años. Cosas del destino: relató al tiempo de llegar su propia historia, contada por ella, de su vida desde España a Argentina, pero en su tierra, obteniendo el primer premio de un concurso. Luego comenzó el éxodo a la inversa: la primera sobrina argentina, su esposo e hijos desde hace un año viviendo también en la misma zona. En Tenerife otra sobrina argentina con su esposo y dos hijos, desde hace tres años y meses y en Valencia otra sobrina argentina, su esposo e hijo desde hace dos años.

Nuestro hijo menor visitó en 1996 mi tierra y Canarias durante un mes y, desde noviembre de 2003 hasta agosto del 2005, viajó por segunda vez y estuvo trabajando en Tarragona, desde donde regresa con las puertas abiertas para quedarse por ahora en Argentina.



“En Barcelona con mis hermanos y un matrimonio amigo”. “En Marsella antes de embarcar con algunos hermanos del primer grupo que viajamos”.

El prólogo de esta historia es que mi abuela, Andra⁴ Pacheco y, mi abuelo, Pío Posse, dos españoles que se conocieron en España. Se casaron, tuvieron una hija, en Ciudad Rodrigo, es decir, mi madre. Vinieron los tres a Argentina, vivieron en una zona rural de Acebal, provincia de Santa Fe, estuvieron cierto tiempo. Estos regresaron de paseo a España, tuvieron su segunda hija que actualmente vive allí, en nuestra Salamanca, y se quedaron por enfermedad de mi abuelo.

Esta es mi historia que, por más corta que la hubiera querido hacer, sería imposible. Por todo lo relatado, España y Argentina estarán siempre en mi corazón.



“Al llegar a Buenos Aires mi tía abuela, algunos hijos, yernos y un amigo de mi padre fueron a recibirnos. Ellos ya estaban instalados en Argentina”.

⁴ Probablemente, Andrea.

Recuerdos de nuestra emigración

Lucía de los Ángeles Lacarta Martínez

MI FAMILIA

Comenzaré presentando a mi familia con la que viajé en el “Cabo de Buena Esperanza” rumbo a Buenos Aires (Argentina). Salimos de Barcelona el 24 de enero de 1948 y llegamos el 16 de febrero. Éramos siete personas. Voy a mencionar sus nombres, apellidos, edades en el momento del viaje y lugar de nacimiento:

- 1) Mi abuelo materno: Juan Martínez Diago, 84 años, nacido en “Cueva de Ágreda”, provincia de Soria (Castilla).
- 2) Mi madre: María Carmen Martínez Serrano, 40 años, nacida en “Cueva de Ágreda”, provincia de Soria (Castilla).
- 3) Mi padre: Andrés Avelino Lacarta Navarro. 42 años, nacido en Tarazona, provincia de Zaragoza (Aragón).
- 4) Mis hermanos y yo todos nacimos en Tarazona, provincia de Zaragoza (Aragón).
 - a) María del Carmen Lacarta Martínez, 16 años. Tenía pasaporte propio, aparte del de mis padres, por tener más de 15 años.
 - b) Marcelina Lacarta Martínez, 13 años.
 - c) Lucía de los Ángeles Lacarta Martínez, 7 años. Soy la autora de este relato.
 - d) Juan Antonio Lacarta Martínez, 5 años.

VIDA EN ESPAÑA

Mi madre nació en Cueva de Ágreda (provincia de Soria, hoy Comunidad Autónoma de Castilla y León). Con sus padres y hermanos se establecieron en Tarazona (Aragón) desde muy pequeños. Pero la relación con sus otros familiares de Cueva de Ágreda fue constante. Ellos venían a pasar las fiestas de Tarazona o para ayudarnos con la cosecha. Seguimos comunicándonos por teléfono actualmente.

Mi madre conoció a mi padre en Tarazona. Ya de novios, mi padre tuvo que hacer el servicio militar en el norte de África. Envío una foto suya en África con otros soldados (él está de pie en el centro con uniforme). Siguieron el noviazgo por carta. Cuando regresó, se casaron y nacimos sus cuatro hijos en Tarazona (Aragón). Nuestro domicilio en Tarazona (provincia de Zaragoza), era en la placeta Marimancebo n.º 10 (nombre que le habían dado los árabes).

Me parece necesario describir la casa para después compararla con la de Buenos Aires: nuestra casa constaba de planta baja y dos pisos. En la planta baja había una vivienda, que alquilaba un matrimonio, y el granero. Una escalera bajaba a la bodega donde mi padre hacía el vino. En el primer piso, subiendo por la escalera, vivíamos nosotros. Teníamos dos amplias habitaciones que ventilaban la parte trasera de la casa, y otra más chica que daba a la calle, era la de mi abuelo. La cocina amplia tenía un hogar a leña con poyos (*sic*) a ambos lados y una cocina a leña para hacer la comida, en el otro extremo. También daba a la calle. Un baño y un lavadero daban a la parte de atrás. En el segundo piso vivía otro matrimonio con hijos, que también alquilaba.

Atrás de la casa estaban los corrales. Se accedía a ellos por una rampa cercana a la bodega. Teníamos animales domésticos y un macho¹ para las tareas propias del campo. La casa era amplia y confortable, instalamos el agua corriente poco tiempo antes de partir hacia Buenos Aires.

Para comprender mejor la diferencia entre la vida de Buenos Aires y la de España, voy a describir las actividades de la familia en Tarazona. De ahí se podrá deducir cómo nos sentíamos cada miembro y el esfuerzo de adaptación que cada uno tuvo que hacer. También se comprenderá la añoranza, el desarraigo, el tratar de insertarse en una sociedad tan distinta a la nuestra. Juan, mi abuelo castellano, había sido designado juez de su pueblo (Cueva de Ágreda). Función que ejerció, no por haber realizado estudios en ese sentido, sino por su capacidad de reflexión, sensatez y equilibrio en su carácter. Siempre tenía el Código a mano y, según me contaron, lo aplicaba con sabiduría. Ya mayor, ayudaba en lo que podía. Molía olivas, para hacer el aceite, en un molinillo

¹ Macho o mulo, cruce de caballo y burro (N.E.).

manual. Cuando mis padres se iban al campo, se quedaba al cuidado de mi hermano y de mí. Solía contarnos su vida en su pueblo (Cueva de Ágreda). Nos relataba pasajes de su vida. Por ejemplo, cómo en pleno invierno y volviendo del campo, lo acosaban los lobos. En Tarazona solía encontrarse con amigos e iba a la taberna. Le gustaba cantar. Mis padres lo consultaban antes de tomar sus decisiones y él les daba su respuesta sensata.

Mi madre atendía su hogar, los animales del corral y cosía cazadoras (camperas). Colaboraba en las tareas del campo (también lo hacía el resto de la familia). Sobre todo nos cuidaba y le gustaba darnos alegrías. Cuando cobraba por su costura, me llevaba con ella y me compraba algún botijo pequeño y chocolate. Tenía amigas que mantuvo aún a la distancia y en todos los avatares de la vida. Le gustaba cantar trozos de zarzuelas, pasodobles y marchas militares que me enseñó. Era religiosa y nos contaba pasajes de los santos. Su coraje y su espíritu emprendedor fueron constantes en toda su vida.

Mi padre era agricultor. Sus tareas, en España, siempre fueron independientes, nunca estuvo bajo patrón. Tenía algunas pequeñas extensiones de tierra heredadas de su familia. Paso a nombrarlas:

- a) Planos: Allí había viñas y olivos.
- b) Cancellada: Tenía riego por acequia y había una huerta. Era mi preferida. Íbamos allí a comer la merienda los días de fiesta. Me gustaba trepar a los árboles y contemplar la naturaleza. ¡Cómo extrañé todo esto más tarde! Llegábamos atravesado el río Queiles saltando de piedra en piedra.
- c) Caparé: también tenía riego por acequia, allí había patatas y cereales.
- d) La Dehesa: con cereales, eran tierras fiscales.
- e) La era: donde se trillaba, también íbamos los más chicos.

Mi padre atendía todas estas pequeñas extensiones de tierras. Con el carro traía lo necesario a casa, antes de estallar la Guerra Civil. Después se prohibió llevar a las casas los cultivos, se los vendía al estado. También hacía el vino y el aceite para todo el año.

La característica más saliente (*sic*) de mi padre era su afecto, amaba a mi madre y la admiraba mucho, quería a sus hijos. No le importaba el cansancio que trajera del campo, jugaba con nosotros. Siempre fue tímido y parco. Lo llamaron al frente de batalla en los últimos tiempos de la Guerra Civil. Él estaba ya casado y con dos hijas (mis hermanas mayores de 7 y 4 años aproximadamente). Fue la última “quinta” que enrolaron.

Mi padre estuvo en el frente de Zaragoza. En una oportunidad se escapó de allí para ver a la familia. Por ese motivo lo condenaron al calabozo y le raparon la cabeza. Mientras mi padre estaba en el frente, mi madre se defendió como pudo: cosió cazadoras de piel (en Argentina se dice “cuero”) y fue

vendiendo cosas para lograr subsistir. Entre ellas nuestro único macho, indispensable para las tareas del campo.

Mi padre pensó que su vida corría peligro y, en cierta oportunidad (*sic*), le mostró a un superior una carta de su mujer, contándole cosas de sus hijas y de mis abuelos. Quizás eso contribuyó a que le dieran tareas en la cocina del regimiento. Aclaro que mi padre siempre se había dedicado a trabajos propios del campo y nunca tuvo ninguna posición política. El miedo siempre estaba presente en esos días y mi madre aseguraba que se oían, desde Tarazona, caer las bombas en Zaragoza.

En nuestra ciudad cuando un bando revisaba las casas para fusilar a sus contrarios, salían éstos, desesperados, a esconderse. En algunas oportunidades, venían en tropel a ocultarse en nuestra bodega. Sabían que nuestra casa no iba a ser revisada, por no tener mi familia ninguna posición política.

Cuando mi padre volvió del frente de batalla tuvo que enfrentar serias dificultades, pues no tenía modo de realizar su trabajo, debido a la venta del macho y los utensilios de labranza (de los que hablé antes). Pudo, apenas (*sic*), comprar una burra (cosa que provocó la burla de algunos vecinos).

Mi hermana mayor, con 14 años, entró a trabajar a una fábrica textil que la llamaban “El taquillero”. Allí trabajó hasta los 16 años, cuando nos embarcamos. Tenía a sus amigas y ayudaba a mi madre en las tareas de la casa y con los más chicos. Marcelina (mi otra hermana), también la llamamos familiarmente Marina, y yo (Lucía) íbamos a la escuela estatal llamada “Del Muro”. Ambas teníamos amigas en la Placeta y en la escuela. Yo ya sabía leer y escribir antes de llegar a Buenos Aires.

A mi hermano Juanito (Juan Antonio) le gustaba pasear a caballo, por supuesto, con otra persona. Aunque, a veces, se subía al pesebre y, desde allí, montaba a Platero, nuestro macho, que era muy manso. Se ve que era común poner ese nombre a caballos de pelaje claro².

Recuerdo que alguna vez regresamos del campo las tres hermanas montadas en Platero, yo en el medio de ellas. Traíamos algunas cosas para comer en las alforjas.

Mi abuela materna falleció el mismo año en que yo nací.

CAUSAS DE LA EMIGRACIÓN

Como dije antes, se debían vender las cosechas al Estado. También teníamos la “cartilla de racionamiento” (la que entregamos antes de embarcar,

² La autora parece hacer referencia a Platero, asno cantado por el poeta Juan Ramón Jiménez (N.E.).

como consta en un sello del pasaporte). Todo esto no era suficiente. Así que mi padre iba a su propio campo, como si fuera un ladrón, a traer en una talega algunos alimentos. Como esto estaba prohibido, mi hermana Marcelina iba bastante adelante, por si veía a la Guardia Civil. En ese caso, le hacía señas y mi padre cambiaba rápido de calle.

Desde la Argentina, los familiares de mi madre (tres hermanos y dos hermanas) enviaron varias encomiendas (sic) con comestibles. ¡Qué alegría nos causaban! Además, algunos alimentos eran para nosotros desconocidos. Recuerdo un frasco con jugo de caña sólido³ que mi madre nos ponía en la sopa.

Después de la Guerra Civil, faltaban medicamentos, comida y, sobre todo, mis padres no tenían la esperanza de progreso y de dar educación a sus hijos. En mi familia se fue generando, de a poco, la posibilidad de venirnos a la Argentina, donde ya estaban tres hermanos y dos hermanas de mi madre, casados y con sus respectivas familias. Todos los hermanos habían nacido en “Cueva de Ágreda” (Soria).

Finalmente se hicieron los trámites para reclamarnos, única forma de poder venir a la Argentina. Mis tíos estaban muy preocupados por nuestra situación.

PREPARACIÓN DEL VIAJE

Para hacer efectiva la decisión de marcharnos a Buenos Aires comenzamos con los preparativos del viaje. Poco a poco, fuimos vendiendo la casa de mis abuelos maternos. La vivienda, que había heredado mi padre de su familia, hacía ya varios años que se había vendido. Tuvimos que desprendernos de Platero, de las tierras y de todos los enseres propios de las tareas para la labranza y recolección.

Algunas otras cosas se las regalamos a los hermanos de mi padre: Felipe, Bartolo y Basilio. Es fácil comprender que, para mis padres, todos estos pasos fueron duros y difíciles.

La máquina de coser la desarmamos para transportarla con nosotros. Nunca nos imaginamos lo útil que le iba a ser a mi madre, ya instalados en Buenos Aires. Embalamos lo más necesario y preparamos el equipaje de los siete.

La despedida del pueblo, de los familiares y amigos nos conmovió a todos. Fieles a nuestra decisión, partimos para Barcelona. En esta ciudad nos hospedamos en un hotel durante una semana. Con el correr del tiempo, el dinero con el que contábamos iba disminuyendo y no conseguíamos llevar a

³ Debe referirse a un jugo de azúcar (N.E.).

cabo nuestro propósito de embarcar. En ese momento la gente ansiaba viajar, por eso mismo todas las plazas de los barcos estaban saturadas.

Para capear todos estos inconvenientes nos trasladamos a la casa de unos parientes lejanos, que vivían en Barcelona. Tuvieron la generosidad de alojarnos en su departamento durante unos días más. A medida que pasaban los días crecía la desesperación de mis padres. No podíamos volver ya a Tarazona y tampoco podíamos viajar.

Un antiguo vecino nuestro de Tarazona, Daniel Lahiguera, que residía en Barcelona, nos propuso gentilmente que, si no lográbamos embarcarnos todos a la vez, dos o tres de nosotros podíamos quedarnos a vivir con ellos, hasta que consiguiéramos pasajes en otro vapor. Mis padres les agradecieron toda la vida este gesto. Pasado un tiempo sufriendo zozobras e inseguridades, un día conseguimos los ansiados pasajes para todos.

EL VIAJE

Nos embarcamos en “El Cabo de Buena Esperanza”, el 24 de enero de 1948, después de haber pasado la revisión médica obligatoria y habernos aplicado todas las vacunas que exigían. Los pasajes que habíamos comprado incluían la ubicación de todos nosotros en dos camarotes de primera clase. Pero resulta que los habían vendido dos veces. Cuando ya estábamos instalados, aparecieron otras personas que tenían asignados los mismos camarotes. En consecuencia, mi abuelo ocupó, con otros dos pasajeros, un camarote de primera.

Mi madre con mi hermano y yo estábamos en otro camarote de la misma clase. Después apareció una señora francesa que también tenía asignado el mismo camarote. Viajamos juntos. A mis dos hermanas mayores las ubicaron en segunda clase junto a otras cuatro mujeres. Mi padre fue instalado en tercera clase, reservada sólo para hombres. Según nos contó, el lugar era pésimo. El resto de la familia no podía entrar allí.

En primera clase se comía muy bien. El comedor de la segunda y tercera clase era el mismo. La comida era muy mala. Por esta causa se generó una protesta masiva. Mi madre consiguió que el camarero, del comedor de primera clase, le guardara todos los días un paquete de comida, que llevaba después a mi padre y a mi hermana mayor. A cambio de este favor, una vez en el puerto de Buenos Aires, le bajamos varias pulseras de oro puestas, detalle que dejó atónitos a nuestros familiares de Buenos Aires. Lógicamente, después teníamos que devolvérselas.

Mi hermana Marcelina consiguió pasar toda la travesía en primera clase, aunque dormía en segunda clase. El viaje transcurrió con algunos días agradables en los que se podía disfrutar de los entretenimientos propios de a bordo,

hasta que sobrevino una tormenta, que duró mucho tiempo y produjo una serie de calamidades. Con los movimientos del barco la gente se descompu-so, pocos iban a comer. Los trozos de la vajilla y los vidrios de las botellas y vasos rotos se colaban por debajo de las puertas. Para desplazarnos teníamos que apoyarnos en las paredes de los pasillos. Según decían el barco había perdido el rumbo.

Mi madre, a la noche, rezaba y lloraba. En Buenos Aires, al barco se lo daba (*sic*) por desaparecido. Esto produjo la desesperación de nuestros fami-liares. Para mi hermano y para mí el barco era una fuente de descubrimientos. A veces también nos asustábamos. Por fin, después de 23 días de navegación, arribamos al puerto de Buenos Aires.

RECIBIMIENTO EN BUENOS AIRES

Salieron a recibirnos mis tres tíos y mis dos tías, con sus respectivas familias. Eran una multitud. Hacía más de 20 años que mi madre no veía a sus hermanos. Esperando esta oportunidad, mi madre nos había cosido ropa nueva. Tenía muy buen gusto. Mi tía Rufina, más tarde, le diría, que se alegró mucho de vernos bien vestidos, pues nos conocerían su esposo y su familia política. La señal para que nos ubicaran en la borda del barco era que mi abuelo sacaría el bastón fuera del vapor.

Mi tío Enrique, hermano de mi madre, no se sabe cómo logró subir al barco para ayudarnos. Juanito, que lo reconoció por una foto que nos había mandado a España, se le colgó al cuello y no hubo modo de que lo soltara. Después de los saludos y emociones propias del encuentro partimos en varios autos hacia la casa de mi tía Rufina (hermana de mi madre). Allí nos agasaja-ron con una rica comida, puesta en una mesa muy larga. Mi tía estaba casada con mi tío Juan y tenía una posición económica muy buena.

La primera desilusión no tardó en llegar. Mi madre preguntó dónde estaba nuestra casa, como le habían prometido por carta. La respuesta exacta no la conozco, pero nos repartieron a los siete en las casas de tres tíos. Mi tía Rufina tendría a mis padres, el abuelo y Juanito (Juan Antonio). Mi tía Fortunata (le decían Fortuna) se llevaría a su casa a mis hermanas mayores. Mi tío Enrique con su esposa y mi prima Elida (de 12 años) me llevaron a mí sola a vivir con ellos.

Tenía siete años y era el primer día de llegada a un país desconocido y con personas, aunque de la familia, nunca tratadas. Se podrá suponer mi esta-do de ánimo. Recuerdo que lloré mucho, con mis brazos apoyados en la mesa de la cocina y mi cabeza sobre ellos.

Nada me calmaba, ni que mi tía me mostrara la habitación donde iba a dormir. Yo repetía, sin cesar: “con mi mamá ...”. Por fin mi tío sacó el auto, esa noche, y me llevó a casa de mi tía Rufina con mi madre.

OCUPACIONES DE LA FAMILIA

Mi padre empezó a trabajar en una pequeña industria textil que tenía mi tío Daniel (hermano de mi madre). Jamás había realizado ese tipo de tareas ni había trabajado bajo patrón. Por otra parte, mi tío nunca se había caracterizado por su buen genio. Le hacían (*sic*) algunas bromas acerca de su velocidad en el trabajo. Un día, mi padre, ya cansado, le dijo: “ponte tú en esa máquina y yo en ésta, haber quién termina antes”. Mi padre acabó primero.

Mi madre siguió cosiendo camperas de cuero en el taller que tenía mi tío Juan (esposo de mi tía Rufina). Pero un día, pasó, por casualidad, por otro taller, donde se las pagaban mejor. Se lo dijo a mi tío con franqueza. Por otra parte, mi madre notaba que mi tía no estaba conforme con que trabajara allí. Por todos estos motivos decidió comenzar a trabajar en el otro taller.

Si bien mis tías fueron generosas, sobre todo en un principio, notó que la menospreciaban y le decían algunas cosas molestas. Eran como extrañas, habían crecido separadas y bajo otras circunstancias. Se diferenciaban bastante. Mi madre se quedó al cuidado de sus padres mientras que ellas habían salido de España, antes de cumplir los veinte años, después de la partida de sus hermanos.

Entre mi tío Enrique y mi tío Juan nos compraron, después de varios meses, una casa vieja. Más tarde, se les fue pagando, con sus correspondientes intereses, a medida que nos fuimos independizando y ganando dinero. Mis padres, que habían sentido mucho la separación de todos nosotros, se pusieron contentos.

Mi tío Enrique era afectivo y generoso. Siempre venía a mi casa que estaba cerca de la suya. Me parece que era una forma de revivir su juventud. Había salido de España con documentación falsa, escapando de ser alistado en la Guerra.

Cuando mi madre expresó el deseo de que sus hijos estudiaran, mi tía Ángeles (esposa de mi tío Daniel) dijo: ¡Qué pretensiones traen! Mi madre guardó muy bien esa frase en su memoria y, a medida que nosotros avanzábamos en nuestros estudios, un día le contestó: “parece, Ángeles, que las pretensiones se van cumpliendo”.

Mi hermana María Carmen comenzó a trabajar en una fábrica textil, desarrollando las mismas tareas que en España. Años más tarde comenzó a coser camperas en casa con mi madre. Para ello se compró otra máquina de

coser industrial. Marcelina fue inscripta (*sic*) en el mismo colegio y curso que mi prima Elida, 5° grado, porque no sabía historia de Argentina, aunque su preparación era superior en matemáticas y otros temas.

Yo, Lucía, también iba al mismo colegio (Nuestra Señora de Luján). Me pusieron en 1° grado, pero, como la maestra vio que tenía bastantes conocimientos, hice el siguiente grado, libre y adelanté hasta el actual 3° grado. Ya sabía, antes de venir a Buenos Aires, leer y escribir y algunas operaciones de aritmética.

Se supone que los niños pequeños se adaptan con más rapidez a los cambios, no creo que eso sea así. Extrañaba los juegos más dinámicos, los entretenimientos más creadores e imaginativos de los chicos españoles. Yo venía de una ciudad pequeña a una capital, todo era diferente. Las chicas parecían más agrandadas y tranquilas.

Una niña de la placeta Marimancebo me había dado una foto suya, con un mapa detrás de ella, para que la recordara. Ya en Buenos Aires, yo miraba con frecuencia esa foto. A la noche, soñaba que volvía a España y me encontraba con mi amiga. Ese fue un sueño que se reiteró muchas veces.

LA CASA

La casa de Buenos Aires era muy vieja, sucia y llena de ratas. Poco a poco, la fuimos mejorando y pintando. Tenía un pequeño jardín adelante. En la planta baja, y hacia la derecha, había tres habitaciones corridas. Luego la cocina y un baño. Todo ventilaba a un patio, como también dos habitaciones independientes. Hacia la izquierda y al frente un pequeño taller de zapatería (de un inquilino).

En el primer piso, por una escalera que arrancaba en el patio, se subía a otra vivienda donde vivían, como inquilinos, una señora muy mayor con varios hijos.

El señor, que nos había vendido la casa, era italiano y debía regresar a Italia pero, hasta que partiera su barco, les pidió a mis padres quedarse en una de las dos habitaciones independientes que daban al patio. Ellos accedieron.

Más tarde, el mismo señor, trajo dos emigrantes italianos conocidos de él. Así se ocupó la otra habitación. Todos pertenecían a la región de Venecia⁴ en Italia. Venían a la Argentina en busca de paz y trabajo, después de los

⁴ Venecia es la capital de la región del Véneto, al noroeste de Italia (N.E.).

episodios terribles de la Segunda Guerra Mundial. De esta manera, comenzó lo que sería más adelante una “pensión familiar”.

Todos comíamos en una amplia cocina. Con los italianos nos entendíamos como podíamos, a veces, por señas. Algunos eran casados y fueron trayendo a sus familias de Italia.

Se indemnizó a los inquilinos del primer piso y la pensión fue creciendo. Las comidas eran muy pintorescas y alegres. Se contaban anécdotas de sus pueblos, sus costumbres, sus esperanzas. Entre ellos había lazos de parentesco, por ejemplo, Luigi y Silvio Nicoletti eran hermanos y Óscar era primo de ambos. El señor Alejandro Baldán trajo a su esposa y dos hijas de Italia y se fueron a otra vivienda.

Mi madre cocinaba para todos y seguía cosiendo camperas. Éramos como una gran familia.

ENFERMEDAD DE MI PADRE

La nostalgia y el desarraigo, no obstante, se hicieron sentir. Mi padre creo que sufrió más que nadie el cambio de vida. De sus actividades propias del campo, pasó a depender de un patrón en una fábrica textil. Tarea para la que no tenía experiencia. Allí también trabajaba mi hermana María Carmen. Además extrañaba a sus hermanos (todos estaban en España), su forma de vida, sus amistades. Para él, las frutas y verduras no tenían igual sabor que las de España. Claro, en una capital todo viene de frigoríficas, de ahí, que se arrancaban las frutas verdes y maduraban artificialmente.

Se enfermó. Tuvo una úlcera muy grande en el estómago, debido a su descontento y malestar general. Consultaron varios médicos y hospitales, hasta que, por fin, dieron con el Dr. Mancella. Éste le dio un régimen estricto a base de productos lácteos. El tratamiento duró un año, gracias al cual, se curó.

Mi padre había adelgazado tanto que mucho tiempo temimos que muriera. Mientras duró su enfermedad dejó de trabajar, a pedido de mi madre, y ayudaba en casa lo que podía. Se dedicó a arreglar la vivienda. Logramos exterminar las ratas, que habían devorado nuestros documentos, entre ellos las Partidas de Nacimiento que tuvimos que pedir, de nuevo, a España.

AÑORANZAS

Yo extrañaba, especialmente, nuestras salidas al campo, el contacto con la naturaleza, los juegos en la Placeta, la escuela. Todavía tengo imágenes de los chopos mecidos por el viento, el entusiasmo por las meriendas en la

huerta, las invitaciones de nuestra vecina Josefa a su campo con nogales. La inseguridad del primer tiempo, los cambios de escuela y mi timidez me llevaron a una inestabilidad emocional. Muchas noches soñaba que regresaba a España.

También mi hermano extrañaba. Pero, debido a su corta edad, no lo expresaba con claridad. Dos son las anécdotas que recuerdo con Marcelina, al respecto. Mi madre, al notar que de la escuela no venía directamente a casa, le pidió a mi hermana Marcelina que lo siguiera, sin que él se diera cuenta. Juanito se encaminaba a un corralón donde se guardaban varios caballos de tiro⁵ y los miraba largo tiempo. Marcelina se lo contó a mis padres. Ellos se emocionaron y mi madre dijo: “El chiquillo extraña a Platero”.

En otra oportunidad, lo mandaron en la escuela a izar la bandera Argentina (en las escuelas se hace esto diariamente). Juanito les dijo que no quería ir, porque ésta no era su patria. La maestra mandó llamar a mi madre. Ella les aclaró que, en casa, nunca se hablaba mal de la Argentina y que desconocía la causa de esa conducta.

Mi abuelo también añoraba a sus amigos, la taberna, sus entretenimientos... Le decía a mi madre: “Oye, Carmen, ¿te parece que yo resistiría el viaje de vuelta a España?” (tenía más de 84 años). Ella le contestaba que no podíamos regresar, por muchas razones, entre ellas, que se había vendido todo.

SALIDAS Y ENTRETENIMIENTOS

Para mitigar nuestra añoranza íbamos con frecuencia a centros españoles. Allí nos reuníamos con otros compatriotas y se escuchaba música española. Veíamos películas españolas en los cines “Victoria” y “Gloria”. A veces concurríamos (*sic*) al Teatro Avenida. Estos lugares quedaban sobre Avenida de Mayo que aquí la llamaban “la avenida de los españoles”.

Otra de nuestras salidas consistía en ir al puerto. Entrábamos en los barcos españoles: “Cabo San Roque”, “Cabo San Vicente”, etc. Comprábamos turrónes y hablábamos con los marineros. Era como sentirnos en un pedazo de España.

También solían venir de visita algunos españoles de nuestra ciudad que habían llegado como emigrantes, igual que nosotros. Recuerdo a las familias Lahiguera que eran varios hermanos y hermanas, ya casados y con varios hijos.

⁵ Caballos grandes y fuertes que comúnmente se emplean para arrastrar carretas o para labores en el campo (N.E.).

EVOLUCIÓN DE LA FAMILIA

Transcurrieron varios años y siempre tratamos de progresar. Nos mudamos a otra casa, cerca de la anterior, en la Capital. La primera casa se transformó en un pequeño hotel familiar e hicimos algunas ampliaciones. María Carmen se recibió (*sic*) de modista y siguió cosiendo, hasta que se casó. Tiene tres hijos.

Marcelina estudió abogacía varios años hasta que se casó. Tiene cuatro hijos. Juan Antonio (le decimos Juanito) se casó y tiene tres hijos. Él se recibió de médico hace muchos años.

Por último, yo (Lucía de los Ángeles) me casé con un castellano nacido en Imecha (provincia de Soria). Él vino en 1972 y trabajó en una empresa de alimentación. Ya estaba por volverse a España cuando me conoció. En 1979 nos casamos y tenemos una hija de 20 años. Ella estudia arquitectura. Es nuestro orgullo no sólo por su inteligencia, sino por toda su personalidad. Yo estudié en la Universidad del Salvador y me recibí de “Profesora en Letras”. Trabajé como profesora de lengua y literatura durante veintiséis años. Ahora estoy jubilada (tengo 66 años). El sueño que tenían mis padres de que sus hijos estudiaran se cumplió.

Pero más que eso, les importaba que fuéramos personas de bien. Sus lecciones de vida nos acompañaron siempre, así como su empuje y su valentía para enfrentar situaciones difíciles. Cuando estaba desalentada frente a un examen mi madre me decía: “El que no espera vencer, ya está vencido”. Esta frase me acompañó siempre.

Estuve con mis padres hasta que me casé. Mis hermanos ya habían formado sus familias varios años antes. El hotel familiar se vendió poco tiempo después. Mi padre murió en 1990 y mi madre en 1997, rodeados del amor de todos sus hijos.

Antes de que fallecieran, nos solíamos reunir en su casa todos los domingos. Tuvieron once nietos, de los cuales, nueve son profesionales y dos estudian todavía (incluyo a mi hija). Por sobre todas las cosas, son los continuadores de los valores que les legaron sus abuelos.

MIS TÍOS

Dedicaré algunas líneas a mis tíos, hermanos de mi madre, que nacieron, como ella, en Cueva de Ágreda (Soria).

Mi tío Daniel había llegado a los veinte años aproximadamente. Se casó con mi tía Ángeles, nacida en Ágreda (Castilla). Tenía una pequeña industria textil.

Mi tío Elías tuvo un bar y luego pasó a trabajar con mi tío Rafael (esposo de mi tía Fortuna) en un hotel familiar. Como mis otros tíos, vino muy joven.

Mi tío Enrique poseía una estación de servicio. Tuvo una muerte trágica, porque murió quemado al intentar apagar un incendio en el subsuelo de la estación, debido al combustible de los tanques.

Era el hermano más querido de mi madre, el más comprometido con nosotros. Vivíamos muy cerca de él. Solía visitarnos con frecuencia. Como ya dije antes, había llegado a Buenos Aires con documentación falsa para no ser alistado para la guerra.

Mis tías Rutina y Fortuna llegaron juntas a Buenos Aires, antes de los veinte años. Aquí se casaron y tuvieron tres hijos cada una. Estaban, a nuestra llegada a Buenos Aires, totalmente adaptadas y nos recibieron muy bien. Pero eran como extrañas con mi madre, que padeció muchas veces su incompreensión. De todas maneras, se llevaron bien. Mi madre se independizó con rapidez y buscó su propio camino.

LA ARGENTINA

El país que encontramos estaba en plena pujanza. Nos recibió con las mismas ventajas que gozaban los argentinos. Los inmigrantes, en grandes cantidades, llegaban desde Europa y otros lugares. Huían de los problemas ocasionados por la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil española. La mayoría eran españoles e italianos, pero también se podía encontrar árabes, ingleses, alemanes, etc. En consecuencia, coexistían diversas lenguas, costumbres, comidas...

En la misma calle se podía encontrar vecinos de distintas nacionalidades. De ahí que algunos negocios se especializaron en la venta de pastas o pizzas italianas, panes árabes, repostería alemana...

Las distintas colectividades nos agrupamos en centros donde manteníamos las características de nuestro país. Hace poco se celebró la “Fiesta de los inmigrantes”, en Palermo, donde hubo bailes de todas las colectividades. También hubo lugares que recibieron inmigrantes de una sola nacionalidad. Por ejemplo en la provincia de Córdoba (Argentina) hay una localidad que se llama “General Belgrano”, donde casi la totalidad de la población desciende de alemanes y mantiene su lengua, costumbres, comidas y arquitectura alemanas. Hasta la misa, en la única iglesia, se celebra en lengua alemana.

En Bariloche (provincia de Río Negro a 1.700 km de Buenos Aires), al sur del país, también se puede observar la presencia de diversas colectividades europeas.

Sobre todo, en la “Fiesta de la nieve”, en que cada una de ellas exhibe sus danzas típicas en la falda del cerro “Catedral”. Esto lo aprecié en un viaje al sur cuando todavía era soltera. Toda esta variedad de nacionalidades hace

que el argentino no tenga una clara idiosincrasia (*sic*). Pareciera no definirse a sí mismo en forma rotunda. Especialmente el porteño, que siempre admiró a Europa y no encontró su propia identidad.

La música argentina fue otra sorpresa para todos. El tango y las melodías del norte nos resultaban melancólicas y tristes. Nosotros comprábamos discos de música española: pasodobles, vanas zarzuelas (*sic*). Así, aprendí a cantar con mi madre estas cosas.

Muchos argentinos desayunan y meriendan con mate. Éste consiste en colocar hierba mate en un recipiente, se le agrega agua caliente y azúcar. Luego se toma introduciendo una bombilla. Lo pueden compartir varias personas, previo agregado de agua y azúcar. Nosotros nunca nos pudimos acostumbrarnos a tomar mate.

Los días de fiesta se suele comer pastas, al estilo italiano (ravioles, canelones), y asados hechos a la parrilla. El asado es el plato más típicamente argentino. El dulce de leche es una invención argentina.

La forma de hablar argentina se diferencia de la nuestra. Menciono algunos ejemplos. No se usa la segunda persona “vosotros” y tampoco la forma verbal correspondiente. Se reemplaza por “ustedes”. Se dice “vos” en lugar de “tú”. Se pronuncian como “s” los sonidos de “z” y “c”. No diferencian el sonido “ll” de “y”⁶. Existen grandes cambios en el vocabulario, por ejemplo: alcaucil (alcachofa); ají (pimiento); porotos (judías), etc. El lunfardo es una forma oral de la Argentina, propia de las clases más bajas y que luego pasó a las letras de los tangos. Tiene un vocabulario muy pintoresco.

En Argentina se acogía muy bien al inmigrante y mi madre, en particular, sentía que se le allanaban algunas dificultades. Venía contenta con bolsas llenas de comida y asombrada por el poco dinero que había gastado.

En Argentina se consume mucha carne y poco pescado. Los cortes de carne reciben nombres totalmente diferentes que en España. Todo esto, en un principio, confundía a mi madre, pero ella era decidida y pronto se acostumbró.

En 1998 volvimos a España con mi marido y mi hija. Visitamos a nuestros familiares. Fue una emoción muy grande. Conocieron a mi hija. Yo sentía que pertenecía allí, por temperamento, costumbres, carácter. También visitamos la casa donde nací y pasé parte de mi infancia. El actual dueño me hablaba de las reformas que había hecho, pero yo trataba de recordar todo lo que había allí, antes de embarcar. Las imágenes de mis padres y de mi abuelo, ya fallecidos en Buenos Aires, vinieron a mi mente y los ojos se me llenaron de lágrimas.

⁶ En España esta diferencia fonética también se está perdiendo (N.E.).

ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS

Cuando llegamos a Buenos Aires, gobernaba el país Juan Domingo Perón y colaboraba con él su esposa Eva Duarte de Perón. A los pocos años, se fueron produciendo descontentos en una gran parte de la población. El Congreso dejó de funcionar y Perón asumió poderes extraordinarios. Muchas personas tuvieron que emigrar, por seguridad. Entre ellas, gran cantidad de intelectuales. Otra vez, el miedo se instaló en nuestra vida. Se comenzó a perseguir a la Iglesia y los peronistas quemaron algunos templos.

Nosotros no vivíamos cerca del centro de la ciudad, pero las noticias asustaban. Mi padre, como todos los dueños de hoteles y pensiones, tenía que llevar planillas a la comisaría más cercana con todos los movimientos de pasajeros (*sic*) del hotel. Aunque el nuestro fuera un negocio familiar y tranquilo. En 1955 los militares bombardearon Plaza de Mayo (donde está la Casa de Gobierno) y tomaron el poder. Ese día yo estaba en la Escuela Comercial Secundaria. Si bien quedaba cerca de casa, a los estudiantes no nos dejaron salir hasta que un familiar nos viniera a buscar.

Mi madre, con todo, enfrentaba los acontecimientos con serenidad. Lo primero que hacía era salir a comprar comida, temiendo el desabastecimiento.

Los militares gobernaron los siguientes años, instaurando el terrorismo de estado que produjo miles de desaparecidos, hasta 1983⁷. Hubo algunas interrupciones de gobiernos democráticos, depuestos, como el Dr. Arturo Frondizi (1958-1962) y el Dr. Arturo Illia (1963-1966). En 1983, se elige al Dr. Raúl Alfonsín. Desde entonces, tenemos gobiernos democráticos.

La situación del país, con la democracia, fue de error en error, aumentando la famosa y enorme deuda externa que, por supuesto, la padece la población. Sobre todo se destaca el descalabro producido por la crisis del “corralito”, donde el Estado se adueñó de los ahorros de la gente, a través de los bancos. La repercusión de estos acontecimientos fue enorme. Los precios, desde entonces, han subido mucho. Pero tenemos esperanzas de salir, poco a poco, de los problemas. Argentina es un hermoso país, a pesar de todo. Posee grandes bellezas naturales, todo tipo de climas: desde calurosos en el norte hasta los glaciares del sur (Calafate). Tiene nieves eternas en la Cordillera de los Andes, tierras extensas y cultivables, minerales, pesca, ríos caudalosos. Merece que su situación vuelva a ser lo que era, cuando llegamos: la tierra que cobijó, desinteresadamente, a tantos inmigrantes; el país que mandaba barcos cargados de cereales a Europa, devastada por la guerra.

⁷ Se refiere a los diferentes golpes de Estado que llevaron al poder a los militares en Argentina: 1955-1958; 1962-1963; 1966-1973 y 1976-1983 (N.E.).

MI FAMILIA

Quiero dedicarme un poco a mi familia. Desde que conocí a mi esposo, Pascual Pascual Gonzalo (hace 27 años), he afirmado todavía más lo español. Vamos a ver espectáculos españoles y escuchar zarzuelas en el Teatro Avenida. Hablamos por teléfono con nuestros familiares en España o nos comunicamos por correo electrónico. Vemos el canal español⁸ y extraño series de jerarquía (*sic*) que había antes como “La regenta”; “Los gozos y las sombras” (sobre el libro de Torrente Ballester) y otras adaptaciones de obras de Blasco Ibáñez como “Cañas y barro”, “La barraca”, etc. Hace poco nos visitó un sobrino de mi marido que reside en Zaragoza.

España está siempre presente en nuestras vidas: a través de sus noticias, de sus manifestaciones culturales, de su música. Nos conmueve oír las jotas o escuchar zarzuelas. El sentimiento está latente y fluye en toda oportunidad (*sic*). Seguimos, a través de la televisión española, los grandes eventos y hasta los programas de entretenimientos. Sentimos orgullo de nuestra nacionalidad. Mi hija, como mis sobrinos, tiene la ciudadanía española.

Los cuatro abuelos de mi hija, Lucía Florencia Pascual, son españoles, tres de ellos castellanos y uno aragonés. Su padre, ya saben, es también castellano y yo, aragonesa.

Confiamos saber transmitirle los valores que nos legaron nuestros antepasados: honradez, valentía, empuje para enfrentar la adversidad.

Ojala que los vínculos entre las diversas comunidades españolas y los emigrantes que vinieron a Latinoamérica se afiancen cada vez más. Lo necesitamos de ambas partes, pues nos unen muchos lazos comunes.

Ésta es la primera vez que escribo para un concurso. Todo mi relato es sincero y cierto. Muchas veces traté de contener la emoción para que resultara más objetivo. Les doy las gracias a los organizadores de este concurso por darme la oportunidad de expresar estas vivencias y por interesarse en nuestra emigración.

⁸ Se refiere al canal Internacional de RTVE (N.E.).

Recuerdos de mi vida

Josefa Marina León Nistal

A mi familia

Mi nombre es Josefa Marina León Nistal, nací el 17 de julio de 1939 en Astorga, provincia de León, España. A muy corta edad el destino quiso que emigrara a la Ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina, acontecimiento que cambiaría para siempre mi vida.

En pocas páginas paso a narrar algunas de las anécdotas de mi infancia en España y de mi juventud en Argentina, plagadas de sensaciones y sentimientos. Hoy vivo día a día mi casi vejez con el bagaje de lo cosechado: recuerdos, añoranzas, tristezas y alegrías... sobre todo alegrías.

RECUERDOS DE MI VIDA

Siendo yo una niña de siete años y parte de una familia numerosa, pues estaba conformada por mi padre, mi madre y mis ocho hermanos, España salía de la cruel Guerra Civil, dejando un descarnado escenario de múltiples necesidades y miserias humanas. Por aquel entonces mi padre trabajaba duro en un taller mecánico propiedad de mi abuelo y mis tíos, pero a la hora de repartir las ganancias, el dinero siempre resultaba poco en relación a los gastos que insumía (*sic*) una familia tan grande. Mi madre colaboraba tejiendo a mano para afuera y contábamos con la ayuda de la Acción Católica¹, pero nada era suficiente.

¹ Asociación pública de fieles, especializada en la acción social, fundada por Pío XI (1922) y con actuación y diversos países, entre ellos Argentina (N.E.).



Los alimentos eran muy costosos y escasos y era difícil conseguirlos. Recuerdo que mi hermano mayor, que en ese entonces tenía solo catorce años, recorría en bicicleta los pueblos cercanos en busca de aceite, azúcar y harina, esencialmente. En intentos desesperados, mi madre nos mandaba a pedir dinero para la comida a unas tías de buen pasar (*sic*) y nos echaban de su casa a los gritos de “coman grava de la carretera”.

Por otro lado, mi abuelo tenía fábrica de alfombras y a cambio de que mis hermanos y yo hiciéramos nudos en el telar nos daba unas pocas perronas².

También la fe se veía amenazada por las necesidades. Recuerdo que una Semana Santa iba a tomar mi Primera Comunión en la Parroquia de Santa Marta, para la que me había preparado con las monjas durante un largo tiempo, fecha en que nace mi hermano menor Jesús un 30 de marzo. Obviamente mi madre no pudo ocuparse de mi vestimenta, por lo que me pidió que fuera a la casa de las hermanas de mi padre a pedirles el vestido que un tiempo antes había usado mi hermana Teresa para su comunión, pero una vez más recibí una estruendosa negativa. Para que este rechazo no significara un disgusto familiar no dije nada.

El día llegó, me levanté temprano y con mi ropa de todos los días fui sola y tomé mi Primera Comunión. Lo importante para mí era mi compromiso con Dios, pues yo era muy humilde y el amor que le tenía a mi madre hizo que dejara todo egoísmo de lado y priorizara mi fe. Otra tristeza que tuve que vivir fue cuando nació mi hermana Evangelina, mi madre, sufrió una embolia, quedando a las puertas de la muerte; no existía forma de salvarla, pero los médicos sugirieron un tratamiento que estaba de moda en Alemania: la milagrosa penicilina. Y fue así que pronto se curó, quedándole la secuela de una pierna rígida durante mucho tiempo.

Recuerdo algo que quedó grabado en mi mente y corazón: mi madre era devota de la Virgen de Fátima. Un trece de mayo la acompañé a la Iglesia y en el momento de la bendición de los enfermos con el Santísimo, aún con su pierna rígida, pudo ponerse de rodillas; era un milagro, ¡qué emoción!, las lágrimas corrían por mi rostro.

Con el paso del tiempo se estabilizaron un tanto las cosas. Seguíamos creciendo y con nosotros los problemas económicos. Claro que también hay

² La “perra” es el nombre popular de la fracción de 10 y 5 céntimos de peseta (N.E.).

momentos lindos para recordar y que, cuando se dejan lejos, se evocan con una mezcla de alegría y tristeza incomparable. Recuerdo a mi tía Emilia y a mis primos con los que compartíamos momentos de juegos y paseos, pues vivíamos muy cerca.

También compartíamos expediciones organizadas por mi abuelo Ángel y mi tío Máximo. Nos hacían correr hacia el “Teso Redondo”, un monte cercano a mi pueblo, y a quien llegara primero lo premiaban con un sabroso bocadillo de chorizo, luego con una red en forma de embudo sacábamos cangrejos del río. Mientras tanto se prendía fuego para asarlos, haciendo de ese momento algo mágico.

La felicidad máxima llegaba cada año con la Navidad. Mi tía Emilia nos preparaba una sala donde armábamos el pesebre y junto con mis hermanos y primos hacíamos castillos de corcho, lagos de espejos y ríos de musgo. Lográbamos crear algo hermoso. También los cumpleaños de mi abuelo eran divertidos: nos preparaba chocolate caliente y luego nos regalaba a cada uno la tacita de barro que, a pesar de ser rústica, me parecía muy linda. Todos los recuerdos buenos y malos fueron quedando atrás.

Ya con trece años, sin que las necesidades nos dieran tregua, llega una carta de América escrita por un hermano de mi abuela. La misiva puso ante los ojos de mi madre la gran posibilidad de cambiar nuestro difícil pasar por algo mejor. El arrugado papel decía que en el continente más joven se podía vivir mejor, que había trabajo, que se podía estudiar; en definitiva, la solución para todos nuestros problemas. Fue así que lo que en principio parecía ser una fantasía se convirtió en la gran aventura que cambiaría para siempre nuestras vidas.

Pero semejante idea tuvo sus detractores y opositores pues mis abuelos no iban a apoyar, según sus propias palabras, “tan descabellada locura” a tal punto que desheredaron a mi madre y la familia de mi padre no les fue en zaga, como adelanto de su herencia solo le dieron migajas. Pero a pesar de todo, el plan “emigrar” se puso en marcha. La incursión inicial la llevarían a cabo mis dos hermanos mayores Mariano y Ángel con la misión de ver que nos esperaba en América.

El objetivo era Argentina, la fecha indicada Enero del cincuenta y dos. Más tarde, en noviembre del mismo año, viajábamos mis padres y los siete hermanos restantes.

El inevitable dolor de la despedida, el gusto amargo del desarraigo, la sensación desgarrante de dejar los afectos habían llegado. Sólo calmaría tal desazón las imágenes grabadas a fuego en mi mente y mi corazón de los últimos saludos de mi familia y amigos en el andén de la estación de trenes de Astorga y el humo más gris que nunca del tren a Vigo, que se convertiría más

tarde en un hilo indestructible que uniría por siempre mi vida en España y mi vida en Argentina.

Tres días de espera en Vigo, sus calles de piedra empinadas, colores vivos, la imagen imponente del Barco “Ciudad de Buenos Aires” y nuestro pasaje a la nueva vida. Era enorme, cuatrocientos cincuenta pasajeros a bordo y la sensación de estar flotando en el mar de alguna película de aventuras. Los primeros días fueron complicados, los mareos y vómitos se repetían a cada movimiento brusco del coloso de acero. Cada vaivén significaba un tremendo malestar y por momentos pánico, seguramente exagerados, ya que éramos la mayoría niños.

El más atrevido era mi hermano Pedro, de ocho años, el aventurero, el valiente de la travesía, podía ir y venir por el barco mil veces sin que le afectara el movimiento, nos traía agua fresca continuamente y su simpatía hizo que la tripulación lo aceptara como un buen amigo. Tanto es así que, cuando llegamos a vivir a la Ciudad de La Plata en Argentina, la casualidad hizo que justo frente a nuestra casa viviera el jefe de máquinas del barco que al vernos nos hizo sentir el calor de la bienvenida, calor que forjó una amistad entre las familias que duró por muchos años.

Volviendo al barco, el viaje duró dieciséis días inolvidables, pues interactuar durante tanto tiempo con el “show” sublime que proponía la naturaleza, el verde azulino del mar, el celeste del cielo mezclado con el purísimo blanco, el gris plateado de las tormentas y por fin el terminante impacto del marrón leonino del Río de La Plata que parecía una corriente de agua sucia. Más tarde aprenderíamos en la Escuela que lo que creíamos suciedad eran sedimentos y tintes que arrastran los Ríos Uruguay y Paraná, desde el norte, hasta formar el río más ancho del mundo.

Al llegar al Puerto de Buenos Aires buscamos con apuro a mis hermanos entre tanta gente y, al verlos, la sensación de estar completos otra vez, la alegría plena de los abrazos dando calor nuevamente a nuestros corazones. Retiramos el equipaje y partimos rumbo a la ciudad Eva Perón que más tarde cambiaría su nombre por el definitivo Ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Fuimos recibidos con mucho afecto por los tíos y primos que ya vivían en Argentina. Así fueron nuestras primeras experiencias en América, pero las dificultades que creíamos haber dejado atrás nos alcanzarían nuevamente.

La casa que nos habían destinado era muy pequeña, pues tenía una habitación, un baño y una cocina ubicada en el fondo de un taller, donde mi padre y mis dos hermanos mayores realizaban las labores de mecánico. Fue imposible vivir todos juntos en tan poco espacio.

Y llegó lo peor. Mis padres decidieron que mis hermanas Teresa y Celia fueran a vivir a la casa de tío Pío; Pedro y María Luz a la casa de tía Pilar y yo

llevé la peor parte pues fui a vivir sola a la casa de tío Toribio, quedando mis hermanos mayores y los más pequeños, Evangelina y Jesús, con mis padres.

Recuerdo haber sufrido mucho pues yo estaba muy apegada a mi madre y no me sentía bien en esa familia. Me había convertido en la sirvienta, me trataban como una sirvienta. Dormía en una habitación en el



fondo de la casa y, aunque ya tenía trece años, lo único que quería era volver junto a mi madre y a mi familia. Recuerdo que un día me escapé y como no conocía las calles, a pesar de vivir a sólo cuatro cuadras, me perdí. Duró un año el exilio hasta que pudimos vivir en una casa más grande y así reunirnos nuevamente toda la familia.

Comenzamos a ir a la escuela, al principio nos costo adaptarnos pero poco a poco lo fuimos logrando. A los dos años de llegar a la Argentina y cuando estábamos más tranquilos, asomó la mezquindad de los tíos que nos habían traído, pues querían cobrar los gastos del viaje con intereses usureros que no podíamos pagar, por lo que se aprovechaban de la entrada de dinero que ganaba mi padre en el taller. Es más, a mi madre la querían instalar una lavandería para que trabajáramos todos. Claramente nos querían explotar. Ante tanto desconcierto mi padre tomó la decisión de cortar por lo sano y muy enojado devolvió la casa, consiguió un préstamo y construyó nuestra propia casa y taller.

Gracias al esfuerzo de todos pudimos salir adelante, aunque siempre nos quedó la sensación de que América no era lo que nos habían contado.

Más tarde comenzamos a trabajar mi hermana Teresa y yo. Ella en un estudio de abogados y yo en casa de una médica cuidando niños, empleo que dejaría para trabajar en un comercio. Con mis primeros sueldos pude comprarme una bicicleta que me servía de transporte. Ya tenía dieciséis años.

Recuerdo que un día al llegar del trabajo encontré a mi madre llorando, cuando pregunté qué pasaba, me dijo que el tío Toribio había mandado un telegrama para que se le pagara la deuda que habíamos contraído por los pasajes de barco que era algo así como 16.000 pesos, sabiendo que aún no habíamos mejorado económicamente lo suficiente para poder pagarle.

Me puse furiosa, tomé mi bicicleta y fui al Colegio de Abogados, pues tenía su estudio en ese edificio, y cuando me vio se sorprendió bastante. Comencé a decirle todo lo que pensaba, se levantó de su asiento y me dijo que era una mocosa muy atrevida y antes de que decidiera echarme le grité que

fbamos a pagarle pero en cuotas y de acuerdo a lo que nos permitiera nuestra economía.

Estaba realmente furiosa por la actitud de mi tío, después de todo yo había vivido en su casa y un poco lo quería. Después de semejante decepción no lo volví a ver.

Luego tanto trabajo fue rindiendo sus frutos. Mi padre y hermanos cambiaron el trabajo de taller por el de comerciantes. Abrieron uno de los primeros supermercados de la ciudad en los años setenta, era toda una novedad pues pasaron a reemplazar los viejos almacenes de barrio. Con muchos altibajos que coincidían con la turbulenta política peronista y militares, más que arraigadas en la Argentina de aquellos años. Era una empresa auténticamente familiar, casi todos trabajábamos o colaborábamos en la rotisería “Los Leones”. Yo me encargaba de la cocina, hacíamos raviolos, canelones, pollos, lechones y toda especialidad española que era muy requerida por los clientes. Más tarde los problemas políticos mencionados llevaron a mi familia a cerrar el comercio. En mi eterno plan de busquedas abrí una mercería, vendí telas y todo lo necesario para la costura. También vendí ropa y artículos de bebé hasta hace poco tiempo.

Fueron pasando los años y cada uno de nosotros fuimos formando nuestras familias, en general sumamos setenta y ocho y en lo particular tengo a mi esposo a mis dos hijos, a mi nuera y a mis dos nietos Magdalena y Mariano. En la actualidad disfruto de mi calidad de pensionista y en mis ratos libres participo activamente en el Centro Castellano-Leonés de mi ciudad, donde tomo clases de castañuelas, canto en el coro “Los Palomares” y revivimos todas las tradiciones españolas.

Para el doce de octubre, fecha en que se recuerda el descubrimiento de América, desfilamos en la ciudad de Berisso, lugar de inmigrantes por excelencia, con los atuendos tradicionales de la región leonesa y llevando bien alto la bandera española y los cabezudos que dieron el toque risueño al desfile. Todas estas actividades hacen que la distancia sea más corta, que pueda recordar con alegría a mi tierra natal, que mis hijos adopten como suyas las tradiciones españolas, que se las transmitan a mis nietos y que recuerden cada día que también son parte de mi España querida.

Hoy con mis sesenta y pico de años (*sic*) puedo decir que, a pesar de tantos pesares, soy feliz y no puedo quejarme de los logros conseguidos, ni de mi vida como inmigrante. Lucho cada día por no desterrar de mí la añoranza, los recuerdos de mi España natal, mi identidad, mi sueño eterno de volver a pisar mi tierra.

Espero que la situación económica de mi país, Argentina, mejore para poder regresar. Mientras tanto sólo me queda seguir esperando, con la ilusión viva de sentirme nuevamente cerca de casa, cerca de Astorga.

Raíces e identidad

Mirta Noemí Llorente Montes



AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a las autoridades de la Junta de Castilla y León, de la UNED, de la Diputación de Zamora y de la Asociación Etnográfica Bajo



Foto tomada en España y que se encuentra en la partida de nacimiento. Edad con la que llego a la República Argentina 1917-1924

Duero la iniciativa que tuvieron al llevar a cabo esta convocatoria, para que cada persona pueda recordar y reseñar la historia de los inmigrantes de cada familia que salieron de España hacia los distintos lugares del mundo.

En este relato me refiero en especial a mi señor padre don Mariano Llorente de Pablos, a mis abuelos y tíos, quienes dejaron su patria en busca de un nuevo destino, que fue geográficamente, culturalmente y de costumbres diferentes, debiéndose adaptar a una nueva forma de vida.

Desde un lugar del norte de España con montañas, ríos, valles fluviales, manantiales y fuentes, llegaron a la República Argentina, más precisamente (*sic*) a la provincia de Santiago del Estero, región de montes, donde el agua faltaba, donde el calor y la tierra árida eran sus principales características. A pesar de ello supieron con esfuerzo, contracción (*sic*) al trabajo ir adaptándose y progresar en momentos tan especiales para crecimiento, desarrollo material y de convivencia.

¡Cuánto espíritu emprendedor, cuánto trabajo, cuánta pasión de aquellos inmigrantes, a los que deberíamos honrar levantando nuevamente hoy esos valores!

Deseo dejar mis palabras de estímulo a todos los que me ayudaron a dar vida a esta pequeña historia, en especial a mi hijo José, quien en diversas oportunidades me sugirió que iniciara los trámites para obtener la ciudadanía española¹. Desde ese momento empecé a recabar datos, escritos, fotografías, anécdotas de esa época para esbozar y darle forma a mis ideas, que hoy, las puedo concluir.

A mi hijo Carlos quien plasmó en un escrito un recuerdo emotivo y cariñoso para su abuelo.

A mi madre, hermanos, tías, prima Nora, que aportaron escritos, documentación y fotografías.

A Germán Cornejo, joven ejecutor de los dibujos y diagramas.

A Graciela Buseghin por su colaboración en el diseño general de la producción.

¡Mi abrazo sincero para todos!

Doy gracias a Dios por haberme iluminado y ayudado a llevar a cabo el deseo de realizar esta pequeña reseña y transmitir alegría a todos los que me rodean y poder dejar este testimonio para mis abuelos, para mí padre y tíos

¹ Pasaporte x 626296, 14-12-2004 (N.A.)

que emprendieron un gran y esforzado viaje cuando emigraron a esta tierra de América del Sur.

RECONOCIMIENTO Y HOMENAJE

Para mi padre, don Mariano Llorente de Pablos, persona de incansable trabajo, quien fuera un conocido y próspero comerciante, de espíritu solidario, desempeñó cargos públicos con honestidad, profunda dedicación y con total responsabilidad. Deseo en esta breve biografía agradecer mi formación, viviendo con su ejemplo los valores adquiridos y la trayectoria de su vida privada y pública. Para él todo mi amor y el recuerdo inolvidable.

Para Mariana Llorente de Pablos quien es la persona viva de la familia inmigrante original. Ellos nos precedieron y dejaron una huella profunda de nuestras raíces.

No quisiera dejar de recordar en este relato al tío Paco (Francisco) como lo llamábamos cariñosamente, quién también se desempeñó (*sic*) en el mundo del trabajo, al igual que mi padre, como comerciante en las ciudades de Buenos Aires (capital de la República Argentina) y en Santo Tomé a 15 km de Santa Fe de la Vera Cruz (capital de la provincia de Santa Fe). Ocupó cargos públicos ejerciendo la presidencia con total responsabilidad y honestidad. Debo destacar su carácter alegre y jovial. Vaya mi recuerdo y cariño permanente.

Los abuelos siempre contaban de su tierra y sus tareas, en esa zona norte de España, donde en la descripción geográfica escrita en el relato se percibe lo duro y tal vez sacrificado de la vida diaria de acuerdo a las estaciones del año. Tuvieron que pasar fuertes inviernos por las inclemencias del tiempo. El frío y la nieve los paralizaba, el resguardo de los animales y alimentos debían ser previstos y calcular que todo alcanzara para el tiempo necesario, mientras duraban las características del clima.

Lamentaban que el tiempo transcurriera y las secuelas de la guerra los oprimía. Decidieron entonces emprender y buscar nuevos horizontes y trabajo para poder enfrentar las necesidades que requería el mantenimiento de la familia, con tres pequeños hijos y así poder brindarles un mejor bienestar. Decidieron entonces venir a América, para ellos fue un marcado desarraigo al dejar su tierra, sus padres, hermanos y parientes, empezar acá una nueva vida en lugares lejanos, desconocidos. Pero gracias al esfuerzo y tesón supieron sobrellevar con alegría la decisión elegida.



Mi inmenso cariño y agradecimiento por lo que *soy* Tía Mary. Gracias por llevarme al *pasado* al ayudarme a descubrir nombres, quiénes fueron, de dónde vinieron y cómo vinieron...

Aquellas pequeñas cosas que da vida a la historia (*sic*). Para mis abuelos este recuerdo a sus memorias, con quienes compartí mi infancia y juventud, con alegría, admiración y afecto.

DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA Y DATOS HISTÓRICOS DESTACABLES

Sin más esperanza que un futuro incierto

Este escrito, que pretende ser una historia de familia, se lo dedico a mis abuelos, padres, hermanos, tíos, primos, sobrinos, hijos y nietos y a todos los que vinieron desde tierras lejanas de la vieja Europa, más precisamente de Villalba de Guardo² (provincia de Palencia), lugar de “Fuentes Carrionas”, siendo un apogeo de agua.

Abundan en la zona alta, pozos y lagunas de origen glaciar de fondos. Con los años, ha brotado un conjunto de leyendas y tradiciones. Los pueblos se han asentado aquí, es corazón de valles fluviales o en laderas, con recintos ricos en manantiales y fuentes. Guardo hace de bastión en este peculiar territorio.

El río Carrión cruza la villa como una arteria, dibujando generoso valle para el asentamiento humano. En tiempos remotos debió de ser un espacio codiciado por sus riquezas de bosques de roble y caza; por los excelentes pastos de su suelo y por la calidad y cantidad en caza y pesca. Próximo a nuestros días, el descubrimiento y la explotación del carbón de su subsuelo le confirieron un magnetismo que atrajo a una abigarrada emigración (Asturias, Andalucía y Extremadura). Hoy mantiene el protagonismo de cabecera de

comarca, centro comercial y foco de propuestas culturales y de ocio sobre una amplia área de influencia.

La provincia de Palencia, desde donde se trasladaron mis abuelos, está emplazada en el centro-norte de la Península Ibérica y tiene 8.035 km². A pesar de presentar un semblante intemporal y



Emigrantes desembarcando en el puerto de Buenos Aires.
(Dibujo de Germán Cornejo).

² Municipio del norte de Palencia, a 1.100 metros de altura, cerca del nacimiento del río Carrión (N.E.).

que ha viajado largamente en el tiempo, cuyo patrimonio heredado de viejas piedras, tallas y pinturas, constituye una epopeya muda de arte y cultura, es capital de una provincia incluida desde 1983 en la comunidad autónoma de Castilla y León. Fue residencia real y en ella se fundó, en el año 1208, la primera universidad del país.

En el escudo de la ciudad figura el lema “*Palencia, armas y ciencia*”. Cada una, declaración de principios para esta joya singular, de referencia clave en la historia española. Perteneciente hoy a Castilla y León, que desde 1983 se constituye en comunidad autónoma, su sede se encuentra en la ciudad de Valladolid, capital de la región y está conformada por nueve provincias: Ávila, Burgos, León, Palencia, Salamanca, Segovia, Valladolid y Zamora³.



Cuadro genealógico de la familia del autor.

LA HISTORIA CONTINÚA

Dibujo realizado por Germán Cornejo mediante la observación de pequeños recortes de fotos, un poco deterioradas, que se conservan en el álbum familiar⁴.

³ La autora no menciona la provincia de Soria, cuya inclusión completaría el conjunto de provincias que constituyen Castilla y León (N.E.).

⁴ Se refiere al dibujo que lleva como título: “Emigrantes desembarcando en el puerto de Buenos Aires” (N.E.).

El viaje lo realizaron en el barco Groix, partiendo desde Bilbao, ellos fueron don Félix Llorente García y doña Marcelina de Pablos Alonso y sus tres hijos Mariano, Mariana y Francisco, arribando al puerto de Buenos Aires en diciembre de 1924, alojándose en la casa de los inmigrantes. Desde esta capital de la República Argentina, en América del sur, se trasladaron al interior de la misma, a la provincia de Santiago del Estero.



Certificado de nacimiento de Mariano Llorente de Pablos, padre de la autora.

BREVE DESCRIPCIÓN Y VIDA FAMILIAR

A partir de la fundación de la ciudad del Barco, luego Santiago del Estero, fundada el 25 de julio de 1553 por don Francisco de Aguirre y desde donde salieron expediciones españolas hacia distintos (*sic*) puntos cardinales, que luego continuaron con la instauración de nuevos poblados que se convirtieron en ciudades. En Santiago del Estero se crearon y funcionaron el primer obispado y la primera universidad del país. En esta provincia (Santiago del Estero)

se trasladaron a un pueblo llamado Quimil (Dpto. 9 de julio) donde nace su cuarta y última hija, Natividad. El abuelo Félix, en ese lugar, comienza su trabajo en el ferrocarril “*General Belgrano*” continuando luego su vida laboral y familiar en otro pueblo de la provincia, más precisamente Añatuya (que en quíchua, lengua indígena, quiere decir zorrino) del departamento Taboada. De ahí fue trasladado nuevamente a San Cristóbal (Dpto. san Cristóbal) de la provincia de Santa Fe. Ya retirado y gozando de su jubilación pasa sus días en el seno familiar, dedicándose a su huerta, frutales y animales domésticos, disfrutando del cine, eventos culturales y otras actividades.

En 1957 fue internado en un sanatorio por problemas de salud y debido a una complicación pulmonar fallece el día 11 de agosto.

Transcurrió el tiempo y la abuela Marcelina debe trasladarse a Santa Fe de la Vera Cruz, capital de la provincia junto con su hija Natividad y familia vive con ellos y en esta ciudad fallece.

Los relatos particulares se vuelven representativos de una época y su cultura y contribuyen a homenajear a quienes nos precedieron y forman nuestra identidad, patria e historia.

Deciden trasladarse a Icaño, pueblo cercano y lugar donde vivieron los hermanos Wagner, destacados arqueólogos que contribuyeron al descubrimiento y estudio de los primeros habitantes que vivieron en la región y otros lugares de la provincia. Esos aborígenes fueron los diaguitas –grandes alfareros– de características sedentarias y de gran mansedumbre, hoy habitan el norte de la provincia. En las distintas ferias regionales, ofrecen y venden sus productos: canastas,

jarrones, cacharros, etc.; trabajados en paja, fibras, barro y otros materiales autóctonos, de excelente calidad y bellos diseños.

El 13 de agosto de 1942, fecha de llegada al pueblo, se dedicaron al comercio, con mucho trabajo y tesón, consiguieron abrir un “*almacén de ramos generales-compra y venta de frutos del país*”.

De su matrimonio nacieron cinco hijos: Mirta Noemí, Mario Alberto, Norma, Carlos, Edmundo (fallecido) y Rosa Mary, nueve nietos y ocho bisnietos.

Santiago del Estero provincia llamada madre de ciudades, como expresara anteriormente, desde ella partieron las corrientes pobladoras fundando otras ciudades que hoy conforman la República Argentina.



Mariano en su juventud.

MARIANO: JUVENTUD Y TRABAJO

Corría el año 1939, Mariano con domicilio ya en Añatuya (Dpto. Taboada) provincia de Santiago del Estero a donde había sido trasladado, su padre inició su nuevo trabajo desempeñándose en su tarea con eficacia y responsabilidad, era viajante y repartidor de in firma *Marcos Faimann y Cía.* y entregaba la mercadería en almacenes y comercios de las localidades cercanas como: Icaño, Colonia Dora, Herrera, Real Jayana, etc. (todas del Dpto. Avellaneda).

Entre trabajo y recorrida de los distintos lugares reconoció en Colonia Dora un día a Rosa, una apuesta señorita, hija de comerciantes españoles, de quien se enamoró. Pasó el tiempo y se consolidó la pareja y el 8 de noviembre de 1941 contrajeron enlace en Colonia Dora (Dpto. de Avellaneda).



VIDA PÚBLICA

Don Mariano (como lo llamaban) se destacó por sus valores humanos, su ayuda a los demás y su preocupación por lo social, siendo destacado y reconocido como vecino por el conocimiento y vivencia de las necesidades ajenas. Lo designan comisionado municipal ejerciendo dicha función en un marco de honestidad y responsabilidad.

Desde el 27 de octubre de 1950 actuó en varios gobiernos de diversos tintes políticos y distintos gobiernos partidarios. siempre su labor fue reconocida por los gobernadores de la provincia y destacada por los habitantes del lugar, trabajó en forma mancomunada con las autoridades de los pueblos vecinos, en bien de la comunidad y la región. Inauguró varios edificios públicos entre los que se destacan: el edificio de telecomunicaciones, el matadero municipal, la cabina de teléfono público, agua corriente pública, iluminación y asfalto de la plazoleta y busto del general José Francisco de San Martín.

Se desempeñó por un trayecto de casi veinte años en el municipio, donando sus haberes al mismo, sin retaceos (*sic*) y mezquindades. Ejerció el cargo de presidente del “Club Atlético Alumni” de esta localidad. Colaboró con la capilla del pueblo “Nuestra Señora del Perpetuo Socorro”, donde yo ejercía el cargo de secretaria, apenas recibida de maestra normal nacional. Gracias a su ejemplo, todos sus hijos y nietos se desempeñaron en instituciones solidarias y clubes, cooperadoras escolares y hospitalarias. Habitantes del pueblo de Icaño y sus descendientes lo recuerdan con cariño.

Algunas de las disposiciones, decretos y nombramientos, fotocopias de los originales obtenidas en las diferentes publicaciones oficiales del gobierno de la provincia de Santiago del Estero. Todas las fotos, ilustraciones, etc. que encuentran en este trabajo son auténticas.



Comisión directiva del Centro Regional del Comercio y de la Industria de Santo Tomé.



Edificio de Correos y Telecomunicaciones Icaño (Santiago del Estero). Edificio Matadero Municipal.



Inauguración Cabina de Teléfono público.



Plazoleta pública Icaño (Dpto. Avellaneda-Santiago del Estero). Icaño (Dpto. Avellaneda). Acto Oficial con presencia de autoridades y del Sr. Gobernador de la provincia de Santiago del Estero.

Esta descripción en forma de verso fue escrita por Carlos Fernando Alberto Llorente (cuarto nieto). Todos ellos tienen un recuerdo afectuoso y valoran las enseñanzas y vivencias compartidas con su abuelo, quién también es reconocido y querido por los demás familiares.

EL SABIO WAGNER AGRICULTOR

El sabio don Emilio Roger Wagner también incurrió en la práctica de la

PRIMER CANAL DE RIEGO

Corresponde un lugar preponderante

MERITORIA ACCION DEL Sr. MARIANO LLORENTE FRENTE A LA C. MUNICIPAL

El señor Mariano Llorente atravesando el Atlántico llegó a esta tierra hidalga y generosa, dispuesto a brindar lo mejor de sí mismo a su nueva patria y a esperar también mucho de ella.

Desde muy joven demostró carácter, firmeza, férrea voluntad, constancia en todo cuanto emprendía, así fue escalando posiciones hasta llegar a ser lo que es en la actualidad; uno de los comerciantes más fuertes de la zona, alternada esta actividad con la agricultura.

Parco en palabras pero en acciones fecundas, demostrando claramente las veces que se impuso la delicada como forzosa tarea de desempeñarse al frente de la Comuna local.

Poseedor de un claro concepto de sus obligaciones, es digno jefe de hogar. Lucha tesoneramente junto a su esposa para hacer de sus hijos más de lo que él pudo ser, brindándoles sin retaceos su apoyo material y la fortaleza de su recto espíritu. Poco elusivo, serio, metódico e inflexible, así lo ven muchos, pero, quienes de cerca conocen su sentir saben cuánto ternura atesora para sus jóvenes hijos y vecinos de la comunidad.

Es la tercera vez que el señor Llorente ocupa honoríficamente el cargo de Comisionado Municipal, esta vez lo hace desde principios del año anterior secundado por el secretario, señor Luis H. Herrera.

Afrontó a un principio numerosos problemas de índole económico, regularizado el mismo, desarrolló una acción fecunda en el corto periodo que lleva en su actuación. Una de sus preocupaciones constantes radica en la limpieza de los terrenos baldíos que se encuentran dentro del ejido, repara a su vez las calles, consiguiendo merced a esta acertada política comunal cambiar la fisonomía del pueblo confiriéndole un aspecto de aseo y seguridad en el tránsito de vehículos.

Arregló parcialmente el matadero y el mercado en su totalidad, agregándole a este último algunas comodidades indispensables y para su terminación se le dio pintura general. La oficina también recibió referación general en paredes, pisos y pintura, dándole de ciertos elementos de confort.

Tampoco descuida los caminos de las zonas rurales, con ese motivo puso en marcha un programa perfectamente planeado a fin de abrir nuevos caminos y reparar otros. Concretó estos objetivos con el préstamo de una máquina motoniveladora por el Consejo Provincial de Vialidad, logrando de esa manera dotar con más de 57 kilómetros entre nuevos y reparados en compactas poblaciones de los parajes vecinos.

Bajo su gobierno municipal se reanudó el servicio de agua corriente, suspendido desde hace más de cinco años por desperfectos mecánicos en sus instalaciones. Para posibilitar el funcionamiento del mismo superó estos inconvenientes y tendió una línea de cables para accionar el motor eléctrico bombador.

Por sus insistentes gestiones se actualizó una vieja aspiración del vecindario sobre el pedido de una cabina telefónica a la Compañía Argentina de Teléfonos, el que se instalará muy en breve.

Entre los proyectos futuros e inmediatos el señor Comisionado tiene planificadas las siguientes obras: construcción de un matadero con sus correspondientes comodidades para el faenamiento de la hacienda para consumo con la garantía absoluta de limpieza e higiene; reaviamiento catastral del pueblo; reparación general a nuevo del veredón que sirve de paseo y corro en todo el trayecto de la Avenida Hipólito Irigoyen; organización de una Cooperativa de Agua Potable y otra para la construcción de viviendas; éstas últimas se llevarán a cabo por intermedio de un convenio a suscribir con la Corporación del Río Dulce.

En su mayor parte la comuna consiguió materializar las obras enumeradas anteriormente por el amplio apoyo recibido del gobierno de la provincia, y tiénesse la certeza que seguirá recibiendo la valiosa colaboración para concretar los proyectos futuros.

El señor Mariano Llorente por su incansable y tesonero accionar al frente de la comuna, tiene bien ganado el reconocimiento y apoyo del vecindario y confía que a Icaño, comunidad pujante, no lo dejará estancarse en su faz expansional.

El abuelo

Son los años los que pasan,
es el campo el que me abraza,
mil recuerdos! qué riqueza!
es mi abuelo! qué entereza!

Es Santiago, es ese Estero
Doña Rosa, frutos, cuero.
Es Mariano un compañero,
gran amigo de su pueblo,
un señor tan generoso,
es mi abuelo!, qué glorioso!

Desde España él llegó,
desde lejos nos guió,
desde el cielo nos enseña,
es mi abuelo!, qué reseña!



Casamiento de Rosa y Mariano (Colonia Dora).



RAÍCES VIVIENTES

Para todos mis parientes que residen en España, tierra natal de mis antepasados, este recuerdo. Quedan en Villalba de Guardo (prov. de Palencia) familiares que hoy viven, para ellos vaya mi recuerdo y sinceros cariños de esta Santa Fe de la Vera Cruz, “cuna de convenciones”.

Reitero mi deseo de rendir homenaje a mi Sr. padre, a mis abuelos y tíos que emprendieron un gran y esforzado viaje cuando emigraron a América, a 81 años de cuando decidieron dejar su tierra y agradecerles también “sus enseñanzas”.

Como un testimonio de aquello que hizo posible la cultura y la vida social de cientos de ciudades y pueblos argentinos, las imágenes del pasado narran cada una de las historias anónimas que se reconocen e identifican con la historia colectiva.

La única motivación constante que tuve para escribir esta pequeña biografía fue el deseo de conocer historias sobre el pasado de la región natal de mis abuelos, padre y tíos, y dejar en una síntesis una pequeña biografía.

Pueblo de Icaño (Dpto. Avellaneda)
Santiago del Estero.



En Añatuya
(provincia de Santiago del Estero).

CONSEJO DIRECTIVO DEL CENTRO REGIONAL DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA DE SANTO TOMÉ

Presidente	† Sr. Francisco Llorente
Vice presidentes	† Cont. Gabriel Perelló
Secretario	† Sr. José M. Cafaro
Pro secretario	† Sr. Mario Correa
Tesorero	† Cont. Armando J. Abraham
Pro tesorero	† Sr. Carlos Greppi
Vocales titulares	† Ing. Leo Nelsoni † Sr. José Ruiz † Sr. Idilio Insant † Sr. Néstor Martínez
Vocales suplentes	† Sr. Oreste Fallabrino † Sr. Domingo Della Giustina † Sr. Julio Pournel † Sr. Walter Wolschlejel
Revisores de Cuentas	† Sr. José L. Maurino † Sr. Francisco Gloria

PERSONAL

Gerente : Lic. Roberto B. Colosero Valentino
 Administrativo: Sra. Ester V. Salcedo de Franklin

DELEGADO ANTE LA F.E.I.C.A.*

Titular : Cont. Gabriel Perelló
 Suplente : Sr. José M. Cafaro

DELEGADO ANTE Fa.Ce.Co.*

Titular : Ing. Leo Nelsoni
 Suplente : Sr. Idilio Insant

.....



Raíces e identidad



Acta de nacimiento de Francisco Llorente de Pablos, tío de la autora.



Acta de matrimonio de los padres de la autora, Mariano y Rosa.



Nombramiento de Mariano Lorente como Presidente de Estación Icaño.



SU FALLECIMIENTO

EL corresponsal del PUEBLO publico en el Diario "EL LIBERAL" de la CIUDAD CAPITAL este recordatorio

MEMORANDUM

Sociales del interior

Fallecimiento

El día 25 de mayo de 1890 falleció en la ciudad de Madrid don Juan de Dios, natural de la villa de Madrid, hijo de don Juan de Dios y doña María de la Cruz, casados en la villa de Madrid, y propietario de una casa en la villa de Madrid, y propietario de una casa en la villa de Madrid.

El día 25 de mayo de 1890 falleció en la ciudad de Madrid don Juan de Dios, natural de la villa de Madrid, hijo de don Juan de Dios y doña María de la Cruz, casados en la villa de Madrid, y propietario de una casa en la villa de Madrid, y propietario de una casa en la villa de Madrid.

Vida y experiencia migratoria

Jesús Martín Pérez

Nacido en Villavante, un pequeño pueblo de la provincia de León, en Diciembre del año 1932, terminado mi ciclo escolar, con buena predisposición para el estudio, a los trece años, ingreso en colegio religioso de los P.P. Redentoristas, en la provincia de Burgos. Terminando el séptimo año, con estudios equivalentes al bachillerato, vuelvo a mi pueblo natal y durante 3 años trabajo en una oficina.

Las posibilidades económicas de España, en esos años, no permitían remuneraciones como para vivir cómodamente. Fallecidos mis padres y enterrado mi hermano, que vivía en Buenos Aires, desde el año 49, de mi situación casi huérfana, me aconsejó emigrar a la Argentina donde estaría en su compañía y con más posibilidades de progreso. Me constó bastante decidirme, porque mi situación no era desesperante, hablando económicamente, había probado lo que era la ausencia de mis afectos, en mis años de estudio, y a parte de esto, mantenía un noviazgo serio, con una chica recibida de maestra, que me mortificaba enormemente.

Lo analizamos ambos y decidimos avisar a mi hermano, para que me enviara mi Carta de llamada. Trámites terminados, el 5 de septiembre embarcaba en Vigo, en el barco francés Lamee, con destino a Buenos Aires. En ese momento desgarrador empecé a sentir lo que era despegarse de mis afectos y de mi patria, hacia un país lejano, muy lejano. En ese momento sentí una lucha feroz entre lo que dejaba y volver a ver a mi hermano y familia, después de muchos años. Me encerré en mi camarote y lloré. Ahí también me di cuenta, analizando mis compañeros de viaje, que muchos, cansados de vivir, con necesidades, ignoran lo que dejan y no saben lo que le espera.

Dieciocho días de barco y llegamos a Buenos Aires. Con la emoción de lo que añoraba y la emoción del encuentro, también lloramos. Ahora sí era el

momento de empezar mi vida de emigrante. En ese momento, anticipando mi llegada había vendido la propiedad donde vivía y analizó conmigo la posibilidad de comprar un negocio con vivienda, para vivir juntos, con su mujer y su hija, y empezar ya a trabajar en ese negocio, para ir adaptándome al país; el, ya tenía un negocio de garaje.

El negocio menos complicado, aparentemente para mí, sería un almacén-bar. Terminados los trámites consulares, rápidamente conseguimos comprar el fondo de comercio del negocio programado. El almacén-Bar era un negocio muy típico entonces en Buenos Aires, donde se vendían, en un local, productos alimenticios de todo tipo y elementos de limpieza y en otro local contiguo, separado, lo concerniente a un bar, bebidas de toda clase. Empiezan mis primeras dificultades y sufrimientos. Hombre de oficina, desconocía la mayoría de los productos y la mayoría de las bebidas, despertando en los clientes risas burlonas que me mortificaban, pero lo peor de todo era la vivienda. Estas propiedades, por lo general, eran de construcción vieja y la habitación más cómoda la ocupaba mi hermano y familia, en cambio, la mía era dormitorio y depósito a la vez, es decir una cama rodada de cajas y paquetes, con algún roedor que circunstancialmente se había colado por la puerta abierta. Ir a dormir y pensar en todo esto me desesperaba.

Esta amarga forma de vivir, con incomodidades y poca higiene la comprobé en casas vecinas en ese barrio de Avellaneda, y en los clientes que frecuentaban el bar, la mayoría de ellos polacos, ucranianos y rusos, que vivían solos, amontonados en habitaciones, con problemas familiares, fugitivos de la guerra y que todas sus penas las compartían y ahogaban en el alcohol de la bebida blanca.

A toda esta experiencia de vida y pensamientos se agregaba la esclavitud de un negocio que no cerraba en todo el día, todos los días de la semana, sin tiempo alguno para el esparcimiento. Mi nostalgia cada vez era mayor y comenté al hermano vender el negocio y dedicarme a otra actividad, pues en estas condiciones no podía seguir, y menos reclamar a mi futura esposa, acostumbrada como yo, a vivir en forma muy distinta, completamente distinta. Entendió mis explicaciones, vendimos el negocio, alquilamos una vivienda digna para ambos y empecé a trabajar en su garaje, como un empleado más. Mientras tanto, yo iniciaba los trámites para casarme por poder y reclamar a mi esposa, de lo contrario, soltera no podría reclamarla. Pues bien, aquí aparece un nuevo problema, dentro de la vida angustiada de un emigrante: Los padres de mi futura esposa se oponen terminantemente al casamiento; no podían entender que su hija, a la que habían dado todo para que estudiara y terminara la carrera de maestra, en esos momentos donde pocos estudiaban, se casara y los abandonara, para vivir en país tan extraño y tan lejano. La fortaleza de mi esposa y más consejos, con mucho dolor a la vez y siendo mayor de

edad, en la colaboración de amigos y algún familiar, se realizó el casamiento, en la ausencia, como es de suponer de toda su familia.

Un año más tarde, sin contarle nunca tantas dificultades, por mí sufridas, en la enorme esperanza de que todo cambiaría, veía bajar feliz a mi esposa del barco, ya llegó, con la emoción que me daba su presencia, y el amor y la valentía de una mujer que había esperado todo, hasta la oposición de sus padres, para seguir a su marido. Convivimos con mi hermano y cuñada y las consecuencias de tanto enfriamiento pronto tendría sus consecuencias, los nervios pasados, según los médicos, habrían originado un absceso en el intestino y la operación urgente era inevitable. Aparte de un nuevo sufrimiento moral y físico, todo salió bien y sin consecuencias para el futuro. Pasado el mal momento alquilamos un departamento precario, de acuerdo a nuestras posibilidades. En la intuición de ellas empezamos a entender que los comienzos que teníamos por delante, no eran nada halagüeños; sólo nuestro cariño mutuo y nuestro feliz reencuentro, superaban todas las dificultades. Transcurrían unos meses y mi hermano vende el negocio en el objeto de ir a España. Sin trabajo, en pocos días más, y esperando enderezar mi vida en lo que era más idóneo, de acuerdo a mis conocimientos, ingreso a trabajar en la oficina de una empresa grande: Sain T Hnos.; no sin antes demostrar en un examen mis conocimientos. El sueldo no satisfacía mis necesidades y mis aspiraciones, y apelé a mis conocimientos de latín y castellano, para ciertas clases en un colegio particular, privado, con mucho éxito por cierto, en mis horas libres.

A pesar de todo llegué a la conclusión, que siendo un trabajo cómodo para mí, los trabajos de dependencia, nunca cumplirían las expectativas de un emigrante, que deja su país para buscar un progreso, un gran futuro y volver a su país a demostrarlo. Así las cosas y habiendo vuelto mi hermano de España, le hablé de incursionar en un trabajo autónomo, aunque fuera con algún socio, a todo esto, él había comprado de nuevo otro garaje en la Capital. Con mi ayuda, entramos en una sociedad a mi nombre con tres connacionales: mientras yo seguía dando clase en mis horas libres. Los entretelones¹ que se cocinaban en esa pequeña sociedad los desconocía y pronto entendí que el rencor y la desilusión de tan pocos llevará el negocio a la quiebra, me apresuré a pedir lo que había puesto y me retiré del negocio.

A todo esto, mi esposa contenida, aunque las cosas no salían bien dado que yo no escatimaba voluntad y sacrificio para conseguirlo, me da la gran alegría, nací mi única hija. Aunque en mi trabajo sumaba un nuevo fracaso. Conversé de nuevo con el hermano y me aconsejó entrar en una sociedad de

¹ Entretelas, parte más interna y oculta de algo (N.E.).

Comandita por encima, de modo eran muchos los socios y las dificultades y errores se solucionaba de otra forma y en asamblea. Así lo hice, con mi dinero compré los puntos que la sociedad me ofrecía y empecé a trabajar con un sueldo superior al sueldo común, en la promesa de repartir ganancias al finalizar el año. Se trabajaba muy bien, era una gran confitería-bar-restaurant, y al finalizar el año no aparecían ganancias para nadie. Empezamos a investigar y el negocio estaba muy bien armado para muy pocos.

Capitalistas, a veces desconocidos, compraban propiedades grandes, hacían grandes reformas, y una vez preparados tasaban la propiedad y negocio en un valor duplicado y de acuerdo a ese valor ficticio solicitaban pequeños socios autónomos, que, en caso de venta, esos únicos trabajadores no tenían poder ni voto. El dinero en efectivo lo llevaban los capitalistas y los demás recibirían parte de lo que pusieron en documentos a cobrar. Lo lamentable de esto, que muchos capitalistas eran Connacionales, que se habían enriquecido varios años atrás, cuando el país nadaba en la abundancia. Nos dimos cuenta a tiempo, no sin sufrir un nuevo revés y desengaño, y me retiré con el capital inicial, con mucha reserva por su parte, para que los demás no se dieran cuenta. A pesar de todo y todas las dificultades, para dejar esa vivienda que alquilamos, que nos correspondía de nuestro pasado en España y sin las comodidades que deseábamos para nuestra hija, mi esposa ocultaba su desencanto, y nuestro cariño inquebrantable, como mi espíritu de lucha.

Después de tantos intentos, desengaños y sufrimiento, cuando parecía que se cerraban todos los caminos, apareció una oportunidad que no correspondía, como casi siempre, a mi especialidad, pero sería, en definitiva, la que podría concretar casi todos mis sueños: volver a España, vivir cómodamente, tener varias propiedades, entre ellas la de mi negocio propio y ver a mi hija con la carrera de Física y Química terminada, una nieta y un piso en España.

Sucedió como sigue. Un amigo nuestro, por razones de salud, nos comunica que en muy poco tiempo dejaría un local importante que alquilaba, dedicado al ramo de gas, armado de cocinas, reparación y repuestos de electrodomésticos, pero aparte, con una perspectiva de transformar las cocinas de Kerosén, que usaban los que no tenían gas natural, a gas de garrafa o bombona, como llaman en España. Este negocio lo emprendía sólo con mi hermano y no podía fracasar. Contratamos un operario del amigo, con sólidos conocimientos en el ramo. No habían transcurrido 15 días y aparecen las garrafas en el mercado. Las cocinas a kerosén más nuevas e incómodas empiezan a llegar a nuestro negocio, en una fluidez no esperada. Contratamos gente especializada en reparación de lavarropas, calefacciones y heladeras y en el fenómeno de las cocinas y su transformación, nuestro campo económico cambió rotundamente, hasta tener que alquilar unos galones más para depósito; todo esto mi duda, debido al buen trato y seriedad en los trabajos, que favorecía, día a

día, nuestro prestigio. A todo esto, dado que la Argentina tenía un nivel económico superior a los países vecinos se incrementó muchísimo la emigración, máxime de paraguayos y bolivianos que se instalaban en terrenos fiscales y desocupados, carecientes de todo para instalarse y vivir.

Entonces apareció otro fenómeno: las cosas usadas. Los barrios poderosos económicamente de la capital llevaban todo el mobiliario que renovaban a depósito que, diariamente o por semana, remataban los martilleros. Los pedidos nos superaban y todas las semanas llenábamos los depósitos. Hasta la clase media que edificaba en zonas de veraneo prefería los usados, por miedo a que fueran robados en el receso del invierno.

Pasaron varios años disputando las conquistas ya mencionadas, en nuevos viajes a España y cuando pensábamos disfrutar el piso de España, pasando allí los inviernos argentinos, y hasta llegar a vivir allá, junto con mi hija, permanentemente, la mayor desgracia de mi vida de emigrante llamó a nuestra puerta. A los 56 años, con toda su juventud y madurez, después de haberse reconciliado en los vaivenes de una vida de ansiedad, no del todo feliz, y con sus padres, que reconocieran mi error, fallecía mi querida esposa de una enfermedad incurable. Se desmoronaron ilusiones y proyectos y, de acuerdo con mi hija, vendimos el piso comprando en lo mejor de León y nos resignamos a vivir definitivamente en Argentina. Achiqué mi negocio para achicar los esfuerzos y hoy mantengo la venta de repuestos de electrodomésticos, con numerosa clientela que reconoce mi trabajo, honestidad y respeto hacia todos ellos. Una satisfacción muy grande. Hoy me saludan en el mostrador abogados, médicos, dentistas, etc., que escucharon mis clases de latín y castellano, cuando eran niños y adolescentes.

Esta ha sido la azarosa vida y circunstancias de un emigrante que saca estas conclusiones para generaciones futuras, quizás la nuestra fue más dura y dolorosa que la mayoría, porque el conjunto de la gente deja sus países por necesidad y nosotros, por consejo de buena fe y por una ambición apresurada, fuimos emigrantes sin necesidad de serlo. El emigrante empieza a sufrir cuando sube al barco, ahí sabe lo que deja e ignora lo que le espera. A lo largo de su vida es una persona insatisfecha, lo primero que extraña es el olor y los sabores de sus comidas, sus costumbres, sus amigos, sus ciudades y sobre todo sus afectos más íntimos y su soledad. A todo esto, pierde parte de su dignidad, no tienen ningún reparo en trabajar en cosas que jamás hubieran aceptado en su patria, la prueba la tienen en mi relato; por la ambición y el compromiso de adquirir fortuna para volver triunfadores a su Patria.

Tengo que reconocer que me ha tocado un país hospitalario y generoso, sin que por ello, no reconozca sus dolencias en desorden económico que perjudica a los emigrantes y a sus mismos habitantes argentinos.

Como resumen adjunto un canto poético a toda América, en eterno agradecimiento y en éste incluyo muy especialmente a mi actual esposa, Susana, excelente esposa, con la que contraje matrimonio hace siete años, hija de españoles, en la que sigo compartiendo la vida, en mucha felicidad. La vida siempre ofrece revanchas y compensaciones.

América

América, mujer exuberante y hechicera,
Mulata de ojos verdes, transplantados
en tu sangre y en tu piel morena,
fuiste virgen y eres pecadora,
eres deudora y eres financiera,
capaz de enamorar con tus encantos,
incapaz de administrar tu rica herencia
saturados de un mundo desgastado,
sin trabajo, sin paz y sin respuestas,
por millones se acercaron a tus playas,
al escuchar tu canto de sirena.

En esta emigración libre y variada
Sin distinción de credos ni banderas
Se mezcla la indigencia, la avaricia,
La aventura, confusión en tu idioma y tu conciencia.
España, madre espiritual y redentora,
predestinada, moralista y misionera,
Percibe en tu interior conos de sombra,
desborde en el furor de la marea
que las olas piratas de otros mares
tormentosos, empujan y alimentan.

América, mulata emancipada y protegida
De belleza salvaje y altanera
Aunque muestres en tu frente la altivez,
Pergaminos de tu independencia,
Aunque extraños te pretendan y te invada,
Sentirás en tu alma mi presencia,
En tus calles, en tus muros, en tus plazas,
Se respira la cultura de mis huellas.

En tu garbo, respira Andalucía,
En tu nostalgia, la morriña es gallega,
El orgullo y altivez, de Cataluña,
En el campo, rudo y desolado,
El vasco y su lechera,
En el fortín sobrador de tus mujeres,
Hay burbujas de sangre madrileña,
En Castilla y León, sensatez y nobleza,
En símbolo de España, laboriosas y austeras...

Tres banderas

Celia Mateos Román

El avión, con su enorme corpulencia, inició su carreteo (*sic*) por la pista auxiliar, para llegar a la de despegue y, una vez instalado en su cabecera, hizo rugir los motores, haciendo que todos los que estábamos a bordo nos rebulléramos (*sic*) en nuestros asientos, como presagiando el inmediato riesgo que implica el despegar. Luego el piloto soltó los frenos y la enorme bestia se precipitó hacia delante, hacia la oscuridad de la noche. Luego de elevarnos, comenzó lo que parecía un lento giro hacia la izquierda, para nivelar y buscar nuestra ruta y allí comenzamos a distendernos, y esbozar un inicio de conversación con nuestros circunstanciales compañeros de viaje.

Estábamos cambiando las primeras impresiones con mi compañera ocasional, cuando al mirar por la ventanilla para el exterior, volvimos a ver las luces que nos decían que aún no habíamos dejado la zona de Madrid.

En ese momento por el sistema de comunicación, el comandante nos informa que por problemas técnicos, estábamos sobrevolando la zona, y arrojando combustible, pues era necesario volver a aterrizar. Ni que decir que todos nos miramos con cara de preocupación y en algunos de franco miedo, pues no sabíamos en qué iba a terminar todo aquello, pero como nada podíamos hacer, optamos por tener los sentidos alertas (*sic*) y la respiración contenida, para aquietar el corazón en el pecho. Luego de un rato de dar vueltas, que ya se nos antojaba interminable, se vuelve a sentir el siseo de los parlantes y más tarde la voz del comandante, que nos dice que se habían solucionado los problemas, siendo la única novedad que tendríamos que reabastecernos de combustible en Brasil y luego seguiríamos viaje hasta el aeropuerto de Ezeiza en Argentina.

Al mirar por la ventanilla vimos las luces alejándose paulatinamente, luego la de los pequeños pueblitos y luego la oscuridad total, que nos preanun-

ciaba que estábamos dejando el territorio español, y entonces se me volvió a desgajar el alma, porque volví a ser inmigrante otra vez.

Vine en realidad para conocer España, mi patria de nacimiento y la sentí tan profunda dentro de mí y de mi espíritu, que nunca dejaré de agradecer a mis padres y abuela, que siempre me hayan hablado con tanto cariño de ella, y puedo asegurar que las palabras que dije cuando me pidió el señor cura de la iglesia de mi pueblo, al terminar la misa, que me dirigiera a todos los presentes, me brotaron de lo más profundo de mis sentimientos, donde finalicé diciendo: “que no importa donde viva un español, sea América o Japón, jamás pero jamás deja de ser español”.

Historia un poco curiosa la de mi familia. La saga comenzó de la manera siguiente: mi bisabuelo Juan Francisco López, natural de Navalanguilla, harto ya de pasar necesidades, decide venirse a Argentina, con su hija mayor Carmen, la que luego sería mi abuela, dejando a su esposa Julia, al cuidado de sus cuatro hijos restantes y haciendo la firme promesa de venir a buscarles, en cuanto pudiera reunir el dinero necesario.

Después del largo viaje marítimo, donde mi abuela sufrió los efectos del mareo, cosa muy natural, ya que esta robusta mujercita de dieciséis años, criada en la sierra, no estaba acostumbrada al bamboleo del buque, desembarcaron en América en el año 1911. En Buenos Aires los esperaba un matrimonio que tenía una casa que oficiaba de pensión, doña Antonia y su esposo, a los que mi bisabuelo y mi abuela venían recomendados por unos amigos mutuos.

Enseguida consiguieron trabajo en una fábrica de zapatos, creo que se llamaba Vasena, pero después de un tiempo, y por consejo médico, deciden tomar empleo en una estancia en Maquinchao, pues a mi abuela no le asentaba el encierro de la fábrica (*sic*). En esa estancia conservaban una especie de troncos dispuestos como un arco de fútbol, donde unos años atrás colgaban carne vacuna, para mantener tranquilos a los indios de la zona. Pasado un tiempo regresan a Buenos Aires, donde mi abuelo se empleó como alambrador ferroviario en el ramal que iba desde Buenos Aires hasta General Hacha, en la provincia de la Pampa.

Mi abuela se quedó trabajando en un restorán, que tenía un matrimonio castellano cerca del puerto, donde aprendió y resultó ser muy buena cocinera de pescados y mariscos, que ni siquiera había visto antes en toda su vida. Tanto cariño le tomó esta buena gente a mi abuela y que, como no tenían hijos, le pidieron a mi bisabuelo que las dejara con ellos, donde la nombrarían heredera de todos sus bienes, ya que la veían como la hija que siempre anhelaron. Mas el padre agradeció, pero rechazó el ofrecimiento, ya que la muchacha por entonces era muy joven, y no se atrevía a dejarla sola.

Como ya se había terminado el trabajo para el ferrocarril y mi bisabuelo había ahorrado bastante dinero, partieron ambos hacia la ciudad de Bahía

Blanca, ciudad del sur de la provincia de Buenos Aires, donde se habían radicado unos paisanos. Y allí entendieron que habían encontrado su ubicación definitiva. Mi bisabuelo alquiló una quinta, que estaba situada en lo que es hoy la terminación de la calle 12 de Octubre, y como era conocedor de los trabajos de la labrantía, pronto comenzó a vender los productos que cosechaba y los animales de granja que criaba, mientras que mi abuela se empleó como enfermera en el Hospital Municipal de esa ciudad, con el raro privilegio de trabajar solamente “once horas diarias”.

Las dos ocupaciones y el ahorro extremo, no permitiéndose nada que no fuese absolutamente necesario, les fue dando la posibilidad de juntar un capitalito.

La abuela ya había crecido en formas y espíritu y se puso de novia con un joven de un pueblo, que se llama Fuenterroble de Salvatierra, en la provincia de Salamanca. El joven en cuestión se llamaba Felipe Mateos, de natural muy alegre, dicharachero y cantaor (*sic*) de los buenos. Ese fue con el correr del tiempo, mi abuelo paterno, al que no conocí.

Mis abuelos Carmen y Felipe tuvieron un hijo, mi querido papá, el que fue creciendo y desarrollándose junto a sus amiguitos, jugando por los alrededores de la quinta, y haciendo las mil y una perrerías y desaguizados que hacen los chicos de su edad. Mi abuelo Felipe compró un coche de plaza¹ (*sic*) y mi abuela dejó de trabajar, para dedicarse de lleno a su esposo, su hijo, y ayudar a su padre en la quinta, pudiendo guardar bastante dinero con el trabajo en conjunto. Mi bisabuelo, fiel a su promesa, viajó a España para traer a la familia que allí había quedado. Mis tíos, Benedicta, Dionisio, Fernando y Félix.

Tan mal estaban las cosas en aquellos momentos en España que, como anécdota, siempre se contaba en la familia que Fernando, siendo pequeño, se había contratado en un campo para espigar, ya que otra cosa el pobre por su corta edad no podía hacer. Para que comenzara su trabajo la bisabuela Julia le había comprado unas alpargatas nuevas. Por supuesto, después de andar todo el día en el rastrojo, cuando terminó la temporada de cosecha, tenía las alpargatas destrozadas. Y cuando le llamaron para cobrar, lo que le dieron le alcanzó para comprar unas alpargatas igual a las que había destrozado trabajando, no sobrándole ni siquiera “una perrilla”.

Cuando pudo reunirse toda la familia en Bahía Blanca, fue una alegría inmensa y con la abundancia que aquí había, les pareció haber arribado al paraíso. Tenían y les sobraba de todo. Venían acostumbrados a traba-

¹ El matriculado y numerado con destino al servicio público por alquiler y que tiene un punto fijo de parada en plaza o calle (N.E.).

jar mucho y a mucha escasez, salvo cuando les empezó a llegar dinero que de aquí les remitían y siempre aguardando la oportunidad de venir a América.



En la primera foto, mi bisabuelo Juan, luego, mi abuela Carmen y mi papá, después, mi abuelo Felipe y, por último, mamá, papá y yo.

Dionisio, uno de los hermanos, comenzó a trabajar como mozo en un bar del centro de Bahía Blanca, y Fernando de canillita². Félix, el más pequeño, tenía una salud muy débil y falleció joven.

² Vendedor callejero de periódicos (N.E.).

Con el trabajo en conjunto, ayudándose férreamente unos a otros y en pro del bien común, pudieron juntar un capitalito respetable y entre todos alquilaron un campo, cercano a Bahía Blanca, lindante con un camino, que aún hoy tiene el pintoresco nombre de La Carrindanga. Mi abuelo Felipe había vendido su coche de plaza, ya que en aquellos momentos comenzaron a surgir los automóviles y el coche de plaza empezó a entrar en desuso y entonces comenzó con reparto de leche a domicilio; pero cuando mi padre tenía doce años, mis abuelos tomaron una decisión que marcaría a fuego su futuro (*sic*).

Comenzó a padecer mi abuelo, lo que los gallegos llaman “morriña”, ó los portugueses “saudade” y todo se volvía argumentar de que el niño, por mi padre, se criaría mejor en España, que allí todo era más sano, más familiar y, por supuesto, mas divertido; a lo que mi abuela, muy débilmente se opuso, ya que después de tantos años de estar alejada de su familia tendría que volver a alejarse de ellos, pero fue tanta la insistencia, aunada al hecho que otro matrimonio muy amigo de ellos, del mismo pueblo, también había decidido volverse, que al final accedió. Vendieron en Bahía todo lo que pudieron vender, y lo que no, lo dejaron en la casa de su padre, para que lo repartiese, cuando los hermanos fueran formando su hogar, y se marcharon a la España, tantas veces añorada.

Al llegar al pueblo pronto se acomodaron, ya que estaban acostumbrados a la vida española, puesto que eran naturales de allí, una vida tan distinta a la que aquí se vivía por aquella época y pronto mi padre se hizo de amigos (*sic*) en el pueblo, donde disfrutaba de lo lindo. Eso sí, con un mote, que pronto le endilgaron (*sic*).

Sucedió que en Argentina, todos los escolares, por lo menos los de las ciudades importantes, tenían la obligación de vestir delantal blanco para su asistencia al colegio, y de esa forma estar todos uniformados. Mi abuela, no tuvo mejor ocurrencia que ponérselo allí también, haciéndole ganarse el mote de “el Blanquito”. Y así fue corriendo la vida. Mi padre transformándose en un mocetón de un metro ochenta, al que le gustaba incursionar por los campos, donde iba a cazar liebres, conejos y perdices, las que luego se consumían en el hogar.

Ni siquiera un lobo, al que acechó durante dos días, se libró de sus perdigones, trayéndolo muerto al pueblo ante el regocijo de sus vecinos, ya que el animal estaba haciendo incursiones entre las haciendas de la gente del lugar. Trabajaba con su padre en las tierras que compraron cuando llegaron de Argentina y fue asimilándose a la sociedad pueblerina de Fuenterroble, de tal forma que no se distinguía en él ningún modismo ni costumbre, que no fuese la de su pueblo de adopción.

Como Fuenterroble era y es un pueblo pequeño, todo el mundo se conocía, así que entre los bailes de la plaza y las representaciones fomentadas por

el señor cura, se fueron estrechando vínculos y creando relaciones, y como siempre pasa en la juventud, se puso de novio con la que luego, con el tiempo, sería mi madre.

Mi padre era argentino, pero de lo que sí estoy segura es que se sentía muy feliz en España, verdaderamente disfrutaba en su país de adopción, asimilándose de tal forma a los usos y costumbres de la tierra, que era uno más entre todos los jóvenes del pueblo.

Como ya dije antes, el monte de Tonda lo tuvo entre sus más conspicuos visitantes, en esas madrugadas frías de invierno, frías como sólo saben serlo las madrugadas en esa zona, cuando los jóvenes iban a “espera”; a aguardar que amaneciese y comenzara a salir la caza. Siempre contaba que en una ocasión, cuando ya era cerca del mediodía y comenzaban a retirarse del monte, vieron esconderse un “bastardo” en el tronco hueco de un árbol que había sido derribado por los golpes del hacha. Los bastardos son como una especie de culebra bastante grande en su pleno desarrollo, que tienen pelos duros en el lomo y una porra en la cola, con la que asestan golpes poderosos. Eran varios los mozos de la partida y armados como estaban con las escopetas de caza, tomaron la decisión de cazarle. Comenzaron a meter por el hueco donde vieron que había entrado el animal algunas varas que por allí había, pero lo único que lograron fue enfurecerlo, mas no hacerle salir. Entonces optaron por prender fuego al tronco y así obligarle a que saliera y así lo hicieron, tomando luego posición estratégica, para que en el momento que estuviera afuera, matarle de una perdigonada de las escopetas. Y así fue, el animal salió corrido por el fuego y el humo y de un escopetazo le mataron. El bicho era de un tamaño bastante importante, así que decidieron llevarle al pueblo para que lo vieran. Uno de la partida cargó con él y se encaminaron de vuelta a Fuenterroble entre bromas y chanzas, como hacen todos los mozos en todas las partes del mundo cuando se reúnen. El que llevaba el bastardo, cansado ya de llevarlo en la mano porque su peso era considerable, se lo enrolló en el cuello, para caminar más cómodo. Pero lo que no tuvo en cuenta, que por reacción natural, en esos animales después de muertos, los nervios se siguen contrayendo y, así pasó, de tal forma que se comenzó a ceñir en el cuello del mozo dificultándole la respiración y cuando quisieron apercibirse los demás del problema, el pobre estaba pasando un muy serio apuro. Enseguida que lo vieron comenzaron a tirar uno de cada punta para aliviar la tensión que ya se estaba haciendo insoportable, pero como se había dado una vuelta al cuello con el animal se aflojaba las partes de la que ellos tiraban, pero el anillo del centro por respuesta lógica cada vez se contraía más. La salvación fueron las navajas, que siempre las portaban por ser herramientas útiles para el trabajo de campo y para salir de caza, de modo que tuvieron que cortar al bastardo en

trozos y de esa manera salvaron al pobre desgraciado que pasó por uno de los peores momentos de su vida.

Las tertulias que organizaba el señor cura eran motivo de alegría y jolgorio para las mozas y mozos del pueblo, ya que los reunía a todos y daban rienda suelta a su espíritu, siendo ellos los pseudos actores (*sic*) que actuaban en las comedias, generalmente, clásicos populares de la época. Esto daba lugar al conocimiento más íntimo de los jóvenes y que comenzaran a aflorar los primeros amoríos, completamente inocentes ya que de niños casi se trataba.

Eran otros lugares, otras épocas y otras costumbres. Hoy la cosa es diametralmente opuesta. En ese lugar no sólo se elaboraba la obra que se iba a representar ante todos los vecinos del pueblo, sino que servía como lugar de esparcimiento para todos aquellos futuros actores y la ocasión era propicia para la broma y la chacota. Como que eran jóvenes las equivocaciones en las que naturalmente incurrían servían para divertirse y pasarlo bien y, a veces, bien hay que reconocerlo, cuando alguien del elenco incurría en muchas equivocaciones y zurcios, (*sic*) más vale que argumentando cualquier urgencia, desapareciera, o se emplearían en él³.



1925. Mis bisabuelos, mi abuela, sus cuatro hermanos y mi papá, de seis años, en el centro.

³ Se refiere a que harían burla o risas de él (N.E.).

A mi padre siempre le interesó la mecánica, tenía una predisposición especial para ella y su idea fue siempre que al terminar el colegio obligatorio, que por aquel entonces correspondía cumplimentar, ingresar en un colegio técnico para especializarse en la materia. El progreso venía marcando cambios en toda Europa y ya en lugares más tecnificados estaban comenzando a reemplazar la tracción a sangre: bueyes, mulos y burros, por vehículos a explosión, con mayor poder de fuerza y de trabajo.

Pero, y todo tiene un pero en la vida de los mortales, y aunque parezca una palabra tan cortita, esconde generalmente acontecimientos tan importantes que a veces ese “pero” es capaz de conmover los cimientos de una nación y la vida presente y futura de todos sus ciudadanos. Sí, ese pero fue la Guerra Civil. Y lo que parecía que terminaría pronto no fue así. Ese acontecimiento marcó en forma indeleble su actualidad y su futuro, ya que por falta de brazos debió ayudar al abuelo Felipe en las faenas rurales, teniendo que postergar sus intenciones de comenzar en un colegio técnico.

Continuó y continuó y de pronto mi padre se encontró con dieciocho añitos y una cédula de llamada para incorporarse a filas. Se había promulgado una ley que decía que “todo hijo de español era considerado español” y debía prestar servicio. Estuvo en varios frentes de batalla durante trece meses y fue herido tres veces, dos de ellas de consideración. Contaba que en un avance, cuando corrían en pos de las trincheras enemigas, sintió un golpe en el hueso de la pantorrilla derecha, como si hubiese tropezado con una rama. Era sobre la madrugada, entre dos luces, nada se veía, todo era correr, correr y rogar que una bala no le alcanzara. Pero de pronto las piernas no le sostuvieron y cayó pesadamente de bruces, nublándosele la visión. Cuando le recogieron los camilleros estaba pálido por la cantidad de sangre que había perdido, teniendo que cortar la bota con una navaja para llegar hasta la herida y curarle. Llegar al hospital de campaña fue un verdadero triunfo. Recostado en la parte de atrás de un camión, compartiéndolo con otros heridos, algunos más graves que otros, escuchando los gritos de angustia de los que ya intuían su triste final, pidiéndole clemencia a Dios o a la Virgen, pero la mayoría de ellos, diciendo: “ay, madre mía”.

Una vez curado y rehabilitado lo reintegraron a filas y durante un tiempo tuvo la suerte de que no le pasara nada. La suerte es así, a veces nos muestra su cara sonriente y disfrutamos de ella y otras nos es tan esquiva que la muy puerca ni siquiera se atreve a mirarnos a la cara. Y fue en ocasión de otro ataque en que una bala o esquirla o lo que fuese pegó en la hebilla de su cinturón, produciéndole una herida no muy penetrante en la boca del estómago, dejándole un hematoma de proporciones. Afortunadamente la hebilla le salvó la vida. Aunque siempre sospechamos que esa tremenda cantidad de sangre que produjo el golpe, fue la causante de su muerte por cáncer de estómago a la temprana edad de cincuenta y cuatro años.

Y la tercera vez que le hirieron, y que fue la más dura, fue en una trinchera en el frente. Mi padre era un lector apasionado, no desaprovechaba la oportunidad para leer todo lo que cayera en sus manos. Como no estaba de servicio, había cavado en la trinchera una especie de nicho y se había recostado a leer, cuando de pronto un silbido agudo se fue haciendo más penetrante y amenazador, haciéndole encogerse en su improvisado refugio y luego el mundo estalló y no supo más nada. Cuando despertó en el hospital de campaña la gente se movía a su alrededor, pero él estaba como en una cabina acústica, ningún sonido reflejaba la realidad que estaba viviendo, estaban afectados los tímpanos. Estúpidamente había olvidado morder un palito, para que este le mantuviera la boca abierta y no sufrir la convulsión. Pero el vendaje que cubría su cuello. ¿Qué había sucedido? ¿Alguien podría explicárselo? Se armó de paciencia y esperó, ya llegarían las explicaciones y llegaron. Cuando fue recobrando la audición y el dolor de cuello y garganta se hizo más soportable, le informaron de lo acontecido: una munición de mortero impactó en el borde de la trinchera, y algunas esquirlas penetraron la precaria defensa. Unas de esas esquirlas impactó en su garganta, teniendo la suerte que ninguna de ellas afectó órgano noble alguno, penetrando por la parte de atrás del cuello entre la laringe y los huesos de la columna vertebral. Se libró porque ese era su destino. Durante muchos años, cuando se afeitaba, la navaja tropezaba con pequeñas esquirlas que afloraban, como recordándole la circunstancia por la que había pasado.

Entre tanto, mi abuelo Felipe enfermó por la angustia que le causó el hecho de pensar que había llevado a su hijo a que le mataran en España y tanto fue su dolor y desasosiego que, a pesar de su fortaleza, se derrumbó y falleció. La vida y el sufrimiento lo aplastaron.

Mi padre fue dado de baja como hijo único de madre viuda y así volvió al pueblo donde, con su madre, trataron de pasar aquellos duros momentos, angustiosos por la pérdida del progenitor, basamento de la familia, padre y esposo cariñoso al extremo, y las circunstancias de la época que les tocó vivir, como a todos los españoles de entonces, épocas de estrecheces y apuros económicos.

Pero el tiempo es la panacea de todos los males y todo lo que se observa a la distancia tiende a minimizarse, cuando no a olvidarse, ya que la mente tiene tantos recursos para permitirnos seguir con nuestra vida y todo vuelve. La vida, como un tiovivo, nos invita a montarnos en ella y todo se vuelve a repetir, engañándonos, haciéndonos creer que avanzamos, pero no siempre es así. Sólo damos vueltas, deslumbrados por sus luces y embotados por su música estridente. Si tuviésemos la tranquila capacidad de mirar hacia atrás, nos daríamos cuenta que todo vuelve a repetirse, con diferencias por supuesto, nada es lo mismo exactamente, pero en definitiva todo es igual.

El pueblo, la gente, los comentarios, las alegrías y las tristezas, todo estaba igual que cuando llevaron a los de su quinta; nada había cambiado, salvo el espíritu, el alma de los que tuvieron la suerte de volver con vida. Sus ojos de muchachitos inocentes y con la luz de la juventud pugnando a salir por ellos, traían un velo de tristeza y amargura por todo lo pasado, por ver morir a sus amigos, por todas las desgracias y desventuras pasadas, por ver la grandeza o las mayores bajezas de las que somos capaces los humanos en circunstancias extremas. Dios no debiera permitir eso.

Pero sucede que todos los actos de los hombres tienen principio y fin, y la Guerra terminó. De la secuela que a causa de ella cada uno de los españoles arrastraron, cada uno llevará cuenta de la misma, y su mente será el reservorio donde estarán anclados todos los recuerdos. Toda España comenzó a recomponer, como mejor podía, su vida.

Mi abuela y mi padre recibían constantemente correspondencia de Argentina, instándoles a que volvieran para estar todos juntos otra vez. Pero había un inconveniente. Mi padre, a pesar de haber recibido la baja del ejército según la ley de entonces, aún permanecía “bajo bandera”, de modo que ni pensar en regresar, ya que no podía salir de España.

La vida en el pueblo seguía como siempre: mi padre seguía de novio con mi madre y al cumplir la mayoría de edad decidieron casarse, y así lo hicieron. El noviazgo que iniciaron siendo aún unos niños, como las frutas del árbol, cuajó y formaron una familia. Y fruto de ese matrimonio nací yo, la que realmente fui criada entre algodones, por ser primera hija y primera nieta de toda mi familia española. Solamente tenía por aquel entonces un primo, Julio, hijo de una hermana de mi madre, hoy maestro en Jerez de la Frontera⁴, con el que me peleaba a muerte, pero con el que jugábamos siempre.

Pero mi padre ya tenía la idea de venirnos a Argentina, así que vendió todas las tierras que tenían en Fuenterroble y algunas fincas de Navalanguilla que había heredado mi abuela, y nos afincamos en Salamanca, en una casa que compraron en la calle Perú número 19, a la espera de poder marcharnos.

Papá, por intermedio de un amigo, consiguió empleo en la Sociedad de Cazadores de Salamanca y así fueron pasando los días hasta que tuvimos la oportunidad tan largamente anhelada de poder embarcar con destino a América. Esa oportunidad se la brindó a mi padre el cónsul argentino de El Ferrol⁵, que le hizo llegar los papeles que decían que era ciudadano argentino con pleno derecho a viajar a su patria.

⁴ Provincia de Cádiz (N.E.).

⁵ Ciudad de la provincia de La Coruña, Galicia (N.E.).

El viaje en barco fue como todos los viajes por mar en algunos momentos quietud, donde el mar parece una balsa de aceite y otras un bamboleo que descompone al más marinerero, pero todo tiene su fin: después de atracar en Santos (Brasil) llegamos al puerto de Buenos Aires. La llegada fue de una alegría inmensa, estaba mi bisabuelo y todos mis tíos, mi bisabuela Julia ya había fallecido, mi madre un poco desconcertada por el aluvión de gente y yo que no paraba de llorar, ya que no entendía porque tanta gente abrazaba a mi familia y reía y lloraba al mismo tiempo.

Luego el largo trayecto en tren a Bahía Blanca, doce horas machacantes, donde en la estación nos esperaba el resto de la familia y todo el barrio de Bella Vista, lugar donde habían vivido mis abuelos cuando se casaron y donde dejaron muchos y muy buenos amigos. Ese barrio, en el que vive mi hermano en la actualidad con su familia, está poblado por gran cantidad de españoles o sus descendientes, como que le llamaban “España chica”. Nos fuimos a vivir a la casa de mi abuelo Juan Francisco, en la calle Martín Fierro, muy cerquita del centro y en repetidas reuniones que tuvo mi padre con el abuelo y los tíos tomaron una decisión: reunirían el dinero de todos y con él comprarían un campo, no lejos de la ciudad, para trabajar la tierra y a la vez realizar una explotación tambera⁶, ya que los tíos tenían importantes repartos de leche. Así llegaría directamente la leche de nuestro tambo⁷ al consumidor, elevando por consiguiente las ganancias, ya que no existiría intermediario.

Tuvieron la suerte de encontrar un campo en venta a cuarenta kilómetros de Bahía Blanca de ochocientos dieciséis hectáreas y, con el dinero reunido más una hipoteca, lo compraron. Le pusieron como nombre “La Julia”, en honor a mi bisabuela y allí en ese hermoso lugar me crié. A los dos años justos de llegar a Bahía nació mi único hermano, Felipe, y dos años después nos fuimos a vivir a “La Julia”.

Cuando fuimos a vivir al campo tuve que pasar por un período de adaptación, ya que de estar viviendo en Bahía Blanca, la ciudad más grande del sur argentino, pasar a vivir en el campo no fue nada fácil. Máxime que mis primeros grados de la escuela primaria los cursé en la ciudad. Acostumbrarme a la escuela de campo fue no diría difícil, sino incómodo. La ventaja que tenía era que la escuela rural estaba enclavada frente a nuestro establecimiento y a muy corta distancia de nuestra casa.

⁶ Lechera (N.E.).

⁷ Establecimiento ganadero en que se ordeñan vacas y se vende su leche (N.E.).



Foto sup. mis hijas y yo en mi casa. Abajo, mi esposo, mi hermano y yo.

La casa realmente era espléndida, muy grande, antiguo casco de estancia⁸, cuando la extensión de campo era mucho mayor y a mí con lo pequeña que era me parecía aún más enorme. Hace unos años la visitamos con mis

⁸ m. Arg. y Ur. Espacio ocupado por las edificaciones centrales de una estancia (finca rural) (N.E.).

hijas; ellas nacieron allí y pudimos comprobar que sus actuales dueños la conservan tal cual la dejamos nosotros. Viví en esa casa de los siete a los veintiocho años.

Mi vida de niña transcurrió feliz, repartiendo mi tiempo entre la escuela, jugar con mis primos (hijos de los tíos de mi padre) y hacer las tareas escolares, supervisada por la maestra, que paraba durante la semana en nuestra casa, pues a pesar de que la escuela tenía dependencias habilitadas perfectamente para habitarse, a ella le daba miedo quedarse sola en medio de la nada.

Nuestra mayor diversión era cabalgar y, después de un corto tiempo de aprendizaje, nos hicimos expertos jinetes y junto con mis primos recorríamos el campo incansablemente, aprendiendo a conocer todos sus recovecos, de tal forma que si nos hubieran vendado los ojos, podríamos haber reconocido dónde estábamos, simplemente con tocar los palos de los alambrados que dividían los potreros⁹.

El cuadro, donde estaba el monte de piquillín, árbol achaparrado, con espinas punzantes que servían de refugio a los zorros, que acechaban la majada de ovejas para robar sus crías y poblado de nidos de aves de rapiña. La única oportunidad de atrapar los zorros, plaga bastante molesta, y que perjudicaba enormemente, era ponerles trampas en los lindes del monte, cosa de la que se ocupaba mi padre, que en esas lides se había transformado en un experto. Entonces, a la mañana siguiente de poner las trampas, todos los chicos acompañábamos a papá, para ver cuantos zorros habíamos atrapado. El “cuadro quemado”, el “cuadro de las víboras”, el “cuadro del monte de eucaliptos”, con una gran cantidad de esta especie, con troncos donde tres hombres a su alrededor no los hubieran podido abrazar, fueron testigos de nuestras correrías y nuestra sana diversión. Las yerras¹⁰, cuando se castraba, señalaba y marcaba la hacienda, tanto lanar como vacuna, servía para reunir a toda la familia, y los vecinos, que acudían, tanto para echar una mano, como para pasar el día en grata compañía. Allí los varones demostraban su destreza en el lazo y la rapidez en el derribe, para poder trabajar a los vacunos, que sin duda oponían férrea resistencia, ya que intuían lo que se les venía encima.

Corderos al asador y costillares de vaquillona a la parrilla nos esperaban al mediodía, para reponer fuerzas y, una vez terminada la tarea, la rueda de

⁹ Área delimitada, colonizada por plantas o pastos naturales, donde el ganado se alimenta (N.E.).

¹⁰ Se refiere, tanto al acto de poner herraduras al ganado, como de marcarlo con un hierro candente (N.E.).

mate con pastelitos y empanadas completaban la tenida¹¹ gastronómica, regadas con buenos caldos.

Allí fui creciendo junto a todos mis primos y, cuando quise darme cuenta, me había transformado en una señorita con todas las de la ley, la que al cumplir mis quince años mis padres me los festejaron con una fiesta fabulosa en un salón de Bahía Blanca, donde se reunieron más de cien personas entre parientes y amigos¹². Y así fue pasando el tiempo, con el ajetreo normal de las muchachas de mi edad, reuniones, cine, bailes, fiestas, en fin, todo lo que una joven de dieciséis años desea.

Entonces sucedió algo que dio un sesgo a mi vida, por supuesto que para bien: lindando con nuestro campo había unas pistas de aterrizaje que pertenecían a la aviación naval. Eran utilizadas por los oficiales pilotos para sus prácticas de aterrizaje y decolaje¹³ fuera del ejido¹⁴ de la base naval. En ellas instruían a los noveles pilotos que ingresaban con esa especialidad. Ese predio estaba custodiado por dos soldados que permanecían acantonados en el lugar durante un tiempo, hasta que eran relevados, luego de un período de aproximadamente de seis meses. Y allí, procedente de la ciudad de Rosario, le tocó cumplir una parte de su servicio al hombre más buen mozo que he conocido en mi vida, un hijo y nieto de andaluces, el que luego de un año y medio de noviazgo se convirtió en mi esposo, hace ya más de cuarenta y cinco años. Padre de mis dos hijas, Diana y Claudia y abuelo de mis cinco nietos, Larisa, Leonardo, Cecilia, Cynthia y Facundo.

Nos casamos jovencísimos. Elio, que así se llama mi marido, tenía veintidós años y a mí me faltaban tres meses para cumplir los dieciocho. A los diez meses nació nuestra primera hija, Diana y, cuatro años después nació nuestra segunda hija, Claudia. Cuando nos casamos Elio se quedó a trabajar con mi papá, debido a que la sociedad con mis tíos se había terminado por la razón de que los hijos de todos se fueron haciéndose grandes y cada uno tenía sus aspiraciones e inquietudes, a veces contrapuestas a las de los demás, así que optaron por hacer edificar otra casa con sus galpones¹⁵, silos, molinos, etc. y dividieron la propiedad. Aprovechábamos los días feriados que el campo estaba cerca del mar y de la sierra y allá nos íbamos toda la familia y algunos amigos.

¹¹ m. Amér. Reunión (N.E.).

¹² “Fiesta de Quince” es una tradición en América Latina, supone el paso de niña a mujer (N.E.).

¹³ m. Amér. Despegue de un avión (N.E.).

¹⁴ Terreno rural cuya propiedad es cedida por el Gobierno a un colectivo o institución (N.E.).

¹⁵ m. Amér. Cobertizo grande con paredes o sin ellas (N.E.).



Fotografía tomada en Fuenterroble, en 2005, cuando estuve en España.

Monte Hermoso es el balneario, y playa más grande del sur argentino, con una corriente de aguas cálidas que hace muy agradable bañarse en ellas, a pesar de que es mar abierto. Tiene solamente un inconveniente: cuando sopla el viento norte no se puede entrar al agua, pues ellas se pueblan de medusas, aquí le llaman “aguas vivas” y, aunque no son muy grandes, al adherirse al cuerpo de una persona un tentáculo de las mismas, los pequeños arponcillos que poseen se adhieren a la piel, dejando una herida muy dolorosa, tal pareciera que quien la sufre le hubieran quemado con un hierro al rojo la zona afectada. Así que, cuando soplabla el viento del norte, nos íbamos a la sierra, que tiene el nombre de Sierra de la Ventana, llamada así porque en la cúspide del cerro más alto se ve claramente como la naturaleza caprichosa formó, con el correr de los tiempos una ventana. De la sierra baja un río bastante caudaloso, que en la actualidad lo han represado y es el que abastece de agua a Bahía Blanca, pero en aquél entonces corría libremente y pasaba muy cerca del campo, por lo tanto, cuando no queríamos viajar los ciento treinta kilómetros que habían de distancia, tanto al mar, como a la sierra, nos íbamos a pasar el día allí, donde nos bañábamos y pescábamos. La pesca era bastante variada: bagres, truchas y unos peces que llamaban dientudos que, una vez limpios, resultaban exquisitos pasarlos por harina y comerlos fritos.

Con mi esposo, en ese entonces, teníamos una camioneta y él se encargaba de cargar todos los enseres necesarios para que tuviésemos un buen pasar

junto al río. Hielo para las bebidas, sartén para freír la pesca, harina, etc. La abuela era la que primero criticaba, pero luego la primera que se ponía en la fila para comer el pescado recién frito a la orilla del río, que aunque parezca mentira parecía que tenía un gustito especial. Eso lo hacíamos por la tardecita, ya que a mediodía el costillar asado campaba por su respeto.

En el año 1964, cuando mi hermano cumplió veinte años, mis padres, junto con él, viajaron a España en un crucero que partió del puerto de Bahía Blanca. Al viajar en barco aprovecharon la oportunidad de llevarse su auto, eso les facilitó el poder recorrer toda España, en compañía de una hermana de mi madre, su esposo y mi prima, que vivían en Salamanca, reencontrándose con toda la familia de mi madre y los amigos del pueblo. Disfrutaron muchísimo y este viaje fue como una despedida de España, pues mi papá al poco tiempo enfermó y a la temprana edad de cincuenta y cuatro años falleció de una penosa enfermedad.

Y así fue transcurriendo nuestra vida, hasta que llegó la triste noticia de que mi suegro había fallecido de improviso de un ataque al corazón, quedando mi suegra y una hermana, ya mayor de mi esposo, solas. Mi suegra, también con problemas de corazón, a la que tuvieron que colocarle un marcapasos, uno de los primeros implantes que se hacían en Argentina, requería una atención muy personal, así que optamos por trasladarnos a Rosario, dejando en La Julia veintiún años de mi vida y mi corazón.

Llegamos a Rosario con algunos ahorros y nuestra juventud por delante, Elio con treinta y tres años y yo con veintisiete. Mi marido consiguió trabajo en una empresa de origen alemán, acreditada en aquel tiempo como una de las veinticinco empresas más grandes del país, con sucursales en varias ciudades importantes del interior. Al poco tiempo lo ascendieron a supervisor y luego a gerente de la sucursal, donde estuvo trabajando seis años, hasta que decidió emanciparse y poner un negocio, del mismo rubro¹⁶, donde comercializaba algunos de los productos de la anteriormente mencionada empresa, con muy buenos resultados, por cierto. Así criamos a nuestras hijas, mi hija mayor Diana terminó la escuela secundaria y se matriculó en la Universidad, de donde egresó¹⁷ como Licenciada en Comunicación Social; y la menor, Claudia, después de terminar su secundario, comenzó sus estudios en la especialidad de seguros, y también se matriculó.

Yo estuve bastante tiempo desempeñándome como ama de casa, hasta que decidimos con mi esposo vender el negocio, pues eran tiempos muy duros

¹⁶ Ámbito, sector, conjunto de empresas o negocios que se engloban en un área diferenciada dentro de la actividad económica (N.E.).

¹⁷ Acabar un ciclo de estudios en un centro docente (N.E.).

para ese rubro, con el agregado que tuvo un problema de salud, por lo tanto solicitó la jubilación anticipada y luego de veinticinco años de comerciantes, nos encontramos como ciudadanos de a pie. Esperando que me llegara la edad de jubilarme pusimos una perfumería, la que me ocupé de regentear; pero corrían muy malos tiempos en Argentina, los secuestros y los robos estaban a la orden del día, los saqueos a los supermercados se sucedían de continuo, y ya, aunque parezca mentira, nada nos causaba asombro. Nuestra capacidad de asombrarnos estaba superada. Y una siempre piensa, “a mí no me va a pasar”, pero me pasó. Un domingo por la mañana estábamos con mi marido recién levantados, cuando unos vecinos de la perfumería nos vinieron a avisar que nos habían robado. Pasados los primeros instantes de estupor y luego de rabia, la aceptación cruda y clara del hecho, de tal suerte que optamos por rearmarla lo mejor que pudimos y malvenderla, ya que quedó arrasada.

De allí en más (*sic*), nos quedamos tranquilos en nuestro hogar, haciendo la vida que hacen la mayoría de los jubilados: salidas con los amigos, actividades en el Centro Español y, el eterno trabajo que cumplen la gente de nuestra edad, la colaboración en la crianza de nuestros nietos. Luego de dos viajes que hizo mi prima Teresa a Argentina, donde la pasamos muy a gusto con ella, rememorando cosas de la familia, del pueblo y de nuestro pasado común, reverdeció en mí el deseo de conocer mi tierra, deseo largamente acariciado, pero no cumplido y la oportunidad se me presentó por una gestión desde España que hizo mi prima ante la Casa de Salamanca de Buenos Aires.

Luego de completar todos los requisitos exigidos, gentilmente fui incorporada al contingente de veintitrés personas que realizamos el viaje denominado *Operación Añoranza 2005*.

La alegría indescriptible que recibí no se puede expresar con palabras, son emociones tan fuertes que en muchas de las fotografías que traje estoy llorando. Todo fue hermoso, la llegada a Madrid, luego el viaje a Salamanca, donde me estaban esperando mis primas Teresa y Antonia, las recepciones que nos hicieron, las excursiones, los presentes, el cariño con el que fui recibida. Pero para mí lo más emotivo fue conocer mi pueblo, Fuentesrobledo. Mi prima Teresa conserva la casa de mis abuelos, casi igual que cuando ellos la habitaban, hasta con los mismos muebles.

Así que cuando estuve allí dormí en el cuarto donde vine al mundo, me senté en las sillas bajitas de la cocina y a la misma mesa donde mi madre con mis abuelos y mis tíos comían, y realmente no lo podía creer. Subí al “sobrao”¹⁸, como allí le dicen, y al que (*sic*) tantas veces me lo había des-

¹⁸ Parte más alta de la casa, inmediatamente debajo del tejado, que suele destinarse a guardar objetos en desuso (N.E.).

crita mi madre, que cuando lo vi, era como si toda mi vida hubiera vivido allí. La casa de mi padre, donde vivimos hasta que nos fuimos a Salamanca, estaba muy remodelada y como yo era tan pequeña cuando nos marchamos, no guardaba recuerdos de ella. Recorrimos todo el pueblo, la iglesia, donde luego de la misa, el señor cura me presentó a todos los allí reunidos. Fue muy emocionante.

En el pueblo tengo dos primos más, Flora y Pablo, que junto a Antonia que vive en San Morales, son hijos de una hermana de mi madre. Todos ellos me recibieron en sus casas y me brindaron todo el aprecio y cariño que uno pudiera desear. Y así fueron pasando los días entre alegrías, recuerdos, paseos y viajes por toda la zona de Castilla de la que me llevo recuerdos imborrables.

Puedo decir que he conocido mucho, la mente no alcanza a retener todos los lugares visitados, todos y cada uno de los acontecimientos y situaciones vividas, los bellos paisajes de la tierra, pero lo que ha quedado indeleble en mi recuerdo es mi pueblo: pequeño, humilde, generoso, la calidad de su gente, su nobleza y su sentimiento, tantas veces puesto de manifiesto hacia mí.

Ensimismada en mis pensamientos y recuerdos no me doy cuenta del tiempo transcurrido y cuando miro por la ventanilla del avión ya es de día y sobrevolamos el majestuoso Río de la Plata, al que Juan Díaz de Solís lo bautizara como Mar Dulce. Pronto aterrizaremos en Ezeiza y así de esa forma pondré fin a mi segunda inmigración. Titulé este escrito "Tres Banderas", una por la bandera de mi patria, España, otra por la bandera de mi terruño, Castilla, y la tercera por la bandera de mi patria de adopción, Argentina.

